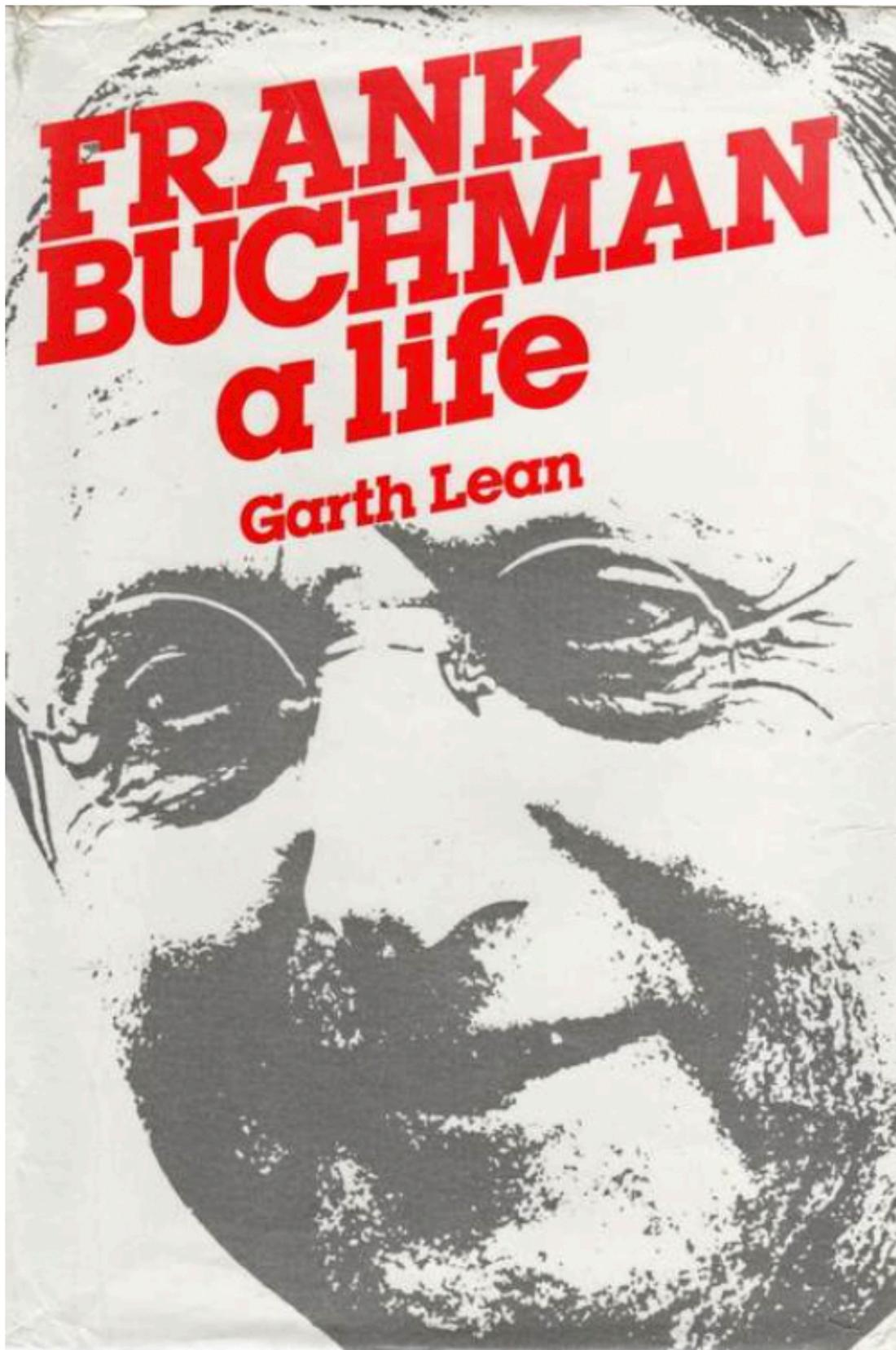


FRANK BUKMAN – UNA VIDA

- Carátula del original en inglés -



Del mismo autor
LOS VALIENTES ELIGEN
JOHN WESLEY, ANGLICANO
DIOS SANTO, ¡funciona!
¿RENACIMIENTO DE UNA NACIÓN?
EXTRAÑAMENTE CALENTADO
EL POLÍTICO DE DIOS: LA LUCHA DE WILLIAM WILBERFORCE

Con Sir Arnold Lunn
LA NUEVA MORAL
EL CULTO A LA SENSIBILIDAD
EL CONTRAATAQUE CRISTIANO

Con Sydney Cook
EL LIBRO EN BLANCO Y NEGRO

Garth Lean

**FRANK BUCHMAN:
----- UNA VIDA -----**

Constable - Londres

Publicado por primera vez en Gran Bretaña en 1985
por *Constable and Company Limited*
10 Orange Street, Londres WC2H 7EG
Copyright© 1985 Garth Lean
Realizado en Linotron Ehrhardt Ilpt por
Rowland Phototypesetting Limited
Bury St Edmunds, Suffolk
Impreso en Gran Bretaña por
St Edmundsbury Press
Bury St Edmunds, Suffolk

Datos de catalogación de la Biblioteca Británica
Lean, Garth
Frank Buchman : su vida.
I. Buchman, Frank N.D. 2. Evangelistas -
Gran Bretaña - Biografía
I. Título
269'.2*0924 BV3785.B8
ISBN O 09 466650 4

CONTENIDO

ILUSTRACIONES

Entre las páginas 116 y 117

- 1 Frank Nathaniel Daniel Buchman de 3 años (Arthur Strong)
- 2 La familia Buchman (Arthur Strong)
- 3 "Podría recorrer las vías de Greensboro a Pennsburg" (W. Cameron Johnson)
- 4 La casa de los Buchman en Allentown (Serena Jacob)
- 5 La Capilla de Tithebarn, Keswick (Arthur Strong)
- 6 Buchman en la Capilla Tithebarn treinta años después de su primera visita (Arthur Strong)
- 7 Buchman con estudiantes de *Penn State* y Bill Pickle (Archivo Buchman)
- 8 Buchman con Blair Buck en Minnesota (Archivo Buchman)
- 9 Buchman y el obispo Logan Roots en Kuling (Archivo Buchman)
- a Samuel Shoemaker (David Grimshaw)
- 11 Buchman con Mahatma Gandhi y Howard Walter (Archivo Buchman)
- 12 El "*Beer and Beef Club*" (fV. Cameron Johnson)
- 13 Loudon Hamilton (Colección Hamilton)
- 14 Sudáfrica, 1929: Buchman con su equipo (Rand Daily Mail)
- 15 Buchman con el Dr. y la Sra. B. H. Streeter (Arthur Strong)
- 16 Rozi Evans (Richard N. Haile FIBP FRPS)
- 17 Kenaston Twitchell (Richard N. Haile FIBP FRPS)
- 18 Harry Addison (Richard N. Haile FIBP FRPS)
- 19 Reginald Holme
- 20-24 Buchman trabajando - del aburrimiento al entusiasmo (Colección Entwistle)
- 25 Buchman dirigiendo una reunión en Oxford, 1934 (Arthur Strong)
- 26 Buchman en el *Brown's Hotel* (Arthur Strong)
- 27 Lord Salisbury en una fiesta en Oxford (Scoville Wishard)
- 28 C. F. Andrews en una fiesta en Oxford (Scoville Wishard)
- 29 Seis mil personas en una fiesta en Oxford, 1935 (Scoville Wishard)

30 Buchman con Lady Minto y Cuthbert Bardsley (Archivo Buchman)

31 *East London* en los años 30 (Arthur Strong)

32 Buchman con amigos del este de Londres en un pub de *West Ham* (Richard N. Haile FIBP FRPS)

Entre las páginas 276 y 277

33 Fredrik Ramm (Adolf Blumenthal)

34 Ronald Fangen (RM)

35 Carl Hambro (Archivo Buchman)

36 Moni von Cramon (RM)

37 Diez mil personas en el castillo de Kronborg, Dinamarca (Nordisk Pressephoto)

38 Buchman hablando en el edificio de la Feria de Industrias Británicas, Birmingham (Ronald Procter FIBP FRPS)

39 Parte de la multitud en la manifestación de la BIF (Ronald Procter FIBP FRPS)

40 Buchman con Harry Blomberg (Arthur Strong)

41 Primera asamblea del RM en Visby, Suecia (Arthur Strong)

42 Buchman en Visby, traducido por Sven Stolpe (Arthur Strong)

43 J. A. E. Patijn, Ministro de Asuntos Exteriores de Holanda, dirigiéndose a los delegados de la Sociedad de Naciones (Arthur Strong)

44 Reunión del RM, *Hollywood Bowl*, California (Arthur Strong)

45 H. W. 'Bunny' Austin y su esposa Phyllis Konstam con Buchman (Arthur Strong)

46 Buchman y sus colegas en el lago Tahoe (Arthur Strong)

47 Isla Mackinac, Michigan (Robert J. Fleming)

48 Buchman con el Sr. y la Sra. Henry Ford (Arthur Strong)

49 Buchman con el Contraalmirante Richard L. Byrd y Ray Purdy (Arthur Strong)

50 John Riffe con la Sra. de Thomas Edison (Arthur Strong)

51 El Dr. Coring Swaim examina a Buchman tras su apoplejía (Arthur Strong)

-
- 52 El senador Harry Truman y el congresista James Wadsworth (Arthur Strong)
- 53 Buchman se reúne con colegas que regresan de las fuerzas armadas (Arthur Strong)
- 54 Buchman entra en el 45 de *Berkeley Square* a su regreso a Londres (Margaret Barnes)
- 55 Buchman es recibido por el comandante de ala Edward Howell (Peter Sisam ABIPP)
- 56 Cabeza de mina de una mina británica a finales de los años 40 (RM)
- 57 Buchman abandonando la casa de un minero de Yorkshire (Peter Sisam ABIPP)
- 58 *Mountain House*, Caux, Suiza (Michael Blundell)
- 59 Buchman con el Dr. Artur Strater de Alemania y Madame Irene Laure de Francia en Caux (Arthur Strong)
- 60 Buchman llegando a Caux (Arthur Strong)

Entre las páginas 436 y 437

- 61 Ruinas en Essen, Alemania, en 1948 (Arthur Strong)
- 62 Buchman lleva una fuerza itinerante a Alemania en 1948 (Arthur Strong)
- 63 Radio Stuttgart entrevista a la fuerza del RM (Arthur Strong)
- 64 Buchman con Max Bladeck y Paul Kurowski (Richard N. Haile FIBP FRPS)
- 65 Konrad Adenauer en Caux (Arthur Strong)
- 66 Robert Schuman con Buchman en Caux (Peter Sisam ABIPP)
- 67 Delegación Japonesa en Caux en 1950 (Arthur Strong)
- 68 Buchman plantando arroz en Ceilán (David Channer)
- 69 Buchman dirigiéndose a los miembros del Parlamento indio (David Channer)
- 70 Buchman con Pandit Nehru (David Channer)
- 71 Buchman conj. P. Narayan (David Channer)
- 72 Ahmed Guessous y Pierre Chavanne (Jeremy McCaheLBIPP)
- 73 Buchman con William Nkomo (MRA)

-
- 74 Buchman en Caux con delegados africanos (Jeremy McCahe LBIPP)
- 75 Los Tolon Na, Ghana, en Caux (RobertJ. Fleming)
- 76 Jomo Kenyatta presentando a los oradores del RM en su escuela (David C. Sturdy)
- 77 El Dr. Fadhil Jamali, Ministro de Asuntos Exteriores de Irak, en la Conferencia de Bandung (David Channer)
- 78 Rajmohan Gandhi (David Channer)
- 79 Hans Bjerkholt (Arthur Strong)
- 80 Victor Sparre (RM)
- 81 Buchman con Peter Howard (David Channer)
- 82 Buchman trabajando desde su cama (Archivo Buchman)
- 83 Nobusuke Kishi, Primer Ministro de Japón (RM)
- 84 Muriel Smith y Ann Buckles (Arthur Strong)
- 85 Buchman con Konrad Adenauer en Los Ángeles (Richard Tegstrbm)
- 86 U Nu visitando a Buchman en Tucson (L. A. Demmers)
- 87 Vista de la habitación de Freudenstadt donde Buchman pasó sus últimos días (Arthur Strong)
- 88 Agosto de 1961: La despedida de Europa (Arthur Strong)

PREFACIO

Trabajar en este libro, durante los últimos cinco años, ha sido para mí la renovación de una vieja camaradería y la creación de una nueva amistad. Conocí bien a Frank Buchman durante treinta años, pero no puedo afirmar que le comprendiera del todo. Hablar con cientos de personas de las opiniones más variadas, en el curso de mis investigaciones, me ha aportado varias nuevas percepciones, así como información adicional.

Trabajé con Buchman en el Grupo de Oxford y en Rearme Moral desde 1932, pero no fui, salvo durante unos pocos años en la década de los treinta, uno de sus colegas más cercanos. Después de esos años, le veía con regularidad, pero a menudo me encontraba trabajando en un país en el que él no estaba. Me caía bien y le respetaba mucho, aunque a menudo discrepábamos y a veces nos enfrentábamos, lo que, como dijo una vez, solía «retrasar las cosas».

En una ocasión, al principio de nuestra relación, me insinuó que algún día podría escribir su biografía. No sé hasta qué punto lo decía en serio, y no esperaba que aceptara la sugerencia. Pero veinte años después de su muerte, me parecía un error que no se hubiera escrito una biografía completa, y era importante hacer una evaluación objetiva mientras vivía la última generación que lo conoció bien. Así que, tras esperar durante algún tiempo que otros la emprendieran, decidí hacer el intento.

Inevitablemente, he abordado la tarea con una continua y firme creencia en las ideas que Buchman expuso, pero he intentado mantener una mentalidad abierta sobre el propio hombre y sus logros. No he repetido nada de lo que no pueda dar fe, y he tratado de investigar, tan a fondo como he podido, las diversas

afirmaciones hechas a su favor y en su contra. Mis investigadores y yo hemos tenido acceso a sus documentos privados, así como a los archivos conservados por el Rearme Moral en varios países, así como a numerosos diarios y autobiografías inéditos. Hemos leído el material pertinente en el *Public Records Office* y las bibliotecas del *Lambeth Palace* y *Church House* de Londres, la Bodleian de Oxford, la Biblioteca del Congreso de Washington, el Centro de Documentación de Berlín y el Bundesarchiv de Coblenza.

He sido especialmente afortunado por la generosidad de dos amigos. El primero realizó una investigación muy exhaustiva durante los años inmediatamente posteriores a la muerte de Buchman, y el otro entrevistó docenas de personas sobre Buchman en años más recientes. Ambos han puesto su material a mi disposición; ninguno desea que se le dé las gracias públicamente. Desde entonces se han realizado muchas más entrevistas e investigaciones, y cualquier cita de este libro para la que no se da una referencia numerada es fruto de una entrevista con la persona nombrada en el texto.

Mi agradecimiento no sólo a quienes concedieron estas entrevistas, sino también a quienes me ayudaron en mis propias investigaciones, como Kenneth Belden, Alan Faunce, Michael Hutchinson, Svend Major, Mary Meekings, Michel Sentis, Pierre Spoerri, Erika Utzinger y muchos otros. También agradezco a John Bright-Holmes, Peter Harland, Graham y Jean Turner y a mi hijo Geoffrey y mi hija Mary la lectura del libro y sus consejos profesionales, y a Peter y Margaret Sisam la coordinación de las fotografías. Mi editora diaria ha sido Ailsa Hamilton, cuya ayuda ha sido inestimable y a menudo ha equivalido a una coautoría. No hace falta decir que sólo yo soy responsable de las conclusiones del texto final y de los juicios, errores de apreciación y opiniones que exprese.

Entre las muchas personas que han mecanografiado o introducido en el procesador de textos los distintos

borradores, estoy especialmente en deuda con Hazel Clark, John Charlton, Jane Harrison, Catherine Hutchinson, Janet Mace, Margaret O’Kane y Janet Paine. Sin su generoso servicio, y sin el aliento y el apoyo constantes de mi esposa, Margot, el libro no habría podido completarse.

GDL

----- | -----

LA CONTROVERSIA BUCHMAN

Esta es la historia de un hombre que se propuso reconstruir el mundo. Hay que decirlo desde el principio, porque sólo es posible entender a Frank Buchman en el contexto de ese objetivo. Todo lo que hizo en su vida adulta formaba parte de ese propósito, y casi nada de lo que hizo podía, a sus ojos, separarse de él. Ese objetivo condicionaba dónde y cómo vivía, cómo abordaba a las personas y las situaciones, y lo que hacía de hora en hora.

Ninguna persona -en su sano juicio- que observara el mundo en 1961, cuando Buchman murió a la edad de 83 años, habría calificado esa apuesta de éxito. Por otra parte, sería igualmente difícil juzgar su vida como un fracaso. De sus iniciativas, surgieron algunas corrientes de acontecimientos notables; otras siguen aflorando hoy en día. Al menos es discutible que pocas de ellas habrían surgido si su objetivo hubiera sido menos ambicioso.

Buchman siempre fue -y sigue siendo- una figura controvertida. En los años treinta, el arzobispo Lang de Canterbury declaró que estaba siendo «utilizado para poner bajo el poder transformador de Cristo multitudes de vidas humanas en todas las partes del mundo»; mientras que el obispo Henson de Durham le acusó de «megalómana confianza en sí mismo». En 1940, el ministro británico de Información, Brendan Bracken, dijo que sería detenido en cuanto Estados Unidos entrara en guerra; mientras que el Departamento de Justicia de Estados Unidos calificó su trabajo de «esencial para el esfuerzo de defensa». El escritor y diputado de la Universidad de Oxford, A.P. Herbert, le llamó «embustero» en la Cámara de los Comunes; y Tom Driberg, que más tarde sería presidente del

Partido Laborista, atacó al ministro del Interior por permitir que un hombre que nunca había denunciado a Hitler volviera a entrar en Gran Bretaña en 1946. La Gestapo lo condenó en informes a partir de 1936 y fue atacado periódicamente en la Radio de Moscú. Su trabajo fue investigado en distintas ocasiones por la Universidad de Princeton, por la Secretaría de la Confederación Internacional de Sindicatos Libres y por un grupo de trabajo del Consejo Social e Industrial de la Iglesia de Inglaterra. En 1953, la Oficina Floly de Roma emitió una advertencia a los católicos, un «malentendido» que sólo se aclaró años más tarde. Mientras tanto, fue condecorado por siete países, entre ellos Francia, Alemania, Grecia, Japón, el Reino Unido y Filipinas, por su efecto en sus relaciones con otros países. Cuando casi había terminado este libro, me presentaron al cardenal Franz Konig, arzobispo de Viena, en una recepción en Oxford. Me preguntó qué estaba escribiendo y mencioné a Frank Buchman: «Sus ideas marcaron un antes y un después en la historia del mundo moderno», dijo inmediatamente. A la semana siguiente me envió sus razones.

Tanta variedad de opiniones exige una investigación más exhaustiva de la que se ha hecho hasta ahora. Hace falta una descripción más detallada del hombre, su carácter, sus creencias y su estilo de vida. Porque incluso algunos de los que lo conocieron con frecuencia lo consideraban desconcertante. Sir Arnold Lunn, el autor e inventor de las carreras de eslalon y descenso en el esquí, solía hacerme preguntas sobre él. Tras criticar a Buchman en varios libros, Lunn decidió visitar el centro de Rearme Moral de Caux, en Suiza, para estudiarle a él y a su obra de primera mano. A partir de entonces, volvió casi todos los años durante un periodo de diez años, en parte porque disfrutaba de la compañía. Sin embargo, Buchman seguía desconcertándole.

Dijo: «No tiene carisma, no es guapo, no es orador, nunca ha escrito un libro y rara vez dirige una reunión. Sin embargo, estadistas y grandes intelectuales vienen de todo el mundo a

consultarle, y mucha gente inteligente se ha quedado con él, a tiempo completo y sin sueldo, durante cuarenta años, cuando podrían haber hecho carrera. ¿Por qué?».

¿Por qué? G.K. Chesterton comentó una vez que es bueno que haya algo enigmático en el tema de una biografía porque «preserva dos cosas muy importantes: la modestia del biógrafo y el misterio de la biografía». misterio en la biografía". Este libro pretende dar una imagen viva de un hombre conocido, pero en gran parte desconocido.

UN CHICO DE PUEBLO

Frank Buchman nació en Pennsburg, Pensilvania, el 4 de junio de 1878. La ciudad tenía una calle principal de casas de ladrillo, una iglesia luterana reformada, un almacén de productos generales, una sombrerería, una pequeña fábrica de puros, un hotel y una estación de ferrocarril -recién construida- que recibía cuatro trenes de pasajeros y dos de mercancías al día. Sus 1.200 habitantes eran prácticamente todos alemanes de Pensilvania (nombre que por entonces se había transformado en holandés de Pensilvania), la mayoría de ellos, eran descendientes de colonos que habían recorrido los valles desde Filadelfia durante el siglo y medio anterior. Al este se extendía el río Perkiomen, bautizado con el nombre de un jefe indio, y a su alrededor se extendían las onduladas y fértiles tierras de labranza que habían hecho de Pennsburg un un municipio cómodo y próspero.

Al igual que el resto de la sociedad neerlandesa de Pensilvania, Pennsburg era un lugar servicial y muy unido. Más tarde, Buchman dijo: «Por la noche, cuando estaba despierto, pensaba en quién vivía en cada casa de un extremo a otro de Pennsburg». El alemán, en un dialecto que sonaba como una mezcla de suabo y suizo alemán, seguía siendo la lengua del habla cotidiana, y hasta el final de sus días el padre de Buchman se sintió más a gusto con el alemán que con el inglés. La mayoría de los periódicos locales se imprimían en alemán, los sermones se pronunciaban en alemán y muchas de las costumbres de la patria sobrevivieron intactas. En Navidad, los árboles estaban repletos de manzanas rojas y galletas decoradas con azúcar roja; el martes de Carnaval había

rosquillas especiales, conocidas como Fawsanochkucha (Fastnacht Kuchen). Todo ello formaba parte de una cultura muy diferente de cualquier otra fuera de la zona.

También la gente se parecía mucho a sus prototipos europeos. Eran serios, obedientes y propensos a tener una visión sombría de la vida, y su moralidad encarnaba una aguda apreciación del valor de las cosas materiales. Creían en el trabajo duro, la frugalidad y una escrupulosa honradez en sus tratos. Buchman los describió en una ocasión como «gente conservadora, testaruda, desconfiada. No destacar en algo es demasiado malo».

La abstinencia de alcohol se consideraba preferible, y el único vicio permisible era comer en exceso. Para los holandeses de Pensilvania, los placeres de la mesa eran una de las principales alegrías de la vida. Esta era la tierra que originó el gofre y el pastel de shoo-fly, la tierra de la sopa de pollo y maíz y la ensalada de diente de león. Se esperaba que todo el mundo preparara una buena comida con poca antelación y cualquiera que no fuera un buen trabajador de trinchera era sospechoso.

Los primeros colonos alemanes llegaron a finales del siglo XVII. Para ellos, Pensilvania era una tierra de refugio de la persecución religiosa. Habían llegado invitados por el cuáquero inglés de 1680, William Penn, a quien Carlos II había concedido una extensión de 45.000 millas cuadradas en su más reciente dominio colonial. La madre de Penn era alemana, por lo que era por lo que era especialmente sensible a la difícil situación de quienes eran acosados por sus creencias por los Habsburgo católicos o los príncipes luteranos, o por ambos. Así que cruzaron el Atlántico: menonitas, schwenkfelders, adventistas del séptimo día, amish y moravos, así como luteranos. La mayoría provenía de Suabia y del sur de Alemania, del este de Suiza y del Tirol.

Los antepasados de Buchman viajaron desde la Suiza oriental medio siglo más tarde, no tanto para evitar la persecución como para ocupar tierras libres en una comunidad próspera y agradable. La familia obtuvo la ciudadanía suiza en la ciudad de Bischofszell. Thomas Bibliander*, sucesor de Zwinglio como catedrático de teología en la Academia de Zúrich en 1531, había sido el portador más destacado de este apellido. En la época en que los turcos asediaban Viena y todos los púlpitos resonaban contra los «mahometanos enemigos de Cristo», publicó una traducción medieval del Corán al latín, la lengua universal de la Europa erudita. Su impresor fue encarcelado y sus amigos le impidieron, con grandes dificultades, partir hacia Oriente Medio. Frank Buchman, en años posteriores, se deleitó con la suposición -que le sugirió un Buchman que conoció en París- de que descendía de Bibliander; pero pero el alcance del parentesco es incierto». ⁽¹⁾

Los Buchman que emigraron a Pensilvania fueron Martin y su hermano Jacob. Abandonaron Suiza en 1750, zarparon hacia Filadelfia desde Rotterdam en el Phoenix el 28 de agosto, y luego recorrieron en carreta las sesenta millas que los separaban de Cetrionia, donde ambos se convirtieron pronto en granjeros de modesto éxito. El hijo y el yerno de Martin lucharon en la Guerra de la Independencia, como mayor y capitán respectivamente, en la milicia del condado de Northampton. Mientras tanto, en 1738, el antepasado de la madre de Buchman, Jacob Greenwalt⁽²⁾, había abandonado el cantón de Berna con su mujer y sus tres hijos, se había puesto en régimen de servidumbre con un granjero durante dos años para pagar su pasaje y se había establecido en el mismo condado de Northampton.

Los jóvenes de ambas familias se marcharon al oeste en busca de fortuna. Uno de los tíos maternos de Frank Buchman, Aaron Greenwalt, se estableció en Anoka, Minnesota. Fue uno de los

* Siguiendo la costumbre de la época, adoptó la interpretación clásica del apellido.

primeros del estado en alistarse para el norte en la Guerra Civil y murió en la batalla de Gettysburg. El propio padre de Buchman. Franklin, llegó hasta Indiana, donde trabajó como constructor de carreteras -en las carreteras de pana de aquella época, hechas con troncos de árboles-, pero contrajo la malaria y tuvo que regresar a la granja familiar. Conoció a Sarah Anna Greenwalt en un picnic y, el 5 de enero de 1875, se casaron y se fueron a vivir a la granja de los Greenwalt, en la encantadora zona montañosa de Weisnersville.

Franklin Buchman padre era inquieto y emprendedor. Al cabo de un año había abandonado la granja y se había establecido como comerciante, y dieciocho meses más tarde él y Sarah se mudaron de nuevo, esta vez a Pennsburg, donde él compró un almacén de ramos generales en la calle Main Street No. 772, donde vendía de todo, desde carne y melaza hasta parafina. Las perspectivas comerciales debían de ser prometedoras. El ferrocarril de Filadelfia y Reading ya había abierto su ramal de Perkiomen, de Filadelfia a Pennsburg, y planeaba ampliar la línea hasta Emmaus y Allentown.

El primer hijo de Franklin y Sarah Buchman, John William, nació en 1876 en Pennsburg, pero murió de difteria antes de cumplir los dos años. Cinco meses más tarde nació su segundo hijo en el dormitorio del primer piso, encima de la tienda*. Le pusieron Franklin por su padre, y Nathaniel Daniel por sus abuelos Buchman y Greenwalt. Como él mismo dijo: «Cuando nací, intentaron dejar a todo el mundo contento». Los Buchman no tuvieron más hijos propios, pero veintiún años más tarde adoptaron a su sobrino Dan, dieciocho años menor que Frank, que se convirtió en un miembro de la familia muy querido aunque problemático.

* El edificio, que ahora es la farmacia Markley, tiene una placa colocada por la comunidad como parte de las celebraciones del centenario del nacimiento de Buchman.

La tienda floreció y, al cabo de un tiempo. Franklin Buchman padre pudo emular a su propio padre, que había sido posadero además de granjero, y comprar el pequeño hotel de la estación de ferrocarril. Tenía trece habitaciones, un bar y un balcón de madera que se extendía a lo largo de toda la fachada. Se convirtió en el *Buchman House Hotel*, que ofrecía «El mejor alojamiento para viajeros, vendedores y arrieros». La casa contaba con calefacción de vapor. «Había una regla», recordaba Frank Buchman: «Si no llegabas a la una, no almorzabas. Era un asunto de familia. Yo tenía que secar los platos».

Así que el joven Frank pasó un período formativo de su infancia en un pequeño hotel ferroviario. La experiencia desempeñó un papel vital en la formación de su carácter. Las vías del tren eran como un río que, cada semana, traía una nueva marea de humanidad exigente y apresurada. A través de ellas, el niño captaba los ecos y sabores del gran mundo exterior al que, de otro modo, habría tenido poco acceso; y veía a sus padres actuar como anfitriones de una amplia variedad de viajeros, teniendo el meticuloso cuidado de preparar las habitaciones y servir las comidas que sería una práctica con él toda su vida.

Según él mismo cuenta, fue una infancia encantadora. «Podía caminar por las vías de Greensboro a Pennsburg y no bajarme nunca. Aplastaba peniques en la vía». Seis días a la semana, durante las vacaciones, iba a pescar siluros, peces luna y lubinas en la parte alta del río Perkiomen y, a la mañana siguiente, freía sus capturas para desayunar. En Pascua, buscaba huevos que su madre había escondido en el jardín; en verano, nadaba; en invierno, se deslizaba en tobogán y paseaba en trineo. Más tarde, su padre le llevaba todos los sábados a las carreras en su carruaje, tirado por «dos caballos negros como azotes», aunque no le permitían apostar. Tenía un velocípedo rojo nuevo y un perro llamado Nickie, y parecía que tenía tiempo para todo. El recuerdo de aquella infancia le acompañó durante una larga vida de viajes. «No hay nada que me guste más que Pennsylvania en junio», dijo una vez, «me

encanta la tierra roja y las flores, la belleza de las Montañas Azules (...). Me alegro de haber estado rodeado de tanta belleza».

Cuando Buchman tenía ocho años, sus padres le enviaron a un colegio privado situado a unas manzanas de las vías del tren. El Seminario Perkiomen* estaba dirigido por los Schwenkfelders, la más liberal de las sectas alemanas que habían colonizado la zona. Creían que la Reforma luterana era demasiado rígida y dominada por el Estado, y que se necesitaba una religión más personal y espiritual, con menos liturgia y rituales. Al estudio de la Biblia, añadían «la luz interior» que, según ellos, llegaba a través de la inspiración directa y el gobierno del Espíritu Santo. Más cercanos a los cuáqueros que a las sectas fundamentalistas como los amish y los menonitas, fueron en muchos sentidos ecumenistas antes de tiempo. No se sabe si su influencia en Buchman fue permanente -en años posteriores no pudo enumerar sus creencias-, pero en cualquier caso no fue escasa. Aunque su familia era luterana ortodoxa, a veces caminaba seis millas hasta la iglesia católica más cercana con un amigo que iba a misa temprano.

En el seminario recibió una educación formal en lenguas (latín y griego), retórica, matemáticas, ciencias y música. En el aula, parece haber sido entusiasta y trabajador, aunque no más que un alumno promedio. Fuera de las aulas, era un chico sociable y extrovertido, «un muchacho de piel y ojos claros y color rubicundo, que crecía rápidamente, a menudo monopolizado por el "sexo débil"», según un amigo de la familia⁽³⁾. Cuando tenía trece años, fundó un club para chicos y chicas al que llamó Sociedad PGB. Las iniciales, explicó, eran solamente para causar curiosidad.⁽⁴⁾

* Ahora es el centro de un gran campus que atrae a estudiantes de varios países.

Si este tipo de frivolidad era poco frecuente en la sociedad alemana de Pensilvania, otra faceta del joven Buchman ya había empezado a manifestarse. Su madre, cuyo primo había sido un distinguido clérigo, abrigaba el deseo de que su hijo también se convirtiera en ministro, y parece que el muchacho aceptó el encargo de buena gana. Recordó, a la edad de 83 años, un incidente que puede haber ayudado a formar su mente temprana. Un conocido borracho de Pennsburg apareció un domingo en el taburete de los penitentes de la iglesia, señalando así su decisión de reformarse: «Yo tenía entonces unos cinco años», relató Buchman. «Fue la primera vez que comprendí que la religión podía cambiar la forma de vivir de alguien». Su profesor de la escuela dominical observó que parecía «ansiar el poder de guiar a los demás por el buen camino» y pronto empezó a practicar sermones en casa.

«Cuando tenía once años besé a una chica», dijo, «y la chica no quiso saber nada de mí durante una semana». Robó dinero a su madre para comprar caramelos, le lavaron la boca con jabón por decir palabrotas y, años más tarde, cuando un joven le dijo avergonzado que había cedido a una tentación común, le preguntó alegremente: «¿Cuántos años tienes?». «Veintidós» respondió. «Te queda un año», contestó el Buchman de mediana edad... «Yo no me libré de eso hasta los veintitrés».

En Pennsburg no había enseñanza secundaria, por lo que, cuando Buchman tenía dieciséis años, su padre vendió el hotel y la familia se trasladó a Allentown, a sólo dieciocho millas al norte pero, en aquella época, a tres horas de viaje en carruaje. Fue un gran cambio de entorno y de estatus. Se instalaron en una confortable casa adosada de nueva construcción con porche, en el 117 de la calle N 11th*, con vistas a un camino de tierra que daba a tierras de labranza, de las que se decía que eran de las más fértiles de Estados Unidos. Frank Buchman

* En lo que hoy es el distrito histórico de *Old Allentown*. La casa está abierta al público y ha sido conservada por la Sociedad Histórica del Condado de Lehigh casi exactamente como era cuando la familia Buchman vivía allí.

padre abrió un restaurante y una taberna en el número 533 de *Hamilton Street*, muy cerca del juzgado, que pronto se convirtió en un centro de discusión política y social. En aquella época, incluso la calle principal estaba sin asfaltar y el único medio de transporte público era un trolebús tirado por dos mulas flacas. Pero -como el resto de Estados Unidos- Allentown se expandía a un ritmo explosivo. Su población, de sólo 18.000 habitantes en 1880, se había duplicado en 1900, y a lo largo de las orillas del río Lehigh se construían constantemente nuevas chimeneas. Había buenas conexiones telefónicas, telegráficas y ferroviarias con Nueva York y Filadelfia: cuando llegaron los Buchman, circulaban veinte trenes diarios en cada dirección.

La mudanza no mermó el buen humor del joven Buchman. En el instituto de Allentown -a tres manzanas y media de su nuevo hogar-, él y un amigo decidieron explorar el desván, lo que significaba arrastrarse por las vigas expuestas. Buchman resbaló y una pierna atravesó el techo del aula de abajo, para regocijo de los alumnos y enfado del maestro. Al igual que en Perkiomen, contribuyó con chismorreos a la revista de la escuela. Preguntó «¿Por qué una chica lleva una foto del equipo de atletismo del 95 a la escuela?. «Seguro que tiene una razón», afirmó. Al mismo tiempo, le contaba a un amigo que, aunque le encantaba bailar, lo dejaría a los veintiún años porque iba a ser pastor.

Ingresó en el *Muhlenberg College*, una institución de artes liberales propiedad del Ministerio Luterano, cuyo principal objetivo era proporcionar a la Iglesia un flujo constante de ministros. El propio Buchman «suspiraba por ir a Princeton», pero su padre insistió en que Muhlenberg, a sólo un kilómetro y medio de su casa, en la calle 11th, era más adecuado. Los estudiantes vestían traje negro y corbata; la teología, junto con el alemán y el griego, ocupaban un lugar destacado en el plan de estudios; y se esperaba que los que aspiraban a ser religiosos enseñaran en la escuela dominical y visitaran a los

enfermos. Buchman asistió a una clase de escuela dominical en una misión local y pasó mucho tiempo visitando hospitales y orfanatos. Pero, por lo demás, apenas se comportaba con la seriedad aceptada.

Para empezar, tomó clases de pintura. También asistió a la academia de baile de la señora Chapman, en *Hamilton Street*, y no tardó en poner en práctica lo que había aprendido. En 1897, los alumnos de la Sra. Chapman organizaron una fiesta a la que cada uno invitó a una joven. Después, dijo el periódico local, «fueron a Peters y Jacoby's donde disfrutaron de ostras en su concha, ostras fritas, pollo...helado y pastel». En esta ocasión, añadía, «sólo hubo un brindis, 'Pitch in'. No fue necesario repetirlo»⁽⁵⁾.

En invierno, se organizaban fiestas en trineo a pueblos tan lejanos como Nazaret: «Íbamos a bailar toda la noche», recordaba Buchman, «y luego volvíamos a casa -catorce millas en trineo- por la mañana temprano». En una visita posterior a Allentown, señaló la casa de la fraternidad Alpha Tau Omega, donde había llevado a doce chicas a bailar: «No podía soportar decepcionarlas».

En la universidad, fue director comercial del periódico, dibujó caricaturas para el anuario, el *Ciarla - Prohibition* aparece como un anciano severo y malhumorado-, fue un miembro entusiasta de los clubes de tenis y ciclismo, ganó un premio de cultura física, fue vicepresidente de la clase durante la segunda mitad de su último año, y se entretuvo escribiendo sketches dramáticos y poesía de carácter romántico y actuando en la obra de teatro de primer año.

El entorno familiar de Buchman era aún más inusual para el común de los ordenandos de aquella época. En 1897 su padre abrió un negocio de venta al por mayor de vino y licores en Emmaus, a ocho kilómetros al sur de Allentown, y esto, combinado con su pasión por los campos de golf, difícilmente

le convertía en la idea que la clase dirigente luterana tenía de un padre modelo para uno de sus futuros pastores. De hecho, un ministro local predicó contra él y dijo que iría al infierno. Sin embargo, el padre de Frank, encontrándose con el pastor en la estación de tren, le tomó el pelo con el sermón y le ofreció una copa. Este aceptó y se hicieron amigos. Mientras tanto su negocio prosperaba, y sus equipos suministraban vinos, licores y refrescos como jarabe de zarzaparrilla a establecimientos de cuatro condados.

La madre de Buchman siempre estaba dispuesta, según la tradición de la zona, para recibir a sus amigos en cualquier momento. «A Frank siempre le gustaron las fiestas», decía un vecino, «y a su madre también». A menudo se refería a ella como «una gran proveedora». En los fríos retratos de estudio de la época, aparece con un rostro severo y autoritario. Un escocés, que la conoció en su vejez, dijo que tenía la complexión de “un gran corsario”. «Era alta y tenía la cara llena de arrugas, pero cuando sonreía era como un girasol». Sus contemporáneos destacan su sentido del humor. En cualquier caso, la severidad de la foto ocultaba un carácter excepcionalmente tolerante, al menos con su único hijo.

En comparación, el padre de Buchman parecía ser indeciso. «Pero era», dice un amigo, «un hombre de negocios de éxito que quería apoyar a su hijo hasta el fin»⁽⁶⁾. También era generoso con los amigos que tenían dificultades, y los años pasados en restaurantes y detrás de la barra le habían dado una perspicaz y caritativa visión de la naturaleza humana. Quizá por eso su hijo solía decir más tarde a los jóvenes que lo que necesitaban para ayudar a la gente eran las cualidades de un buen barman: simpatía, disposición a escuchar e intuición. Buchman dijo que aprendió de su padre a entender a la gente, mientras que de su madre heredó su reserva personal y el sentido del orden y de la línea que divide lo correcto de lo incorrecto.

Su casa era confortable, de estilo alemán, con muchos muebles oscuros y bastante pesados, que se veían aliviados por agradables óleos y acuarelas -varias de ellas, de gran sensibilidad, pintadas por el joven Frank- y una serie de elegantes adornos, entre ellos un hermoso servicio de té de Limoges. Tenían dos criados y se servía vino a la mesa con regularidad.

Sarah Buchman, a la que siempre se veía con un impecable pañuelo blanco en la nuca y el pelo recogido en un moño, estaba orgullosa de pertenecer a una familia acomodada* y decidida a que su hijo recibiera la educación que, en su opinión, merecía su posición como familia. Como buena alemana de Pensilvania, tenía un agudo sentido del orden de las cosas; como buena burguesa, anhelaba ver a su hijo ascender en ese orden. Esperaba que dejara su huella en el mundo, pero como un hombre local de Dios. En su ambición por él, lo temporal y lo espiritual estaban estrechamente entrelazados.

Buchman pasaba sus vacaciones de verano en viajes en bicicleta (un año él y Arthur Keller, fueron en tren y barco hasta Montreal, haciendo excursiones en bicicleta o a pie) o a Chautauqua, el centro religioso y cultural del estado de Nueva York, donde una serie anual de conferencias y recitales ofrecía lo que parece haber sido un cruce entre unas vacaciones y una escuela de verano. El programa incluía conferencias sobre temas que iban desde Milton hasta la cocina y la templanza, reuniones de oración y deportes, y estaba amenizado por una variedad de entretenimientos, entre ellos conciertos de orquesta, cantantes suizos y octetas universitarias. Entre los oradores figuraban evangelistas como Henry Drummond, aunque Buchman nunca lo conoció, y escritores como Mark Twain.

* Mi abuela vino (de Suiza) con corsés y encajes. Pocas personas tenían (Diarios Martin, 12 de mayo de 1941).

Durante su estancia en Muhlenberg, Buchman visitó Woonsocket, Rhode Island, invitado por la señorita Florence Thayer, a quien evidentemente había conocido en Chautauqua o en una reunión social en Allentown, y cuyo padre dirigía cinco fábricas de satén. El esplendor de la casa de los Thayer le deslumbró. La casa, le dijo a su madre, estaba en un barrio muy aristocrático, en la mejor calle de Woonsocket, y justo al lado de la casa de un antiguo gobernador de Rhode Island. Tenía un gran vestíbulo, un gran salón de recepción en dorado y blanco, y había alfombras Wilton en el suelo, finas cortinas en las ventanas y bonitos cuadros en las paredes. Calculó, con la mirada del hijo de un hotelero, que el mobiliario de una sola habitación debía de costar 1.500 dólares, si no más. Los Thayer, concluyó, tenían no menos de tres carruajes⁽⁷⁾.

La vida social era igualmente cautivadora. Iba a bailes con la Srta. Thayer y era 'festejado a las cartas' por los amigos de ella. Uno de ellos era el hijo de un multimillonario que acababa de graduarse en Harvard. Era, según Buchman, «un joven espléndido, bastante interesado en los caballos de carreras, pero parece ser cristiano». Su propio placer era aún mayor porque se sentía muy solicitado: «Aquí me tienen como un león», dijo a su madre, «me quieren en casa todo el tiempo»⁽⁸⁾. En cuanto a la propia Srta. Thayer, «no me decepcionó lo más mínimo»⁽⁹⁾. Está claro que el joven Frank consideraba a Florence como una posible prometida. Ella está en su lista de los que le dieron regalos de Navidad en 1897 y 1898; aunque aunque en esta última lista también aparecen otras damas. Otra joven recibió la insignia de la fraternidad de Buchman, intercambio que en aquella época solía ser precursor de compromiso y matrimonio. La hija de una tercera está convencida de que si Buchman se hubiera casado, lo habría hecho con su madre, Bertha Werner.

El joven Buchman, entonces, estaba lleno de contradicciones naturales. Disfrutaba de la alegría de la vida social burguesa,

estaba deslumbrado por la elegancia y la riqueza de un mundo que acababa de empezar a explorar y, pasara lo que pasara una vez cumplidos los veintiún años, no tenía intención de ajustarse hasta ese momento a la imagen estándar del futuro pastor luterano.

Al mismo tiempo, buscaba claramente una vía de entrega religiosa o social. Sus ensayos sobre temas religiosos* mostraban una calidez y una amplitud de miras que iban más allá de la piedad obligatoria. «El mayor don de Dios al hombre», escribió en "Servicio amistoso", «es el amor. El hombre sube o baja en la escala de la grandeza según posea este don. ... El peligro es ... que nuestra adhesión a un partido político signifique la denuncia al por mayor del otro - que al defender nuestra propia ciudad, abusemos de otras, o que al amar nuestra propia nación, odiamos a otras. La mayoría de nosotros necesitamos llevar una vida más amplia, no sólo en nuestros pensamientos sino también en nuestros corazones. El cultivo de ese espíritu debe comenzar por el individuo, si queremos que influya en una nación. El que quiera contribuir a debe ampliar su vida, extender sus simpatías y no poner límites a su generosidad y ayuda».

Sus esperanzas para el futuro quedaron plasmadas en un ortodoxo discurso de apertura pronunciado en 1899, titulado "El amanecer": «Cuando, en el crepúsculo del siglo venidero, se pase lista a aquellos que figuraron prominentemente en el moldeamiento y guía de nuestra nación, ojalá que los nombres de algunos de nosotros aparezcan en ella. Aunque nuestros nombres no aparezcan en el pergamino de la fama de la tierra, que aparezcan en la lista de honor del Cielo».

Esto era más que la retórica de un joven. Buchman ya intuía que sería necesario un sacrificio si quería hacer realidad

* Encontrado en casa de Buchman, entre otros ensayos en apoyo de "Los Ciclistas del Baile" y uno titulado "Cuba Será Libre", así como algo de poesía amorosa, una obra de teatro y notas para columnas de cotilleo en la revista escolar.

semejante ambición. Cuando un primo, Fred Fetherolf, le dijo que Bacon había comentado, en algún lugar de sus *Ensayos*, que un hombre soltero podía hacer mejor su trabajo que un hombre casado, Buchman no dejó de insistirle para que encontrara la cita exacta. La cual dice así: «El que tiene mujer e hijos ha dado rehenes a la fortuna, porque son impedimentos para las grandes empresas, ya sean de virtud o de maldad»⁽¹⁰⁾.

Incluso entonces, recordó Fetherolf más tarde, la idea de Buchman era que un hombre debía tener un único objetivo en la vida: el suyo era ganar a la gente para Dios. «Si un hombre tenía un propósito fijo», añadió Fetherolf, «ése era Frank Buchman, aunque por ello se hiciera impopular entre algunos de sus compañeros».

Su natural ebullición y espíritu gregario iban acompañados de un instinto más profundo de permanecer y caminar solo. Su carácter era una mezcla de ambición, abundante confianza en sí mismo y un creciente sentido de la vocación.

En el verano de 1899, a la edad de 21 años, Buchman se graduó en Muhlenberg con mención honorífica y el *Premio Analogía de Butler*, dotado con veinticinco dólares en oro, por un trabajo de examen sobre la clásica defensa del cristianismo del obispo Butler, *Analogía de la religión*⁽¹¹⁾. Ese mismo otoño, fue a Filadelfia para asistir al seminario luterano de Mount Airy, en Germantown. Al menos por el momento, su sentido de la vocación lo conducía hacia la iglesia de sus antepasados.

¿TERMINÓ EL TRABAJO DE TODA UNA VIDA?

El traslado de Muhlenberg a Mount Airy llevó a Buchman de una parte de la cultura alemana de Pensilvania a otra. El seminario, propiedad del *Ministerium*, reflejaba su seriedad. Los propios edificios transmitían una impresión de austeridad, incluso sombría, y sugerían que una carrera en la Iglesia Luterana no era algo que se emprendiera a la ligera. Al mismo tiempo. Mount Airy estaba situado en la excitante ciudad de Filadelfia, cuna de la Constitución estadounidense y gran puerto, que aún miraba a Europa como centro de gravedad del mundo. Ese gran mundo, sobre el que Buchman leía y soñaba, parecía mucho más cercano ahora que cuando estaba en Allentown.

Al principio, Buchman se sentía muy solo, y lo compensaba adoptando una actitud un tanto señorial hacia sus compañeros del seminario. En su opinión, eran bastante aburridos y cerrados. Muy pocos, escribió a su madre, tenían grandes conocimientos generales. No sabían más que lo que habían estudiado en los libros. Eso estaba muy bien, pero un hombre necesitaba conocer las ‘acciones de los hombres’.

Al mismo tiempo, a la manera de muchos jóvenes que acaban de salir de casa, daba a sus padres una idea de sus ambiciones. Eran grandiosas, al estilo de una Estados Unidos saturada de la filosofía de Horatio Alger, ‘de la cabaña de madera a la Casa Blanca’, de cuyos libros se habían vendido doscientos millones de ejemplares en los veinticinco años anteriores: «Un hombre, para ser grande, debe hacer cosas extraordinarias, no

comunes», escribió Buchman a sus padres. «Por la gracia de Dios, pretendo hacer brillar el apellido Buchman. Con esfuerzo y trabajo puedo lograrlo». El Dr. Lutero, comentó, no había escrito himnos hasta que tuvo cuarenta años; y su propia ambición era ser un famoso autor y compositor de himnos. «Nunca antes» -concluyó- «les había revelado mi pensar de esta manera, a menudo me he desvelado y he pensado en todas estas cosas»⁽¹⁾.

No sólo se tomaba en serio a sí mismo, sino que esperaba que los demás hicieran lo mismo. Por ejemplo, a menudo reprendía a su madre por el papel que utilizaba para escribirle. «Odio recibir cartas en un papel tan pobre», le decía enérgicamente. «Así que, por favor, hazme el favor de usar mejor papel en el futuro. Todas las mujeres deberían tener buen papel»⁽²⁾. «No te sientas herida por la cuestión del papel», añadió en otra carta, «lo decía con toda amabilidad»⁽³⁾.

En marzo ya se había adaptado a la compañía más reservada en la que se encontraba y ‘se había recuperado de la depresión’. Además de jugar al tenis, montar a caballo y navegar, Buchman no tardó en hacerse un lugar entre las jóvenes de buena posición, fortalecido por un nuevo par de zapatos de charol. Había sido invitado, escribió a sus padres, a visitar a una señorita Taylor que se alojaba en casa de unos amigos de la familia en Filadelfia – ‘gente muy aristocrática’- y más tarde informó del éxito de la visita. Los zapatos, dijo, le habían quedado impresionantes; sólo deseaba que lo hubieran visto⁵.

Casi de inmediato fue invitado a asistir a la boda de la hermana de Florence Thayer en Woonsocket, y empezó a asediar cuidadosamente la billetera de su padre. Les dijo a sus padres que sería una gran experiencia ‘ver las hermosas decoraciones, la gente y cosas por el estilo’, de hecho, la oportunidad de su vida. No esperaba volver a recibir una invitación a una boda tan bonita, porque sólo tenía una familia millonaria en su lista de

conocidos. La única boda a la que podía esperar asistir era la suya propia, «eso si alguna vez me caso con una chica como la señorita Thayer, que puede permitirse una boda así».

Luego, recordando sin duda su carta anterior sobre la visita a la señorita Taylor, intenta asegurarles que sus afectos no son promiscuos y que, esta vez, su dinero se gastará en el verdadero propósito de su corazón. «Creo que debo quedarme con la Srta. Thayer», declara, quizá con toque de remordimiento, «ya que parece más devota que antes»⁶.

Temiendo que su primer esfuerzo no dé fruto, Buchman vuelve a intentarlo. «Pueden pensar», escribe, «que quiero demasiado, pero sólo serán unos pocos años más y entonces comenzaré el trabajo de mi vida». «Un hombre que entra en el ministerio», añade, «debe ser necesariamente social... Es salir al mundo lo que te abre los ojos». La carta también contiene una poética descripción de un cielo vespertino, que se había sentado a contemplar durante dos horas, reforzada por comentarios sobre el propósito moral de la belleza⁷. «Mi ambición es convertirme algún día en escritor», añadió al día siguiente. «Voy a apuntar alto. Un escritor no puede describir una escena a menos que la haya visto y vivido. Si quiere describir una boda de moda, no puede imaginarla, debe verla. Nunca podría haberles descrito el cielo de ayer si no lo hubiera visto. ¿Entienden la fuerza de mi argumento?»⁸.

Su madre se dio cuenta de la fuerza de su determinación. Así que, después de pedirle que le enviara sus 'pinzas para la nariz' - 'porque son más favorecedoras'- y de sugerirle que se preocupara de informar al *Allentown Chronicle* de su visita a Woonsocket⁹ - lo que ella hizo - él partió hacia Rhode Island.

La ocasión resultó ser todo lo que podía esperar. Según escribió a sus padres, había tanta gente mirando que «hicieron

* Pince-nez / lentes

falta cuatro policías para mantener a la muchedumbre sometida». El almuerzo fue excelente, con ensaladas y ostras «de todos los estilos»; no había palabras para describir los bonitos vestidos; abundaban las joyas y los encajes; y un mayordomo en uniforme de gala obsequiaba a cada uno de los invitados que se marchaban un trozo de pastel de boda¹⁰.

A medida que pasaban los meses, Buchman aprovechaba las alegrías de la gran ciudad, y acribillaba a sus padres con informes entusiastas: «Vimos el banco de San Pedro que ocupó George Washington y no sólo lo vimos, sino que nos sentamos en el mismo lugar que él solía sentarse... Ayer recorrí en bicicleta todo *Wissahickon Drive*; el paisaje es grandioso... Ayer Bernard y yo fuimos a un partido de cricket en Manheim. Vi a un príncipe de verdad. Se llama Príncipe Ranji y es un campeón de cricket. Pueden leer sobre él en el *Sunday Press*... Dewey* estará en Filadelfia el jueves. Les aconsejo que vengan. Yo no perdería la oportunidad de ver a Dewey, ya que es uno de los hombres más grandes del siglo»¹¹. Escuchó a Mlle Nerada, que 'frecuentemente' cantaba ante la reina Victoria, vio a Henry Irving y Ellen Terry en Robespierre y a Bernhardt interpretando a Ofelia¹². Le encantaba el esplendor de las grandes óperas -un año, se quejaba, no había visto ni una «y la temporada casi había terminado»¹³- y disfrutaba cuando le invitaban a una exposición privada de nuevos cuadros en la Academia local, a la que «muchos parisinos han enviado su trabajo»¹⁴. También escribió un artículo sobre 'El arte en el Culto' para la Sociedad Melanchthon¹⁵.

Detrás de la afición de Buchman por la vida social de la moda se escondían la inseguridad y la susceptibilidad de un joven que podía ser herido con facilidad. Al parecer, uno de sus compañeros de estudios había estado difundiendo pequeños chismes sobre él en Allentown: diciendo que un profesor había dicho que Buchman no tenía suficiente fuerza de voluntad para hacer su trabajo (una grave acusación en la comunidad

alemana), que se sonrojaba mucho y que ese sonrojo no era ajeno a su interés por una joven llamada Marie.

Buchman replicó acalorado. Ningún profesor, le dijo a su madre, le había insinuado nunca que no estuviera haciendo un buen trabajo. En cuanto a la sugerencia de una relación romántica, «no sé dónde entra Marie y el rubor. No conozco a nadie que se llame Marie en Mount Airy, excepto Mary Fry, y ella tiene unos treinta y cinco años y tal vez más. ... En cuanto a mi rubor, eso es lo peor»¹⁶.

En lo que respecta a su trabajo, Buchman no provocó ninguna queja de sus tutores. Para entrar en *Mount Airy*, tuvo que pasar un examen que consistía en traducir a San Agustín del latín y pasajes del Nuevo Testamento del griego. Pronto empezó a leer el Antiguo Testamento en el hebreo original. Las oraciones de la mañana se realizaban alternativamente en alemán e inglés, y los estudiantes leían a Lutero en el original alemán en la sociedad *Luther Abend* a la que pertenecía Buchman¹⁷. Su propio discurso también estaba sazonado con palabras que eran traducciones literales del alemán ('*homelike*' de *heimlich*), pero escribió a su madre disculpándose por encontrar demasiado lento escribir cartas en alemán de Pensilvania y pidiéndole que tradujera para su padre todo lo que no entendiera¹⁸. Evidentemente, también tomaba clases de elocución, posiblemente para limar la típica jerga de Allentown, al mismo tiempo que disfrutaba de la visita de un amigo que 'disfruta con un buen chiste en alemán de Pensilvania'¹⁹.

En algún momento de 1900 fue a alojarse al Hotel Walton, anunciado como 'el único hotel absolutamente a prueba de incendios de Filadelfia', y desde allí dio un paso trascendental. «Si no dicen nada, les contaré un secreto», escribió a su familia. «Recibí tres dólares por mi primer sermón. ...Fue una espléndida experiencia para mí. ...El trabajo de mi vida ha comenzado»²⁰.

En aquella época, la Iglesia hacía cada vez más hincapié en su misión con los pobres, los indigentes y los ancianos. Dada la situación de la sociedad estadounidense, era una necesidad obvia y apremiante. En los años posteriores a la Guerra Civil, Estados Unidos se había expandido rápida pero dolorosamente. Entre 1860 y 1890 la riqueza nacional casi se había quintuplicado, pasando de 16.000 millones a 78.000 millones de dólares; la línea ferroviaria de costa a costa se había completado en 1869 y sólo en la década de 1880 se tendieron 160.000 kilómetros de nuevas vías férreas; y los nuevos potentados de los negocios, hombres como Rockefeller, Carnegie, Harriman y John Pierpont Morgan, habían hecho enormes fortunas. Algunos de los nuevos plutócratas podían tener los dientes engastados con diamantes y proporcionar cigarrillos envueltos en billetes de cien dólares, pero en la zona este de Nueva York la gente vivía en la miseria, 290.000 por milla cuadrada. En 1895, el Ejército de Salvación sirvió 150.000 cenas de navidad sólo en Boston. En Nueva York había 10.000 niños indigentes en las calles, mientras que en el Bowery, en una pequeña zona de seis manzanas de largo y siete de ancho, había no menos de 200 salones. El alcoholismo estaba muy extendido, la prostitución florecía y las miles de huelgas que tuvieron lugar entre 1881 y 1894 no eran más que una expresión externa de la desesperación de los pobres.

En 1901, Buchman asistió a una reunión de la Sociedad de Misiones Internas de la Iglesia Luterana y se sintió muy conmovido por lo que oyó: «La idea del movimiento», dijo a sus padres, «es salvar el abismo cada vez mayor que separa y aleja a las masas de la Iglesia mediante el trabajo personal -mano a mano- en distritos densamente poblados, para visitar a los enfermos, levantar a los caídos, aconsejar a los tentados, animar a los ancianos, instruir a los ignorantes y recuperar a los niños». «Tal vez», escribió en su diario, «el Señor me abra este camino para servirle».

Para entonces, ya se había involucrado en una amplia variedad de trabajos sociales y se lanzaba a ellos con el mismo ardor que mostraba en su vida social. Se unió a la *Sunshine Society*, fundada para ayudar a los huérfanos, y visitó hospitales y ancianos²². En 1901, él y un grupo de colegas abrieron una nueva escuela dominical en Kensington, uno de los barrios más pobres de la ciudad. El primer domingo asistieron cincuenta y un niños, algo sin precedentes en Filadelfia, escribió Buchman a su madre; el segundo, setenta y cuatro, aunque la colecta ascendió sólo a 1,06 dólares. «Estoy a cargo del departamento infantil.... Todos son interesantes y tienen caras radiantes». Tenía un sentido muy vivo del significado más amplio de lo que estaba haciendo: «Estamos haciendo historia para la Iglesia Luterana de Kensington»²³.

En el verano de 1901 había asistido a la Conferencia Estudiantil de Northfield, Massachusetts, fundada por el evangelista Dwight L. Moody y dirigida ahora por John R. Mott, secretario general adjunto de la YMCA - Asociación Cristiana de Jóvenes - y quizá la figura dominante del movimiento estudiantil evangélico. Según Buchman, la visita «cambió por completo» su vida²⁴. «Nunca había pasado una semana tan espléndida»²⁵. Al parecer fue allí que decidió que ganar gente para Cristo debía ser su principal objetivo en la vida, y que por lo tanto debía ganar al menos a una persona antes de regresar a Allentown. Una visita a Nueva York le desvió de esta resolución, lo cual recordó mientras compraba su billete de tren a casa. La primera persona que vio en ese momento fue un portero negro. Buchman se lanzó.

«George, ¿eres cristiano?».

«No».

«Entonces deberías serlo».

La conversación continuó en esta línea, terminando con «Ahora, George, tienes que ser cristiano».

«Así terminó», recordó Buchman, «mi primer burdo intento de llevar las las inescrutables riquezas de Cristo a otro hombre. Si se convirtió en Cristiano o no... no puedo decirlo. Pero ese día se rompió el hielo en un nuevo trabajo de vida»²⁶.

Se dice que otra influencia sobre Buchman en esa época fue su tía Mary. Tía Mary, que tenía la costumbre de preguntarle durante la comida del domingo: «Bueno, Frankie, ¿cuánta gente se ha convertido hoy?». «Reunirse con Mary es diez veces mejor que ir a la iglesia», decía el padre de Buchman.

Sus cartas de esta época muestran un marcado aumento de la piedad, y con frecuencia terminan con un texto o lema para edificación de sus padres. También desarrolló un mayor interés por sus compañeros de estudios. «La semana pasada», escribió Buchman a sus padres en 1901, «hice un trabajo para uno de mis compañeros que ha cambiado toda su vida. Estaba a punto de dejar el Seminario, sintiendo que no llevaba el verdadero tipo de vida. Ahora es el hombre más feliz de aquí. Es un buen tipo y hoy me debe todo lo que tiene de posición en esta institución»²⁷. El tono es engreído, la teología sin duda poco sólida, pero el deseo de Buchman de ayudar a los individuos parece haber empezado a dar frutos.

Se graduó en *Mount Airy* en el verano de 1902, después de haber conseguido reactivar allí una sección de la fraternidad *Pennsylvania Alpha Iota*, y fue uno de los tres miembros de su promoción elegidos para hablar en la ceremonia de graduación. Florence Thayer vino desde Woonsocket para asistir. A estas alturas, Buchman estaba un poco triste por irse: «Echaré de menos este bello entorno y el compañerismo de los chicos»²⁸. Pero también era consciente de que estaba a punto de iniciar su vocación.

Sus padres ya le habían vetado varias ideas sobre lo que podría hacer luego de graduarse -en una ocasión había querido ir a la India, en otra pasar un año en la universidad de Leipzig-, pero

él seguía abrigando la ambición de ser llamado a una iglesia importante de la ciudad. Por eso, cuando en agosto le propusieron hacerse cargo de la Misión Oliver en la ciudad, se negó rotundamente. Entonces habló con un viejo amigo de la universidad de Allentown, Bridges Stopp, hijo de padres ricos pero lisiado y a menudo enfermo. Buchman le habló de su esperanza de que le ofrecieran un puesto en una iglesia de la gran ciudad. «Tú vas a conseguir un buen trabajo», replicó Stopp, «¿pero qué voy a conseguir yo?». El comentario aguijoneó el orgullo de Buchman y reorientó su ambición, - o tal vez le obligó a demostrar que carecía de ella -. Cuando, el día de su ordenación*, le pidieron que fundara una nueva iglesia en uno de los suburbios de Filadelfia, aceptó.

El barrio de Overbrook, cargo que aceptó Buchman, era una zona que abarcaba los extremos de las clases sociales. Había mansiones que pertenecían a los prósperos hombres de negocios de la ciudad y, al otro lado de las vías del tren, las viviendas precarias de los pobres. Cuando empezó a trabajar no había iglesia, la habitación donde dormía no tenía moqueta en el suelo, le dieron una cama pero no un colchón. En la carta en la que se le nombraba, se le pedía que empezara a trabajar lo antes posible, pero se añadía que la cuestión del salario «por el momento no debe plantearse». No tardó mucho en descubrir lo que eso implicaba. «Tienen solo lo suficiente para pagar sus deudas», escribió Buchman a sus padres, «y no queda nada para mí»²⁹.

Pasó todo el primer mes deambulando por las calles, tratando de conseguir una congregación y un local adecuado. Todo lo que Buchman pudo encontrar fue un edificio triangular de tres plantas, en la esquina de la avenida Lancaster y la calle 62, cuya planta baja había sido una tienda. Tenía que servir tanto de iglesia como de vivienda. Un amigo se ofreció a pagar el primer mes de alquiler y otro a prestarle algunas sillas, siempre que

* 10 de septiembre de 1902, en la iglesia luterana de St John, Allentown.

Buchman pudiera recogerlas en Filadelfia. Un mes después de su llegada a Overbrook, la Iglesia del Buen Pastor abrió sus puertas. Asistieron ochenta personas al primer servicio vespertino y la colecta fue de 10,35 dólares.

Era un trabajo duro y a menudo desalentador: "Echo mucho de menos la vida en casa", escribió. «Todo es tan tranquilo, pero pronto volveré a acostumbrarme. Oren por mí y para que tenga fuerzas para continuar»³⁰. Buchman comía en un viejo baúl cubierto con un paño y, cuando su madre le envió una alfombra para el suelo, escribió que le hacía sentir como si estuviera viviendo de nuevo. Tampoco existía ya la consoladora perspectiva del matrimonio. Durante los años en Overbrook, la relación con Florence Thayer parece haberse desvanecido, aunque en una reunión de su promoción del 99 en Muhlenberg propusiera un brindis por «nuestras novias».

Buchman se interesó activamente por la Escuela para Ciegos de Overbrook. Consiguió que los alumnos le ayudaran e invitó a su coro a cantar en público. Genevieve Caulfield, ciega desde los tres meses de edad, fue una de estas alumnas, y cuarenta años más tarde fue condecorada por el presidente Kennedy por su trabajo de toda una vida en favor de los ciegos de Asia. Caulfield nunca olvidó a Buchman: «Le interesaba mucho saber que ya entonces yo pensaba ir a Japón», recuerda, «y me preguntaba sobre ello cuando nos llevaba al parque o al zoo. Sabía lo que les gustaba comer a los niños y lo que nos gustaba a nosotros..... Nunca le olvidaré. Era amable sin ser condescendiente, y no nos llevaba porque pensara que éramos ciegos, sino que nos trataba como si fuéramos personas de verdad de las que esperaba que hicieran algo en el mundo»³¹.

Siguiendo una pauta que persistió durante toda su vida, Buchman se dedicó por entero a su trabajo en Overbrook, y al verano siguiente estaba tan agotado que su médico le recetó unas largas vacaciones. En junio de 1903 se embarcó para Europa en el Vancouver, con un amigo de la universidad,

Howard Woerth. Buchman esperaba que sus feligreses más adinerados se hicieran cargo del pasaje. Sin embargo, parece que se lo dio su padre, que al principio se indignó ante la idea de un gasto añadido después de tres años de matrícula universitaria, pero luego cedió y convenció a su esposa, por una vez reacia a la generosidad con su hijo. De hecho, era muy raro que las familias holandesas de Pensilvania, salvo las más ricas, enviaran a sus hijos al extranjero.

Los dos jóvenes se hicieron amigos de un grupo de señoritas de Quincy, Massachusetts, organizado por la Srta. Edith Randall, y pronto empezaron a llamarse 'primos'. Desembarcaron en Génova, visitaron Florencia y Venecia, y luego cruzaron el paso de Simplon en 'diligencia' hasta Suiza. Edith Randall escribió más tarde a Buchman: «¡Cuántos años han pasado desde la primera vez que te vi empapado de agua de mar en la cubierta...! ¿Olvidaremos alguna vez los peligros del glaciar del Rincón que afrontamos juntos, o el amanecer a las 4 de la madrugada en *Rochers-de-Naye*»³². En el Grand Hotel de *Rochers-de-Naye*, dos mil metros por encima de Montreux, en el lago Lemán, Buchman encontró una tarjeta de un conocido polaco-alemán que se alojaba a mitad de camino en el Palacio de Caux*, donde le visitó al día siguiente.

Para Buchman, sin embargo, las vacaciones pronto se convirtieron en algo más que un agradable viaje turístico en amable compañía. Como joven pastor apasionado y ambicioso, buscaba constantemente nuevas ideas. Tanto en Suiza como en Alemania, se alojó en hospicios cristianos (*Christliches Hospiz*) - creados por la Misión Luterana Interior- para alojar a jóvenes que se encontraban lejos de sus hogares. Se preguntaba si no podría abrir un hogar similar en Filadelfia.

Con el mismo espíritu inquisitivo, Buchman visitó a Friedrich von Bodelschwingh, hijo de un Primer Ministro de Prusia, que

* Cuarenta y tres años después, este hotel se convirtió en el sede del trabajo europeo de Buchman.

había fundado una colonia de granjas, hospitales y talleres para epilépticos y enfermos mentales en Bethel, cerca de Bielefeld. Buchman quedó profundamente impresionado por el intento de von Bodelschwingh no sólo de crear el ambiente de una familia cristiana, sino también de dar a cada uno un trabajo que mereciera la pena.

De nuevo en Overbrook, la Iglesia del Buen Pastor floreció modestamente. Durante el primer año, Buchman había dependido en gran medida de una asignación de sus padres. Sin embargo, en la celebración del primer aniversario recaudó 310 dólares y el comité ejecutivo se alegró tanto que acordaron dar a su pastor 130 dólares de sueldo atrasado. Eso, al menos, le permitió saldar sus deudas. A partir de entonces recibió regularmente su salario de 50 dólares al mes.

Era poco para cubrir los gastos que Buchman empezó a tener. Nada más regresar de Europa, discutió con un grupo de jóvenes empresarios la idea de abrir un hospital al estilo europeo. Pronto, la necesidad se impuso a la planificación. Una noche de nevada llamaron a la puerta de Buchman. Se trataba de un chico de una de las mansiones cercanas que había sido expulsado por algún delito trivial. Buchman lo acogió y, finalmente, le encontró un nuevo trabajo.

Entonces oyó hablar de un estudiante universitario que se moría literalmente de hambre. Buchman quiso invitarle también a compartir lo que tenía, pero se dio cuenta de que ni siquiera tenía una cama libre. Uno de sus jóvenes amigos de la congregación no tardó en resolver el problema. Le dijo a Buchman que comprara una cama en Wanamaker's y que le pasara la factura.

Fue el mismo joven, Gus Bechtold, quien habló a Buchman de un niño que había visto en el pabellón de tuberculosos de un asilo local para indigentes y dementes. El padre del niño acababa de morir de *delirium tremens* y su madre, que había

sido cocinera del gobernador de Pensilvania, era adicta al láudano, la tintura alcohólica de opio. Mary Hemphill y sus dos hijos vivían en una de las zonas más míseras de Filadelfia, en una casa de vecindad conocida como ‘de tres habitaciones’, y buscaban comida en los basureros. Buchman la visitó y la encontró aseándose en la tina de la lavandería, intentando por todos los medios ganarse la vida, una mujer sin esperanza alguna. Necesitaba un ama de llaves, y la invitó, junto a sus dos hijos, a unirse a él.

Conocer a esta familia le hizo tomar la decisión de dejar de beber alcohol. Si María tomaba una gota, volvería a su adicción; así que él tampoco debía tocarlo. La decisión, un auténtico sacrificio para una persona de su educación, duró toda su vida.

Tampoco fueron los Hemphill la única familia pobre a la que ayudó Buchman. «Nadie sabrá nunca cuánto hizo», dijo Bechtold más tarde. «Era muy reservado. En todos los años que conocí a Frank su primer amor fue servir a los pobres»³³.

«Ese trabajo», dijo Buchman después, «era una hermandad en una tienda, donde era más fácil que se reunieran los trabajadores y el servicio doméstico. Era, literalmente, la iglesia en la casa. Algunos caminaban kilómetros porque pensaban que los pobres encontrarían un corazón y un oído comprensivos, pero también un hogar. Con ellos compartí con gusto todo lo que tenía y aprendí la gran verdad de que donde Dios guía, Él provee». Cada vez dependía más de las donaciones de comida y dinero. Le echaban dinero por el buzón y le dejaban cestas de comida en la puerta.

En mayo de 1904, Buchman fundó oficialmente un hospicio³⁴. En noviembre, el calidez de su corazón, la comida de Mary y la insaciable necesidad en el distrito, habían llenado la casa.

De hecho, el hospicio tuvo tanto éxito que pronto hubo más solicitantes que camas. La Junta de Misiones Domésticas de la iglesia, sin embargo, no demoró en actuar. En pocas semanas empezaron a hablar de abrir un hospicio a gran escala, con espacio para jóvenes enérgicos. Buchman estaba encantado. El *Ministerium* local le consultó y se mostró encantado con el tipo de institución que tenía en mente. No tenía intención de crear un albergue austero que se limitara a ofrecer las comodidades básicas; quería algo mucho más parecido a lo que se había imaginado en el pasado con el *Hotel Buchman House*.

«Su propósito (el de Buchman) y el de la Junta», consta en las actas del *Ministerium* de junio de 1905, «es llevar a la práctica, en la medida de lo posible, la vida familiar cristiana, con todas sus comodidades, refinamientos e influencias saludables». En esta etapa, ni Buchman ni el *Ministerium* consideraban crítica la autosuficiencia económica. Aunque se esperaba hacer que el hospicio fuera autosuficiente, continuaba el acta, «su propio propósito podría verse frustrado si se hiciera un esfuerzo por hacerlo totalmente autosuficiente...». «El déficit. ... tendrá que ser cubierto por el Tesoro de la sociedad». El *Ministerium* había alquilado un local para este primer Hospicio Luterano para Jóvenes, en el 157 N de la calle 20, por 2.000 dólares al año, una suma que, de hecho, hacía prácticamente imposible alcanzar el punto de equilibrio.

Así fue como Buchman aceptó el cargo de 'padre de la casa', por 600 dólares al año, con «la responsabilidad general de la casa en lo material y espiritual bajo la dirección de la Junta»³⁵. Desafortunadamente el Dr. F. Ohl, presidente de la junta directiva, estaba decidido a que el hospicio hiciera de la contabilidad una prioridad y, de hecho, consideraba la recaudación de fondos una de las principales tareas del 'padre de la casa'. Aunque él, como Superintendente, había sido el único firmante de los términos de referencia originales, tal como figuraban en las actas, pronto quedó claro que, en lo que

a él se refería, podrían no haber existido nunca. Ohl era músico, liturgista y estudioso de los movimientos sociales, y se sabía que tenía un carácter difícil.

Los dos hombres se vieron en desacuerdo incluso antes de que abriera el hospicio. Buchman había alquilado una casa de campo en Northfield, donde realizaba estudios bíblicos diarios, como cada año, y había invitado a Mary Hemphill, a sus hijos y a algunos de los jóvenes del Overbrook a asistir con él a la Conferencia de Estudiantes. Fue Tras comunicar a la Junta que tenía previsto regresar a Filadelfia el 26 de agosto, con tiempo suficiente para la inauguración del 15 de septiembre, se sorprendió al recibir una carta de Ohl en la que le presionaba para que regresara antes. Era esencial, escribió Ohl, que el hospicio estuviera completamente lleno el día de su inauguración. «Además», añadió, «debo señalar que a la Junta no le gusta que la palabra '*Hospice*' se escriba '*Hospiz*'»³⁶. Buchman respondió que no podía dejar Northfield antes del día 26, a lo que Ohl envió una amable aprobación.

El nuevo hospicio floreció como lo había hecho el anterior. Buchman eligió como ama de llaves a una anciana de Nueva Inglaterra llamada Sarah Ward, amiga íntima de la familia de Dwight Moody y a quien Buchman había conocido por primera vez en Northfield. Buchman y Ward consiguieron crear un ambiente hogareño y acogedor.

«Creo que me esperaban, pero desde luego no aquella noche», escribió un estudiante universitario que pasó allí el verano. «Prácticamente todo el mundo se había ido a la cama; el señor Buchman también, lo sé. Sin embargo, se levantó inmediatamente y me recibió en bata con la calidez de un viejo amigo. Apenas llevaba una hora en la ciudad cuando me sentí tan a gusto como en cualquier otro lugar fuera de mi ciudad natal».

«Comer», continuó, «era un asunto de lo más agradable... Recuerdo una mesa larga y dos o tres más pequeñas. El señor Buchman se sentaba a la cabecera de la mesa larga, unos diez de nosotros en fila a ambos lados, y la encantadora señorita Ward se sentaba a los pies. Las comidas eran muy sencillas, por supuesto, pero bien cocinadas, y siempre había de todo. Se sacaba mucho provecho de cada ocasión. El 4 de julio, un invitado distinguido, un cumpleaños: todo se convertía en excusa para alguna pequeña celebración en la mesa. Después del desayuno, había oraciones familiares en el salón³⁷.

«Uno percibía enseguida el espíritu del hospicio», escribió John Woodcock, un pastor que vivió allí durante un tiempo. «No era una institución. Era una familia. Había pocas reglas más allá de las que rigen en cualquier casa bien ordenada.

«Si uno de los jóvenes salía por la noche, sabía que, a partir de cierta hora, sólo sería admitido si llamaba al timbre. Pero, por muy tarde que fuera, Frank siempre estaba allí para abrir la puerta sin dar señales de haberse tomado la molestia ni de haber mirado al joven para avergonzarlo, sino más bien para invitarlo a compartir... algo de comer. No es extraño que tal actitud abriera con frecuencia el camino a otras confidencias y oportunidades de ayudar espiritualmente»³⁸.

A principios del año siguiente, Buchman pensó que había llegado el momento de ampliar las actividades del hospicio. Le interesaba mucho el trabajo que se realizaba en Londres en *Toynbee Hall*, un asentamiento del *East End* fundado por el canónigo Barnett en 1884. La idea de Barnett había sido fortalecer el trabajo misionero que se realizaba en los suburbios creando «un club de residentes con un objetivo», que sería dirigido por un grupo de personas que vinieran a vivir a los barrios de los pobres y rehabilitarlos desde dentro. En lugar de ofrecer servicios religiosos en los asentamientos, esperaba que cada miembro del equipo residente fuera un brillante ejemplo de vida cristiana. La fe, en otras palabras,

debía contagiarse, no enseñarse. Las ideas de Buchman seguían precisamente el modelo de Barnett. Tras fundar un hospicio para niños pobres, quería «evitar que se volvieran egoístas por el mero hecho de recibir», persuadiéndoles de que se ocuparan de personas aún más pobres que ellos.

Por ello, en la primavera de 1906 fundó un asentamiento en una de las zonas más deprimentes del centro de Filadelfia, en la esquina de las calles Callowhill y 4^{ta}. Según un relato contemporáneo, se trataba de un barrio donde las familias inmigrantes vivían «en medio de la suciedad y la miseria... en un entorno moral y bajo influencias que casi hacen llorar a los ángeles». Buchman convenció a un productor de cerveza para que le prestara una habitación encima de sus establos, donde los jóvenes podían reunirse los sábados por la noche. Pronto empezaron a llegar niños inmigrantes de las calles: polacos, italianos y turcos, así como alemanes y escandinavos, de familias judías, católicas y protestantes. En las calurosas noches de verano, el hedor amoniacal de la paja del establo salía por el suelo. El periódico de la ciudad natal de Buchman escribió: «La Casa de Colonización está abarrotada de niños de la calle que encuentran un hogar cálido y feliz. Los niños aprenden carpintería, las niñas aprenden a coser, cocinar y otras artes domésticas»³⁹. Cuando algunos amigos empresarios le preguntaron qué hacía por estos jóvenes, Buchman respondió: «Bueno, sólo les enseño a vivir»^{*}.

Tanto en el hospicio como en el asentamiento, Buchman se encontró con los problemas sociales que aquejan a todas las ciudades estadounidenses en rápida expansión. Escribió, por ejemplo, a la *Water Street Mission* de Nueva York, donde tenían mucha experiencia en la curación de alcohólicos, pidiéndoles consejo. También estaba aprendiendo a ganarse la confianza de los individuos. La historia de George, de 14 años, que Buchman contó a menudo en años posteriores, era típica.

* Gus Bechtold fue director de este asentamiento de 1914 a 1923

«George», recordaba, «era un huérfano que vino a vivir conmigo y pasamos juntos la primera semana. Le conté mis mejores historias. Comimos juntos y le presté mucha atención, pero, a pesar de todo, nunca me gané su confianza. Un viernes por la noche me dijo que se iba a la ciudad. No me pareció mal. Alrededor de las nueve y media -era una de esas largas noches de verano- vi una silueta que venía por la calle, unas veces en ‘zig’ y otras en ‘zag’.

Se me encogió el corazón y me pregunté qué hacer. Desde mi ventana veía que intentaba meter la llave en el ojo de la cerradura, pero no parecía haber encontrado la conexión. Empezó a sacudir violentamente la reja de la puerta, naturalmente culpando a la puerta y pensando que era la culpable. Por fin alguien le dejó entrar, se dirigió a la habitación contigua a la mía y yo comprobé que estaba a salvo en la cama, sin hablarle ni hacerle saber mi presencia.

Ahora, ¿cómo tratar a George? A la mañana siguiente se me ocurrió no bajar a desayunar, porque pensé que si veía el rojo en el ojo de George, podría decir demasiado -así que esperé hasta media mañana y luego bajé al lugar donde George trabajaba-. Le pregunté al encargado si podía verlo. Me dijo: «Sí, cuando quiera». En cuanto George me vio, se le vino el mundo abajo. Pensó, por supuesto, que yo se lo había dicho al encargado.

Me volví hacia George y le dije: «George, ¿qué te parece si almorzamos juntos?». George asintió encantado, así que fuimos a un restaurante y empezamos con ostras. George estaba tan callado como una almeja. Comimos pescado y, mientras recogía las espinas, me dijo: «Anoche me emborraché», algo terriblemente difícil de decir para él, porque temía lo que yo pudiera decir. No dije nada.

Entonces me dijo que no le había costado mucho, sólo veinte céntimos. ¡Quería apelar a mi sentido de la economía!

Luego cambió de tema y quiso saber sobre mi clase dominical, como él llamaba al asentamiento. Quería hablar de religión. Yo sabía que aún no había llegado el momento, así que le dije que mi clase de la escuela dominical iba bien. Entonces supo que tenía que ir al grano. Me dijo: “Sabe, mientras subía anoche por la calle 20, pensé: ‘Si me regaña, saldré y lo volveré a hacer’”. Entonces sonreímos y se marchó. Dijo: “Creo que iré a su escuela dominical el próximo domingo”».

Como era de esperar, el hospicio no conseguía equilibrar sus cuentas y las relaciones de Buchman con Ohl y su Consejo se volvieron cada vez más tensas. Ohl mantenía un aluvión constante de críticas. La cocina del hospicio podía ser buena, pero ¿no era extravagante? ¿Y las habitaciones que ocupaban Mary Hemphill y sus hijos, por las que no pagaban nada? ¿No podrían alquilarse a huéspedes de pago?

El 3 de mayo de 1906, se creó un comité especial del Consejo ‘para idear métodos de reducir los gastos y asegurar la permanencia del Hospicio’. Decidió que se contratara un ama de llaves «para que el padre de la casa pudiera dedicar su tiempo a la atención espiritual y, lo que es más importante, a la recaudación de contribuciones, el cobro de cuotas y la captación de nuevos socios». Se contrató a un ama de llaves. Además, dijeron los miembros del comité, había que hacer economías inmediatas; los suministros debían comprarse en tiendas más baratas. Buchman, insinuaron, había sido descuidado y extravagante.

Naturalmente, la nueva ama de llaves parece haberse considerado a sí misma como agente del comité. La calidad de la comida decayó bruscamente -Buchman dijo más tarde que la

mantequilla a veces estaba rancia, el pescado rancio- y ella comenzó una campaña para deshacerse de Mary Hemphill y sus hijos. Incluso en circunstancias normales, a Mary le resultaba difícil mantenerse alejada de su antigua adicción. Ahora, con la creciente sensación de que la nueva ama de llaves estaba decidida a echarla, empezó a tomar paregórico, una tintura alcanforada de opio.

Con el paso de los meses, la situación empeoró y Buchman se encontró luchando contra viento y marea. Publicó al menos un informe, titulado Incidentes del Hospicio, para tratar de ilustrar a la Junta la eficacia de su trabajo. Allí estaba el joven que había sido 'de los sin rumbo' pero que había decidido hacerse pastor; un segundo que había estado tentado de buscar una prostituta ('el pecado social') pero que entonces había pensado en el hospicio y había decidido no ceder.

Buchman continuó diciendo que era perfectamente cierto que no habían tenido éxito con todos los jóvenes y que se había tenido que pedir a unos cuantos que se marcharan porque se comportaban 'con un espíritu antagonista', pero todos y cada uno de ellos habían preguntado si podían volver.

¿Por qué no eran autosuficientes? Bueno, respondió Buchman, uno de los jóvenes ganaba sólo 4 dólares a la semana y pagaba todo por su cama y comida en el hospicio. A otro le pagaban 5 dólares y él también pagó 4. En un tercer caso, en el que ambos padres habían muerto y dos hermanas ya estaban en instituciones de beneficencia, un joven que sólo ganaba 3,50 dólares a la semana había pedido una habitación. ¿Debía haber sido rechazado? Luego de ser aceptado se confirmó⁴⁰.

Todo fue en vano. El conflicto llegó a un punto crítico en el verano de 1907. Buchman decidió convertir el asunto en una cuestión de confianza, aun a riesgo de perder su puesto de trabajo, aunque parece que pensó que había muy poco peligro de que eso ocurriera.

Primero, encontró un hogar para Mary Hemphill y sus hijos, con la futura señora de John Woodcock. Después, en octubre de 1907, presentó a la Junta un documento manuscrito de diecisiete páginas, firmado por él mismo y por la señorita Ward. El hospicio, declaró, no era un internado. «La mujer del internado no puede permitirse darles una cena en Navidad y Acción de Gracias que puedan recordar hasta el final de sus días. Sería extravagante por parte del internado . Esto no paga».

«Según mi experiencia, considero que estas cosas son necesarias para ... hacer que la casa sea atractiva. Estas cosas cuestan. El tabernero de la esquina no duda ni por un momento en gastar dinero para hacer su local atractivo. Seguramente la iglesia no dudará en hacer lo mismo para ganar al hombre para la iglesia».

Buchman comparó el hospicio con instituciones similares de otras ciudades y países. Su experiencia, argumentó, sugería que un hospicio necesitaba ser propietario de su propio edificio para tener alguna posibilidad de alcanzar el umbral de rentabilidad, y muchos de los que lo hacían seguían teniendo pérdidas. Insistir en que el hospicio fuera autosuficiente era una miopía y significaría su caída. En cualquier caso, hay un hecho mucho más importante que debe tenerse en cuenta: «Los resultados de este trabajo», declaró, «no deben pesarse en la balanza de las riquezas».

Su trabajo había sido calificado de fracaso, pero los jóvenes acudían en masa a él: no menos de 300 habían sido influenciados. Todos hablaban bien del hospicio. ¿Era un fracaso porque se necesitaban 1.000 dólares al año para hacer el lugar lo suficientemente atractivo como para retener a los jóvenes? La cuestión se resolvió en una simple pregunta: "¿Qué es lo que buscan?

Además, en varias ocasiones se había atentado contra su libertad personal y se habían cuestionado sus actos. Si un hombre era lo suficientemente grande como para que se le confiara ese trabajo, también era lo suficientemente grande como para decidir los detalles menores de su propia conducta. «Si se quiere tener a un hombre al frente de este trabajo para que asuma las responsabilidades de un hombre, hay que tratarlo como a un hombre y no como a un niño».

A continuación, Buchman expuso las condiciones en las que se sentía dispuesto a continuar. En primer lugar, el Consejo debía demostrar su confianza en él: había dudado en varias ocasiones, dijo, de hombres del Consejo que se suponía que le apoyaban. Todo el personal del hospicio tiene que responder directamente ante él. Debe tener el poder de destituir a cualquiera que haya demostrado ser inadecuado. En el futuro, además, nadie debe ser nombrado sin su pleno conocimiento y aprobación. Debe concedérsele un mes de vacaciones y aumentársele el sueldo a 1.000 dólares anuales.

Por último, Buchman pidió una visión más amplia de su trabajo. La misión original, dijo, podría expresarse mejor con las propias palabras de Jesús al describir el Juicio Final: «Entonces el Rey les dirá desde su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el Reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber: fui forastero y me acogisteis».

«Insisto», añadió, «en que cualquiera que sea la conclusión a la que se llegue, no sea por meros motivos de simpatía, sino que la cuestión se afronte con franqueza y objetividad, y que se tomen las medidas necesarias para garantizar el crecimiento sano y normal de este trabajo»⁴¹.

Fue una exposición apasionada e intransigente del caso de Buchman. Su tono sugiere que confiaba plenamente en que ganaría, quizá porque se consideraba indispensable.

Aquella noche la discusión con la Junta se prolongó hasta medianoche. Dirigidos por el implacable Ohl, sus seis miembros insistieron en que el hospicio debía autofinanciarse. Buchman sabía que eso sólo podía significar una cosa: tendría que renunciar. A la mañana siguiente, no se presentó a desayunar y cuando John Woodcock llamó a su puerta «oyó unos sollozos ahogados y luego “pase”». «Entonces supe lo que había pasado y comprendí sus sentimientos», escribió Woodcock más tarde, «pero respondió a la sugerencia de que se levantara, desayunara y saliera al campo a pasar el día. Allí, caminar y hablar parecía ayudarle a pensar con más claridad y a llegar a algunas conclusiones razonables. Esa noche se presentó ante el Consejo y presentó su renuncia»⁴². La renuncia fue aceptada el 24 de octubre.

«Me siento como un perro apaleado, agotado», escribió a sus padres. Luego, después de decir que la noche anterior había celebrado un servicio religioso en la Casa de Conciliación con la presencia de unos sesenta niños, añadió: «Mary fue valiente, pero se notaba que le resultaba difícil. No se preocupen por mí. Todo irá bien. Saludos y amor a todos, lealmente tu hijo, Frank»⁴³.

Pero todo estaba lejos de ir bien. Todo el corazón de Buchman había sido puesto en el hospicio. Ahora, sus esperanzas se habían derrumbado. Prácticamente había sido despedido, menospreciado por hombres que, en su opinión, no entendían lo que intentaba hacer. La actitud de Ohl queda patente en su posterior informe anual, en el que, sin mencionar siquiera formalmente al impulsor de la iniciativa, se limita a afirmar que «ahora está bien organizada»*. El mundo de Buchman estaba

* Sin embargo, el nuevo director, el reverendo Joseph Schantz, escribió a Buchman con motivo del 25 aniversario del hospicio, en octubre de 1930, instándole a que asistiera: «Nos gustaría tanto contar con su presencia. ¿Podría hacerlo, Frank? El hospicio ha sido un trabajo maravilloso a pesar de su pobre instalación. Al menos 25.000 hombres han vivido en este ambiente en sus 25 años de existencia».

en ruinas. Era un excluido dentro de su propia creación. A medida que se sucedían los días y revivía una y otra vez las fatídicas horas con el Consejo, Buchman empezó a concebir un amargo odio hacia aquellos hombres.

El agotamiento debido a tantos meses de trabajo incesante, sumado a la agitación de su espíritu, le hizo enfermar. Consultó a un destacado médico de Filadelfia. Weir Mitchell, le dijo que estaba agotado y le recetó unas largas vacaciones en el extranjero. Su padre le dio 1.000 dólares y, el 29 de enero de 1908, Frank Buchman zarpó hacia Europa en el *SS Moltke*.

UNA TARDE EN KESWICK

Todo empezó como otro viaje convencional del tipo que, cuatro años antes, había dado lugar a una «conferencia ilustrada sobre “Viajes por Europa” en la iglesia de Overbrook, con entradas a 25 céntimos, a cargo del reverendo F. N. D. Buchman». Sevilla, Granada, Mónaco, El Cairo, Jerusalén, Atenas, Constantinopla, Viena... era un *Grand Tour* a gran escala. El único problema, como él mismo dijo fue que «me llevé a mí mismo conmigo». Allá donde iba, a la Alhambra, a las islas griegas en su mar brillante y cristalino, a los lugares Sagrados, se sentía acosado y agobiado por la amargura no disipada de su rechazo por la Junta. En la isla de Patmos, dijo a un compañero de viaje: «Nunca perdonaré a esos hombres».

Le parecía como si el Cuidado personificado en la Oda de Horacio - ‘El Negro Cuidado toma asiento detrás del jinete’- cabalgara con él. «Podía sentir su aliento en mi nuca», recordaba. A menudo se sentía más fugitivo que turista. Pero, en apariencia, parecía alegre la mayor parte del tiempo. Se interesaba de verdad por los que le rodeaban y la gente disfrutaba de su compañía. De viaje por el Mediterráneo, conoció a una pareja de ancianos estadounidenses, los Dull, de Harrisburg (Pensilvania), y cuando la Sra. Dull cayó tan gravemente enferma de neumonía -que tuvo que abandonar el barco en Atenas-, Buchman abandonó sus propios planes para ocuparse de ellos. Acudió a la embajada estadounidense para informar sobre la evolución de la Sra. Dull y fue invitado a una fiesta en la embajada. Allí, una mujer que le había conocido en el barco le presentó a la señorita Angelique Contostavlos, dama de compañía de la princesa heredera Sofía de Grecia. La señorita Contostavlos se interesó por su amabilidad con los

Dull y le hablo de ella a su patrona: «Hoy», dijo, «he conocido a un santo estadounidense».

«Imposible», respondió la princesa, «me gustaría conocerle». Evidentemente, la Princesa Sofía también estaba muy interesada en Buchman, lo suficiente como para expresar su esperanza de que pudiera ayudar a Grecia y Turquía a vivir en paz y para organizarle un encuentro con el Sultán turco, Abdul Hamid, en Estambul. Buchman parece haber tomado esta notable sugerencia con calma, y más tarde describió cómo había sido «enviado en un coche blindado - dos hombres en el escalón, dos hombres en la cabina - a la reunión con el Sultán. También desayunó con el sultán¹.

Los gastos adicionales de su estancia en Atenas dejaron a Buchman en la ruina y tuvo que pedir prestado a un amistoso médico norteamericano. Sus padres se apresuraron a enviar un telegrama de 150 dólares. En junio, su madre le reprochaba: «Creo que lo único que te gusta hacer es viajar. Ya sabes que el negocio de papá ya no es lo que era, se está haciendo mayor y ya no es tan activo como antes»². No obstante, le enviaría dinero suficiente para que pudiera permanecer en Europa hasta agosto.

En Alemania, todavía enfermo del corazón a pesar de la vivacidad exterior, Buchman fue a ver de nuevo a von Bodelschwingh. En julio estaba en Gran Bretaña y decidió asistir a la Convención de Keswick, una reunión anual de cristianos evangélicos. Su esperanza era ver al reputado ministro congregacional F. B. Meyer, a quien había conocido en Northfield y que creía que podría ayudarle. Meyer, sin embargo, no estaba allí, y Buchman se mantuvo ocupado asistiendo a reuniones y paseando por la campiña de Lakeland.

Un domingo, por capricho, asistió a una misa en una pequeña capilla de piedra. Había poca gente -sólo diecisiete fieles- y una mujer dirigía el servicio. Era la evangelista Jessie Penn-Lewis,

cuyo marido era descendiente de la familia de William Penn. Habló de la cruz de Cristo. No era un tema nuevo nuevo para Buchman. Había oído exponer la doctrina de la Expiación en una veintena de ocasiones en *Mount Airy*, había tomado apuntes sobre ella, había respondido a preguntas de examen sobre la misma, había predicado sobre ella. Esta mujer, sin embargo, habló de la cruz de una forma tan conmovedora que, por primera vez, se convirtió para él en una experiencia viva y vivificante. «La mujer representó a Cristo moribundo como nunca lo había visto antes» -recordó más tarde-:

«Vi los clavos en las palmas de sus manos, vi el clavo más grande que sujetaba sus pies. Vi la lanza clavada en su costado, y vi la mirada de dolor y sufrimiento infinito en su rostro. Me di cuenta de que yo lo había herido, de que había una gran distancia entre Él y yo, y supe que mi pecado había sido alimentar la mala voluntad.

Pensé en esos seis hombres de Filadelfia que creía que me habían hecho daño. Probablemente lo habían hecho, pero yo estaba tan equivocado que era el séptimo hombre equivocado. Tenía razón en mi convicción, pero me equivoqué al albergar mala voluntad. Quería salirme con la mía y mis sentimientos estaban heridos.

Empecé a verme como Dios me veía, que era una imagen muy diferente de la que tenía de mí mismo. No sé cómo explicarlo, sólo puedo decir que me senté allí y me di cuenta de cómo mi pecado, mi orgullo, mi egoísmo y mi mala voluntad me habían eclipsado de Dios en Cristo. Yo estaba en el trabajo cristiano, había dado mi vida a esos pobres chicos y mucha gente podría haber dicho 'qué maravilla', pero yo no tenía la victoria porque no estaba en contacto con Dios. Mi trabajo se había convertido en mi ídolo.

No necesitaba otra voz que la del 'Hombre en la Cruz'. Pensé en los versos: «Esto has hecho por mí, ¿Qué he

hecho yo por Ti, Crucificado?». Yo era el centro de mi propia vida. Había que tachar ese gran 'yo'. Vi que mis resentimientos contra aquellos hombres se erguían como lápidas en mi corazón. Le pedí a Dios que me cambiara y me dijo que arreglara las cosas con ellos.

Esto produjo en mí un sentimiento vibrante, como si una fuerte corriente de vida se hubiera vertido de repente en mí y después una sensación aturdida de una gran sacudida espiritual. Ya no existía ese sentimiento de voluntad dividida, ni la sensación de cálculo y discusión, de opresión e impotencia; una oleada de fuerte emoción, que seguía a la voluntad de entrega, surgió dentro de mí... y pareció levantar mi alma de su anclaje de egoísmo, llevándola a través de ese gran abismo de separación hasta el pie de la cruz³.

La experiencia fue tan repentina como la que le sobrevino a John Wesley en el aposento alto de Aldersgate, o a Francisco en San Damián cuando «cayó ante el crucifijo y, habiendo sido golpeado por visitas inesperadas, se encontró a sí mismo como otro hombre distinto del que había entrado».

Al salir de la capilla, el único pensamiento de Buchman no fue tanto perdonar a quienes había odiado, sino pedirles perdón por la forma en que se había comportado. De vuelta en la casa donde se alojaba, se sentó y escribió cartas a cada miembro del Consejo. Una de las cartas, la dirigida al Dr. Ohl, fechada el 27 de julio de 1908- se conserva en los archivos de *Mount Airy*.

«Le escribo» -declaró Buchman- «para decirle que he albergado un sentimiento desagradable hacia usted -a veces lo vencía, pero siempre volvía-. Nuestros puntos de vista pueden diferir, pero como hermanos debemos amarnos. Le escribo para pedirle perdón y para asegurarle que le quiero y que confío en que, por la gracia de Dios,

nunca más volveré a hablar mal de usted ni a menospreciarle».

Las líneas de ese himno han estado resonando en mis oídos...

 Cuando contemplo la maravillosa Cruz
 En la que murió el Príncipe de Gloria,
 Mi más rica ganancia la considero pérdida
 Y menosprecio todo mi orgullo»⁴.

Buchman añadía las mismas líneas a cada una de las cartas y, cada vez, sentía el peso de las palabras de una forma completamente nueva. «Es fácil repetir esas líneas», dijo más tarde. «Lo sé porque yo mismo lo he hecho una y otra vez. Pero aquel día esas líneas se habían convertido en grandes realidades. Y la última línea me costó más que ninguna otra. Casi la escribí con mi propia sangre»^{*}.

Aquella tarde, durante el té, Buchman contó lo que le había sucedido y entre los que oyeron la historia había un egresado de Cambridge. «Quiero hablar con usted», le dijo a Buchman. Dieron un paseo alrededor de Derwentwater. Antes de regresar, el joven también había encontrado una liberación similar a la de Buchman. «Fue el primer hombre al que enfrenté cara a cara con la experiencia central del cristianismo», comentó Buchman^{*}. Desde aquel día, Buchman empezó a ayudar a la gente, no desde una posición de rectitud, sino desde la realidad de saber que él también era un pecador y que había sido perdonado.

^{*} Buchman solía decir que no había recibido respuesta a estas cartas. Ohl anotó en el reverso de su carta de Buchman, «... usted notará que él no da ninguna dirección. Si lo hubiera hecho, sin duda le habría escrito». Entre los papeles de Buchman hay una breve nota de la señorita F. G. Crafts, el ama de llaves, a quien también debió de llegar una carta. Escribió: «Le agradezco mucho su amabilidad al perdonarme. Por mi parte, no tengo nada que perdonar. P.D. Los queridos niños le echaron mucho de menos en la Casa de Acogida».

^{*} Catorce años más tarde, de paso por Liverpool, Buchman telefoneó a este hombre, quien le dijo que la charla había "regenerado todo el principio de su vida". No se conoce su nombre.

También desde Keswick, Buchman escribió a su madre. Le contó cómo ahora sabía que era el séptimo hombre equivocado.

«Me molestó mucho tu carta en la que decías que no sabías perdonar y olvidar», contestó ella. «Quítate eso de la cabeza. Estamos contando los días que faltan para que vuelvas a casa»⁵. Pasaron algunos años antes de que ella se diera cuenta de la magnitud de lo que había ocurrido en el corazón de su hijo.

De vuelta a Estados Unidos, el nuevo Frank Buchman se enfrentó a su primera prueba directa: «En la iglesia, la mañana de Navidad, vi sentado frente a mí a uno de los hombres contra los que había albergado rencor. Tenía una calva en la cabeza y, cuando estaba sentado frente a él en las reuniones del Comité, solía pensar que la letra 'l' estaba escrita en esa parte. Después de la misa, le tendí la mano y le dije: "Feliz Navidad". No pudo mirarme a los ojos. Pero no me había guardado rencor».

Cincuenta años después, John Woodcock, el hombre que había ayudado a Buchman a tomar la decisión de renunciar a la mañana siguiente de la reunión de la Junta del hospicio, puso todo el asunto en una perspectiva más amplia. «Ahora sabemos que lo que parecía ser el fracaso del trabajo de su vida no era más que la apertura de la puerta que sólo Dios podía abrir, a través de la cual nos dirigimos al *verdadero* trabajo de nuestra vida»⁶.

PICKLE EN PENN STATE*

A su regreso a Estados Unidos, Frank Buchman era otro: más tranquilo y feliz, pensaba su amigo John Woodcock¹. Sin embargo, seguía sin trabajo y no sabía muy bien qué hacer. Los Woodcock sabían que el puesto de Secretario de la YMCA en el *Pennsylvania State College* estaba vacante, y la Sra. Woodcock le sugirió que lo solicitara. No está claro si lo hizo, pero de un modo u otro llegó a la oficina de John R. Mott, en la sede de la YMCA, la noticia de que Buchman podría estar disponible, y el ayudante de Mott, H.P. Anderson, escribió al presidente del Comité de la 'Y' de la universidad, el profesor J. M. Willard, recomendando a Buchman como «hombre amplio y personalidad muy atractiva»². El sobrino de los Dull, Vance McCormick, entonces presidente del Comité Democrático del Estado, era fideicomisario de la universidad y puede que también interviniera. Los miembros del profesorado que habían entrevistado a Buchman no tardaron en insistirle: «Aceptamos sus condiciones con la esperanza y la expectativa de una pronta respuesta positiva», escribió el catedrático de Lenguas Romances, Irving L. Foster³. Pero Buchman, que ya tenía treinta años, dudó durante más de dos meses antes de aceptar e, incluso entonces, sólo aceptó un contrato de seis meses, a partir de enero de 1909, a modo de prueba. El sueldo era de 100 dólares al mes.

* La Universidad Estatal de Pensilvania es una universidad pública localizada en Pensilvania, Estados Unidos. Tiene más de 80 000 estudiantes matriculados entre su campus principal, ubicado en State College, una ciudad pequeña en el centro del estado, y sus otras 19 sedes repartidas por todo el estado. (Fuente: [Wikipedia](#))

Las dudas de Buchman no eran del todo sorprendentes. Las YMCA dominaban la vida religiosa de la mayoría de los campus universitarios estadounidenses en los años anteriores a la guerra de 1914-18, pero, aun así, 'Penn State' no era una perspectiva muy atractiva. Fundada como una universidad agrícola, donde los hijos de los granjeros podían adquirir una educación en artes liberales, así como los rudimentos de la agricultura, *Penn State* tenía 1.400 estudiantes y no era conocida ni por su excelencia intelectual ni por su destreza deportiva. Además, era una ciudad remota y provincial, situada en el centro del estado, donde había crecido una pequeña ciudad sin vida social a su alrededor, llamada *State College* - «en los barrios rurales con una sed de venganza», como dijo un historiador local⁴.

En los últimos meses, además, el *State College* se había ganado una reputación poco envidiable. El secretario de la YMCA se encargaba del trabajo religioso en el colegio y Mott, según Buchman, le había dicho que pensaba que era «la universidad más impía del país». Además, acababa de resolverse una huelga de estudiantes, un fenómeno poco frecuente en aquella época. Las peleas en clase a menudo provocaban heridas graves, y una reciente 'pelea de banderas' había durado noventa horas. Las novatadas -la costumbre de someter a acoso a los nuevos estudiantes- eran a menudo brutales y, aunque las tabernas estaban prohibidas por la ley estatal, el suministro de alcohol en el campus era abundante, en gran parte vendido por un portero local llamado Gilliland. La noche en que llegó Buchman, se estaban celebrando una veintena de fiestas. Gilliland tenía un negocio especialmente lucrativo antes y después de los partidos de fútbol de la universidad: «Había veces en que enviábamos a seiscientos estudiantes a un partido y todos estaban borrachos», cuenta Buchman de su primer año. Se ganaban pocos partidos. Buchman no tardó en darse cuenta de que no hacía falta ser estudiante para tener un recibimiento desagradable. No llevaba ni dos horas en su habitación cuando llegaron dos jóvenes corpulentos con la idea de darle una

paliza. Afortunadamente, un amigo le había enviado una gran caja de chocolatinas, así que se apresuró a sugerirles que siguieran hablando mientras se la comían. Eso salvó la situación.

Quizá Buchman aún estaba nervioso cuando fue presentado a la asamblea de estudiantes. En cualquier caso, no podría haber empezado de forma más inepta. «Saludos, estudiantes del State College», declaró con voz aguda, y fue debidamente recibido con aullidos de risa y burla. En ese momento, el comité de la YMCA se sintió aliviado de haberle contratado solo por seis meses.

No tenían por qué preocuparse. Buchman atacó su nuevo trabajo con la energía contenida de un hombre recién llegado de unas vacaciones de ocho meses que estaba decidido a no fracasar y que, además, tenía una profunda experiencia que compartir. Pronto, su madre se quejó de que sólo le enviaba postales en lugar de las cartas habituales⁵. Trabajaba entre dieciocho y veinte horas al día, había aumentado el nivel de actividad de la YMCA con un nuevo programa de clases y reuniones, y parecía estar en todas partes a la vez. «Era robusto, siempre iba bien vestido, con las mejillas sonrosadas y un aspecto chispeante y distinguido con su sombrero de castor», recuerda el capellán del colegio, Robert Reed. «Parecía estar constantemente entre la gente. Todos los días se le veía paseando por el campus con alguno de sus compañeros, charlando y riendo. Tenía un gran sentido del humor y su risa espontánea eran muy contagiosas»⁶.

Sin embargo, el ridículo continuó. Buchman calcula que durante su primer año fue probablemente el hombre más impopular del campus. Algunos de los estudiantes reaccionaron con dureza tanto a su seriedad como a lo que consideraban actitudes puritanas, y le pusieron el apodo de 'Pure John' (Juan el Puro), una burla derivada de un dibujo animado contemporáneo. Se acostumbró a ver '*Pure John -99%*

pure' garabateado en las pancartas vacías, y a que le hicieran chistes y lo caricaturizaran en la revista del colegio.

También parece haber irritado a parte del profesorado. «Buchman», dijo un profesor más tarde, «rezumaba el aceite de la piedad untuosa por todos los poros. No me interesaría volver a verle ni siquiera a costa de tener que estrecharle la mano»⁷.

Sin embargo, los resultados de su vigor y amabilidad fueron impresionantes. A los dos meses de su llegada, Buchman escribía a su primo y hermano adoptivo Dan: «Anoche tuvimos a 1.000 hombres en la reunión... Fraternidades enteras se e inscriben a estudiar la Biblia». En dos años, el número de miembros de la 'Y' se había más que duplicado, de 491 a 1.040. En tres años, contaba con más del setenta y cinco por ciento del cuerpo estudiantil en sus filas, comparado con el treinta y cinco por ciento de cuando había llegado⁹.

«Antes de que terminara el primer año», escribió Lloyd Douglas, autor de *The Robe* (La Túnica), que era entonces Director de Educación Religiosa en el *Illinois State College* y que visitó *Penn State* varias veces, «se descubrió que los hombres del campus que estaban haciendo cosas importantes, líderes en rendimiento académico, atletismo, oratoria... pasaban tardes enteras en las habitaciones de Buchman... Parecía fácil para Buchman reunir a los hombres más selectos del campus. Por supuesto, no era fácil, pero Buchman tenía el don napoleónico de hacer que la gente quisiera hacer... cosas difíciles»¹⁰.

Sin embargo, el propio Buchman no estaba nada satisfecho con los resultados de su trabajo. Las cifras eran impresionantes, pero ¿estaban los jóvenes siendo influenciados un poco o estaban experimentando el tipo de cambio que él mismo había experimentado en Keswick? Muchos habían tomado la primera decisión de dejar entrar a Cristo en sus vidas. Pero, ¿hasta

dónde llegaban estas decisiones? El consumo de alcohol, había que afrontarlo, apenas había disminuido, y el tono general del colegio no había cambiado mucho. La calidad de las decisiones que se habían tomado, ¿daría forma a las carreras de los chicos y afectaría a sus comunidades en el futuro? ¿O se trataría simplemente de la triste historia de algunos despertares, en los que una mayor observancia religiosa va acompañada de un declive de la moralidad en la comunidad en general? Más tarde describió su dilema: «Trabajaba dieciocho horas al día y estaba tan ocupado que tenía dos teléfonos en mi dormitorio. La gente seguía acudiendo a mí, pero los cambios en sus vidas no eran lo bastante revolucionarios como para ser permanentes».

En este punto consultó a un visitante del colegio -casi con toda seguridad el F. B. Meyer que había buscado en Keswick- sobre sus cuestionamientos internos. «Necesitas hacer entrevistas personales, de uno a uno, en lugar de organizar reuniones», dijo Meyer.

«Desde entonces», comentó Buchman más tarde, «ya no pienso en términos de números, sino de personas».

Meyer también le preguntó: «¿Dejas que el Espíritu Santo te guíe en todo lo que haces?». Buchman respondió que, en efecto, rezaba y leía la Biblia por la mañana, y a veces recibía inspiraciones en ese y en otros momentos del día.

«Pero», insistió Meyer, «¿le das a Dios suficiente tiempo ininterrumpido para que te diga lo que debes hacer?».

Buchman reflexionó y decidió dedicar al menos una hora al día, por la mañana temprano, a escuchar a Dios, un periodo que llegó a denominar 'tiempo de silencio'. Lo eligió entre las cinco y las seis, antes de que sonaran los teléfonos. La primera mañana recibió un pensamiento insólito: el apodo de un estudiante, 'Tutz, Tutz, Tutz', y la primera persona con la que se encontró al salir al campus fue ese mismo Tutz.

«Tutz», recordaría más tarde Buchman, «se ponía tenso regularmente en los viajes con el Club de Drama, pero siempre se arrodillaba por la noche para rezar sus oraciones. Al principio me entraron ganas de reírme de él, pero sentí la insistente necesidad de hablarle. Le pregunté si quería hablar con un amigo mío que sabía exponer a la gente las grandes verdades de la vida. Asintió de buena gana, pues le parecía mucho más importante que una conferencia. Este amigo era un atleta que se había graduado recientemente en una de las grandes universidades estatales del oeste. Tutz volvió a verme después de la entrevista y me dijo que había decidido entregar su vida a Cristo sin reservas. Le dije: «Bueno, ¿qué vas a hacer al respecto?».

Me dijo: “¿Qué voy a hacer?”.

Le dije: “¿No vas a contar a tus amigos esta nueva experiencia tuya?”.

“Todos se reirán de mí”, dijo.

Le dije: “Ese es tu papel en el Club de Drama, cuantos monólogos tengas, más te gustará”.

Tutz tenía imaginación, así que cuando todos sus compañeros de club estaban sentados esperando el almuerzo, entró y dijo al grupo: “Supongo que se reirán cuando les cuente lo que he hecho esta mañana”. Todos se quedaron boquiabiertos, pues pensaban que Tutz le había tomado el pelo a un profesor o había oído alguna nueva historia graciosa. divertida. Anunció sencillamente y sin emoción: “He decidido cambiar mi vida”. Ninguno esbozó una sonrisa... Me reuní con él siete años después, cuando me dijo que aquel encuentro vital había cambiado el rumbo de toda su vida».

Buchman empezó ahora a pensar en cómo ‘llevar a toda la universidad, como comunidad, hacia Dios’, lo que le parecía que debía ser el desarrollo lógico de los cambios reales en los individuos. Tres nombres le vinieron a la mente: Gilliland, el

anfitrión contrabandista, conocido comúnmente como Bill Pickle; Blair Buck, ‘un estudiante graduado de Virginia con toda la gracia y el encanto’; y el decano de la universidad, Alva Agee, ‘popular, de fácil acceso, hospitalario, sociable y agnóstico’.

Buchman sabía que Blair Buck no era un hombre que se apresurara, «un tipo de persona», como observó más tarde, «con la que se utilizaba una inteligente moderación y una reserva indiferente. Nunca hablé con él de las cosas que más significaban para mí... Hablábamos de todo lo demás». También montaban a caballo -una pasión de Buchman desde su niñez- por las verdes colinas que rodeaban la ciudad*. Las intenciones de Buchman eran hacerse amigo de Buck, e involucrarlo en la conversión de Bill Pickle.

Bill Pickle era hijo ilegítimo de un coronel y había servido en la Guerra Civil como tamborilero. Lucía un ‘enorme bigote de morsa’, ‘parecía un pirata rugiente’ y a menudo se le había oído declarar que le gustaría clavarle un cuchillo en las costillas a Buchman. Buchman estaba bastante nervioso por él, y se alarmó cuando un día Buck lo señaló mientras caminaban juntos por la ciudad, porque sabía que debía hacer un movimiento hacia él o perdería el respeto de Buck. «Tengo una nariz grande», relató Buchman más tarde, «así que cuando me acerqué a Bill, puse mi mano en su bíceps para que si se alejaba, no lo hiciera tan fuerte. Se me pasó por la cabeza: “Dale tu mensaje más profundo”. “Bill”, le dije, “hemos estado orando por ti”. Para mi sorpresa, toda su furia desapareció. Señaló la torre de una iglesia».

«¿Ven esa iglesia de ahí?», dijo. «Yo estaba allí cuando la piedra angular fue colocada. Hay un centavo mío debajo de ella.

* Buchman tuvo un caballo llamado Mary durante los primeros años en *Penn State*. Cuando el mantenimiento se volvió demasiado caro, la vendió y dio el dinero a un estudiante pobre. «Acabo de recibir la buena noticia de que les ha ayudado a él y a su hermano a terminar la universidad. Han creado un servicio de lavandería bastante amplio gracias a Mary», escribió a Woodcock el 7 de noviembre de 1916.

La conversación terminó en una invitación para que Buchman y Buck visitaran a Bill, su esposa y sus doce hijos en su casa sin pintar en lo que todos llamaban 'La Colina de los Pickle'. Buchman descubrió que compartían el amor por los caballos y se hicieron amigos. Al cabo de unos meses, convenció a Bill para que asistiera a una conferencia de estudiantes en Toronto. Bill dijo que iría si Buchman le regalaba su preciado sombrero de castor, un precio que Buchman pagó con prontitud, aunque con tristeza.

En Toronto, Bill decidió hacerse cristiano y, como le resultaba difícil escribir, pidió a Buchman que redactara su carta de disculpa a su mujer por el modo en que la había tratado en el pasado. A partir de entonces, a pesar de los esfuerzos de algunos estudiantes por atraerle de nuevo, Bill dejó tanto el contrabando como la bebida, lo que supuso un notable descenso del consumo general en el campus.

Dean Agee, que había pagado el viaje de Bill a Toronto como una especie de 'desafío', quedó muy impresionado por la diferencia que había en él, y Buck empezó a dejar de lado las palabras 'Si Dios existe...' y a hablar de Alguien que 'había respondido a sus plegarias'. Pero aún quedaba mucho camino por recorrer. Un día le dijo a Buchman: «Hay muchas cosas que no entiendo sobre la Biblia, la oración y la ayuda a los demás». «Pasemos juntos las vacaciones de verano», respondió Buchman, y durante un par de meses, primero en la isla Mackinac, en Michigan, y luego en Montana, donde el abuelo de Buck era gobernador, y después por todo el oeste, el joven encontró el cambio que buscaba¹¹.

A lo largo de los siete años que pasó en *Penn State*, el sello distintivo del trabajo de Buchman fue su capacidad para impulsar ese cambio en la vida de las personas más inverosímiles. Entre ellos se encontraban, además de los mencionados, Dick Harlow, que llegó a ser entrenador de

fútbol en Harvard; Henry Armstrong, uno de los creadores del apodo 'John el Puro'; Pete Weigal, que se había tapado los oídos con algodón cuando se vio obligado a asistir a una reunión como trompetista de la banda de la universidad, pero que se interesó después de que se le cayera el algodón durante una serenata especialmente animada; el capitán de fútbol, Larry Vorhis; un atleta, Pete Johnson; y 'Pop' Golden, el duro entrenador de fútbol, cuya vida desordenada había afectado a generaciones de estudiantes. Con la mayoría la alteración fue duradera: Harlow presentó a Buchman cuando habló en la Universidad Colgate algunos años después; Weigal sucedió a Buchman como secretario de la *YMCA* cuando dejó Penn State; Blair Buck se convirtió en pionero de la educación de los negros en el Sur, en el Instituto Hampton de Virginia, y estuvo en estrecho contacto con Buchman toda su vida; Dean y la Sra. Agee mantuvieron correspondencia con él durante muchos años; Armstrong invitó a Buchman a su casa en 1931; y la Sra. Pete Johnson acudió al octogésimo cumpleaños de Buchman en 1958, ya que la fábrica de su marido había enviado un regalo de azulejos al centro estadounidense de su trabajo. La influencia de 'Pop' Golden llegó a ser, en opinión de Buchman, más importante que la de una docena de predicadores y, por la razón que fuera, el equipo de fútbol ganó 26 partidos y sólo perdió dos en los cuatro años posteriores a su cambio.

Durante todo este tiempo, se estaba sintiendo un impacto más amplio en la universidad: «En cinco años, la secretaria permanente de *Penn State* ha cambiado por completo el tono de esa universidad antes tan dura», escribió Maxwell Chaplin, secretario de la *YMCA* en Princeton, a un amigo en 1914, después de asistir a una de las campañas anuales de la 'Semana de la Y' de Buchman.

Lloyd Douglas participó en la misma campaña. «Fue», escribió «el acontecimiento más notable de este tipo que jamás haya presenciado».

«No había un momento ocioso para cualquier hombre que había sido convocado a la campaña como asociado. Una noche, Buchman decidió que formaríamos parejas... y visitar las casas de las fraternidades y proponer a cada grupo una decisión cristiana definitiva. Era un trabajo imposible y todos se dieron cuenta de su inutilidad, menos Buchman. Esa noche hubo grandes acontecimientos. Uno tras otro, hombres prominentes de la fraternidad... se pusieron de pie ante sus compañeros y confesaron que habían estado viviendo vidas miserables y de baja calidad y que de ahora en adelante tenían la intención de hacer el bien. El cuerpo docente lo apoyaba todo en cuerpo y alma»¹².

La campaña no se limitó al campus. Buchman dividió la ciudad en diez secciones, y por cada una de ellas se encargó a un equipo de ayudantes cuyo trabajo consistía en invitar a todo el mundo a las reuniones. Debía ser, dijo, una «campaña para todos».

El primer día, todas las tiendas y el solitario cine de la ciudad cerraron para animar a la gente a asistir. La banda del colegio tocó en el pueblo antes de que empezara la reunión y luego marchó hasta la sala. Hubo reuniones multitudinarias a cargo de conocidos oradores sobre temas como 'Los secretos de una vida victoriosa'. Según un profesor, la ciudad estaba «repleta de notables» y, durante esa semana, «la universidad no hizo más que vivir, hablar y discutir sobre religión»¹³.

Al año siguiente, Buchman contrató a 150 ayudantes externos de la mayoría de las principales universidades de la costa este. A cada uno de ellos se le asignó un estudiante 'secretario', cuyo trabajo consistía en aprovechar al máximo su tiempo: a menudo realizaban entrevistas hasta medianoche y más allá. Algunos, como el profesor Henry Wright, de Yale, disfrutaron de la intensidad de la campaña: «Hablé casi ininterrumpidamente durante tres días», escribió a un amigo¹⁴. A otros, el ritmo les resultó muy duro: «Tardé una semana en

superar aquel día agotador en el Estado». «No me lo perdería ni por cien dólares, ni lo repetiría ni por quinientos. Debería limitar sus invitaciones estrictamente a holandeses de Pennsylvania que son tan rígidos como el acero, igual a usted»¹⁵.

«Tarde o temprano», observó Fred Lewis Pattee, profesor de inglés, «aparecieron en el campus todos los líderes religiosos universitarios del país para estudiar los métodos de Buchman»¹⁶. Sus métodos no sólo se estudiaron, sino que se aplicaron. Así, la publicación de la Universidad de Yale, *The Week*, del 3 de marzo de 1915, remontó la génesis de un despertar religioso en Yale a esta misma campaña. «Realmente comenzó en el *Pennsylvania State College* el año pasado bajo la dirección de Frank N. D. Buchman», afirmaba el artículo, y concluía: «Este nuevo evangelismo de la segunda década del siglo XX está transformando nuestras universidades».

A partir de entonces, hubo campañas siguiendo el modelo de *Penn State* en Yale, *Illinois State*, Williams, Cornell y otras universidades, así como convenciones estudiantiles en Rochester y Kansas City; Estes Park, Colorado; Eaglesmere, Pennsylvania; Silver Bay, Nueva York; y Northfield, Massachusetts. A la mayoría de ellas, Buchman pudo llevar equipos de jóvenes a los que había entrenado. «Cuando llegué al *State College*, tenía en mente toda la línea general de nuestros colegios orientales», escribió a un socio en China, tres años más tarde. «Si me hubieras preguntado cómo habría funcionado, no podría habértelo dicho. Bill Pickle, el nieto del gobernador, el entrenador del equipo de fútbol y todos los demás frutos que vinieron... no se podía planificar con antelación. Sin embargo, cuando otras universidades vieron que había un cambio sostenido en *Penn State*, pidieron que estos mismos principios se llevaran a sus instituciones, pero debemos recordar que se trataba de un programa de siete años. Tenía que crecer de forma natural. Cualquier plan 'copiado' del *Penn State* habría muerto de muerte natural»¹⁷.

Para Buchman, de hecho, la 'Semana Y' no fue más que el punto culminante de un año de intensa actividad. Sus vacaciones de verano parecen haberse desarrollado con el mismo vigor. La Sra. Buchman se quejaba constantemente de la falta de cartas de su hijo, pero ahora iban a pasar las vacaciones en familia y, en junio, Buchman, sus padres y Dan se embarcaron en el 'Presidente Lincoln'. Regresaron tres meses después, tras haber estado en Inglaterra, Holanda, Bélgica, Alemania e Italia. Su padre, jubilado desde hacía dos años, tenía 72 años y ya estaba medio inválido.

Dan llevaba un diario. Cuatro días después de zarpar, el 25 de junio, escribió: «El primo Frank celebró una misa en el comedor. Buena asistencia». El 6 de julio, ya en Londres, la atención de Buchman parece haberse desviado del cuidado de su familia: «Pasó todo el día en el Museo Británico, sin cenar» . «El primo Frank fue a Eastbourne a ver a una dama de compañía de la reina de Grecia». 15 de julio, Amberes: «Se encontró con Edith Randall de Quincy, Mass». «F. fue al cine con E.R.». Esto fue un año después de su carta a Buchman recordando su escalada a la montaña suiza en 1903. Al día siguiente, «F. a la Catedral con E.R.». De nuevo, su familia parece haber sido abandonada a su suerte. Edith Randall también aparece para cenar una semana después, en Colonia, y luego desaparece para siempre. El 1 de agosto, en Bad Homburg, Buchman aprende a jugar al golf, y el día 12 toda la familia acude a la iglesia inglesa, invitada por el capellán británico, para ver al Kaiser inaugurar un monumento a Eduardo VII de Inglaterra.

En Bad Homburg, Buchman consultó al Dr. Schäfer, quien le diagnosticó con 'riñón flotante' relacionado con una colitis. Schäfer le recetó una dieta rica. «Una mente tranquila por la noche y un descanso de varias horas durante el día contribuirán a su bienestar, y tome a Falstaff como ideal: cada libra que engorde aumentará su salud», escribió. «Los baños serán las horas en las que podrás pensar en poesía y romances, y cada

gota de agua estimulará el corazón y el sistema nervioso. Comience con un baño caliente de quince minutos de duración y vierta agua fría por la espalda, donde el riñón flotante es una roca sólida...»¹⁸. No se sabe hasta qué punto Buchman siguió los consejos del buen médico, aunque nunca fue contrario a una dieta rica, pero más tarde habló de Schäfer como el hombre que había «anclado mi riñón flotante».

De vuelta a casa, Buchman hizo una visita de cuatro días a su antigua universidad, Muhlenberg, y pidió al presidente de la YMCA, Paul Krauss, que hiciera preparativos para otra 'campaña para todos'. Al parecer, los preparativos no estuvieron a la altura de sus expectativas, ya que, cuando regresó a Penn State, escribió a Krauss una carta «para que pueda hacerse una idea de lo grande que es nuestra planificación».

Dijo que había llegado a *State College* a última hora del sábado. Siguió un esbozo en miniatura de su programa. «Me puse inmediatamente en contacto con Flagg, uno de nuestros directores de atletismo, que se lesionó gravemente en el gimnasio durante la semana. Fui a nuestro curso de entretenimiento. Me entrevisté con cuatro chicos. Me acosté poco después de las doce. El domingo por la mañana asistieron más de doscientas personas a mi clase bíblica de primer año. Tuve entrevistas antes y después de la reunión. Cené con la familia Gilliland... Volví para reunirme con el Club de Castores Hugh McAllister»*.

«Tuve cita con nuestro Director de Atletismo, que dirigía nuestra reunión por la tarde. Comunion de estudiantes a las

* Se trataba de un club de chicos que había fundado en la ciudad. En una carta a la Sra. Andrew Carnegie, que había enviado muchos dólares al club y a la que envió, en su nombre, un madroño en una lata, escribió: «Son los hijos de los trabajadores, y hasta hace dos años eran bastante vagos. Los organicé en el Hugh McAllister Beaver Club, y fundé un equipo de béisbol, y en otoño un equipo de fútbol. Se mantienen muy bien unidos, y en lugar de las juergas de los sábados por la noche, se han organizado recientemente en un YMCA de la ciudad» - (Buchman a la Sra. Carnegie, 29 de abril de 1912. Buchman conoció a Andrew Carnegie el 8 de mayo de 1907 en Princeton).

dos. Reunión con el representante de los estudiantes. Llamada al entrenador de fútbol y a varios atletas. No tuve oportunidad de cenar. Di una clase bíblica de la Fraternidad, volví a tiempo para una reunión de mil estudiantes... Duró una hora y treinta y cinco minutos. El entrenador Reed y 'Pop' Golden, nuestro director atlético. Los profesores Agee y Torrey hablaron. Fue una reunión espléndida y su objetivo era preparar a los chicos para el partido de Pittsburgh. Después tuvimos una reunión de conferencia y oración. Hicimos arreglos para ayudar económicamente al hombre que se lastimó en el gimnasio. Fui a hablar de algunos planes con nuestro capellán. Me acosté a las doce. Me voy a Pittsburgh para estar fuera hasta el sábado. Me olvidé de decirles que tuvimos una reunión especial para los estudiantes de primer año de toda la clase y tuvimos una charla sobre los males de la bebida y los problemas de la pureza social».

«Sé», concluyó Buchman, «que ustedes impulsarán el trabajo en Muhlenberg»¹⁹. Esta carta es un buen ejemplo de cómo, durante toda su vida, Buchman esperaba inconscientemente que sus colegas trabajaran al mismo ritmo que él y, a menudo, con el mismo enfoque.

Buchman invitaba con frecuencia al campus a lo que él llamaba oradores externos 'contagiosos', como el evangelista Billy Sunday, la trabajadora social pionera Jane Addams y -a pesar de la oposición de algunos de sus colegas- Melinda Scott, pionera del movimiento obrero católico que había hecho suya la causa de las trabajadoras de los talleres clandestinos.

En 1912 decidió establecer un hogar en el campus donde pudiera ofrecer buena comida y una cálida bienvenida: «Mi plan», escribió, «sería reunir a los hombres que no tienen la ventaja de tener amigos, los solitarios, los nostálgicos, los desanimados, los tentados»²⁰.

Invitó a Mary Hemphill, a quien había colocado con varios amigos desde los tiempos del hospicio y a cuyo hijo, David, estaba ayudando a ir a la universidad, a que volviera con él como ama de llaves y cocinera. Buchman la describió más tarde como «la maestra de un gran arte, un alma noble, un ingenio listo, una compañera de equipo que se despreocupaba de sí misma.... Preparar una buena comida era su mayor placer». Buchman también pidió al colegio instalaciones adicionales. «Quiero conseguir la habitación extra que desea», respondió el presidente de la universidad, Edwin Sparks. «Una organización que puede llevar a cabo una apertura de la universidad como la que hemos visto hasta ahora es digna de un dormitorio entero si lo desea»²¹. Buchman alquiló un apartamento en *College Avenue* y, con la ayuda de algunos platos de homelet y ostras de Mary, lo utilizó para entretener a un flujo constante de visitantes.

Teniendo en cuenta la generosidad de su mesa, era un misterio para otros miembros de la facultad cómo se las arreglaba para pagar sus facturas, a pesar de que su salario ascendió finalmente a 3.000 dólares anuales, con otros 250 dólares para gastos. La esposa del presidente, la Sra. Sparks, recordaba una ocasión en la que, de regreso a *Penn State*, Buchman consiguió llegar a menos de cincuenta kilómetros del campus pero, con sólo veintiséis céntimos en el bolsillo, no tenía suficiente para pagar el billete de autobús. Entonces «se encontró por casualidad con el Sr. Sparks y, por supuesto, el Sr. Sparks le invitó a volver a casa en su coche y le dio de cenar por el camino».

La Sra. Sparks añadió que Buchman también era «muy generoso con lo que tenía, regalaba su abrigo o cualquier otra cosa si pensaba que alguien lo necesitaba más que él». Con frecuencia concedía préstamos a estudiantes sin esperar volver a ver el dinero. Sin embargo, por alguna alquimia misteriosa y bastante irritante, siempre parecía tener suficiente. Para disgusto de la Sra. Sparks, también podía pedir prestadas grandes sumas de

dinero al banco sin ningún tipo de garantía, mientras que ella, la esposa del presidente, no podía. «Hubo veces en que Buchman me provocaba tanto que juré no hacer nada más por él, aunque siempre lo hacía», escribió más tarde, y añadió que él la impresionaba «por tener la mayor fe en Dios de todas las personas que he conocido»²².

El presidente Sparks siempre apoyó a Buchman en su trabajo. Pero incluso él recibió en ocasiones el mismo tipo de trato que sus alumnos. El borrador de una carta a Sparks que Buchman escribió mientras estaba de gira por el Lejano Oriente sugiere que no hacía acepción de personas.

Comienza así:

«Querido presidente Sparks: Me dirijo a usted como me dirijo a los demás hombres; he intentado en repetidas ocasiones hacerle comprender sus necesidades espirituales, pero es evidente que no me he expresado con claridad.

Mi principal preocupación es por su propia alma. Usted muestra todos los síntomas de no de no ser un hombre feliz. Su sonrisa parece forzada. No parece encontrar la verdadera alegría en su vida religiosa. Su interés es notable y supera por lejos el de otros que conozco, pero no suena verdadero...»²³.

Si el tono de esta carta era normal, no es de extrañar que Buchman tuviera muchos detractores en *Penn State*. Algunos miembros de la facultad le acusaron de autopublicidad: sus informes anuales, que se citaron como prueba, rara vez se quedaban cortos. En 1914, por ejemplo, escribió: «Personas prominentes están deseosas de conocer la obra maravillosa de Dios entre nosotros. ... *Penn State*, como resultado de este año, se ha convertido en un factor mundial, y está haciendo sentir su influencia en muchos centros». «La revista *North American Student*», prosiguió, con evidente satisfacción, «había dado

amplia noticia de las campañas de *Penn State* en dos números, mientras que una campaña dirigida por Mott en Columbia sólo había merecido unas pocas líneas»²⁴. Buchman bien podía haber creído que lo que había sucedido en *Penn State* era enteramente obra de Dios - de hecho decía a menudo, «Yo no tuve parte en todo esto excepto que dejé que Dios me usara» - pero ciertamente sonaba a veces como si estuviera tocando su propia trompeta, aunque sólo fuera en nombre del Todopoderoso.

Algunos profesores también le acusaron de citar nombres. Según uno de ellos, «siempre hablaba de los hombres y mujeres importantes que conocía»; un ejemplo fue el telegrama que explicaba un regreso aplazado «que terminaba con una larga lista de famosos con los que se iba a reunir»²⁵. Esto pudo deberse a una ocasión en la que los Andrew Carnegie le invitaron a reunirse con varios de sus amigos, entre ellos los directores de Yale, Cornell y otras importantes instituciones educativas, cuando su trabajo en *Penn State* era objeto de frecuentes comentarios.

Sin embargo, se puso de manifiesto una característica contrastante. Un visitante de una de las campañas de la 'Semana Y', el profesor Norman Richardson, comentó al capellán de la universidad, Robert Reed: «Llevo todo el día observando a este hombre, Buchman. Siempre está en un segundo plano, empujando a otros a puestos de liderazgo y responsabilidad»²⁶.

Al parecer, también estaba dispuesto a aceptar las críticas que, en su opinión, le correspondían. Escribió a un amigo del *Union Theological Seminary* de Nueva York:

«Muchas gracias por tu crítica tan útil. Es precisamente esto lo que más necesito... Soy como un principiante... Acabo de hablar en Wesleyan, y... sentí que no había 'llegado'»²⁷.

Buchman estaba lleno de aparentes contradicciones. Apasionado publicista de sus propias actividades, también era sorprendentemente autodespreciativo; producto de una tradición religiosa conservadora y cauta, era sorprendentemente radical en sus métodos; extrovertido en sus modales, en el fondo era profundamente reservado.

Su obra también estaba llena de paradojas. Se ocupaba de los detalles íntimos de la vida de la gente, pero les animaba a tener una perspectiva global: «Piensen en continentes», decía a los estudiantes, aunque su propia experiencia se limitaba hasta entonces a dos*. Del mismo modo, aunque se enfrentaba a las emociones humanas más profundas, su obra no llevaba ninguna de las marcas del revivalismo extravagante. «Tal como yo lo he percibido», escribió Blair Buck más tarde, «no tiene en absoluto la variedad emocional característica de Billy Sunday o Aimee Semple Macpherson»²⁸.

Esos siete años en *Penn State* proporcionaron a Buchman multitud de historias que utilizó el resto de su vida. No era un predicador. Donde otros usaban la emoción o el miedo al fuego, Buchman usaba historias. Estas alentaban al oyente a sentir que si gente como Bill Pickle, Blair Buck y Dean Agee pudieron ser diferentes, entonces era posible para cualquiera. Era un narrador magistral, y la gente solía decir que una historia que le llevaba una hora de narración pasaba como si hubieran transcurrido diez minutos. Los críticos atribuían este método al egoísmo, ya que -sobre todo en los primeros años- solían ser historias en las que él mismo aparecía: sólo cuando otros empezaron a trabajar con él, las historias se centraron con más frecuencia en las aventuras de otros. Buchman las utilizó en una época anterior al cine o la televisión, para dejar imágenes vívidas en la mente de la gente.

* cf. Mayor Gordon Heron (Penn State 1915) a Buchman, 20 de mayo de 1932: «Recuerdo muy bien cómo usted solía decirnos que ‘pensáramos en continentes’ y que fuéramos una ‘fuerza mundial’.... Me parece que ha conseguido lo que solía aconsejarnos».

RECONOCIMIENTO ASIÁTICO

En abril de 1915, Buchman dejó el *Pennsylvania State College*, de forma permanente*. Estados Unidos seguía siendo neutral; Mott le había preguntado si se uniría a un pequeño ‘escuadrón volante’ de trabajadores experimentados para prestar servicio entre los prisioneros de guerra en Europa¹; luego, unos días más tarde, el evangelista Sherwood Eddy, con el acuerdo de Mott, le presionó para que mejor se fuera a la India para ayudar a preparar una campaña religiosa a gran escala. Buchman, como bien sabía, se había labrado una reputación por su duradero trabajo personal en la Universidad de Pennsylvania. Mott lo consideraba «el más completo que jamás había visto»² y, por consiguiente, era el hombre adecuado para ayudar a sentar las bases de la campaña. Buchman llevaba desde 1902 deseando visitar la India y, a pesar de las protestas de su madre por su decisión de abandonar Estados Unidos, avivadas por su temor a los torpedos alemanes, se embarcó. El 28 de junio zarpó hacia Marsella en el buque italiano *Patria*, y de allí siguió a Colombo, el 16 de julio.

Encontró una India en la que el Raj británico reinaba supremo, si no seguro. Gandhi, a quien Buchman conoció brevemente en casa del obispo Whitehead en Madrás, acababa de llegar de Sudáfrica y era todavía una figura poco conocida al margen de la vida política. En aquel momento, no parece haber causado ningún impacto especial en Buchman, ni Buchman en Gandhi. Buchman también se alojó en la mansión virreinal mientras Lord Hardinge era virrey, y recorrió tres de los estados

* Sparks renovó su invitación a Buchman para que regresara a *Penn State* en una carta del 9 de octubre de 1916.

principescos en compañía de Sam Higginhotham, fundador de la misión agrícola de Allahabad. Otros amigos de esta época fueron Rabindranath Tagore y Amy Carmichael, creadora de la Comunidad Dohnavur, cerca de Tinnevely, que describió como «el lugar más cercano al cielo que cualquier otro punto de la tierra».

Durante los seis meses siguientes, Buchman viajó por toda la India, desde Travancore, en el sur, hasta Rawalpindi, en el norte, y desde Bombay hasta Calcuta, atravesando el continente en numerosas ocasiones y visitando Madrás tres veces. En Travancore, donde comenzó su campaña, Eddy llegó a decir que había 400.000 espectadores, y 60.000 en una sola reunión en la que intervino Buchman. La función principal de Buchman, sin embargo, era ayudar a formar a los trabajadores cristianos cuyo trabajo era dar seguimiento a estas grandes reuniones; en Travancore, tenía un grupo de trabajadores de 1.300, «con la asistencia del obispo metropolitano y el clero de la iglesia Mar Thoma»*.

Las grandes reuniones, con discursos tediosamente retransmitidos al fondo de la multitud por una cadena de intérpretes, le parecieron a Buchman en gran medida ineficaces. Era «como cazar conejos con una banda de música», dijo. Lo que se necesitaba, insistía, era un «trabajo personalizado», un tratamiento detallado de las necesidades morales y espirituales de cada persona y decisiones concretas. «Debemos remachar, remachar y remachar desde el primer momento», escribió a E. C. Carter, secretario general Conjunto del Consejo Nacional de la YMCA para la India y Ceilán. «Cada líder debe estar impregnado de esta idea y ser incisivo en sus discursos y en su trato personal. Hay que estudiar a cada hombre»³.

* La iglesia del sur de la India fundada tradicionalmente por Santo Tomás.

Su pasión se vio alimentada por lo que consideraba ineficacia de los secretarios de la YMCA que encontraba ciudad tras ciudad. En su opinión, muchos eran burócratas religiosos cuyas energías eran absorbidas por la administración. En noviembre escribió a Mott: «Hay que enseñar a los trabajadores cristianos de la India el “cómo” del servicio cristiano». «Hay muchas agencias y muchos trabajadores cristianos, pero no parecen entrar en contacto vital y cercano con la gente... Hay una falta total de conciencia en todas partes de la necesidad de tratar individualmente con los hombres»⁴.

«El peligro», escribió a Eddy en una carta posterior, «es que no conocemos a nuestros Secretarios. El Comité Internacional cree que los conoce, pero para ser absolutamente franco, no los conoce... Dependemos de los albergues, de la organización. Debemos profundizar. De lo contrario, desarrollaremos una circunscripción de parásitos».

«Algunos ni siquiera saben cómo tratar a un hombre que tiene las necesidades más simples. Tres secretarios indios trabajaban codo con codo con un estadounidense. El problema de uno de estos hombres era la deshonestidad. Los indios lo sabían. La comunidad lo sabía, y, sobre todo, el propio hombre lo sabía. Pero nadie parecía saber cómo curar la deshonestidad y convertirla en el trampolín hacia una vida de poder. Unos simples veinte minutos cambió todo el tenor de su vida». Buchman adjuntó una carta del hombre para ilustrar la historia⁵. Su propia carta, de dieciocho páginas, daba muchos otros ejemplos de cómo se había enfrentado a los mismos problemas morales elementales que en *Penn State* y otras universidades estadounidenses. También encontró en muchos la misma necesidad que Meyer le había revelado en *Penn State*: un activismo infructuoso que dirigía una organización improductiva.

No cabe duda de que algunos colegas de Buchman se sintieron irritados por este tipo de críticas, que daban a entender que no habían entendido nada.

No obstante, su trato directo con las debilidades morales de los individuos parece haber sido eficaz y bien recibido en la sede central: «Este Buchman», escribió K.T.Paul al otro Secretario General Conjunto de la YMCA para la India, su colega E. C. Carter, «es un alma muy grande. En S., su efecto ha sido maravilloso. Ha confesado lo completamente equivocado que estaba en el asunto del dinero de Serampore y que ha decidido devolver hasta el último céntimo. Cómo deseo que podamos tener a Buchman en la India para siempre»⁶.

Entre los afectados por su contacto con Buchman estaban el joven secretario estadounidense de la YMCA en Lahore, Howard Walter, y su esposa Marguerite. Walter era, según un amigo, «una rara combinación de cerebro erudito y espíritu infantil, un poeta nato... con un maravilloso sentido del humor». La gente había hablado de él a Buchman como la persona más parecida a Cristo que conocían. Cuando se conocieron en Lahore, Buchman y él se identificaron de inmediato. Observando la persistencia de Buchman, Walter le preguntó: «¿Qué significa el N.D. en tu nombre?... ¿Nunca Desesperes?»⁷.

Buchman también se ganó, evidentemente, la confianza de los miembros más veteranos de la jerarquía religiosa. «Mi mayor dificultad en el trato con los ingleses es saber cómo empezar», escribió a Buchman Hubert Pakenham-Walsh, obispo de Assam, con una humildad cautivadora. «... pero en lo que fallo... es que no puedo aprovechar las espléndidas oportunidades que me da el mezclarme con los dueños de la siembra, para abrirme a las cuestiones del alma. Supongo que es realmente cobardía... si crees que puedes ayudarme y tienes tiempo para hacerlo, sé tan franco y brutal como quieras»⁸.

La primera vez que el obispo se interesó por Buchman fue al conocer a Víctor, un colegial notoriamente difícil: «Usted es amigo de Víctor», le dijo al conocerle. Buchman había conocido a Víctor en un campamento de chicos en Roorkee, en las estribaciones del Himalaya. Los maestros se quejaban de que era un rebelde. No paraba de arrancar las estacas de las tiendas mientras la gente estaba dentro de ellas. Había que enviarlo a casa.

«¿Ha hablado con el chico?», preguntó Buchman.

«No, hemos hablado de él».

Buchman accedió a hablar con él, pero Víctor faltó a tres citas, «¿Quién podría culparle?», dijo Buchman.

Al día siguiente Víctor fue descubierto en una loma jugando con cañas de bambú, que hacía girar como la batuta de un director de orquesta en un desfile. Buchman se le acercó y le dijo: «Lo haces muy bien. Ojalá yo lo pudiera hacer».

«Bueno, inténtalo», dijo Víctor, olvidándose de salir corriendo. Buchman lo intentó y fracasó, para regocijo de Víctor. «Una vez fui a un campamento», dijo Buchman despreocupadamente. «Lo odié».

«¿Usted era así? Yo también», dijo Víctor, y empezó a hablarle a Buchman de la molestia que estaba causando. «Hay algo malo en mi interior», concluyó. «Lo siento».

«¿Cuánto lo sientes?», preguntó Buchman. «¿Sabes lo que es el remordimiento?». «Es sentirlo y volver a hacerlo», dijo Víctor.

«Entonces, ¿qué crees que necesitas?», preguntó Buchman. «Arrepentimiento».

«¿Qué es eso?».

«¡Oh, eso es cuando un hombre se arrepiente lo suficiente como para dejar de hacerlo!».

Buchman empezó a hablarle al niño de un compañero que siempre destacaba, tan interesante que la gente nunca quería huir de él. «Ya sé quién es» -dijo Víctor-, «es Cristo. Me gustaría ser su amigo, pero no sé cómo».

Buchman habló de cómo librarse del pecado, que siempre tenía un gran 'Yo' en medio. «¿Dónde debemos ir para hacerlo?» preguntó Buchman.

«De rodillas», dijo Víctor, y cuando, más tarde, se arrodillaron juntos, él rezó: «Señor, dirígame, porque no puedo dirigirme a mí mismo».

Caminando de regreso al campamento, le dijo a Buchman: «Es como si un montón de lastre viejo hubiera caído rodando. Debo ir y decírselo a mis amigos»⁹.

Un año después, desde el *St Stephen's College* de Delhi, Victor escribió a Buchman: «Con la ayuda de Dios, cumpliré con el deber que se me ha asignado desde aquel memorable día en Roorkee». En cuanto a Buchman, utilizó las definiciones de remordimiento y arrepentimiento que Victor le había dado durante el resto de su vida.

Buchman se deleitaba con la novedad de las vistas y los sonidos de la India. Escribió a su madre sobre las mujeres «lavando sus ollas de latón brillante en el arroyo, vestidas de escarlata, pintorescas en el suave crepúsculo azafranado» y le aseguró que la comida era «excelente; nunca he sufrido a causa de ella», y que el viaje en tren «más cómodo que en casa»¹⁰. Le describió el Taj Mahal, el festival de Diwali y una visita a un templo de monos. Dan estaba ansioso por volver a casa, pero antes planeaba visitar el principal foco del esfuerzo misionero estadounidense, China.

Eddy, que iba a estar en China al año siguiente, al principio se opuso a la visita de Buchman¹¹, sintiendo tal vez que sus métodos directos podrían crearle enemigos. Lo dejó sólo con un préstamo de 100 dólares y un billete de vuelta a Seattie. Pero Buchman estaba decidido a ir, y llegó una invitación del comité en China que patrocinaba la visita de Eddy. De regreso a los Estados Unidos, Eddy parece haber cambiado de opinión: «Cuanto más pienso en ello, más me doy cuenta de la extraordinaria labor que has realizado», escribió desde Adén. «Habla sobre el tema de impregnar nuestra campaña en China con trabajo personalizado. Es el secreto olvidado de la iglesia»¹².

En febrero de 1916, Buchman se embarcó rumbo a Cantón. Su efecto allí fue tal que Eddy canceló el préstamo de 100 dólares que Buchman le debía y se declaró dispuesto a cubrir otros 400 dólares de los gastos de Buchman.

El secretario de la YMCA para el sur de China, George Lerrigo, habló de la «maravillosa franqueza» de Buchman y de cómo «se

acercó a nosotros como un viejo amigo... Todos los hombres que tocó fueron hombres clave, y puedes darte cuenta de lo que esto significará para nuestro trabajo¹³; mientras que su visita a Shanghai promete resultados grandes y permanentes»¹⁴. En Cantón estaba la Flota Asiática de EEUU. Buchman conoció a muchos de los hombres y el resultado fue la creación en varios barcos y puertos de lo que los marineros llamaban 'Clubes Buchman'^{*}.

Sin embargo, no todo iba bien en casa. El padre de Buchman, de 76 años, estaba cada vez más sordo y cascarrabias, y había signos de un deterioro mental que iba a aumentar con la edad. La madre de Buchman evidentemente necesitó ayuda cualificada desde el verano de 1915: él le escribió desde la India pidiéndole que le hablara «de la enfermera y de todo lo que pasa»¹⁵. Dan también era motivo de ansiedad. Había sido incapaz de mantener el nivel académico en la excelente escuela Taft -de Connecticut- a la que Buchman le había enviado, y desde entonces había sido expulsado de la escuela técnica a la que había ido para aprender a ser electricista. Dan parece haber sido, desde su infancia, débil y poco fiable. Pero Buchman le escribía con regularidad y siempre con ánimo. «Ayer me senté en la playa a escuchar las olas y mis pensamientos se volvieron hacia ti con amor y afecto», le había escrito desde Hohangabad, y más tarde: «No hay un hueso malo en tu cuerpo y todos estamos orgullosos de ti»¹⁷.

En agosto de 1916 se embarcó en el *Emperatriz de Rusia*. De vuelta en Estados Unidos, Buchman necesitaba tiempo para asimilar todo lo que había vivido. «Durante dos meses no quise ver a nadie», dijo más tarde. «Quería reflexionar por mí mismo, tomar las cartas que me habían llegado y analizar las necesidades del corazón humano como en un laboratorio. Llegué a a la conclusión de que la necesidad fundamental somos nosotros mismos»¹⁸.

Le ofrecieron un trabajo a tiempo parcial en el Seminario Teológico de Hartford, una pequeña universidad no sectaria de Nueva Inglaterra, de tradición evangélica. El presidente, Douglas Mackenzie, buscaba a alguien que pudiera dar a sus

^{*} Dos años después, Buchman encontró un club de este tipo en Filipinas.

alumnos una formación completa en trabajo personal y varias personas recomendaron a Buchman, entre ellos Howard Walter, temporalmente de vuelta en Hartford, su antiguo colegio, desde la India. Desde el punto de vista de Buchman, el trabajo era ideal. Le daba libertad y una cuenta de gastos con la que viajar, y la libertad de organizar sus conferencias cuando le convenía. Se convirtió en Profesor de Extensión en Evangelismo Personal, inicialmente por un año.

Su llegada a Hartford no fue nada popular. Su enfoque altamente evangelizador molestó tanto a los estudiantes como al personal. Un estudiante recordó más tarde, con una sensación de asombro permanente, que Buchman había querido convertir a toda la clase¹⁹. Buchman también dejó claro que consideraba que muchos de los cursos existentes eran más teóricos que 'vitales'. Para él, la capacidad de atender las necesidades morales y espirituales de los individuos era mucho más importante que el dominio de las minucias teológicas. Observó que muchos de los estudiantes de segundo curso habían perdido la fe y que el profesorado no parecía saber qué hacer al respecto.

Al parecer, se sintió sorprendido y dolido por las reacciones que suscitó. En Navidad, Howard Walter le escribió para tranquilizarle: «Frank», le dijo, «no te preocupes por todo lo que diga la gente... tus verdaderos amigos que han visto tu obra -su realidad fundamental y sacrificada- nunca tendrán esas reacciones desagradables. Debes seguir adelante con serenidad»²⁰.

Mientras tanto, un pequeño grupo de hombres se reunía a su alrededor en lo que él llamaba «un grupo de compañerismo y silencio». Entre ellos estaban John, el hijo de Mott, Howard Walter y Sherwood Day, a quien Walter había conocido en la India. Apoyaban la convicción de Buchman de que el trabajo intensivo con individuos era la clave para una 'evangelización sostenida', y que el primer objetivo debía ser China.

Su primer objetivo, escribió Buchman al presidente Mackenzie en febrero de 1917, era transmitir esta pasión por el trabajo con individuos a 'los líderes de China'. En Pekín, por ejemplo, esperaban reunir a quince de los cristianos chinos más

influyentes de la ciudad y en el 'cómo' del trabajo cristiano. Los quince debían incluir a un generala quien Mott había convertido, un almirante, el ministro del Interior, el viceministro de Justicia que se había convertido al cristianismo el año anterior, y al presidente de la Asamblea China, así como a varios misioneros destacados. Los hombres de Hartford, dijo Buchman, intentarían luego repetir estas tácticas en otras ciudades chinas. Era, añadió, una tarea sobrehumana y lo intentaban sólo porque sentían que Dios les había llamado a ello²¹.

Era, en efecto, un programa audaz. Buchman y sus colegas planeaban reformar un vasto país. Su principal objetivo eran sus dirigentes políticos, y sus principales colaboradores no iban a ser otros misioneros, sino chinos influyentes. Fue el primero de los esfuerzos de Buchman por su convicción de que un país, al igual que una persona, podía ser dirigido por Dios.

El plan parecía aún más ambicioso si se tiene en cuenta el estado anárquico en el que había caído China. Tras un siglo en el que el país se había convertido cada vez más en presa de las potencias europeas, la dinastía manchú reinante había sido derrocada por una revolución en 1912 y sustituida por una república bajo Sun Yat-sen. Sin embargo, en pocas semanas, el endeble régimen de Sun también había sido barrido y Yuan Shih-k'ai, la figura militar más poderosa del antiguo orden, se había hecho con el poder. El propio Yuan murió en 1916, dejando tras de sí un gobierno central patéticamente débil e inestable en Pekín, mientras Sun y sus aliados intentaban mantener vivos los ideales de los Jóvenes Revolucionarios desde una base en el sur, en Cantón.

El país estaba muy endeudado (todos sus ingresos aduaneros estaban en manos extranjeras), desmoralizado, desunido y sin líderes. Rusia, Gran Bretaña, Japón, Francia y Alemania reclamaban amplias zonas como sus 'esferas de influencia' particulares, y el gobierno central era una marioneta preparada para cualquier grupo de generales que estuviera en ascenso.

China ya contenía las semillas de una revolución más fundamental que la de Sun Yat-sen. El mismo año en que Buchman realizó su segunda visita, un estudiante llamado Mao

Tse-tung decidió adoptar el ideal del «sereno y dedicado filósofo-atleta», hablar «sólo de grandes asuntos» y animar a sus compañeros a dedicar sus vidas al servicio desinteresado del pueblo²². Mao aún no era marxista -su filosofía aún se basaba en la creencia en principios morales absolutos y en el poder de la mente-, pero su desilusión con la forma en que se gobernaba China ya era total.

Crear, como hizo Buchman, que el cambio de vidas individuales podría transformar esta situación tan volátil le expone claramente a ser acusado de simplificar demasiado. Después de todo, no se trataba de *Penn State*, sino de una nación de incontables millones de personas. Buchman, sin embargo, no veía ninguna diferencia esencial. Se había convencido de que, si unas pocas personas clave entregaban sus vidas por completo a Cristo, ya fuera en *Penn State* o en China, todo era posible. «¿Quién puede decir qué poder tiene un hombre ganado para Jesucristo?, Buchman preguntaba. Si se hubiera ganado al egoísta Yuan Shih-k'ai, podría haber cambiado la historia de China». Era el tipo de personalización de un vasto problema por el que a menudo se le criticaba: pero en vista de la influencia ejercida posteriormente por individuos como Mao Tse-tung y Chou En-lai, ¿estaba totalmente equivocado?

Varios chinos prominentes adoptaron el mismo punto de vista. Varios de los quince pequineses nombrados en el plan de Buchman -el viceministro de Justicia y más tarde primer ministro en funciones, Hsu Ch'ien, era uno de ellos- creían apasionadamente que sólo el cristianismo podía traer la unificación del país y la 'salvación nacional'. Lo mismo pensaban Mott y Eddy; al menos esperaban que fuera fruto de su trabajo. Sin embargo, muchos de los misioneros que vivían en China pensaban que no era asunto suyo. Involucrarse en la agitación política de China, pensaban, era arriesgado y no particularmente cristiano; y en cualquier caso, como en la India, una buena proporción de ellos estaban más absorbidos por la administración que por la conversión de almas. En 1916, Buchman observó -con tristeza- que el aumento neto de miembros comulgantes de las iglesias cristianas (26.173) era en realidad inferior al número de misioneros asalariados (27.562).

El énfasis de Buchman en la importancia de una estrecha colaboración con chinos cultos y a veces de alto rango también era atípico en la comunidad misionera. Tras su visita a China en 1890, Henry Drummond se quejó de que no se llegaba a las clases cultas chinas. En 1917 tal vez fuera menos cierto, pero muchos misioneros seguían pensando que los chinos eran un pueblo con el que había que trabajar desde un nivel superior y no como socios en una tarea común. Buchman pensaba exactamente lo contrario. Estas actitudes divergentes se convertirían en una causa creciente de desacuerdo entre él y una parte influyente de la comunidad misionera.

En junio de 1917, Buchman zarpó hacia China en el *Empress of Russia* con tres amigos de Hartford y dos hombres de Yale. Tenía la bendición de su padre para el viaje: «Mi padre tenía muchas ganas de que fuera», escribió más tarde a Dan, «y cuando por un momento hablé de no poder ir, me dijo muy decidido: “Ve, es tu deber, no quiero que te quedes por mí”»²³.

En estos primeros meses, el propio Buchman aprendió una lección básica. Durante los diez días que duró el viaje por el Pacífico, los miembros del grupo empezaron a criticarse entre sí y a Buchman en particular. La razón no está del todo clara, pero las corrientes subterráneas persistieron cuando, después de que los demás se marcharan a sus misiones, sólo tres miembros del grupo -Howard Walter, Sherwood Day* y Buchman- se quedaron trabajando y viajando juntos. Se dieron cuenta de que difícilmente podrían hacer frente a la división en China hasta que las divisiones dentro de sus propias filas se hubieran curado. Los tres se sentaron a una mesa redonda en una habitación de hotel escasamente amueblada en Tientsin - «un escenario parecido a una partida de póquer, la luz demasiado alta para ser agradable», según Walter - y se dijeron sinceramente lo que sentían los unos por los otros.

«Gracias a estas conversaciones», escribió Sherwood Day más tarde, «surgió el principio de que ningún miembro de un equipo debía decir a nadie nada sobre alguien que no hubiera dicho ya a la persona en cuestión».

* Sherwood Day, licenciado en Yale y durante un tiempo secretario de la YMCA, trabajó y viajó con Buchman durante veintidós años, entre 1916 y 1938.

Howard Walter amplió el principio en una carta a Sherwood Eddy: «Este verano he llegado a una nueva comprensión de la importancia de la mayor franqueza dentro del círculo de cualquier grupo de personas que trabajan juntas, combinada con la ausencia total de críticas a otros fuera del grupo, o de hecho en cualquier lugar en ausencia de la persona inmediatamente afectada. En China he visto cómo las críticas a Frank, o a ti, iniciadas tal vez en alguna broma descuidada y creciendo a medida que se extendían, han causado estragos en nuestro trabajo y nos han enfrentado a cada paso, requiriendo mucho tiempo, problemas y oraciones para superarlas. Incluso en nuestro pequeño grupo de tres encontramos el mismo peligro... Finalmente, nos reunimos durante varias largas conversaciones en las que salieron a la luz todos los pensamientos críticos que habíamos albergado, y salimos adelante con una nueva unidad y confianza mutua, decididos en adelante a mantenernos sobre esa base firme entre nosotros y con nuestros compañeros de trabajo, en la medida en que ellos se unieran a nosotros en esta comprensión mutua»²⁵. Buchman, después de la reunión de Tientsin, siempre consideró que la apertura total era un requisito previo para un trabajo en equipo eficaz.

Poco después de llegar a China, almorzaron con el ministro de Asuntos Exteriores y el vicepresidente del Parlamento (un antiguo intérprete de Eddy), pero las mareas políticas significaban poco en una situación en la que el gobierno central era tan impotente. En esa época, Buchman conoció también a Chang Ling-nan, un destacado abogado y diplomático de la corporación*. Chang tenía una casa en la hermosa zona montañosa cercana a Kuling, adonde Buchman y sus amigos habían ido para asistir a una de las conferencias anuales de verano de la comunidad misionera. Un día, rompiendo la división social normal entre chinos y no chinos, Chang invitó a

* La hija de Chang se casó con T. V. Soong, hermano de Madame Chiang Kai-shek.

Buchman a jugar al tenis y a una suntuosa cena china de treinta y seis platos. «Hicimos una pausa de hora y media entre el decimoctavo y el decimonoveno», relató Buchman. El abogado bebía un vino distinto con cada plato, y sus manos manchadas de nicotina temblaban incluso cuando bebía cócteles antes de cenar. A una hora tardía, Buchman se marchó en una silla que le había encargado el abogado y que llevaban seis *coolies*. «Yo no necesitaba la silla para que me llevara a casa, aunque él sí necesitaba a alguien que le llevara a la cama», comentó Buchman más tarde. «Pero acepté agradecido, pues no quería disgustarle esa noche».

La noche siguiente, el abogado fue a cenar con Buchman a Kuling, donde se alojaba con la señora Adams, viuda de un misionero bautista. Buchman le contó la historia de cómo Dios le había guiado una vez.

«¿Crees que Dios puede hablar a gente como yo?» preguntó Chang.

«Por supuesto que sí», respondió Buchman.

Una gran tormenta se desató y Chang tuvo que pasar la noche allí. Admitió que no quería quedarse porque tenía que tomar pastillas para dormirse y otras para despertarse bien por la mañana. Pero, tras una larga charla con Buchman y leer juntos la Biblia, durmió profundamente. A la mañana siguiente decidió empezar de nuevo su vida. Poco después, en su propia mesa, con Buchman presente y delante de los niños y su enfermera, le dijo a su mujer: «Te casaste conmigo pensando que era un cristiano de verdad, pero no lo he sido». Su cambio, permanente y creciente, dio lugar a una serie de '*house-parties*'* en su casa, en las que participaron unos ochenta amigos y parientes, muchos de los cuales recorrieron largas

* Un tipo de reuniones donde las personas se encontraban para compartir sobre los problemas del mundo y su papel individual en ellos, a partir de sus propias experiencias de cambio. Iniciaron con estudiantes universitarios.

distancias para ello. Un resultado secundario fue la creación de una sociedad misionera china dirigida por chinos y financiada con dinero chino²⁶.

Las dos conferencias anuales de verano de la comunidad misionera, una en las grandiosas montañas de Kuling y la otra en el clima seco y templado de Peitaiho, en el golfo de Chihli, a la que Buchman acudió en agosto, debían haberle parecido otro mundo casi totalmente ajeno. Los delegados eran prácticamente todos misioneros, y la inmensa mayoría no chinos. No se había invitado a ningún cristiano comprometido de la cúpula política del país, ni a ninguno de los ‘pecadores interesantes’ que Buchman consideraba necesarios para dinamizar cualquier conferencia. Eran simples reuniones privadas de trabajadores cristianos. Tampoco, como Buchman se quejó más tarde, se «personalizaban»; en otras palabras, se hacían muy pocos esfuerzos por satisfacer las necesidades morales y espirituales de los asistentes: «Había muros que no se podían traspasar», comentó²⁷.

En su lugar, las conferencias seguían lo que se conocía como el ‘antiguo plan de reuniones’: una serie de encuentros que culminaban con un gran discurso ‘inspirador’ destinado a animar a los misioneros. Eran ocasiones que proporcionaban un bienvenido y sin duda necesario respiro en el ajetreado calendario misionero, pero que a Buchman le parecía que tenían poca o ninguna relevancia para la realidad de China.

En lo que a él personalmente se refería, lo mejor que salió de ellos fue una amistad con Cheng Ching-yi, secretario del curiosamente llamado Comité de Seguimiento de China*, una organización cuyo objetivo era fomentar la cooperación entre los misioneros. Cheng quería ganarse a algunos de los políticos

* Las principales personalidades de casi todos los grupos cristianos protestantes chinos y extranjeros formaban parte de este Comité. Su presidente era el obispo Logan Roots.

que habían ido con Sun Yat-sen a Cantón, y quería encontrar la forma de presentar a Buchman a Sun.

A principios de otoño, Buchman trabajaba duro para preparar la llegada de Eddy. Ya estaba viajando por China con un equipo de catorce personas que incluía al Dr. E. G. Tewksbury, secretario nacional de la Unión de Escuelas Dominicales de China, a la Srta. Ruth Paxson, de la Asociación Cristiana Femenina Nacional, y al Dr. H. W. Luce*, antiguo vicepresidente de la Universidad de Shantung. El *Chinese Recorder* publicó entusiastas reportajes sobre esta gira durante el otoño de 1917 y el invierno de 1918²⁸. El de Cheng Ching-yi se titulaba simplemente 'Milagros'²⁹. Buchman había encontrado un nuevo apoyo financiero, a través del *Stewart Evangelistic Fund*, que contaba con recursos por valor de tres millones de dólares. De manera característica, escribió a Eddy, que había tardado en suministrar los fondos prometidos, que el Obispo Lewis -el Obispo Metodista de mayor rango en China- había descrito el trabajo que él y su equipo estaban haciendo como «el mayor movimiento que ha salido de China»³⁰, y había 'asignado' al Fideicomisario del Fondo Stewart, el Reverendo Harry Blackstone, para viajar con él.

Tales cartas solían tener el efecto contrario al que Buchman pretendía. Eddy ya había recibido la carta de Walter en la que le hablaba de la unidad que él, Day y Buchman habían encontrado en Tietsin, y su respuesta había sido equívoca. El hecho es que oscilaba entre el orgullo y la turbación por el impacto de Buchman, como una gallina que ve a uno de sus polluelos lanzarse al agua. A otros en la sede central, tanto en Shanghai como en Nueva York, les resultaba difícil soportar el éxito de los nuevos métodos porque implicaban una crítica del pasado. Cuando llegaban informes entusiastas de una ciudad tras otra, se provocaba tanta oposición como aplausos, aunque la oposición quedara momentáneamente silenciada.

* El padre del creador de la revista *Time*.

Las reuniones que celebraba Buchman solían ser reducidas, para poder tratar a fondo los problemas individuales: «Nuestras reuniones están cuidadosamente planificadas en grupos de 25 personas», escribió a su familia desde Nankín en octubre. «Dirijo cuatro de ellas al día, además de muchas entrevistas. Últimamente he pasado de 16 a 18 horas al día con las personas»³¹. En Whampoa, en noviembre, obreros cristianos de todas las edades y denominaciones habían encontrado la libertad de los pecados que les impedían el poder espiritual. En Cantón, en el mismo mes, 150 obreros personales llevaron a 150 cristianos nominales a una reunión dominical por la tarde. «El resultado es indescriptible», escribió Buchman con entusiasmo. «Uno de los milagros era un miembro del Parlamento»³².

Fue durante esta gira cuando Buchman conoció por primera vez a Samuel Moor Shoemaker, recién titulado en Princeton, que formaba parte del profesorado de una escuela de negocios que Princeton mantenía para enseñar a los muchachos chinos los rudimentos del inglés y los métodos comerciales. Se alojaba en la Asociación Cristiana de Pekín. «Pocos hombres se llevaban mejor con otras personas que el joven Shoemaker», escribe su biógrafo, Irving Harris. «No sólo tenía lo que tristemente se llama ‘una personalidad ganadora’, sino que influía en la mayoría de aquellos con los que se relacionaba, de modo que éstos, a su vez, disfrutaban de un aumento apreciable de su autoestima. Los jóvenes chinos de sus clases le encantaban, especialmente los de su clase de Biblia». Sin embargo, le preocupaba que la asistencia a esta clase hubiera disminuido de veinte a siete en sus tres primeras reuniones. Sus métodos, pensó, debían de ser defectuosos.

* Buchman también comenta, en una carta fechada el 18 de abril de 1918: «Acabo de comer con un descendiente de Confucio». Al parecer, se trataba de un descendiente de la cuarta generación del sabio, y Buchman y él pasaron un rato juntos en silencio pidiendo consejo divino sobre algún asunto político local.

Al oír hablar a Buchman, le acorraló para explicarle su situación. Después de muchos preliminares, dijo que si sólo Buchman pudiera tocar a uno o dos de los líderes de su clase de Biblia, podrían afectar a todo el alumnado.

Buchman, que había seguido la historia de Shoemaker hasta ese momento ‘con una atención halagadora’, se echó hacia atrás y se echó a reír: «Dime», dijo bruscamente, «¿por qué no hablas con uno de estos colegas vos mismo?»

«El joven estaba dispuesto a casi todo menos a esto», continúa Harris. Hasta entonces, los líderes religiosos siempre le habían dado palmaditas en la espalda y le habían dicho lo bien que le sentaba dedicarse al ministerio. A Shoemaker no le gustó que le pusieran en un aprieto tan inesperado; su orgullo se sintió herido y, como la mejor defensa suele ser una ofensa, contraatacó con su propia pregunta: “Si conoces el problema, ¿Por qué no me lo dices?”».

«Podría ser pecado», respondió Buchman, y luego pasó a describir cómo el resentimiento en su propia vida le había impedido durante más de un año la libertad espiritual y el poder.

«Decir que Shoemaker se sintió molesto sería subestimar su reacción. No tardó en excusarse, interrumpir la conversación y volver a casa caminando solo por la ciudad, decidido a no participar en semejante “introspección mordaz”».

«Pero no podía sacarse la conversación de la cabeza, especialmente la referencia de Buchman al pecado. Recordó que una vez alguien había explicado esta palabra de tres letras como cualquier barrera, grande o pequeña, entre uno mismo y Dios o entre uno mismo y los demás. Podía ver muchas barreras en su propia vida. Varias eran lo que podríamos llamar ‘zonas reservadas’. Una tenía que ver con su servicio en China. Había ido al Lejano Oriente por un corto plazo. ¿Estaría ahora

dispuesto a quedarse indefinidamente si Dios se lo indicaba?...».

«Con la mente más turbada que nunca, mientras cenaba siguió pensando en el futuro: su vida personal, el matrimonio, el tipo de ministerio al que Dios podría llamarle... y entonces, de nuevo (quizá con resentimiento), pensó en Frank Buchman. Cuánto tiempo le llevó todo esto, pero llegó un momento... en que, incapaz de dormir..., finalmente se arrodilló y entró en una experiencia espiritual totalmente nueva. Ahora se daba cuenta de lo mucho que necesitaba el perdón. Le pareció oír que alguien le decía: “Quieres hacer Mi obra, pero a tu manera”. Cuando la sensación del amor de Dios le envolvió, ... aceptó que le serviría en cualquier lugar indefinidamente».

Al día siguiente, según Harris, Shoemaker buscó a Buchman. «Frank», le dijo, «tenías razón. He sido un falso devoto, fingiendo servir a Dios, pero manteniendo todas las cartas en mis manos. Ahora le he dicho cuánto lo siento, y confío en que me perdonarás por albergar mala voluntad contra ti. ¡Esto comenzó en el momento en que usaste la palabra pecado!».

Buchman le dijo que le perdonaba y añadió: «¿Cuál es el siguiente paso?».

Shoemaker le dijo que tenía un acuerdo desde hacía tiempo para tomar el té con uno de los chicos de la clase bíblica: «¿Qué le digo?», le preguntó.

«Dile lo mismo que me has dicho a mí. Sé sincero», respondió Buchman.

Shoemaker hizo exactamente eso, y el chico dijo: «Ojalá me pasara a mí». «Ellos hablaron... de la honestidad, la pureza y la fe que se exigen a todo individuo que se entrega totalmente a Dios, y cuando el estudiante manifestó su disposición, rezaron juntos», concluye Harris. «Cada uno se sintió profundamente

conmovido y muy agradecido»³³. Para Shoemaker este fue el comienzo de una relación de veinte años con Buchman.

Buchman aún quería reunirse con Sun Yat-sen. A principios de 1918, Hsu Ch'ien se había incorporado al gobierno militar del sur en Cantón, como secretario jefe de Sun. Con la ayuda de una presentación de Hsu, Buchman mantuvo al menos dos reuniones con Sun en febrero de 1918. La posición de Sun en aquel momento era frágil, ya que sus rivales dentro de su propio partido estaban trabajando para degradarlo de Generalísimo y convertirlo en un simple miembro de un comité de siete. No obstante, Buchman estaba convencido de que Sun podría convertirse en «el gran libertador de China», y sus conversaciones fueron inusualmente sinceras. En su primera reunión, el 23 de febrero, en la que estuvieron presentes varios de los asociados de Sun, Buchman habló de las debilidades morales que Hsu le había dicho que estaban en la raíz de la situación anárquica de China. Cinco días más tarde volvieron a reunirse en una fábrica de cemento convertida en residencia de trabajo del presidente, situada en una isla a la que sólo se podía llegar por mar. Allí tenían privacidad. Sun dijo: «Políticamente hemos triunfado. Hemos establecido una república. Pero tenemos muchos problemas que no podemos resolver. ¿Puedes ayudarnos?». ¿Qué creen que está mal en China?». Buchman dijo, «Tres cosas. Una es la corrupción. Otra son las concubinas. Y la tercera es la amapola - fumar opio».

Buchman dijo entonces a Sun que incluso algunos de sus partidarios decían que tenía demasiadas esposas. De hecho, Sun se había divorciado de su primera esposa en virtud de la ley china y se había casado con la que había sido su concubina hasta entonces, Ching-ling Soong, hermana de Madame Chiang Kai-shek y más tarde vicepresidenta de la China comunista.

* Un joven soldado, que aquel día estaba de guardia en la fábrica de cemento, llegó cuarenta años después al cuartel general del Ejército Moral en Suiza siendo General, y contó lo asombrados que se habían quedado él y sus compañeros de que Sun pidiera consejo a un estadounidense.

Después de la entrevista, Buchman recibió una nota indignada de Sun, en la que declaraba que debía de haber habido algún malentendido. Dijo que nunca había tenido más de una esposa y que se había divorciado correctamente de la anterior antes de casarse con la actual³⁴. Hsu, sin embargo, animado por Buchman, siguió insistiendo en el tema. Le dijo sin rodeos que su divorcio podía estar justificado por la ley china, pero que no se ajustaba a las enseñanzas cristianas, lo que Sun admitió que era cierto. Le dio a Sun una Biblia y le pidió que leyera la historia de David, Urías y Betsabé. Hsu le recordó que su primera esposa se había casado con él cuando se encontraba en graves apuros, y que la costumbre china prohibía abandonar a una mujer que se casaba contigo en tales circunstancias. Además, le había dado un hijo³⁵. Si no obedecía las leyes de Dios, preguntó Hsu, ¿cómo podía Sun tener algún poder de Dios para salvar a su país? Finalmente, Sun agradeció a Hsu su «fiel consejo»³⁶.

A primera vista, parece extraño que tanto Buchman como un político práctico como Hsu Ch'ien insistieran tanto en este asunto. Sin embargo, la acción de Sun no era sólo una debilidad moral, sino que conducía a una debilidad política. El hijo del presidente del Parlamento que eligió a Sun Yat-sen Presidente y Generalísimo me mostró, en 1983, una fotografía de Sun entre los líderes parlamentarios con su secretaria, Ching-ling Soong, sentada a su lado en el lugar de honor, y su esposa a varios asientos de distancia. La insistencia de Sun en esta disposición, me dijo, escandalizó a su padre y a los demás colegas de Sun. La familia Soong también quedó “horrorizada”, según Emily Hahn, cuando su hija mediana anunció su intención de casarse con Sun Yat-sen, porque «iba en contra de las convenciones de la sociedad china, tanto de la cristiana como no cristiana»³⁷. Todo este asunto debilitó la posición de Sun. Contribuyó a las intrigas que llevaron a la legislatura a despojarle de sus poderes militares y a transferir el Gobierno a un Comité Administrativo del que él sólo era uno más de siete.

En mayo de 1918, cuando se aprobó este proyecto de ley de reorganización del Gobierno, Sun renunció y abandonó Cantón para dirigirse a Shanghai.

En junio, Buchman y Sun viajaban en el mismo tren en Japón. Sun se enteró de que Buchman estaba en el tren y envió a buscarle. Buchman escribió a Hsu que «parecía tranquilo y muy receptivo a cualquier sugerencia.... Has sido muy valiente al hablarle con tanta franqueza. Tienes la intrepidez de un Lincoln... Creo que Dios te va a utilizar para llevar a cabo su gran plan para China»³⁸.

El mensaje de Buchman, mientras tanto, fue tan directo como siempre: «Si el pecado es la enfermedad», dijo a una audiencia de misioneros en Shanghai, «debemos tratar con el pecado». «El pecado, en primer lugar, en nosotros mismos, los ‘pequeños pecados’ que nos roban el poder y nos impiden ser capaces de ir en profunda simpatía a los hombres en pecado. Malos deseos hacia los demás, celos, ambición, voluntad propia, crítica. Y luego el pecado en los demás. No logramos llegar al pecado que está alejando a un hombre de Cristo. El miedo a menudo nos retiene. Decimos que somos demasiado reservados, que nadie debe atentar contra la personalidad de otro... y todo el tiempo hay hombres a nuestro alrededor que anhelan compartir las cosas más profundas de su corazón. La mujer del pozo no tuvo la sensación de que Jesús hubiera atentado contra su personalidad cuando puso el dedo en la llaga de su corazón».

Eddy, que ya había llegado a China y estaba haciendo campaña con Buchman, estaba evidentemente encantado con la eficacia del trabajo preparatorio de Buchman. Si los entusiastas respaldos de este trabajo que Buchman solía citar sonaban exagerados, Eddy se hizo eco de ellos: «Debo decir desde el principio», escribió en abril a K. T. Paul en la India, «que el trabajo de Buchman en China se ha desarrollado por un crecimiento de la evolución en un movimiento de inmensas

proporciones, mucho más poderoso y fructífero que cualquier movimiento preparatorio similar que hayamos tenido en el pasado en cualquier país»³⁹.

Sin embargo, en menos de tres meses, se le pidió a Buchman que abandonara China.

CONFLICTO EN CHINA

De hecho, la oposición a Buchman no había dejado de crecer. Muchos misioneros se oponían a su concepto de trabajo personal, y su estilo y personalidad también eran objeto de críticas. A ello se sumaba el hecho incómodo de que, dondequiera que iba, la gente hacía cola para hablar con él, lo que no ocurría con todos los demás.

La oposición llegó finalmente a un punto crítico por la participación de Buchman en las conferencias de verano de 1918 en Kuling y Peitaiho. Había sido observador invitado en la conferencia de 1916, y se le había pedido que dirigiera el sector sobre 'Trabajo personal' en 1917. Ahora, junto con la señorita Paxson y Tewksbury, iba a dirigir las conferencias. Estaba decidido a que no fueran una repetición de las de años anteriores, y ello por dos razones. La primera era que el trabajo concentrado con pequeños grupos de misioneros le había convencido de que sus necesidades morales y espirituales eran mucho más básicas de lo que había sospechado anteriormente.

La segunda era que deseaba conferencias que pudieran tanto aportar mayor eficacia a la comunidad misionera como dar esperanza a hombres como Hsu Ch'ien. Hsu veía el cristianismo como una fuerza potencialmente revolucionaria. La mejor manera de transmitir esa fe, pensaba Buchman, era demostrar que era cierta. «No será una conferencia ordinaria», escribió sobre sus planes para Kuling. «Habrán hombres como Cheng Ching-yi y Hsu Ch'ien que creen que Jesucristo es la única esperanza de China; otro grupo que siente que los estudiantes

que han regresado deben convertirse en una fuerza en la actual crisis política Vendrán de toda China y uno de los resultados, esperamos, será un intento de laicizar la Iglesia china». No debía haber “calentadores de banquillo”, ni “mariscales de campo”. Kuling ya no iba a ser un acontecimiento privado para la comunidad misionera. Iba a ser un centro de formación ‘totalmente personalizado’ para el liderazgo nacional de China¹. Todo esto, por supuesto, alteró totalmente el modelo tradicional de las conferencias de verano.

Al principio, Buchman parecía salirse con la suya. En una conferencia celebrada en Hangchow antes de que Eddy abandonara China, los líderes misioneros aprobaron unánimemente la idea de invitar a extranjeros y chinos - cuidadosamente seleccionados- a Kuling y Peitaiho, así como la idea de que ambas conferencias debían ser intensivas y selectivas². Buchman se concentró en Kuling. Envió invitaciones personales a chinos destacados y a otros ‘hombres marginales’* cuya presencia garantizaría que la conferencia estuviera en contacto con las necesidades reales del país.

Una mañana de mayo en Changsha, Buchman escribió en la solapa de su Biblia: «Te he preparado para ayudar a estos hombres, liberarás a muchos y yo estaré contigo». El domingo de Pentecostés escribió: «Te estoy llamando a una obra poderosa y de gran alcance». Y el lunes: «Comiencen la conferencia tratando con el pecado. Aclarar todo en nuestras vidas. Actividad versus la realidad».

A algunos misioneros, sin embargo, no les gustaba la idea de que los delegados no fueran ‘trabajadores cristianos’; otros se oponían a la ausencia de grandes discursos al viejo estilo; otros, de nuevo, pueden haber resentido razonablemente el hecho de que sus conferencias de verano hubieran sido

* Los ‘hombres marginales’, en la jerga de la época, se referían a personas que no eran cristianos comprometidos o trabajadores cristianos a tiempo completo.

tomadas por este hombre enérgico de 40 años que, después de una fracción de su tiempo en el país, afirmaba saber exactamente lo que China necesitaba.

Cuando llegó a Kuling -a principios de julio- para preparar la conferencia, era evidente que no todo iba bien. Harry Blackstone, que, como fideicomisario del Fondo Stewart, se había comprometido a financiar la conferencia, había estado ausente en Estados Unidos y aún no había proporcionado las garantías necesarias; y ninguno de los co-organizadores de Buchman sintió la necesidad de llegar a Kuling hasta una semana antes de que comenzara la conferencia, a pesar de las insistentes peticiones de Buchman. Tewksbury se retrasó en Japón para reunirse con Blackstone de camino a China, aparentemente por cuestiones de dinero, pero Buchman sospechaba otras razones.

Buchman, por el contrario, llegó con un mes de antelación, convencido de que era esencial una preparación meticulosa, sobre todo para evitar que se repitieran las condiciones en las que se habían celebrado las conferencias del año anterior. Escribió a Tewksbury, encargado de los preparativos prácticos, que los edificios de la conferencia estaban escasamente amueblados. «¿No deberían invertir en algunas sillas largas para las damas extranjeras?». Luego estaban las camas. El año anterior había habido chinches, y su propia cama había sido «insoportable, era una mera sucesión de pliegues». Tampoco estaba satisfecho con la comida, y enumeró a las personas que habían enfermado después de conferencias anteriores a causa de ella. Las moscas y la vajilla desconchada no invitaban a los delegados a una comida confortable. Añadió que los chinos también debían disponer de comida abundante: «queremos un buen sentido de la camaradería y la igualdad. Si no tienen cuidado con estos detalles, alienarán a las mismas personas a las que quieren ganar. La sensación de descanso debe impregnarlo todo, porque muchos de los delegados llegarán

cansados tras un invierno de trabajo». Quien hablaba era el hijo del hotelero.

Tampoco compartía la preocupación de Tewksbury por el hecho de que muchos de los delegados no pertenecieran a la categoría de 'trabajadores cristianos'. «No se puede uniformizar la conferencia de Kuling. La participación de los hombres marginales evitará que sea académica. ... puedes tener a Peitaiho, pero yo debo mantener el kuling»³.

Blackstone -que para entonces también tenía serias, aunque no reveladas, objeciones acerca de Buchman- aún no había prometido su apoyo financiero cuando comenzó la conferencia y, en su ausencia, Buchman escribió a su esposa declarando que estaba dispuesto a prescindir de la ayuda de Stewart. «Sé lo que significa vivir de la fe y la oración», le dijo, «y no depender del oro y la plata de nadie». Consciente de que se le criticaba por extravagante, también envió a la Sra. Blackstone un cheque personal para cubrir cualquier cosa, incluida la medicina, que pudiera considerarse como 'gastos personales'⁴.

El día anterior a la inauguración de la conferencia, Buchman tuvo una discusión a gran escala con Tewksbury sobre quién la dirigía, y además se vio agobiado por una carta reciente de su madre en la que le comunicaba que la enfermedad de su padre era cada vez más grave. No obstante, se lanzó de lleno a una aventura en la que, estando Sherwood Day enfermo y Walter de vuelta en la India, se enfrentaba a una gran parte de la comunidad misionera... casi sin ayuda de nadie. casi sin ayuda de nadie.

En las primeras reuniones, celebradas el 5 de agosto, participaron 200 personas. Entre ellas se encontraban Hsu Ch'ien, ahora primer ministro en funciones en ausencia de Sun Yat-sen en Japón; el general Wu, otro de los principales asesores de Sun; y S. T. Wen, antiguo comisario de Asuntos Exteriores, así como otros chinos y muchos de los principales

misioneros. Su primer trabajo, dijo Buchman enérgicamente, era averiguar qué vida real había en la conferencia. Esa vida, añadió, era falsa a menos que se expresara en un poder de conversión en la vida de otras personas. ¿Qué problema de vida, preguntó a los delegados, entre los que se encontraban obispos como Logan Roots de Hankow. Podría tratarse, dijo, de un problema personal.

Más tarde, ese mismo día, Hsu Ch'ien habló y dejó claro que no estaba interesado en discusiones piadosas que no buscaran formas de abordar los males morales de China, que describió como 'despotismo, militarismo, autocracia, fumar opio, tráfico de licor, concubinato, vendar los pies y esclavitud'. «Tenemos que descubrir nuestro pecado nacional», dijo, «de lo contrario no podremos salvar a nuestro país. Si no podemos salvar el país, no podemos salvar el mundo, pero los cristianos hoy en día son impotentes en China debido a sus pecados privados».

«Tengo en mente la salvación de una nación», prosiguió Hsu, «por lo que considero esta conferencia un asunto muy serio. Los líderes extranjeros de la Iglesia no entienden muy bien cómo salvar a China... hemos sido demasiado lentos. Creo que salvaremos a la nación por el método directo, el del trabajo personal».

Durante los ocho días siguientes, Buchman habló no menos de trece veces. Fue una exposición completa de lo que había aprendido durante los años en *Penn State*, ilustrada con historias de su propia experiencia, tanto de fracaso como de éxito. También dijo que hacía poco había mentido a un hombre y que acababa de confesarlo; que no había podido satisfacer la necesidad espiritual de cierto hombre porque no había tenido el valor de ser lo bastante drástico con él y que iba a ir a verle en breve; y que, durante esa misma conferencia, se había dado cuenta de que durante algunos años había disfrutado de un privilegio de tarifa reducida en el ferrocarril de Pennsylvania al que no tenía estricto derecho. Aquella mañana había enviado

un cheque de 150 dólares al ferrocarril. Tuvo la tentación de no firmar con su nombre real debido a que el vicepresidente del ferrocarril era un amigo personal, y de no decírselo a la conferencia porque, como líder de la misma, perdería prestigio*.

Un día comentó que sólo en China se había convencido de que la confesión de los propios defectos en privado o en público era una forma importante de ayudar a los demás: «Mi mensaje no es mío, es de Dios. Cuando vine a China la última vez, por ejemplo, no estaba plenamente convencido de que “un cristiano que se confiesa es un cristiano que se propaga”. Se hizo realidad en mi vida cuando el obispo Moloney abrió nuestro retiro en Hangchow y dijo que para que un cristiano tenga poder debe confesarse. Un sirviente de su familia había venido y le había dicho que había tomado un préstamo que no pagó. El obispo recordó entonces que había dejado de pagar la factura de un médico que éste estaba dispuesto a olvidar debido a su posición. Le dijo a su criado que él también había actuado de esa manera y que luego pagó la factura. Éste había sido el comienzo de un renacimiento en su diócesis».

Todo esto se entretendió con su visión de que «sólo una cosa en el mundo que nos impide obrar milagros: el pecado». «No puedes ver el pecado en la vida de otra persona a menos que veas el pecado en la tuya», dijo. «No es porque seas mejor que nadie por lo que puedes ayudar a otra persona», añadió, «es porque eres tentado como la otra persona, pero a través de la honestidad tienes el poder de Jesucristo, que tiene el único poder de salvar del pecado».

«Hay ciertas cosas que haremos», dijo otro día, «iremos a China, enseñaremos en universidades, ocuparemos puestos de secretaría, pero cuando se trata de relaciones personales

* En ese momento, Buchman se encontraba en apuros económicos, pero acababa de llegar un cheque de una tal Sra. Woolverton de Nueva York, que resultó ser la cantidad exacta necesaria para esta restitución (Buchman a Sra. William H. Woolverton, 21 de noviembre de 1918).

íntimas con hombres decimos: “No, no puedo hacer eso, no estoy hecho para eso”. Nunca conocerás la verdadera necesidad, la verdadera China, a menos que... estés dispuesto a desatar las vendas de la gente que te rodea. Y nunca podrás desatar las vendas de los muertos a tu alrededor a menos que hayas desatado vendas primero en tu propia vida”.

«El primer año que estuve aquí sólo toqué la superficie, el año pasado la arañé, y espero que este año profundice más... Creía que sabía algo sobre el trabajo individual cuando llegué a China. Estoy empezando a descubrir lo poco que sé en realidad».

La primera vez que fue a Penn State, les dijo, había encontrado «veinticinco cristianos poco interesantes en esa universidad. Eran asiduos a la YMCA estadounidense. Tenían la forma de la bondad, pero no el poder...». «Lo que había que hacer», continuó, «era ir tras el pecador interesante». Se había ganado la confianza de doce tipos que salían juntos a robar gallinas. «Algunos de ustedes dirán: ‘Oh, está hablando de sí mismo’», añadió Buchman mordazmente. «Si piensan así, por favor salgan de la sala. Una persona puede arruinar a un grupo».

Los doce jóvenes, continuó, habían organizado un grupo bíblico, al que llamaban *Royal Rooster Bible Class* (Clase Bíblica del Gallo Real) y que a veces duraba hasta las 2.30 de la mañana del domingo; y uno de ellos había llegado a ser presidente estudiantil de la YMCA. Algunas personas, dijo Buchman, se oponían a utilizar a hombres marginales de ese tipo en el trabajo cristiano. Se preguntaba qué pensaban que era San Agustín cuando estaba en Milán en sus primeros días. La comunidad cristiana de China, tal como era, no podía asimilar a un hombre marginal.

La otra cosa que había hecho en Penn State, continuó, era traer personalidades contagiosas de fuera para ayudar a ganarse a

los estudiantes. «Hay», declaró, «pocas personas en esta sala que cumplan los requisitos».

El efecto de estos comentarios no fue desde luego secundario. Algunos misioneros aceptaron lo que decía Buchman, otros se enfurecieron: Buchman, se decían unos a otros, no sólo era arrogante y presuntuoso, sino también un egoísta que alardeaba constantemente de sus propios éxitos.

Buchman sintió profundamente la fuerza de la oposición. En una de sus últimas charlas, sobre el tema de entrar en los sufrimientos de Cristo, que llegarían a todos los que tomaran el camino del servicio total, se refirió a la tentación de beber la copa de la paz, la alegría y la felicidad, pero eludir la copa del sufrimiento: «Nosotros decidimos por nosotros mismos hasta dónde estamos dispuestos a llegar. Nuestro servicio termina cuando empezamos a sufrir», dijo, «cuando una persona dice todo tipo de cosas sobre ti y conspira contra ti... ten la victoria en Cristo. Ningún hombre puede dártela, solo Cristo puede. A veces no tengo la victoria para las cosas difíciles. Solo tengo que retirarme». De hecho, una tarde en esta época, dio un paseo por las colinas vecinas y se encontró con un lago. Por un momento pensó en lo apacible que sería tumbarse en su fondo, lejos de los conturbados. Sin embargo, no suavizó sus palabras, algunas de las cuales parecían menospreciar la pericia profesional de los misioneros. Una vida cristiana eficaz, decía Buchman, no era cuestión de cuánto se sabía o de cuánta formación se había recibido; dependía enteramente de cuánto se estaba dispuesto a cooperar con Dios. En otra ocasión dijo que había demasiados que se sentaban en sus escritorios y no estaban en contacto con las necesidades reales de la gente.

Los chinos presentes siguieron más o menos la misma línea. Los cristianos, declaró el general Wu, tenían que revolucionar la iglesia. Algunos pastores se levantaban, repetían oraciones y luego pensaban que su trabajo había terminado, así que el laico tenía que ser su propio pastor. «He decidido hacer un

trabajo personal entre los funcionarios» -añadió el general Wu- «Muchos están podridos. Tenemos que ayudarles a todos a forjar un nuevo régimen, una nueva fuerza y un nuevo ejército».

Buchman también planteó lo que resultó ser una cuestión aún más delicada. «Cuando vine a China el año pasado», dijo, «un hombre*, que es un verdadero médico de almas, me habló de uno de los vendajes que te ciegan. Me dijo: ‘habla siempre, dondequiera que vayas, sobre ‘amistades absorbentes’». Utilizó una palabra que era nueva para mí, ‘pasiones’. En estas colinas he visto ‘amistades absorbentes’. No puedo juzgar. Sólo puedo decir esto, que pueden ser poco saludables. Él sabía mucho más que yo. No puedo hacer otra cosa que darles esa palabra de advertencia de un viejo y probado médico de almas».

Esta vez la reacción fue explosiva, y el obispo Roots se vio inundado de protestas. El día antes de que Buchman abandonara Kuling, Roots se quejó ante él de la ofensa que había causado. Dos días después, aparentemente sin avergonzarse, Buchman escribió a Roots diciéndole lo sorprendido que estaba de que algunos de los secretarios “Y” se hubieran tomado como algo personal lo que había dicho**. También le dijo a Roots que, en la medida en que su crítica al ‘mensaje dado por Dios’ había sido incoherente y destructiva, era indicativa de la propia necesidad de Roots⁶.

Mientras tanto, algunos de los presentes en Kuling le escribían cartas de agradecimiento. «Yo estaba muy cerca del colapso cuando Dios le envió para ayudarme a ganar la victoria», escribió uno; mientras que un chino añadió: «Nunca olvidaré

* Fue, de hecho, el obispo metodista Lewis.

** A lo largo de su vida, cuando Buchman se quejaba de que un amigo se había tomado un comentario suyo "como algo personal", quería decir que esa persona no había entendido el amor que había detrás de la crítica, que no pretendía deprimir, sino liberar. Esperaba que la gente llevara el asunto a Dios y averiguara con Él si había algo de verdad en lo que había dicho. Sin embargo, a veces sus comentarios eran tan enérgicos que esta reacción era comprensible.

nuestro refrescante tiempo en Pines Rock ... Nunca podré agradecerle lo suficiente lo que ha aportado a mi vida». Un tercero le agradeció su «claro mensaje sobre el pecado», mientras que la 'hija de un obispo' dijo que varios que habían estado resentidos durante algunos días se quedaron a escucharle y fueron "ganados". Añadió que algunos debían tener muchas cosas ocultas en sus vidas para tener tanto miedo del Sr. Buchman y su mensaje⁷.

Buchman partió para la segunda conferencia, en Peitaiho, sabiendo que había dejado atrás la confusión. Intuía que se estaba gestando una tormenta, aunque no sospechaba que Blackstone, cuyas cartas eran amistosas, la estaba avivando.

De hecho, Blackstone, recién llegado de Japón, escribió desde Peitaiho una carta confidencial al obispo Roots, presidente del Comité de Continuación de China, que ahora estaba de vuelta en Hankow. Había oído decir que la conferencia de Kuling había sido una gran bendición. Por otra parte, algunas cosas que le habían dicho sobre la relación de Buchman con la conferencia le habían planteado serias dudas sobre la conveniencia de que Buchman siguiera trabajando en China por el momento.

Blackstone continuó diciendo: «Hace tiempo que me di cuenta de que el Sr. Buchman tenía ciertas descalificaciones en la línea del egocentrismo, el egoísmo y la extravagancia, y sin embargo... lo he apoyado con todas mis fuerzas, a veces incluso en contra de mi propio juicio y la opinión de los demás».

Blackstone preguntó a Roots si creía que el trabajo de Buchman en China había terminado por el momento, y si pensaba que la experiencia personal de Buchman había llegado a ser un obstáculo para su mensaje. «Puedo decir», comentó Blackstone, «que hay una grave pesadumbre sobre esta conferencia debido a su condición actual, y apenas encuentro

que sea el mismo hombre que dejé en la primavera». ¿Podría Roots enviar su respuesta por telegrama?⁸.

Al parecer, la noche siguiente se produjo un ruidoso enfrentamiento entre Buchman y los demás organizadores de la conferencia en el porche del bungalow de Blackstone. El problema inmediato fue probablemente una queja de que Buchman se comportaba como si estuviera dirigiendo la conferencia él solo. En cualquier caso, dijo algo que ‘apenó’ a Tewksbury, y le dijo a Ruth Paxson en el calor del momento que nunca recibía órdenes de una mujer. Tampoco se sintió capaz de aceptar los tres puntos que los demás le plantearon, más o menos como un ultimátum. Uno era, al parecer, que no se volviera a mencionar la palabra ‘pecado’. Otro era la exigencia de volver al ‘antiguo plan de reuniones’. Tewksbury le acusó de ‘egoísmo’, a lo que él respondió que la mayor parte de su mensaje procedía de Henry Wright*.

Sin embargo, al día siguiente enfermó de disentería y durante varios días tuvo fiebre alta, por lo que la cuestión de quién debía dirigir la conferencia dejó de ser relevante. Pocos días después, el 31 de agosto, Blackstone recibió un telegrama del obispo Roots, de Hankow, con la frase en clave que Blackstone había sugerido: «Suspendan el trabajo». Una carta exponía su punto de vista con más detalle.

Quería, dijo a Blackstone, dar testimonio del valor del trabajo que Buchman había realizado en China. La vida de la comunidad cristiana en Hankow había sido «permanentemente elevada e inspirada». El trabajo de Buchman había sido también «de un valor inestimable para mí, y nunca dejaré de estar agradecido a Buchman por ello».

* Tres semanas más tarde Buchman escribió a Wright: «Estoy experimentando lo que tu llamas persecución. Gran parte de lo mejor de mi mensaje es tuyo... Te acercas más que ningún otro hombre en la esfera de mis conocidos (a aquel) que encarna realmente los principios de Cristo». (20 de septiembre de 1918). La influencia del profesor Wright sobre Buchman se analiza en el capítulo 8.

Por otra parte, prosiguió, compartía los recelos de Blackstone. La conferencia de Kuling había hecho mucho bien, sobre todo entre los que no habían conocido antes a Buchman, pero todos los misioneros más antiguos estaban decepcionados. También había observado en Buchman «una especie de actitud mental censuradora y dictatorial». Una de las principales limitaciones de Buchman era la dificultad que tenía para trabajar con otros, aunque parecía haber cooperado «de la manera más perfecta» con Eddy.

Roots añadió que estaba «profundamente apenado al observar el cambio en el propio Buchman del que usted habla. No soy lo bastante sabio para juzgar cuál es la causa», pero en Kuling habían sufrido la misma atmósfera sombría a la que Blackstone se refirió en Peitaiho. «Me temo, hablando con toda franqueza», concluía, «que Buchman corre el riesgo de sufrir un grave colapso si continúa más tiempo en la China actual». El trabajo de Buchman en China había sido hasta ahora «un éxito glorioso», pero, en su opinión, debía interrumpirse¹⁰.

Debió de ser un golpe demoledor para Buchman que le pidieran que abandonara China tras quince meses de apasionada campaña. Sin embargo, lo que había hecho creer al obispo Roots que corría peligro de derrumbarse parece haberse evaporado rápidamente. Él y dos amigos, su secretario, Hugh McKay*, y Sherwood Day, habían planeado tomarse un mes de completo descanso y esparcimiento después de Peitaiho en Port Arthur, a través del Golfo de Chihli, y como ahora tenían dos días libres, aprovecharon para visitar por el camino la Gran Muralla China y las tumbas Ming. A los pocos días, Buchman ya enviaba alegres cartas a casa, y el 12 de septiembre escribió a Blackstone para contarle que acababa de dar un paseo de quince kilómetros y que «lo había rematado con una buena cena de chucrut». Pidió a Blackstone, de paso, que desmintiera el falso rumor de que se había ‘ido físicamente a pique’ y había

* Nieto de Hudson Taylor, fundador de la Misión al Interior de China.

sido enviado de vuelta a Estados Unidos¹¹. Blackstone le respondió cariñosamente, pero no mencionó su participación en que el obispo Roots tomara las medidas que había tomado¹².

Es difícil conciliar la estimación del obispo Roots con la impresión que Harlan Beach tenía de Buchman en China -que fue profesor de Matemáticas en *Penn State* y más tarde primer profesor de Misiones en Yale-. Las notas tomadas de una de sus conferencias ofrecen una imagen muy diferente: «No hubo toques de trompetas, ni retórica, un gran ser humano y fuerte personalidad... Un hombre amistoso que anima, conversa, habla como un hermano, no como un párroco. Cuenta historias divertidas, alegre, pero muy sincero y serio ... Tiene una nueva concepción, habla a uno en vez de a masas ... La gente criticaba que enfatizaba el pecado, que era demasiado severo. Hablaba de cosas reales que son fundamentales... Tenía sentido general y sabía trabajar en equipo ... En resumen, lo mejor que ha pasado en China»¹³.

Al pasar revista en Port Arthur a sus últimas semanas en China, Buchman se dio cuenta de que había tratado mal a Tewksbury y a la señorita Paxson y envió cartas de disculpa a ambos¹⁴; pero sobre las cuestiones centrales que el sentía que estaban en juego, y en particular su intento de tratar los pecados que, a su juicio, hacían ineficaz la labor de muchos de los misioneros, permaneció totalmente en la misma posición.

«Nunca se ha ganado a la gente de la sede», escribió a Howard Walter en la India, «y la oposición era evidente en las formas más sutiles. Han estado intentando durante algún tiempo utilizar todos los medios concebibles para sacarnos de China, a medida que el zapato apretaba más y más y nos adentrábamos más en la vida personal de los hombres»¹⁵. En una segunda carta a Walter, Buchman dijo que estaba convencido de que había razones mucho más profundas para lo que había de lo que aún no habían comprendido¹⁶.

Sus cartas al obispo Roots también estaban lejos de ser apologéticas. Admitía que la carga que llevaba en Kuling podía haber provocado cierta 'dureza' en él, pero sólo la dureza de quien estaba preocupado por el fracaso de las iglesias y había aplicado antes ese mismo juicio severo a su propia vida.

En cuanto a Kuling, continuó, estaba más convencido que nunca de que sólo estaba 'arañando la superficie'. Se habían objetado términos como ése y 'bancarrotas espirituales', pero nada expresaba menos que la necesidad real. Lo que le entristecía, declaró, era que, a medida que Dios le iba dando un diagnóstico cada vez más claro de la situación y su mensaje se acercaba más a las necesidades reales, «algunos líderes cristianos se echaban atrás».

Concluyó que respondería calurosamente al tono amistoso de las cartas del obispo si no consideraba que existía el peligro de oscurecer el tema fundamental, y advirtió a Roots que no pensara que su desacuerdo en Kuling había sido puramente personal. «Es mucho más profundo», declaró Buchman, «una cuestión de principios que afecta vitalmente al progreso del Reino»¹⁷.

A Blackstone le escribió explicándole que no se había sentido capaz de participar en los picnics y en el lado más alegre de la conferencia de Kuling, en parte porque tenía la sensación de que la enfermedad de su padre estaba empeorando mucho¹⁸. Buchman, de hecho, sabía desde hacía muchos meses que el estado de su padre se estaba deteriorando. Una carta de su madre de la Navidad anterior había hecho que el comportamiento de su padre era ahora totalmente irracional y que ella misma tenía miedo de lo que el viejo pudiera hacerle.

«No sé cómo podré aguantar más», escribió en diciembre de 1917: «Es tan grave que no sé qué hacer. Esta semana estaba listo para partir y lo retuvieron en el tren. Estoy en miedo constante, la única esperanza que tengo es el Señor»¹⁹.

En el verano del año siguiente, el tono de sus cartas se había vuelto aún más desesperado. En junio ella escribió, «tu padre se fue esta mañana con su maleta, me dijo que no sabía cuándo volvería. Te escribo con lágrimas en los ojos. Nunca pensé que podría pasar por lo que estoy pasando ahora ... tu misión está en casa»²⁰. A finales de julio una de sus vecinas en Allentown escribió para confirmar que su madre ya no estaba segura en casa. Algo, dijo, habría que hacer²¹.

Luego, mientras estaba en Port Arthur, su madre le escribió para decirle que el padre había sido ingresado en el hospital por prescripción médica: «Tuvimos que llevárnoslo», explicó, «es duro decírtelo, Frank, sacarlo de su buen hogar. Me persiguió por toda la casa el lunes por la mañana en ropa de dormir... de un extremo a otro de la casa y me amenazó. Me fui de casa y me escondí en casa de Hirner ese día. Se lo llevaron muy tranquilamente, sin una escena, pero, oh pensar en ello, fuera de su casa»²².

Lo asombroso es que, incluso en ese momento, Buchman no partió inmediatamente a Allentown. Una razón fue la demora del correo y el viaje, ambos demoraban mucho en esa época. Por otro lado, había también una tradición entre estadounidenses y europeos, que servían como misioneros o en servicios civiles, de apegarse a su trabajo en el exterior más allá de las dificultades en sus hogares. Ciertamente, Buchman se sentía convencido en ese momento de que estaba donde Dios quería que estuviera. «Sé lo mucho que quieres que esté allá» escribió a su madre desde Peitaiho en agosto de 1918, «y yo sólo quiero hacer la voluntad de Dios»²³. Enviaba cartas cariñosas con regularidad, a menudo acompañadas de dinero -300 dólares por el cumpleaños de su madre-, pero nunca dio la menor pista de que no estaba seguro de que debía quedarse en Oriente. De hecho, en un momento dado le sugirió que se reuniera con él en China, presumiblemente para poner a su padre bajo los cuidados adecuados.

Le escribió desde Port Arthur diciéndole a su madre que había telegrafiado al Dr. Willard Kline, un conocido especialista de Allentown, para preguntarle qué se podía hacer por su padre. También envió 600 dólares para ayudar a pagar un enfermero. «Está claro», dijo, «que la tensión es demasiado grande para ti, y no deberías soportarla más». En sus tiempos de silencio, Dios le había dado la seguridad real de que «Él será un esposo para ti y que estás a salvo bajo Su custodia». Añadió que estaba empezando con un pequeño grupo de amigos un programa evangelístico propio. «Han habido invitaciones de Corea y Japón. «Vamos con fe y oración», escribió a Howard Walter en la India, «sin nada más que el banco del Todopoderoso. Todos nosotros somos más ricos por estos días de prueba por los que hemos pasado»²⁵.

Parece probable, a la vista de su carta a Blackstone, que un motivo secundario para emprender las giras por Corea y Japón fuera el deseo, consciente o inconsciente, de dejar bien claro que no había sido ‘enviado a casa’ desde Asia y de restablecer que, sin trabas, su mensaje podía lograr una amplia aceptación. De hecho, fue recibido con entusiasmo en ambos países y, gracias a las amistades que entabló entonces, sentó las bases de un trabajo que fructificó en años posteriores. En Japón, además de su trabajo habitual, entabló amistad con dos de los creadores del Japón moderno, el barón Moriumura Kawasaki y el vizconde Shibusawa, que presidieron una reunión de la *Concordia Society* en la que Buchman habló sobre ‘Ingeniería humana’.

Para tristeza de Buchman, Walter murió de influenza en la India ese noviembre, y su preocupación por sus padres era constante; sin embargo, por lo demás, esos meses en Corea y Japón parecen haber sido felices y fructíferos. La respuesta del Dr. Kline a su carta fue recibida con retraso hasta el 8 de febrero de 1919. Entonces canceló varios compromisos y en marzo de 1919 se embarcó para los Estados Unidos.

Al final resultó que no había oído hablar por última vez de algunos de los protagonistas del drama de su salida de China. Se supo que Harry Blackstone sentía debilidad por las secretarías euroasiáticas y, cuando una de ellas habló públicamente de su relación en 1924, cayó en desgracia y abandonó la Iglesia para dedicarse a los negocios. En su desdicha, escribió a Buchman pidiéndole ayuda²⁶. «Siento mucho que haya sucedido todo esto», respondió Buchman en abril de 1924. «Puedes poner cualquier cosa a mi disposición y haré todo lo que esté en mi mano para hacer lo que quieras que haga. Estaré a tu lado para ayudarte, aunque digas que el cielo está negro como la medianoche... Siéntete libre de hacerme cualquier petición y haré todo lo posible por cumplirla»²⁷.

En cuanto al obispo Roots, Buchman nunca (según la hija de Roots) volvió a mencionar el asunto ni a él ni a nadie de su familia, aunque el obispo y toda su familia, tanto antes como después de su jubilación, volvieron a colaborar estrechamente con Buchman. «Nos has perdonado mucho», le escribió el obispo en 1942. «En particular, me has perdonado mucho a mí. Poco a poco empiezo a darme cuenta de cuánto»²⁸.

Hsu Ch'ien se fue desilusionando poco a poco con lo que veía del cristianismo en China. En Kuling, él y un colega habían tenido una charla con Buchman, durante la cual se había concebido la 'Sociedad Nacional para la Salvación de China'. Después de Kuling, tuvo una charla de tres horas con Sun Yat-sen, quien pensó que era «una idea sincera y muy profunda» y más tarde confirmó que «creía que este principio fundamental era la única forma de salvar a China». Pero a principios del siguiente año, Hsu escribió tristemente a Buchman: «En la actualidad, los misioneros sólo predicán sobre la rectitud individual, pero nada sobre la sociedad y las naciones en su conjunto»²⁹. En 1923, un agente de Moscú llamado Michael Borodin llegó a Cantón y, con el tiempo, se convirtió en asesor

tanto de Sun Yat-sen como de Hsu. Hsu consideraba que Borodin apreciaba realmente su capacidad y su idealismo, mientras que, según su hija, «obtenía poca cooperación de los cristianos formales en sus grandes planes nacionales de cristianismo aplicado»³⁰. En 1925 vivía en un apartamento de la embajada rusa.

Muchos se han preguntado por qué el comunismo pudo hacerse con el liderazgo de China con tanta facilidad a pesar de la enorme inversión misionera, tanto estadounidense como británica, realizada en el país durante el medio siglo anterior. Arthur Holcome, catedrático de Gobierno de la universidad de Harvard, da toda la importancia que merece a la desilusión china por el trato que recibieron de las potencias aliadas 'cristianas' en la Conferencia de Paz de Versalles, en la que las concesiones alemanas se entregaron a Japón y los aliados mantuvieron las suyas, a pesar de las promesas en sentido contrario. A esto añade tres razones más profundas: «el fracaso de las misiones occidentales a la hora de tratar a los chinos como iguales», su «falta de unidad» y su «ignorancia sobre China y sobre los chinos». Según él, los misioneros pretendían cambiar la cultura china, mientras que los rusos, y en particular Borodin, intentaban comprenderla y utilizarla³¹. Estas tres actitudes eran las que Buchman intentaba abordar durante su permanencia en China.

Se puede especular sobre lo que habría ocurrido si hubiera habido una alteración significativa en alguno o todos estos puntos entre la comunidad misionera. Si una parte considerable de los dirigentes chinos, con ese respaldo, se hubiera propuesto remediar los males que Hsu y el general Wu articulaban, es al menos posible que hubiera existido una alternativa lo bastante dinámica como para resistir la revolución atea que importó Borodin.

Así las cosas, Hsu Ch'ien, Sun Yat-sen, Chiang Kai-shek, Mao Tse-tung, Chou En-lai y otros sucumbieron a la persuasiva

personalidad de Borodin*. En su búsqueda del principio unificador y purificador, que Hsu y otros habían visto en el cristianismo revolucionario ofrecido por Buchman, se pasaron al comunismo. Algunos rompieron después con él. Algunos estaban confundidos. Algunos fueron capturados por él en cuerpo y alma.

Para el propio Buchman, las consecuencias de su experiencia china fueron considerables. Había entrado en conflicto con una parte importante de la clase dirigente cristiana y había perdido, pero había aprendido mucho en el proceso. Fue una gran sorpresa para él: «Simplemente porque atacué el pecado en China», comentó cuando llegó a casa. Sobre la reacción a su mención de las ‘relaciones absorbentes’, añadió: «No tenía ni idea de que ese pecado existiera, salvo en casos aislados. Ser incomprendido me abrió los ojos. Hay una camada que es impura». Al transmitir la advertencia del obispo Lewis, simplemente había pensado que estaba ofreciendo la seguridad de la libertad interior y de la eficacia espiritual a los trabajadores cristianos que estarían encantados de recibirla. Al relatar la historia al presidente de Hartford, Douglas Mackenzie, añadió: «Creo que algunas de las críticas se deben a que los hombres pensaban que yo sabía más de lo que realmente sabía»³².

Cuando regresó a los Estados Unidos, ignorante aún de las maniobras de Blackstone, sintió que se estaba gestando una oposición más amplia contra él y esperaba que los rumores llegaran no sólo a Hartford, sino también a la sede de la YMCA en Nueva York. Mientras tanto, escribió a Sherwood Day: «No

* Un joven periodista estadounidense, uno de los hijos de obispo Roots, que entonces escribía para el *New York Times* en China, conocía bien a Borodin. Fue Chiang Kai-shek quien los presentó en 1926. «Borodin hablaba de revolución», recordó más tarde. «Se había abierto camino varias veces usando el Nuevo Testamento. Una vez dijo: “Ese hombre, Pablo, era un revolucionario”. De repente, se giró con el rostro desencajado, golpeó la mesa con el puño hasta que las tazas de té volaron al suelo, me miró a los ojos y gritó: “¿Pero dónde se encuentran hoy hombres como él? Deme un ejemplo. No, no puede”». (John M. Roots en *Morgenbladet* (Oslo), 2 de enero de 1962). En parte como resultado de esta conversación, John Roots decidió trabajar a tiempo completo con Buchman, y más tarde se le unieron el obispo y otros miembros de su familia.

voy a volver a Hartford condicionado de ninguna manera. Debo tener libertad de expresión y de acción»³³.

PRIMEROS VALORES

El mensaje de Buchman, así como algunos de sus métodos de trabajo, empezaban a cristalizar. No era un mensaje nuevo - había existido durante casi dos mil años-, pero a través de su experiencia y su personalidad estaba adquiriendo ciertos acentos distintivos. Su expresión evolucionaba a medida que la época planteaba nuevos retos, pero sus raíces seguían siendo las mismas.

Sus antecedentes familiares, reforzados por sus estudios en Muhlenberg y Mount Airy, le habían dejado creencias que, en el lenguaje teológico de la época, podrían resumirse como: la soberanía y el poder de Dios, la realidad del pecado, la necesidad de una entrega total de la voluntad a Dios, el sacrificio expiatorio y el poder transformador de Cristo, el sustento de la oración y el deber de dar testimonio a los demás. Pero para él, cuando se marchó de Mount Airy, se trataban más de creencias intelectuales -suposiciones- que de firmes convicciones. «Todo el mundo iba a la iglesia», dijo una vez refiriéndose a Pennsburg, «pero eso no afectaba a sus vidas, aparte de que eran muy morales. Sólo una vez vi a alguien que era diferente». Y hablado de sí mismo después de Mount Airy, recordó: «Fui un fracaso rotundo. Yo era el producto de un molde, un seminario teológico conservador. Se suponía que sabía predicar, pero no sabía nada de las personas ni de cómo ayudarles. No sabía nada del Espíritu Santo, salvo que era una paloma».

Sin embargo, su deseo de crecer era ferviente, y a medida que se enfrentaba a nuevas situaciones y retos, las doctrinas

asumidas durante mucho tiempo cobraban vida. Les daba sentido, y una vez aprendida la lección, se aprendía para toda la vida.

Durante los años pasados en Overbrook y en el orfanato, había empezado a comprender mejor la naturaleza humana y a descubrir que Dios era de fiar y que una vida de ‘fe y oración’ satisfacía las necesidades prácticas. En *Penn State* había descubierto que las personas podían cambiar radicalmente y que, a través de ese cambio en los individuos, se podía alterar el tono de una institución; y en China había llegado a creer que lo que era cierto para una universidad podía serlo para una nación. En su lucha por alterar estas situaciones más amplias, llegó a una conclusión que Agustín había señalado siglos antes: que, aunque todas las almas tienen el mismo valor y necesitan el mismo cuidado, las condiciones de la sociedad sólo pueden cambiar rápidamente si afectan a las personas clave, es decir, a las que tienen influencia*. Mientras hablaba de *Penn State* como ‘el laboratorio’ en el que probaba los principios sobre los cuales iba a basar su trabajo, había visto a China, a medida que se acercaba a ella en julio de 1917, como ‘el campo de pruebas del poder de dirigir las naciones hacia Dios’. Su mente estaba lidiando con uno de los mayores desafíos a los que podía enfrentarse un hombre de fe, y uno que no muchos en su época se planteaban.

De cualquier manera, Buchman siempre consideró que sus descubrimientos espirituales tenían aplicación universal. Después de su experiencia en la pequeña iglesia de Keswick, cuando se dio cuenta de su propio pecado y experimentó el perdón de Cristo, nunca volvió a considerar que ningún otro ser humano, por muy corrompido que estuviera, pudiera estar

* «Además, en la medida en que son ampliamente conocidos, guían a muchos a la salvación y están destinados a ser seguidos por muchos... La victoria sobre el enemigo es mayor cuando le ganamos un hombre al que tiene más fuertemente atrapado y a través del cual tiene atrapada a más personas». *The Confessions of St Augustine/Las Confesiones de San Agustín*, traducido por F. J. Sheed (Sheed and Ward, Londres 1944), Libro 8, Sección IV, pp. 128-9.

fuera del alcance de la gracia que había curado su propio odio y orgullo.

Otra experiencia decisiva había sido el resultado de la pregunta que F. B. Meyer le hizo en *Penn State*: si dedicaba cada día el tiempo suficiente a preguntar a Dios qué debía hacer. Este puede considerarse el momento en que Buchman decidió entregar su voluntad, a diferencia de su vida en general, a Dios. Ahora debía hacer el trabajo de Dios no a su manera, sino a la de Dios. Su respuesta inmediata fue reservar la hora entre las cinco y las seis de la mañana no sólo para hablar con Dios, sino también para escucharle. Fue su descubrimiento personal de la antigua disciplina del silencio ante Dios. Para llevar a cabo este experimento, le animó mucho el contacto con el profesor Henry Wright, de Yale, y el estudio de su libro. *The Will of God and a Man's Lifework*/La Voluntad de Dios y el Trabajo de un Hombre, que fue publicado ese mismo año de 1909*¹.

El tema central del libro de Wright era que una persona podía, mediante la ‘oración bidireccional’ -escuchar en busca de orientación, además de hablar-, encontrar la voluntad de Dios para su vida y para los acontecimientos ordinarios del día. El propio Wright dedicaba media hora a esa oración de escucha cada mañana -a primera hora-. En esos momentos -y, de hecho, en cualquier momento del día- declaraba que lo que él llamaba ‘pensamientos luminosos’ procedían de Dios, siempre que el receptor humano estuviera lo suficientemente limpio como para captarlos. Wright anotaba estos pensamientos en un cuaderno y siempre intentaba ponerlos en acción.

Buchman consideró que su idea de abordar a ‘Tutz’, seguida de su encuentro inmediato con él, era una indicación de Dios.

* Wright envió inmediatamente un ejemplar a Buchman, a *Penn State*, quien le contestó: «Su libro acaba de llegar y estoy encantado con él... yo mismo se lo estoy enseñando a un centenar» (Mark Guldseth, *Streams/Corrientes*, impresión privada 1982, p. 87). Wright era por entonces profesor adjunto de historia y literatura latina en Yale. En 1914 se creó para él una cátedra especial de Métodos Cristianos en la *Yale Divinity School*. Guldseth deja clara la deuda de Buchman -a menudo reconocida por el propio Buchman- en esta época con Wright, Moody y Drummond.

Del mismo modo, un momento decisivo para Ray Purdy, que se convirtió en uno de sus colegas de toda la vida, fue en un campamento de estudiantes en septiembre de 1919, cuando Buchman recibió un impulso inesperado, se levantó de repente y corrió a una tienda en el otro extremo del campamento, donde encontró a un hombre gravemente enfermo de apendicitis aguda. Más tarde, Buchman también hablaría de 'ese tic nervioso' que podía inmiscuirse en el pensamiento ordinario de una persona con especial autoridad. Pero su concepto de la escucha no se componía principalmente de este tipo de ocurrencias. «Dios puede tener la oportunidad de imprimir Sus pensamientos en tu mente», dijo en Kuling². «Para mí, a las cinco o antes, estoy despierto y soy consciente de la presencia de Dios. Algunos días es simplemente una serie de pensamientos luminosos de cosas que Dios quiere que haga ese día. Algunos días es sólo una sensación de paz y descanso y una o dos cosas sobresalientes. Otros días es una sensación de necesidad de intercesión en favor de ciertas personas. Me quita todas las angustias, molestias y preocupaciones de la vida»*.

La comunión con Dios ha sido la práctica de los santos a lo largo de los siglos. Buchman creía que este contacto también estaba al alcance de todos: «Escuchar a Dios no es una experiencia de unos pocos hombres», dijo a los chinos. Es lo más sano, normal y saludable que una persona puede hacer... Empiezas a darte cuenta de tu propia pequeñez».

En 1920, Buchman escribió una carta de siete páginas a Sam Shoemaker, en la que citaba una formidable serie de autoridades bíblicas y teológicas a favor de la práctica:

«Por supuesto, es una constante en todos los libros de las Escrituras», escribió, «y estoy absolutamente convencido, por mis reacciones clínicas tanto en Princeton como en

* Los pensamientos que surgieron en esos momentos de búsqueda de la guía de Dios en años posteriores se conocieron, en la taquigrafía verbal de Buchman y sus amigos, como «orientación», aunque ni él ni ellos consideraban que todos esos pensamientos procedieran de Dios.

otros lugares, de que es posible que los hijos de Cristo tengan esta experiencia. Alguien comparó una vez la Biblia con un lago, en el que los corderos pueden caminar y un elefante nadar. La misma analogía es válida... Quiero ponerlo a disposición de las masas que tienen hambre, pero no son conscientes de esta simple verdad...

No es una cuestión de temperamento, sino de voluntad de ser como niños. Se da a todos por igual si lo aceptan con espíritu infantil. Hemos vivido vidas tan pobres espiritualmente que lo simple ofende y parece peculiar. Una de las razones por las que la verdad no me iluminó antes fue la falta de abandono por mi parte. Fue mi propia estupidez al equivocarme durante tanto tiempo».

Buchman escribió esta carta desde un campamento de estudiantes y añadió: «Esto no deja de tener su lado humorístico. Llevamos una vida muy sencilla, y yo tenía una inspiración, la escribía, apagaba el gas y me iba a la cama, luego venía otra, volvía a encender la luz y otro fósforo. Hacía falta una caja de fósforos y mucha perseverancia...»³

Buchman era consciente de que las personas que intentaban escuchar a Dios necesitaban garantías. Los seres humanos tienen una capacidad infinita para el autoengaño y algunos de los hombres más peligrosos de la historia han proclamado su voluntad como sinónimo de la de Dios. Para protegerse de tales excesos, sometió sus pensamientos a 'una prueba séxtuple'.

La primera prueba era la voluntad de obedecer, sin retoques interesados. La segunda era observar si las circunstancias intervenían; por ejemplo, si sentía que debía ver a alguien y esa persona resultaba estar en otro país, o si sobrevenía alguna otra necesidad más urgente en otra persona. Una tercera prueba consistía en confrontar el pensamiento con las normas morales más elevadas que conocía: las normas de honestidad, pureza, altruismo y amor absolutos que había adoptado como

resumen aproximado de la enseñanza moral del Sermón de la Montaña. Su cuarto punto de prueba era si algún pensamiento en particular coincidía con la enseñanza general de las Escrituras. El quinto era el consejo de los amigos que también intentaban vivir según la guía de Dios. En su opinión, si uno no estaba seguro de cómo actuar, debía esperar, buscar a sus amigos y escucharles, eligiendo para ello a la persona que menos, y no la que más, pudiera estar de acuerdo con sus propias preferencias. La sexta era la experiencia y la enseñanza de la iglesia.

Las normas morales que utilizaba como prueba para dirigir el pensamiento también se convirtieron en el centro de la vida y la enseñanza de Buchman: las tomaba como varas de medir para la vida diaria. También en este aspecto estaba en deuda con Henry Wright. Los ‘absolutos’ habían sido expuestos originalmente, como resumen de la enseñanza moral de Cristo, por Robert E. Speer en su libro. *The Principles of Jesus/Los Valores de Jesús*⁴ Buchman había oído predicar varias veces a Speer en Mount Airy, pero fue en el libro de Wright donde encontró por primera vez las normas resumidas «con respecto a las cuales», sostenía Wright, «la enseñanza de Cristo es absoluta e inflexible». Wright las describió como «la piedra de toque cuádruple de Jesús y los apóstoles» y sostuvo que una persona podía aplicarlas «a cualquier problema, grande o pequeño, que se presente... si (algo) no está a la altura de alguna de estas cuatro, no puede ser la voluntad de Dios»^{5*}.

La adopción por Buchman de esta expresión de las normas de Cristo fue, como tantas otras veces, una elección práctica. Le interesaba, sobre todo, lo que él llamaba «el cómo», es decir, la forma en que la vida de fe, en su forma más exigente, podía ser comprendida tanto por el principiante como por el creyente veterano. Las normas de honestidad, pureza, altruismo y amor

* Buchman introdujo una modificación en el orden de las normas. Wright puso en primer lugar la ‘pureza absoluta’; Buchman, la ‘honradez absoluta’.

eran algo que cualquiera, por sencillo o erudito que fuera, podía utilizar para medir su vida, y la adición del prefijo «absoluto», aunque establecía un objetivo que nadie podía alcanzar, tenía dos ventajas obvias. Impedía que el buscador honesto se dejara llevar por una segunda o tercera opción, o por el relativismo que se ajusta a las normas de la sociedad que le rodea; y fijaba una meta tan alta que cualquiera que intentara vivir según estas normas se volvería constantemente hacia Dios en busca de perdón, gracia y fortaleza. A lo largo de los años, Buchman adquirió la abrumadora sensación de que «el cristianismo tiene una espina dorsal moral»: que la espiritualidad no puede divorciarse de los imperativos morales más elevados y sobrevivir.

En este caso, como en otros, iba a contracorriente de la época y de los tiempos venideros. Como observó más tarde William Hocking: «Es una señal de la superficialidad de la vida occidental que se considere un engreimiento reconocer un absoluto y una humildad considerar que todas las normas son relativas, cuando es precisamente lo contrario. Sólo lo absoluto reprende nuestro orgullo»⁶.

Por normas, Buchman no se refería a reglas. Le horrorizaba la gente que intentaba vivir el cristianismo de memoria o según reglamentos, y cuando se le preguntaba si tal o cual conducta estaba permitida, solía responder: «Haz lo que Dios te permita»; «Si quieres seguir trabajando por aquí», le advirtió a un joven en los últimos años de su vida, «por favor, deja de vivir según reglas y vive según la Cruz». Para Buchman, ‘vivir según la Cruz’ significaba renunciar voluntariamente a todo lo que en la vida personal no se ajustaba a las normas de Cristo, abandonar la propia voluntad para hacer la voluntad de Dios y experimentar a diario el poder purificador y sanador de Cristo. La esencia residía en la libre elección de esa forma de vida, evitando así la necesidad de normas y el peligro de crear un movimiento o una secta. «La Cruz es una alternativa a vivir según las normas», dijo en otra ocasión. Su propio criterio era

no hacer nada que le privara del poder de ayudar espiritualmente a otras personas. Las normas, de hecho, debían ser interpretadas a la persona por el Espíritu Santo.

C. H. Dodd escribió más o menos en la misma época que cuando el cristiano aborda cualquier problema práctico de ética, debe «hacer valer la mente de Cristo: La exigencia moral de dejar que el Espíritu de Cristo te gobierne en todo es mucho más inquisitiva que la exigencia de cualquier código, y al mismo tiempo lleva consigo la promesa de un crecimiento y desarrollo indefinidos. Significa que cada cristiano es un centro de inspiración donde el Espíritu moralmente revolucionario de Cristo ataca a la masa muerta del mundo»⁷.

Poco antes de la segunda visita de Buchman a China, Henry Wright fue responsable de otro paso importante en su desarrollo. Mientras estaba en Hartford, enseñando y reuniendo a su equipo, Buchman solía viajar cuatro horas en cada sentido, una vez a la semana, para asistir a las conferencias de Wright en Yale. En la pared de la sala de conferencias de Wright se encontró con las palabras de Moody: «El mundo aún tiene que ver lo que Dios puede hacer en, por y a través de un hombre cuya voluntad está totalmente entregada a Él». Wright nunca empezaba una conferencia hasta que había pasado dos minutos reflexionando en silencio sobre esas palabras. Entonces decía: «¿Seré yo ese hombre?», y siempre enlazaba su desafío con el versículo bíblico: «Yo, si fuere exaltado, atraeré a todos hacia Mí».

Buchman dijo, refiriéndose a esas sesiones: «Me llevó seis semanas hasta que llegué a convicción absoluta y me entregué a ese principio». No se sabe exactamente a qué se refería, pero es evidente que se trataba de un compromiso profundo, una ruptura con una concepción estrecha y universal del cristianismo, ya que, al repetir las frases de Moody y Wright, siempre hacía hincapié en las palabras «mundo» y «todos». Es posible que éste fuera el origen de su idea de «orientar a las

naciones hacia Dios», y podría ayudar a explicar la firmeza que le mantuvo trabajando por esta visión, a pesar de los reveses que sufrió en distintos momentos de su vida.

Tal vez fuera también el origen de la característica a la que Henry van Dusen, del Seminario Teológico de la Unión, se refirió en su día: «Frank Buchman pertenece a la pequeña comunidad a lo largo de los siglos que se han sabido sometidos a la entrega de todo a la exigente demanda de la Voluntad Divina, y que, por haber hecho esa entrega, han seguido adelante a través de la oscuridad y la luz con una confianza inamovible en la tutela Divina de su destino. Exige una entrega semejante a toda persona que quiera compartir íntimamente el liderazgo de su trabajo»⁸.

El interés más inmediato de Buchman en estos años en *Penn State*, Hartford y China fue estudiar y practicar cómo ganar individuos para Dios. En este sentido, otra de sus influencias fue Henry Drummond, geólogo y evangelista escocés que, en su tratado de licenciatura Diagnóstico Espiritual, fue pionero en la ciencia, como a él le gustaba llamarla, de ayudar a las personas una por una. Drummond contrastaba el minucioso trabajo clínico exigido a todo estudiante de medicina con la ausencia total en el currículo teológico de ‘cualquier trato directo con los hombres’. Sin embargo, sostenía que un ministro podía hacer mucho más aprendiendo a ayudar a las personas que predicando sermones. Buchman utilizó profusamente las frases de Drummond en sus charlas en China y se le cita mucho en *Soul Surgery/La Cirugía del Alma*, el pequeño libro publicado en 1919 en el que Howard Walter resumió su experiencia y la de Buchman sobre el cambio de vida. *Soul Surgery* pretendía ser el esbozo de un libro más completo en el que los dos amigos planeaban trabajar en Hartford tras su segunda visita a China, esperanza frustrada por la muerte de Walter en 1918.

La tesis central del libro de Walter era sencilla, aunque explosiva: para que los hombres y las mujeres cambiaran fundamentalmente, para que tuvieran una verdadera experiencia de conversión, el cambio debía tocar y transformar las áreas más profundas de sus vidas, sus motivos y deseos fundamentales. Con demasiada frecuencia no se abordaban los problemas básicos, y se consideraba suficiente que alguien se declarara salvo -o, en el lenguaje actual, ‘naciera de nuevo’- si se unía a la institución religiosa apropiada y empezaba a usar generosamente el nombre de Cristo, o suscribía generosamente a los fondos de la institución. El propósito del libro era explorar el arte de llevar a los demás la experiencia básica del cambio.

Una noche, mientras estaba en el barco con sus amigos de Hartford rumbo a China, Constance Smith le preguntó a Buchman cómo ayudaba a las personas. Al día siguiente, él le respondió con una fórmula aproximada que denominó «las cinco C»: Confianza, Confesión, Convicción, Conversión y Continuidad, un resumen que utilizó a menudo en los años siguientes. No se puede hacer nada hasta que la otra persona confíe en ti y sepa que mantendrás la confidencia. La confesión -la sinceridad sobre el estado real de la vida de la persona- llevaría a la convicción de la gravedad del pecado y al deseo de liberarse de su control. Para que se produzca la conversión debe haber una decisión libre de la voluntad, a menudo tomada a ‘sangre fría’, rara vez emocional. Pero la parte más larga y descuidada era la continuidad. Tú eras responsable de ayudar a la persona recién orientada a convertirse cada vez más en la persona que Dios quería que fuera. «El trabajo personal», dijo Buchman en otra ocasión, «significa el despliegue de las posibilidades que hay en el hombre». «¿Cuál es el anhelo del corazón humano?», preguntó en Kuling. «Diversión, gozo, satisfacción, paz, alegría... y todo ello llega cuando Jesús y el pecador se reconcilian».

Siempre insistió en que 'cambiar la vida', como solía llamar a esa ayuda a las personas, no era una técnica. Sólo Dios podía cambiar a una persona, y el trabajo de un 'transformador de vidas' debía realizarse bajo Su dirección, la única que podía aportar la sensibilidad y flexibilidad necesarias. «El verdadero diagnóstico tampoco era una cuestión de mera psicología». «La responsabilidad sagrada recae en la persona que tiene el valor de escuchar a Dios», dijo un día en Kuling. «Cuando un hombre te diga que no tiene poder espiritual en su vida, Dios te revelará por qué. Te dará el diagnóstico de los problemas de la persona con la que trabajas».

Como es natural, este trabajo debe hacerse en privado, 'bajo cuatro ojos', como a veces lo describía Buchman. A menudo era necesario que el 'transformador de vidas' se sincerara primero sobre los problemas que habían sido, o seguían siendo en ocasiones, los que más le costaban en su propia vida, pues esto da al otro el coraje de abrirse a su vez a problemas fundamentales. A menudo, Buchman descubría que los problemas que más preocupaban a la gente eran de índole sexual, y no dudó en entrar en este terreno, en el que pocos, salvo Freud y él mismo -desde ángulos profundamente diferentes- se atrevían a aventurarse en aquella época. Ya en *Penn State*, había visto la indulgencia sexual como una de las barreras más comunes para una experiencia plena de Cristo. Era evidente que era uno de los lugares donde la voluntad humana estaba más profundamente arraigada, y donde la claridad de la decisión era más necesaria si una persona quería ser libre y capaz de llevar una libertad similar a los demás.

Buchman se dio cuenta de que si quería ayudar a los demás, él mismo debía vivir una vida pura. «Me doy cuenta de que no puedo escuchar la más mínima insinuación. Necesito ser antiséptico. No puedo jugar al límite. Señor, quiero entregarme al máximo», señaló en una ocasión. El acto de entregarse más plenamente a Dios parece haber conducido a una batalla más aguda en su propio corazón: «Las tentaciones, en forma

intensificada», observó un día después, «son la preparación para una victoria mayor. Son más comprensivas con el pecador».

Buchman había aprendido que era mejor resistir la tentación, fuera del tipo que fuera, en su fase más temprana. A veces decía que era más fácil desviar un pequeño arroyo que represar un río. Definía el progreso de la tentación como «la mirada, el pensamiento, la fascinación, la caída», y decía que el momento de enfrentarse a ella era en el momento del pensamiento: «Enfrentarse a la tentación río arriba». Esto no era una idea nueva. Thomas à Kempis, cuyos escritos probablemente no conoció en Mount Airy, pero cuya Imitación de Cristo le acompañó a todas partes durante su vida adulta, describe la misma progresión: «El enemigo es más fácil de vencer», escribe a Kempis, «si no se le permite entrar por la puerta de nuestros corazones, sino que se le resiste fuera de la puerta a su primer intento»⁹.

Otro elemento necesario para llegar a ser una personalidad libre, creía Buchman, era estar dispuesto a restituir, a reparar en la medida de lo posible cualquier daño causado. De ahí, por ejemplo, sus propias cartas de Kuling a la *Pennsylvania Railroad Company* y al hombre al que le había mentido. En este último caso, se trataba de un asunto aparentemente trivial, ya que había fingido haber leído un libro del que sólo había leído reseñas¹⁰. A veces, esas restituciones podían implicar una confesión pública, pero sólo cuando afectaba al público: «Si tu pecado es público, como el del líder en una disputa pública, debes confesarlo. Si eres sincero, la gente se compadecerá de ti».

Fue el obispo Moloney quien le había abierto los ojos a un mayor uso de la confesión, tanto privada como pública. Buchman sabía desde hacía tiempo que la gente se interesaba más y recibía una ayuda más duradera si les hablaba de sus faltas y de cómo se había liberado de ellas, que si les exponía

sus virtudes, reales o supuestas. Pero el renacimiento en la diócesis del obispo, que había comenzado con la honestidad mutua del obispo y su sirviente, le confirmó que el principio podría tener una aplicación mucho más amplia. Así, en las décadas siguientes, cuando desplegaba grandes equipos de personas y cuando su práctica habitual era que fueran ellas las que hicieran la mayor parte de las intervenciones en cualquier reunión, animaba a los oradores a ser sinceros sobre las liberaciones concretas que les había aportado el hecho de ceder el control a Dios. Sin embargo, puso límites firmes a lo que debía confesarse públicamente. No se debe mencionar nada que implique a un tercero, y cuando se trata de cuestiones sexuales, siempre dice: «Si tus pecados son formas de impureza, nunca digas cuáles son, sólo di “impureza”».

Como los tabúes de la época eran los que eran, la franqueza con que Buchman trataba los problemas sexuales, incluso en privado, provocaba críticas y rumores. Los que querían atacarle solían abalanzarse sobre cualquier fallo de discreción en cualquiera de sus reuniones, tanto si se le podía considerar responsable de ellos como si no. Buchman, sin embargo, no se inmutó. Los hechos estaban ahí y no podía eludirlos: «Los hombres solían venir a verme, un hombre diferente cada media hora», dijo una vez, recordando sus visitas a las conferencias de verano en Northfield. «Así era, no podías subestimarlos cuando lo recibías por montones».

Buchman también había aprendido que si uno proponía que la gente entregara el control total de sus vidas a Dios, o incluso que tratara de vivir según normas morales absolutas, provocaba una oposición activa. A veces era del tipo casual que había aparecido entre los estudiantes de *Penn State* cuando Bill Pickle dejó de beber y de contrabandear; otras, del tipo más sofisticado -y, había empezado a pensar, planificado- de acción que lo había sacado de China. Esto, por supuesto, era muy distinto de un desacuerdo honesto con su enfoque, o del hecho de que su personalidad no atrajera a todo el mundo. Solía decir:

«Gracias a Dios, podemos estar en desacuerdo sin ser desagradables». Escribió a Shoemaker, «Sí, soy propenso a cometer errores como otros hombres y quiero que sientas que siempre puedes decirme cualquier cosa»¹¹. Siguió siendo amigo de cientos de personas que tenían dudas intelectuales sinceras sobre su forma de hacer las cosas.

A veces, por supuesto, las sinceras diferencias de opinión y la oposición activa coincidían; y a veces pasaba por alto este hecho y tomaba la oposición a él y a su mensaje como un signo de resistencia a la verdad misma. Pero su comprensión básica de la oposición crecía con la experiencia, y empezaba a reconocer el filo de la malicia o incluso del odio que se inmiscuía cuando la oposición surgía de personas o grupos que sentían que su mensaje amenazaba sus formas de vida o incluso sus instituciones. El hecho de que Buchman provocara tal oposición no probaba por sí mismo la validez de su postura, pero si no hubiera provocado persecución por parte de nadie, eso habría indicado que no estaba poniendo en práctica la cualidad revolucionaria de la gran tradición cristiana. No disfrutaba con ello, pero agradecía la prueba: «La persecución es el fuego que forja a los profetas y a los que se dan por vencidos», dijo más tarde.

Salir de los límites aceptados, que iba a ser la pauta de la vida de Buchman, fue consecuencia en parte del temperamento, y en parte de la atmósfera en la que empezó a trabajar y a desarrollarse en *Penn State* y en China. La cruzada de John Mott ‘para evangelizar el mundo en esta generación’ era el tema central entre los cristianos con los que trabajaba más estrechamente. Mott se había convertido en secretario estudiantil del Comité Internacional de la YMCA en 1888 y en secretario general de la Federación Mundial de Estudiantes Cristianos, que él creó en gran parte, en 1895. «Aunque la empresa misionera no debe desviarse del objetivo inmediato y controlador de predicar el evangelio donde Cristo no ha sido nombrado», escribió, «esto debe considerarse siempre como

un medio para el poderoso e inspirador objetivo de consagrar a Cristo en la vida individual, en la vida familiar, en la vida social, en la vida nacional, en las relaciones internacionales y en las relaciones de la humanidad»¹². La estrategia para esta tremenda empresa era movilizar a estudiantes de tantos países como fuera posible para construir “el nuevo liderazgo mundial” para llevar a cabo un cambio de época durante “esta hora decisiva de la historia del mundo”. Su principal objetivo no era tanto reclutar a un gran número de personas, sino «conseguir a los hombres más hábiles y fuertes, aquellos que en cualquier situación de la vida serían líderes», y citó el dicho de Drummond: «Si buscas anguilas, pescas anguilas; si buscas salmones, pescas salmones».

La estrategia de Mott dependía de la paz y la libertad de movimientos y comunicaciones que precedieron a la Primera Guerra Mundial, y durante esa guerra su empuje aflojó. La YMCA estadounidense, de la que ya era secretario general, se implicó cada vez más, después de 1917, en proporcionar servicios a las tropas. Sus secretarios en los campos de misión de la India y China eran inadecuados para su tarea principal, y no estaban a la altura de un misionero comunista como Borodin. Buchman, a su regreso a casa después de la guerra, se dio cuenta de que los antiguos métodos de trabajo -a través de la YMCA, Northfield, etc.- ya no tenían el poder que habían tenido anteriormente. Sentía que era necesario algo menos organizativo, algo mucho más basado en el tipo de compañerismo transparente que él y su amigos habían establecido con total honestidad en Tientsin. Al mismo tiempo, a medida que avanza la historia, queda claro que había absorbido y conservado gran parte del optimismo y muchas de las tácticas del gran diseño de Mott.

Este optimismo era muy necesario cuando Buchman se enfrentó al mundo de la posguerra. Toda guerra importante conlleva desmoralización, pero una en la que, en palabras de Churchill, «la tortura y el canibalismo eran los dos únicos

recursos que los Estados civilizados, científicos y cristianos habían sido capaces de negarse a sí mismos»¹³, socavó drásticamente tanto las creencias espirituales como la moral tradicional. «A principios de los años veinte», relata un historiador, «empezó a circular, por primera vez a nivel popular, la creencia de que ya no había absolutos: del tiempo y del espacio, del bien y del mal, del conocimiento, sobre todo del valor»¹⁴. Esta creencia coincidió con otros dos fenómenos contemporáneos, -o tal vez se debió en parte a ellos-: la amplia aceptación del freudismo y el hecho de que el leninismo, que propugnaba el ateísmo y una moral totalmente relativa, controlaba uno de los principales países del mundo. De hecho, la era del relativismo había llegado y -para gran disgusto de Einstein, que creía apasionadamente en las normas absolutas del bien y del mal- su teoría de la relatividad se utilizó para dar respetabilidad científica a todo el proceso. A medida que el relativismo moral se extendía, se convirtió en el tema dominante del arte y la literatura durante muchas décadas y penetró en todos los ámbitos de la vida, laica y eclesiástica. Buchman con sus creencias inquebrantables, se encontró cada vez más a menudo nadando contra corriente. La corriente le golpeó, pero no le apartó de su propósito.

Ese propósito era totalmente positivo. Nunca organizó una protesta contra nada, ni mucho menos denunció a nadie en público. Su respuesta a cada dificultad era la fe en que Dios podía cambiar a las personas, y cuanto más grave percibía el estado del mundo, más intensamente se concentraba en los individuos. A medida que avanzaba el siglo -y el relativismo moral se manifestaba en formas cada vez más poderosas-, sintió que su llamada era levantar una fuerza mundial de personas guiadas por Dios.

De momento, volvía a su trabajo en Hartford y al amparo de su madre y su padre. Pero cada vez tenía más claro que su intención era encontrar nuevas formas de trabajar y, tras su experiencia china, cada vez estaba menos dispuesto a dejar

que cualquier trabajo o institución se interpusiera en su camino.

«RENUNCIA, RENUNCIA»

Buchman regresó a casa desde el Lejano Oriente en abril de 1919. En lugar de restar importancia a lo que había sucedido allá, escribió a Mott que el esfuerzo cristiano en Asia estaba condenado al fracaso a menos que hubiera «un cambio radical de dirección de la difusión para muchos a una penetración profunda de unos pocos»¹. Sobre su propio papel, escribió: «Si la política del Departamento de Asuntos Exteriores... debe ser ante todo la propagación de la vida, puede estar seguro de que estoy dispuesto a pagar el precio que todos tenemos que pagar si se sigue esa política. Sobre cualquier otra base, no puedo honestamente dedicar mi tiempo y mis fuerzas a la Asociación»². También escribió a Sherwood Day desde Allentown, adonde había ido para prestar a su madre la ayuda que tanto necesitaba: «Estoy perfectamente dispuesto a que haya una ruptura con Hartford. Eso no supondría ninguna dificultad especial»³.

Sin embargo, tras un largo examen de conciencia, aceptó la nueva oferta de Hartford. El acuerdo era generoso: le daba libertad para viajar durante nueve meses al año y sólo le exigía dar una serie de conferencias sobre el ‘cómo’ de la evangelización personal en momentos acordados con el presidente Mackenzie y el decano Jacobus.

Buchman consideraba que la finalidad de un seminario consistía en convertir a sus alumnos y enviarlos como ‘pescadores de hombres’ cualificados. Si no servía a esos fines, la erudición teológica resultaba irrelevante. Uno de los alumnos

de Buchman, Edward Perry, describió más tarde cómo era estudiar con él:

«Sus clases eran totalmente diferentes a las de cualquier otro de aquella tranquila institución. En su mayoría consistían en historias de personas cuyas vidas habían cambiado gracias al poder de Dios que actuaba a través de él. Era fascinante, actual, real... Su imagen de un verdadero ministerio no era una cuestión de sermones elocuentes y actividades parroquiales bien organizadas, sino de satisfacer las necesidades más profundas de la gente una por una ...

No creía que su trabajo consistiera sólo en enseñarnos sobre su materia, en este caso el cambio de las personas, como en otras clases. También se sentía responsable de que nosotros mismos cambiáramos, pues reconocía que ninguna técnica o conocimiento podría convertirnos en ‘pescadores de hombres’ eficaces a menos que encontráramos por nosotros mismos la victoria en Cristo, que debe ser nuestro mensaje para el mundo».

Tras describir el periodo en el que reconoció su propia necesidad espiritual y se rebeló contra la idea de pedir ayuda - durante el cual Buchman no hizo ningún acercamiento a nivel personal, aunque sí jugaron un partido de tenis «que ninguno de los dos jugó muy bien», Perry continúa:

«Le pedí ‘una entrevista’. Allí, en su despacho, por primera vez en mi vida le conté a otra persona cómo era por dentro, al menos hasta donde yo me entendía. No se escandalizó lo más mínimo... Todo lo que lo único que dijo fue: “Lo que necesitas es entregar tu vida completamente a Jesucristo...”. Fue casi un insulto. ¿No estaba yo estudiando para el ministerio cristiano? Pero yo sabía que de lo que él hablaba era de algo mucho más de lo que yo había hecho hasta entonces. Mis decisiones anteriores habían sido sinceras, pero no habían sido completas. Había decidido hacer ciertas cosas por Dios.

Lo que Buchman me pidió fue que entregara la dirección de mi vida a Dios⁴.

La relación de Buchman con el veterano Hartford fue algo incómoda casi desde el principio. Las razones no son difíciles de encontrar. Por un lado, Buchman no ocultaba su convicción de que el enfoque tradicional era inadecuado. «El seminario de hoy», escribió a un amigo, «es un lujo costoso para propagar una teología que a menudo está totalmente divorciada de la vida». Otra causa de fricción era que Buchman quería libertad para moverse donde sintiera que el Espíritu le guiaba. Como a menudo parecía sentirse llevado fuera de Hartford, incluso cuando se esperaba que estuviera allí, esto encajaba mal con la suposición del seminario de que su principal obligación era con ellos.

Los problemas se debieron a que otras universidades, y más tarde el extranjero, solicitaron a Buchman. El hecho de que Douglas Mackenzie lo mantuviera en la plantilla durante tanto tiempo dice mucho de la mentalidad abierta de Mackenzie.

La posición de Mackenzie era difícil. Era consciente de que aunque «había división de opiniones entre los profesores, algunos de los cuales preferían la concepción de torre de marfil de la vida académica», Buchman «se ganaba magníficamente a los estudiantes». De hecho, «sólo sabía de uno o dos estudiantes que no confesaran haber recibido ayuda personal de su trabajo»⁶.

Durante todo este tiempo, Buchman tuvo la sensación de que si las iglesias protestantes en su conjunto querían cumplir con el concepto que él tenía de su vocación, debían cambiar su enfoque. La religión organizada, decía a sus alumnos, significaba con demasiada frecuencia «hacer eficientemente lo que no deben hacer»; la Iglesia, advertía, debía temblar «para no ser abandonada como una ciudad desierta donde los

edificios están en pie y toda la maquinaria de la vida humana está en silencio»⁷.

A su regreso del servicio misionero -seis meses después del final de la guerra-, vio los síntomas de sus consecuencias por todas partes en los victoriosos Estados Unidos a los que había vuelto. Mientras el presidente Woodrow Wilson estaba en París intentando «dictar un nuevo orden mundial bajo una Liga de Naciones comprometida con la paz universal» y su secretario de Estado anotaba en su diario que su jefe estaba «haciendo demandas imposibles a la Conferencia de Paz... ¡cuánta miseria causará!»⁸, las emociones contenidas por la guerra estallaban en casa. El cierre de las fábricas de municiones, la reducción de la semana laboral, la caída de los precios de las cosechas que durante cuatro años habían llegado a los graneros de los Aliados, agravaron la situación. A los veteranos a los que se había prometido una vivienda, sólo se les ofrecían viviendas suburbanas con alquileres extravagantes. Los trabajadores, que habían estado dispuestos a renunciar al derecho de huelga, se sentían ahora libres de presentar quejas muy reales, frente a unos empresarios que habían salido bien parados de la guerra y hacían ostentación de sus riquezas de forma escandalosa. Se inició una horrible caza de brujas contra los supuestos bolcheviques y la población negra.

Buchman observó con preocupación el triunfo de un régimen ateo en Rusia tras la reciente revolución, pero le inquietaba mucho más el deterioro de su propio país. Un despertar radical de la fe era, en su opinión, la única respuesta a largo plazo. Convencido de que se estaba produciendo una vasta y progresiva desintegración moral no sólo en su propio país, sino en todo el mundo - 'un colapso de la civilización'-, vio que tendría que haber un despertar a escala mundial. Parece haber asumido inmediatamente que esta exigente empresa era su responsabilidad, y haberse lanzado a ella en solitario: «Después de mi tiempo en Asia, me convencí de que Dios quería llevar un despertar moral y espiritual a todos los países

del mundo, y personalmente me sentí llamado a dedicar todo mi tiempo a ese trabajo»⁹.

Entre los legados que heredó de su trabajo con Mott estaba la creencia de que el lugar donde buscar liderazgo para este despertar eran las universidades. Se necesitaría la energía y el idealismo de que eran capaces los jóvenes. Debían ser ganados, individualmente, a la obediencia más radical a Dios. Los jóvenes estadounidenses, de vuelta de la guerra, estaban ansiosos por estudiar de nuevo en Europa, y especialmente en Gran Bretaña. A medida que un auténtico renacimiento de la vida apareciera en un lugar, creía que se extendería a otros. Yale encendería Cambridge; los hombres de Princeton y Harvard servirían para reavivar la religión en Oxford y Ciudad del Cabo. Desde las grandes universidades, la influencia se extendería a las más nuevas y pequeñas, y después a las comunidades, las iglesias y las profesiones. El resultado final, la regeneración de toda la Iglesia, podría a su vez afectar a los gobiernos.

En su opinión, esto ocurriría a través del ‘evangelismo itinerante’, un movimiento mundial de pequeños grupos de hombres y mujeres de diferentes países, totalmente comprometidos, disciplinados y cuidadosamente formados. Como en los Hechos de los Apóstoles, se desplazarían por todo el mundo, dando nueva vida a los individuos y uniéndolos en comunidades muy unidas. El contagio se transmitiría de grupo en grupo¹⁰.

Los aburridos edificios de ladrillo rojo del Seminario de Hartford podrían parecer un lugar improbable desde el que iniciar tal movimiento, y un hombre solitario de 41 años al menos optimista, si no ingenuo y presuntuoso, al pensar que podría llevarlo a cabo. Sin embargo, como primer paso, concibió la idea de celebrar una conferencia en Hartford, a la que asistirían estudiantes de diferentes universidades de los estados del Este. Mackenzie y Jacobus apoyaron firmemente la

empresa, aunque, como en China, hubo algunos malentendidos sobre el orden del día; malentendidos que esta vez se resolvieron antes de la ocasi¹¹. Se enviaron invitaciones a Yale, Harvard, Williams, Amherst y Cornell, entre otras universidades. Después de la primera conferencia, hubo peticiones para que se repitieran las visitas, y cada vez Buchman llevaba consigo a estudiantes de Hartford o de otras universidades.

Así pues, Buchman salió de Hartford y regresó cada semana para dar sus conferencias. Recibía un salario (3.000 dólares, más 500 para gastos), pero sus recursos para esta labor en rápida expansión eran escasos y seguramente esperaba un apoyo más sustancial. De hecho, el decano Jacobus mencionó con frecuencia la necesidad de obtener apoyo externo. En 1920 se le propuso crear y dirigir un movimiento financiado por John D. Rockefeller y otros, que, en palabras de sus iniciadores, «utilizaría todo el genio de la industria estadounidense para llevar el mensaje de Cristo a los laicos del mundo». Se estaba planificando a gran escala y contaría con grandes recursos.

Sin embargo, recordando lo ocurrido en China, Buchman rechazó esta oferta y, al parecer, otras que, en su opinión, encorsetarían su trabajo en un marco organizativo. Escribió a Sherwood Day sobre su «hambre de alejarse para recibir un mensaje más profundo, más tiempo a solas. Siento mi propia necesidad... Se trata de tener más de Cristo para mí. Siento un gran peligro ante todas estas ofertas para el próximo año. Mi pensamiento de arriba es *'esperar y ver lo que Dios ha preparado'*. Tenemos que poner orden. Y viajar con poco equipaje»¹³. Cuando rechazó una de estas ofertas, se le advirtió que no podía esperar dinero de ellos para su trabajo, o, se insinuó, de fuentes similares. «Mi respuesta», explicó más tarde, «fue: Bueno, me moriré de hambre, porque ese trabajo en particular no es 'del Espíritu'». Cada vez tenía más claro que debía encontrar y seguir un camino independiente.

La campaña inicial de Buchman -desde Hartford- recibió un notable estímulo en la Conferencia de Northfield, en el verano de 1919. Para entonces, se había llevado a su madre a pasar unas muy necesarias vacaciones y había dispuesto que su padre, que había sufrido un derrame cerebral el otoño anterior, fuera atendido en una residencia de ancianos cercana a su propio alojamiento en Hartford.

En Northfield, Buchman tuvo un profundo impacto en la vida de algunos miembros de la delegación de Princeton. El resultado fue que decidieron poner en marcha un programa mucho más vigoroso y sugirieron al presidente de Princeton, John Hibben, que nombrara a Sam Shoemaker, ahora un activo colega de Buchman, secretario de la *Philadelphian Society*, la asociación cristiana de estudiantes de la universidad. Hibben, que también era ministro presbiteriano, se mostró totalmente a favor de la idea. Le habían impresionado mucho los resultados de una visita que Buchman había realizado al campus en 1915. Según le dijo William T. Ellis, escritor y periodista, que nunca había visto a los estudiantes tan interesados en la religión personal.

Ese invierno, y la primavera siguiente, Buchman visitó Princeton casi una vez al mes. En cada ocasión, un flujo constante de estudiantes acudía a hablar con él. «Pasé el domingo pasado - en Princeton- entrevistándome desde las nueve de la mañana hasta la una de la madrugada», informó a Hartford hacia finales de año. «Los chicos insistieron en que volviera este domingo y me llevo a dos chicos de Hartford conmigo»¹⁴. En otra de sus visitas, durmió sólo cinco horas en tres días. Princeton tampoco era inusual. En Yale, realizó entrevistas hasta las tres de la madrugada en tres noches sucesivas en noviembre de 1919.

Un estudiante del Seminario Teológico de Princeton escribió: «Es algo extraordinario que un hombre cuente a otro, en la primera media hora de conocerse personalmente, algo que

había ocultado a cualquier otra persona... Sin embargo, eso es lo que yo hice con señor Buchman, y lo hice con tal franqueza y tranquilidad que no cabía duda de la realidad vital de todo ello»¹⁵.

Los jóvenes que habían comenzado a utilizar el enfoque de Buchman también trabajaban duro en Princeton, incluso cuando él no estaba presente. «Cuánto te agradezco que me hayas enseñado algunas cosas sobre cómo llegar a los hombres», escribió Sam Shoemaker a principios de 1920. «Dos magníficas oportunidades ayer y hoy, y dos milagros en consecuencia»¹⁶.

No todos los jóvenes amigos de Buchman estaban tan seguros de sí mismos. Henry van Dusen, que entonces estudiaba en Princeton, escribió sobre dos personas a las que creía haber fallado, la primera porque «hablaba de dificultades religiosas en lugar de morales» y la segunda porque «parecía incapaz de ayudarlo a liberarse de recuerdos pasados de diversa índole. Creo que no le he ayudado nada y, francamente, no sé cómo hacerlo». «Para sí mismo», añadió, «no se habría perdido los últimos seis meses por todos sus otros veintiún años y medio». Van Dusen también dijo que, tras asistir a una reunión en la que intervinieron estudiantes formados por Buchman, «el decano dijo que era lo más varonil que había visto hacer a un grupo de hombres de Princeton»¹⁷.

Estaba claro que Buchman había asumido riesgos considerables al animar a un grupo de jóvenes inexpertos a enfrentarse a problemas que los más veteranos rara vez habían tenido el valor o la perspicacia de abordar. Pero su trabajo en Princeton pronto tuvo resultados notables. Un número considerable de jóvenes, que no habían pensado en la religión como profesión, tomaron el hábito gracias a su contacto con él. En mayo de 1920, veinte jóvenes de Princeton -que habían entrado en el ministerio ese año- le regalaron a Buchman un par de gemelos de oro y le expresaron su agradecimiento. En

1934 van Dusen, que para entonces se había distanciado de Buchman, escribió que «de los cincuenta ministros más brillantes de la costa atlántica en la actualidad, cerca de la mitad fueron orientados hacia su vocación a través de su influencia en aquella época»¹⁸.

Al mismo tiempo, unos pocos acusaron a Buchman de poner un énfasis anormal y morboso en el sexo y de llevar a cabo una inquisición injustificada en la vida privada de los hombres. Historias de supuestas confesiones sexuales recorrieron el campus y se habló de emocionalismo e incluso de histeria. Robert P. Wilder, un alto directivo de la *Philadelphian Society*, llegó a la conclusión de que quienes se oponían a Buchman lo hacían porque «Frank les pega demasiado»¹⁹. En la primavera de 1920 van Dusen había empezado a pensar que Princeton no apoyaría lo que él llamaba «trabajo apostólico». Buchman no estaba de acuerdo. «Hablan de emoción», escribió a Buchman, «no creo en la emoción porque sí, pero ningún hombre puede tomar la decisión más profunda de su vida sin que tenga después una reacción emocional que le conmueva hasta lo más profundo»²⁰.

Shoemaker fue igualmente categórico sobre la acusación de que había un énfasis indebido en la indulgencia sexual: «De los pecados que arraigan en la carne, cualquier necio sabe que los pecados sexuales suelen insinuarse en primer lugar en la mente de la gente. Son comunes. Los hombres quieren ayuda en el campo donde se libra la batalla y allí debemos ayudarles, si tenemos algo con lo que ayudar. Enfáticamente no creemos que sea el problema básico. El problema básico es siempre el orgullo de tratar de arreglárselas sin Dios».

El 3 de julio de 1920, Buchman embarcó hacia Europa con dos estudiantes de Yale. Se reunieron con algunos de sus amigos de Princeton que estaban en Gran Bretaña en una gira atlética. La hermandad itinerante estaba en marcha. Asistieron a una conferencia evangélica en Inglaterra y viajaron por Europa,

donde les mostraron algo del arte y la arquitectura de cada país, además de conocer a los amigos de Buchman.

En Lucerna los llevó a un hotel para que conocieran a la reina Sofía de Grecia. Ella, con su marido y su hijo, el príncipe Pablo, estaban de visita en tierras suizas con sus parientes alemanes, la familia Hesse: La princesa Margarita, prima de Sofía, y sus dos hijos, Ricardo y Cristóbal. Era la primera vez que Buchman se reunía con los Hesse, pero parece que se ganó rápidamente su confianza. «Para nosotros, jóvenes que veníamos de una Alemania empobrecida por la Primera Guerra Mundial, era un ambiente muy deslumbrante y tentador, y mamá, con su agudo instinto para conocer el valor interior de un hombre, los veía con verdadera desconfianza», escribió el príncipe Ricardo casi cuarenta años después. «Sólo en el caso de Frank era muy distinto. Él se movía en aquella atmósfera sin dejarse contaminar ni influenciar por ella, lo que nos daba una gran confianza en él». Lo que más recordaba era la «risa contagiosa» de Buchman, que «reanimaba a todo el mundo con sólo oírla»²¹. Buchman y sus amigos se convirtieron en veraneantes asiduos de Kronberg, la casa de los Hesse cerca de Frankfurt; tan asiduos que la familia llegó a llamarla 'la temporada Buchman'.

Los dos estudiantes de Yale regresaron a la universidad. Uno de ellos encontró en su equipaje una reproducción de "Juan el Bautista", de Andrea del Sarto, con la siguiente nota: «Juan el Bautista era sencillo en su vida y en su forma de vestir, intrépido en sus palabras e intransigente con la vergüenza y las superficialidades de su época. Fue el precursor de una nueva era. Yale necesita un hombre así, y creo que tú eres uno que va a pagar el precio y tiene el corage»²².

En Roma, Buchman recibió la noticia de que Dan, de apenas 24 años, había muerto dos días antes en París. Aunque Dan sólo había venido a vivir con la familia después de que él se marchara a trabajar a la parroquia, Buchman siempre decía que, junto a su madre y su padre, quería a Dan más que a nadie

en el mundo. Aunque, o debido a que era guapo y encantador, la vida siempre fue difícil para Dan, y Buchman se había sentido constantemente responsable de él. Su correspondencia con Dan era continua, incluso en sus momentos de más trabajo, y a menudo incluía regalos de dinero, así como consejos para que se arreglara los dientes, obedeciera al médico, se pusiera el abrigo y se dedicara de lleno a los estudios. Tras los fracasos de Dan en la escuela Taft y en la escuela técnica, se había alistado en el ejército -en 1917-, donde desarrolló lo que, a su muerte, se descubrió que era una infección tuberculosa.

Tras la desmovilización, un trabajo frustrado y un matrimonio fracasado, escribió a su hermano en abril de 1920: «Me marcho de Estados Unidos para probar suerte en un país extranjero. Estoy enfermo y desanimado... No me di cuenta de que el dinero que me diste el verano pasado representaba tu única reserva personal. Quiero devolvértelo todo y más, así que tengo que irme». Se embarcó como marino mercante hacia Francia e hizo tres travesías. En la última de ellas cayó enfermo y sufrió una neumonía doble en París.

En julio, Buchman escribió una afectuosa carta a Dan en París, sugiriéndole que fuera su secretario en Hartford, quizá con la idea de pasar por fin suficiente tiempo con él para poder ayudarlo a encontrar la fe sobre la que tan a menudo se habían escrito. Se citó con él en casa de Thomas Cook²³, en París. Al recibir la noticia, se apresuró a llegar a París desde Roma y encontró su carta sin recoger en el *poste restante* / correo sin retirar.

Buchman se afligió, pero no se sorprendió. En octubre de 1919 había escrito: «Dan se está muriendo de a pocos. No vivirá mucho». Co-ofició en el funeral en la Iglesia Americana, y Dan fue enterrado en el cementerio de St Germain. La Sra. Buchman escribió desde Allentown, enviando un poema que había encontrado entre los papeles de Dan. Más tarde, Buchman

colocó las dos primeras estrofas en las lápidas de sus padres y eligió la tercera para la suya:

¡Él vive! En todo el pasado,
¡Él vive! Y hasta el final
De volverlo a ver desesperaré
En sueños lo veo ahora
Y en su rostro de ángel
veo escrito: "Allí me encontrarás".

El día del funeral de Dan, llegó un telegrama del príncipe Pablo de Grecia diciendo que, tras sus conversaciones en Lucerna, le gustaría venir a Estados Unidos con Buchman y asistir a la universidad allí. Buchman pospuso su propio regreso para esperarle, sólo para enterarse, algún tiempo después, de que el plan había sido cancelado porque el pueblo griego había votado a favor del retorno de la monarquía. En el intervalo, Buchman fue a Cambridge para cumplir una promesa hecha en China a los obispos Moloney y White de visitar a sus hijos. También encontró allí a varios amigos de Princeton.

El presidente Mackenzie, al enterarse de que iba a Cambridge, había recomendado a Buchman a su antiguo discípulo, el profesor John Oman, profesor de la Universidad en el seminario presbiteriano de *Westminster College*. Allí Buchman fue recibido como parte de la *Senior Common Room* / Salón Común de Reuniones. Asistía a las conferencias de Oman, pero su principal interés eran los universitarios que conocía. «A menudo tomaba tres desayunos», contó más tarde a sus amigos, «uno con los trabajadores, otro con los no trabajadores y luego con los príncipes indios». No tardó en escribir a sus amigos de Princeton que «sería desastroso marcharme en este momento»²⁴ y al decano Jacobus explicándole que debía quedarse, o «si mi permanencia le resulta embarazosa, rompería mi relación con Hartford, si eso es una forma de salir de la dificultad»²⁵.

El presidente Mackenzie, visiblemente molesto por esta ausencia adicional y con razón, respondió que no quería que se rompiera la relación, pero que si Buchman presentaba su dimisión se vería obligado a recomendarla²⁶. Sin embargo, la situación se arregló una vez más.

Buchman, de hecho, no regresó hasta justo antes de Navidad, para la que sus padres se reunieron con él en Hartford. Fue su última Navidad juntos. Su padre murió en el asilo de Hartford el 7 de marzo de 1921. El telegrama del médico le llegó a la Sra. Buchman demasiado tarde para que pudiera salir de Allentown a verlo. Buchman, que había sido llamado desde Boston, le telegrafió: «La vuelta a casa de mi padre fue tranquila. Maravilloso cruzar el bar. Te sintió presente... Llegué a tiempo para que me viera y murió sosteniendo mi mano. Tu carta fue oportuna. Amor, afecto. Debemos ser valientes. Frank»²⁷.

Escribió a un amigo: «No sabía que la muerte pudiera ser tan maravillosa. Fue un final glorioso y pasé las últimas dos horas y media con él. Estaba tan feliz de tenerme cerca»²⁸. Y cuando, muchos años después, un estudiante australiano le preguntó por qué creía en la vida después de la muerte, Buchman respondió: «Porque vi morir a mi padre».

Mientras tanto, en enero de 1921, Buchman había invitado a tres estudiantes evangélicos de Cambridge - Godfrey Buxton y los hermanos Godfrey y Murray Webb-Peploe- a acompañarle a Estados Unidos. Godfrey Webb-Peploe no pudo ir por una herida de guerra, pero los otros pasaron lo que su hermano, estudiante de medicina, describe como «tres meses fascinantes... en las universidades del Este, principalmente Harvard, Yale y Princeton, compartiendo las buenas nuevas de Jesucristo y nuestras experiencias de la presencia de Dios con nosotros en la guerra». Esas semanas, añade, «sirvieron para convencernos de los tres hechos fundamentales y prácticos que conciernen a la guía de Dios: que Dios guía; que donde

guía, también provee; y que trabaja en el otro extremo, confirmando y preparando el camino»²⁹.

Desde Estados Unidos escribió a la prometida de Buxton: «He aprendido más en los últimos diez días que en toda mi vida sobre este juego ... Este trabajo me ha convencido más que nunca de la asombrosa verdad de la Biblia, cada parte de ella, y de la creencia de uno en lo que enseña, pero he estado viendo, creo, que he estado permitiendo que mis doctrinas cristianas sean una barrera entre el hombre -que necesita un Salvador y un cirujano- y yo. He estado bajando a donde viven los hombres, y compartiendo con ellos el lío en el que me he metido y las tentaciones que vienen cada día. ... Al compartir con ellos, se obtienen 'cortes transversales' de la vida de los hombres... como nunca antes. Los hombres parecen abrirse de inmediato y uno puede hacerles preguntas sencillas y a ellos les gusta cuando se dan cuenta de que ambos somos simples pecadores.... Si uno puede generalizar, aunque siempre es peligroso hacerlo, nosotros en Inglaterra -que somos evangélicos- estamos recibiendo nuestro aire y alimento - oración y la Biblia- pero nos falta práctica; ir realmente al lugar donde viven los hombres y diagnosticar el problema de un hombre - 'conocer su historia' - como decimos en medicina³⁰.

Buxton recordó más tarde: «Buchman tenía un don asombroso para el trabajo personal, para llevar a las personas a Cristo. Ciertamente, basaba lo que decía en la Biblia, pero rara vez hablaba directamente de ella o la sostenía, pues decía que podría alejar a la gente del mundo. Sin embargo, no creo que utilizara la Biblia de forma tan realista como Murray y yo habíamos aprendido a hacerlo. Tendía a especializarse en la conversión de los influyentes y los ricos, los 'adinerados', como él los llamaba. Consideraba que era más difícil llegar a ellos que a los marginados, porque tenían menos sentido de la necesidad»³¹.

A su regreso a Cambridge, la pareja sufrió una especie de ducha fría por parte de algunos de sus amigos evangélicos, pero Murray, en particular, se aferró a lo que había aprendido y ayudó a Buchman en Oxford a finales de año.

En mayo, Buchman visitó Cambridge. En la primera noche acudieron a verle cincuenta personas. Empezó a tener la sensación de que Dios le llamaba a una tarea más amplia. Una noche de luna, mientras bajaba en bicicleta por Petty Cury, un pensamiento repentino le asaltó: 'Serás utilizado para rehacer el mundo'. Este pensamiento le asombró tanto que, como solía recordar, casi se cayó de la bicicleta. Le pareció tan absurdo que se resistía a reconocerlo*. En contra de su costumbre, no lo escribió y no se lo contó a nadie durante varios días. Pero el pensamiento se repetía una y otra vez. «Me preguntaba entonces, y me sigo preguntando, por qué Dios escogería a un enano como yo, me lanzaría al mundo y me diría que hiciera lo imposible», dijo al relatar la experiencia años más tarde.

A partir de entonces, este sentido de misión específica acompañó siempre a Buchman. Su propia imposibilidad le impidió considerarla una cruzada personal con él mismo como líder heroico; su tamaño le dio el valor para proclamar su propósito a tiempo y a destiempo, y para intentar reclutar a todas las personas, probables e improbables, que quisieran asumirlo con él. Esto le hizo a veces desconcertante e incluso poco atractivo para la gente que no discernía sus motivos subyacentes. También le dio un ímpetu inagotable que hizo de él lo que sólo puede describirse como una personalidad revolucionaria, con todo el efecto de incomodidad creativa que ello implica.

* Sin embargo, no era un concepto totalmente inusual en aquella época. La tarjeta de campaña que el evangelista Billy Sunday pidió que firmaran los conversos en 1915 decía: «Con la ayuda de Dios, me dedico a la tarea de reconstruir el mundo según las ideas cristianas». Buchman había trabajado en alguna ocasión con Sunday.

De Cambridge pasó a Oxford, aprovechando un hueco en el equipo de tenis del Westminster College para visitar a algunos de los graduados de Princeton que habían ido allí como Rhodes Scholars. Uno de ellos, un sureño llamado Alex Barton, estaba en Christ Church y, a través de Barton, Buchman conoció a Loudon Hamilton, un guapo y gracioso escocés que había luchado en el Somme y en Passchendaele y que ahora leía filosofía y jugaba al rugby de forma intermitente para la universidad.

Sin saber cómo agasajarlo, Hamilton invitó a Buchman a sus habitaciones esa noche para una reunión de una sociedad universitaria conocida familiarmente como el '*Beef and Beer Club*' / Club de la Carne y la Cerveza. El noventa por ciento de los asistentes, según Hamilton, eran ex oficiales, veteranos de veintiuno o veintidós años -con filas de medallas de las que nunca habrían soñado hablar-. Algunos, como Hamilton y su compañero de habitación "Sandy", habían sido heridos en la guerra; otros estaban profundamente amargados por sus experiencias. Un futuro Canciller de Hacienda, junto con los futuros jueces del Tribunal Supremo e hijos de terratenientes. Era una 'tajada' de la clase dirigente en ciernes.

Buchman parecía irremediablemente fuera de lugar. «Parecía más bien un próspero hombre de negocios» -dijo Hamilton-, «poco corpulento, con traje oscuro y gafas sin montura, y llevaba esos elegantes zapatos americanos de piel de cabra blanca y cuero marrón».

La discusión -típica de Oxford sobre cómo arreglar el mundo- se prolongó hasta pasadas las once y el visitante seguía sin decir nada. El presidente le preguntó si quería decir algo. «Buchman», recordó Hamilton, «ignoró las opiniones violentamente contradictorias que se habían expresado y señaló que "cualquier cambio real en el mundo tenía que empezar por un cambio en las personas". No utilizó palabras como 'conversión', pero habló de Dios y nos habló de jóvenes

muy parecidos a nosotros que habían cambiado. Todo el mundo sabía exactamente de qué estaba hablando. Se hizo una especie de silencio. La gente se sacó la pipa de la boca. Todo el mundo estaba muy incómodo. Todo el asunto nos molestó mucho porque nos gustaban las cosas académicas e impersonales, y él había tenido el valor de hacerlo muy personal». Buchman había ofendido uno de los cánones más importantes del buen gusto británico contemporáneo: había planteado el tema de la religión en una ocasión no prevista.

«Hubo un silencio terrible», recuerda Hamilton, «pero entonces el reloj dio la medianoche y eso salvó el día. La mayoría de la gente se marchó a toda prisa, pero para mi horror y asombro, mi compañero de habitación, que era ateo, sugirió que invitáramos a Buchman a desayunar a la mañana siguiente».

Hamilton pidió una comida gigantesca -cereales, pescado, huevos y beicon, tostadas y mermelada, fresas y nata- con la idea de mantener a Buchman lo más callado posible. «Hablamos del tiempo, de Henley, del partido del Varsity -dijo Hamilton- y pensé: “Seguro que pronto empieza a disparar”. Entonces contó la historia de una directora china de estatus de viuda que se había quejado de que una de sus chicas estaba robando dinero. Buchman preguntó a la directora: “¿Cuándo fue la última vez que robaste?” Y cuando ella respondió: “Cuando tenía trece años”, Buchman le preguntó por qué no se lo había dicho a la niña».

«De repente», continuó Hamilton, «Sandy dijo: “No siempre he sido honesto con el dinero”, y había una sencillez y una honestidad en su voz que yo nunca había oído antes. Buchman se limitó a asentir. No hizo ninguna pregunta personal directa, pero de repente me acordé de que había ido al baile conmemorativo del *New College* sin pagar la entrada. No dije nada, pero me pasé el resto del desayuno pensando a quién podría pedirle prestado el dinero si decidía devolverlo».

Para entonces, Buchman había empezado a sentirse como en casa en Inglaterra. Escribió en el papel del Christ Church Boat Club: «*Queridísima Mater*, Dios es muy bueno, tan bueno. Es maravilloso, ¡maravilloso! Aquí tengo muchos viejos y nuevos amigos y uno se encuentra a cada paso con personas agradecidas cuyas vidas han cambiado»³².

Hamilton, en cualquier caso, estaba lo suficientemente interesado como para querer conocer mejor a Buchman. En agosto asistió a una *House-party** / 'fiesta en casa' en *Trinity Hall*, Cambridge, organizada por Robert Collis, un joven irlandés internacional de rugby a quien Buchman había ayudado con sus problemas personales.

La 'fiesta en casa', que se convirtió en un rasgo característico de la obra de Buchman, era una forma de reunir a una serie de personas durante varios días en un ambiente amistoso y relajado en el que pudieran tomar decisiones fundamentales para sus vidas. Tenía mucho del sabor de la fiesta social contemporánea, y también el mismo propósito esencial que un retiro religioso: la principal diferencia radicaba en el tipo de personas a las que Buchman invitaba. Muchos, como descubrió Hamilton, eran 'paganos empedernidos' como él.

«Había», según Robert Collis, «veteranos *Rugbeian Blues*, remeros de Eton, presidentes de los *Oxford Union*, sobresalientes de los *Greats*** , oficiales de la marina, estadounidenses, un coronel británico, indios, chinos, un famoso abogado americano y un conocido diputado inglés. Los dos últimos llegaron bastante borrachos, pero enseguida se les pasó la borrachera»³³.

De hecho, Buchman había traído él mismo al abogado y al diputado desde Londres, en un Rolls alquilado por el diputado.

* Reuniones de estudiantes y personalidades del mundo universitario donde se hablaba de los problemas del mundo.

** El título tradicional de Oxford de Filosofía e Historia Antigua.

El abogado, que se encontraba en muy mal estado, no paraba de quejarse de que el coche crujía, a lo que Buchman replicó secamente que había un crujido, pero no en el coche.

Esta *House-party*, que duró cinco días, comenzó con Buchman pidiendo a todos que dijeran quiénes eran y por qué habían venido. Hamilton dijo con franqueza que se le había perdido algo en la vida y que sabía que no llegaría a ninguna parte hasta que lo recuperara. Pronto, recordó, el ambiente se había relajado tanto que «hablabas con gente a la que ni siquiera te habían presentado».

Collis escribió: «Buchman no sólo consiguió armonizar esta reunión, sino que al final la amistad genuina sustituyó a la tensión de los primeros encuentros... Cada uno llevaba su máscara. Cada uno había venido con su máscara ... Al final de la 'house party', las máscaras habían desaparecido de los rostros de todos... Calificar la fiesta de éxito sería subestimar los hechos. Fue una *tour de force*»³⁴.

El tema, según Hamilton, era qué cambios se producirían en la vida de las personas si decidieran entregarse a Dios. Cada día, después del desayuno, uno o dos amigos de Buchman -como Charles Haines, un remero de Princeton- contaban sus experiencias, y el mismo Buchman hablaba de vez en cuando. Hamilton lo recordaba contando la historia de Bill Pickle: «Cuarenta minutos que parecían diez».

«Era todo tan real» -dijo- «y estaba relacionado con el mundo que yo entendía. Sentí una gran confianza en Frank. No tenía magnetismo personal, y era un hombre prudente en muchos aspectos, todo lo contrario del tipo de evangélico fanfarrón. Lo que me atraía era la realidad y la convicción con que hablaba y hacía hablar a los demás, y la relación entre las personas que le rodeaban. Se llamaban por su nombre de pila, lo que

* Una actuación o logro impresionante que se ha conseguido o gestionado con gran habilidad.

despertaba recelos en nuestros círculos, pero no había ninguna manifestación de fingimiento. Antes, la religión me había parecido un asunto bastante sombrío, pero esto era diferente». El domingo, Hamilton decidió dejar de ‘tambalearse en el trampolín’ y entregar su vida a Dios ‘pase lo que pase’.

Cuando Buchman se embarcó hacia los Estados Unidos -en noviembre de 1921-, ya tenía claro que tendría que separarse de Hartford. Afrontó la decisión con la inquietud natural en un hombre de más de cuarenta años que carecía de otros medios de subsistencia. Finalmente se manifestó claramente una noche que viajaba a Washington para reunirse con los delegados de la Conferencia de Desarme en curso*: «Renuncia, renuncia, renuncia», parecía decir el ritmo de las ruedas del tren, y él anotó: «Renuncia por principios. No te preocupes por las finanzas. Debes realizar un experimento no probado. Sal solo».

El 25 de enero de 1922 preguntó a Mackenzie si podía dar más períodos de instrucción práctica para equilibrar el peso de la enseñanza teológica académica en el plan de estudios. Mackenzie se negó, diciendo que había otros cursos que eran “vitales” para la conducta personal y la vida interior y que otros profesores estaban tan preocupados por ese aspecto del trabajo como Buchman. Cuando más tarde se difundió el rumor de que se había pedido a Buchman que dimitiera, Mackenzie comentó: «Al contrario, hice todo lo que estuvo en mi mano para convencer a Frank de que se quedara»³⁵. El 1 de febrero, Buchman envió su carta formal de renuncia, agradeciendo a Mackenzie y Jacobus sus «muchas cortesías y amabilidades, conocidas y desconocidas, hacia mí». Al mismo tiempo, escribió a su madre: «No te preocupes por nada. La preocupación mató al gato y yo tengo una paz que sobrepasa todo entendimiento... Lo mejor está por venir».

* 20 de diciembre de 1921. El coronel David Forster, que formaba parte de la delegación británica, había invitado a los delegados de la conferencia a reunirse con Buchman; acudieron treinta.

Nunca más volvió a ocupar un puesto remunerado.

«DINERO Y FUERZA DE TRABAJO»

No era una perspectiva prometedora. Buchman no tenía ingresos regulares, salvo un pago mensual de 50 dólares de un seguro familiar, ni una base desde dónde trabajar. Había cientos de personas repartidas por los Estados Unidos, Gran Bretaña y el Lejano Oriente a las que había llevado una experiencia básica de Cristo. Había demostrado, en miniatura, que su idea del contagio a través de equipos itinerantes funcionaba. Pero los únicos grupos cohesionados que se habían desarrollado eran los de Princeton y, en muy pequeña medida, los de Oxford. Sus mayores necesidades, si quería que su visión se hiciera realidad, eran que el énfasis de su trabajo se trasladara al equipo o a los Grupos de muchos países, y que algunos se convirtieran en sus compañeros a tiempo completo. Por el momento, Sherwood Day era el único. Él era un hombre de singular encanto, sólo unos años más joven que Buchman, le complementaba en muchos aspectos: por ejemplo, cuando Buchman tenía pensamientos creativos. Day podía a menudo revestirlos de un lenguaje convincente. Pero estaba claro que ahora se necesitaban muchos más compañeros.

Algunos de los que había ayudado en los Estados Unidos, al enterarse de que había renunciado a Hartford, dijeron que recaudarían 3.000 dólares al año para apoyarle, pero los resultados fueron escasos: 1.000 dólares recaudados en los primeros quince meses. En el otoño de 1922, tal vez en un intento de asegurarse una base más amplia, así como de definir sus objetivos, Buchman y algunos amigos formaron lo que llamaron "Fraternidad Cristiana del Primer Siglo". «Es», declaraba Buchman en una nota a un seguidor, «una voz de protesta contra el trabajo cristiano organizado, comitologizado y sin vida» y «un intento de volver a las creencias y métodos de los apóstoles»¹.

La “Fraternidad Cristiana del Primer Siglo” nunca fue mucho más que un nombre, ya que estaba compuesta principalmente por simpatizantes y no por personas con un compromiso igual al de Buchman. En pocos años se desvaneció. El resultado fue que, en ese periodo, Buchman tuvo que depender en gran medida de las donaciones de unas pocas mujeres adineradas de Nueva York, entre las que se encontraba la Sra. C. Richard Tjader, viuda de un hombre de negocios sueco-americano, era la más generosa.

Margaret Tjader había sido misionera en la India cuando era joven, y había decidido utilizar una considerable herencia para apoyar el trabajo cristiano en diversas partes del mundo. En 1901 fundó la Misión de la Unión Internacional, que en 1922 tenía su sede en una antigua casa de los Rockefeller en la calle 53 Oeste. Allí cedió a Buchman una amplia habitación que le servía de despacho y, cuando estaba en Nueva York, de dormitorio. Su interés por Buchman se debía a la ayuda que éste había prestado a su hijo, y sus contactos con él comenzaron en enero de 1923. Otras personas que le ayudaron económicamente en esa época fueron la Sra. Finlay Shepard y la Sra. William Woolverton, cuyo marido fue uno de los dos hombres que instalaron el primer teléfono en Nueva York. Buchman probablemente la había conocido en Northfield, ya que tenía la costumbre de hacer fiestas allí. Ella y su marido sabían lo que ocurría en *Penn State* y les había llamado especialmente la atención el cambio de Bill Pickle.

Buchman no era menos franco con los benefactores que con cualquier otra persona. «Dejamos a nuestro amigo por una rendija de la puerta», escribió a Shoemaker en 1923 sobre una visita a uno de ellos. «Me preguntó qué creía yo que él necesitaba más y le dije que ‘la conversión’. Me dijo: “Tienes razón”. Es una gran sensación sentir que no vas detrás de los cheques de la gente, sino que puedes comprobar que viven al máximo. A la gente no le gusta esto, pero si no te reciben en un lugar, sigue el plan de Pablo y deja que el polvo de tus pies les ciegue»².

Las cantidades de dinero entregadas a Buchman por sus patrocinadores en aquellos primeros días de vida

independiente no pueden haber sido grandes. Mientras que, desde sus primeros viajes, Buchman y su familia habían viajado en primera clase en las travesías transatlánticas, en junio de 1923 viajó por primera vez en segunda clase «debido a la aventura de la Fe que me obligó a ampliar el trabajo» - estaba llevando a siete estudiantes a Europa-. Esta carta iba dirigida a un amigo banquero que pagaba el pasaje de dos de los estudiantes, y de ellos escribió: «Si yo fuera usted, les dejaría ir en primera clase... porque estos hombres van a ser los futuros líderes de su propio país, y usted quiere que conozcan a los hombres y mujeres que son líderes en la vida estadounidense»³.

Los extractos bancarios de Buchman de 1923 (por entonces unos 10 extractos) muestran que nunca tuvo más de 550 dólares en su cuenta, que a menudo se redujo a 50 dólares y una vez a 7,23 dólares. Su saldo medio era de unos 100 dólares, y los ingresos que figuraban en su declaración de la renta del año eran de 2.010 dólares. Sin embargo, las contribuciones de la Sra. Finlay Shepard provocaron la protesta de Shoemaker. Escribió a Buchman: «Tienes muy poco sentimiento de justicia social. Dices que crees que se necesita una reforma, pero lo ves todo en términos de pecado personal. No creo que la anomalía de que tus amigos ricos sean ricos te llame mucho la atención. Hungry Coxe piensa que eres un esnob temeroso... Voy a escribirle que nunca te ha visto con Mary, Hannah y George... Pero, Frank, codearse demasiado con las clases favorecidas de la sociedad es peligroso»⁴.

Estas críticas se repetirían a lo largo de toda la vida de Buchman. Desde sus días con los 'desfavorecidos' en Overbrook, su opinión se había convertido en que cualquier cambio social o económico realmente efectivo tenía que surgir de una transformación profunda en las personas de cualquier clase: el viejo principio de la evangelización personal, le dijo a Shoemaker, «se ocupa del aspecto social cuando se piensa a fondo y se aplica con sinceridad»⁵. Sin esa transformación, pensaba, cualquier cambio social o económico probablemente sería superficial. Un acontecimiento como la Revolución Rusa, por ejemplo, sólo podría sustituir una forma de opresión por otra. A lo largo de su vida, cualquiera que fuera la norma

contemporánea, fue más severo en sus desafíos a los privilegiados que a los desfavorecidos*.

Está claro que, sintiéndose encargado de intentar cambiar el mundo, Buchman consideraba que su deber era intentar cambiar a aquellas personas cuya transformación afectaría más rápidamente a la sociedad en general. Creía que eso tendría un impacto más radical y duradero que cualquier revolución de tipo puramente político. «Frank», dice Eustace Wade**, que lo conoció en 1921 cuando era estudiante en Cambridge, «sentía que el liderazgo debía venir de arriba. Veía una clase dirigente moribunda reactivada por un poder espiritual interior». El Dr. Mahlon Hellerich, durante muchos años archivista de la *Lehigh Valley Historical Society*, considera muy notable que un holandés de Pensilvania emprendiera semejante misión. Fueron educados para ser deferentes con las personas poderosas, pero aquí había alguien que intentaba cambiarlas.

Esto significaba que Buchman se preocupaba de ir a los lugares donde se encontraría con tales personas, y también que utilizaba su cambio o apoyo - si ellos mismos lo habían manifestado públicamente - para interesar a otros. Así que mencionaba nombres, pero no rompía la confidencialidad de que la gente, de cualquier eminencia, confiaba en él, y si se le preguntaba si tal o cual persona estaba asociada con su trabajo, respondía: «¿Por qué no se lo preguntas a ellos?».

No deseaba llegar sólo a los estratos más altos de la sociedad: «Quiero hacerlo llegar [el mensaje] a las masas hambrientas pero ignorantes...», escribió a Shoemaker en 1920. «El hambre de Dios está en todos los pechos humanos. Es para todos»⁶. «Buscamos a los reyes y también a los pobres y necesitados», dijo más tarde a otro amigo. «Conozco a algunos reyes pobres y necesitados».

Sus amistades, a partir de 1909, con tantas ramas de las entrelazadas familias reales de Europa, habían surgido del encuentro con la princesa Sofía de Grecia en 1908. Sin duda, al

* En una de sus primeras en Suiza, en la que un público acomodado cantó el himno de Lutero “Nuestro Dios sigue siendo un baluarte seguro”, su comentario inmediato fue: «Me pregunto cuántos de ustedes creen que su baluarte seguro es su cuenta bancaria».

** Posteriormente fue capellán del *Downing College* de Cambridge y padre de la campeona de tenis de Wimbledon, Virginia Wade.

principio se sintió sorprendido, y no poco emocionado, por el modo en que un acto de bondad no calculado con dos ancianos estadounidenses le había llevado a entablar relaciones tan íntimas con la familia real griega y por el hecho de que ésta le hubiera transmitido a sus parientes de toda Europa. Sentía que sólo Dios podía haber organizado semejante secuencia de acontecimientos para un 'chico de pueblo', y por eso se tomaba la responsabilidad muy en serio. Tal vez porque procedía de una época en la que una 'petición' real era una orden, estaba dispuesto a cambiar sus planes para responder a las urgentes llamadas de estos círculos. Además, era consciente de que cualquier cambio de mentalidad en esas personas, aún entonces en el poder en sus países, podría tener especial importancia para el mundo, y nunca ocultó que ese cambio era su objetivo. Sin embargo, la pérdida de poder que afectó a tantas personas no alteró en absoluto su atención ni el trato que les dispensaba.

Tal vez la declaración más clara de Buchman sobre su posición en estos asuntos fue expresada en 1928 en una carta a Alexander Smith, entonces secretario ejecutivo de la Universidad de Princeton y más tarde senador de los EE.UU. por Nueva Jersey, quien había pasado una carta que contenía una crítica de su asociación con los eminentes: «El punto es este: ¿estamos buscando a la gente por cualquier posición social que nos pueda dar, o es el cambio de sus vidas nuestra dirección? Si fuera lo primero yo diría que la crítica estaba justificada.... Creo que existe el peligro de que cierto tipo de estadounidenses tengan una idea tan falsa de la democracia que consideren una forma de esnobismo mencionarlos. Ellos forman parte de la maquinaria de la vida europea, y tienen alma al igual que las clases medias y bajas, y hay muy pocas personas que corran el riesgo del abuso que uno naturalmente encuentra al cambiarlos. ... Lo mismo ocurre en los Estados Unidos. Hay ciertas personas cuyos nombres figuran en los comités. Nosotros hemos evitado escrupulosamente todo ese clientelismo. ... Mi objetivo es cambiar a los líderes y crear un liderazgo que cambie las condiciones actuales»⁷.

La correspondencia de Buchman muestra también que a lo largo de su vida mantuvo un contacto igualmente estrecho con los 'no privilegiados'. En los años veinte, estos contactos solían

limitarse a dos grupos: sus muchos viejos amigos de Pensilvania, como Bill Pickle y Mary Hemphill, y el personal de los hoteles o casas en los que se había alojado, cuyas listas completas aparecen en sus libretas de direcciones revisadas hasta el día de su muerte. No fue hasta la notable expansión de su trabajo en Gran Bretaña y otros lugares en la década de 1930 cuando entabló profundas amistades con muchos trabajadores industriales y desempleados.

De vuelta en Oxford, en marzo de 1922, el inspector jefe, R. H. Dundas, le dio dos habitaciones en *Christ Church*: «He aquí un hombre que podría agitar Oxford. Cómo, no sé cómo explicarlo», decía un relato contemporáneo de su estadía allí. «Se sentó durante dos semanas en una habitación y, al final, el College estaba dividido en pro y anti-FB. Poco después de su llegada, se dirigió a una reunión en la universidad a la que acudió una parte influyente de los estudiantes con un plan concertado para una 'suerte de periódico'. Pero algunos consideraron que sus ocurrencias estaban fuera de lugar y el intento cayó en saco roto. La ocasión fue probablemente un debate del Club 19 sobre «Esta Cámara considera que el hombre es su peor enemigo». En una nota garabateada Frank Buchman escribió: «No cuestioné sus creencias. Les hablé del poder del Espíritu Santo».

Cuando Loudon Hamilton invitó a algunos amigos a sus habitaciones para que le explicaran por qué pasaba tanto menos tiempo en el bar del Hotel Mitre, se presentaron cuarenta y cuatro y tuvieron que trasladarse a la Sala Común Junior. Un alegre universitario llegó tarde, se sentó al piano y golpeó fuertemente las teclas cada vez que oía algo que no le gustaba. A las diez menos cinco, él y tres amigos anunciaron que iban a emborracharse, y así lo hicieron.

En una visita posterior, Buchman se alojó en *University College*. Una noche, al acostarse, Buchman pensó que el pianista y un amigo iban a verle. Se levantó justo a tiempo para recibirlos. Querían demostrarle, con lecturas de La República, que Platón era superior a la Biblia. A la mañana siguiente, temprano, Buchman escribió algunas notas para una carta al pianista: «He encontrado mi norte en la Biblia, no en Platón. Siempre que me alejo de Cristo o de Pablo, me equivoco. El mobiliario del alma

de un hombre puede cambiar en un instante. Tu problema no es la razón. Es moral. La fe trasciende la razón, pero no es irrazonable. Cambiarás tus conclusiones una vez que esto se haya apoderado de ti. Necesitamos disciplina para el liderazgo. El atleta se niega a sí mismo con gusto. ¿Por qué no para toda la vida?».

Buchman reconoció una cualidad de liderazgo en el pianista, un hombre brillante pero caprichoso, y, aunque rechazado por no ser un platonista, mantuvo un contacto intermitente con él. Una vez le despidió en los Estados Unidos con una nota que terminaba: «Tuyo por la conquista de una heredera», y más tarde cenó con él en Nueva York, subrayando de nuevo su responsabilidad de liderazgo en Gran Bretaña.

En otra ocasión en los Estados Unidos, el joven respondió a una invitación a comer con una carta insultante. Buchman preguntó a Hamilton qué le parecía. Hamilton dijo indignado que el joven necesitaba «una buena patada en el trasero».

«No, no», respondió Buchman, «es un grito de auxilio».

En el barco de vuelta a Inglaterra, el joven se disfrazó de camarero para atraer la atención de una estadounidense especialmente guapa. En Londres, Buchman le pidió que llevara a la joven a comer.

«Siento no haber podido invitar a la dama», respondió. «Uno, si ella hubiese estado en Londres. Dos, si un celoso y viejo marido me lo hubiera permitido. Tres, si ella y yo estuviéramos de acuerdo, estaría encantado de hacerlo.

No, mi querido Frank, no hay nuevas fuerzas en acción. Nunca me libero de una fuerza muy antigua, aunque no sin lamentar las esperanzas perdidas. Te desapruero, pero te tengo en gran estima».

Esta parece haber sido la última carta que el hombre escribió a Buchman. La amistad no había sido lo suficientemente fuerte como para sobrevivir a las presiones que él mencionaba. Buchman se entristeció al saber que, tras una breve pero brillante carrera, había muerto siendo aún joven.

Buchman pasó el verano de 1922 viajando por Inglaterra y Europa. Acompañó a Hamilton a Eton para las celebraciones del 4 de junio* - «un acto muy interesante», le dijo a su madre, «en el que se lleva sombrero de copa, abrigo y polainas blancas, y los jóvenes de Eton disfrutaban vistiendo ropa muy pomposa»⁸. En julio organizó una ‘house-party’ en casa de un banquero en Putney Heath. Ese mismo mes asistió a la Convención de Keswick, donde se reunió con amigos como el coronel David Forster, de la Unión Cristiana de Oficiales. Fue allí donde Buchman volvió a encontrarse con Eustace Wade. Al cabo de un par de días, Wade estaba harto de la solemnidad de la convención y se dirigía a la estación de tren cuando se encontró con Buchman. Buchman le dijo que Dios le había orientado claramente para que se encontraran. Hablaron mientras tomaban el té en el jardín del hotel Keswick y a Wade le interesó lo suficiente como para quedarse otros dos días: «Él expresaba para mi joven espíritu algo que yo no veía en la monótona vida eclesiástica», recordaba Wade en 1977. «Lo que él hacía parecía una verdadera aventura, eso fue lo que me atrajo».

Otros en Keswick, como Julian Thornton-Duesbery (más tarde rector del *St. Peter's College* de Oxford), no querían saber nada de Buchman en aquella época: «Un amigo mío de Oxford me había contado historias horribles sobre él», dice Thornton-Duesbery, «algo sobre confesiones impuras de problemas sexuales, así que tuve mucho cuidado de evitarle». Más tarde conoció a Buchman, comprobó que esas historias no eran ciertas y trabajó con él el resto de su vida.

Mientras tanto, la oposición a Buchman en Princeton había ido ganando fuerza y sus visitas al campus se estaban convirtiendo en motivo de controversia. En diciembre de 1921, Charles Haines, que ahora era secretario adjunto de la *Philadelphian Society*, escribió que el ‘gabinete’ estudiantil de la Sociedad** había estado debatiendo si debían invitarle a Princeton. Algunos, dijo Haines, pensaban que debía venir y mantener conversaciones personales con los estudiantes, pero que la visita no debía anunciarse demasiado abiertamente ‘debido al sentimiento general en el campus’⁹. Otros argumentaron que

* Celebración anual en la escuela del cumpleaños del rey Jorge III.

** El ‘Gabinete’ era un Grupo de 18 personas elegidas por el alumnado de la Sociedad.

esto era demasiado parecido a trabajar de incógnito. La conclusión a la que llegaron fue invitarle -si estaba dispuesto a venir- a una gran reunión abierta.

Lejos de inclinarse a agachar la cabeza y evitar la controversia, Buchman animaba constantemente a sus seguidores de Princeton a no diluir su mensaje ni a tomarse demasiado en serio a sí mismos. En respuesta a una sombría carta de Haines en enero de 1922, escribió: «He recibido tu parte de ateísmo resentido esta mañana y me hizo reír en mis adentros; todavía me estoy riendo, Chas, y eso es lo que necesitas pedirle a alguien que te haga con bastante frecuencia. Ríete, ríete, ríete».

Buchman continúa sugiriendo el nombre de otro orador al que podrían invitar a Princeton, un hombre con ‘buen humor y todo lo demás’, justo lo que necesitaban los estudiantes universitarios. «Sin lugar a dudas, necesitan una bomba debajo de esa multitud», declaró. «Tiene que colocar mucha dinamita por todas partes si van a enviarlos a casa convencidos, convertidos y cristianos constantes»¹⁰.

En mayo de ese mismo año, sin embargo, Shoemaker escribía a Buchman en Gran Bretaña para decirle que había ido a ver al presidente Hibben y que éste «temía que se hiciera demasiado énfasis en el pecado, especialmente del tipo por el que se nos critica». También le había pedido -‘de tal manera que por haberle sido imposible declinar’- que Shoemaker sugiriera a Buchman que no viniera a Princeton durante un tiempo, «hasta que se hubieran aclarado algunos de los malentendidos»¹¹. Hibben, que se había convertido en presidente en 1912 con el mandato de restaurar la paz en un campus profundamente dividido por el plan de reorganización de Woodrow Wilson, tenía la aversión natural de un administrador hacia la controversia.

Ni Shoemaker ni Buchman parecen haber considerado la prohibición de Hibben como algo temporal. En noviembre de 1922, Buchman volvió a hablar en el campus y se entrevistó después con no menos de cuarenta estudiantes, sin que ninguna de las entrevistas pareciera haber suscitado protesta alguna por parte del presidente de Princeton. En abril de 1923, Shoemaker escribió a Buchman que los Hibbens estaban

«progresando espléndidamente»¹²; y, en octubre, Buchman realizó otra visita al campus con gran éxito.

Esta visita incitó a los oponentes de Buchman a actuar enérgicamente. Lo que parece haber ocurrido es que varios estudiantes universitarios empezaron a ir, a menudo en parejas, a ver a Hibben cada cuatro o cinco días para quejarse de los métodos de Buchman. En concreto, le acusaban de hacer a los estudiantes preguntas muy personales que nadie tenía derecho a formular. Esta campaña estaba dirigida por un pequeño grupo de estudiantes universitarios que habían jurado prohibir la entrada de Buchman y su trabajo en el campus¹³. Su líder, Neilson Abeel, dijo a uno de los partidarios de Buchman que, si no hacía otra cosa en la vida, destrozaría lo que Buchman estaba haciendo. Los partidarios de Buchman creían que algunos de sus oponentes más activos eran homosexuales practicantes que consideraban que el mensaje de Buchman suponía una amenaza para su estilo de vida.

La situación preocupaba cada vez más a Hibben. En diciembre de 1923, en un intento de aclarar las cosas, convocó una conferencia en su propia casa. A ella invitó a varios de sus asesores de confianza, al médico del campus Donald Sinclair, a algunos de los estudiantes que habían criticado a Buchman, a Shoemaker y al propio Buchman. Según Shoemaker, Buchman fue invitado sobre la base de que su trabajo no iba a ser investigado, pero que las autoridades universitarias querían saber más de los hechos. Abeel se presentó con un frasco de sales aromáticas que se llevaba periódicamente a la nariz, y él y sus amigos expusieron sus argumentos contra Buchman.

«La reunión», escribió Shoemaker a uno de los críticos de Buchman más tarde, «puso de manifiesto la total falta de conocimiento de las necesidades espirituales de los estudiantes de la universidad por parte de muchos de los profesores presentes; y oír a algunos de esos viejos y secos hombres corregir a Buchman, que sabía y estaba haciendo más de lo que ellos podrían hacer alguna vez sobre la aplicación de la religión en la vida humana, fue infinitamente patético. Él respondió tranquilamente a las preguntas y la reunión se disolvió»¹⁴.

En algún momento de la noche, Buchman parece haber hablado en privado con Hibben sobre las necesidades de los estudiantes universitarios tal y como él las veía. Evidentemente, Hibben tuvo la impresión de que Buchman afirmaba que el 80% de los estudiantes de Princeton eran dados a las prácticas homosexuales. Esto, declaró Buchman, cuando se enteró más tarde, era totalmente erróneo. Lo que había dicho era que «del ochenta al noventa por ciento de todos los jóvenes en la etapa de la adolescencia tienen problemas sexuales, y muchos de ellos están aquejados por pecados secretos que afectan a su vida sexual. El término pecados secretos, que he utilizado, no se refiere a la homosexualidad, sino a la variedad común de los problemas de la juventud. Necesitan comprensión y ayuda de personas maduras».

«Creo que no podemos ayudar a esos jóvenes a llevar una vida victoriosa con Cristo en el centro a menos que reconozcamos este hecho y les permitamos enfrentarse con honestidad y valentía a estas y otras barreras que les separan de Dios y de sus semejantes», añadió Buchman¹⁵.

En 1926, Hibben afirmó que, en esa ocasión, había prohibido a Buchman regresar al campus. Ni Buchman ni ninguno de sus amigos presentes estaban al corriente de ello, y Sinclair lo negó en varias ocasiones¹⁶. Ciertamente, las cartas intercambiadas entre Hibben y Buchman en los meses inmediatamente posteriores a la conferencia no muestran signos de tal requerimiento, ni de dudas o malentendidos residuales. En diciembre, Hibben escribió a Buchman que esperaba que la visita no hubiera supuesto demasiada tensión¹⁷, y en enero volvió a expresar «una gran confianza en Sam y en los jóvenes que trabajan con él», que sabía que eran producto del trabajo de Buchman, y confiaba en que «la reunión de la otra noche se tradujera en un mejor entendimiento» entre todos¹⁸.

Sin embargo, las esperanzas de Hibben de que la conferencia calmaría la situación pronto se vieron defraudadas. En febrero de 1924, los oponentes de Buchman prepararon un panfleto titulado “La bala de cañón”. Los partidarios de Buchman afirmaron que se mostraron a Hibben pruebas del mismo, acompañadas de la amenaza de que se publicaría a menos que el presidente hiciera alguna declaración más categórica

condenando a Buchman y sus métodos; y que Hibben adquirió de Shoemaker el compromiso personal de que Buchman no volvería a ser invitado al campus.

Parece que se produjo algún cambio importante en la situación -y en la actitud de Hibben-, porque en la primavera de 1924 Buchman llegó de repente a la conclusión de que debía alejarse de Princeton. «Salir completamente de Princeton», anotó durante un tiempo de meditación.

La tormenta que se estaba formando en Princeton había sido provocada por el crecimiento del trabajo de Buchman allí; y también crecía constantemente en otros lugares. A principios de 1922 se celebraron dos '*House-parties*' en Yale, y en marzo de 1924 Buchman informó de que Harvard estaba celebrando su tercera 'house-party', mientras que Williams y Vassar estaban planificando la segunda.

Muchos asistían a ellas no por el propio Buchman, sino por la calidad de la gente que le rodeaba. Garrett Stearly, que conoció a Buchman en 1924, era uno de ellos. Hijo del obispo de Newark (Nueva Jersey), había estudiado en Yale pero no tenía mucha idea de lo que quería hacer con su vida, aparte de su inclinación por los negocios. Su padre, sin embargo, le envió a un colegio episcopal de formación en Virginia del Norte. El joven Stearly partió sin entusiasmo y «con un par de litros de whisky en el maletero».

«Mientras estaba allí», recuerda, «me encontré con una docena de personas destacadas que estudiaban teología porque habían conocido a Frank Buchman. Hablaban tanto de él que me picó la curiosidad y, cuando me invitaron a Princeton un fin de semana para conocerle, acepté.

Bueno, fue el momento más alegre que había tenido en años, nada que ver con un fin de semana religioso tal y como yo lo entendía. Todos los jóvenes amigos de Buchman contaban historias de cómo habían cambiado: tan natural, tan abiertos, era un mundo nuevo para mí. No hablaban demasiado de Dios o de Cristo, pero yo sabía que estaba ahí, y me fui envidiando su forma de vida y

sintiendo un respeto completamente nuevo por la religión.

En cuanto a Frank, no se comportaba como yo creía que debían hacerlo los líderes espirituales. No terminaba la tarde con una larga charla y ni entonces, ni después, había fisgoneo ni preguntas. Sentí que estaba más interesado en mí que en sí mismo».

Otro tipo de joven era James Newton, hijo de un médico de Filadelfia. Había rechazado una plaza en Dartmouth para viajar como trotamundos por los Estados Unidos. En el transcurso de sus viajes, principalmente de forma ilícita en trenes de mercancías, había lavado platos, recogido algodón, arreado caballos y matado ganado. A los diecinueve años se convirtió en vendedor en Nueva Inglaterra para una empresa de maletas. Un fin de semana fue a cenar a la taberna Toytown de Winchington (Massachusetts) y, tras ver a tres chicas guapas en el comedor, se acercó a lo que pensó que era un baile en una casa de campo contigua. Las chicas estaban allí, pero resultó ser una 'house-party' de estudiantes de varias universidades de Nueva Inglaterra. Se quedó y habló con Sherwood Day. El lunes por la mañana se dispuso a intentar poner en práctica las normas morales. Volvió a ver a sus clientes y les confesó las mentiras que les había contado, y se sorprendió de que confiaran más en él, no menos. «Al cabo de seis semanas me di cuenta de que toda mi vida había empezado a cambiar», dice.

Al término del fin de semana de Newton en la taberna Toytown ya había varios que habían renunciado a sus carreras para trabajar con Buchman a tiempo completo y sin sueldo. Loudon Hamilton, por ejemplo, decidió no enseñar en Eton, a pesar de que el director, C. A. Alington, le había pedido que siguiera una formación teológica y luego aceptara un trabajo permanente en la universidad. En su lugar, se marchó a los Estados Unidos con Buchman en otoño de 1922. Al cabo de ocho meses, regresó a Oxford para cruzar el Atlántico como fogonero y continuar allí el trabajo de Buchman, con la única ayuda

de una asignación mensual de 50 dólares de la Sra. Tjader.

Aunque el número de participantes seguía siendo reducido, el trabajo de Buchman iba dándose a conocer poco a poco. De vuelta en Gran Bretaña, Rudyard Kipling, tras varios encuentros con Buchman, le invitó a traer a algunos de sus amigos universitarios a su casa, Batemans, en el pueblo de Burwash. Llevó con él a Harry P. Davison, más tarde director del Banco J. P. Morgan; Jim Douglas, más tarde Secretario del Aire de EE.UU.; y Hugh Auchincloss*.

Harold Begbie, periodista político británico que escribía bajo el seudónimo de *Gentleman with a Duster* / Caballero con plumero, se interesó por él al conocer a un oficial herido del Cuerpo Real de Vuelo al que Buchman había ayudado. Begbie le preguntó si podía escribir un libro sobre Buchman y sus amigos, que en aquella época rehuían la publicidad. Buchman aceptó a condición de que los jóvenes permanecieran en el anonimato y de que sólo se refirieran a él por las iniciales F. B. «El carácter de estos muchachos, algunos de ellos tan brillantes en el estudio, otros tan espléndidos en el atletismo, y todos ellos, sin excepción, tan modestos y tan perturbadoramente honestos, fue lo que despertó mi interés», escribió Begbie. «Era imposible seguir dudando en su compañía de que el hombre que había cambiado sus vidas, y que les había hecho cambiar también las vidas de otros hombres, era una persona de considerable importancia»¹⁹.

Describió a Buchman como «un hombre de aspecto joven, de mediana edad, alto, recto, robusto, bien afeitado, con gafas, con esa expresión de limpieza o frescura escrupulosa, lavada con champú y casi médica» tan típica de los estadounidenses. «Su porte y sus gestos se

* C. E. Carrington en su libro *Rudyard Kipling, His Life and Works* / Rudyard Kipling, Su Vida y Obra (Macmillan, 1955, p. 525) ofrece un interesante ejemplo de historia distorsionada. Menciona la visita del «Dr. Frank Buchman con un equipo de jóvenes», y continúa, «que se colaron y cantaron himnos en el césped». Todavía existe la carta de invitación de Kipling: «Será un gran placer para la Sra. Kipling y para mí que usted y sus amigos puedan venir a Burwash el 15 o el 16. Estaré en casa y libre por la tarde de cualquiera de los dos días. Sugiero un coche». En tales ocasiones, cantar himnos era aún menos propio de Buchman que colarse por las puertas.

distinguen por una firmeza invariable. Nunca se deja caer, nunca se encorva. Se le encuentra de madrugada con la misma rapidez de mirada y la misma atlética erguidez de cuerpo que parecen traer la brisa a la sala de desayunos. Pocos hombres tan tranquilos y comedidos exhalan un espíritu de bienestar tan contagioso... En el primer encuentro, parece un hombre afectuoso y muy feliz, que nunca puede saber lo que es estar cansado físicamente o aburrido mentalmente. Tengo la tentación de pensar que si el Sr. Pickwick hubiera tenido un hijo y éste hubiera emigrado de niño a los Estados Unidos, no habría sido muy diferente de este amable y simpático cirujano de almas»²⁰.

El libro de Begbie, *Life Changers / Transformadores de Vida*, apareció en 1923 y contribuyó a aumentar el interés por las andanzas del misterioso F. B. Su identidad quedó al descubierto y las ediciones posteriores llevaron su nombre completo.

En enero de 1924 participó en una reunión cultural en casa de Thomas Edison, el inventor de la lámpara eléctrica, en Nueva Jersey. Un sobrino de Edison había conocido el trabajo de Buchman en Princeton, donde estudiaba, y la notable diferencia que se había producido en él había llamado la atención de su tío. Edison invitó a Buchman y a Hamilton a visitarle. Era una brillante noche de febrero cuando llegaron a la puerta principal a través de una avenida de nieve. Edison atendió al timbre en persona, se quedó mirando al cielo y le preguntó a Buchman: «¿El cielo está iluminado?».

«Claro», dijo Buchman, «de eso ya nos ocupamos hace tiempo. No tiene por qué preocuparse».

Una vez dentro, Edison, agnóstico, preguntó por el cambio de su sobrino y sacó el tema de la orientación divina. «Es gracias a la orientación divina por lo que le ha ocurrido este milagro a su sobrino», dijo Buchman.

«Sé que no debo creer en estas cosas», respondió Edison, «pero sé que entre la uña y el nudillo de mi dedo hay diez

mil fuerzas atmosféricas. Los inventores lo sabemos. Nuestro único trabajo es inventar un instrumento lo bastante delicado como para sintonizarlo y poder utilizar esas fuerzas. Ese es su problema con la orientación, Sr. Buchman, ¿no?». Buchman estuvo de acuerdo en que así era. Aquella tarde comenzó una amistad de por vida tanto con Edison como con su esposa.

En agosto, Buchman regresó a Londres y mantuvo una larga conversación con el poeta Siegfried Sassoon: «Mi instinto me dice», escribió Sassoon más tarde, «que el éxito en el trabajo que estás realizando es posible gracias a la sencillez. Y estoy aprendiendo, poco a poco, que la simplificación de la vida es más importante que cualquier otra cosa.... Todavía se pueden hacer milagros gracias a ella»²¹.

Buchman seguía pensando que su necesidad más urgente era formar un equipo de gente más joven que estuviera dispuesta a llevar el trabajo con él. Durante casi un año había sopesado la posibilidad de llevar a lo que él llamaba “un grupo apostólico” en una gira mundial que incluiría Europa, Oriente Medio, India, China y Australia. Tal vez la situación en Princeton le convenció de que 1924 era el año adecuado. En cualquier caso, fue entonces cuando pidió a varios jóvenes que le acompañaran en una prolongada expedición. Sherwood Day, Sam Shoemaker, Loudon Hamilton, Eustace Wade, Godfrey Webb-Peploe, de Cambridge, y Van Dusen Rickert, de Princeton, decidieron acompañarle durante todo el viaje o parte de él.

«COMPAÑEROS EN EL CAMINO»

En junio de 1924, Buchman zarpó hacia Inglaterra en el SS Paris. En las semanas anteriores a su partida, había visto mucho a su madre, y la había incluido en sus actividades cuando consideró que serían agradables para ella. También siguió interesándose por la vida cotidiana de ella. Al invitarla a un té en Nueva York, añade: «Te sugiero que lleves zapatos bajos, ya que es un té. Si te pones el vestido que llevaste a Nueva York la última vez, que sería una buena opción, no te pongas las mangas blancas ni el chaleco interior. Puedes llevar el abrigo hasta que llegues para no resfriarte»¹. Asistió a la última ‘house-party’ antes de su partida y prefirió volver a Allentown antes que quedarse con él en Nueva York hasta que zarpara². «La despedida no es agradable, ya sabes, pero parece que tiene que ser así», escribió desde allí. «Todo el mundo me dice que les estás ayudando mucho. Piensa en mí y el Señor te bendecirá». La carta terminaba: «Adiós, espero que nos volvamos a ver alguna vez, en algún sitio»³.

En el mismo barco viajaba la Sra. Tjader. Iba a Suecia para asistir a la boda de su hija y había aportado importantes fondos para el presente proyecto de Buchman, en parte porque éste iba a visitar a algunos de los misioneros de la India de los que ella era responsable. Buchman, que esperaba estar fuera de los Estados Unidos al menos dos años, se llevó no menos de catorce maletas y valijas, con ropa para todo tipo de ocasiones, la correspondencia y los recuerdos acumulados durante un cuarto de siglo. Incluso el joven Eustace Wade, que se unió a él en Londres -y a quien Buchman había bautizado como ‘Nick’ porque pensaba que se parecía al diablo-, llevaba ocho piezas de

equipaje, que contenían, entre otras cosas, un sombrero de copa, un chaqué, un smoking y un traje de noche completo, así como un tope para la India. En aquella época se necesitaban todas las prendas.

No había duda sobre el propósito del viaje. «Llevo conmigo a un grupo de jóvenes para formarlos», escribió Buchman a la Sra. Shepard antes de salir de Nueva York⁴; y fue igualmente explícito con Wade y Loudon Hamilton en el andén de la estación de *Liverpool Street* de Londres. «Tengan cuidado», les dijo, «habrá disciplina en este viaje».

«En aquel momento no sabíamos a qué se refería», comentó Hamilton, «pero pronto lo descubrimos. “Esperaba que tuviéramos la determinación de San Pablo, ‘esto es lo que hago’, sin reservas, y no iba a permitir ninguna payasada”. “En el vagón de desayuno del tren que los transportaba a través de Holanda, Hamilton comentó jocosamente que era interesante estar de nuevo tras las líneas enemigas. Ante esto, Buchman, pensando en los holandeses neutrales a los que les llevaba a ver, estalló. ‘Si iba a hablar de esa manera’, le dijo a Hamilton, ‘puedes abandonar el grupo e irte a casa’. Loudon se puso rojo”, recordó Wade, “y yo me puse blanco. Era una frambuesa de primera, del tamaño de un pomelo”».

Su primera parada fue la casa del barón van Heeckeren en Rhederoord, donde se les unió Sam Shoemaker. Buchman había conocido a la madre de la baronesa, la condesa Bentinck, en Inglaterra el año anterior. Después de tomar el té en su casa de Londres* dijo que su yerno se había dejado un pijama en su última visita y preguntó si Buchman se lo llevaría en su próxima visita a Holanda. La familia van Heeckeren recibió entonces la noticia de que un estudiante alemán llegaba con la ropa del barón. Debí de aclararse, ya que a su llegada a Rhederoord, Buchman y sus acompañantes se encontraban entre los invitados a un baile seguido de una ‘house-party’. El barón ocupaba

* En esta ocasión, la anfitriona siguió su práctica habitual de poner a todos sus invitados de rodillas para rezar después de la segunda taza de té. «Oh Dios», empezó diciendo, «bendice al Sr. Bunkum». Sus cartas posteriores iban dirigidas al «Dr. Bookman».

un alto cargo en la corte, donde una de sus hijas, Albertina, era dama de compañía y, según Wade, «acudía la mitad de la aristocracia holandesa».

El barón y la baronesa eran devotos cristianos y rezaban en familia todas las mañanas. Sus hijas, sin embargo, no se sentían atraídas por la religión de sus padres: «Íbamos a la iglesia porque se suponía que teníamos que ir», dice Albertina, «no era algo real». «Nuestro objetivo en la vida era disfrutar», dice otra hija, Lily, «ir a bailes, ser presentadas en la corte, esas eran las cosas que nos gustaban».

Los amigos de los van Heeckeren eran de la misma condición. Disfrutaron mucho del baile, pero acudieron con sentimientos encontrados a la 'house-party', a la que habían sido invitados mediante una tarjeta en la que se anunciaba, de forma un tanto impertinente, que «el Sr. Buchman pronunciará un discurso».

En realidad, Buchman no pronunció ningún discurso formal. Sentado en el salón, «entre muchos signos de interrogación, algunos signos de exclamación, muchos curiosos, otros preparados para aburrirse», recuerda Albertina, Buchman dijo: «Creo que voy a contarles una historia...», lo que procedió a hacer. Siguieron otras historias de vidas cambiadas y, a medida que avanzaba la noche, comentó alegremente: «Veo cómo se derrumban los muros». A la mañana siguiente había más gente. Sentado en las escaleras, vestido de gala, estaba un estudiante agnóstico, Eric van Lennep, que preguntó a Buchman por qué lo había estado mirando durante toda la mañana. A raíz de la conversación posterior, van Lennep inició el camino hacia la fe, y trabajó con Buchman durante muchos años.

La vida de toda la familia van Heeckeren se vio permanentemente afectada. Durante los años siguientes se celebraron en Rhederoord una serie de 'House-parties'. Después de una de ellas, la baronesa se dio cuenta de que no había tratado bien a sus sirvientes y les pidió disculpas públicamente. También se disculpó con una tía con la que

había tenido una amarga disputa, y afrontó y perdió el odio que sentía hacia los alemanes porque uno de sus hermanos había muerto en el Somme, lo que a su vez condujo a una reconciliación con la rama alemana de la familia Bentinck.

Los hijos de los van Heeckeren, entonces adolescentes y veinteañeros, también se sintieron profundamente influenciados. Buchman jugaba al tenis con ellos y les gustaba su actitud relajada: «Tenía un gran sentido del humor y un brillo especial en los ojos». Pero lo que les cautivó fue su visión de lo que podían hacer por su país y por el mundo. «Hablaba de arriesgar todas nuestras relaciones», añade Lily, «nos decía que necesitábamos una experiencia de la Cruz, y yo me preguntaba a qué se refería. Cuando le preguntábamos qué debíamos hacer, decía: “Todo lo que Dios les diga”».

En lo que respecta a los van Heeckeren, Buchman parece haber seguido su propio consejo: a menudo les hablaba con gran libertad y franqueza. «No tienen suficiente cristianismo para cambiar ni una pulga», le dijo una vez a Lily*.

A partir de aquella primera ‘house-party’, Buchman también pasó mucho tiempo con los criados de la familia, sobre todo con la niñera y el chófer: «¡Cómo se preocupaba por nuestra niñera! Recuerda Lily. «Tenía largas conversaciones con ella -ella había tenido un desencuentro con la niñera de los Bentincks alemanes, y lo resolvió- y Buchman siempre quería saber cómo estaban ella y el chófer».

Después de Rhederoord, Buchman y sus amigos viajaron a Alemania. Visitaron la escuela de Kurt Hahn en Salem, y a los viejos amigos de Buchman en la colonia von Bodelschwingh de Bethel, cerca de Bielefeld. Como el resto de Alemania, aún sufría los horrores de la hiperinflación de posguerra, y algunos de los pacientes «yacían sobre aserrín, sin mantas ni sábanas», según

* Varios de los hijos de los van Heeckeren viajaron con Buchman en varias ocasiones. Más de cincuenta años después, cuatro de sus hijas siguen comprometidas con su trabajo.

Hamilton. Esa situación dejó una huella indeleble en su mente, al igual que en la de Buchman. «Todo era artificial», recuerda Hamilton. «La gente se moría mientras caminaba, arrastrando los pies sin zapatos. Las familias vendían a sus hijas». Cuatro años antes, Buchman había conseguido que se enviaran tres vacas a Bethel, y ahora volvía a intentar que sus amigos estadounidenses ayudaran a los alemanes necesitados.

En el sur de Alemania conocieron a Fran Hanfstaengl, estadounidense de una familia de Nueva Inglaterra, los Sedgwicks, entre cuyos antepasados se encontraba el general que ‘marchó a través de Georgia’ en la Guerra Civil. El joven Adolf Hitler se había convertido en un visitante habitual de la casa de Hanfstaengl después de que su hijo Ernst (‘Putzi’) lo conoció. Fran Hanfstaengl mostró a Buchman y a sus amigos la habitación en la que Hitler se había escondido tras el *Putsch* de Múnich del año pasado. Según ella, le había dicho a Hitler que si no cambiaba su actitud hacia los judíos, ella nunca le apoyaría: «Nunca lo haré», fue la respuesta de él.

En Florencia, Buchman, Hamilton y Wade cenaron con el rey Jorge de Grecia y su familia. Buchman le había visto mucho en Londres, antes de que regresara a Grecia para ocupar el trono en 1922. El rey le había dicho a Hamilton: «¿Cuándo van a venir a Grecia?. Buchman es la única persona en la que podemos confiar porque no actúa por su cuenta». Volvieron a encontrarse en Italia, con la reina madre, Sofía, y la abuela del rey Jorge, la reina Olga. En 1923, el rey Jorge se había visto obligado a abandonar Grecia una vez más, y la miseria del exilio a menudo le hacía a él y a su familia recurrir a Buchman.

Desde Italia, el grupo de Buchman viajó en el *Simplon-Orient Express* a Constantinopla. A petición de la reina Sofía, viajó desde allí a Bucarest para visitar a su hija Elena, casada con el príncipe heredero Carol. La reina María de Rumanía, una princesa inglesa de gran espíritu y nieta de la reina Victoria y del zar Alejandro II, le invitó a reunirse con el rey Fernando y con ella en el castillo de

Peles, en Sinaia, y le pidió que fuera también uno de sus acompañantes.

Hamilton partió inmediatamente para reunirse con Buchman. Su anuncio por cable no llegó, pero en la estación -como descubrió más tarde- fue confundido con un visitante de la realeza y recogido en un gran coche. Esta identidad errónea le hizo atravesar tres controles de carretera camino del castillo de Peles. A su llegada al castillo, fuertemente custodiado, la confusión fue aún mayor cuando preguntó por el Sr. Buchman, que también resultó ser el nombre del mayordomo que le abrió la puerta principal. Por suerte, en ese momento Frank Buchman se asomó a la ventana del salón y exclamó: «¡Oh, es uno de los míos!». Finalmente, Hamilton fue conducido a presencia de la reina María y Buchman le contó la historia del *Beef and Beer Club* / Club del Bife y la Cerveza.

Tanto la reina María como la princesa heredera Helena querían que Hamilton fuera tutor del joven hijo de Helena, Michael (más tarde rey Michael), pero ni Hamilton ni Buchman creían que debiera aceptar el trabajo. Tras una semana en la que entablaron una amistad que duraría toda la vida, partieron para reunirse con los demás en Constantinopla.

Allí le pidieron a Buchman que se dirigiera al alumnado del *Robert College*. Uno de los asistentes describió más tarde la ocasión: «Ante él estaban sentados, además de la mayor parte del profesorado, unos setecientos estudiantes duros y cínicos de muchas edades y nacionalidades. No hubo trucos oratorios, ni intentos de impresionar. Al contrario, se percibía su intensa seriedad. Nos contó lo que le ocurrió a un chico real, con problemas reales, cuando Dios entró en su vida. Al final, nos pidió a todos que repitiéramos la oración de aquel chico: “Oh, Dios, dirígeme, porque no puedo dirigirme a mí mismo”. Fue directo al meollo de la cuestión»⁵.

La vitalidad del grupo que quedó en Constantinopla era típica de los que quedaron en otros lugares del viaje. El mismo estudiante, George Moissides⁶ -entonces padre en

Canterbury, Connecticut- describió más tarde cómo le afectó a él y a sus amigos, Gregory Vlastos, Homer Kalcas, Dashem Hussein Shams-Davari y Rashid Alajaji: «¡Qué cambio total supuso en mi vida personal y en la de tantos de mis amigos aquel fin de semana de hace cinco años!». La mayoría mantuvo el contacto con Buchman durante muchos años, algunos hasta su muerte. Vlastos llegó a ser catedrático de Filosofía en Princeton, Kalcas enseñó en Turquía y Shams-Davari dirigió la *Persian Oil Company* en Ahwaz, donde tradujo al farsi películas y libros sobre el trabajo de Buchman.

El grupo se embarcó rumbo a Alejandría poco después del aniversario del final de la guerra de 1914-18. Wade recuerda que, al pasar por las dársenas de Dar, Buchman se dirigió a la popa del barco, se quitó el sombrero, arrojó su amapola del Día del Armisticio por la borda y pronunció en voz baja unas líneas sobre Rupert Brooke, que había muerto cerca de allí.

En El Cairo se les unieron Sherwood Day y Van Dusen Rickert, licenciado en lenguas orientales por Princeton. Buchman estaba encantado de volver a tener a Day con él. Buchman dijo a los más jóvenes: «Sherry es fiable las veinticuatro horas del día. Será estupendo cuando los demás alcancen ese punto. Sherry nunca falla». También en El Cairo, Shoemaker recibió una invitación largamente esperada para ser rector de la iglesia del Calvario en Gramercy Park, Nueva York, a la que respondió: «Juicio desfavorable ahora... escribir»⁷.

Cuando el grupo llegó a Palestina, el ambiente se había vuelto claramente tenso. Individualmente, eran lo suficientemente dedicados. Wade recordaba que no había ninguna costumbre regulada, pero todo el grupo solía dedicar un tiempo a la oración y la meditación en privado y compartían los pensamientos que tenían con sus compañeros de habitación. También pudieron ayudar a muchas de las personas que conocieron. Sin embargo, a medida que avanzaba el viaje, surgieron tensiones e irritaciones hasta el punto de que Buchman señaló:

«Pueden estar en Tierra Santa y en el infierno al mismo tiempo».

Para empezar, había celos y rivalidades naturales. También estaba el hecho de que cada uno se había unido al viaje por motivos diferentes: uno o dos estaban más interesados en los placeres del viaje que en crear el tipo de equipo disciplinado que Buchman tenía en mente. Además, Buchman llevaba los asuntos con un estilo que a veces desconcertaba a los más jóvenes. Según Hamilton, por ejemplo, siempre estaban encantados cuando una anfitriona preguntaba a Buchman: «¿Y adónde vas ahora?», ya que así podían descubrir cuál iba a ser su itinerario. También estaban las preocupaciones naturales de los jóvenes capaces y ambiciosos. Shoemaker se sintió muy atraído por la oferta de la iglesia del Calvario. Era una atracción constante. Una vez regresó de una expedición de compras a Constantinopla cargado de alfombras de Bokhara y otros adornos, y su compañero de camarote, Hamilton, le preguntó para qué los había comprado. «Quedarán bien en mi rectoría», respondió Shoemaker.

Aparte de estas preocupaciones, había otro factor irritante: la aversión a la disciplina que pretendía imponer Buchman, el iniciador de la aventura y mayor que todos sus compañeros, aunque Day le llevaba veinte años. Por ejemplo, uno de los miembros del grupo había concertado una conferencia en un colegio. En el último momento, Buchman sugirió que otros dos le acompañaran. Eso significaba sacrificar un discurso en solitario -cuidadosamente preparado- y estar dispuesto a formar parte de un grupo. Buchman pensaba que necesitaban formación para trabajar en equipo: la voluntad propia, el orgullo, el componente de *prima donna*¹ tendrían que curarse si querían que su trabajo futuro tuviera algún efecto duradero. Pero los jóvenes, de gran talento y considerable autoestima, no lo veían así: «Estábamos lejos de ser un equipo unido», comentó Hamilton, «Sherry Day era el más leal. Los demás éramos brutos, voluntariosos, indisciplinados y egoístas. Nuestro

¹ Protagonista femenina de una ópera, diva.

egoísmo nos molestaba...». En aquel momento, sin embargo, eran más propensos a culpar a Buchman que a sí mismos.

«El punto culminante llegó más tarde, a bordo del barco entre Suez y Colombo», escribe Hamilton, «Frank estuvo descansando en su camarote durante dos o tres días y un día le dijo a Sam: “Sam, haz una lista de mi ropa sucia y dásela al camarero”. Sam subió a cubierta muy enfadado. Se reunió conmigo y me habló de esta petición de Frank, y dijo que se había negado rotundamente a hacerlo. Dijo: “Preferiría predicar cinco sermones antes que hacer lo que me ha pedido. He entregado mi vida a Jesucristo, no a Frank Buchman”».

Las reacciones de Shoemaker ante las disciplinas del viaje no fueron inesperadas. Era un joven apuesto, seguro de sí mismo y carismático. Poco antes de este viaje había sido invitado a participar en una importante campaña evangélica junto a Sherwood Eddy. Buchman había respondido a la petición de consejo de Shoemaker sobre esta propuesta: «Los noes de advertencia han llegado en mi tiempo de silencio con una constancia alarmante y no sería fiel si guardara silencio.... Has estado pisoteando experiencias que nos han forjado a Sherry y a mí en un equipo inteligente y viable... Necesitas un año de disciplina en un equipo, como la que te daría un año de viaje alrededor del mundo. Necesitas lo monótono, no lo dramático.... Sólo puedo decir esto: que si te sientes impulsado a ir y tus convicciones difieren de las mías después de haberlo consultado con todo el mundo... vete, y que Dios te bendiga abundantemente. Con las seguridades del mejor espíritu de afecto y confianza mutua, cualquiera que sea su elección»⁸.

Llegaron a la India el 10 de diciembre y pasaron la Navidad en Madrás. Buchman desapareció en nochebuena y reapareció con un árbol de Navidad, adornos y regalos, y una fotografía firmada de Gandhi para cada uno de ellos, «un regalo de valor incalculable», comentó Wade.

Sin embargo, era evidente que había que despejar el ambiente, y después de Navidad dejaron un día libre para ello. En muchos sentidos, fue como volver a las conversaciones de la habitación del hotel Tientsin. Esta, sin embargo, fue una confrontación aún más dolorosa: Wade y Rickert, como muchachos relativamente nuevos, se mantuvieron al margen, pero como recordaba Hamilton, Shoemaker, Day y él dijeron lo que pensaban sin rodeos²: «Todos intentamos decir lo que sentíamos y, por nuestra parte, dijimos con firmeza que creíamos que Frank había sido: reservado, autoritario, desconsiderado».

Wade vio salir a Buchman, con lágrimas rodando por sus mejillas.

«Están todos contra mí, Nick», dijo. «Qué he hecho». Wade respondió que pensaba que Buchman había sido un poco franco.

«¿De verdad lo crees?» preguntó Buchman, muy afligido.

«Sí», dijo Wade, «lo creo».

«No es fácil conseguir una profunda unidad de seis personas», escribió Shoemaker a la Sra. Tjader unos días después. Todos tenemos nuestros pecados y debilidades característicos... (Frank) tiene la costumbre de mantener a raya a los demás, de modo que no siempre está dispuesto a ser controlado él mismo»⁹.

A pesar de estos trastornos personales, los meses pasados en la India fueron gratificantes. El 23 de diciembre, Buchman se había reunido de nuevo con Gandhi en la conferencia del Partido del Congreso en Belgaum, y las fotografías les muestran riendo vigorosamente con Chakravarti Rajagopalachari, más tarde primer gobernador general de la India independiente, y los hermanos Ali, los líderes musulmanes en cuya casa Gandhi había completado recientemente un ayuno de 21 días. Allí también conoció por primera vez al joven Jawaharlal Nehru, que más tarde

* Godfrey Webb-Peploe, el último en unirse al Grupo en Port Said, ya había llevado a cabo su plan anterior de visitar el centro misionero de Amy Carmichael en Dohnavur.

envió a Buchman su fotografía y le pidió el libro *Life Changers / Transformadores de Vida*, que Buchman había prometido enviarle. Unidos, el partido se hizo cargo de las reuniones estudiantiles cristianas con amigos como el confidente de Gandhi, C. F. Andrews*, y el obispo Pakenham-Walsh.

Desde allí, Buchman escribió una carta a la Sra. Tjader, en la que describía un sueño cada vez mayor: «Ella es sin duda la mejor misionera que he conocido, y su casa tiene la atmósfera que deseamos para La Escuela de la Vida... Necesitamos un centro de experimentación con milagros vivientes a nuestro alrededor, con la realidad como nota clave. ... Será una obra silenciosa, lenta, pero que se expandirá y multiplicará, tal como la gente de aquí viene de todos los rincones del mundo y la gente reza por ella en quince países. Hoy me siento muy feliz...»¹⁰. La estima parece haber sido mutua. Después de esta visita Amy Carmichael escribió en la Carta de Dohnavur: «Que nadie juzgue a este hombre por nada que se haya escrito sobre él. Frank Buchman sólo tiene una cosa en mente: ganar personas para Jesucristo»^{11**}.

En Calcuta se alojaron con el obispo anglicano de la India, Foss Westcott, y en febrero, en Darjeeling, conocieron a Jan Masaryk, futuro ministro checo de Asuntos Exteriores. En marzo fueron huéspedes de Lord Reading en *Viceregal Lodge*. Cuando Buchman almorzó con el virrey, los hermanos Ali salieron a colación: «Esos granujas», dijo Reading, «tengo que seguir metiéndolos en la cárcel. Si estuvieras en mi lugar, ¿qué harías con ellos?».

* El reverendo Charles F. Andrews, fallecido en 1940, fue un misionero y escritor que se dedicó a los derechos del pueblo indio tanto en la India como en África.

** En 1929 los colegas estadounidenses de Buchman convirtieron al hermano de Amy Carmichael, lo que ella describió -al escribir a Buchman el 4 de agosto de 1930- como «mi mayor alegría del último año en el lado humano». Le escribió a su hermano: «En Inglaterra, y también en Escocia, circulan todo tipo de rumores sobre el Sr. Buchman y sus amigos. Le conozco desde hace años y siempre me ha parecido un hombre de verdad... Pues bien, el diablo odia y, si puede, desacredita a un hombre así...». En 1932, la presión de los partidarios de Dohnavur la indujo a escribir que la asociación de Dohnavur no tenía ninguna relación con el Grupo de Oxford, un paso al que se había resistido durante mucho tiempo. Envío la declaración a Buchman, diciéndole: «Espero que no reniegues de tu amiga y camarada en la oración» (tijuanaiy 1932), y las cordiales cartas continuaron entre ellos al menos hasta octubre de 1938. Buchman, por supuesto, nunca había sugerido que existiera una conexión, y utilizó sus oraciones en las reuniones hasta el final de su vida.

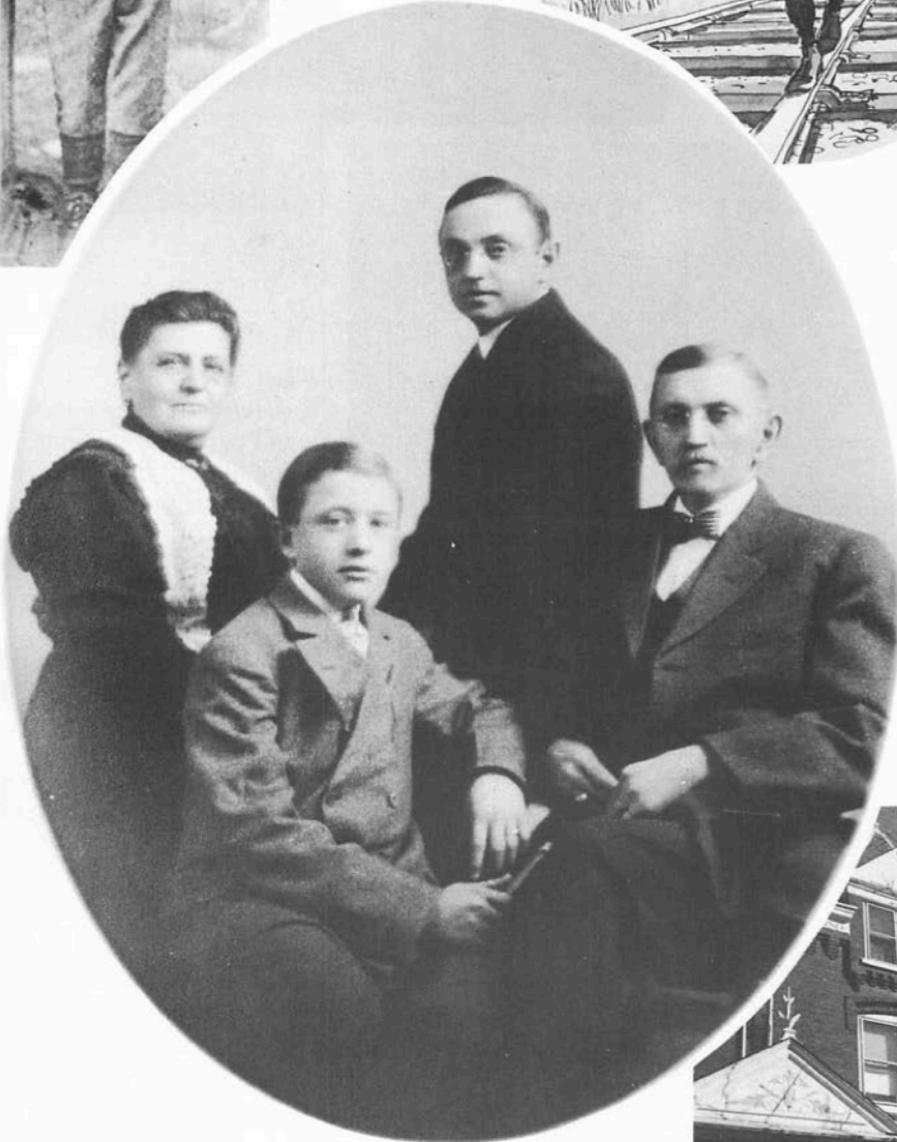
«Si yo estuviera en su lugar», respondió Buchman, «les haría lo que usted ha hecho por mí: los pondría en los asientos de honor de su mesa y llegaría a conocerlos».

Ralph Burton, ayudante principal del virrey, presentó a Buchman al maharajá de Gwalior. Este excéntrico personaje disfrutaba prendiendo fuego a los turbantes de sus cortesanos por el placer de verles agachar la cabeza en la fuente más cercana para apagar las llamas. También tenía un tren eléctrico que transportaba licores selectos alrededor de su mesa de comedor, con un interruptor secreto a su lado que le permitía acelerar el tren para que pasara junto a cualquier invitado al que quisiera tomar el pelo.

Evidentemente, Buchman y sus amigos le gustaron mucho. Después de cenar, en la noche de un festival hindú, Buchman y Wade paseaban bajo la luna cuando se encontraron con él: «Le dije a Frank: “Ven a hablar conmigo”», recordó Wade, «y nos sentamos todos en un banco de mármol. Primero hubo un largo silencio, que Buchman no intentó romper».

Entonces el Maharajá dijo: «¿Entiendo que ustedes creen que Jesucristo puede cambiar la naturaleza humana?». Frank respondió: «Eso es exactamente lo que creemos, por eso estamos aquí».

Unos días después, Buchman escribió al Maharajá: «Para responder a su pregunta sobre la orientación de Dios, creo que los apetitos de la carne son el factor más perjudicial que nos impide saber quién es Dios...»¹².



1. *Arriba a la izquierda* - Frank Nathaniel Daniel Buchman de 3 años.
2. *Centro* - La familia Buchman: Franklin y Sarah, su hijo Frank y su hijo adoptivo Dan.
3. *Arriba a la derecha* - «Podría recorrer las vías desde Greensboro hasta Pennsburg».
4. *Abajo a la derecha* - La casa de los Buchman en Allentown, Pensilvania, a la que la familia se trasladó en 1894.

5. Derecha - «una pequeña capilla de piedra» en Keswick



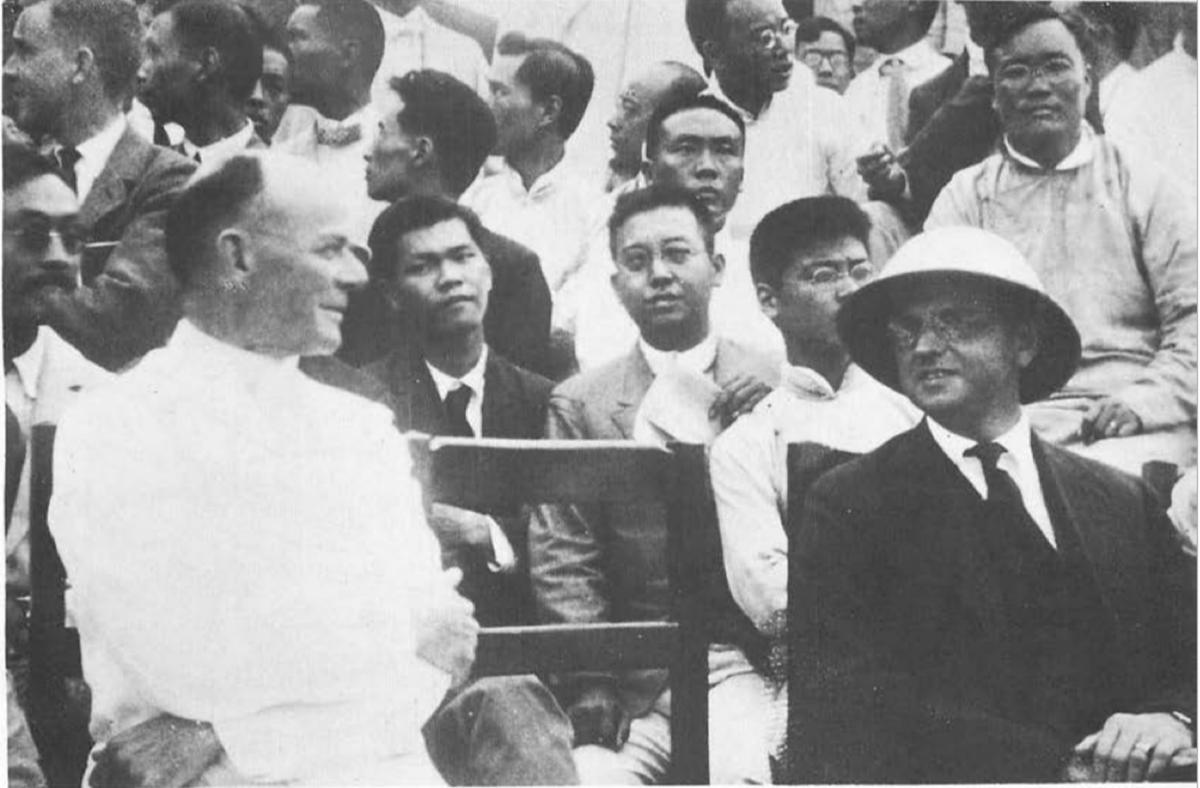
6. Abajo - Treinta años después, Buchman recuerda su experiencia en la capilla en 1908.



7. Abajo - Buchman con un grupo de estudiantes de Penn State y (a su izquierda) Bill Pickle, el ex contrabandista.



8. Blair Buck (izquierda) de vacaciones con Buchman en Minnesota, 1912



9. *Arriba* - Buchman (derecha) y el obispo Logan Roots de Hankow en la conferencia de Kuling de 1918.



10. *Izquierda* - Samuel Moor Shoemaker, un graduado de Princeton trabajando en una escuela de formación empresarial para niños chinos en Pekín.



11. *Derecha* - De sus diversos encuentros en la India con Mahatma Gandhi, Buchman escribió: "Caminar con él era como con Aristóteles». Buchman a la derecha y Howard Walter a la izquierda.



12. *Arriba* - Buchman hablando en el "Beef and Beer Club" en la habitación de Loudon Hamilton en Oxford, 1921.

13. *Derecha* - Loudon Hamilton, Christ Church, Oxford.

14. *Abajo* - En Sudáfrica, 1929. McGhee Baxter (2º izda.) y Buchman (dcha.).





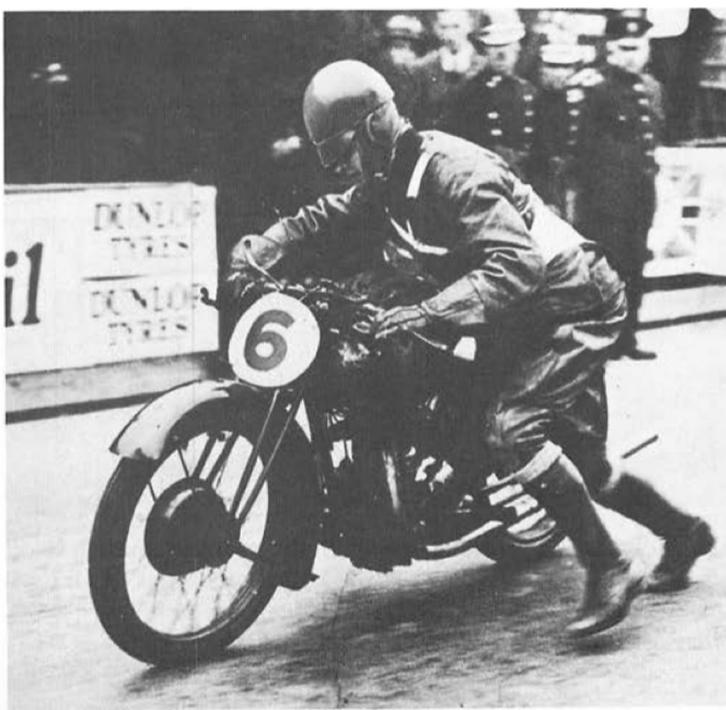
15. Arriba - El profesor y la Sra. B. H. Streeter con Buchman (derecha) en Oxford. Al fondo, en el centro, Roland Wilson y John Roots.

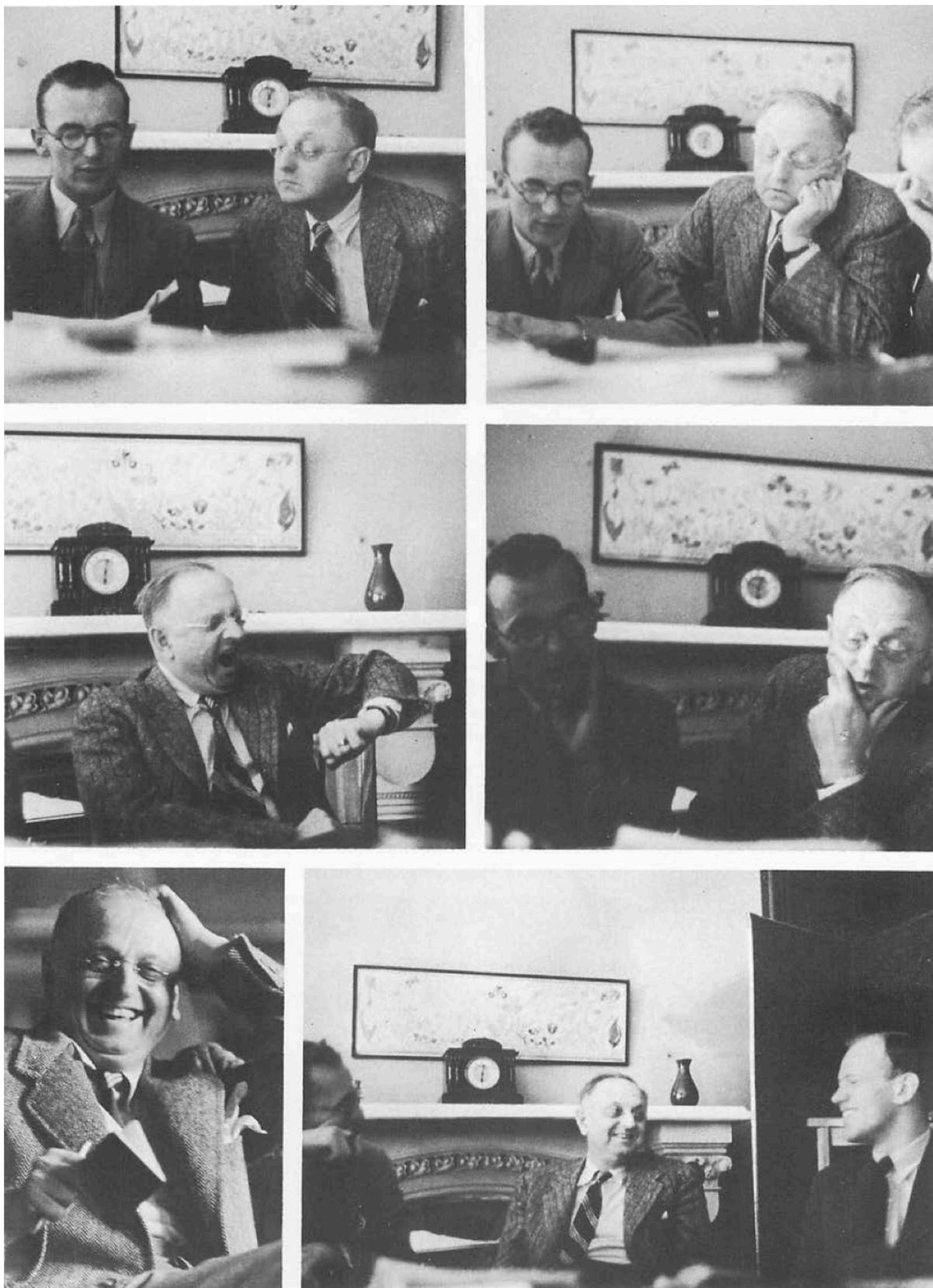


16. Arriba a la derecha: Rozi Evans (*St. Hilda's College*).
17. Izquierda - H. Kenaston Twitchell (*Princeton y Balliol College*).

18. Abajo a la izquierda - Harry S. Addison (*Oriel College*).

19. Abajo - Reginald A. E. Holme (*New College*), participante en las carreras del Trofeo de Turismo Aficionado de la Isla de Man.





20-14. Buchman en una sesión de trabajo en los años 30 examinando los diseños para una próxima publicación ilustrada. Le acompañan dos colegas de Oxford, Basil Entwistle (*St. John's College*) y el autor. 25. Abajo a la izquierda - Buchman dirige una reunión en Oxford, 1934.



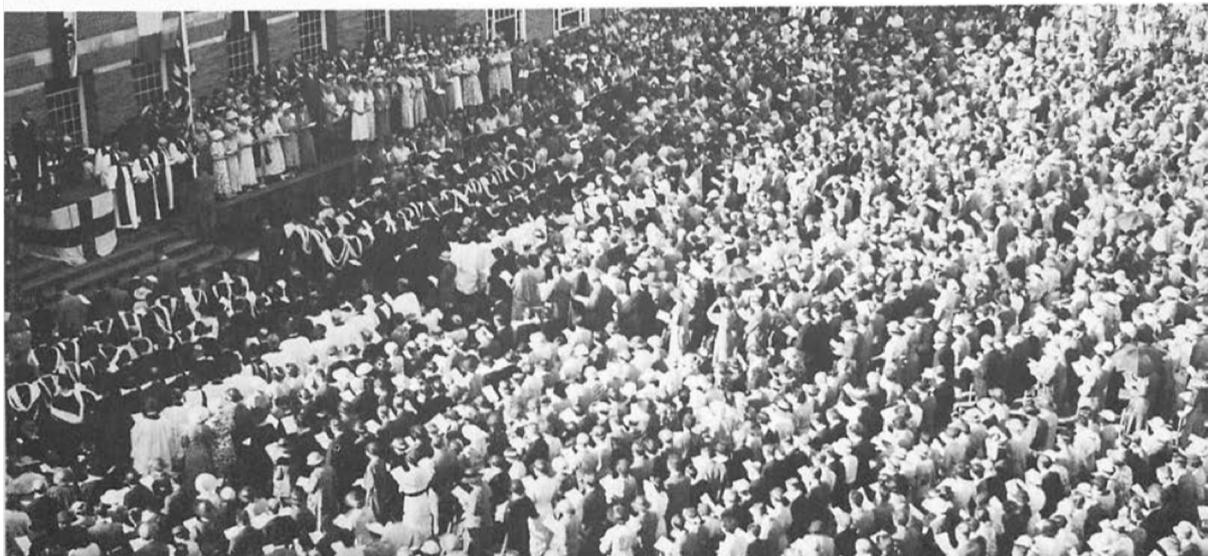
26. *Izquierda* - Buchman en el Hotel Brown. A la derecha John Vinall.

28. *Abajo*: C. F. Andrews en una 'house-party' en Oxford.



27. *Izquierda* - Lord Salisbury saluda a unos amigos en la 'house-party' del Grupo de Oxford en Oxford, 1935.

29. *Abajo* - La multitud de 6.000 personas en la 'house-party'.





30. *Izquierda* - De viaje por Oriente Medio: Buchman (izquierda) con Lady Minto (antigua vicereina de la India) y Cuthbert Bardsley (más tarde obispo de Coventry).

31. *Abajo a la izquierda: East London*. El trabajo de Buchman comenzó a desarrollarse aquí en la década



32. *Abajo* - En el pub *King's Head*, West Ham, Buchman se reúne con su "equipo" local. Arriba a la derecha: Bill Rowell, líder de los desempleados londinenses. Debajo de él: Tod Sloan, relojero y amigo de Ben Gillett. A la derecha de Buchman: Bill Jaeger, el estudiante pionero de su trabajo. Sentado a la izquierda: Sra. Annie Jaeger, su madre, que vendió su pequeña tienda de Stockport para ir a ayudarle al este de Londres.



En una breve pausa en el viaje, Van Dusen Rickert intentó ‘poner un poco de orden en la caótica correspondencia de Frank’. Y es una correspondencia asombrosa, de gente de todo el mundo; trabajadores religiosos y haraganes, nobleza, celebridades y gente corriente... y es un marasmo desesperante de cartas, postales, fotos, telegramas, facturas, recibos, notas, anuncios de boda, panfletos, duplicados, apuntes de tiempo en silencio, libros de guía, tratados, folletos de barcos de vapor, informes, etc., todo flotando obstinadamente a través de 14 maletas y baúles. «Un trabajo de dos semanas para ordenarlo todo; y he tenido un día y medio. Y no hay que tirar nada, por inútil que sea: viejos sobres estériles, palillos de dientes, maltrechos artículos de papelería de hoteles rumanos... todo tiene un valor incalculable... Pues bien, clasifiqué dos tercios de todo a grandes rasgos, y guardé el resto en la absurda bolsa negra de charol sin manija que completa su colección»¹³.

A Buchman y sus amigos se les abrieron muchas puertas por su efecto en las vidas de las personas que conocieron. En Madrás, por ejemplo, se toparon con un destacado hombre de negocios escocés llamado George Kenneth, cuya factura de alcohol tenía fama de ser la mayor de la ciudad. Buchman le visitó en su despacho, pero fue recibido con una marcada brusquedad. «Estoy ocupado», le dijo Kenneth sin rodeos.

«Yo también», replicó Buchman con la misma crudeza; le dejó a Kenneth un ejemplar de *Life Changers / Transformadores de Vida* y su nombre y dirección, y se marchó. Al día siguiente, Kenneth llamó diciendo que había leído el libro y que tenía todo el tiempo del mundo.

Como resultado de sus conversaciones, Kenneth se convirtió en cristiano practicante, dejó el alcohol y cambió radicalmente su vida empresarial. Empezó por reunir a la docena de capataces de su imprenta -la mayoría hindúes- y hablarles de su cambio: «Este negocio ha sido un fracaso. A partir de ahora, Cristo será su jefe y trabajaremos juntos en líneas totalmente nuevas. Les he tratado como perros y han trabajado sólo porque me temían. Ahora, me gustaría que me ayudaran a poner este negocio sobre una base totalmente nueva». Luego estrechó la mano a todos, de uno a uno. Fue el cambio en

Kenneth lo primero que le llamó la atención a Lord Lytton - entonces gobernador de Bengala- sobre Buchman y su trabajo.

En marzo, todo el grupo de viajeros había empezado a dispersarse. En enero Shoemaker había recibido otro telegrama de la Iglesia del Calvario, y esta vez aceptó el trabajo. Buchman seguía convencido de que no debía marcharse. «Tengo la inquietante sensación de que esta decisión tuya te traerá problemas», le dijo. «Me marchó en tren esta misma noche», respondió Shoemaker.

Wade, que siempre había tenido la intención de ordenarse, y van Dusen Rickert regresaron a sus respectivos países, donde colaboraron estrechamente con Buchman de diversas maneras. Hamilton se marchó a casa tras una grave enfermedad causada por beber agua contaminada, y cuando se recuperó, volvió a Oxford, le dieron habitaciones libres en *Wycliffe Hall* y continuó el trabajo diario de formación de un grupo en la universidad. Pasaron tres años antes de que él y Buchman volvieran a encontrarse, aunque mantuvieron un contacto intermitente.

Había sido un viaje que probablemente estuvo muy por debajo de las esperanzas de Buchman. Sin embargo, su visión de una agitación explosiva y revolucionaria en el mundo cristiano, liderada por el tipo de jóvenes con los que había viajado, seguía intacta: «Se necesita un nuevo enfoque para superar el estancamiento», señaló. «El cristianismo respetable no lo logrará... Un grupo de jóvenes que representen a Dios en su atractivo, en su excelencia, e irradien su amor a través de la caridad El Cristo vivo no cada hora, sino cada minuto del día».

Buchman y Sherwood Day permanecieron en la India. En las semanas siguientes, volvieron a encontrarse con una asombrosa variedad de personas, tanto británicas como indias. Vieron a Gandhi dos veces más en el ashram de Sabarmati y en casa de Foss Westcott en Calcuta. Volvieron a ver a Nehru en Allahabad. Estuvieron en *Viceregal Lodge* para la partida de Lord Reading y la toma de posesión de Lord Lytton como virrey interino. Buchman apreciaba especialmente las largas conversaciones con lord Lytton, quien, tras una de ellas, visitó a dos hombres que esperaban sentencia tras un atentado con

bomba contra su vida. «Nunca lo habría hecho si no te hubiera conocido», le dijo a Buchman, «me has enseñado a hablar con el hombre común y corriente».

Para entonces, Buchman parecía haberse ganado la confianza de muchos miembros del Raj británico*. Un día, visitando inesperadamente a Ralph Burton en el hospital, se le acercó una enfermera: «Oh, señor Buchman», le dijo, «el Comandante en Jefe se está muriendo y Lady Rawlinson está muy angustiada. ¿Puede venir a verla? No sabíamos dónde encontrarlo».

Cada vez más, sin embargo, se convenció de que el viejo régimen estaba en vías de extinción: «La vieja banda no sirve», dijo. «Oriente va a corregir a Occidente. Gandhi va por buen camino». De uno de sus encuentros con Gandhi en esta época solía decir más tarde: «Caminar con él era como caminar con Aristoteles».

En medio de todo esto, Buchman se enteró en abril de que su madre se había caído y se había roto la cadera. Buchman siguió escribiéndole cartas, algunas de ellas en holandés de Pensilvania. Su madre había sido invitada a pasar la Navidad de 1924 con la Sra. Tjader y lo había disfrutado mucho. Ahora la Sra. Tjader se había ido a Allentown para estar con ella en el hospital y le había enviado un telegrama a Buchman: «Esta semana se irá o se recuperará». Buchman envió un cable desde Madrás el 6 de mayo: «Muchos mensajes cariñosos. Dios me asegura que todo está bien. Estamos a salvo bajo la protección de Jesús. No hay separación. Llama al mejor especialista». Viajó en tren nocturno a una fiesta en casa en Kodaikanal. Allí, al día siguiente, recibió la noticia de que su madre había muerto. Buchman contaba a veces que había sido prevenido durante el viaje. «En el momento de la muerte, el vagón pareció iluminado de repente, tan brillante como el día».

En aquellos días habría sido imposible volver para el funeral, al que asistieron mil personas y en el que Buchman pidió a Shoemaker que hablara; y el mismo día, 12 de mayo, en Kodaikanal, un clérigo de la catedral de Calcuta dirigió una misa conmemorativa.

* Control británico de la India

Buchman escribió: «Al funeral asistieron indios y europeos. Una nota triunfal impregnó el servicio. El joven indio que compartía mi banco había pasado dos Navidades con nuestra familia en los Estados Unidos»¹⁴. A la Sra. Tjader le escribió: «Cuando te fuiste de casa con mamá. Sherry y yo bajamos por la orilla del lago - y ¡había una luna con la Cruz del Sur!. Fue maravilloso más allá de las palabras. Estaba el lago y la fina senda de abetos y luego la niebla y las estrellas. Parecía como si Dios lo hubiera planificado todo... Ha existido una cercanía y una paz indescriptibles»¹⁵.

La influencia de la Sra. Buchman en Frank Buchman había sido profunda. Su gran sentido del bien y del mal, sus cualidades hogareñas y su sentido común con los pies en la tierra permanecieron en él. Le escribió una vez: «La libertad de la que siempre he disfrutado es uno de tus rasgos más fuertes. Me ha enseñado a pensar y a actuar por mí mismo»¹⁶. Al principio, ella había intentado forjar su futuro y, cuando él estaba en China, a menudo insistía en que volviera a casa. Él se mostraba cariñoso en sus cartas, pero tenía claro que no debía vacilar en hacer lo que sentía que Dios le pedía, por muy doloroso que le resultara. Entonces, en cierto momento, su madre cedió en sus intentos de control. Parece que esto ocurrió durante su estancia en China. En cualquier caso, se produjo un cambio, y Buchman escribió algunos años después: «Su único deseo para mí era que hiciera la voluntad de Dios, y habiendo decidido que ella me apoyaba, incluso en los momentos difíciles, cuando eso significaba que yo no podía estar cerca de ella»¹⁷. En años posteriores, ella siempre rechazó la opinión de quienes decían que su hijo debía quedarse con ella. Durante sus últimas Navidades, le había dicho a una amiga: «El trabajo de Cristo debe continuar. Sí, echo de menos a Frank, pero no interferiría. Está bajo una autoridad superior». Su última carta a su hijo, escrita el día de su accidente, terminaba así: «Algún día nos encontraremos»¹⁸. Le llegó a Australia, dos meses después.

El propio Buchman relata con entusiasmo sus tres meses en Australia: «Llegamos casi como desconocidos. Empezamos con un estudiante en la Universidad de Melbourne. El primer fin de semana vinieron unos veinte hombres con creencias que iban desde el helenismo hasta el agnosticismo, y un tal Rugger Blue

nos dijo que era un anglicano ortodoxo nominal que no creía en Dios. El helenista nos dijo que los tres fines de semana le habían devuelto a la fe en Jesucristo... El cambio de vida conmovió a Melbourne... Teníamos entrevistas a todas horas»¹⁹.

Treinta años después, uno de los presentes, S. Randal Heymanson, entonces representante del *Australian Newspaper Service* en Washington, describió la escena: «Debíamos de ser una docena. Recuerdo a Bob Fraser, ahora director general de la Autoridad Independiente de Televisión en Gran Bretaña; “Mac” Ball, ahora profesor en *Macmahon Ball*, que representaba a Australia en el Consejo Aliado que gobernaba Japón inmediatamente después de la guerra, y George Paton, ahora vicerrector de la Universidad de Melbourne Frank se sentó en un gran sillón y los demás, que preferíamos el suelo, nos reunimos en semicírculo a su alrededor. Éramos un grupo difícil, y me sonrojo por nuestra arrogancia juvenil... Debía de haber oído y respondido mil veces a todas nuestras críticas y objeciones, pero nos escuchaba atentamente a cada uno de nosotros mientras exponíamos nuestro acervo de conocimientos y hacíamos nuestras ingeniosas puntualizaciones... Para los que oían y para los que no querían oír, Frank Buchman tenía la misma infinita amabilidad y comprensión... Desde el amanecer hasta pasada la medianoche estaba al servicio incluso de los menos prometedores, siempre alegre, aparentemente nunca desanimado»²⁰. En la introducción de una charla radiofónica de Buchman en julio, Frank Russell habló de «un número de nuestros jóvenes universitarios más brillantes que han sido capturados, o en todo caso cautivados», y lo describió como «un pirata de almas, haciéndoles caminar por un tablón moral»²¹.

Entre otras personas con las que se reunió estaba el primer ministro Stanley Bruce: «Sé que estás cambiando vidas», comentó Bruce, «lo que me desconcierta es cómo». También pasaron dos horas con su predecesor inmediato, el legendario pionero laborista “Billy” Hughes. En septiembre, Day se marchó a Estados Unidos -un hombre de negocios le había enviado un telegrama: «Te necesito para cien ‘*House-parties*’-», mientras que Buchman decidió regresar a través de Asia y Europa. Atravesó Siam y Birmania hasta llegar a la India, donde pasó un

fin de semana con Rabindranath Tagore y volvió a hablar con Lord Lytton. En enero escribió a un amigo, con una mezcla de acierto y clarividencia: «Ayer estuve con Ghandi (*sic*) durante dos horas. Ya no es un líder político, pero la esfera de su utilidad será la santidad, y una santidad convincente»²². No pudo aceptar una invitación posterior de Gandhi, enviada por cable, para volver a visitar el ashram de Sabarmati.

En Birmania había recibido un SOS de la reina Sofía desde Roma: «El ambiente en la familia aquí es bastante turbulento y todo está mal, y en mi angustia pensé en dirigirme a usted en primer lugar para pedirle sus oraciones y luego consejo y ayuda»²³. En Roma pasó mucho tiempo con ella y con los miembros más jóvenes de su familia, así como varios días con la reina Olga, «una maravillosa cristiana que ha visto muchas penas». Estaba muy cansado, pero, tras recibir una invitación desesperada de la reina María de Rumanía²⁴, partió hacia Bucarest, donde ella le pidió que se quedara un mes: «No me dejes», le suplicó. «No puedo hablar con nadie más». La reina escribió que «nos contagió a todos su atmósfera amable y unificadora»²⁵. Pero Buchman sólo pudo quedarse dos semanas. De vuelta a Londres, se encontró con que el jefe de camareros, el ama de llaves y el director del Hotel Brown le estaban esperando, y se sentó a hablar con ellos hasta casi la una de la madrugada.

El resto del verano no fue menos agitado. Hubo dos ‘*House-parties*’ en Rhederoord, varias visitas a Alemania, una breve visita a Allentown para asistir a la misa en memoria de su madre, durante la cual su antiguo colegio, Muhlenberg, le concedió un doctorado *Honoris Causa* en Divinidad, y un almuerzo con el arzobispo Soderblom de Suecia en el hotel Brown de Londres. La reina Olga murió en julio y él asistió a su funeral.

De vuelta a Londres, se encontró con una oposición concertada: «Un grupo de homosexuales muy conocidos ha comenzado a socavar a uno de nuestros jóvenes conversos, que ha estado progresando espléndidamente», escribió a Day en septiembre: «Le llamaron en un lujoso coche a las once de

la noche. Lo llevaron a volar en un aeroplano. Cuando vieron que no podían seducirle, le pidieron que se acostara con una de las amantes políticas más conocidas de Londres. Al negarse, le acusaron de haberse acostado con otra. ¿Puedes creerlo?»²⁶.

En los años transcurridos desde que salió de China, había conocido a muchas personas cuyas vidas estaban regidas por sus tendencias homosexuales. Dos hombres que habían asistido a una de sus '*House-parties*' en Surrey, por ejemplo, habían sido 'flagrantemente problemáticos'. «Son duros y difíciles, pero poco convincentes», señaló Buchman. «Me propongo seguir un programa intrépido, combinado con la caridad, que considere a uno mismo para no caer también en la tentación, y forjar así un mensaje para mí y para los demás que transforme vidas».

A lo largo de los años, muchas vidas se transformaron, y entre los colegas de Buchman había personas que habían tenido tendencias homosexuales, pero que habían encontrado una libertad que les permitía utilizar sus vidas con fines constructivos. Su enfoque del sexo, en cualquiera de sus formas, era siempre el mismo. Creía que era un don natural de Dios que había que utilizar bajo Su dirección, sin caer en la promiscuidad. Entendía la progresión de la indulgencia a la adicción, y consideraba tal adicción como un cautiverio espiritual, o, en palabras más llanas, pecado. «El pecado es la enfermedad, Cristo es la cura, el resultado es un milagro», era su respuesta a cada nivel de tal cautiverio. No se escandalizaba ni se mostraba mojigato. Nunca condenó, y menos aún expuso a la gente. Sentía que su tarea era ofrecer una cura que liberara las cualidades creativas de las personas para el bien de los demás y del mundo en general.

En efecto, creía que la homosexualidad activa corría el riesgo de generar otros problemas más graves que ella misma: una actitud exclusiva que excluía a todas las demás personas y primaba sobre cualquier otra lealtad, una actitud viciosa hacia los que estaban fuera del círculo y el despilfarro de vidas a menudo privilegiadas. También se dio cuenta de que algunos homosexuales tenían un celo cruzado por su forma de vida que, como en el caso mencionado anteriormente, a menudo les

hacía chocar con su trabajo. Pero nunca dudó de que toda persona que lo deseara podía ser liberada.

En septiembre de 1926, Buchman se encontraba en Ginebra, donde almorzó un día con Nehru. Para entonces Nehru ya había leído *Life Changers / Transformadores de Vida*, pero había confesado en una carta que, a pesar de la influencia de Gandhi, «el camino de la fe no encaja con mi mentalidad actual»²⁶.

En febrero, durante su estancia en Roma, todo el mundo hablaba de Mussolini, que había llegado al poder cuatro años antes, y de las mejoras sociales que estaba iniciando en aquellos primeros días. Buchman le escribió para pedirle una entrevista: «Mi misión es el desarrollo de un liderazgo constructivo en diferentes países»²⁷.

También envió a Mussolini un ejemplar de *Life Changers*: «No guarde este libro en un museo», decía en una nota dirigida al secretario de Mussolini. Sugirióle a Su Excelencia que lo guarde para su hijo Vittorio, para que lo lea cuando tenga la edad adecuada»²⁸.

Más tarde, Buchman oyó hablar a Mussolini en Perugia y al parecer quedó impresionado -«Dijo algunas cosas excelentes», escribió a la Sra. Tjader²⁹, pero no añade ningún comentario sobre una entrevista posterior que, viniendo de alguien tan entusiasta como Buchman, parece indicar que fue un fracaso o al menos una decepción. Años más tarde, cuando Stanley Baldwin, como primer ministro, le preguntó sus impresiones sobre Mussolini, hizo una pausa como buscando la palabra adecuada y luego dijo: «Me pareció un farsante».

Había llegado el momento de regresar a los Estados Unidos. En Ginebra, Buchman había recibido un telegrama de la reina Marie sugiriéndole que viajara en el mismo barco que ella y su comitiva. Aceptó, y zarparon en el *Leviathan* el 12 de octubre. Pasó mucho tiempo con la familia real en el barco, y una noche le ofrecieron una cena formal. Después hablaron de los días en Nueva York. La reina dijo que deseaba expresar públicamente su deuda con Buchman, de la que tantas veces había hablado

en privado. El príncipe Nicolas sugirió que se celebrara una fiesta en casa con este fin, en lugar de la de Rumania que se había pospuesto a causa del viaje. Al final, sin embargo, se acordó por haber una recepción en las habitaciones que la Sra. Tjader puso a disposición de Buchman en el número 02 de la calle 53 Oeste. Buchman envió un telegrama a Nueva York: «La reina acepta el té veinticuatro acompañada de Ileana Nicolas»³⁰.

En Nueva York, sin embargo, ya se estaba gestando una gran polémica sobre Buchman y su trabajo.

«LA INVESTIGACIÓN DE PRINCETON»

Los problemas habían comenzado en septiembre de 1926, en una ciudad de Connecticut llamada Waterbury. La ocasión era una misión estudiantil, a la que estaban invitados alumnos de todas las universidades del Este. Ya fuera por designio o simplemente porque eran los suficientemente entusiastas como para sacrificar los últimos diez días de sus vacaciones de verano, tres cuartas partes de los que acudieron eran jóvenes que habían encontrado una fe a través del trabajo de Buchman; y Princeton proporcionó fácilmente la delegación más numerosa, incluidos varios oficiales de la Sociedad Filadelfiana. Entre ellos estaba Ray Purdy, el sucesor de Sam Shoemaker como secretario general, que había dejado un trabajo en *Wall Street* para volver a Princeton. El propio Shoemaker había sido invitado a liderar los días de preparación de la campaña.

Durante estos preparativos, uno de los jóvenes de Princeton pudo ayudar al rector de una iglesia episcopal local con algunos problemas personales; posteriormente, el rector contó a su congregación su nueva experiencia fuera de la fe. Esto alarmó a algunos de sus hermanos en el clero. Uno de ellos, en una reunión preparatoria, declaró largamente que el clero no era el objetivo de esta misión. Cuando terminó su discurso, preguntó a Sherwood Day -que estaba sentado a su lado- qué pensaba realmente de ello. Algo sorprendido, Day respondió con franqueza: «Oratoria, oratoria vacía».

La campaña parece haber tenido bastante éxito. Después, sin embargo, aparecieron una serie de artículos críticos en una revista episcopal llamada *The Churchman* / El Eclesiástico, cuyo editor, Guy Emery Sipler, era un viejo opositor al trabajo de Buchman y del que se decía que era el inventor del término

‘Buchmanismo’. Señalaban el hecho de que Princeton había suministrado más misioneros que ninguna otra universidad e inferían que había sido un complot de los devotos de Buchman para hacerse con el control de la campaña. Los artículos, escritos por Ernest Mandeville, fueron calificados de “distorsionados, falsos e indignos” en una carta firmada por ocho eclesiásticos de alto rango que habían participado en la campaña¹. Sin embargo, la revista *Time*, el 18 de octubre de 1926, reprodujo algunas de las partes más ofensivas de estos artículos, sin sus calificaciones, y describió a Buchman, bajo una foto, como ‘Cirujano del alma y anti-auto-erotista’. Ese mismo día, Buchman, de quien *The New York Times* había informado que había cenado a bordo de un barco con la reina Marie y su familia, llegó a Nueva York.

La caza comenzó de inmediato. La aparente combinación de realeza, religión y sexo era irresistible para los periódicos, y tanto Buchman como sus amigos reales fueron perseguidos con afán. La recepción del té tuvo lugar, pero la reina Marie no apareció, aunque sí lo hizo su hijo, el príncipe Nicolas. «Mientras el Dr. Frank N. D. Buchman, ‘cirujano de almas’, permanecía pacientemente sentado en su casa, en el número 11 de la calle 53 Oeste, rodeado de 150 invitados a los que se había pedido que conocieran a la reina, Marie de Rumania desistió del compromiso, si es que se trataba de un compromiso», informaba el *New York Herald Tribune*². Al final, según el reportero, Buchman telefoneó un mensaje a la reina, y sus invitados acudieron a una breve audiencia en su hotel, cada uno con una tarjeta de admisión en blanco en la que había escrito con lápiz rojo: «*Ambassador Hotel to meet Queen Marie / Hotel Ambassador para conocer a la reina Marie*». *Time* añadió el falso matiz de que Buchman sólo había conocido a la reina cuando «fue presentado a ella en el *Leviathan* hace quince días»³.

A partir de entonces, la prensa en general tachó a Buchman de líder de una secta extraña y malsana, otro Rasputín que se aprovechaba de un breve encuentro con la realeza, que operaba en ‘habitaciones oscuras’, ‘igualado’, ‘histérico’, ‘erótico’, ‘morboso’*.

* Estas acusaciones llegaron a los archivos de los periódicos y durante muchos años impregnaron la mayoría de los relatos sobre Buchman y su trabajo en los Estados Unidos.

Estas insinuaciones hirieron profundamente a Buchman, que odiaba especialmente que le hicieran pasar por el líder de una nueva secta, tanto más cuanto que se utilizaba su propio nombre para describir lo que él consideraba el trabajo de Dios y no el suyo. La primera vez que oyo la palabra ‘Buchmanismo’, dijo, «fue como un cuchillo que me atravesó el corazón». «¿Que es el Buchmanismo? No existe tal cosa. Creemos en hacer del cristianismo una fuerza vital en la vida moderna», declaró al *New York-American*⁴.

Todo el asunto fue un *casus belli** ideal para los críticos de Buchman en Princeton. El periódico estudiantil *The Daily Princetonian* resumió lo que *Time* había dicho sobre la campaña de Waterbury y se preguntó, en un editorial, qué estaban haciendo los secretarios graduados de la *Philadelphian Society* / Sociedad Filadelfiana arrastrando el buen nombre de Princeton por el fango. Para intentar aclarar las cosas, las autoridades universitarias acordaron celebrar un foro abierto para debatir el trabajo de la *Philadelphian Society*. Se celebró en la sala de conferencias más grande de la universidad, el interés era intenso y la sala estaba abarrotada.

Resultó ser un debate más sobre el trabajo de Buchman que sobre el de la *Philadelphian Society*. Se habló mucho del ‘buchmanismo’, aunque, como dijo más tarde el médico del campus, Donald Sinclair, «nadie... parecía tener una idea clara de a qué se oponían»⁵.

En la reunión se aprobó con entusiasmo una moción para que se investigara el trabajo de la *Philadelphian Society*, la prensa neoyorquina se hizo eco de ella y el presidente Hibben estuvo de acuerdo. Se creó un comité de alto nivel** y Hibben concedió varias entrevistas a la prensa, en una de las cuales afirmó que «no hay lugar para el buchmanismo en Princeton»⁶.

Cuando el comité empezó a trabajar, encontró muy pocas pruebas que justificaran el alboroto del foro. Comenzaron,

* Es un acto o evento que provoca o se utiliza para justificar una guerra.

** El comité estaba presidido por Edward D. Duffield, presidente de *Prudential Life Insurance* y presidente en funciones de Princeton cuando Hibben falleció en un accidente de tráfico. Además, el Consejo de Administración estaba compuesto por otros dos administradores, cuatro miembros del profesorado y varios representantes de los estudiantes.

según las actas del Comité, pidiendo a los estudiantes que se presentaran y expresaran sus quejas. No se presentó ni uno solo. A continuación se dirigieron a Neilson Abeel y al grupo cuya campaña había instigado la investigación, y les pidieron que presentaran pruebas. Abeel y sus amigos se negaron a comparecer, pero facilitaron una lista de veinte nombres, a los que la comisión escribió cartas. Ninguno se presentó. A continuación, se envió a los miembros de la comisión a entrevistar individualmente a los veinte jóvenes. Dieciocho dijeron que no tenían ninguna queja, así que ¿por qué iban a comparecer? Dos sí expresaron sus quejas, pero uno de ellos decidió más tarde que había malinterpretado la situación y se retiró. El segundo presentó una queja que la comisión desestimó por ser demasiado vaga para tener validez.

En cambio, las pruebas presentadas en apoyo de la *Philadelphian Society* fueron impresionantes. El 'gabinete' de estudiantes universitarios de la Sociedad dio a sus directivos un respaldo unánime y sin reservas, y sus pruebas fueron respaldadas por lo que el comité describió en su informe como «un número considerable de estudiantes universitarios». Un joven llamado Dean Clark era un ejemplo típico. Lo que había aprendido a través de contactos con personas como Purdy, dijo, había sido «la mayor ayuda en la vida que he conocido». «No hay nada que pueda decir que exprese plenamente la deuda de gratitud que siento que tengo con estos hombres» - continuó-. «Las conversaciones que he tenido con ellos han hecho más por mí que cualquier otra cosa en la universidad. Los pedidos de Cristo sobre toda la vida y actividad de un hombre han sido expuestos por ellos de la manera más sincera y convincente - no se expresaron doctrinas... o dogmas - nada más que el simple y profundo desafío de Cristo mismo»⁷.

Buchman también empezó a recibir un modesto apoyo en la prensa. La revista *Life* (predecesora de la publicación *Time-Life*) comentó editorialmente lo que denominó «la inquisición de la Universidad de Princeton sobre las cualificaciones de Frank Buchman como influencia religiosa»: «Lo que parece hacer el Sr. Buchman», escribió el editor, E. S. Martin, «es dar a los hombres nuevos motivos y fuerza motriz. Los medios que parece tener a su disposición a veces trastornan a las personas expuestas a ellos, y nada menos porque son medios

espirituales. Tal vez sea por eso por lo que se le examina en Princeton. O puede ser que a Princeton le gusten sus estudiantes tal como son, y no quiera que se hagan hombres nuevos de ellos... lo que este mundo necesita más que nada es que muchas personas cambien en muchos de sus aspectos vitales. Nuestro mundo necesita nacer de nuevo, lo necesita urgentemente, y es al menos tan reacio a enfrentarse a ese proceso como Princeton parece serlo a que 'F.B.' transmute a cualquiera de sus hijos»⁸.

El resultado de todo esto fue un marcado cambio de ambiente entre los investigadores, que se hizo evidente cuando llamaron a los funcionarios de la Sociedad Filadelfiana ante ellos por segunda vez. «Mientras que en nuestras primeras comparecencias habíamos sido tratados como delincuentes acusados», recordaba Howard Blake, entonces secretario adjunto, «en diciembre todo el ambiente había cambiado»⁹.

El informe apareció a finales de diciembre¹⁰. El comité había, decía el informe, examinado las acusaciones: que los miembros de la Sociedad habían practicado una forma agresiva y ofensiva de evangelismo; que se había invadido la intimidad individual; que se había exigido la confesión de culpabilidad como condición para la vida cristiana; que se habían celebrado reuniones en las que se había fomentado la confesión mutua de pecados íntimos; y que se había hecho hincapié en las confesiones de inmoralidad sexual. «Con excepción de algunos casos negados por los implicados, no se nos ha presentado ninguna prueba que los confirme... o justifique. Por otra parte, a juzgar por los resultados, el trabajo del secretario general... se ha llevado a cabo con gran éxito. Ha dado a Princeton una reputación de labor cristiana eficaz y fructífera que, sin duda, no ha sido superada en la actualidad por ningún otro trabajo similar realizado en ninguna otra institución». Las únicas críticas eran que el secretario había cometido algunos errores, en gran parte por un 'exceso de celo', y que los directivos de la Sociedad se habían limitado demasiado al 'trabajo intensivo' y, por tanto, no habían logrado atraer al conjunto de los estudiantes universitarios en general.

Sin embargo, la comisión eludió cuidadosamente cualquier juicio directo sobre Buchman y su trabajo por estar fuera de

sus términos de referencia, aunque sus miembros sabían que las actividades del secretario general se basaban en los principios de Buchman. Así que los rumores originales de la prensa quedaron sin respuesta. Como escribió un joven ministro presbiteriano de Nueva York a Ray Purdy: «El comité de investigación deja a Buchman en evidencia, haciendo elogios con débiles condenas»¹¹. Buchman era muy consciente de ello y escribió a Purdy: «La exoneración debería haber venido de ti y de unos cuantos de ideas afines si el comité no hubiera querido conceder ese final». El objetivo de sus oponentes había sido «liberarle a usted pero desacreditar el trabajo a nivel nacional»¹².

La situación se agravó una vez más cuando Hibben dijo a Purdy que no sólo no estaba dispuesto a tener a Buchman en el campus de Princeton como invitado de ninguna sección de la universidad, sino que quería extender la prohibición también a la ciudad, aunque reconoció que no tenía derecho a hacerlo.

En cualquier caso, los editores del periódico del campus no tenían intención de dejar el asunto ahí. Le dijeron a Purdy que se proponían publicar una serie de editoriales condenando el evangelismo personal en el campus. Purdy se sintió ‘en el deber de responder’¹³, y escribió una carta que *The Daily Princetonian* tituló «Las prácticas del Buchmanismo se mantendrán mientras permanezcan los secretarios»¹⁴. Iba acompañada de una carta similar de Blake y de otro secretario adjunto, C. Scoville Wishard¹⁵.

Estas cartas, por supuesto, reabrieron la disputa que había dado lugar a la investigación. Hibben mandó llamar a Purdy y le pidió una garantía de que él y sus colegas no tendrían más contacto con Buchman, y dijo que les daría hasta el final del curso académico, en junio, para restablecer la confianza en sí mismos.

Purdy y sus amigos no tenían intención de aceptar la exigencia de Hibben y, a la mañana siguiente, estaban discutiendo cómo redactar su respuesta cuando Hibben volvió a telefonar. Le dijo a Purdy que no había podido dormir porque no había sido del todo sincero. Bajo ninguna circunstancia Purdy y sus colegas serían nombrados de nuevo para el año siguiente. En

consecuencia, presentaron su renuncia, efectiva desde principios de marzo.

El asunto de Princeton puso a Buchman en el punto de mira. Lo hizo de la forma que él menos deseaba, como supuesto líder de una secta o culto claramente dudoso. Por mucho que él protestara que lo que los periódicos llamaban 'Buchmanismo' era simplemente cristianismo vital en acción, en la mente del público era ahora algo aparte.

Además, los sucesos de Princeton siguieron ensombreciendo durante décadas el trabajo de Buchman entre sectores influyentes de los Estados Unidos. A Hibben le gustaba insistir en que nunca había hecho ninguna declaración pública sobre Buchman¹⁶. Pero nunca exigió a *The Daily Princetonian* o a los periódicos neoyorquinos implicados que retiraran su afirmación de que sí lo había hecho. También fue muy franco con otros académicos, como el presidente de Yale. Sus cartas muestran hasta qué punto había aceptado la línea de Abeel y otros críticos de Buchman, en contradicción directa con las conclusiones de su propio comité de investigación. Mientras tanto, un completo silencio de la prensa sobre las conclusiones del comité permitió a *Time*, siete meses después, escribir que las autoridades de Princeton habían «prohibido al Sr. Buchman la práctica de su sistema allí por considerarlo 'poco saludable'»¹⁷. El veredicto de ese comité fue olvidado, incluso en Princeton.

Así, cuando Buchman murió en 1961, las viejas acusaciones se resucitaron, y el único miembro de la comisión investigadora que aún vivía, Alexander Smith, que había sido senador de los Estados Unidos por Nueva Jersey de 1944 a 1959, se sintió obligado a repetir sus conclusiones en la revista *Princeton Alumni Weekly*: «En el actual estado crítico y confuso del mundo, todos deberíamos estar profundamente agradecidos a Frank Buchman y al gran trabajo que ha realizado», añadió. De nuevo en 1978, en un anzuelo semioficial de Alexander Leitch, secretario emérito de la Universidad de Princeton, publicado por *Princeton University Press*, se hace referencia a la controversia de forma que se perpetúan las críticas y, aunque se menciona el informe, se omiten las principales conclusiones de la comisión investigadora¹⁹.

La retirada de la reina Marie de su té de Nueva York fue una vergüenza pública y un daño personal para Buchman. Sus notas de entonces revelan lo desconcertado que estaba y lo mucho que necesitaba que le tranquilizaran: «Recupera el aplomo... Hay mucho que sufrir. ... Anímate, sé fuerte, todo va bien. Olvídalo». Sospechaba de la intervención de los 'cortesanos', pero una reciente biografía de la reina echa la culpa a sus 'anfitriones oficiales' e, implícitamente, a los acontecimientos del momento. A su llegada a la ciudad, la reina Marie recibió una tumultuosa bienvenida y lo que el *New York Times* describió como «probablemente el bombardeo de cámaras más implacable... de la historia del mundo». «Ebullente y entusiasta, nunca perdió la compostura ni el buen humor, ni siquiera con los a menudo cínicos representantes de la prensa». Tras una visita a Washington para reunirse con el presidente Coolidge, regresó a Nueva York con un fuerte resfriado y sólo su 'entrenamiento real' le permitió desafiar al médico y mantenerse en pie. «Objeto de una lujuria social incontrolada, a la reina le molestaba la 'temible competencia' entre sus patrocinadores por su atención ... Presionados por sus anfitriones oficiales para que dejaran de lado a Buchman, Marie y sus hijos se opusieron. El repudio público de un viejo amigo, dijo la reina, iba en contra de su 'credo' real²⁰. El domingo 24 de octubre, Marie acudió por la mañana a la iglesia del Calvario, pero sólo el príncipe Nicolas asistió a la recepción de Buchman.

Buchman redactó inmediatamente una carta advirtiéndola de que no pusiera en peligro 'el desarrollo moral y espiritual de sus hijos'. No se sabe exactamente qué envió. «La reina Marie está descontenta desde que recibió su carta. Le escribirá con todo detalle», se le notificó un poco más tarde. Había regresado a Rumanía, donde había comenzado la enfermedad terminal del rey Ferdinand y donde, con la renuncia del príncipe Carol a su derecho a la sucesión en París, se encontraba en medio de una crisis constitucional. Su carta manuscrita de cuatro páginas dirigida, como de costumbre, al «tío Frank» lleva fecha del 15 de abril de 1927.

Le dio las gracias por sus buenas noticias y, como una mártir de los ataques injustos de los periódicos a otro, le deseó que

saliera sano y salvo de las dificultades que se acumulaban en su «valiente camino». Le preguntó si pensaba que ella pertenecía al grupo de las vírgenes necias que no encendieron sus lámparas, y le dijo que intentaba vivir lo más rectamente posible, pensar lo más rectamente posible y actuar lo más rectamente posible, aunque sabía que no era perfecta.

Buchman le contestó agradeciéndole su ‘franca carta’:

«Usted es maravillosa desde el punto de vista humano, pero la verdad es que carece del máximo poder... El tío Frank no puede ni debe condenarle de pecado, debe ser el Espíritu Santo. Estoy pensando en días futuros... y si tuviera este poder como posesión el futuro podría cambiar... Estoy seguro de que usted tiene suficiente cristianismo para llevarla al cielo, pero hay peligro de que su cristianismo sea a veces un sentimiento... Siento que hay mucho más que Él quiere decirle si usted mantiene la disciplina de un tiempo de silencio por la mañana temprano y esa entrega de sí misma y de los planes humanos a Su voluntad y Su camino... .

¿Qué esperanza hay para la realeza o para cualquier otra persona sino el renacimiento? ... ¿Puede la ‘voz suave y pequeña’ ser el factor decisivo en situaciones políticas, como las que enfrenta en estos días de crisis?... Permítame decir, con la mayor convicción, que es lo único que lo hará.

Me conmueve profundamente que me pida que guarde un gran lugar en mi corazón para sus hijos... con mucho gusto lo haré siempre ... Dejad que madre e hijos vayanlo suficiente para divertirse en la vida cristiana. ¡Es un romance insuperable! Es la mayor aventura de la vida ... Con el más raro sentido de compañerismo con usted ... Su amigo fiel²¹».

Ante las dificultades derivadas del altercado de Princeton y la amplia publicidad condenatoria, Buchman reaccionó con una mezcla de fe, obstinación y sentimientos heridos. Escribió a George Stewart Jr: «He pasado estas semanas con una paz que sobrepasa el entendimiento humano, viviendo en el gran torbellino con la mayor tranquilidad, sin resentimiento, sin

mala voluntad...»²². Ciertamente, el artículo del *New York-American* informaba de que «sonreía tranquilamente y negaba sin vehemencia» los diversos cargos que se le imputaban. Pero su carta a Purdy quejándose de que él mismo no había sido exonerado también acusaba a Purdy de deslealtad hacia su persona. Esto era injusto para Purdy, que se había mantenido firme tanto durante la investigación como en un comunicado de prensa a *Associated Press* que la agencia no había enviado. Purdy parece haber comprendido el dolor que se escondía tras la acusación personal, y respondió con una carta en la que, de forma compasiva pero firme, exponía su visión de los hechos.

En el punto álgido de la crisis, Buchman dijo: «Estamos desacreditados internacionalmente», y se marchó a estar solo. Regresó unas horas más tarde diciendo que toda la situación sería «una caja de resonancia para la nación».

Siete años más tarde, Henry van Dusen, que había defendido a los colegas de Buchman ante el comité pero se había distanciado poco después, estimó que Buchman se había quedado con «no más de media docena de personas a ambos lados del Atlántico» dispuestas a trabajar con él. Se trataba de una subestimación ridícula, pero que demostraba hasta qué punto el asunto había afectado a la mentalidad de Princeton.

«OXFORD Y SUDÁFRICA»

Cuando la derrota amenazaba, el instinto de Buchman era atacar. Así que organizó en el lago Minnewaska, en el estado de Nueva York, lo que resultó ser la mayor 'house-party' estadounidense hasta la fecha. J. Ross Stevenson, director del Seminario Teológico de Princeton, que había apoyado a Buchman durante toda la controversia, y los profesores Alexander Smith y W. B. Harris acudieron desde Princeton.

Otros cinco llegaron desde Oxford. Uno de ellos, J. F. Brock, un sudafricano becado por Rhodes en el *University College*, había dejado perplejo a su tutor al pedir permiso para posponer un año sus exámenes finales para poder asistir. Las autoridades del colegio lo debatieron, pensaron que era un error, pero le dejaron ir porque consideraron que subyacía a la petición una convicción genuina. Al año siguiente se presentaría a los exámenes finales con altos honores, y más tarde se convertiría en catedrático de Medicina en Ciudad del Cabo.

Un mes después de su renuncia, los tres líderes de la *Philadelphian Society*, junto con Eleanor Forde¹, canadiense y primera mujer que viajó internacionalmente con los 'grupos'^{*}, se encontraban en Oxford. Kenaston Twitchell, de Princeton, que se había casado con Marion, la hija de Alexander Smith, ya estudiaba en Balliol, y juntos reforzaron el trabajo que se había ido acumulando desde el regreso de Loudon Hamilton.

Julian Thornton-Duesbery, entonces capellán del *Corpus Christi*, celebraba una reunión semanal en su estudio, pero el número de asistentes pronto le obligó a trasladarse a la sala de conferencias, y cincuenta de ellos acudieron a una 'house-

* 'Grupo' era como el trabajo de Buchman empezaba a hacerse conocido informalmente.

party' en la cercana Wallingford en el verano de 1927. Eran una muestra representativa de la universidad, aunque algunos, como Dickie Richardson, que pronto sería capitán de boxeo, eran entusiastas deportistas, y otros, como Brock, destacados estudiantes. También había un puñado de miembros veteranos de la universidad, como el reverendo G. F. Graham Brown, director de *Wycliffe Hall*, el colegio teológico anglicano, cuyo interés surgió de una pequeña reunión en Londres, presidida por Buchman. Cuando entró en la sala se encontró a un estadounidense, evidentemente borracho, insultando a Buchman con los rumores de Princeton. Todo el mundo parecía incómodo excepto Buchman, que le dejó terminar y le dijo: «Está bien, ahora te sentirás mucho mejor». Al día siguiente, el joven estadounidense buscó la ayuda de Buchman para su propia vida. Graham Brown solía decir que aprendió más del tratamiento que Buchman dio a aquel incidente que de muchos años de enseñanza universitaria.

Como en Princeton, el crecimiento del interés no dependió de la presencia de Buchman, porque pasó relativamente poco tiempo en Oxford, y surgió menos de la novedad de la doctrina que de la evidencia de cambios en la vida de la gente.

Algunos de los nuevos conversos se dedicaron a reclutar a sus amigos (y enemigos) con gran entusiasmo; otros mostraban una despreocupación rayana en la indiferencia. «Solía jugar al golf con un estudiante de teología llamado Chutter», cuenta Alan Thornhill, que entonces estudiaba en *Wycliffe Hall*, «era un tipo muy indisciplinado, pero de repente empezó a madrugar y le pregunté qué le había pasado».

«Oh», dijo, de una manera muy despreocupada, «Conocí a algunas personas interesantes».

«Bueno, ¿quiénes son?» Le pregunté.

«Son un grupo de universitarios que ponen en práctica el cristianismo».

«¿Se les permite a otros conocer a esta gente misteriosa?» Pregunté.

«No estoy seguro», dijo Chutter, «pero lo averiguaré». Por supuesto, eso despertó mi curiosidad y, la siguiente vez que le vi, le pregunté si sus amigos habían decidido si se dignarían a recibirme. «Sí», me dijo, «ven mañana», así que fui a una reunión después del almuerzo en la biblioteca de la iglesia de la Universidad *St Mary's*.

«Era una reunión de más de cuatro», recuerda Thornhill, «y uno o dos de ellos ya llevaban equipo de remo. Había conocido a cristianos que te abofeteaban, pero esto no era así en absoluto. Me parecieron un grupo muy normal y hablaban del bacalao y de su propia experiencia de la forma más natural, con humor y honestidad».

«En aquel momento, por supuesto, ni siquiera había oído hablar de la existencia de Buchman. Desde luego, nadie lo mencionó en la reunión. Luego me invitaron a otra reunión en la que había unas treinta personas.

Alguien sugirió que nos tomáramos un rato de silencio, pero la idea de escuchar a Dios era una novedad para mí y, cuando me tocó hablar, no tenía ni la más remota idea de qué decir. Así que les conté que la noche anterior había estado en el *New Theatre* con un estudiante chino. Era una revista bastante sórdida y él se sintió un poco avergonzado por las coristas. Me sentí fatal después, porque obviamente no le había gustado. “Ahora, ¿qué es lo correcto cristianamente en tales circunstancias?” Dije, tratando de iniciar una discusión intelectual al estilo Oxford.

Una voz detrás de mí dijo: “¿Y qué has hecho?”.

No tenía ni idea de quién lo había dicho, pero pinchó la burbuja y llegó al meollo de la cuestión. “Bueno, nada, de hecho”, dije, sintiéndome bastante incómodo.

Entonces Buchman, porque era él, contó una ligera historia teatral para tranquilizarme. “Pero piensa”, añadió, “¡qué gran fuerza para Dios podría ser el teatro en el mundo!”. Era un hombre enérgico y elegante, con gafas

sin montura y traje de *tweed*, y evidentemente estadounidense.

Cuando llegué a conocerle un poco, pensé que era simpático pero un poco torpe, un buen hombre que haría un trabajo útil si entendiera mejor Oxford. Decía cosas como: “El plátano que sale del racimo siempre se despelleja”. “Pero, Frank”, le decía yo, “ése es el propósito de un plátano”, pero él se reía y lo repetía cuatro veces. Luego solía decir que *P-R-A-Y* (orar) significaba Poderosos Radiogramas Siempre Suyos. ¡Qué mal gusto, pensaba yo!.

A pesar de la falta de carisma exterior de Buchman, cada vez más personas empezaron a sentirse intrigadas por los cambios que podían ver en las vidas de sus amigos o alumnos. Sin embargo, a medida que crecía el interés, también lo hacía la oposición.

En los primeros meses de 1928, el número de jóvenes que acudían a las reuniones era tan elevado que, en febrero, los amigos de Buchman decidieron alquilar el salón de baile del Randolph, el hotel más grande de Oxford. El *Daily Express* se enteró de ello y el 27 de febrero publicó un artículo bajo el titular: «Escenas de renacimiento en Oxford. Nueva extraña secta de estudiantes universitarios. Reuniones de oración en un salón», lo que traía ecos inconfundibles de Princeton.

El periodista afirmaba que «un sensacional renacimiento religioso está causando revuelo, y cierta consternación, entre los estudiantes de Oxford». «El foco principal», escribía, «era un grupo que se reunía todos los domingos por la noche en el salón privado del hotel más grande de Oxford, y la confesión pública de los pecados había sido una característica de estas reuniones».

«Tal prueba», continuaba, «naturalmente implica una violenta tensión emocional y, en el caso de uno o dos jóvenes de temperamento nervioso, los desafortunados resultados de su “conversión” han provocado severos comentarios, y se dice que están atrayendo la atención de las autoridades universitarias».

Sin embargo, en la reunión a la que asistió no hubo, al parecer, ni rastro de estas violentas tensiones, ni pudo informar de que se hubiera hecho una sola confesión jugosa, ni de ningún resultado desafortunado concreto. Según él, había 125 hombres presentes, casi todos estudiantes universitarios. «Sus holgados pantalones grises y los cigarrillos que fumaban libremente contribuyeron a crear la atmósfera de informalidad que caracterizó toda la reunión. Hubo tanta devoción como discusión durante las dos horas que pasaron allí, pero una ausencia incluso del ceremonial elemental de estar de pie o arrodillarse. Estaban sentados en sillones, incluso cuando hablaban»².

El mismo día, el *Express* también publicó un editorial en el que se aprobaba en gran medida la idea de que era inspirador que hubiera signos de una «profunda agitación del sentimiento religioso» en Oxford y que, aunque era fácil burlarse de tales búsquedas juveniles de la realidad de las cosas espirituales, «éstas son las aventuras que, cuando se emprenden con seriedad y sinceridad, fermentan la vida, mantienen a raya el materialismo y fortifican el alma de la generación venidera»³.

Esta incoherencia se debe sin duda a que el editorial y el reportaje son obra de manos distintas. El reportero era Tom Driberg, más tarde presidente del Partido Laborista, que acababa de salir de *Christ Church* sin título pero con una excitante reputación en fiestas de magia negra y se había incorporado al *Daily Express* a modo de prueba.

Driberg continuó con un segundo artículo al día siguiente: «Los miembros de la nueva secta», escribió, «se toman de las manos en un gran círculo y, uno tras otro, aparentemente ‘inspirados’, hacen una confesión completa de sus pecados»⁴. De nuevo, no se nombra al confesor ni se cita la confesión real.

Un director de universidad (no identificado), añadió, le había dicho que «esta indiscreta divulgación de los sentimientos de uno debe producir ciertamente una especie de emoción entre los oyentes, que difícilmente puede describirse con otra palabra que no sea sensual». Se trataba, según el director del colegio, de «un sensualismo morboso disfrazado de religión».

Dada la naturaleza de los supuestos implicados, la historia suena cuando menos inverosímil. La idea de que el capitán de boxeo de la universidad se diera la mano con un grupo de remeros requiere un considerable salto de imaginación*. Driberg continuó: «Los estudiantes universitarios estadounidenses declararon que las autoridades de la Universidad de Princeton, donde se originó el movimiento, lo detuvieron tan pronto como supieron de su existencia».

El tercer artículo, al día siguiente, era menos sensacionalista, posiblemente porque cuatro hombres de Oxford habían esperado al director del periódico y exigido una información más precisa⁵.

El domingo siguiente, a sugerencia del reverendo Graham Brown, la reunión se trasladó del hotel Randolph a *St Mary's*, la iglesia de la universidad, y el *Daily Express* informó con petulancia de que, debido a su publicidad, el salón de baile del Randolph se había quedado pequeño⁶. Dos cartas contemporáneas dirigidas a Buchman añaden algunos antecedentes interesantes: «El autor de los artículos difamatorios del *Express* de la semana pasada», decía la primera, «se presentó anoche con una veintena de compañeros de *Christ Church*, encabezados por uno que solía estar en Princeton, con la esperanza de poder entorpecer la reunión. No se dieron cuenta de que se había trasladado a *St Mary's*. Al ver el salón vacío, tiraron algunas sillas y se marcharon». Un informe posterior añadía: «Algunos de los hombres responsables de estos artículos han venido al grupo y nos han hablado del estado de ánimo medio cínico y bromista que se combinó con una imaginación fértil para producirlos», y afirmaba que «uno de los estudiantes universitarios en cuestión había llevado consigo a la reunión inexistente un relato muy colorido de sus procedimientos y de cómo la habían interrumpido disgustados»⁷.

* Thornton-Duesbery comenta: «Los artículos no afirman que el escritor haya oído tales confesiones, ni da un solo nombre de alguien que lo haya confesado o que afirme haber oído tales confesiones. Sin duda, como buen periodista, lo habría hecho si hubiera podido. No pudo porque tales cosas no sucedieron. Yo estuve presente en prácticamente todas esas reuniones de Oxford, y nadie se cogió de la mano, ni hubo confesiones desagradables o emotivas por parte de estudiantes universitarios». (*El Secreto a Voces del RM*, Blandford, 1964, pp. 10-11).

Sin duda, el director del *Daily Express* desconocía estas payasadas, ya que fue esta serie - “mi primera ‘primicia’, la primera historia, creo, en un periódico de gran tirada” sobre el Grupo de Oxford⁸ - la que confirmó a Driberg en su puesto, que más tarde se convertiría en su largo y brillante mandato como columnista del periódico bajo el seudónimo de “William Hickey”.

Buchman no estaba especialmente abatido. Al día siguiente del artículo hostil, escribió: «Nada que temer. Alabado sea Dios. Todo va bien. A dormir».

De hecho, los ataques de la prensa suscitaron cierto apoyo. El *Oxford Times* del 2 de marzo declaraba que «no se trata en absoluto de una nueva secta religiosa. Es un esfuerzo por darse cuenta más plenamente del valor del cristianismo aplicado más particularmente a la vida y los problemas cotidianos»; mientras que el *Church Times*, que cubrió una de las series de *At Homes* ofrecidas por Lady Beecham en su casa de *Grosvenor Square*, informó de que «Uno por uno, los jóvenes se levantaron... y contaron de la forma más sencilla posible cómo la influencia de Frank Buchman... había alterado completamente sus vidas, haciéndoles personas reales en lugar de falsas... El Buchmanismo claramente no es un “ismo”, en el sentido de que tiene principios propios... Su efecto sobre el individuo es, por lo que yo he podido percibir, convertir la religión convencional en una religión real y personal⁹.

Sin embargo, los ataques continuaron. A. P. Herbert, uno de los humoristas más divertidos de la época, publicó una sátira en *Punch* basada obviamente en los recortes de Driberg¹⁰ y, al comienzo del curso de verano, la revista *Isis* de los estudiantes de Oxford exigió la expulsión de los ‘buchmanistas’ de la universidad. «El buchmanismo», declaraba, «está floreciendo... En una atmósfera que oscila entre la risa tonta y el fanatismo, se deja de lado la moderación. Las autoridades parecen alarmadas, pero permanecen apáticas». Ya era hora de hacer algo¹¹.

El artículo de *Isis* tuvo un efecto insignificante en Gran Bretaña, pero fue recogido tanto por *The Time*¹² como por el *New York Times*, que añadió, como contribución propia, que las

autoridades universitarias instaban a la expulsión de Buchman y sus seguidores^{13*}.

Algunos altos cargos de la universidad ya habían salido en defensa de Buchman. Entonces, el 23 de junio, apareció una carta en *The Times* con once firmas académicas, entre ellas las de los directores de dos facultades, en la que se hacía referencia a los informes que habían circulado sobre el trabajo de Buchman y se declaraba: «Por lo que hemos observado de los resultados de su trabajo, creemos que estas críticas han surgido de malentendidos y rumores infundados, y tergiversan el espíritu de su trabajo». El mismo día, el *Manchester Guardian* calificó el trabajo de Buchman de «extraordinariamente impresionante» y predijo que tendría «una gran y creciente influencia».

Mientras tanto, el *Express* había publicado una declaración del canónigo L. W. Grensted, capellán y miembro del *University College* y profesor universitario de psicología: «He visto a muchos de los líderes del grupo y me gustaría dar testimonio no sólo de la cordura general con la que han organizado sus esfuerzos, sino también de su eficacia real. Los hombres que he conocido -y son sólo unos pocos entre muchos- no sólo han encontrado una fe más fuerte y una nueva felicidad, sino que también han hecho progresos definitivos en la calidad de sus estudios, y también en el atletismo»¹⁴.

Ese mismo verano de 1928, seis hombres de Oxford fueron a Sudáfrica en las largas vacaciones. Cinco de ellos, como Brock, eran sudafricanos, y el grupo incluía también a Loudon Flamilton y Eric van Lennep, el joven holandés. Su primer problema fue empezar a recaudar el dinero de los pasajes. «Empezamos a rezar para conseguir dinero», recuerda Hamilton. «Recuerdo que abrí una cuenta en el *Chartered Bank* sin tener nada, pero el dinero empezó a llegar por diversos medios misteriosos. No escribimos ni una línea a nadie, ni una carta, pero pronto tuvimos suficiente para los que, como yo, necesitaban dinero para el billete». Otros, como van Lennep, podían permitirse pagar por sí mismos.

* Uno de los que difundieron este rumor fue el reverendo F. D. V. Narborough, que había sido capellán del *Worcester College* entre 1922 y 1926.

Buchman fue informado de esta iniciativa una vez planificada y no hizo ningún intento por controlar o dirigir sus actividades en Sudáfrica. La única precaución que tomó fue decirle a cada uno de los miembros del grupo -por separado- que sería la persona a cargo, una maniobra que salió a la luz a bordo del barco cuando uno de ellos convocó una reunión en su propio camarote, sólo para encontrarse con la resistencia de todos los demás, que habían recibido instrucciones similares. «Nos dimos cuenta», dijo Hamilton, «de que quería que todos estuviéramos al mando por igual, que fuéramos un equipo responsable». El único mensaje que Buchman envió durante todo el viaje fue un telegrama en el que decía que él mismo vendría al año siguiente.

A pesar de su inexperiencia, este equipo de jóvenes dejó una impresión considerable por dondequiera que pasó. James Lang, el director del *Grey College*, la antigua escuela de Brock en *Port Elizabeth*, encontró «algo franciscano en la naturalidad del enfoque y la simplicidad del método»¹⁵ y el ministro presbiteriano más popular de Pretoria, Ebenezer Macmillan, habló públicamente de la nueva experiencia que había encontrado a través de ellos: «Sólo había que oírles», dijo a su congregación, «para darse cuenta de que han conseguido algo que nosotros no tenemos, o que una vez tuvimos y perdimos». L. P. Jacks habla del resplandor perdido de la religión cristiana: «eso es precisamente lo que ellos han encontrado»¹⁶.

La visita tuvo un efecto secundario inesperado. Casi desde el principio, los periódicos -buscando un eslogan sencillo para describirlos- los etiquetaron como “el Grupo de Oxford”. Se cuenta que un empleado de un coche cama, buscando un nombre para poner en su compartimento, utilizó esa frase para el grupo de jóvenes que sólo tenían Oxford como algo en común, y que la prensa que se reunió con ellos la adoptó. El nombre se mantuvo porque describía exactamente al grupo. Francis Goulding -un graduado de *St John's* que por entonces trabajaba a tiempo completo con Buchman- recuerda que recibió la noticia de que este nombre se estaba utilizando de forma generalizada: «No estaba entusiasmado, pero dijo: “Si

* El *Sunday News* de Durban (6 de junio de 1939) atribuyó este hecho a John Geary, del *Pretoria News*, que «tenía el don de acuñar frases, la más famosa de las cuales es "El Grupo de Oxford"», utilizada por primera vez, *Pretoria News*, 10 de septiembre de 1928.

hay que llamarlo de alguna manera, eso es tan bueno como cualquier otra cosa”».

En los primeros meses tras las dificultades de Princeton, con *Time* pisándole los talones, Buchman parece haber sentido la necesidad de restablecer el equilibrio en su propio país. En septiembre de 1927 escribió a la Sra. Tjader preguntándole si podía hacer que su nombre figurara en el *New York Social Register*. Él le dijo a ella: «Creo que debe hacerse por el bien del trabajo»¹⁷. No tenía por qué preocuparse. La demanda de ‘*House-parties*’, tanto en Europa como en los Estados Unidos, crecía constantemente.

Hubo una serie de reuniones de gran tamaño en el norte del estado de Nueva York y en Nueva Inglaterra; tres al año en Rhederoord (Holanda), una cuarta en Wassenaar; dos en Melrose (Escocia); dos más en Cambridge; y una fiesta en el Hotel Beauregard de Wallingford se convirtió en un acontecimiento habitual antes del comienzo de cada trimestre en Oxford.

Estas ocasiones habían dejado de ser asuntos privados en domicilios particulares debido al aumento del número de asistentes. Cada vez se celebraban más en hoteles, y cada vez despertaban más la curiosidad de todo tipo de investigadores, aficionados y profesionales.

Algunos, como Kenneth Irving Brown¹⁸, se marcharon declarando que no había habido «ningún sentimiento de algo extraño, ninguna euforia emocional consciente, ninguna solemnidad religiosa», que por el contrario «la religión se discutía con facilidad, humor y naturalidad». En una línea similar, el reverendo Graham Baldwin¹⁹ informó de que, en reuniones salpicadas de estallidos regulares de risa, se habían roto todas las barreras.

Por otra parte, J. C. Furnas, al informar sobre una ‘house-party’ a finales de 1927²⁰, había considerado claramente repugnante todo el acontecimiento. Hablaba de la «voz grasienta» de Buchman, de sus habitaciones «excesivamente recargadas» y de su «pueril avidez por los detalles morbosos».

A la vista del número de personas que afirman haber escuchado confesiones públicas imprudentes, algunas debieron tener lugar. Sin embargo, yo mismo asistí a reuniones a partir de 1932 y no recuerdo haber oído ninguna. Cuthbert Bardsley, durante algunos años colega de Buchman, dijo tras su jubilación del obispado de Coventry: «Nunca me topé con confesiones públicas en ‘house-parties’, o muy, muy raramente. Frank trataba de impedirlo y se enfadaba mucho si la gente traspasaba los límites de la decencia». Se dice que Buchman dijo una vez, cuando un clérigo dijo una tontería: «Creo que habría sido más prudente si se le hubiera reprendido, pero, por supuesto, no se puede esperar que todos los párrocos hablen con sentido común. Algunos, por desgracia, no lo hacen».

Sin embargo, cada persona se escandaliza por cosas diferentes. Hablando de este libro con un viejo amigo socialista en 1982, me preguntó de repente si «todas esas confesiones» de los años treinta seguían existiendo. Pensé que se refería al tipo de cosas registradas por Furnas, y le pregunté: «¿Qué confesiones?». «Bueno», respondió, «una vez asistí a una reunión en Oxford y Austin Reed (el fabricante de ropa de *Regent Street*) se levantó y dijo que había tenido que revisar toda la estructura de precios de sus tiendas porque estaba cobrando demasiado». Debe haber sido doloroso para un hombre tan reticente como Austin Reed hacer tal admisión, pero parece ser el tipo de comentario que inclinaría a otros hombres de negocios a buscar en sus conciencias, algo que uno esperaría que un socialista recibiera con agrado.

Como de costumbre, las críticas no parecen haber desviado a Buchman. Cuando la revista *Atlantic Monthly* le pidió un artículo sobre el movimiento, Buchman le dijo a su editor, John Roots, que debía ser muy categórico sobre la actitud del Grupo de Oxford hacia el tema del sexo: «Abordamos sin vacilaciones los problemas sexuales en la misma proporción en que se abordan y se habla de ellos en ese registro autorizado que es el Nuevo Testamento... Nadie puede leer el Nuevo Testamento sin enfrentarse a ello, pero nunca a expensas de lo que consideran pecados más flagrantes, como la deshonestidad y el egoísmo»²¹.

El Dr. J. W. C. Wand, entonces decano del *Oriel College* y más tarde obispo de Londres, expuso sus impresiones en la edición de agosto de 1930 de la revista *Theology*. Después de afirmar que «había numerosos casos registrados del maravilloso éxito del Dr. Buchman con las personas a través de revelarles el pecado real en su propia vida», añadió: «Esto, hay que señalar, es el pecado interpretado tan ampliamente como en los evangelios. Se oye hablar más de egoísmo, orgullo y mala voluntad que de cualquier otra cosa, y la acusación de que el 'Buchmanismo' se ocupa indebidamente de cuestiones sexuales es mejor rechazarla como una mera tontería».

En la primavera de 1929, Buchman zarpó hacia Europa con destino a Sudáfrica. Su único compañero de viaje era un graduado de Yale llamado McGhee Baxter. Baxter era un alcohólico que ya se había divorciado, pero había conocido a Buchman el otoño anterior y había decidido empezar de nuevo. Aunque era consciente de sus continuos problemas, Buchman tenía grandes esperanzas puestas en él.

«M.», dijo una mañana, «podría dar un paso adelante hacia un liderazgo triunfante. Lo que necesitamos es la luz de Dios en cada rincón de nuestras vidas. Hay que limpiar los sótanos y el depósito de carbón. Nunca pierdas el cuidado de Dios por M. Haz que M. comparta contigo alguna de sus solitarias horas de vigilia... M. un testigo del Espíritu».

Ese verano levó a Baxter con él a todas partes, a fiestas en Wallingford y Scheveningen en Holanda, a Baden-Baden y a la casa de Hesse en Alemania. Durante gran parte del tiempo, Baxter se mantuvo sobrio y, cuando Buchman zarpó para Sudáfrica quince días antes que el grueso de su equipo, Baxter volvió a acompañarle.

Fue una decisión extraordinaria. Era la primera vez que Buchman llevaba un equipo al extranjero bajo su nueva etiqueta de 'El Grupo de Oxford'. Ya le habían llovido muchas críticas y sabía perfectamente que a su llegada volvería a ser el centro de un considerable interés público y de la prensa. Parece que estaba dispuesto a asumir riesgos que cualquiera que hubiera querido construir una obra de prestigio habría considerado temerarios.

A bordo del *Arundel Castle*, Baxter tuvo que enfrentarse a todas las deliciosas tentaciones de la vida a bordo de un barco: «Es difícil», dijo Buchman una mañana. «Prepárate para lo peor». Al mismo tiempo, sabía que no ayudaría a Baxter si intentaba restringirlo, y no tenía intención de hacerlo: «En todas las acciones con M., el cielo es el límite», escribió en un momento de silencio.

La noche antes de aterrizar en Ciudad del Cabo, Baxter se metió en una fiesta de última hora y, a la mañana siguiente, estaba completamente borracho. Buchman luchó por vestirle antes de que el barco atracara y, mientras Baxter era conducido tranquilamente fuera del barco por Loudon Hamilton, que había permanecido en Sudáfrica desde el año anterior, respondió a las preguntas de la prensa. Ni siquiera entonces perdió la fe en Baxter, que de hecho demostró ser un miembro eficaz, aunque imprevisible, del equipo de Buchman a lo largo de los tres meses y medio que pasó en Sudáfrica.

Una de las veintinueve personas que se unieron a Buchman era Eleanor Forde, a la que Baxter llevaba tiempo persiguiendo con propuestas de matrimonio. Justo después de que el grupo principal llegara a Ciudad del Cabo, salieron a pasear juntos por una playa. Un periodista atento los fotografió y la imagen apareció en su periódico. Eleanor temió que la foto diera una impresión equivocada, de entrada, de Buchman y su grupo, y se retiró a su habitación llorando. Una hora más tarde, llamaron a la puerta. Afuera estaba Buchman, con una única rosa roja que le entregó sin mediar palabra.

La gira consistió principalmente en cinco grandes ‘*house-parties*’, cada una en una de las grandes ciudades sudafricanas o cerca de ellas. Cada una de ellas duró diez días, se celebraron en hoteles grandes y atrajeron a un gran número de personas. Entre 600 y 700 personas acudieron a la ‘*house-party*’ celebrada a treinta kilómetros de Ciudad del Cabo.

«En *Jo'burg*, yo sólo era un policía de tránsito que dirigía a la multitud», cuenta Loudon Hamilton, «parecía que nunca podíamos terminar una reunión. Si alguien del público se levantaba para marcharse, siempre había al menos otros tres

esperando para ocupar su lugar». El método de las reuniones era muy sencillo: «Quien dirigía la reunión se limitaba a pedir a otros miembros del equipo itinerante que contaran la historia de su propio cambio».

«El mensaje de las reuniones era directo y personal», recuerda Eleanor Forde. «Antes de que se marcharan, nos asegurábamos de que habían entendido bien las normas morales absolutas y les citábamos al día siguiente, uno tras otro, durante veinte minutos: “Repasen esas normas antes de reunirnos y luego hablaremos de escuchar a Dios”, les decíamos».

«Por supuesto, no todos venían al día siguiente, pues no todos lo tomaban en serio, pero casi todos lo hacían. Así que venían y lo tenían todo escrito, y ¡vaya! las cosas que salían eran las más profundas de sus vidas. Luego se arrodillaban y tomaban la decisión de entregar sus vidas a Dios, y después se iban y cambiaban a otras personas. Gente de todas las edades, una era la directora de una escuela femenina y otra la matrona de un gran hospital de Johannesburgo. Por eso nos pidió que fuéramos a quedarnos en su casa de enfermeras».

«Me impresionaron mucho», recuerda Bremer Hofmeyr, entonces estudiante universitario que pronto sería becario Rhodes en Oxford, «estaba acostumbrado a los espectáculos unipersonales, pero esto no era así. El propio Buchman dirigió algunas de las reuniones -estaba impecable y se movía a un ritmo tremendo-, pero mi impresión general no fue la de una persona, sino la de un grupo».

La visita del grupo conmovió a todo tipo de personas, algunas a pesar de sí mismas. El Obispo Karney de Johannesburgo, predicando ante el gobernador general, el conde de Athlone, y su esposa la princesa Alice, admitió que había ido a la fiesta en Bloemfontein «cansado y hastiado y no un poco crítico» pero que había vuelto «sintiéndome mucho más humilde de lo que fui. Me sentí profundamente conmovido»²²; mientras que el obispo Carey de Bloemfontein declaró que ahora sentía «la necesidad de un mayor poder para alterar y recrear las vidas de las personas que me han sido encomendadas» y que estaba «tratando de descubrir dónde puedo hacer modificaciones o cambios»²³.

El gobernador general era amigo de la familia van Heeckeren. Lily van Heeckeren se alojó en la Casa de Gobierno mientras estuvieron en Pretoria, y Athlone les esperaba cada noche para saber qué había hecho el grupo ese día. Invitó a Buchman a tomar el té y le preguntó cómo había llegado el grupo a un joven *afrikáner** tan destacado como George Daneel, que había formado parte del equipo de rugby de los *Springboks* en 1928.

En aquella época, Daneel se estaba formando para ser ministro de la Iglesia Reformada Holandesa, y todavía era algo inocente. Buchman empezó a enseñarle a tratar con personas individuales. Una noche lo dejó con un amigo, Don Mackay, para que vigilara a Baxter, que estaba más acuciado de lo habitual por su problema crónico y dormido en su cama. Daneel y Mackay tuvieron una larga charla junto al fuego en el salón de al lado. A su regreso, Buchman preguntó a Daneel cómo le había ido.

«Bien, Frank, todo tranquilo».

«Eso suena mal», replicó Buchman.

La investigación reveló que la habitación de Baxter no solo estaba tranquila sino vacía, con la ventana abierta de par en par. Buchman envió a Daneel y Mackay a buscarlo. Debían dividir la ciudad en dos y visitar todos los bares. Temprano por la mañana volvieron con las manos vacías. Baxter había llegado a casa tambaleándose a las tres de la madrugada.

Las *'house-parties'* eran para blancos, pero el grupo visitó Lovedale y el cercano Fort Hare, las únicas instituciones de educación superior para negros en el Cabo. Aparte de esto, su visita tuvo poco efecto en lo que entonces se conocía como 'el problema de los nativos', pero que no se había planteado entonces con tanta agudeza como cabría imaginar ahora. La cuestión clave parecía ser el rencor que enconaba a los sudafricanos de habla inglesa y *afrikaans*** por el trato que el ejército británico había dispensado a los civiles afrikáners durante y después de la guerra de los bóers.

* Los afrikaanders, afrikáners o bóeres son un grupo de población de ascendencia mayoritariamente neerlandesa, residentes en territorio sudafricano.

** El afrikáans es una lengua germánica, derivada del neerlandés medio, hablada principalmente en Sudáfrica y Namibia, aunque también se habla en algunas zonas del sur de Botsuana. Esta lengua es la evolución de la que hablaban los colonos neerlandeses que habitaban la Colonia del Cabo. (Wikipedia)

En la última 'house-party' celebrada en Bloemfontein en septiembre, el profesor Edgar Brookes, catedrático de Ciencias Políticas de la Universidad de Pretoria, se dirigió a sus compatriotas anglófonos con gran franqueza: «Tenemos el problema del racismo entre los sudafricanos de habla inglesa y holandesa», dijo. «Cada uno de nosotros, individualmente, va a hacer lo que pueda al respecto, pero no va a ser fácil ni sin sacrificios... Hay que pedir a Dios que nos guíe en el aprendizaje del afrikaans. No es deber de todos, pero ¿hay alguien aquí que sea demasiado perezoso o demasiado orgulloso para aprenderlo? Ese es el primer paso».

A continuación, Brookes interpelló al público sobre su actitud ante 'el problema de los nativos'. No tenía soluciones sencillas, dijo, pero «sé que debemos tratarla como Cristo lo haría si estuviera aquí... No sólo hemos fracasado en hacerlo... En realidad, hemos sido un obstáculo»²⁴. En sus últimos años, Brookes se dedicó a la educación africana y se convirtió en amigo íntimo del jefe Albert Luthuli, presidente del Congreso Nacional Africano, que lo describió como «uno de los mayores defensores de la cordura y la moralidad públicas y privadas de Sudáfrica»²⁵.

Las palabras de Brookes y el ambiente de la 'house-party' provocaron una profunda reacción en muchos *afrikáners*. La viuda de un general *afrikáner* que había muerto en un campo de prisioneros británico había jurado que nunca volvería a hablar inglés. Ahora se levantó y, en un inglés entrecortado, pidió perdón a los angloparlantes por su odio.

Tres años más tarde, en la propia Universidad de Pretoria de Brookes, se puso a prueba la eficacia de este trabajo. Un profesor anglófono escribió un libro ofensivo para el pueblo *afrikáner*. En enero de 1933, la universidad pasó a ser de habla exclusivamente *afrikaans*. Los profesores anglófonos, incluido Brookes, perdieron sus puestos de trabajo. En el centro de este movimiento estaba el profesor de economía Arthur Norval, cuyo padre había sido asesinado por los británicos en la guerra de los bóers.

Norval fue inducido por su esposa a asistir a una reunión del Grupo de Oxford en casa de W. H. Hofmeyr, director de la *Pretoria Boys' High School*. Uno de los oradores era el Dr. Brookes. Norval escribió más tarde: «Al volver de la reunión pasé una de las noches más terribles de mi vida.... No podía seguir odiando y luchando contra los ingleses... pero no podía afrontar los costes, ya que me daba cuenta de que significaría... ser visto como un excluido y un traidor entre aquellos a los que consideraba mis amigos más queridos y con los que había luchado durante años por una causa... Obedecí a Dios y pagué el precio. En el mismo momento en que acepté el desafío de Dios, mi odio hacia los ingleses desapareció por completo de mi ser, y en su lugar surgió un amor que no puedo describir, y que ha ido creciendo en intensidad desde entonces»²⁶.

Poco después, Norval invitó a los dirigentes nacionales de ambas comunidades a la alcaldía de Pretoria. Durante veinticinco minutos les habló en la lengua inglesa que había jurado no volver a utilizar. A su lado estaba Edgar Brookes. Durante muchos años, incluso hasta la Segunda Guerra Mundial, estas reconciliaciones mantuvieron su influencia. En cierta ocasión, C. F. Andrews viajó a Sudáfrica para oponerse a una legislación contra los indios. «A mi regreso, me encontré con nuevos amigos y colaboradores del Grupo. Algunos eran *afrikaners*. Otros eran ingleses. Lo que parecía imposible se consiguió. Se revocó la legislación hostil»²⁷.

Seis del grupo de Buchman decidieron quedarse en Sudáfrica. Su equipo no había complacido a todo el mundo; e incluso algunos de los que habían recibido ayuda inicialmente se separaron. Buchman, declararon, no había mencionado la Cruz o la Sangre de Jesucristo con suficiente frecuencia y ellos iban a corregir el error. Llamándose a sí mismos *The New Experience* / La Nueva Experiencia, iban a ser la primera de varias separaciones de la obra de Buchman durante la década de 1930. La respuesta de Buchman fue no hacer nada. No tenía intención de imponer la uniformidad.

En octubre de 1929 regresó a Inglaterra con la sensación de que el futuro era brillante. Durante su ausencia, su trabajo había florecido tanto en Oxford como en otros lugares. En Oxford, el Grupo no había dejado de crecer. Entre los conversos

más recientes se encontraban los fundadores de un club universitario de motociclismo que se regían por el lema ‘Una tentación resistida es una tentación desperdiciada’. Uno de ellos era Stephen Murray, hijo del profesor Gilbert Murray; otro, Reginald Holme, estudiante del *New College*. «Los dos habíamos corrido en el último TT de aficionados en la Isla de Man en 1929», dijo Holme, «íbamos con regularidad a carreras sobre césped, que estaban estrictamente prohibidas a los no graduados, y habíamos quemado una furgoneta troyana cerca del Monumento a los Mártires».

«Cuando volví en enero de 1930 me di cuenta de que algo le había pasado a Stephen. No era mujeriego, no bebía, pero había conservado su sentido del humor». Dijimos: «Los hombres de Dios tienen a Stephen y está bebiendo leche», lo que era una acusación muy grave, ya que yo solía vivir a base de cerveza y bebidas balcánicas. Resultó que Murray se había interesado por el Grupo de Oxford.

Un tercer miembro del club, “Chip” Lutman, aún indeciso sobre si debía unirse al Grupo, fue invitado por Buchman a unirse a su equipo para una serie de reuniones en Edimburgo en la primavera de 1930. Lutman le contestó que si Buchman representaba a Dios, él representaría al diablo: “Era un paso que todos considerábamos arriesgado en la recatada ciudad de Edimburgo”, recuerda Roland Wilson, que se había unido a Buchman cuando era becario en Oriel. Chip llegó en una moto enorme que provocó un alboroto infernal y en su peor estado de ánimo. Fue con el resto de nosotros a la reunión, que estaba absolutamente plagada de dignatarios teológicos que habían venido a decidir si Buchman era sólido o no.

Loudon Hamilton dirigió la reunión: Buchman mismo, como tan a menudo, ni siquiera estaba en la plataforma. «A mitad de la reunión», continúa Wilson, «Frank envió un mensaje a Loudon diciéndole que le preguntara a Chip si quería hablar. Así que se puso sus franelas y su chaqueta deportiva, y nadie tenía ni idea de lo que iba a decir. Sólo les dijo que había venido a Edimburgo muy necesitado porque pensaba que el Grupo de Oxford podría hacer algo por él, que había vivido una vida horrible pero que tenía la intención de cambiar y hacer algo

que valiera la pena. Así que aquellos hombres de la primera fila, que quizá nunca habían llegado a ese tipo de persona, vieron a una en proceso de cambio». Al día siguiente, Lutman se arrodilló, entregó su vida a Dios y arrojó su bolsa de tabaco y su pipa por la ventana del Hotel Roxburgh, «donde», como comentó Holme, «algún escocés ahorrativo sin duda las recuperó».

Fue durante este periodo en Escocia cuando Eric Liddell, el medallista de oro olímpico escocés retratado en la película *Carros de Fuego*, reanudó su contacto con el Grupo de Oxford. En un discurso pronunciado en una 'house-party' en Edimburgo en 1932, durante su primer permiso tras su labor misionera en China, describió un paseo con Loudon Hamilton en Galashiels ocho años antes, cuando, dijo, su corazón había «ardido en su interior». Recientemente había regresado a Galashiels para alojarse con Stuart y Bina Sanderson, propietarios de una fábrica de tejidos, que estaban asociados con el Grupo de Oxford. Sanderson había 'señalado algo oculto en su vida' a lo que Liddell se oponía. Por lo tanto, dijo Liddell, «mentí de verdad». El domingo siguiente por la mañana, sintiendo que debía arreglar esto, había telefoneado a Sanderson, 'que no parecía contento de que le interrumpieran su domingo'. Sin embargo, Liddell fue en coche y tuvieron «una charla maravillosa».

Él quería asociarse con el Grupo de Oxford, dijo, porque le había desafiado a una vida más intensa para el cristianismo, y sabía que iba a volver a China llevando una vida cristiana más plena que cuando salió por primera vez. La invitación a una 'house-party' en *St Andrews* -en septiembre de ese año- cita a Liddell: «El Grupo me ha traído personalmente un mayor poder en mi propia vida, disciplina sin pensamientos de disciplina y una mayor disposición a compartir las cosas más profundas de mi vida. En el tiempo que llevo en este país no he conocido a ningún grupo de personas tan vitalmente activas y a través de las cuales el Espíritu de Dios trabaje tan estrechamente como el Grupo de Oxford»*.

* Los biógrafos de Liddell -D. P. Thomson (*Scotland's Greatest Athlete, The Research Unit, Crieff, Perthshire, 1970*) y Sally Magnusson (*The Flying Scotsman, Quartet Books, 1981*)-, aunque aparentemente desconocen estas afirmaciones, rinden un generoso homenaje a la influencia del Grupo de Oxford sobre Liddell.

«EL COMUNISMO Y ALCOHÓLICOS ANÓNIMOS»

Tras pasar la Navidad de 1930 en Oxford con sus amigos de Princeton, Kenaston y Marion Twitchell, Buchman se embarcó rumbo a Lima (Perú), adonde llegó el 10 de febrero. Respondía a la invitación del embajador británico Sir Charles Bentinck, a quien había conocido a través de los van Heeckerens, parientes suyos. El Príncipe de Gales y su hermano, el duque de Kent, estaban de visita en Sudamérica para tratar de impulsar los intereses comerciales británicos en un momento de recesión. Su primera parada fue Lima, y Bentinck había pedido a Buchman que viniera al mismo tiempo. Viajaron en el mismo barco, y parte, al menos, del séquito de los príncipes estaban preparados para repeler el ataque que imaginaban que se produciría. Buchman no conoció ni intentó conocer al príncipe ni a su hermano, aunque fue presentado al comandante Humphrey Butler, ayudante del duque, por un miembro del Parlamento británico, Sir Burton Chadwick.

El Ministerio de Asuntos Exteriores había aconsejado al príncipe y al duque que cancelaran su visita a Lima debido a una inminente revolución izquierdista en Perú. Bentinck, sin embargo, confiando en su fe en la caballerosidad española, alentó su visita y, efectivamente, la guarnición de Arequipa y los estudiantes de Lima se abstuvieron de actuar hasta dos días después de la partida de los visitantes reales¹. Los desórdenes en Lima comenzaron con una huelga de taxis, y Buchman se sorprendió cuando, en su primera mañana, un taxi llegó para él como de costumbre. Le dijo al conductor que, si realmente le permitían llevarlo, le gustaría ir a dar las gracias al organizador de la huelga. «Oh», dijo el conductor, «hemos decidido esta mañana que, aunque no se moviera ningún otro

taxi, usted podría ir donde quisiera. Habíamos oído que cuando su anterior conductor cayó enfermo, usted fue a visitarle».

Poco después, Buchman partió hacia Mollendo, Arequipa y Cuzco, la antigua capital inca. La revolución se había extendido a Cuzco, y en su primera mañana allí el gerente del hotel le echó y le aconsejó que saliera del hotel y entrara en la ciudad. Buchman buscó orientación y recibió la siguiente respuesta: «Hagas lo que hagas, no salgas del hotel». «No oí disparos ni nada. Sobre las seis volvieron los demás. Me dijeron que les habían estado atacando durante todo el día». El 21 de febrero, Buchman escribió: «Todo va bien. Pasarán la frontera [a Bolivia] sin problemas ni molestias. Hicieron muy bien en no quedarse en Lima. El hombre falla. Dios es firme. Vayan el martes. Hora normal para partir. Paz y descanso perfectos».

La experiencia de este intento de revolución vivió con él. «Fue una época difícil», escribió a la baronesa van Wassenaer, «piensen en chicas de dieciocho y diecinueve años en la Universidad de Cuzco haciendo propaganda del comunismo. ¿Tienen los cristianos alguna respuesta para un programa tan preparado?²»

Su reacción ante el comunismo fue admirar la audacia e iniciativa de sus defensores, aunque discrepaba de su ideología. A mediados de los años ochenta había estudiado la teoría del comunismo y decidido que no sólo se basaba en el relativismo moral en una forma avanzada, sino que también era militantemente anti-Dios. Ahora, la experiencia de uno de sus amigos más antiguos reforzaba su creencia.

Chang Ling-nan, el abogado al que había ayudado en China quince años atrás, era ahora ministro chino en Chile, y Buchman fue de Bolivia a Santiago para verle. Chang le contó que cuando, en 1927 y 1928, había estado a cargo de un distrito de Hankow, un agente soviético de la época posterior a Borodin le había amenazado con cortarle la cabeza y llevarla en un poste por la ciudad a menos que renunciara al cristianismo. «Jesucristo es mi amigo personal. Nunca le traicionaré», había respondido Chang. Buchman, que solía absorber sus impresiones más duraderas de la gente más que

de la palabra impresa, se sintió profundamente impactado por esto.

El pensamiento de Buchman dio un paso más cuando llegó a Buenos Aires, donde el príncipe de Gales inauguraba la Exposición Industrial Británica. Todo lo que se hablaba entre los industriales era de la Gran Depresión y el Comunismo. Algunos decían que el comunismo era la causa de la depresión, otros que la depresión causaba el comunismo. Esto no le satisfizo, y pasó a opinar que el materialismo, especialmente en las clases altas, había «preparado el terreno para el comunismo». «El comunismo es el liderazgo más organizado y efectivo en el extranjero hoy en día», señaló más tarde en la gira. «El cristianismo vital es la única cura».

En *São Paulo*, se dirigió a un grupo de industriales brasileños. Se conserva un borrador de sus notas: «El dumping comercial y la deshonestidad son más peligrosos que las bombas. Pero esta depresión podría ser nuestra salvación si mata a los gérmenes del materialismo que hay en nosotros. Estas tierras están espiritualmente en bancarrota. La respuesta podría estar en este encuentro. Cristo de los Andes. ¿Qué tal un Cristo de Rio o *São Paulo*? El nuevo liderazgo que debe desafiar a una era en bancarrota. La gente quiere ese liderazgo. Solo, no; un grupo. Es un grupo que lo hará unido».

Cuanto más pensaba en ello, más sentía que lo que él llamaba 'bolchevismo moral' -la rebelión contra Dios y sus normas morales absolutas- era el mayor peligro en Occidente. Al hablar de la persecución soviética de los cristianos y de la parálisis del Parlamento alemán ante el ascenso de Hitler, señaló: «La colisión es esencial para salvar el cristianismo. Cristo debe ser liberado. El materialismo preparó el terreno para el comunismo. El humanismo no es suficiente. Los parlamentarios tienen miedo y la diplomacia es impotente. No veo ningún movimiento en toda la cristiandad que dé una respuesta. El bolchevismo moral exige un poderoso contramovimiento del Espíritu Viviente de Dios. ¿Puede haber una fuerza que genere la energía para cambiar la historia moderna? Necesitamos cambiar nuestro temperamento y nuestro entorno. La depresión comercial es la manera que tiene Dios de recordárnoslo».

En el barco de vuelta a Gran Bretaña, Buchman tuvo algún contacto con los príncipes y su séquito. Al planear una fiesta de té para el duque de Kent, escribió: «Pregúntale si le gustaría atrapar a un comunista vivo y cambiarlo». «Estimula su imaginación». El duque apreciaba la frescura de Buchman, junto con su moderación a la hora de no adelantarse, y mantuvieron un contacto amistoso hasta su prematura muerte*. Humphrey Buder habló con Buchman de la necesidad de cambio que veía en Londres y le pidió prestados libros sobre su trabajo. En Pernambuco, Buchman se interesó por ver al príncipe de Gales leyendo uno de ellos mientras todos los demás bailaban. Pero no se sabe nada de ningún contacto entre los dos hombres.

El viaje también le dio tiempo para evaluar el futuro. Una mañana escribió: «Ésta es la época del hombre común. Desarrollalo. Planifica un renacimiento mundial. El diablo los atraparé si no lo haces. Mucha más iniciativa de su parte. Mucho más atrevimiento. Fuerzas cristianas entrenadas. Han sido demasiado apologéticos. No conformarse con las normas del mundo. No se puede evitar la crítica. El hombre común exige honestidad, pureza, desinterés y amor. Dedícate a la gente».

La estancia de Buchman en Sudamérica tuvo un efecto considerable en su pensamiento. Los estudiantes con los que había estado en contacto en los Estados Unidos y Gran Bretaña no habían sido, hasta ahora, los que se habían pasado al comunismo. En este viaje llegó a creer que un cristianismo a medias y el 'bolchevismo moral' de las clases privilegiadas estaban llevando al mundo a una era de conflicto. También le horrorizó descubrir en Brasil que se arrojaban al mar grandes cantidades de café por motivos comerciales, cuando la gente pasaba hambre. A su regreso a Gran Bretaña, dijo a algunos de los jóvenes que trabajaban con él: «En un país me dijeron que dos jóvenes comunistas se habían impuesto el deber de unir a cada ministro del gabinete para ganarlo para la línea del partido. ¿Quién de ustedes planeará tan minuciosamente llevar una revolución cristiana a sus líderes?».

* Se cree que los gemelos que llevaba Buchman en su retrato de Frank Salisbury, pintado en 1938 y que ahora cuelga en el *Westminster Theatre* de Londres, son el par que le regaló el duque.

Como resultado de esta visita a Sudamérica, estaba considerando realizar una 'prospección espiritual' similar en España y Portugal, cuando tuvo la clara idea de que debía quedarse en Inglaterra porque alguien le necesitaba inmediatamente. Una noche llegó tarde al hotel Brown y dejó dicho a White, el portero, que le avisara inmediatamente si alguien le llamaba. A la mañana siguiente, temprano. White llamó para decir que un caballero estaba abajo preguntando por él. Encontró a un hombre con todos los síntomas de haber bebido mucho. Más tarde, este hombre contó su propia historia:

«Los hombres beben por varias razones: por compañía, por consuelo, para celebrar o para olvidar. Yo bebía simplemente porque tenía sed. Me encantaba beber. Casi siempre bebía solo. Me iba a mi habitación con una botella de whisky y una novela, y no volvía a aparecer hasta que me los terminaba.

Después de pasar toda la noche en mi apartamento de la forma habitual, me encontré de madrugada en Londres, con resaca, mal humor y sin beber más. Tenía mucha sed y, como a esas horas no había suministro en ninguna parte, me acerqué a un amigo mío para golpearle la puerta de su casa y pedirle una copa. Este amigo era ecuestre del príncipe de Gales y vivía en el palacio de *St James*. No le gustaba que le molestaran a esas horas y, de hecho, estaba harto de mí y de mis costumbres, como todos mis amigos.

«Te daré un trago, Jim», dijo, «con una condición».

«¿Cuál es?» Dije alegremente. De buena gana le habría prometido la luna. ¡Yo quería un trago!

«Que vayas a ver a un amigo mío, creo que podría hacer algo por ti».

«Desde luego, viejo. Iré a ver al Rey de Inglaterra o al Papa de Roma. Quiero un trago».

«Bueno, es un tipo llamado Frank Buchman y se aloja en el Hotel Brown. Le conocí a bordo del barco y estoy seguro de que deberías verle»

«Me tomé mi copa y cumplí mi promesa. Nos llevamos bien desde el principio. Descubrimos que teníamos muchos amigos en común y Frank estaba lleno de historias. Muy pronto me encontré contándole mi propia historia. Frank sabía escuchar. El único problema era que hablar me daba sed, así que le pedí un trago. Frank no dijo nada, pero tocó el timbre y entró el camarero. En ese mismo momento me asaltó un pensamiento extraordinario. Llegó con la fuerza de un trueno. «Esta es la última copa que tomarás». Rápidamente añadí una Posdata: «Bueno, será mejor que lo hagas doble». Y así fue. Antes de dejar a Frank ese día rezamos juntos»³.

Este hombre, Jim Driberg, hermano de Tom, había sido un hábil cirujano que ya se había emborrachado en *Harley Street*. Había tenido un buen historial en la guerra, y era un alegre compañero y un intrépido jugador en los clubes. Durante los meses siguientes fue una fuente de ayuda e inspiración para muchos de los que le conocieron. El obispo de Londres, Mahatma Gandhi y C. F. Andrews fueron algunos de los muchos que quedaron impresionados por el evidente cambio en su comportamiento. Volvió a su antiguo colegio de Oxford, Brasenose, y fue invitado por el decano, un antiguo compañero de borracheras. Su anfitrión estaba ansioso por mantener la conversación en canales familiares y seguros. «¿Qué tal el golf, Jim? ¿Cuál es tu handicap?». «El mío es beber», respondió alegremente. «¿Cuál es el tuyo?».

A pesar de lo diferente que se había vuelto en muchos aspectos, Jim recibió pocos ánimos de su familia. Su hermano, Tom, que ya estaba firmemente establecido en el *Daily Express*, respondió a la noticia de su cambio con el siguiente comentario: «Sabía que podías caer muy bajo, pero nunca pensé que te hundirías tanto como para asociarte con esa gente»⁴. Su madre era más realista y escéptica, diciendo que debía miles de libras. Buchman y sus amigos mantuvieron un contacto constante con él, y sus cartas a Buchman -que a menudo eran diarias- mostraban que se mantenía libre de la

bebida, disfrutaba de su amistad, ayudaba de verdad a mucha gente e incluso volvía a operar.

De repente, el 17 de febrero de 1932, en la misma semana en que había enviado a Buchman cartas de alegría y camaradería - él estaba en Ginebra, Buchman en Roma-, escribió diciendo que ya no podía seguir trabajando con Buchman y el Grupo de Oxford. En su carta expresaba su «profunda, profunda gratitud por todo lo que han hecho por mí» y afirmaba que «nunca vacilaría en su lealtad al Grupo», pero añadía que hacía diez días había visto una exageración sobre sí mismo en una copia de una carta de Buchman a una tercera persona lo que había «sacudido su confianza». Buchman había escrito que Jim había sido enviado a él por «los príncipes a través de uno de sus asistentes». Buchman le envió inmediatamente un telegrama: «Perdona y olvida mis errores», al que siguió una carta en la que se disculpaba por lo que calificaba de «declaración jurídicamente incorrecta», al tiempo que se mostraba «perplejo de que hayas tomado medidas tan drásticas». Pero Driberg cortó firmemente los vínculos.

Nunca quedó claro si ésta fue la única razón, o la verdadera, de su decisión. Su hermano mayor, John, atribuyó la repentina decisión al «factor mental que de vez en cuando ha llevado a Jim por absurdas tangentes»⁵. Humphrey Butler, el ayudante que había enviado a Jim a Buchman, escribió que sus «tormentas mentales» eran «culpa de la guerra», y dijo que intentaría «persuadirle para que continuara su trabajo con el Grupo»⁶. No lo consiguió, y telefoneó para decir que pensaba que la «pequeña inexactitud» de Buchman estaba siendo utilizada por Jim como «una capa para ocultar otras cosas»⁷. Un año más tarde, la ex mujer de Jim se presentó en el hotel Brown y confirmó que su ex marido debía sumas muy elevadas a colegas médicos y amigos de la alta sociedad, y quedó claro que había capas de dificultad en las que Buchman y sus amigos no habían penetrado.

Buchman y el mayor Butler, mientras tanto, se habían consultado mutuamente sobre los factores mentales y emocionales implicados, y el mayor le encontró a Driberg un puesto, a petición propia, como cirujano de barco. Antes de partir, Driberg escribió a Buchman, que entonces se encontraba

en los Estados Unidos: «Quisiera darles las gracias una vez más a usted y al Grupo por todo lo que han hecho por mí y hacerles saber que mis oraciones están siempre con ustedes»⁸.

Desgraciadamente, Jim Driberg no podía hacerlo solo. Como relata Tom, su hermano, en *Ruling Passions*⁹ / Pasiones Dominantes, pronto volvió a la botella y a los préstamos masivos. Esto frustró su intento de establecerse como cirujano en Brasil y, durante muchos años, vivió como un incómodo pensionista de su hermano, primero en Bradwell Manor y luego en una pensión de Devon, donde murió en noviembre de 1956.

Tom Driberg afirma en su libro que «según el mito del RM, fui yo quien, por pura maldad, le atraje de nuevo a la bebida del demonio». Ciertamente, si esta afirmación se había hecho -y, en ocasiones, parece haber sido así, en una conversación-, se había hecho sin pruebas. Del mismo modo, no hay pruebas de que el propio Buchman tomara esa línea de pensamiento.

Buchman había prestado a Jim Driberg la misma atención que había prestado a McGhee Baxter el año anterior. Había sido pródigo en tiempo y cuidados, y había asumido muchos riesgos en su favor. En 1938 aconsejó a uno de sus amigos que se lo pensara mejor antes de responsabilizarse de cierta persona: «A petición de Humphrey Butler, dediqué mucho tiempo a una persona así. Dudo de casos de ambulancia como ése, ya que necesitan un tratamiento muy especial»¹⁰.

Aunque seguía ayudando a muchas personas en apuros desesperados, Buchman consideraba que ahora debía dedicar su tiempo principalmente a formar a personas que pudieran tolerar las presiones de su trabajo en desarrollo.

Mientras Buchman avanzaba hacia esta decisión, en dos ciudades norteamericanas se producían acontecimientos independientes que llevarían a otras personas a aplicar sus principios a estos casos hospitalarios, primero en todo Estados Unidos y luego en todo el mundo.

En Akron, Ohio, Jim Newton, el joven vendedor del fin de semana de la taberna *Toytown*, que se había convertido en asistente personal de Harvey Firestone, el fabricante de neumáticos, descubrió que uno de los hijos de Firestone era un alcohólico empedernido. Se ofreció a intentar ayudar al joven, y lo llevó primero a una clínica de desintoxicación en el río Hudson y luego a una conferencia del Grupo de Oxford en Denver. El joven entregó su vida a Dios y, a partir de entonces, disfrutó de largos periodos de sobriedad. El médico de cabecera lo calificó de «milagro médico».

Firestone Senior estaba tan agradecido que, en enero de 1933, invitó a Buchman y a un equipo de sesenta personas a realizar una campaña de diez días en Akron. Dejaron tras de sí un grupo que funcionaba muy bien y que se reunía cada semana en casa de T. Henry Williams, inventor de maquinaria para fabricar moldes de neumáticos utilizada por los principales fabricantes de neumáticos estadounidenses. Entre ellos se encontraban un cirujano de Akron, Bob Smith, y su esposa Anne. Bob bebía en secreto y no fue hasta que llevaba algún tiempo asistiendo a las reuniones del Grupo de Oxford cuando les contó la magnitud de su problema.

Mientras tanto, en Nueva York, una serie de alcohólicos -a uno de los cuales Carl Jung le había dicho que su única esperanza era una experiencia espiritual vital- se curaron gracias a un grupo establecido con Sam Shoemaker en la Iglesia del Calvario. Bill Wilson, un hombre de *Wall Street* que se había vuelto alcohólico tras el desplome de la bolsa en octubre de 1929, tuvo una curación espectacular en diciembre de 1934, y durante los meses siguientes intentó recuperar la sobriedad de muchos otros alcohólicos, pero sin éxito. No entendía por qué, hasta que alguien le dijo: «Los estás sermoneando, Bill. Nadie te predicó nunca a ti. Cambia de estrategia».

En mayo de 1935, Wilson fue a Akron por negocios. Un viernes por la noche se encontró solo, con sólo diez dólares en el bolsillo. Sintió una gran tentación de emborracharse y, desesperado, telefoneó a un clérigo, elegido al azar de la guía, para intentar encontrar gente del Grupo de Oxford en Akron. El clérigo le dio diez nombres, de los cuales los nueve primeros estaban fuera. La décima, Henrietta Seiberling, nuera del

fundador de *Goodyear Rubber*, le puso en contacto con Bob Smith y el grupo de T. Henry Williams. Wilson no predicó, pero le contó a Smith su experiencia y, por primera vez, pudo ayudar a curar a otro alcohólico.

Bill y Lois Wilson vivieron con los Smith durante varios meses, y de su experiencia surgió Alcohólicos Anónimos.

A finales de su vida, un investigador preguntó a T. Henry Williams dónde había comenzado Alcohólicos Anónimos. «Se le iluminaron los ojos. Señalando un punto de su alfombra, dijo: “¡Comenzó justo ahí!”»¹¹. Newton cita el acuerdo alcanzado en aquellos años con el Grupo de Oxford en Akron. «Ustedes se ocupan de los borrachos. Nosotros intentaremos cuidar de un mundo borracho», había dicho Williams a Wilson y Smith, que se hicieron mundialmente famosos como ‘Bill W. y el Dr. Bob de AA’.

Como se indica de forma más concisa en las Breves Biografías de los Cofundadores de Alcohólicos Anónimos oficiales de AA: «En mayo de 1935, un viaje de negocios a Akron le llevó (a Bill Wilson) a encontrarse con el Dr. Bob, que se convirtió en el segundo recuperado con éxito, y así nació Alcohólicos Anónimos»¹². El propio Bill Wilson escribió: «Los primeros AA obtuvieron sus ideas del autoexamen, reconocimiento de los defectos del carácter, restitución del daño causado y trabajo con los demás, claramente de los grupos del Grupo de Oxford y directamente de Sam Shoemaker... y prácticamente de ninguna otra parte»¹³. Posteriormente, AA desarrolló la organización y los principios adecuados para su misión precisa y, a su vez, dio lugar a muchas otras ‘derivaciones’ que se ocupaban de males sociales específicos. En la actualidad se calcula que sólo en Estados Unidos hay 500.000 grupos de autoayuda que siguen el modelo de Alcohólicos Anónimos¹⁴, y la propia AA está activo en 26 países¹⁵. Howard Clinebell, autor del libro de texto clásico *Understanding and Counselling the Alcoholic / Comprender y Aconsejar al Alcohólico*, describe a Buchman como uno de los principales pioneros de la filosofía moderna de asistencia mutua¹⁶.

Paul Tournier, psiquiatra suizo, cree que el pensamiento de Buchman también ha influido considerablemente en la

evolución de otros campos, en particular la medicina y la iglesia protestante tal como él la conoce. En cuanto a la medicina, afirma: «No se puede atribuir todo el desarrollo de la terapia de grupo en medicina a Frank, pero él personificó históricamente ese nuevo comienzo, poniendo fin a un capítulo de lo puramente racional y abriendo una nueva era en la que también se tenía en cuenta lo emocional y lo irracional». Sobre el efecto de Buchman en la iglesia, añade: «Antes de Buchman, la iglesia sentía que su trabajo consistía en enseñar y predicar, pero no en averiguar lo que ocurría en el alma de las personas. El clero nunca escuchaba en la iglesia, siempre hablaba. Todavía se habla demasiado, pero ha vuelto el silencio. Frank ayudó a mostrar de nuevo que el poder del silencio es el poder de Dios».

«EL GRUPO DE OXFORD»

A principios de los años treinta, Oxford era el lugar donde mayor número de jóvenes estaban dispuestos a formarse para la tarea a la que Buchman se había entregado. Ellos y los comunistas, que fundaron su Club Octubre -en 1932- y reclutaron a trescientos miembros en el primer año, eran probablemente los organismos más controvertidos de la universidad. Esto no era debido a que ninguno de los dos grupos fuera sensacionalmente numeroso. Su importancia residía en su radical compromiso.

La primera señal de que muchos de los espíritus más brillantes de Oxford se estaban pasando al comunismo fue el reclutamiento de poetas como W. H. Auden, Stephen Spender y Cecil Day Lewis -a finales de los años veinte-. Otros les siguieron a principios de los años treinta, principalmente debido a la desesperación por el estado de la sociedad. Tres millones de británicos estaban desempleados y vivían con una miseria no muy lejos de la línea de la inanición. Los sucesivos gobiernos, conservadores y laboristas, parecían no querer o no poder hacer nada al respecto. En el continente, los colores dictatoriales de Mussolini eran ahora evidentes, y en enero de 1933 Hitler subió al poder.

«Nadie que no haya pasado por esta experiencia política durante los años treinta», escribe Day Lewis en su autobiografía, «puede darse cuenta de cuánta esperanza había entonces en el aire, de lo radiante que era para algunos de nosotros la ilusión de que el hombre podría, bajo el comunismo, poner el mundo en orden»¹.

Había generosidad e ingenuidad en esta ilusión, ya que Day Lewis y sus amigos parecían dispuestos a dismantelar su propio estilo de vida si con ello podían reducir las injusticias de la sociedad y del mundo. Teniendo en cuenta las presiones internas y externas, la complacencia de la clase dirigente y la ignorancia casi total de cómo funcionaba realmente el comunismo en la Unión Soviética, su actitud era comprensible y digna de respeto. «Habría sido una vergüenza no haber sido miembro del Partido a mediados de los años treinta», afirmaba uno de sus miembros, que declaró haberlo abandonado en 1938².

El alcance de la migración entre los intelectuales británicos - especialmente en Cambridge, donde incluía a figuras entonces poco conocidas como Kim Philby, Guy Burgess, Anthony Blunt y Donald Maclean- fue significativo. George Orwell creía que «durante unos tres o cuatro años, la corriente central de la literatura inglesa estuvo más o menos bajo control comunista»³, mientras que Neal Wood escribe sobre «la deslumbrante variedad de virtuosos intelectuales», muchos de los cuales se distinguieron en la literatura, las universidades, la administración pública y las ciencias, que tomaron el mismo camino»⁴.

Cualquier examen de las vidas de muchos de estos intelectuales comunistas indica en gran medida la creencia de Buchman de que el 'bolchevismo moral' entre los intelectuales, al igual que el materialismo de derechas del que había advertido a los hombres de negocios de *São Paulo*, era un factor importante para llevar a la gente hacia el comunismo. La historia se cuenta en una autobiografía tras otra. «Yo estaba maduro para la conversión debido a mi historia personal», escribió Arthur Koestler. «Miles de otros miembros de la intelectualidad y de las clases medias de mi generación estaban maduros en virtud de sus propias historias: pero, por mucho que éstas difirieran de un caso a otro, tenían un denominador común: la rápida desintegración de los valores morales»⁵.

En Oxford, en aquella época, la defensa de ese relativismo moral era un elemento activo de la propaganda comunista. Hugh Elliott, del Hertford College, amigo del fundador del Club

Octubre, dice: «Conocimos a los *Manifestantes del Hambre* de camino a Londres, cantamos la Internacional con ellos y criticamos amargamente la política del Gobierno de “la seguridad es lo primero”. En el Club Octubre discutíamos sobre un nuevo orden social. Empecé a cuestionar todas mis creencias básicas. Un distinguido ginecólogo vino a dar una conferencia ante un público heterogéneo y numeroso. Nos dijo que todos sufríamos inhibiciones en el sexo. El amor libre era natural y normal. Muchos de mis amigos siguieron sus enseñanzas. Más tarde, vi una verdadera tragedia en sus vidas y comprendí la conexión entre el abandono de las normas morales y la aceptación de la ideología comunista, que era la franca intención del conferenciante. Yo mismo dudé...».

Fue justo en ese momento que Elliott conoció al Grupo de Oxford. «Mi amigo, que me había introducido en el Club Octubre, se ganó mi respeto por su dedicación», continúa Elliott, «pero vi en los que trabajaban con Buchman una mayor dedicación y autodisciplina. Eran muy auténticos. Lo que empezaron en Oxford suscitó mucha controversia, pero no se les podía rebatir, y me uní a ellos».

Buchman y sus colegas no denunciaban el comunismo ni apoyaban ninguna otra tendencia política. Se limitaban a exponer ante la gente normas inflexibles de absoluta honestidad, pureza, altruismo y amor, y afirmaban que Dios tenía un plan para el mundo -y para cada persona individualmente- que cada uno podía encontrar y con el que cada uno podía cooperar. Buchman afirmaba, aunque había pocas pruebas contemporáneas que respaldaran esta afirmación, que si entregaban plenamente sus vidas a Dios, en el futuro verían cambios en los asuntos sociales y nacionales que les rodeaban.

Para algunos, el método parecía demasiado lento, pero tenía la virtud de enfrentarse tanto a los problemas personales como a los sociales, de llenar, en palabras de Day Lewis, «el hueco en el pecho donde debería haber un Dios».

La mayoría de los que componían el Grupo de Oxford no habían experimentado el dilema de Elliott. La relativa moralidad que había penetrado en los poetas de Oxford sólo empezaba a

afectar al estudiante medio. Muchos se habían convertido en agnósticos -o cristianos nominales- porque nunca habían visto vivir el cristianismo de todo corazón, pero se habían mantenido alejados del ‘tugurio moral’ del que Spender escribía refiriéndose a sí mismo por las normas de sus padres o por un sentimiento furtivo de que el cristianismo, si era posible, era la forma correcta de vivir. La mayoría de los estudiantes universitarios de Oxford habían leído la Biblia -en aquella época todos tenían que pasar un examen sobre los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles- y muchos de los que respondieron a las ideas de Buchman vieron en sus amigos de Oxford lo más parecido a los Hechos que habían encontrado.

Así, entre 1931 y 1935, unos ciento cincuenta estudiantes universitarios (yo entre ellos), junto con los capellanes universitarios de Corpus, Hertford y Lincoln, y algún profesor ocasional, se reunían a las 1.30 cada día, entre un apresurado almuerzo de pan y queso y el deporte de la tarde. La variedad era amplia, aunque, por la naturaleza de Oxford de entonces, principalmente de clase media. Harry Addison, hijo de un oficinista de una pequeña agencia de carbón de Sunderland, llegó de la Universidad de Newcastle con la mejor licenciatura clásica de su curso: dolorosamente tímido, un erudito apasionado, totalmente apolítico. Ray Nelson era el entusiasta líder de una banda de jazz, aficionado a los horarios ferroviarios. Charis Waddy fue la primera mujer que estudió lenguas orientales en la Universidad. John Morrison ya había estudiado teología en el *New College* de Edimburgo y en Alemania con Barth y Bultmann. Kit Prescott, un remero miembro de una famosa familia de jugadores de rugby, obtuvo por muy poco el título de licenciado y dejó tras de sí una serie de vidas transformadas.

Toda la movilización, aunque muy en serio, se llevó a cabo con cierto abandono humorístico. En una universidad, los ‘no cambiados’ iniciaron un sorteo para decidir quién sería el siguiente ‘cambiado’. Prescott, al ver un cartel del *Oxford Mail* titulado «*Oxford Stroke Changed*» en las semanas previas a la regata, compró media docena y los clavó en las puertas de sus amigos remeros de la universidad. Un joven que había oído que Roland Wilson intentaba ser ‘guiado por Dios’ le siguió durante un día para ver a dónde iba.

Paul Petrocokino, una figura ligeramente suigéneris, que lucía un chaleco de piel de leopardo y componía a la manera de Haendel, se hizo eco del rumor en el *Exeter College* de que cierta doncella de gran espíritu, que siempre recorría Oxford en bicicleta con un perro, había sucumbido.

«¿Has visto últimamente a la “chica del perro”?», le había preguntado a uno de sus admiradores en la Sala Común de Menores.

«¿No te has enterado?»

«¿De qué?»

«Que el Grupo de Oxford la ha atrapado».

Así fue, y para asombro de los entendidos, ella se aferró a ello. La idea de Buchman era «vivir más, amar más y reír más que el mundo pagano», y a ella le pareció interesante.

La formación, impartida y recibida, era seria. Alan Thornhill, entonces capellán de Hertford, dice de las reuniones a la hora de comer: «No eran los típicos círculos de discusión que tanto gustan en Oxford. El objetivo no era discutir. Se trataba de construir un mundo nuevo. Estas reuniones eran un intenso entrenamiento espiritual. Había total informalidad y se podía decir lo que se quisiera, pero la temperatura espiritual era tal que el aficionado y el teórico de sillón pronto encontraban el ritmo demasiado caliente para él. La gente era franca consigo misma y con los demás. Las normas absolutas de honestidad y altruismo se aplicaban no a los sueños placenteros del dulce futuro, sino a los detalles del desagradable presente. ¿Qué tal tus momentos de oración y escucha? ¿Te estás ganando a tus amigos para este nuevo estilo de vida? ¿Qué es más importante, la ambición o Dios? Este era el tipo de preguntas que se planteaban y debatían en aquellas reuniones diarias. Con ellas iba la formación sencilla y práctica que toda universidad cristiana debería impartir por norma: la base moral del cristianismo, los pasos necesarios para encontrar una experiencia personal de fe, el arte de transmitir esa experiencia, cómo escuchar a Dios, la construcción de una hermandad inquebrantable». Era una hermandad de viajeros, una dedicación sin votos ni reglas, en la que nadie tenía que

hacer nada excepto lo que él o ella sentía que Dios le decía que hiciera.

Una tarde a la semana, todos se reunían en un encuentro en el que oradores visitantes o distinguidos ciudadanos de Oxford trataban temas más amplios y profundos. Había informes sobre el progreso en otros países. L. W. Grensted, ya catedrático Nolloth de Filosofía de la Religión Cristiana, dio una serie de charlas sobre la psicología del cambio de vida y la vida cristiana. Las tardes terminaban con un servicio de media hora que el profesor dirigía en la iglesia de la universidad. Los domingos la gente iba a la capilla de su universidad o a otras iglesias.

Buchman estaba, como decía a menudo Thornton-Duesbery, «empapado de la Biblia», y se aseguró de que constituyera la base de la formación impartida en Oxford. «La Biblia es un manual de pesca para pescadores», decía a veces, cuando llevaba a la gente a través de las historias del ciego de nacimiento al que Jesús curó y convirtió⁷, de la mujer que conoció en el pozo de Jacob, cuyo cambio afectó a toda su comunidad⁸, o del audaz encuentro de Felipe con el tesorero de la reina de Etiopía⁹. Creía que, para crecer, el cristiano infantil necesitaba alimento (la Biblia), aire (oración bidireccional) y ejercicio; y sus jóvenes colegas, aquí como en China o en su gira mundial, aprendieron mucho sobre sus propias naturalezas y sobre los cambios ulteriores que eran necesarios, mientras entraban juntos en acción.

Buchman insistió, al principio de un trimestre, en que cada uno se propusiera cambiar a la persona más difícil de la facultad. Con algunos sucedió, y la habilidad y la reserva que practicaba empezaron a desarrollarse gradualmente en sus jóvenes amigos. «La ambición me afectó mucho y me perjudicó», recuerda Ian Sciortino, de *St. Edmund Hall*: «Conocí al vicedirector del colegio, que había obtenido un sobresaliente en teología, y le hablé de la vida espiritual. No le gustó que le abordara un joven descarado y me lo dijo. También hablé con el capellán de la universidad. Me animó bastante, pero más tarde me enteré de que me había puesto un apodo muy desagradable que circulaba por la sala común de los superiores. El director de Sciortino, A. B. Emden, sin embargo,

lo recibía con frecuencia en su sala, escuchaba y rezaba con él, y siguió siendo su amigo de toda la vida.

Naturalmente, las familias reaccionaron de distintas maneras. Cuando su caricaturista, Reginald Hale, conoció al Grupo de Oxford, su madre se inquietó por el tema de la 'guía' y escribió a su tío, el reverendo Carlile, fundador del Ejército de la Iglesia. Recibió de vuelta una postal tranquilizadora: «Querida Marie: La guía es amor en acción. Tuyo en la lucha. Wilson Carlile»¹⁰. El padre de Margot Appleyard¹¹, temeroso de que más tarde se arrepintiera de su decisión de dedicar todo su tiempo al trabajo del Grupo tras dejar Oxford, le concedió cuatro meses para probarlo y luego la llevó a viajar por todo el mundo. De regreso por el Mediterráneo, le dijo que estaba más segura que nunca de que debía trabajar con Buchman y sus amigos. Su padre se mostró satisfecho y la apoyó en su decisión durante el resto de su vida.

Otros se encontraron con una oposición más dura. Un joven fue excluido del testamento de su padre, y otros padres temían que 'la fe y la oración' significaran que sus hijos se vieran en dificultades económicas que les impusieran alguna obligación. Pero la mayoría de los padres, cuando estaban seguros de que sus jóvenes sentían una llamada profunda, apoyaban a que la siguieran. De hecho, bastantes siguieron a sus hijos. Cuando Rozi Evans, una alegre agnóstica de Herefordshire, se unió a Buchman, la siguieron su padre y su madre, tres hermanos, dos hermanas y numerosos primos. Los padres supervivientes de Kit Prescott, Ray Nelson y Francis Goulding fueron algunos de los muchos que participaron activamente con ellos en el Grupo de Oxford durante el resto de sus vidas.

Durante las vacaciones, los estudiantes de Oxford -junto con los de Cambridge y otras universidades- participaron en campañas en el este de Londres y otras zonas industriales, además de tomar iniciativas en sus propias ciudades.

Así, en Escocia, el noreste, Yorkshire, las Midlands y el sur de Gales crecieron a su alrededor equipos que, como en el este de Londres, se movían sobre todo con los obreros. En Newcastle, Harry Addison reclutó al Lord Mayor, Will Locke, que era minero, y a sus amigos. En Escocia, los estudiantes de Glasgow

formaron un equipo de trabajadores de astilleros en paro. En Yorkshire fue, entre otros, un grupo de molineras; en Birmingham, obreros de la ingeniería, y en Gales, trabajadores de astilleros y mineros. Los estudiantes de Oxford, reforzados por algunos de otras universidades, fueron el núcleo de las grandes iniciativas de Buchman en Canadá y Escandinavia a mediados de los años treinta, y muchos de ellos -ya que entre el cuarenta y el cincuenta por ciento de los reclutas de Oxford trabajaban a tiempo completo- crearon sus propios equipos en varios países.

Al mismo tiempo, los que habían optado por el relativismo moral activo o por el comunismo, o por ambos, pasaron a desempeñar un papel importante en la vida intelectual de Gran Bretaña, y de la gran mayoría que se había afiliado al Partido Comunista y posteriormente lo había abandonado, muchos miraban a su pasado con nostalgia, sintiendo, en palabras de Koestler, que «nunca antes -ni después- la vida había estado tan llena de sentido»¹². Sus ideas seguían siendo, en ciertos aspectos, la antítesis de las que el Grupo de Oxford intentaba practicar, y en algunos de ellos la antipatía era tan fuerte que se convirtieron en opositores activos en las décadas siguientes.

Oxford también se había convertido en el centro de las actividades de Buchman -de otra manera-. Entre 1930 y 1937, Buchman alquiló todos los años uno o varios centros universitarios para celebrar ‘*house-parties*’ durante las vacaciones de verano. En 1930, las ‘*house-parties*’ en *Lady Margaret Hall* y *St Hugh* fueron relativamente pequeñas. En el verano de 1933, 5.000 invitados asistieron a una parte de un evento que llenó seis facultades y duró diecisiete días. Cuatro reuniones principales se celebraron simultáneamente, y los principales oradores se desplazaron de una a otra; un equipo de 400 personas se reunía con Buchman a las 7.30 de cada mañana para formarse y preparar la jornada. Casi 1.000 eran clérigos, entre ellos doce obispos.

Incluso el número relativamente pequeño de 1930 causó cierta preocupación a los colaboradores británicos más cautos de Buchman. El 17 de junio escribió a Eleanor Forde, que se recuperaba de una enfermedad en Estados Unidos: «Mañana

voy a Oxford. Están paralizados por la cantidad de gente que viene, pero no me preocupa»¹³. Diez días más tarde le escribía entusiasmado: «Ahora estamos bajo una auténtica avalancha. Tenemos que organizar dos ‘house-parties’ simultáneas para atender a tanta gente. Tenemos un tiempo maravilloso, césped verde, cielos soleados y todo lo necesario para completar un escenario perfecto... sólo que te echamos de menos y deseáramos que estuvieras con nosotros»¹⁴.

Paul Hodder-Williams, hijo del decano de Manchester y más tarde presidente de la editorial familiar *Hodder and Stoughton*, asistió a la ‘house-party’ en 1932 y recordó, en 1980, que «el conocimiento espiritual con el que me crié se hizo realidad por primera vez, práctico más que teórico». Convenció a su tío para que publicara una columna semanal sobre el Grupo de Oxford en el *British Weekly*, y un suplemento de ocho páginas del mismo periódico sobre el tema alcanzó una tirada de 119.000 ejemplares¹⁵.

En 1932, *Hodder and Stoughton* también publicó un relato picante sobre Buchman y su obra, escrito por A. J. Russell, antiguo editor literario del *Daily Express* de Beaverbrook y director del *Sunday Express*. El libro, titulado *For Sinners Only* / Sólo para Pecadores, se editó diecisiete veces en Inglaterra en dos años y se tradujo a muchos idiomas; la edición francesa se tituló de forma aún más provocativa *Ceci n'est pas pour vous* / Esto no es para tí. El libro suscitó una avalancha de cartas. La sobrina de George Bernard Shaw leyó el ejemplar de su tío. Escribió a una amiga: «G. B. S. conoció al Grupo en Sudáfrica y pensó que habían hecho “lo correcto”, aunque no le gustaran mucho algunos adornos en la terminología. Me dijo que me pusiera en contacto e incluso se ofreció a pagarme una ‘house-party’». También instó a su secretaria a hacer lo mismo, sugiriéndole que, como era la hija de un clérigo, tenía que aprovechar la oportunidad»¹⁶.

En 1934, la ‘house-party’ terminó con una reunión en la alcaldía de Oxford, cuyo principal interés, en lo que a Oxford se refería, fue el discurso del rector del *Queen's College*, el Dr. B. H. Streeter, un destacado erudito del Nuevo Testamento con amplios conocimientos de los asuntos mundiales y especialmente del Lejano Oriente. Dijo que había estado

observando al Grupo de Oxford durante dos años y medio y comparó su actitud con «la adoptada por Gamaliel, el más amable de los fariseos, hacia la Iglesia primitiva». «La razón por la que he venido aquí esta noche», continuó, «es para decir públicamente que ahora debo dejar una actitud de neutralidad benévola hacia lo que he llegado a creer que es el movimiento religioso más importante de la actualidad... El movimiento parece ser capaz no sólo de cambiar a algunas personas malas en buenas, sino también de dar un nuevo corazón, un nuevo coraje y un nuevo sentido de dirección a aquellos que ya son hombres de buena voluntad. Por eso he llegado a la conclusión de que en una época de creciente desesperación mundial es mi deber asociarme a él».

«Permítanme añadir», concluyó, «que vengo al Grupo, no como una persona con alguna pequeña reputación en su propia esfera de estudio, o como el director de una universidad de Oxford; vengo como alguien que ya ha aprendido algo del Grupo, y espera aprender más»¹⁷.

El número de asistentes a las '*house-parties*' de Oxford seguía aumentando. Casi 1.000 personas se inscribieron un día de julio de 1935, el doble del récord anterior de llegadas en un día, y hubo 6.000 en una reunión en los jardines del *Lady Margaret Hall*. En enero de 1935, 1.400 personas acudieron a una '*house-party*' en una casa de Malvern, convocada a sugerencia del obispo de Worcester, a la que siguieron una serie de reuniones en Penge, en el sur de Londres, a las que acudieron 4.000 personas y que el obispo de Croydon acogió en términos elogiosos.

Sin embargo, para el propio Buchman la vida no era todo luz de luna y color de rosas. Ese verano, el general Lynden Bell le pidió que pasara un día en la carpa de los *Bufs** en la Semana de Cricket de Canterbury. J. L. Guise, jugador de críquet de Oxford y Middlesex, le llevó en coche desde Oxford pasando por Londres, ya que Buchman quería comprarse una corbata adecuada para la ocasión. La corbata de los *Eton Ramblers* le encantó, y Guise sólo le convenció de que comprara algo más neutro, 'con bastante dificultad'. La ocasión se convirtió en una

* El regimiento exclusivo de Bell.

especie de ‘ofrenda bautismal’ para Guise, que relata: «Nunca olvidaré aquel día. Hasta entonces no me había dado cuenta del grado de persecución y oprobio que Frank tuvo que soportar. Obispos, soldados de alto rango y jugadores de críquet abarrotaban la carpa y la mayoría lanzaba a Frank miradas de reojo sospechosas. “Ahí está Frank Buchman”, se les oía murmurar entre ellos. Para mí era la prueba de mi vida, ya que era muy conocido en el mundo del críquet y ser el acompañante de Frank significaba encontrarme con la misma hostilidad. Sólo una persona se sentía perfectamente a gusto en todas las conversaciones y presentaciones que teníamos, y esa persona era Frank; seguía siendo alegre y manteniendo su natural forma de ser en todo momento. ... Cuando volvía a casa por la tarde, Frank me señaló una casita y me pidió que me detuviera porque allí vivía un viejo amigo suyo, un jardinero, al que no veía desde hacía muchos años. Pasó una hora entera antes de que saliera nuevamente, muy contento de haber encontrado a su viejo amigo bien y de buen corazón, aunque entrado en años»¹⁸.

Los partidarios más jóvenes y entusiastas del Grupo fueron, por supuesto, los últimos en restar importancia a la repentina expansión numérica. Cuando se encargó a cuatro equipos de estudiantes que visitaran la costa sur, Londres, las Midlands y el norte respectivamente, la publicidad del Grupo declaró que «esto marcaba en Inglaterra -y quizás para el mundo- un renacimiento tan significativo como la Reforma»; mientras que un joven entusiasta consideraba la llegada de 300 canadienses y estadounidenses a la ‘house-party’ de 1934 como «el acontecimiento más importante desde la salida del *Mayflower*». Su historia era, cuando menos, errónea. Pero un testigo menos tendencioso, el no regenerado Malcolm Muggeridge, escribió en su libro *The Thirties / Los Años Treinta* que en media década el Grupo de Oxford había generado el único auténtico renacimiento religioso de la época¹⁹.

También al otro lado del Atlántico, Henry van Dusen, profesor del *Union Theological Seminary*, describía la obra de Buchman como «quizá el fenómeno espiritual más poderoso y ciertamente más sorprendente de nuestros tiempos». van Dusen expresó varias críticas, junto con su valoración de la personalidad de Buchman, en un artículo titulado «Apóstol del

siglo XX» en *The Atlantic Monthly*²⁰. Sus principales críticas eran que Buchman menospreciaba los esfuerzos de otros cristianos, al tiempo que era «hipersensible a cualquier crítica de su propia visión»; que consideraba la tarea de «cambiar la vida» como una condición sine qua non para todo cristiano, cualesquiera que fuesen sus dotes, y no permitía la división de responsabilidades entre los distintos talentos; que solía mencionar nombres y «mostraba una deferencia acrítica, casi infantil, hacia las personas de nacimiento o posición social»; y que era propenso a exageraciones de diversos tipos que chocaban con su declarada norma de 'honestidad absoluta'. Al mismo tiempo, su párrafo final describe a Buchman como «uno de los hombres más extraordinarios de un periodo que puede distinguirse en los libros de historia como el iniciador de los grandes líderes».

«Como ocurre con todos los hombres de genio», escribió, «el secreto de la influencia del Sr. Buchman no es fácil de definir. Uno piensa inmediatamente en las cualidades obvias que le distinguen y que contribuyen a su eficacia: una habilidad extraordinaria para la administración; una atención personal a la importancia del más mínimo detalle; una solicitud infinita por las necesidades y la idiosincrasia de cada persona; una resistencia incansable del cuerpo y los nervios; una alegría de espíritu juguetona y despejada; una sagacidad financiera, por no decir astucia; una memoria tenaz; un sentido de la estrategia que podría despertar los celos de un Napoleón; un optimismo exuberante y contagioso.

Pero uno se ve obligado a concluir que nada de esto es un don innato: todo es producto de algún secreto más profundo. Las fuentes últimas del poder personal del Sr. Buchman son, en mi opinión, cuatro: una misteriosa visión anticipada del futuro, una comprensión experta de los problemas más íntimos del espíritu humano, una certeza inquebrantable en su propio procedimiento y la entrega absoluta de sus esperanzas, sus necesidades, su reputación, su éxito, en la dirección de la orientación divina, que se le ha dado a conocer de forma clara y dominante. Ningún análisis humano puede revelar hasta qué punto los tres primeros son el resultado del último».

«LA VIDA CON BUCHMAN»

El Hotel *Brown's* de *Dover Street*, junto a Piccadilly, había sido la primera parada de Buchman en Londres tras la Primera Guerra Mundial. Este hotel de aspecto modesto y gestión suiza, con su fiel clientela «de la alta burguesía rural, administradores coloniales retirados, distinguidos oficiales de servicio, no de la aristocracia»¹ fue, durante los años veinte y la mayor parte de los treinta, la única dirección permanente de Buchman para el correo y la coordinación de sus actividades. En cada visita a Londres regresaba, y a finales de los años veinte empezó a mantener allí un punto de apoyo permanente, un dormitorio que otros utilizaban cuando él no estaba.

Pocas personas conocían la larga vinculación de Buchman con el Hotel *Brown's*. En 1932, Sir Henry Lunn, que dirigía la agencia de viajes Lunn, le interrogó al respecto y sobre sus finanzas en general. «Quiero que usted y su gran obra estén protegidos con triple bronce contra los dardos de la crítica hostil», escribió. Había oído decir que la gente del Grupo siempre viajaba en primera clase, y ¿por qué Buchman tenía su cuartel general en un hotel del *West End* como el *Brown's*?².

«Acabo de llegar de dos viajes nocturnos por el continente» -respondió Buchman-, «uno de ellos en un vagón de segunda clase y el otro en la típica travesía en barco por el Mar del Norte, que no fue demasiado tranquila.

Le adjunto el extracto de las cuentas norteamericanas. En cuanto a mis finanzas personales, no tengo inversiones; mi madre me había dejado lo que esperaba que fuera una pequeña renta vitalicia de varias libras a la semana

cuando yo tuviera 65 años; todo esto se ha esfumado en una sola semana por el cierre de un banco*. No tengo fondos personales.

En cuanto al Hotel *Brown's*, vayamos a los hechos. Pago diez chelines y seis peniques al día cuando estoy en residencia, por lo que se ponen tres habitaciones a mi disposición. Además recibo artículos de papelería. Tengo el servicio, siete días a la semana, de envío de cartas, etc. Esto me ahorra tener que pagar a una secretaria cuando estoy fuera de la ciudad... Las comidas que tomo en el hotel tienen un descuento.

Si hay alguien que pueda darme una respuesta constructiva al problema de que me alojen en algún lugar con menos gastos y la misma eficacia, estaré encantado de recibir sus sugerencias.

En cuanto a los viajes, no sé cuándo alguien del Grupo ha viajado en primera clase. Una llamada a Cook's en *Berkeley Street* le dirá que siempre viajan en clase turista.

Un visitante describió los aposentos de Buchman en aquella época como «una habitación minúscula casi completamente ocupada por la cama, alrededor de la cual había grandes pilas de un periódico que enviaba a amigos de todo el mundo. La única luz provenía de un pequeño pozo que subía por todos los pisos hasta el aire exterior. Al otro lado de la cama había otra puerta que daba a un minúsculo cuarto de baño que no tenía ángulo recto entre ninguna de sus paredes».

La ocasión era típica. El visitante era Francis Goulding, entonces estudiante de Oxford, y eran aproximadamente las tres de la tarde. Buchman estaba tumbado en la cama. Goulding continúa:

«Frank levantó la cabeza y dijo: “Bueno, ¿qué quieres?”»

* El banco quebró por culpa de un cajero deshonesto. Buchman fue advertido de la inminente quiebra y podría haber retirado su dinero, pero dijo que sufriría con sus conciudadanos. En una visita posterior a Pennsylvania visitó al cajero en prisión y a su esposa. Los 50 dólares mensuales de la póliza de seguros de su hermano fueron a parar, tras la muerte de su madre en 1926, a su antigua cocinera, Mary Hemphill, hasta el fallecimiento de ésta en 1937.

“Oh, nada en realidad”, dijo. “Sólo quería tu consejo sobre algo”. “Pero te estoy molestando”.

“No, no, no. En absoluto. Estuve despierto hasta las 4.30 de la mañana enviando estos papeles y pensé que podría dormir un poco. Me levantaré ahora. Ve y pídele a Salvo que traiga té para uno y dos tazas. Él sabe lo que quiero decir”.

Salvo accedió encantado. Frank insistió en que comiera los pasteles y hablamos de mi futuro»*.

En 1933 se llegó a un nuevo acuerdo por el que Buchman podía utilizar siete habitaciones, incluida una sala de estar muy grande, por sólo cuarenta y cuatro chelines al día. Sus dormitorios no parecen haber mejorado mucho. La señora Harold Taylor, esposa del director de Cheam, comenta sobre esta época: «La gente solía decirnos: “Debe de ser un hombre muy rico si puede vivir indefinidamente en *Brown's*”. Bueno, una vez vi su dormitorio. Era una percha, una cama y un bolso»⁴.

La gran sala de estar incluida en el nuevo trato era apenas más adecuada que el dormitorio de Buchman. «Recuerdo haber estado en esa habitación cuando estaba tan abarrotada que si, por casualidad, levantabas el pie del suelo, tenías que hacer de cigüeña durante el resto del tiempo porque el pie de tu vecino había ocupado tu lugar», recordaba Nora Cochran-Patrick⁵.

«El Hotel *Brown's* era realmente un hervidero de actividad en aquella época», escribió John Vinall, que se incorporó a *Brown's* en su adolescencia y llegó a ser portero jefe. «El Dr. Buchman veía a unas treinta o cuarenta personas al día; nunca se agitaba... Creo que más de la mitad de los visitantes de *Brown's* eran amigos del Dr. Buchman... Cada vez que había una fiesta de cumpleaños en la sala 1, el personal siempre iba demasiado En Navidad, recorría las cocinas y la sala del mayordomo, bajaba por pasadizos misteriosos y daba un sobre a cada miembro del personal. Había ciento cincuenta empleados, y

* Salvo, un viejo camarero italiano, solía decir: «Me gustaría ver los Diez Mandamientos pegados en todas las calles de Londres. Mantienen a la gente más limpia que el jabón *Pears*». Buchman fue uno de los tres, aparte de su familia, presentes en su funeral.

ciento cincuenta sobres.... Realmente era un regalo personal de un amigo.... El Dr. Buchman me formó -Tienes que tomar a alguien como modelo, y para mí fue el Dr. Buchman»⁶. «Era un hombre muy hogareño, parecía encajar con todo el mundo, rico o pobre, hablaba con cualquiera, hablaba contigo y te ayudaba», dijo Vinall a su vejez. «Intento hacer lo que hacía el Dr. Buchman. No es que lo que hago sea tan bueno, pero lo intento».

Desde el principio, *Brown's* encajó perfectamente con Buchman. Era lo bastante pequeño como para convertirse en un hogar, lo bastante céntrico como para que cualquiera pudiera pasarse por allí y lo bastante característico como para invitar a cualquiera. Aquí conoció a gente como Kipling y Siegfried Sassoon. El rey Jorge II de Grecia vino a vivir al hotel durante su exilio porque Buchman estaba allí, y a menudo acudía a su habitación para hablar. También acudían trabajadores del este de Londres y mineros de Gales y Escocia: «Trataba a todo el mundo por igual», dice Vinall.

Alan Thornhill recuerda haber llamado un día, como Goulding, para hablar de su futuro. Había perdido su empleo en el *Hertford College* y el director de la Facultad de Teología de *Oxford, Wycliffe Hall*, le había pedido que se incorporara a su plantilla.

«En aquel momento me sentía un poco desorientado y no vivía como un cristiano. Había sido herido por la lengua abrasiva del director Crutwell en *Hertford College* y quería la aprobación de Frank para mi plan. Frank me invitó a tomar el té. Por el camino, sintiéndome inquieto e infeliz, me colé en un espectáculo en el *Windmill Theatre* que no era demasiado bueno para mí.

Frank estaba solo en el salón. Me saludó y empecé a contarle mi plan, pero me interrumpió en la primera frase: “Alan, ¿podrías enderezar ese cuadro de la pared? No me gusta estar en una habitación con algo torcido”. Empecé a hacerlo. Frank me gritó: “No, no. Así, no así... no, no, no, así, ¡no así!”. Lo estaba girando hacia aquí y hacia allá. Finalmente, dijo: “Así está bien”. Sólo después me di cuenta de lo que estaba hablando, de mí y no de la foto.

“Yo era muy engreído. Era una gran oportunidad espiritual, etc.”. Frank escuchó. “¿Cuánto te pagarán?” Registró que era menos de lo que había conseguido en Hertford – “Uh-uh”. Entonces dijo: “Mi convicción es, nada menos que otro San Francisco”. Un comentario tan demoledor y, en cierto modo, absurdo. Lo repitió dos o tres veces.

Pasamos un rato tranquilo. La frase de él que recuerdo fue. “Alan necesita ser perseguido”. Lo que me molestó. Me habían echado de Hertford. Vi que Wycliffe sería un trabajo suave. Se negó rotundamente a discutir el trabajo, eso lo decidía yo. Sólo me dio una perspectiva. Acepté el trabajo».

Las relaciones de Buchman no tenían en cuenta la edad ni el sexo. Cuando encontraba un terreno sólido, lo aprovechaba. La joven canadiense Eleanor Forde se convirtió en una colega de confianza desde su primer encuentro: «Tienes un concepto extraordinario del mensaje del Evangelio», le escribió en 1925, «y es un privilegio en estos días de pensamiento relajado encontrar a alguien que haya comprendido tan profundamente las verdades de Cristo»⁷. A partir de entonces, le confió sus planes, sus esperanzas, sus pensamientos y sus dilemas sobre las personas, del mismo modo que lo hacía con sus colegas masculinos de más edad: «Por supuesto que quiero que me apoyes en ser lo mejor para Dios», le escribió, «y no he olvidado que quieres una hora completa para decirme en qué me he quedado corto»⁸. Buchman confiaba en la intuición y la sabiduría de ella con las personas, así como en su liderazgo público en su trabajo. Describe cómo la despidió un día de 1928, durante su primera visita a Inglaterra: «Un día me localizó en *Brown's* y me dijo: “Creo que será mejor que salgas hoy mismo al campo y almuerces con la reina Sofía”.

“Frank, no puedo ir a ver a una reina así de la nada. ¿Qué le diría? Cómo me comportaría”. Le contesté.

«Él dijo: “No te preocupes por comportarte. Sólo cuéntale cómo has cambiado, cómo entregaste tu vida a Dios y qué diferencia ha marcado”. Me di cuenta de que había hecho

todos los preparativos y fui a hacerlo. Un año después, la reina me dio las gracias».

No todo el equipo de Buchman se dejó impresionar tan fácilmente. Cece Broadhurst, una cantante vaquera de las praderas canadienses, solía llamar 'George' a todo el mundo. Una mañana, al entrar en *Brown's*, saludó a un desconocido que salía de los aposentos de Buchman: "¡Hola, George!". El caballero extranjero se inclinó cortésmente. "No tenía ni idea de que conocieras tan bien a Su Majestad", comentó uno de los acompañantes de Cece⁹.

El propio Buchman trataba a la realeza como a cualquier otra persona, aunque era más anticuado en sus saludos.

«Conociste a esas princesas», le preguntó a Roger Hicks, un licenciado de Oxford que se había unido a él después de enseñar en la India, cuando entró en *Brown's* más o menos por esa época.

"Sí".

"¿Cómo eran?"

"Muy enojadas".

"Pensé que así sería", dijo Buchman. "Yo les dije la verdad. Si no puedo tener trato con ellos sobre esa base, no lo quiero en absoluto. Ahora sigamos"»¹⁰.

Además de para entrevistas de todo tipo, las habitaciones del *Brown's* se utilizaban para enviar una gran cantidad de literatura: «Hacíamos el correo de medianoche en el buzón del vestíbulo», dice Vinall, «¡siempre estábamos recogiendo ese correo! Había mucho trabajo que hacer con el correo, y también con la literatura, enviándola a todas partes»¹¹.

Todo el trabajo de secretaría también se hacía allí. Stella Corderoy¹² describe algunos de los peligros. Una vez, cuando la secretaria habitual de Buchman estaba de viaje, ella fue a tomarle el dictado por primera vez: «Él se paseaba por la sala, hablando con media docena de personas. De repente dijo:

“Vaya, han empezado con un equipo”. Esperé. “Vaya, has empezado con un equipo”, repitió, y alguien susurró: “Esa es la carta”. Era para una pareja holandesa que acababa de tener gemelos. Empecé, pero tuve que adivinar cuándo hablaba con otra persona y cuándo dictaba».

«En una ocasión, cuando se marchó a Estados Unidos» - continúa-, «Grace Hay había tomado el dictado hasta el último momento en Londres y en el tren-barco, yo debía tomarlo en el barco, y Enid Mansfield debía mecanografiar todo el trayecto hasta Cherburgo y enviar las cartas desde allí para que fueran franqueadas. Estuvimos treinta minutos en el barco, despidiéndonos de innumerables personas, subiendo y bajando por la cubierta, subiendo y bajando en el ascensor y en su camarote. Creo que en ese tiempo llevé diecisiete cartas, casi la mitad de ellas a niños, cartas maravillosas. Luego todos tuvieron que desembarcar, así que me quedé en lo alto de la pasarela con Frank esperando a que los marineros la levantaran. Allí pudimos terminar algunas más».

«Una de las cosas más entrañables de Frank», añade Stella Corderoy, «era que se ocupaba de que todo el mundo participara en los grandes acontecimientos. Nos llevó a todos los que trabajábamos con él en *Brown's* a la representación en honor del presidente francés en *Covent Garden*. De alguna manera, consiguió que la mayoría de nosotros asistiéramos a la velada musical en la Embajada de Austria, cuando los cantantes de la Familia Trapp cantaron por primera vez fuera de Austria. Y no dejó de hacerlo a medida que el equipo crecía. Consiguió varios cientos de entradas para que sus amigos e invitados vieran la procesión de la coronación en 1937, y todos íbamos cada año a los villancicos del *Albert Hall*. Frank te cuidaba y se ocupaba de que la pasaras bien».

Al mismo tiempo, la vida pública no le resultaba fácil. Cuando una vez alquiló una casita por poco tiempo, dijo: «Me siento como un niño con un juguete nuevo». Y durante las ‘*house-parties*’ que se celebraban en grandes hoteles, a veces prefería comer solo en una mesa pequeña.

Arthur Strong, un joven fotógrafo profesional de éxito, pasó un fin de semana con él y su secretario, Michael Barrett, en el

Distrito de los Lagos de Inglaterra a finales de la década de 1930, en parte con el objetivo de encontrar y fotografiar la capilla de Keswick donde Buchman había tenido su experiencia decisiva en 1909. Buchman tenía ahora 60 años:

«La alegría de Frank es inmensa y se divierte con Mike como si fuera un colegial», escribió Strong en su diario. «Nos reímos constantemente Cuando íbamos en auto, Frank cantaba y silbaba, estaba tan contento de no tener planes ni compromisos durante dos días enteros. Cantaba viejos himnos y fue entonces cuando me di cuenta de su edad. Fuimos a Keswick.... luego a la capilla. Había varias posibilidades... Frank nos advirtió que era un lugar corriente sin nada particular que lo distinguiera. Encontramos la iglesia metodista (Primitiva) de Tithebarn; enfrente hay una estación de autobuses.

Se sentó donde lo había hecho treinta años antes; luego leyó el *News Chronicle*; ya había leído otros seis periódicos ese día. ...De vuelta al hotel, nos cambiamos para jugar al tenis y yo jugué contra Frank. Su energía es asombrosa; saca bien y tiene buen ojo. También corría».

Strong quedó impresionado por el vigor con el que jugaba Buchman, pero como ese año había participado en el *Wimbledon Junior*, «le dio a Frank una *pat-ball*» al principio para intentar que el partido fuera más igualado. Buchman se acercó a la red: «¡No vas a tope, Arthur! Eso no es compañerismo».

La primera vez que Strong trabajó con Buchman fue el año anterior, cuando dejó su floreciente negocio para colaborar en la revista ilustrada que estaba preparando Buchman. Ese año, en la 'house-party' de Oxford, sintió la necesidad de hacer algún sacrificio espiritual y dijo en una reunión que creía que debía vender sus cámaras. Después de la reunión, Buchman le mandó llamar.

«He oído que crees que deberías vender tus cámaras» -le dijo- «¿Cuánto valen?»

«Unas 150 libras», respondió Strong.

«Pásame mi abrigo», dijo Buchman, que sacó su cartera y le entregó 150 libras, casi todo el dinero que tenía. Entonces Strong cogió las cámaras y el dinero, y utilizó ambos para un viaje fotográfico que hacía tiempo que quería hacer. Un año más tarde, dejó su negocio y comenzó a trabajar a tiempo completo con Buchman.

En pentecostés de 1935, la secretaria de Buchman, Joyce Machin, murió repentinamente de un tumor cerebral. Michael Barrett y otro joven escocés, Lawson Wood, se ofrecieron voluntarios para asumir sus funciones. Barrett era hijo de un impresor de Edimburgo y había formado parte del equipo de ju-jitsu de Oxford. Wood había estudiado Derecho en Aberdeen. Ambos tenían unos 25 años y una gran dosis de determinación y orgullo escocés. Aprendieron mecanografía y escritura rápida y se pusieron manos a la obra.

Barrett, que se casó con una de las nietas de Lloyd George, dijo recientemente que prefería la vida de A. J. Sylvester que las otras vidas de Lloyd George «porque mostraba lo imposible que era ser su secretario», «como Buchman», añadió sonriendo.

Por un lado, explicó, Buchman a menudo parecía asombrado si las cartas que dictaba no estaban perfectamente mecanografiadas y listas para el correo en el momento en que habían salido de su boca, además de esperar que supieras a quién escribía sin que te lo dijeran. Una vez estaban juntos en Egipto y, mientras enseñaban a sus compañeros de viaje la ciudadela de El Cairo, Buchman comentó: «Tenemos que escribir a fulano». En cuanto subieron al taxi para regresar a El Cairo, Buchman empezó a dictar, y continuó, sin descanso, a través de una serie de túneles en completa oscuridad. «Entendí la mayor parte, y recordé o inventé el resto», dijo Barrett.

«Los viajes de un país a otro, que eran frecuentes, eran siempre un trabajo de toda la noche», recuerda Barrett, «a veces yo paraba a las dos o las tres, mientras Lawson, que era más duro, seguía una hora más. Luego nos levantábamos a las cinco y media, para recibir a Buchman cuando se despertaba. Pasaba revista a todo y se fijaba en un pañuelo que nos habíamos dejado y comentaba: “Es maravilloso cómo se hace todo”.

Luego guiñaba un ojo. Por supuesto, se ponía furioso si alguno de nosotros caía enfermo por exceso de trabajo o por orgullo».

A Lawson Wood le encantaba conducir largas distancias. En agosto de 1937 condujo más de 600 millas -desde Londres, pasando por Oxford y Glasgow, hasta Acharacle, en la costa oeste de Escocia- para llevar un invitado a Buchman, que se alojaba allí. Llegó a tiempo para desayunar e insistió en que conduciría otras 175 millas, sin descanso, para reunirse con su familia en Aberdeen. Todo el mundo trató de detenerle, pues estaba demasiado cansado para conducir, aunque era demasiado testarudo para detenerse. Finalmente, Buchman le condujo a la habitación que le habían reservado y señaló una tarjeta en la puerta con su nombre. «No puedes desperdiciar toda esa tinta», dijo. Wood se echó a reír y se quedó.

Un año después, sin embargo. En Partenkirchen, en 1938, me puse muy enfermo porque había cruzado Europa en coche a través del hielo y la nieve, asomándome por una ventanilla abierta porque el parabrisas estaba congelado. Así que privé a Frank de la ayuda que necesitaba urgentemente. Era Navidad y mientras estaba tumbado, incapaz de levantar la cabeza de la almohada, trajeron a mi habitación un hermoso árbol de Navidad, adornado con velas blancas, cada una tachonada con pequeños corazones rojos. La puerta se abrió unos centímetros y la nariz larga y las gafas centelleantes de Frank asomaron por el borde: «¿Ves todas esas velas? Es para demostrarte cuánto te queremos», dijo.

Más tarde, cuando me estaba recuperando pero seguía en cama, Frank vino a verme con Frankie Bygott. Recibí una regia reprimenda por mis pecados y en particular por éste. Frank se volvió hacia Bygott y le dijo: «¿Alguna vez le hablas así? Si no, deberías hacerlo».

En otra ocasión, Wood experimentó la tenaz corrección de Buchman cuando, al salir de Alemania durante los años del nazismo, olvidó meter en la maleta la preciada libreta de direcciones de Buchman y se la dejó en el hotel de *Garmisch-Partenkirchen*. «Le pedí a un amigo que la enviara por correo a Nueva York», recuerda Wood, «y luego se lo conté a Frank. Se puso furioso. Sabía que había al menos un agente nazi en la

plantilla. “¿No te das cuenta de que fotografiarán todas nuestras direcciones y sabrán con quién estamos en contacto?”, rugió. Durante tres meses me restregó mi error para asegurarse de que había aprendido de él».

Barrett nunca ha olvidado un viaje por Oriente Medio con Buchman y un grupo de quince personas, entre las que se encontraban un líder de los desempleados de *East London* y dos hermanas de más de ochenta años. Lady Antrim y Lady Minto, esta última ex virreina de la India. Barrett se encargó de conseguir que las damas redujeran la cantidad de sus maletas, ya que parte del viaje iba a ser en avión, algo que ninguna de las dos había experimentado antes. Consiguió reducir el número de veintisiete a dieciocho. A continuación, insistió a Lady Minto en la necesidad de estar preparada para que la recogieran a tiempo de tomar el tren-barco. «¿Tomar?», fue la respuesta. «Estoy acostumbrada a que los trenes me esperen».

El viaje continuó a través de Europa y los Balcanes hasta El Cairo, mientras Barrett veía cada vez más claro que, aparte de Buchman, que estaba ocupado en otras cosas, él parecía ser la única persona práctica del grupo. La gestión del equipaje, los billetes y los hoteles, así como la mecanografía de Buchman, recayeron sobre él. Finalmente, en El Cairo, Buchman le encontró llorando, un hecho inaudito para un escocés como Barrett. Buchman no se disculpó, aunque se mostró comprensivo e intentó movilizar ayuda para él. Pero «esperaba que yo mismo la consiguiera», dice Barrett.

Cuando le preguntaron por qué seguía adelante cuando las exigencias eran a menudo tan poco razonables, Barrett respondió: «Buchman tenía unas expectativas infinitas sobre uno. Es una especie de cumplido cuando alguien te inspira a hacer más de lo que puedes hacer. Sentías que su voluntad estaba realmente entregada a Dios y él esperaba que la tuya también lo estuviera, así que hacías lo necesario sin murmurar. Además, sabías que él mismo hacía tanto o más». «Por supuesto», añadió Barrett, «hubo ocasiones en las que debería haber dicho: “¡Mira, Frank, esto es ridículo!”».

Una de las principales razones por las que gente como Barrett se quedaba con Buchman -año tras año- era porque creían que

estaba, en un sentido muy real, en contacto con Dios: «Cuando ibas a verle por la mañana temprano, la habitación parecía a veces eléctrica por la cantidad de pensamientos que había estado dedicando», dice Barrett. Algunos observadores entrenados, que recién llegaban a él, notaron esta cualidad y concluyeron que era un místico. Harold Begbie, uno de los periodistas políticos más perspicaces de su época, comentó: «Un conocimiento más profundo de F. B. nos hace saber que, a pesar de su alegría infantil, pertenece a la casa y al linaje de todos los verdaderos místicos, desde Plotino hasta Tolstoi». van Dusen, en su ensayo crítico escrito algunos años después de abandonar el trabajo de Buchman, destacó su «vívido misticismo»¹⁴. «Es imposible entender a Frank en absoluto a menos que se le considere siempre en presencia de Dios, escuchando la dirección y aceptando el poder», escribió A.J. Russell¹⁵.

Herbert Grevenius, crítico literario sueco, llegó a la misma conclusión. Grevenius había escrito sobre Buchman, antes de conocerlo, que era un «César de bolsillo que emitía sus dictados desde lejos con un poder y una perfección autosuficientes». Tras observarle durante unos días en una asamblea en Suecia, escribió: «Bueno, nunca conocí a César, pero no creo que se pareciera en nada a Frank Buchman. No es su sonrisa relampagueante lo que constituye su secreto. Sus dichos epigramáticos, su brío, su capacidad para sostener una reunión en la mano y desaparecer en el fondo: nada de esto te dice nada sobre el verdadero Buchman. Fíjate bien en una fotografía suya y verás algo en su expresión, una especie de escucha aparte, y por una vez la cámara no miente. Siéntate unos días y estudia su rostro. Te sorprenderá la frecuencia con la que se muestra inquieto, perdido, por no decir impotente. Y no intenta ocultarlo. Su vida, enormemente activa, se basa en una sola cosa: la orientación, de la que está pendiente en todo momento. Es una vela que siempre está a la espera de que el viento la llene»¹⁶.

Buchman nunca habló de sí mismo como un místico, aunque a los que le vieron mucho les pareció obvio que a menudo - incluso inconscientemente- adquiriría un conocimiento previo de los acontecimientos y una visión inusual del carácter de las personas en sus momentos de escucha. Nunca utilizaba

palabras grandilocuentes sobre sí mismo o sus experiencias, quizá porque estaba convencido de que cualquiera que estuviera dispuesto a ponerlo a prueba podría encontrar la misma relación con Dios que él. Expresaba su relación con Dios en términos que cualquiera podía entender, reduciéndola a una cuestión de Orador y oyente. Intentó, una y otra vez, presentarla con metáforas que estuvieran en sintonía con la época en que se desarrollaba. Así, al principio, se refería a Edison inventando la bombilla y llevando la iluminación a todos los hogares. Más tarde utilizó las metáforas del teléfono, de la radio o de la 'electrónica del espíritu'. Sin embargo, su afirmación, dirigida a todos los oyentes que lo desearan, era constante: «Una información adecuada y precisa puede llegar de la mente de Dios a la mente de una persona. Esperando y vigilando a que el Dios vivo se abriera paso a través de las sombras de la noche», dijo, «llegué a saber que el Espíritu Santo es la luz, el guía, el maestro y el poder. Lo que soy capaz de hacer, lo hago a través del poder que llega en las primeras horas de silencio de la mañana».

Era fácil para el intelectual pensar que era demasiado simple; pero detrás de sus palabras había una profundidad oculta de experiencia que el teólogo de Oxford, B. H. Streeter, por ejemplo, reconoció. Streeter comentó una vez: «Hay que hacer que el cristianismo sea tan sencillo que incluso un intelectual pueda entenderlo». En una copia de su reescrito *Warburton Lectures, The God Who Speaks / El Dios que Habla*¹⁷, escribió: «A Frank Buchman: si no fuera por usted, muchas cosas de este libro no se habrían escrito».

Buchman atribuyó su perspicacia con la gente a esta relación de escucha con Dios: «Una vez recé para ser supersensible a la gente, y a menudo desearía no haberlo sido. Puede ser muy doloroso», comentó una vez. Afortunadamente, rezaba al mismo tiempo para tener más sentido del humor. Si su perspicacia se vio sesgada por su propia personalidad en esta época, la mayoría de las veces se decantó por la generosidad y la visión. «Comprendía que hay caballos de tiro y caballos de carreras, y que no hay que tratar a los caballos de tiro como caballos de carreras, ni viceversa», dice Thornhill. «Tenía un inmenso aprecio - un diagnóstico realista, pero también una

gran visión de las personas, una gran creencia en lo que bajo Dios podían hacer».

Buchman, al volverse sensible a los demás, no había dejado de serlo consigo mismo. Se sentía herido con mucha más facilidad de lo que la gente creía. En una ocasión contrató a un ama de llaves para que le ayudara en las tareas domésticas, pero a ésta le resultó imposible entender o manejar sus idas y venidas, y se marchó sin hablar personalmente con Buchman. Buchman se sintió profundamente herido por este aparente desaire. «Esperaba desprecios espirituales», dijo un amigo, «pero esto era diferente».

Una vez en Newcasde, cuando estábamos allí juntos, apareció en el periódico un artículo sobre su trabajo. Era muy favorable, pero contenía una descripción crítica de él. «¿Qué te parece?», me preguntó.

«Bastante bien», le contesté.

«¿Incluso con lo que han dicho de mí?»

En otra ocasión, en los años treinta, me preguntó qué pensaba de un discurso que había pronunciado. En aquel momento no dijo nada. Veinte años más tarde, cuando algunos de nosotros estábamos con él, un amigo vino y me dijo lo encantado que se había quedado un líder sindical estadounidense cuando leyó ese discurso ese mismo día: «Y Garth dijo que no servía para nada», dijo Buchman.

No cabe duda de que le costaba aceptar las críticas. Pero no siempre las rechazaba. Sobre todo a principios y mediados de los años treinta, cuando más veces le vi, me dio bastante libertad de acción. En Copenhague aceptó con humildad mis opiniones juveniles sobre cómo podría haberlo hecho mejor con el propietario de un periódico, alguien a quien, según descubrí más tarde, conocía desde hacía años. Esperó varios años antes de decirme que yo era un 'engreído'. Luego se acercó mucho a mí y mantuvo el trato durante algún tiempo. Su reacción ante la gente no solía estar condicionada por sus palabras, ni siquiera por sus acciones, sino por lo que creía que necesitaban en ese momento, o por lo que intuía que podían

soportar, un sólido principio paulino. Si sentía que intentaban dejarse guiar por el Espíritu Santo, escuchaba con atención; pero si percibía que estaban decididos a causar impresión o estaban motivados por el orgullo, los celos, la ambición o el miedo, se lo decía con toda franqueza.

Buchman tuvo de vez en cuando días negros y desesperados. Lawson Wood ha dicho que en una ocasión, cuando una situación prometedor se desmoronó a causa de una crítica injusta, volvió la cara hacia la pared y gimió: «¿Esta gente nunca me entenderá?». Yo fui parte de la causa de uno de estos periodos de desesperación a finales de diciembre de 1937. Había ido a Estados Unidos para ayudar a producir una edición estadounidense de una revista de una sola tirada llamada *Rising Tide* / Marea Creciente que se originó en Gran Bretaña y ahora se estaba publicando en varios países*. Buchman había trabajado mucho y con mucho cariño en cada línea de texto, cada imagen y cada diseño. A mi llegada, descubrí que mis amigos estadounidenses no sólo habían insertado algunas páginas locales, como se había acordado que debían hacer, sino que estaban introduciendo una serie de cambios que, en su opinión, harían que la revista fuera mejor en Estados Unidos. En particular, se había eliminado la portada original -una dramática imagen de jóvenes marchando con pancartas- y se había sustituido por una imagen de una masa de jóvenes sonrientes. Asentí a esta decisión y me sentí orgulloso de que el periódico creara una ligera sensación en el mundo editorial neoyorquino -la revista *Life* reprodujo seis páginas de la misma y ofreció - en privado - trabajo a algunos de los que trabajaban en ella - y de que gran parte de su tirada de tres cuartos de millón se vendiera en los quioscos.

Buchman odiaba los cambios. Consideraba que la nueva portada hacía que la revista pareciera una publicación juvenil en lugar de un periódico que pretendía desafiar a Hitler y a los líderes de las democracias al mismo tiempo. Justo antes de Navidad, mis colegas estadounidenses y yo recibimos telegramas suyos. El mío decía: «Gran decepción, fracaso, falta de control, falta de liderazgo en la política de *Rising Tide*, haciendo que el instrumento perfecto sea chillón,

* Se imprimió en nueve idiomas y 1.630.000 ejemplares en Europa y Estados Unidos durante 1937-8.

desperdiciando una oportunidad inestimable, sustituto secundario. “Una vez mordido, dos veces asustado”. La orientación fue “exagerada”. Las pruebas de hoy me han impresionado. Me alegro de no estar presente en Estados Unidos. Sería difícil. No hay excusa. Tenías el instrumento perfecto. Frank»¹⁸.

Buchman, según supe más tarde, se encerró en su habitación durante unos días, no quiso comer y no se interesó por la Navidad que se acercaba, para la que normalmente se preparaba con el mayor cuidado y generosidad. Finalmente, Barrett decidió que debía intentar disipar la tristeza. Fue a la habitación de Buchman, se arrodilló y rezó: «Querido Padre, por favor, dale a Frank una Navidad gloriosa». Esto rompió el hechizo.

«¿Por qué dejó que ese periódico lo estropee todo?» dijo Buchman. Se levantó y salió corriendo a buscar un árbol de Navidad y regalos para los que estaban con él.

El telegrama no me hizo ningún daño, aunque veo que escribí a Buchman que me había ‘aturdido’ a su llegada. Buchman escribió poco después: «Olvida el pasado», y nunca volvió a mencionarme el asunto.

Es cierto que, en asuntos artísticos en los que había estado involucrado, Buchman era sensible y rígido al mismo tiempo. Era un artista y creía saber lo que era correcto. No fomentaba las adaptaciones en el estilo o las portadas de los libros en los distintos países, por ejemplo. Esto puede haber suprimido el talento local de vez en cuando, o incluso haber afectado a las ventas.

El diagnóstico de Tournier sobre esta faceta del carácter de Buchman fue: «Nunca atrajo a la gente hacia sí, pero era autoritario». Cuthbert Bardsley, un colega cercano durante algún tiempo y uno de los varios que más tarde se convirtieron en obispos, comentó: «Su palabra era, pobre de ti si cruzabas espadas con él. Por otra parte, mantenía unido al Grupo de Oxford, cosa nada fácil con un grupo de personas tan divergentes. Tenía que mantener la disciplina, y para ello había que ejercer una autoridad bastante fuerte». La opinión de Paul

Hodder-Williams, que lo conoció en acción durante menos tiempo, era: «Mantén unido a un equipo de personas muy diferentes con las riendas muy sueltas».

John Wesley, a quien sus enemigos y no pocos de sus amigos llamaban 'Papa Juan', dijo una vez: «Algunos caballeros se ofenden mucho porque tengo tanto poder. Mi respuesta es la siguiente: Yo no busqué nada de ese poder. Me llegó de improviso. Pero cuando llegó, sin atreverme a enterrar ese talento, lo utilicé lo mejor que pude. Sin embargo, nunca me gustó. Siempre lo llevé, y lo llevo ahora, como mi carga; la carga que Dios me impone; pero si usted puede decirme a alguien, o a cinco hombres, a quienes pueda transferir esta carga, que puedan y quieran hacer exactamente lo que yo hago ahora, se lo agradeceré de corazón tanto a ellos como a usted»*.

Y añadió: «Para mí, los predicadores se han comprometido a someterse para servir como hijos del Evangelio... Cada predicador y cada miembro puede dejarme cuando le plazca; pero cuando decide quedarse, es en los mismos términos en los que se unió a mí al principio»¹⁹.

Con Buchman la libertad de marcharse estaba aún más abierta a todos porque en ningún caso existía una vinculación formal con él. Sin embargo, si alguien pedía trabajar con él a tiempo completo y continuaba haciéndolo durante un periodo considerable, él daba por sentado que trabajaría con la estrategia que él sentía que Dios le había indicado y ayudaría a cumplir las necesidades de esa estrategia. Sugería, pedía o incluso ordenaba a las personas que hicieran esto o aquello o que fueran aquí o allá. Si se sentían guiados por Dios para hacer algo diferente, esperaba que lo dijeran y, por lo general, escuchaba y reconsideraba.

A medida que envejecía, con el aumento del número de fieles y otros impedimentos de salud, las excepciones a esta apertura se hicieron más frecuentes. Pero en la década de 1930, y en la mayoría de las ocasiones a lo largo de su vida, la base de la acción era la orientación de Dios buscada por el individuo y en

* Una vez, cuando el ministro laborista del gabinete, Herbert Morrison, cuestionó a Buchman sobre su liderazgo, éste le hizo la misma propuesta.

grupo. «Orientación», escribió un defensor danés, «significaba que esta comunidad múltiple e inteligente funcionaba como una sola fuerza sin dictadura ni coacción de dinero o poder»²⁰.

La opinión de Buchman al respecto fue expresada a Alexander Smith, entonces secretario ejecutivo de la Universidad de Princeton: «Aceptaré a las personas en cualquier punto al que estén dispuestas a llegar, y no las instaré a hacer nada que no estén dispuestas a hacer. Si viviera sobre cualquier otra base, o tuviera cualquier otro enfoque, estaría rodeado de un grupo de parásitos en lugar de personas a las que se enseña a confiar en Dios y a dejar que Él les dirija individualmente»²¹.

«EL PAÑO Y LA GORRA»

Desde que los obispos y el clero sudafricanos habían respondido tan calurosamente, la esperanza de Buchman era que la iglesia Anglicana en su conjunto se levantara de una nueva forma para responder a las necesidades espirituales y morales de Gran Bretaña y de otros lugares. «Dios está trabajando a través de los Grupos de una forma distintiva para salvar la divergencia entre la vida de la gente corriente y la de la Iglesia», había señalado con entusiasmo al zarpar de Ciudad del Cabo. Mientras estaban en Londres, para la Conferencia de Lambeth de 1930, los obispos Carey, Karney y otros dieron testimonio de lo que había sucedido en Sudáfrica. El pensamiento de Buchman para esa conferencia era igualmente sincero: «Una orientación totalmente nueva para Lambeth. Un despertar internacional. Un gran avance nacional entre el clero para que Inglaterra arda en un cristianismo vital».

A medida que avanzaban los años treinta, los obispos ingleses se dieron cuenta del efecto que tenía el trabajo de Buchman en las personas. No querían ni podían ignorarlo, pero sentían el deber de examinarlo detenidamente. El obispo de Londres, Dr. Winnington-Ingram, por ejemplo, pidió a Sir Lynden Macassey, K. C., un eminente abogado que había presidido muchas comisiones gubernamentales, que investigara al Grupo en privado para él. «Así lo hice, y lo hice a fondo», escribió Sir Lynden más tarde, «Mi investigación demostró que las acusaciones que tan a menudo se han hecho contra el Dr. Buchman y su trabajo carecían de fundamento. El obispo quedó plenamente satisfecho. Se convirtió en un firme partidario del Grupo y aclamó su trabajo cristiano hasta el final de su episcopado»¹.

El arzobispo de Canterbury, el Dr. Cosmo Gordon Lang, hizo indagaciones aún más amplias. Al leer las docenas de informes y cartas que le envió, uno se sorprende de lo poco que mencionan al propio Buchman: normalmente ellas comentan a las personas a las que ha influido o a los 'Grupos' en general. El Obispo James Perry, obispo presidente de la iglesia episcopal estadounidense, quizá diera la explicación cuando escribió a Lang que «Buchman está activo en un segundo plano proporcionando la mecánica y la dirección», pero que «el lugar de liderazgo conspicuo... lo ocupan ahora los clérigos de la Iglesia y los laicos de nuestra propia congregación y de otras»².

Lang había escrito a Perry una 'pregunta privada y confidencial' porque había «recibido recientemente una gran cantidad de información muy confidencial sobre el propio Buchman que, debo reconocer francamente, me llena de considerable inquietud»³. Dejando claro que tenía 'la mayor simpatía' por el movimiento, Lang preguntó si Perry tenía «algún motivo para dudar en cuanto a la propia personalidad e influencia de Buchman».

El obispo Perry contestó largamente diciendo que había «hecho de su pregunta objeto de cuidadosa reflexión y de conversación con muchos que conocen íntimamente a los Grupos, aunque con puntos de vista muy diferentes». Él mismo había «estado en estrecho contacto con ellos» durante cinco años, siendo su primer contacto «a través de algunos hombres y mujeres de Rhode Island, personas inteligentes y de buena posición, que me habían impresionado por el cambio moral y espiritual, en algunos casos la conversión completa, que sin duda debían a Buchman y sus seguidores». Había observado atentamente el movimiento y había asistido a reuniones en varias partes de Estados Unidos, en Oxford y en Cambridge.

Del propio Buchman, el obispo Perry escribió: «No he oído ni siquiera de sus críticos más severos, que son muchos y francos, un soplo de sospecha sobre su carácter. Le conozco personalmente y creo saber cuáles son sus puntos fuertes y débiles. Tiene una verdadera pasión por ejercer influencia sobre los hombres y mujeres de posición social, y un genio para lograr este propósito. Se entrega a un sentimiento de superioridad moral y espiritual y sus seguidores están

imbuidos del mismo ‘complejo’. No puede concebir fácilmente la salvación fuera del sistema que confeso haber ideado, pero creo que es sincero en su convicción, y en su vida personal irreprochable»^{4*}.

En general, el Dr. Lang confiaba en los informes regulares de hombres como el profesor Grensted; su propio secretario, el reverendo A. C. Don (más tarde decano de Westminster); y Lord Salisbury. Recibió muchas otras cartas. El reverendo 'Tubby' Clayton, fundador de *Toe H*, escribió, con varios adjuntos, quejándose de que Buchman hubiera sugerido que dos hombres, para los que él mismo tenía planes, pasaran seis meses con el Grupo de Oxford en Estados Unidos para ‘aprender evangelismo’⁵. El canónigo Arnold Mayhew intervino con un informe equilibrado, terminando con preguntas menos explícitas planteadas por otros líderes de la Iglesia: «¿Se convertirá el movimiento en una secta más, el Ejército de Salvación de las Clases Medias? ¡Dios nos libre! Y sin embargo, ¿cómo podemos hacer uso de él? Dirigir toda esta energía y entusiasmo a revitalizar la iglesia, que tanto lo necesita. ¿Se puede poner algo del vino nuevo en nuestras viejas botellas sin un estallido general?»⁶.

Un gran número de cartas estaban llenas de gratitud. El obispo de Dover escribió, después de asistir a la ‘house-party’ de Oxford en 1932: «Es difícil escribir desapasionadamente sobre algo que ha sido de tanta ayuda para uno personalmente»⁷. El presbítero E. C. Rich, de *St Paul's*, añadió: «Aunque fui a Oxford francamente por curiosidad para investigar el movimiento de primera mano, en veinticuatro horas toda mi visión de la vida y de la religión había cambiado y ahora anhelo compartir mi experiencia»⁸.

Un tema que se menciona con frecuencia es la fresca realidad -y a veces la arrogancia- de los jóvenes colegas de Buchman. No es de extrañar, ya que cuando Buchman era invitado por personas como Lord William Cecil, obispo de Exeter, a reunirse con sus amigos durante un fin de semana, se llevaba consigo a los nuevos reclutas y solía hacerles hablar en lugar de hacerlo

* El Obispo Manning, sucesor de Perry como obispo presidente, pronunció el discurso de apertura en una concurrida reunión del Grupo de Oxford en el salón de baile Waldorf Astoria de Nueva York, el 15 de marzo de 1934.

él mismo. A veces, estos jóvenes se expresaban de manera muy informal. Kit Prescott recuerda una ocasión así:

«Llevaba unos meses “cambiado” y había conseguido que el canónigo anglicano local invitara a Frank Buchman a hablar ante unos doscientos clérigos y el obispo en una reunión diocesana mensual. Tras una presentación muy formal, Frank fue invitado a ‘pronunciar un discurso’. Él respondió pidiéndome que hablara yo primero. En aquel momento, parte de mi mensaje era que había entregado mi vida a Dios a pesar de mi cordial aversión por los clérigos y que prefería infinitamente el salón del bar al banco de la iglesia que, según yo, olía a polvo. Hubo un silencio sepulcral, excepto cuando Frank se echó hacia atrás y estalló en carcajadas. Después de que yo hubiera ocupado la mayor parte de su tiempo, me explicó por qué me había pedido que hablara primero. Creía, dijo, que los buenos pescadores siempre preferirían ‘*fresh fish for breakfast*’ / pescado fresco para desayunar. La reunión duró el doble de lo habitual y el sacerdote a duras penas nos dejaba marchar».

El propio Buchman era a menudo igual de franco. En una ocasión, el director del *Church of England Newspaper*, Herbert Upward, reunió a doce de sus lectores clericales más críticos. Tras plantearle varias cuestiones teológicas, a las que Buchman respondió, uno de ellos le reprochó que hablara abiertamente en las reuniones de hombres sobre la masturbación. Buchman reflexionó un momento y luego, como la reunión era confidencial, pidió que levantaran la mano los presentes que estuvieran preocupados personalmente por ese problema. Primero una mano, luego dos, después once. La reunión se convirtió en una clínica espiritual entre compañeros pecadores. El propio Upward le dijo después a Buchman: «Estoy contigo de por vida», y una vez, cuando otro miembro de la iglesia expresó su temor por ‘los peligros’ inherentes al trabajo de Buchman, contestó: «Personalmente, prefiero afrontar cualquier riesgo que pueda haber que contentarme con la autocomplacencia adormecedora que existe en las iglesias o, en todo caso, en la iglesia de Inglaterra hoy»⁹.

Los obispos en general parecían inclinarse por la misma opinión. En la reunión de Obispos Diocesanos de Inglaterra y Gales en enero de 1932, el Arzobispo Lang, ‘al resumir’ una discusión sobre el Grupo de Oxford, dijo que «aquí hay un don del que la iglesia está manifiestamente necesitada»¹⁰, y dos años más tarde una ‘conferencia informal’ presidida por el Arzobispo William Temple de York «reconoció con gratitud que varios movimientos, y en particular los Grupos de Oxford, están siendo utilizados para demostrar el poder de Dios para cambiar vidas y dar al testimonio personal su lugar en el verdadero discipulado»¹¹.

Buchman creía en el impacto incalculable de las personas con una nueva experiencia de Dios, que esperaban cambiar más cada día y transmitir su experiencia a los demás. Su amigo el arzobispo Soderblom de Uppsala (Suecia), uno de los primeros ecumenistas, le confirmó en esto al escribir que temía que el movimiento ecuménico estuviera siendo ahogado por ‘disposiciones humanas... en pensamientos y planes’. «Debe haber, como escribes y como actúas, una unidad más profunda»¹², escribió a Buchman. «Necesitamos esa renovación individual y esa profundización de nuestra unidad cristiana en grado extremo». En un mensaje escrito poco antes de su muerte, añadía: «Te ocupas de lo único que importa en la religión y en la vida: el gobierno absoluto de Cristo en nuestros corazones, palabras y obras. Una vida cambiada es más elocuente que muchos sermones»¹³.

«Nadie puede adivinar hacia dónde saltará el gato que está en la chimenea», solía decir Buchman, "nadie espera nada del gato de porcelana que está en la repisa de la chimenea». Pensaba que nadie, ni siquiera él mismo, estaba exento de esta necesidad de cambio e inspiración. Respondió con simpatía al clérigo que le dijo: «Me he convertido en un médico que reparte flores y buen humor a sus pacientes, pero nunca cura a nadie», porque él mismo había sufrido la misma situación.

No daba por sentado a nadie, por muy eminente que fuera. Así, cuando el Dr. Foss Westcott, obispo metropolitano de la India, Birmania y Ceilán, vino a la fiesta de 1933 en Oxford, convocó a unos cuantos estudiantes. No dijo que conocía al obispo desde principios de los años veinte, pero les preguntó por él.

Alguien que había estado en la India habló de la vida santa del obispo, de cómo vivía principalmente en una especie de choza en el tejado de su palacio, no fumaba ni bebía ni se permitía ningún capricho, era uno de los pocos ingleses en los que Gandhi confiaba y era famoso por sus sermones. «Sí», dijo Buchman, «todo eso es cierto. Pero no sabe diagnosticar a la gente».

Luego dijo: «Quiero que lo visiten mucho. Cuénteles cómo encontraron el camino de su agnosticismo a la fe, cómo está pescando hombres, cómo está aprendiendo a curar a los borrachos y a enderezar la vida -y el pensamiento- de un intelectual. Podrían incluso mencionar que si uno no está ganando gente para Cristo, está pecando en algún punto de su vida».

En las semanas siguientes, los estudiantes universitarios pasaron mucho tiempo con el obispo. Él disfrutó de su compañía y jugó un buen partido de tenis, pero no le gustó del todo la idea de que si uno no ganaba personas para Cristo, estaba pecando. Al cabo de tres días pronunció un discurso sobre cómo 'las ruedas de Dios giran lentamente', cómo 'unos siembran y otros recogen' y cómo 'nunca se puede saber el efecto que uno tiene en la gente'. Pero Buchman dijo a los estudiantes: «Sean verdaderos amigos suyos. Sigán adelante». También dijo: «Ayer pasé una hora muy agitada y necesitaba ayuda. Así que fui al obispo y él me ayudó. Estoy muy agradecido de que estuviera allí y de que pudiera acudir a él».

Al octavo día, el obispo volvió a hablar. «He sido como un pescador que vuelve a casa por la noche y dice: "No he pescado nada, pero he influido en muchos"». Contó cómo su propia timidez y los halagos de los demás habían mermado su eficacia: «Siempre hay cinco o seis queridas ancianas que me dicen lo bien que he predicado». Ahora él quería aprender más sobre cómo ganar personas para Cristo. Se había criado en un hogar cristiano -su padre era el obispo Brooke Foss Westcott de Durham- y había pasado por las mejores facultades de teología, pero nadie antes le había planteado el tema de diagnosticar y, por la gracia de Dios, curar a las personas individualmente.

Antes de regresar a la India, el obispo declaró a la prensa: «Para mí, estas semanas han sido un desafío. Llevo veintiocho años como obispo de la iglesia de Dios y he cumplido las promesas que hice en el momento de mi consagración, pero fue en la ‘house-party’ del Movimiento del Grupo de Oxford (sic), celebrada en Oxford el pasado mes de julio, cuando me di cuenta de que uno puede esforzarse fielmente por cumplir estas promesas y, sin embargo, fracasar en lo que es un deber fundamental, a saber, ser un transformador de vidas»¹⁴.

De regreso a la India, escribió a algunos estudiantes de Oxford que, mientras que en sus viajes anteriores nunca había tenido una conversación personal profunda con nadie, esta vez diecinueve personas habían hablado con él y catorce, entre las que se encontraban personas a las que nunca se habría acercado antes, habían entregado sus vidas a Cristo. Incluso antes de dejar Oxford, había encontrado un nuevo entendimiento con George West, recién nombrado obispo de Rangoon, que se había acercado a él admitiendo que siempre le había tenido miedo, algo que Westcott ignoraba por completo.

Era este tipo de cambio contagioso el que, en opinión de Buchman, revitalizaría a la iglesia. Sentía que muchos en la Iglesia estaban decididos a mantener las cosas como estaban. Esta ‘confianza religiosa’, como él la llamaba, a menudo le hacía sentirse frustrado. Por ejemplo, un popular predicador metodista que, al volver de una ‘house-party’ de Oxford, asombró a su siempre abarrotada congregación diciéndoles que se sentía fracasado. Habló del impacto que habían tenido en él las normas de Cristo de absoluta honestidad, pureza, altruismo y amor, y continuó: «Ustedes vienen aquí cada semana y siempre alaban mis sermones. Pero somos como sepulcros blanqueados. Ninguno de ustedes cambia y yo tampoco». Dijo que veía en la congregación personas que también habían estado en la ‘house-party’ y sugirió que quien lo deseara podía esperar después y escuchar sus experiencias allí. Más de 200 lo hicieron. Durante tres semanas, esos grupos se reunieron después de cada servicio vespertino, y muchos encontraron allí un compromiso nuevo o más profundo. Entonces, algunos funcionarios de la iglesia se interpusieron y

dieron un *ultimátum*. El predicador disolvió los grupos antes que dividir a la iglesia.

Un choque de lealtades más sutil y lamentable fue expresado a Buchman por la esposa de un clérigo: «Sé sin sombra de duda que he encontrado a Dios a través del contacto con su maravillosa hermandad y que tengo un mensaje que anhelo transmitir. Serán ustedes los primeros en comprender que las cosas no me resultan muy fáciles con respecto a mi marido. Él no es en absoluto hostil hacia el Grupo, pero siempre tengo la sensación de que desearía que yo hubiera podido encontrar a Dios y la felicidad a través de la iglesia, y que para él siempre debe ser la iglesia. A mí también me encanta la iglesia, donde se encuentra la realidad y la sencillez como en el movimiento del Grupo, pero es muy *raro*. Lo que más me preocupa es cómo la iglesia en su conjunto afronta el reto del movimiento de Grupo». Más tarde, su marido mostraría su activa simpatía cuando el Grupo de Oxford fue atacado.

No cabe duda de que Buchman se impacientaba a menudo con la religión organizada. Sentía que la iglesia estaba cada vez más alejada de los peligros que se aglomeraban. «Nadie está más celoso de la iglesia que yo», dijo una vez. «Pero la lealtad a la iglesia exige que veamos a la iglesia como realmente es, y la iglesia, tal y como es hoy, no va a cambiar la nación. Si no se reforman las multitudes de la iglesia, algún dictador las reformará. El comunismo y el fascismo han creado la mayor crisis en la historia de la iglesia desde las catacumbas. ¿Qué implica esto? Una orientación totalmente nueva: salir a la calle, a los caminos y a los setos. No nuestra concepción de la iglesia, sino la respuesta que el mundo necesita. Esto significa que habrá gato encerrado, pero estoy dispuesto a hacerlo».

Tales opiniones estaban destinadas a provocar reacciones. En marzo de 1933, el obispo de Durham, el Dr. Hensley Henson, dedicó un discurso a su diócesis a lo que Owen Chadwick, su biógrafo, describe como «una acusación sostenida contra el Grupo de Oxford»¹⁵. Se trataba, en efecto, de una investigación sobre si ‘el Grupo podía ser domesticado’ dentro de la iglesia de Inglaterra, y su respuesta fue un rotundo «no»¹⁶.

Tras un estudio erudito de la aparición de las sectas a lo largo de los siglos, del que concluyó que el Grupo de Oxford se convertiría inevitablemente en una secta, Henson examinó los “principios del Grupo” tal y como él los concebía. Chadwick resume su actitud así: «Aquí estaba el confesionario, expuesto a sus peores riesgos y despojado de su disciplina protectora; aquí estaban los adolescentes actuando como padres-confesores, los ciegos guiando a los ciegos; aquí estaba la fascinación de la mojigatería así como un ideal moral; aquí estaba una idea de guía como inspiración inmediata, ocupando el lugar de la discusión razonable y el juicio sensato; Aquí había un movimiento que parecía tener poco lugar para los pobres, pero que se dirigía a los estudiantes de Oxford, a los líderes políticos y a los capitalistas, realizando su trabajo en hoteles y centros de moda; aquí había un movimiento que pretendía estar por encima de las denominaciones, pero que, como todos los movimientos de este tipo, ya se estaba convirtiendo en otra denominación»¹⁷.

El obispo, sin embargo, nunca había aceptado ninguna invitación para asistir a ninguna ‘house-party’, reunión u ocasión del Grupo, ni para reunirse con personas estrechamente relacionadas con él. Declaró que no estaba «temperamentalmente preparado» para semejante prueba, y que sentía una «repugnancia casi física»¹⁸ contra el tipo de movimiento que él concebía que era el Grupo. Chadwick comenta: «Él (Henson) no estaba bien preparado para la crítica imparcial que le habría ayudado, porque su repulsión interior hacia cualquier movimiento de ese tipo era demasiado profunda»¹⁹. Según Chadwick, las razones que le llevaron a escribir el Alegato fueron su deber para con su diócesis, su amor por Oxford (cuyo nombre consideraba que Buchman había robado) y, “mucho más emocionalmente”, que «uno de los jóvenes por los que se preocupaba mucho... y que consideraba el más prometedor de sus ordenandos, se convirtió en discípulo del Dr. Buchman y se fue a Canadá con él»²⁰.

La primera edición del alegato de Henson tuvo poca repercusión, pero retomó su tema con más efecto en otoño e invierno. Durante el verano, varios londinenses prominentes habían instado a que se llevara a cabo una campaña del Grupo

de Oxford en Londres. El obispo de Londres había invitado a Buchman y a su equipo a la catedral de Saint Paul, y el arzobispo de Canterbury los había recibido en el palacio de Lambeth. El 19 de septiembre, Henson resumió sus objeciones en una carta a *The Times*, y en diciembre publicó una segunda edición de su alegato, con un nuevo prefacio.

Tras su carta, los obispos, según los resúmenes de prensa de sus conferencias diocesanas, se dividieron. Los obispos de St Edmundsbury e Ipswich²¹ y de Southwark²² parecen haber sido más críticos que elogiosos, mientras que los de Manchester, Oxford y Rochester²³, aunque ofrecieron consejos y cautela, no dudaban de que el Grupo de Oxford estaba cambiando la vida de la gente y haciendo que la religión fuera más real para muchos. Una contribución típica fue la del Dr. Hewlett Johnson, de Canterbury, que pronto sería bautizado como “el Decano Rojo”. Aunque afirmaba que «la idea de las ‘house-parties’ huele a esnobismo» y decía que «la doctrina de la orientación se acerca peligrosamente a la magia», continuaba: «Lo que, sin embargo, supera estas tendencias -y pueden evitarse- es que las vidas descuidadas, egoístas e incluso viciosas, especialmente entre los jóvenes de ambos sexos, están cambiando y consagrándose a Dios. Hay una nueva orientación hacia Dios...»²⁴

Uno de los puntos que también planteaba el obispo Henson en su carta era que Buchman se ocupaba de las clases altas y medias, los ‘de arriba’, y no, como era tradicional en los movimientos evangelizadores, de los ‘de abajo’. El reverendo Wilson Carlile, actual secretario general honorario del Ejército de la Iglesia, fue uno de los que respondieron: «Muchos de nosotros hemos intentado ocuparnos de los marginados y los delincuentes», escribió, «pero los Grupos se han propuesto cambiar la vida de los intelectuales perezosos y peligrosos. Admiro su coraje. Ayudémosles todo lo que podamos»²⁵.

En su nuevo prefacio, el obispo se apoyaba en gran medida en el testimonio de Martin Kiddle, un joven de Oxford que había viajado durante cinco meses con el equipo de Buchman por Norteamérica y había regresado a Gran Bretaña, dejando una carta de profundo agradecimiento. «Estoy deseando ver al obispo de Liverpool y a mis amigos de Oxford para contarles

los tremendos logros de los últimos meses», había escrito a Buchman. «Una vez más, muchas gracias por su formación y compañerismo. Mi trabajo en Inglaterra no sólo será más enriquecedor, sino radicalmente diferente como resultado de esta experiencia»²⁶. Posteriormente, se fue a vivir con Henson y, al parecer, le proporcionó ‘datos’ que el obispo, debido a su política de evitar el contacto con el Grupo de Oxford, no pudo comprobar. En agosto, Kiddle escribió a una amiga común pidiéndole que le dijera a Buchman que «desgraciadamente, muchas personas equivocadas están utilizando mi nombre de forma deshonesta en sus ataques contra el Grupo. Me han atribuido cosas que nunca he dicho... Por favor, dígame que siempre le guardaré un afecto muy cálido»²⁷. Sin embargo, en septiembre escribió a *The Times*: «No dudo en apoyar todas las declaraciones y críticas del obispo de Durham»²⁸. Nueve años más tarde, Kiddle, que había sido ordenado sacerdote, se convertiría en una figura trágica, condenado en *Bow Street* por un delito contra la moral y hallado muerto poco después por causas inexplicables²⁹. Aunque se le cita con frecuencia por su nombre en el prefacio de Henson, se le omitió en las memorias del obispo, que se publicaron el año en que fue condenado.

A principios de la década de 1930, la Iglesia de Inglaterra hizo al menos dos propuestas oficiales para estrechar la cooperación. La primera propuesta fue transmitida a Buchman y Loudon Hamilton por el doctor Cyril Bardsley, obispo de Leicester y presidente del Comité de Evangelización del arzobispado. Bardsley había asistido a varias ‘*house-parties*’ y había escrito que su «principal impresión era la total sinceridad y humildad de los líderes del Grupo»³⁰.

Buchman y Hamilton viajaron a Leicester para escuchar la propuesta. «La idea», señaló Hamilton, «era que el Grupo de Oxford fuera reconocido oficialmente como una especie de ala provisional de la Iglesia de Inglaterra, reconocida y organizada en consecuencia, con el Dr. Bardsley como presidente. El Dr. Bardsley me pareció como si no le gustara el papel que se le había elegido, pero expuso lealmente la propuesta, terminando con la sugerencia de asumir él mismo la presidencia». Existe la duda de si Bardsley se propuso a sí mismo o a Buchman para ese cargo, ya que Buchman afirmó lo segundo en una carta a un amigo. Cualquiera que fuese la propuesta, Buchman

respondió: «Hasta ahora no ha habido más presidente que el Espíritu Santo», y él y Hamilton partieron en el siguiente tren hacia Londres.

La segunda sugerencia fue hecha por el obispo de Salisbury y se discutió en enero de 1935 en Lambeth, en presencia de otros tres obispos. La Comisión Eclesiástica había comprado la abadía de Milton en Dorset, junto con su gran casa y amplios terrenos. En palabras del obispo de Salisbury, la ofrecían para que fuera «un centro de formación dirigido por el Grupo de Oxford bajo los auspicios de la Iglesia de Inglaterra». «Por mi parte», escribió con entusiasmo, «confieso que me entusiasma la posibilidad de cimentar todo lo bueno del movimiento del Grupo en el suelo de la fe y la tradición católicas. Es ciertamente lo que la iglesia quiere, y creo que sería para la fuerza y el desarrollo del Movimiento»³¹. El mantenimiento, que recaería sobre el Grupo de Oxford, sería de unas 2.000 libras al año.

La primera aproximación de los obispos se hizo a varios clérigos y laicos de la Iglesia de Inglaterra a principios de diciembre. La carta citada anteriormente fue enviada a Kenaston Twitchell en Londres, ya que Buchman se encontraba en Noruega. Las primeras personas a las que se contactó se mostraron entusiastas con el patrocinio de la iglesia, pero Twitchell, señalando que harían falta veinte personas maduras para proporcionar un liderazgo adecuado, se mostró más cauto. «Se nos ofreció gratis con la condición de que nos encargáramos del mantenimiento», escribió a Buchman. Se señaló que el Grupo no es una organización* y que, por lo tanto, no podía dirigir ningún establecimiento como tal. Según tengo entendido, el obispo estaba de acuerdo, pero dijo que esperaba que pudiéramos proporcionar líderes individuales y convertir el lugar en un centro del Grupo como una casa privada³².

Buchman parece haber dejado la decisión en manos de los británicos y, para la reunión de enero en Lambeth, todos estaban de acuerdo en que el Grupo no estaba entonces en condiciones de asumir un establecimiento tan grande y, lo que es más importante, que su misión se dirigía a un público más

* En aquel momento no existía ningún órgano jurídico que representara al Grupo de Oxford.

amplio que el que podía alcanzarse a través de una sola iglesia. Garrett Stearly recuerda que Buchman le dijo: «No podemos permitirnos ser propiedad de ningún grupo».

Una línea del ataque del obispo de Durham que encontró muchos oídos simpáticos fue su referencia a lo que él consideraba la «apropiación» del nombre 'Oxford' por parte de Buchman, algo que, según él, había hecho «un trabajo de leones en Sudáfrica y Estados Unidos». El *The Times*, que había utilizado con frecuencia el nombre de 'Grupo de Oxford' en años anteriores y, de hecho, lo utilizó en el titular de la carta del obispo, suprimió a partir de entonces el prefijo 'Oxford' y escribió un editorial subrayando su decisión. La cuestión despertó fuertes sentimientos. Muchos hombres de Oxford se opusieron a Buchman por creer que él se había inventado el nombre con fines publicitarios y que, de ser cierta la versión del obispo de Durham, el uso de la palabra 'Oxford' podría desacreditar a la Universidad. Otros opinaban que debería haber renunciado al nombre cuando se generalizó espontáneamente. En *The Times* se publicó una animada correspondencia a favor y en contra.

El tema surgió el 31 de octubre de 1933 en la sobremesa del *Oriel College*, donde cenaban Buchman y el rector del *University College*, Sir Michael Sadler. Buchman explicó cómo había surgido el nombre, y dijo que él mismo no tenía ningún deseo de que su nombre fuera central en nada que Dios hubiera hecho a través de él, que muchos hombres de Oxford sentían que el Grupo de Oxford les había acercado al lema de su Universidad, *Dominus Illuminatio Mea*, más de lo que cualquier otra cosa había hecho, y que la fuerza de estudiantes universitarios de Oxford era la más grande en formación en cualquier lugar*.

Cuando la controversia pública estaba en su apogeo, Buchman escribió a Sadler. «*The Times*, escribió,... nos imputa motivos

* Martin calcula que de los siete hombres que visitaron Sudáfrica en 1928, seis eran de Oxford; de los veintinueve que visitaron Canadá en 1933, trece lo eran; en 1934, dieciocho de veintisiete; de los 138 británicos que fueron a Dinamarca en 1935, setenta. En 1939, de cincuenta y tres hombres que dedicaban todo su tiempo en Londres, veintinueve eran graduados de la Universidad. (Martin MSS.)

deshonestos, y esto vicia el desafío a un nuevo nivel de honestidad en la vida comercial. Recordarás que en la cena de aquella noche en Oxford nos dijiste que no cediéramos ni un ápice en este punto...»³³.

La respuesta de Sadler fue a la vez práctica y profética: «... tú y tus amigos tenían razón al llamarse ‘Grupo de Oxford’ porque, en un momento crítico, su trabajo aquí tenía una importancia determinante para el futuro del movimiento. El nombre no está protegido por derechos de autor, y nadie puede decir sí o no a vuestro derecho a utilizarlo. Me siento pragmático al respecto. Si hay algo esencialmente relacionado con Oxford en el movimiento, el nombre ‘Grupo de Oxford’ sobrevivirá como representación de un aspecto histórico de su crecimiento. Si, por el contrario, la conexión con Oxford se engloba en algo más grande e internacional, los escritores de todo el mundo sentirán instintivamente que el nombre ‘Grupo de Oxford’ se ha convertido en un nombre inapropiado. Mientras tanto, espero que se mantenga. Como sabes, estoy agradecido de que Oxford participe en este despertar espiritual»³⁴.

Buchman no renegaría formalmente del nombre, como tampoco podría haberlo adoptado formalmente. Lo aceptó con sus ventajas y desventajas. Incluso los críticos más amistosos han puesto en duda que hiciera bien. Sir Arnold Lunn, por ejemplo, escribió que Buchman y sus amigos estaban «destinados a tener suficientes problemas en sus manos si se limitaban a su objetivo legítimo, la campaña contra el pecado, y fue un gran error arriesgarse a un choque frontal no sólo con el pecado sino también con Oxford»³⁵. Ciertamente, este primer choque afectó inmediatamente a la política de *The Times* y otros periódicos, y más tarde se manifestó en varios departamentos gubernamentales donde abundaban los hombres de Oxford.

Las desventajas, en efecto, crecieron con los años. Después de 1933, el nombre ‘Oxford’ fue sinónimo -en Estados Unidos- de algo que allí se conocía como el “Juramento de Oxford”, un compromiso adoptado por los estudiantes de muchas universidades estadounidenses siguiendo el ejemplo de la mayoría de la *Oxford Union*, que habían declarado que no lucharían “por el rey y la patria”. ‘Oxford’ fue desde ese

momento sinónimo de ‘pacifista’ en Estados Unidos, y el Grupo de Oxford era sospechoso tanto de pacifismo como de comunismo. Tampoco fue una gran ventaja en países donde el dominio británico estaba siendo desafiado por movimientos nacionalistas e independentistas, y en un momento dado incluso la amistad de Mahatma Gandhi se tensó por este motivo. Finalmente se convirtió, como Sir Michael Sadler había previsto, en un término demasiado estrecho y acabaría dando paso al ‘Rearme Moral’.

La controversia sobre el nombre no disminuyó en nada el interés suscitado por la campaña en Londres durante el invierno de 1933-1944. Siete mil personas abarrotaron la catedral de San Pablo. El arzobispo de Canterbury, al recibir al grupo en el palacio de Lambeth, señaló las fotos de sus predecesores y dijo que, aunque muchos de ellos posiblemente habrían compartido los temores de ciertos escritores de *The Times*, él, por su parte, estaba convencido de que el Grupo de Oxford había sido llamado por Dios a Londres*.

La respuesta popular fue numerosa y dio lugar a nuevas invitaciones de diversos sectores de la comunidad. El Lord Mayor recibió a un numeroso grupo en la *Mansion House*. Sir Walter Windham, veterano piloto de carreras y pionero de las vías aéreas, desconcertó un poco la solemnidad de la ocasión dando un paso al frente y diciendo que daba gracias a Dios por un hombre como Frank Buchman y que no le importaba lo que se dijera de él en *The Times*. A continuación, pidió «Tres hurras por Buchman», que los avergonzados dignatarios brindaron con diversos grados de entusiasmo. *The Times* informó de todo esto sin comentarios³⁶.

La prensa se interesó mucho. Entre los artículos más sensacionalistas había un reportaje sobre la ‘house-party’ preliminar en Eastbourne, en el que se citaba a Buchman en un gran titular diciendo que «Dios es millonario», lo que implicaba que Buchman estaba generosamente dotado³⁷. Dos semanas

* En agosto de 1934, el Dr. Lang dijo a su Conferencia Diocesana: «El Grupo de Oxford está haciendo con toda seguridad lo que la Iglesia de Cristo tiene que hacer en todas partes. Está cambiando las vidas humanas, dándoles una nueva alegría y libertad, liberándolas de los defectos de temperamento, de las relaciones domésticas, y similares, que las han acosado, y dándoles un nuevo ardor para comunicar a sus semejantes lo que Dios les ha dado». (Periódico de la Iglesia de Inglaterra, 14 de septiembre de 1934).

más tarde informaba de que, al verificar la situación financiera de Buchman, había descubierto que este hombre llevaba a 200 personas a Londres con sólo unas pocas libras en la mano. «No había ni una palabra de reproche sobre ese artículo anterior», concluía³⁸. Casi al mismo tiempo, lord Southwood, propietario del periódico laborista *Daily Herald*, llamó a Buchman y le dijo escuetamente: «He oído que ustedes son un movimiento de clases». «Es cierto», respondió Buchman, «hay dos clases: los que cambian y los que no cambian».

Llegaron invitaciones de otros dos ámbitos de la vida londinense. Un miembro del Parlamento, Sir Francis Fremantle, sugirió que un pequeño grupo de parlamentarios se reuniera con Buchman y algunos amigos. Buchman tuvo un pensamiento: «Llévate a cincuenta». Resultó ser un acierto. El *Evening Standard* informó de la «extraordinaria curiosidad» que «vacío por igual las salas de fumadores y el hemiciclo de la Cámara». Reunieron a una asamblea tan numerosa que la primera sala elegida se llenó y se trasladaron a otra más grande³⁹. El orador principal fue una figura destacada de la Sociedad de Naciones, C. J. Hambro, presidente del Parlamento noruego. Hambro hizo una vívida descripción de lo que creía que era el potencial del Grupo y concluyó invitando a Buchman a llevar un equipo a Noruega*.

La segunda invitación procedía del distrito este de Londres, del reverendo E. G. Legge, vicario de Poplar, quien decía que era «una de las parroquias más grandes y pobres de Inglaterra». El vicario describió la respuesta obtenida: «El último día de 1933 llegó un equipo de 85 personas. Nada parecía intimidarles. Empezaron un programa de visitas a todas las casas. Todos los que pudieron se alojaron en algunas de las casas más pobres de la parroquia, compartiendo plenamente su vida a pesar de uno de los peores periodos de niebla que he conocido en el este de Londres. Se les encontraba comiendo en los cafés, reuniendo a su alrededor a grupos de hombres deseosos de saber más de su mensaje. Se ganaron a la gente desde la primera reunión, el servicio de medianoche del 31 de diciembre. Los números crecían y crecían. La gente se había desanimado. Para ellos, el Grupo de Oxford habría traído una

* Para conocer las primeras relaciones de Hambro con el Grupo de Oxford, véanse las pp. 216-17.

real esperanza»⁴⁰. Buchman estaba en el púlpito en ese servicio de medianoche, y su sermón suscitó un alto grado de participación del público.

Desde Poplar llegaron a *East Ham* y Hackney, y un equipo de 144 personas, principalmente de las universidades, pasó allí la Semana Santa. Gran parte de este trabajo fue iniciado y llevado a cabo por un estudiante del *Regent's Park College*, Bill Jaeger, hijo único de una viuda con una pequeña sombrerería en Stockport. Jaeger concibió la pasión de llegar a la gente del este de Londres. «Antes de que se despertara el resto de la facultad, ya estaba allí», recuerda, «y en dieciocho meses teníamos un equipo de 500 personas en la zona». Cuando Bill dejó la universidad en 1936, Buchman le puso a trabajar en el este de Londres a tiempo completo con base en la ‘fe y oración’, y su madre, Annie, vendió su tienda por 40 libras y se fue a trabajar con él. Bill llegó a conocer a algunas de las pandillas que se concentraban en los ‘caffs’ locales, y a muchos líderes cívicos. Bill Rowell, que iba a representar a 250.000 desempleados londinenses en el Congreso de Sindicatos de 1936, fue reclutado por uno de los miembros del equipo de Jaeger, el hijo de un colega, de 1,90 de estatura, que durmió gran parte del invierno en dos sillas en la cocina de los Rowell. «No puedo evitar pensar en las plataformas de paz en las que he hablado, diciendo a la nación cómo debían convivir, y sin embargo regresando a casa me enfrentaba a una guerra continua en mi propio hogar», escribió Rowell. «Después de doce años de vida matrimonial, de repente descubrí que tenía una nueva esposa y familia. Dejé de ser un dictador, e inmediatamente surgió entre nosotros un nuevo amor»⁴¹.

A veces era un trabajo arriesgado. Una mañana, al salir de la casa, uno de los miembros del equipo de Jaeger vio a un beligerante grupito de hombres esperándole.

«¡Rata! Uno de ellos le agarró por las solapas.

“Amigo, si eso te sirve de algo y me hace menos rata, adelante, rómpeme la quijada”, dijo el joven.

La mandíbula no se rompió y el grupo se dispersó».

Buchman le dio el mando a Jaeger: «Nunca me dijo lo que tenía que hacer, pero siempre quería saber lo que estaba haciendo», dice Jaeger, «quería saber a quién estaba viendo y qué les había dicho. Luego podía aportar alguna idea, algún consejo. Traía hombres de negocios y gente con títulos, que habían encontrado nuevos motivos, para que me ayudaran, y yo llevaba a mis amigos al Oeste».

Cuando, al final de la campaña londinense de 1934, Buchman se llevó un equipo importante a Estados Unidos y Canadá, el vicario de Poplar fue con él. Otro que fue, era George Light, líder de los desempleados en Warwickshire. Light había acudido a la 'house-party' de Oxford en 1933 lleno de amargura por su propio desempleo y el de sus representados. Describió su encuentro con Buchman:

«Nunca conocí a un hombre que tuviera tanta fe, o tal genio para aparecer en el momento oportuno. Un día me encontré con él y me invitó a su habitación. Me preguntó qué pensaba del Grupo de Oxford. Le dije algo cortés. Entonces me preguntó: “¿Sabes de algo contra nosotros? Nos encantaría saberlo”.

Acababa de asistir a una conferencia socialista y una mujer dijo: “He oído de buena fuente que alguien le ha dado a Buchman 50.000 libras para continuar su trabajo”.

Se lo conté a Frank y me dijo: “Es muy extraño, George. Yo he oído lo mismo, pero mira mi libreta de ahorros”. Me la puso abierta en las manos. Creo que había un saldo de 9 libras. “Ese es todo mi saldo bancario”, dijo. Luego hablamos de otras cosas: “¿Adónde vas ahora, George?”, dijo. Le dije que tenía un billete de regreso y unos chelines. Frank miró en sus bolsillos y dijo: “Tengo £9 en efectivo además de lo que hay en el banco. Aquí tienes £9. Los dos tenemos la misma cantidad. Eso nos hace socialistas”.

Esta fue la segunda charla que tuve con Frank. Él no me conocía. Podría haber sido un retorcido o algo así. Fui a casa y se lo conté a mi mujer y a mi familia. Esas £9 eran muy útiles, pero no era una fortuna. Sin embargo, mi

familia se alegró mucho de que alguien se interesara tanto por nosotros que se echaron a llorar. Frank nunca pospuso un acto de altruismo de su parte porque se necesitaba uno mucho mayor de parte de la sociedad. Lo que hizo y por lo que luchó contenía elementos de verdadera acción revolucionaria»⁴².

El último día de la campaña de Londres, hablando en el *Hotel Metropole de Northumberland Avenue*, Buchman comentó la afirmación de un periódico de que Oswald Mosley tenía 100.000 seguidores en su Asociación Británica de Fascistas y que dos millones de británicos tenían ‘mentalidad fascista’. «¿Tienen dos millones de personas en Gran Bretaña con mentalidad del Espíritu Santo? Necesitan lo que Gandhi dice que echa de menos en los cristianos... “salados con el fuego de la disciplina”*. Anoche fui a cenar con algunas personas», añadió. «Algunos eran pro-Hitler, otros anti-Hitler. Les dije que estábamos a favor del cambio en todo el mundo».

Entre la multitud de cartas que aparecieron en la prensa a lo largo del otoño, se encontraba una del distinguido misionero y ecumenista J. H. Oldham, que señalaba que un corresponsal había sugerido que:

«El movimiento de los Grupos es la expresión en la esfera religiosa de las ideas y movimientos modernos en el campo político». «Me pregunto», escribía Oldham, «si lo que los Grupos persiguen, y en su medida descubren, no es algo que es la antítesis completa tanto del fascismo como del comunismo. ¿No será que están redescubriendo la verdad de que el sentido de la vida se encuentra en las relaciones entre las personas? La verdadera comunidad consiste, no en la subordinación de las personas a fines impersonales, como exigen tanto el fascismo como el comunismo, sino en la tensión no aliviada y gozosamente aceptada entre puntos de vista contrapuestos y complementarios [...].

Esta es la verdadera alternativa a las filosofías del fascismo y del comunismo, siempre que se reflexione y se afronten sus consecuencias en las esferas social y

* Marcos 9, 49. Según Buchman, uno de los textos favoritos de Gandhi.

económica. En ella reside el único manantial de esperanza para el mundo. Es la contribución de supremo valor que este país, si es fiel a lo mejor de sus tradiciones, puede haber hecho al mundo en su angustia actual. Pero esta visión del sentido de la vida sólo puede convertirse en una alternativa real al fascismo y al comunismo si hunde sus raíces en la constitución última del universo y si nos atrevemos a creer en un Dios vivo que es la fuente, la consagración y el sostén de nuestras relaciones personales con nuestros semejantes»⁴³.

«A-WO-ZAN-ZAN-TONGA»*

Su trabajo en el extranjero y la resaca de Princeton no habían mermado las actividades de Buchman en su propio país. En los tres primeros meses de 1929 celebró media docena de '*house-parties*' en Estados Unidos, la última en Briarcliff, a cincuenta kilómetros del Hudson, en Nueva York. De hecho, Briarcliff se hizo tan conocido como centro de sus actividades durante los años siguientes que cuando visitó al gobernador del Estado de Nueva York, Franklin D. Roosevelt, en Hyde Park en mayo de 1932, el primer comentario de Roosevelt fue: «Hola, Buchman. ¿Qué está pasando en Briarcliff?». Poco después, Buchman fue recibido por el presidente Hoover, preocupado por la Depresión, que estaba alcanzando su punto más grave. La constatación de que la prosperidad de los años veinte había desaparecido, quizá para siempre, trajo consigo la desesperación y la amenaza de la violencia. La revista *Harper's* publicó un artículo titulado «¿Vamos a tener una revolución?»¹. En un solo fin de semana se produjeron treinta y ocho suicidios en Detroit.

Ese año, Buchman había llevado a Estados Unidos a un grupo de veinte personas en misión de reconocimiento. Celebró grandes reuniones en el Este y el Medio Oeste de Estados Unidos, y llegó a Detroit en junio. Allí, una pareja cuyo matrimonio se había salvado gracias al encuentro con el Grupo de Oxford le presentó al Sr. y la Sra. Henry Ford. Ford, al darse cuenta de que el reloj de Buchman no funcionaba, le ofreció el duplicado del suyo: un reloj de un dólar en un elegante cordón de cuero sujeto a la solapa de su abrigo. Buchman celebraba su cincuenta y cuatro cumpleaños y había pedido a su amigo

* Los Stoneys le dieron a Buchman el nombre de *A-Wo-Zan-Zan-Tonga* - Gran Luz en la Oscuridad -.

de *Penn State*, Bill Pickle, de ochenta y cuatro años, que le acompañara. «Henry Ford se mostró ante mí como un hombre corriente», fue el veredicto de Bill, «si fuera vecino mío, podríamos ser buenos amigos».

Buchman se había mantenido en contacto con Bill a lo largo de los años y le había enviado ayuda financiera cuando los tiempos eran difíciles. Al enterarse de que su ‘benefactor’, como siempre llamaba a Buchman, planeaba visitar Europa de nuevo. Bill había escrito:

«He oído que zarpas hacia Oxford, Inglaterra, el 15 de junio, lo que sería el deleite de mi alma en mis últimos días. Ahora, Frank, sabes que nunca he pedido nada y no tengo razón para pedirlo, pero no sabes cómo me gustaría ir contigo a Oxford. Estamos todos muy bien y espiritualmente en la cima de la montaña. Tuyo en compañerismo, amor y verdad, Tu hermano, W. I. Gilliland»².

El día que el *Berengaria* zarpó hacia Inglaterra, Buchman escribió a la Sra. Ford: «Le sorprenderá saber que esta noche me llevo a Bill Pickle a Inglaterra. Bill dice que el último barco en el que estuvo fue un transbordador de Filadelfia a Camden, y que antes de eso su barco más grande había sido una balsa para perros en el estanque de un molino»³.

En su primer viaje en avión, de Londres a Ginebra -para asistir a un almuerzo de delegados de la Sociedad de Naciones-, Bill Pickle echó un vistazo a la avioneta y pidió ver al piloto: «¿Va a volar en ese cacharro?», preguntó Bill.

«Sí», respondió el veterano piloto.

«Si no le importa» -dijo Bill-, «me sentiría mucho más tranquilo si pudiéramos arrodillarnos y rezar antes de empezar».

El piloto se arrodilló junto al avión, mientras Bill confiaba su seguridad a su «Padre Celestial», como él, un hijo ilegítimo que nunca supo quién era su padre, siempre se dirigía a Dios.

Mientras tanto, Henry Ford se había cruzado con el hijo de Harvey Firestone en el curso de sus negocios, había notado el

cambio en él y le tuvo hablando en su despacho durante dos horas. Durante ese tiempo, invitó a Bill Pickle, que había vuelto de Europa, a reunirse con algunos de sus ejecutivos que bebían mucho. Le preguntaron a Bill cómo rezaba: «Bueno, dijo, soplándose los bigotes, lo primero es arrodillarse, como en el tiro al blanco». Las risas ahogaron el resto de la instrucción. También en Ginebra, su franqueza hacía más mella que muchas otras expresiones más refinadas. Buchman solía decir: «Él es auténtico. Así que puedes invitarlo a cualquier parte».

Buchman había reunido en Europa lo que el asunto de Princeton había dispersado en Estados Unidos: la fuerza móvil de personas convencidas por la que había trabajado desde que regresó de China. Tras su reconocimiento preliminar en Canadá, regresó allí con treinta y dos personas en octubre de 1932. Durante el viaje, el barbero del barco, mientras afeitaba a Buchman, le preguntó -en tono más bien grosero- cuál era su trabajo. «Mi trabajo», respondió Buchman con ánimo, «es ayudar a un barbero con cuello de toro, que se ha ido de juerga la noche anterior, a averiguar cómo puede limpiarse y emprender el camino correcto».

El equipo inicial de Buchman, encabezado por el obispo de Liverpool, procedía de Gran Bretaña, Holanda, Alemania, Sudáfrica y Estados Unidos. Siendo octubre, con el curso universitario en pleno apogeo, solo seis de Oxford estaban en el primer grupo, incluyendo a Reginald Holme, famoso por su club automovilístico, que acababa de obtener un sobresaliente en teología, y Marie Clarkson, la 'chica del perro'. El Dr. y la Sra. Ebenezer Macmillan habían venido de Sudáfrica, Frau Moni von Cramon de Alemania, el vicealmirante Sydney Drury-Lowe de Londres y Jimmie Watt, antiguo comunista, de Escocia. Mientras la Duquesa de Bedford entraba en el puerto de Quebec, Ruth Bennett⁴ recuerda a Buchman instando a los británicos a olvidar que eran británicos y a recordar únicamente que eran cristianos. «Vivan sobre la base del aprecio, no de la comparación», dijo, y luego lanzó la siguiente idea: «Cada uno de ustedes puede estar al frente de un equipo de doscientas personas antes de que termine este viaje».

La mayoría del equipo tenía menos de veinticinco años y sin duda necesitaba formación. «Estábamos verdes como la

hierba», recuerda Holme. «Recuerdo haberle dicho a un periodista de Liverpool antes de partir que, en vista de todos los crímenes que habíamos leído en Estados Unidos, algunos de nosotros no volveríamos. Tuvimos una reunión con el Ejército de Salvación, y se pidió a una de nuestras estadounidenses que diera la bendición. Hubo un largo silencio. Ella sabía lo que era un benedictino, pero nunca había oído esta nueva palabra». La 'chica del perro', atacada por un celoso teólogo para preguntarle por qué no había mencionado 'la sangre de Cristo' en su discurso, contestó: «Si usted hubiera mencionado eso en mi primera reunión, yo habría salido corriendo seis cuerdas».

Su misma frescura resultó atractiva. Tras la primera reunión, un digno hombre de pelo gris se puso en contacto con Holme. Preguntó cómo tener un 'momento de silencio' y, cuando lo probó, anotó la única palabra: «Aduanas». Bernard Hallward, un hombre de Balliol, era ahora vicepresidente del *Montreal Star*, y cuando el equipo llegó a Ottawa fue recibido por un titular a ocho columnas con la noticia de que había devuelto 12.200 dólares al Departamento Nacional de Hacienda por mercancías no declaradas traídas de Europa⁵.

En Ottawa, el primer ministro R. B. Bennett ofreció un almuerzo a sus colegas del Gabinete para que conocieran a los visitantes. «Si, como creo, Wesley salvó a Inglaterra de los efectos de la Revolución Francesa», dijo en aquella ocasión, «tengo la firme convicción de que las influencias que ustedes tan poderosamente representan son las únicas que pueden salvar al mundo»⁶.

El profesor Grensted se unió a los viajeros durante las vacaciones de Navidad en Oxford y se embarcó en un intenso programa de encuentros con sus colegas teólogos y psicólogos. Escribió en su diario:

«Toronto - Por la tarde, entrevistas; una de ellas bien valió todo el tiempo y el coste de venir. Esta noche, tres reuniones y al menos 3.000 personas para escuchar nuestra sencilla historia. Cada uno de nosotros habló tres veces, y yo, al menos, empecé a sentir la curiosa claridad que hay más allá del cansancio. Pero ¡qué necesidad hay, y con qué paciencia escucha y busca ayuda esta gente! El

salón del hotel está lleno, después de las reuniones, de grupos que no paran de hablar... A la hora del té tenía que reunirme con unos psicólogos y me encontré con que había llegado todo el departamento. Parecían saber *cómo*, pero no *el porqué*. Y claramente pensaban que yo era una interesante exposición... .

Hamilton, Ontario - Las cosas se movieron bien, como siempre, con el clero, donde me llevaron a proclamar con vigor y énfasis contra las opiniones del psiquiatra local que había levantado sospechas contra nosotros... . Escribo esto a las 2:00 a.m., muy retrasado por las cartas. También por la llegada de un importante periódico eclesiástico lleno de ataques contra el Grupo. Es curioso cómo parecen organizarse estos ataques. El redactor dice que ha esperado a la llegada del Grupo para formarse una opinión, y luego reproduce ataques hostiles escritos hace semanas en un periódico inglés. Es extraño leer este ataque, escrito también por personas capaces, y luego pensar en el flujo constante de sobrios milagros que se producen ante mis propios ojos. Solo es miedo, creo, a que los jóvenes se levanten y salven el mundo. Y un reto a los mayores que no lo han salvado...».

Buchman llevó su equipo de sesenta personas por Navidad a Lucerna, Quebec. Herman Hagedorn, poeta y biógrafo de Theodore Roosevelt, señaló: «No hubo tiempo para comprar regalos. Ellie Forde fue a la tienda de 5 y 10 céntimos. Grensted y otros escribieron poemas para cada uno. Frank compró sesenta coronas de Navidad, cintas y etiquetas. En el hotel, gran chimenea de seis caras. Villancicos. Nacimiento para Frank. Árboles, espectáculo, etc . Al día siguiente, Grensted montó un hermoso pesebre. A Frank le encantó el ambiente hogareño. Aguda sensibilidad hacia las personas y las cosas. Tiene mucho de artista. Sentimiento tremendo que nunca llega al sentimentalismo. Pero es muy sociable hasta el punto de no poder descansar. Cada aniversario tiene un significado tremendo».

El 29 de enero en Montreal hubo, según Grensted, «un gran servicio en la catedral a última hora de la tarde. El Obispo habló con sentimiento y calidez, un poco sorprendido de encontrar

la Catedral completamente llena. La gente acudió dos horas antes de la hora...».

Justo antes de la visita a Montreal, se celebró una 'house-party' en Detroit, adonde regresaron el día 30, de camino a Nueva York, para asistir a un baile organizado para ellos por Henry Ford. El domingo por la mañana. Bill Pickle habló en la capilla de Marta y María, en el pueblo de Ford en Dearborn, y Buchman y algunos miembros de su equipo tomaron el té con los Ford en su casa. A continuación se dirigieron a Nueva York, donde 3.200 personas abarrotaron el salón de baile del Waldorf-Astoria en lo que Grensted describió como «un triunfo especial para Frank, que recuerda demasiado bien sus dificultades anteriores en Nueva York, cuando toda la prensa estaba en su contra y los amigos eran pocos»*.

Desde Briarcliff, Buchman llevó a su equipo a Washington, donde el secretario de Estado, Cordell Hull, asistió a una de las reuniones. Otra fue inaugurada por un coro negro, por lo que Buchman fue muy criticado, crítica que se hizo aún más aguda cuando trasladó la siguiente reunión a una iglesia negra donde 2.000 personas, blancas y negras, se mezclaron alegremente, en un momento en que tal integración racial era inusual en la capital.

El viaje continuó por Louisville, Akron y Kansas City -donde Buchman conoció por primera vez al juez y más tarde presidente Harry Truman- hasta Arizona y California. En Phoenix llevó a todo el grupo a un rodeo, y acabó hablando profundamente con uno de los vaqueros del andén hasta que el tren se detuvo.

En la costa oeste hubo grandes reuniones en Los Ángeles y tres 'house-parties' en casas cercanas. Los visitantes también hablaron en la prisión de San Quintín. Un ejemplar de *For Sinners Only* / Sólo para Pecadores había llegado hasta allí y los cambios que había provocado eran tan notables que el

* A su regreso, Grensted informó con entusiasmo de sus actividades en Estados Unidos en una reunión celebrada en Oxford. Al año siguiente, sin embargo, sintió que debía mostrarse más distante. Según una nota privada del arzobispo Lang del 13 de julio de 1934, a Grensted le había molestado «la explosiva confianza en sí mismos de algunos de los miembros más jóvenes que insisten en que su método es prácticamente el único por el que un hombre puede convertirse en cristiano», pero dijo que «seguiría estando en total sintonía con sus principales objetivos».

director de servicios sociales y religiosos de la prisión les invitó a pasar. El propio director dijo que «la visita le había dado un nuevo enfoque a su trabajo». Se visitaron otras prisiones en Canadá y en los Estados del este, y las autoridades penitenciarias informaron de cambios en muchos reclusos.

Buchman, a medida que avanzaba la visita, insistía cada vez más en que los que ‘cambiaban’ debían relacionar su experiencia de Dios con su vida pública y los problemas de la nación. La experiencia personal era importante, pero podía volverse sentimental si no se aplicaba inmediatamente a la vida cotidiana. Dos hombres de negocios que dieron este paso fueron William Manning, de San Francisco, propietario de una cadena de cafeterías, y T. P. Loblaw, cuya cadena de tiendas de provisiones se extendía por Canadá de costa a costa.

Manning y su familia renunciaron a su gran casa y empezaron a vivir de forma más sencilla, en lugar de despedir a empleados. Comentó que le hacían gracia todas las salvaguardias que había intentado tomar contra la Depresión: «Una vez que tienes a tu familia alineada sobre esta base, todo temor al futuro se desvanece».

Loblaw, cuyas tiendas fueron precursoras de los supermercados actuales y cuya facturación ese año superó los 25.000.000 dólares, pidió a Buchman que enviara a uno de los suyos como invitado. Buchman envió a George Wood, el hermano de dieciocho años de Lawson, recién salido del colegio en Aberdeen. Un día se arrodillaron juntos mientras Loblaw entregaba su vida y su negocio a Dios. En seguida comunicó a sus empleados y competidores que su empresa estaba bajo una nueva dirección y empezó a remodelarla. Para ello se enlistó con la ayuda del antiguo comunista Jimmie Watt, quien comentó: «Se enfrentó al reto de tener su negocio bajo la dirección de Dios, sabiendo muy bien los ajustes y reajustes que había que hacer. Hizo un noble comienzo». Desgraciadamente, sólo fue un comienzo, ya que Loblaw murió tres meses después tras una breve enfermedad. Sin embargo, su ejemplo estimuló a otros, entre ellos al director de una fábrica de conservas de salmón en Vancouver, Richard Bell Irving, a quien introdujo en el Grupo de Oxford.

Durante el viaje, Buchman procuró que sus jóvenes colegas no se tomaran demasiado en serio a sí mismos. Uno de ellos se sintió algo exaltado por su éxito como orador. A las dos de la mañana, en Quebec, Buchman, de camino a la cama, le llamó desde el vestíbulo del hotel: «Me llamo Walker», dijo con voz disimulada, «le he oído hablar esta tarde y me ha impresionado profundamente. Quiero que bajes enseguida y me pongas en acción». El joven saltó de la cama y bajó, sólo para descubrir, tras una espera infructuosa, que había caído en una trampa de Buchman contra la prepotencia. Los jóvenes, sin embargo, se cubrieron las espaldas en un simulacro de juicio a Buchman por mascar chicle -algo que él nunca hizo- en un campus universitario. La representación parodiaba todos sus gestos y ademanes, y Buchman se reía a carcajadas.

El ascenso de Hitler al poder en Alemania eclipsó el viaje de al menos uno de los miembros del partido. Frau Moni von Cramon pertenecía a una antigua familia Junker, había sido dama de compañía de la última Kaiserin y estaba emparentada con el famoso aviador alemán de la Primera Guerra Mundial, el barón Manfred von Richthofen. Ella misma dirigía una escuela de señoritas en su gran casa cerca de Breslau, en Silesia. «Tanto los nacionalsocialistas como los comunistas me odian por mi relación con el Kaiser», le dijo a Buchman, «debo volver a casa». Llegó justo cuando Hitler fue proclamado canciller.

Durante todo el viaje, como recuerda Ruth Bennett, la gente de Buchman era tan inexperta que él mismo tuvo que encargarse de todos los preparativos: viajes, equipaje, lavandería, reservas de hotel, comprobación y pago de facturas, cobertura de prensa e impresión. «La única vez que le vi perder los estribos», dice, «fue cuando estábamos desayunando tranquilamente en el hotel de Montreal, cuando ya deberíamos estar de camino a la estación», y alguien dijo: «Buchman está dando volteretas en el vestíbulo porque no estamos en camino».

A menudo se criticaba a Buchman por utilizar grandes hoteles, pero su respuesta era que sólo ellos disponían de las instalaciones necesarias para el trabajo del equipo: teléfonos, un salón de baile, cuyo uso para las reuniones a menudo era gratuito, y salas para reuniones más pequeñas. Los propietarios de los hoteles solían hacer concesiones

especiales. Uno de ellos siempre daba a Buchman una suite al precio de una habitación individual en agradecimiento por el cambio que había visto en su sobrino. Otro recortó 2.000 dólares de la factura porque se había devuelto al hotel una gran cantidad de plata como resultado de las reuniones de Buchman: «principalmente», sostenía el propietario, «de personas que habían estado allí para otras reuniones religiosas».

En una ciudad, se había incendiado el hotel que Buchman había reservado y el propietario de la única alternativa exigía unas tarifas absurdas. A pesar de todos los argumentos, no cedió. Finalmente, Buchman dijo: "Si esa es su última palabra, convocaré una rueda de prensa y contaré cómo nos ha tratado". El propietario no tardó en bajar los brazos: "Cuando el otro pone los pies en el suelo, tú tienes que poner los tuyos con más firmeza", comentó Buchman.

La base financiera del viaje sorprendió a los participantes y causó curiosidad, incredulidad o conmoción en el público en general. Buchman nunca tenía en la mano más que lo suficiente para las necesidades de la semana siguiente. Poco antes de abandonar Gran Bretaña, Roger Hicks, un colega a tiempo completo recién contratado, ofreció a Buchman 10.000 libras, el resto del capital que le había dejado su padre. Buchman se negó a aceptarlo. «No es mi trabajo el cuidar de tu dinero», le dijo a Hicks. «Ahora que estás libre de la falsa seguridad del dinero, Dios te mostrará cómo utilizarlo». Hicks, incapaz de hacerle cambiar de opinión, se lo pensó mejor y volvió con 2.000 libras.

«Frank», le dijo, «He recibido orientación para darte esto». Tras reflexionar unos instantes, Buchman lo aceptó.

«Dime», le preguntó Hicks, «¿en qué lo gastarás?».

«Tengo treinta y dos personas que irán conmigo a Canadá la semana próxima» -respondió Buchman; «he reservado los pasajes, pero no tengo dinero para pagarlos. Esa será la primera necesidad». Poco después, Hicks se reunió con él en Canadá.

Buchman nunca pidió dinero en la gira. No se hacían colectas en las reuniones, aunque la gente le aseguraba que así recaudaría todo lo que necesitaba. Él creía que la gente que había recibido ayuda daría en agradecimiento, y así fue. De hecho, una media de cuarenta personas viajaron de punta a punta del continente durante ocho meses en plena Depresión sin ningún medio de sustento asegurado, y a ninguno de ellos le faltó nunca comida o abrigo.

Se pueden citar numerosos ejemplos de cómo se las arreglaron. Un escocés, George Marjoribanks, y un colega se encontraron solos y sin dinero en Edmonton. Rezaron al respecto y media hora más tarde se encontraron con un hombre en la calle que, sin que se lo pidieran, dio a Marjoribanks 25 dólares. Francis Goulding, en Inglaterra, tuvo el pensamiento de enviar a alguien que viajaba por Canadá 4 libras, pero no las consiguió. Rezó: «Si quieres que lo haga, tendrás que enviarme las 4 libras». En su correo de esa mañana llegaron dos cartas, cada una conteniendo £2. Un sobre certificado costaba 10 peniques: una hora más tarde un hombre le devolvió 10 peniques que le debía.

No es que esta forma de vida fuera fácil: «Una mañana», recuerda un miembro del equipo, «nos reunimos unos cincuenta. Buchman empezó preguntando si había alguien que no tuviera absolutamente nada de dinero y mostró un pequeño fajo de billetes, todo lo que quedaba en la tesorería. Un hombre se levantó y dijo que no tenía un céntimo. Buchman se acercó y le dio 2 dólares. Luego nos habló de nuestra falta de fe de una forma que nunca olvidaré: “Algunos de ustedes se contentan con viajar con mi fe”, dijo. El resultado fue que todos nos fuimos a nuestras habitaciones a pedir perdón a Dios por nuestra falta de fe y a implorar su apoyo continuo».

El oeste de Canadá dio una gran bienvenida al grupo: «30.000 personas acuden en masa a escuchar al Grupo de Oxford» era el titular del *Vancouver News*⁷. James Butterfield, columnista del rival *Vancouver Daily Province*, adoptó una postura escéptica. Mantuvo su ataque por cuatro días⁸. El quinto día, Buchman le vio en una recepción: «Hola, Butterfield», le dijo, «eres el tipo que ha escrito bien mi nombre toda la semana».

Eso inició una charla. Al día siguiente, la columna de Butterfield se titulaba: «Dr. Buchman, ¡usted gana!».

En Edmonton, el primer ministro de Alberta, que se había ofrecido a presidir la primera reunión, se encontró hablando también en tres reuniones multitudinarias, todas llenas hasta rebosar. Dijo que «la multitud olía a mitin electoral, pero que superaba cualquier interés electoral que hubiera conocido».

Cuando Buchman y Hicks volvieron a su hotel una noche, encontraron a un hombre mayor de aspecto distinguido, vestido de noche y un poco borracho, tumbado en la cama de Buchman. Buchman envió a Hicks a preguntar al gerente cómo había entrado. Cuando Hicks regresó, oyó que el visitante decía: «Dr. Buchman, dígame otra vez, por favor, ¿qué son esas cuatro normas? A veces olvido por la mañana lo que oí la noche anterior. Por favor, escríbalas en la parte delantera de mi camisa», respondió el hombre. Así que Buchman escribió en la parte delantera de su camisa: «Honestidad, pureza, altruismo y amor absolutos. Té con Buchman, a las 5 en punto». Vino, decidió cambiar y se transformó.

La última reunión de todos los canadienses en el hotel *Chateau Frontenac* de Quebec terminó el domingo de Pentecostés y, para asombro del personal del hotel, Buchman pidió a Sully Wood, un vendedor de coches de gran éxito, que leyera la historia de Pentecostés de los Hechos de los Apóstoles. Wood se había alojado en el hotel veintisiete veces y nunca recordaba cómo se había marchado. Cuando Sully llegó esta vez, le dijo: «Éste no es el lugar adecuado para usted». Sully. «Ha venido mucha gente religiosa». «He venido con ellos», respondió Sully. «Puede pasar algo».

El gerente se mostró escéptico y los botones hicieron un sorteo sobre cuánto tiempo se mantendría sobrio. Una noche, al encontrarlo merodeando por la cocina, pensaron que lo habían pillado. Pero sólo quería leche. Ocurrió 'algo'. Pronto se le unió su familia, de la que estaba separado, y se reunieron. Seis semanas después, mientras otros cien canadienses se embarcaban rumbo a Inglaterra para la 'house-party' de Oxford. Sully dirigió un equipo desde Toronto a algunas de las ciudades vecinas.

G. Ward Price, uno de los principales reporteros británicos de la época, visitó Canadá justo después de la partida del equipo del Grupo de Oxford. «Encontré a todo el territorio, desde Vancouver hasta Quebec, discutiendo el éxito de la misión del Grupo de Oxford», escribió en el *Sunday Pictorial*. «Debo admitir que quedé impresionado por la influencia que evidentemente ha ejercido en las mentes de muchos canadienses cuya educación y conocimiento del mundo los protegería contra los métodos meramente emocionales»⁹.

En marzo de 1934, Buchman dirigió una segunda expedición a Canadá, de mayor envergadura, con incursiones paralelas en Estados Unidos. El viaje por Canadá fue, en cuanto a multitudes y recepciones oficiales, una repetición del año anterior. Pero Buchman, desde el principio, había dicho a su equipo: «Nuestro objetivo no es ganar gente nueva, sino conseguir que todos apliquen su nueva experiencia en la vida de la nación. La última vez clavamos algunos pilones. Ahora debemos levantar el edificio sobre ellos»¹⁰. «El Grupo de Oxford y la paz mundial» e «Influencia del Grupo de Oxford en las luchas raciales» eran los títulos de dos editoriales del *Toronto Mail y Empire*¹¹, mientras que el *Ottawa Citizen*¹² escribía sobre las implicaciones del mensaje del Grupo para el desempleo. El *Colonist* de Victoria, Columbia Británica, declaró: «A un observador le pareció que el Grupo de Oxford se había sensibilizado con las necesidades de la humanidad. ... El oyente no tiene por qué deducir que el movimiento se haya retirado en modo alguno de sus principios fundamentales ni que esté renunciando a sus modos característicos de vida religiosa.... Pero, sin duda, está dando un nuevo énfasis. Se enfrenta a las implicaciones sociales del Evangelio»¹³.

Sin embargo, el *Ottawa Evening Journal* hizo una justa reprimenda cuando Holme dedujo del caso de su amigo Hallward en Montreal que «la gente de Canadá está empezando a pagar sus impuestos sobre una base de “honradez absoluta”». «Empezando», fue la palabra utilizada. «La deducción de que los canadienses han sido en general deshonestos en el pago de sus impuestos y que el Grupo de Oxford debía convertirlos a prácticas honestas es algo que a las damas y caballeros viajeros les resultaría difícil de

mantener». No obstante, añadía el periódico, «hay margen de mejora». La declaración parecía «valorar este movimiento evangélico en función de sus beneficios cuantificables», concluía el editorial. «Nos gustaría que se nos permitiera pensar que sus objetivos están en un plano más elevado»¹⁴.

La primera parte de la gira transcurrió en las Maritimes, que no había visitado el año anterior. Desde allí, Buchman planeaba trasladarse a las provincias de las praderas, y esta vez estaba decidido a no hacer todo el trabajo de preparación. Más bien lo veía como una forma de formar a los más jóvenes lanzándoles a lo más hondo. Uno de ellos, Howard Blake, recuerda una noche de planificación mientras el tren les llevaba de las Maritimes a Toronto:

«Mientras la mayoría dormía plácidamente en los oscuros coches cama, un salón brillaba con la luz encendida cuando Frank y un grupo de amigos se reunían alrededor de la mesa para planear un viaje relámpago a través del continente. Tras dos días en Toronto, debían visitar en rápida sucesión Winnipeg y Regina, dividirse en dos visitas simultáneas en Calgary y Edmonton, para reunirse de nuevo en Vancouver, luego Victoria y Seattle. Después vendría un último periodo de entrenamiento en Banff antes de que la fuerza regresara para la asamblea de verano en Oxford».

Durante la noche se eligieron equipos de avanzada de dos personas para cada ciudad, que se trasladarían en un tren de enlace a la mañana siguiente, mientras el resto visitaba Toronto. Frank había visitado estas ciudades sólo dos años antes. Por lo que sabíamos, no esperaba volver en un futuro próximo. En cuanto estuvo claro qué dos irían a cada ciudad, empezó a dictar cartas de presentación a relevos de secretarios durante la noche, para que los jóvenes se orientaran rápidamente en cada ciudad.

Nunca he vivido nada parecido a esa noche de dictados: cada carta era personal, dirigida a cada uno de los principales propietarios de hoteles y a cada uno de los directores de periódicos de esas ciudades, así como a otros hombres importantes. Sin notas ni diario, Frank

dictaba de memoria, con nombre y sin faltas de ortografía, saludos a las esposas y a menudo a los hijos con sus nombres, cartas rebosantes de noticias, de lo que había pasado y de lo que iba a pasar, con calidez y espontaneidad, como si las hubiera visto una o dos semanas antes. Por la mañana todo estaba claro. Catorce hombres se dirigieron a siete ciudades y prepararon el camino para el gran equipo que les siguió poco después, mientras Frank, en plena forma, dirigía al resto hacia Estados Unidos».

Esta visita consistió en un breve viaje a Nueva York y Washington, seguido de dos días en Allentown. «Afortunadamente, Buchman no ha sido un profeta sin honor en su propio país», escribió el *Allentown Call*. «Allentown le dará la bienvenida no sólo por su persona, sino por el mensaje que lleva a millones de personas»¹⁵.

De nuevo en Canadá, Buchman y su equipo fueron recibidos por el primer ministro de cada provincia. El primer ministro Bennett pasó cinco horas con ellos en Ottawa. En Vancouver descubrieron que una de las peores huelgas navieras en Estados Unidos hasta ese momento estaba paralizando los puertos de la costa del pacífico desde San Francisco hasta Alaska. Algunas partes de Alaska ya habían sido sometidas a racionamiento. Si la huelga continuaba, se perdería la cosecha anual de salmón, de la que dependía la industria conservera. A la llegada del Grupo se había llegado a un punto muerto.

Gracias sobre todo a la intervención de dos miembros del equipo de Buchman -George Light, socialista de Warwickshire, y Walter Home, constructor naval californiano- se llegó a un acuerdo justo. Les llevó setenta y dos horas de esfuerzo continuo, moviéndose entre los hombres, que tenían quejas justificadas desde hacía mucho tiempo, el comité de huelga, los líderes sindicales y los empresarios. La resolución fue comunicada en un almuerzo de hombres de negocios celebrado en Toronto por el salmonero de Vancouver, Richard Bell Irving¹⁶. «Esto se logró mediante la aplicación de los principios de Cristo propugnados por el Grupo a los problemas tanto de los propietarios como de los huelguistas», dijo. «Mi

empresa se vio gravemente afectada por la huelga y, por lo tanto, sé de lo que hablo¹⁷. El *Ottawa Evening Citizen* comentó, «Cuando el cristianismo se pone en práctica es dinamita espiritual. No hay mayor fuerza para la reforma duradera que conozca la humanidad»¹⁸.

El impulso que provocó este acuerdo se estudió en la 'house-party' celebrada en Banff, inmediatamente después de la visita al lejano oeste. Allí Buchman trató dos temas principales. El primero era la necesidad de una sociedad totalmente controlada por Dios, mediante la libre cooperación de los individuos. El segundo era cómo un grupo, en cualquier situación, podía ponerse a trabajar para conseguirlo.

«Qué instrumento salvará a la civilización del suicidio», se preguntaba. «No sirve de nada arreglar neumáticos viejos. Necesitamos un auto nuevo». «Este 'auto' sería una nación tan totalmente controlada por Dios como los estados totalitarios de los dictadores estaban controlados por los hombres». «El pensamiento principal en Banff era la 'Totalidad' -una iglesia, una universidad, una ciudad, una provincia, un país, totalmente cristiano», decía el informe de la 'house-party'. «Qué visión, qué imaginación, qué devoción, qué disciplina se necesitaba para la realización de un objetivo tan grande» - esta fue la consideración de la 'house-party'¹⁹.

Buchman abordó su segundo tema una mañana, explicando cómo un grupo de siete personas dedicadas podía actuar en una ciudad. Podían sentarse y escuchar a Dios para obtener los nombres de los siete más estratégicos, o los siete más tentados, o las siete personas más difíciles de la ciudad. Luego, podrían emprender una 'actividad de zapato de cuero' para cambiar a estas personas. Es como un triángulo. Dios arriba, tú y la otra persona. «Dile adiós a cualquier grupo que no tenga la base para cambiar la vida. ¿Has pensado en un gángster cambiando? ¿A cuántos comunistas conocemos personalmente? Algunos de ustedes tendrán compañeros inesperados en este asunto».

Ambos elementos eran esenciales en su estrategia: la proclamación de una visión adecuada para interesar a miles de personas, y el arte del 'pescador de hombres', que sabía ir

pacientemente tras los peces grandes y difíciles con la mosca o el cebo adecuados.

Durante su estancia en Banff, los indios Stoney, una tribu del pueblo sioux, hicieron de Buchman un hermano de sangre. Sólo los miembros de la familia real británica pueden ser nombrados jefes de los Stoneys, y hasta entonces sólo otros seis blancos habían sido nombrados hermanos de sangre. Durante el invierno, las indias habían hecho el traje ceremonial de cuero blanco suave y pedrería, con el tradicional tocado de plumas. Las respuestas de Buchman a las preguntas rituales, formuladas en su nombre por London Hamilton, resplandeciente con una falda escocesa, revelaban una triste carencia de *tipis* (tiendas) y ganado, compensada por el número de sus compañeros y por el hecho de que él y ellos “trabajaban sin dinero para Dios”. Los Stoneys le dieron el nombre de *A-Wo-Zan-Zan-Tonga* -Gran Luz en la Oscuridad-, que el Jefe Búfalo Caminante dijo que les había llegado como un pensamiento de Dios. Prometieron la ayuda de la tribu «en el dolor o la enfermedad, el hambre o la abundancia, de día y de noche», y terminaron: «Así te harás grande en los corazones de los que ahora te adoptan, y el Gran Espíritu te mirará con amor y compasión cuando te llame al Terreno de Caza Feliz»*.

«El trabajo que ustedes están haciendo ha facilitado la tarea del gobierno», dijo el primer ministro Bennett en un mensaje de despedida a Buchman y su equipo. «Su influencia se ha hecho sentir en todos los pueblos y ciudades, incluso en los lugares más remotos del territorio»²⁰.

* Grant MacEwan, en su biografía del jefe *Walking Buffalo*, Tatanga Mani (Hurtig, 1969), afirma que un amigo canadiense blanco le presentó a Buchman en Banff, que éste le pidió que le hiciera hermano de sangre y que organizó una ceremonia inmediata. Sin embargo, el presente relato procede de testigos presenciales contemporáneos.

«APUESTA POR ALEMANIA»*

Cuando, a principios de 1933, Moni von Cramon regresó a Silesia después de haber estado con Buchman en Estados Unidos y Canadá, pronto descubrió que los nazis locales «no querían que dirigiera mi escuela porque yo era demasiado cristiana. Querían que la dirigiera para ellos siguiendo su línea, pero me negué»¹. La escuela se cerró y ella se fue a vivir a Breslau, alquilando su propia casa a una familia. Sin que ella lo supiera, una de las hijas de esta familia era una informadora nazi con instrucciones de registrar la casa. Encontró un panfleto antinazi que una francesa de Ginebra le había dado a Frau von Cramon y que ella había metido en una estantería. En la portada había una esvástica con las puntas cortadas con un hacha, de modo que sólo quedaba una cruz. También se encontró correspondencia con teólogos. Frau von Cramon recibió en Breslau la noticia de que iba a ser detenida.

Justo en ese momento, un jefe de la SS en Silesia, amigo de la infancia, llegó sin avisar para pedirle un favor a Frau von Cramon. Quería casarse con la sobrina de su marido. ¿Le presentaría ella a él la familia de la chica? Frau von Cramon le contó su situación, y él dejó el asunto en manos de los funcionarios locales, alegando que un caso tan grave sólo podía tratarse en el cuartel general de Himmler, donde un amigo suyo era ayudante. Así que, tras un angustioso viaje de 250 millas hasta Berlín, Frau von Cramon se encontró de repente cara a cara con Himmler.

* Los Stoneys le dieron a Buchman el nombre de *A-Wo-Zan-Zan-Tonga* - Gran Luz en la Oscuridad -.

Himmler la recibió, de pie, en su gran estudio. La mantuvo de pie en el otro extremo de la habitación, mientras él consultaba un archivo. Sacando de él una foto de Buchman, dijo:

«¿Es judío el Dr. Buchman, líder del movimiento con el que trabajas?».

«No sé su ascendencia, pero creo que no. Se lo preguntaré», respondió.

«¿Crees que te lo dirá?».

«Si lo sabe, ¿por qué no iba a hacerlo?».

«¿Cuál es la relación entre el Grupo de Oxford y los judíos?».

«No puedo responder porque el Grupo de Oxford no es una organización. No tiene reglas ni estatutos».

«¿Cuántas veces ha estado en Inglaterra este último año?», continuó Himmler.

«Tres veces, creo».

«Te equivocas. Cuatro veces».

Luego le contó el estado exacto de su cuenta bancaria y le preguntó cómo había conseguido el dinero para esos viajes. Frau von Cramon contestó que había vendido un bien preciado, su piano de cola. «Tengo fe en que Dios guía a las personas y nos da lo que necesitamos cuando hacemos lo que Él quiere que hagamos», añadió.

«Yo también creo en Dios. Creo en los milagros», dijo Himmler con seriedad. «Soy el miembro número dos del partido. Éramos siete hombres que teníamos fe en que esta ideología nacionalsocialista triunfaría. Ahora somos el gobierno. ¿No es esto un milagro?».

Dijo que le gustaría saber más sobre lo que significaba la orientación de Dios y que volverían a hablar. Luego la dejó

marchar. Desde entonces ella sospechó que su teléfono estaba pinchado y su correo intervenido.

Buchman había conocido a Moni von Cramon en Doom, el lugar de exilio del ex káiser en Holanda, en octubre de 1931. El primer refugio del káiser Guillermo en Holanda había sido una rama de la familia Bentinck. Buchman organizaba una 'house-party' en una casa de los Bentinck cerca de Doom. Él y cuatro amigos alemanes dejaron tarjetas de visita al ex Káiser, por lo que habían sido invitados a tomar el té. El ex Káiser decidió no acudir a la merienda y envió a Frau von Cramon, una conocida mujer de iglesia, para que comprobara las credenciales teológicas de los visitantes.

«¿Qué clase de personas son ustedes?», preguntó a uno de los que estaban con Buchman.

«Realmente no lo sé», respondió él. («Tomé nota de eso», comentó Frau von Cramon más tarde. «Sabía exactamente lo que yo era»). «Frank, ¿qué somos exactamente?».

Buchman respondió: «Somos personas comunes, pero queremos traducir a un lenguaje moderno las verdades que convirtieron a los primeros cristianos en revolucionarios».

Eso era exactamente lo que Frau von Cramon quería hacer en el trabajo de la iglesia con los jóvenes, así que se llevó a los visitantes a su salón: «Allí sometí a Buchman a un examen teológico completo, estaba completamente segura de que mis ideas eran correctas. Por lo tanto, cualquier cosa que difiriera estaba fuera de lugar. El Dr. Buchman superó la prueba, aunque tal vez con un 'suficiente'», recuerda.

Antes de marcharse, Buchman le pidió que asistiera a la 'house-party' de la casa de Oxford en junio. Ella le dijo que era imposible por tres razones. No tenía dinero para hacerlo, su escuela estaría a pleno rendimiento hasta julio y («traté de decirlo con mucha modestia») creía que tenía poco que aprender de los ingleses o estadounidenses en cuestiones religiosas.

La respuesta del Dr. Buchman fue una carcajada. «No parecía tomarme muy en serio», relató Frau von Cramon. «Oh, perdóneme», dijo. «Creía que usted era cristiana». Esas fueron las palabras que este estadounidense me dijo a mí. Le perdoné inmediatamente. No podía saber que yo era extraordinariamente activa en todas las secciones del trabajo de la iglesia, que en realidad había hablado a menudo desde el púlpito y dado muy buenas charlas devocionales. Entonces le pregunté: «¿Y cómo puede saber, doctor, que no soy cristiana?».

«Cualquier persona que ya sabe en otoño lo que Dios quiere que haga en junio no está viviendo bajo la orientación de Dios», respondió. «Y quien no vive bajo la orientación de Dios no es cristiano». «Fue un golpe duro. No se me ocurrió ninguna respuesta adecuada. Sus palabras se quedaron conmigo, moviéndose en mi corazón y en mi mente en círculos cada vez mayores».

En junio del año siguiente, las dos primeras objeciones de Frau von Cramon desaparecieron inesperadamente. En mayo se sorprendió al recibir una carta de Buchman con un billete de vuelta a Oxford. Entonces, justo en el momento en que la invitaban a viajar, una epidemia de escarlatina cerró su escuela durante dos semanas. Se avergonzó un poco de su tercera objeción y razonó que al menos podría dar a los presentes una base de «sólida pedagogía evangélica alemana».

Así lo hizo en un discurso de hora y media, que hizo que casi todo el público, excepto Buchman, abandonara la sala. Entonces le dijo a Buchman que se tenía que volver a casa: «¿Te ha dicho Dios que te vayas?», le preguntó. Ella se sintió obligada a ir a su habitación e intentar ‘escuchar’. Sólo le salían tonterías. «Genf-Ginebra-Ginebra», escribió dos veces, y eso fue todo. Durante el té se lo contó a Buchman y le repitió que se marchaba a Alemania. Buchman se rió y sacó de su bolsillo una invitación impresa a los delegados de la Sociedad de Naciones para asistir a una reunión del Grupo de Oxford en Ginebra dentro de una semana. Su nombre estaba en la lista de los que asistirían. «Dios nos dijo que viajarías con nosotros, pero Él siempre deja que la gente haga lo que quiera.

Quitaremos tu nombre», dijo. En ese preciso momento, Frau von Gramon recibía un telegrama. Decía: «Nuevo caso de escarlatina. La escuela permanece cerrada. Regreso innecesario».

«Mis rodillas empezaron a temblar», dijo Frau von Gramon, «¿sería verdad que Dios podía hablar con la gente? Una semana más tarde estaba en el estrado de Ginebra ante los representantes de la Sociedad de Naciones».

En el momento de su entrevista con Himmler, Frau von Gramon había trabajado con Buchman en varios países y había llegado a apreciar su preocupación por los suyos. Su ascendencia suizo-alemana y su conocimiento del idioma -el único que él hablaba aparte del inglés- lo hacían sentirse como en casa. Su temprana visita a von Bodelschwingh en Bethel había sido una de las influencias que le llevaron a fundar el hospicio de Overbrook, y había mantenido correspondencia con el hijo, también Friedrich, desde la muerte del padre en 1910. Durante la guerra de 1914-18 había visitado, por sugerencia de Mott, a alemanes internados en India y Japón. Después del armisticio, ayudó a alimentar a estudiantes necesitados y a familias empobrecidas por la guerra. En 1920 escribió a la Sra. Woolverton: «Los niños se mueren de hambre. No tienen vacas ni comida con que alimentarlos. No sé cuándo he visto algo tan dramático». Esto fue cuando él la había instado a enviar tres vacas a Bethel².

A partir de 1920, sus visitas a Alemania se hicieron casi anuales. Después de una visita en 1923 escribió: «Vengo de la agonía de un mundo distraído. Me he sentado con pobres y ricos, privilegiados y desfavorecidos. Algunos que eran ricos y privilegiados hace dos años apenas tienen para comer. Mi médico, que era uno de los más destacados de Alemania, tenía una libra de salchichas para una familia la semana que estuve allí. En algunas familias, la mitad de sus miembros pasa el día en la cama, mientras los demás comen lo suficiente, y se acuestan al día siguiente mientras los demás sacian su hambre»³.

Buchman empezó a celebrar '*house-parties*' de carácter más público a partir de mediados de la década de 1920. Loudon

Hamilton recordaba una en Potsdam en 1924, y tras otra celebrada allí en 1927, Buchman escribió a la Sra. Tjader: «Hemos tenido en la *'house-party'* a una mujer que tuvo que pedir ropa prestada para venir, a un fabricante de puros y a la esposa de un antiguo ayudante del ex Káiser»⁴. En otoño de 1928, un joven teólogo alemán, Ferdinand Laun, que estaba investigando con una beca Rockefeller en Oxford, conoció el trabajo de Buchman allí. Abandonó su carrera académica y, entre 1932 y el estallido de la Segunda Guerra Mundial, dedicó todo su tiempo a establecer el *Gmppen-bewegung* (Movimiento de Grupo) en Alemania⁵. Surgieron grupos locales por todo el país, las *'house-parties'* se hicieron frecuentes y varios alemanes fueron a Oxford o Suiza para formarse o viajaron con Buchman a otros países.

A finales de los años veinte, Alemania se sumía cada vez más en la desmoralización y el caos. La inflación galopante, el desempleo, que alcanzó los seis millones, y las recurrentes revueltas regionales mantuvieron viva la posibilidad de una revolución o una guerra civil hasta principios de los años treinta.

Mientras tanto, Hitler se fortalecía. Prometió al pueblo «orden, trabajo y pan». Al principio no presentó sus ideas como una cruda ideología de sangre y raza, sino como un conjunto de creencias que restaurarían la nación alemana y que no entraban en conflicto con el cristianismo. En 1928 Hitler excluyó de su partido a un hombre que quería sustituir el cristianismo por 'una fe alemana' y declaró públicamente: «Nuestro movimiento es el cristianismo efectivo. No toleraremos en nuestras filas a nadie que atente contra las ideas cristianas»⁶. Reiteró esta promesa al convertirse en Canciller⁷.

Por ello, en aquellos primeros años, los grupos de poder estaban dispuestos a esperar a ver cómo evolucionaban los acontecimientos, dando al mismo tiempo a Hitler su apoyo tácito o explícito. Los obispos católicos escribieron en su carta pastoral del 10 de junio de 1933: «Precisamente porque la autoridad ocupa un lugar muy especial en la iglesia católica, a los católicos no les resultará difícil apreciar el nuevo y poderoso movimiento de autoridad en el nuevo Estado alemán y subordinarse a él»⁸. Karl Barth, que alzó su voz en una fase

temprana contra Hitler, escribió después de la guerra: «En el primer periodo de su poder, el nacionalsocialismo tuvo el carácter de un experimento político como otros... De momento, era correcto y apropiado poner a prueba el experimento político del nacionalsocialismo»⁹.

Buchman aprovechó cualquier oportunidad, en medio de su extenuante acción en otras partes del mundo, para intentar conocer y evaluar la nueva Alemania. La primera vez que intentó conocer personalmente a Hitler fue en enero de 1932. De paso por Munich, solicitó una entrevista y llamó a la Casa Brown para tener noticias de su nombramiento. Allí, en una mesa del despacho donde lo habían puesto a esperar, vio un telegrama abierto dirigido al personal de Hitler: «De ninguna manera permitan que Buchman vea al *Führer*». Estaba firmado por uno de los hijos del ex-Kaiser. El príncipe August Wilhelm ('*Auwi*'), de quien Buchman se había hecho amigo, le ayudó a vender algunos de sus cuadros en plena crisis de posguerra. La entrevista fue rechazada.

En el verano de 1932, antes de su primera campaña en Canadá, Buchman llevó a unos veinte jóvenes a Alemania para un breve reconocimiento. Este fue para muchos de ellos su primer contacto con ese país, y especialmente con el movimiento nazi. Garrett Stearly, un treintañero -entre los más jóvenes-, describe cómo les impresionó ver en una ciudad a dos grupos de jóvenes, uno trabajando en un gran proyecto de alcantarillado y otro dragando un pantano: «Todo era voluntario y daba una gran sensación de dedicación», recuerda. «La desmoralización parecía haber desaparecido».

Dieciséis miembros del grupo de Buchman fueron invitados a un gran banquete nazi en Berlín: «Nos dieron la bienvenida con trompetas a cada lado; realmente hicieron gala», dice Stearly: «Asistieron unas mil personas, con un importante militar en la presidencia. Nos sentamos a cenar con jóvenes fervientes, despiertos, patrióticos, llenos de fe en que Alemania podría superar sus problemas. Eran muy convincentes. Fuera de nuestra propia comunidad, nunca había conocido a jóvenes tan comprometidos. Pero no tenían nada de cristianos. Durante la cena surgieron muchas discusiones, en las que cada bando luchaba por sus creencias. Nuestra pregunta era: ¿el

compromiso de los alemanes debía centrarse en el *Führer* o en Cristo? Ninguno de nosotros habló públicamente ni fue presentado».

Buchman había planteado a sus jóvenes colegas que, a menos que pudieran llevar el cambio a personas tan comprometidas, su trabajo era insuficiente. Después de esta ocasión, reunió a unos 150 alemanes, en su mayoría eclesiásticos, en Bad Homburg y les planteó el mismo reto. Frank no consiguió llegar a ellos", añade Stearly. Eran muy intelectuales, fortificados tras un muro inexpugnable de teología. Despreciaban el nacionalsocialismo como algo ajeno a las iglesias y pensaban que se agotaría por sí solo. Frank tenía claro que, les gustara o no, estaba ahí para quedarse, y que ya era hora de intentar ganarlo para Cristo. El clero decidió no hacer nada. Frank se sintió decepcionado, pero pensó que su amigo, el profesor Fezer de Tubinga*, podría hacer algo. Habría que comprobarlo.

En junio de 1933, al final de la primera campaña canadiense, Buchman fue directamente a Alemania a petición urgente, entre otros, del barón von Maltzan, que entonces trabajaba en la sección de Prensa Extranjera del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán. Von Maltzan buscó una cita para él con Hitler. De nuevo, la entrevista no tuvo lugar.

El objetivo de Buchman al intentar reunirse con el líder alemán era directo. No sólo creía que Hitler podía experimentar un cambio de carácter y motivación, sino que era vital para Alemania y el mundo que lo hiciera. Sentía la misma necesidad de ese cambio en los líderes de otras naciones y pensaba que ninguno de ellos estaba fuera del alcance de la gracia de Dios. Haber intentado acercarse a Hitler parece, en retrospectiva, indiscreto o ingenuo; pero lo mismo podría haberse dicho de San Francisco cuando cruzó las líneas sarracenas para llegar hasta el Sultán, una figura igualmente siniestra a ojos medievales.

* Karl Fezer fue catedrático de Teología Práctica en la Universidad de Tubinga desde 1929. Hasta 1933 se opuso al nacionalsocialismo, pero cuando el nacionalsocialismo fue elegido gobierno, consideró necesario enfrentarse a él. El 27 de abril de 1933 fue elegido por unanimidad por sus colegas de la iglesia evangélica para representarles en las negociaciones sobre el futuro de la iglesia.

La reacción de Buchman ante estos primeros años del Tercer Reich fue de un intenso interés mezclado con una creciente preocupación. Le había horrorizado la avalancha de inmoralidad de la posguerra, la falta de rumbo de la juventud y los millones de personas sanas sin trabajo. Dos características del movimiento de Hitler tenían sentido para él: la exigencia de que todos los alemanes fueran responsables de su país, de modo que los jóvenes y los desempleados, por ejemplo, fueran considerados activos, no pasivos; y la convicción de que las dificultades podían superarse, dado un propósito nacional unido. Además, desde hacía tiempo consideraba que el Tratado de Versalles había sido injusto¹⁰.

Por otra parte, Frau Hanfstaengl le había hablado, ya en 1924, del odio de Hitler hacia los judíos, y en el verano de 1933 tomó una idea del hombre, su estilo y su carácter, cuando Hitler inauguró uno de los primeros tramos de la autopista: «De camino a la inauguración», recuerda Ruth Bennett, «Hitler estaba sonriente y amable, agradeciendo los aplausos de cientos de miles de personas a lo largo de la ruta mientras hacía el saludo nazi de pie en su Mercedes. A la vuelta, estaba oscuro como un trueno y sentado con el ceño fruncido, sin mirar ni a derecha ni a izquierda. Tras él, en formación militar y con espadas al hombro, marchaban los hombres que habían construido la *Autobahn*. Esto fue mucho antes de que Alemania empezara a rearmarse, pero el comentario de Frank fue: “No me gusta. Huele a guerra”».

Buchman también se dio cuenta, desde el principio, de que la reivindicación total que Hitler planteaba para el Estado, si no se modificaba, debía chocar en última instancia con las exigencias totales de Dios en las que él mismo insistía. Esta actitud quedó tipificada en un comentario escrito por Ruth Bennett a Frau von Cramon en junio de 1933: «Espero, por el bien de Alemania, que Dios sea lo primero y su país lo segundo hasta el final. En Los Angeles usted invirtió el orden»¹¹.

Al principio, Reginald Holme quedó muy impresionado por el talento y la eficacia de los nazis. Viajó con Buchman a Alemania en 1934 y escribe: «Recuerdo que Buchman me dijo: “Ten esto muy claro. Lo que vemos aquí no es una revolución cristiana. Pero, ¿por qué los cristianos siguen durmiendo en sus camas

cuando los nazis pueden hacer marchar a sus hombres los domingos por la mañana temprano? El problema es que cuando se piensa en religión, se piensa en un predicador. Hay que pensar en que toda una nación se convierta al cristianismo”».

Buchman sentía profundamente que la iglesia luterana alemana, la tradición en la que había nacido, no había conseguido dar a Alemania un desafío adecuado para vivir el cristianismo completo: «Estoy convencido de que, si hubiera vivido la vida y estado en marcha por Cristo, la iglesia luterana habría tenido una respuesta para Alemania».

Habiendo fracasado en su intento de llegar directamente a Hider y consciente de que el movimiento nacionalsocialista se había adelantado a cualquier intento que pudiera haber hecho de trabajar por un despertar cristiano a gran escala -mediante campañas- siguiendo el modelo de Sudáfrica y Canadá, Buchman se concentró ahora, en el tiempo de que disponía, en aquellos líderes luteranos que parecían tener alguna posibilidad de reconducir el régimen y a sus seguidores.

La iglesia luterana ya estaba profundamente dividida, política y teológicamente, en dos corrientes principales -la iglesia evangélica tradicional y los ‘cristianos alemanes’- y muchos otros ramales. Hitler esperaba hacerse con el control de la iglesia a través de los «cristianos alemanes», un organismo organizado por los nazis en 1932 sobre unos cimientos que se remontaban a principios de la década de 1920. En la Conferencia Nacional de los Cristianos Alemanes, celebrada en abril de 1933, los que deseaban aplicar los principios del Partido Nazi a una iglesia alemana unificada se mezclaron con muchos moderados que, en palabras de Eberhard Bethge, eran «menos drásticos» y «en el fondo estaban inspirados por un verdadero fervor misionero... por ejemplo, el profesor Fezer de Tubinga»¹². El joven obispo Hossenfelder de Brandenburgo era el líder de los cristianos alemanes. El 26 de abril, Hitler nombró a Ludwig Miiller, hasta entonces desconocido capellán de las fuerzas en Königsberg, su consejero confidencial y plenipotenciario en cuestiones relativas a la iglesia evangélica.

También en abril, la iglesia evangélica, en un intento de conservar cierta iniciativa, nombró una comisión de tres

hombres para redactar una nueva constitución y en mayo eligió al pastor von Bodelschwingh, hijo de un viejo amigo de Buchman, como *Reichsbischof* / obispo nacional, un nuevo cargo creado por el Estado para unir a la iglesia bajo un solo líder, ya que el Estado tenía ahora un solo líder. Un mes más tarde, von Bodelschwingh presentó su renuncia al considerar que el cargo era inviable cuando un abogado de Wiesbaden, August Jager, fue nombrado comisario de Estado de Prusia y presidente del Consejo Supremo de la iglesia. En julio, Muller fue nombrado *Reichsbischof* por decreto gubernamental, y la forma de su nombramiento fue el punto de partida de un conflicto abierto en la iglesia luterana. Los «Jóvenes Reformadores», un grupo de la iglesia evangélica en el que destacaba Dietrich Bonhoeffer, tomaron la iniciativa en esta controversia.

Ese otoño, mientras Buchman se preparaba para la gran campaña de Londres, algunos de estos hombres, entre ellos el Dr. Fezer y el obispo Rendtorff de Mecklemburgo, le pidieron que interviniera en Alemania. El obispo Rendtorff había sido anteriormente uno de los líderes de los cristianos alemanes. En julio de 1933 había asistido a la ‘house-party’ de Oxford y, tras su regreso a Alemania, predicó un sermón contra la expulsión de los cristianos judíos de la iglesia nacional. Posteriormente abandonó a los cristianos alemanes y fue degradado de su obispado.

El 6 de octubre de 1933, cuando el obispo de Londres encargó a Buchman y a su equipo la campaña de Londres en la catedral de San Pablo, cuatro representantes de la iglesia alemana volaron para asistir. Se trataba del profesor Fezer, el barón von Maltzan, el doctor Wahl, canciller de la iglesia nacional, y Frau von Grone, jefa de la organización de los dos millones de mujeres de la iglesia. El periódico *The Church of England* decía: «No hace falta mucha imaginación para darse cuenta de lo que significará para Alemania -y por tanto para el mundo- que el mensaje vital del Grupo de Oxford impregne el pensamiento y la acción alemanes»¹³. El profesor Fezer estaba tan impresionado que voló a Alemania para traer consigo a Londres al muy controvertido obispo nazi Hossenfelder.

La visita de Hossenfelder a Gran Bretaña no fue un éxito. «Este obispo regordete y fumador de puros, con una gran cruz en el pecho, no tenía disciplina», comentó Frau von Cramon, que le acompañaba como intérprete. El obispo hizo caso omiso de algunos de los nombramientos eclesiásticos que Buchman le había hecho porque «obviamente estaba más interesado en encontrar un *Bierstube* bávaro en el que se sintiera como en casa con weisswurst, chucrut y cerveza»¹⁴. Además, recuerda otro observador, «insistía en dar palmadas en la espalda a los obispos ingleses». Buchman le recibió amablemente, le presentó a los miembros más antiguos y más jóvenes de la Universidad de Oxford, pero no le permitió hablar en las reuniones, sólo rezar. Naturalmente, Buchman tuvo que soportar muchas críticas tanto por el comportamiento de Hossenfelder como por sus opiniones.

De los informes que hicieron a su regreso a Alemania se desprende claramente que tanto Hossenfelder como Wahl habían viajado a Londres principalmente con la idea de mejorar la imagen tanto de los cristianos alemanes como de Alemania en general. Quedaron impresionados por la falta de condena automática de las cosas alemanas entre la gente del Grupo de Oxford, pero, de hecho, no influyeron en ninguno de ellos. A su regreso, Hossenfelder le dijo a Fezer que había disfrutado de su visita, pero que no entendía «todo lo que decían sobre el cambio»¹⁵.

Durante su estancia en Londres, Hossenfelder parecía haber dado a primera vista un paso importante al denunciar la exclusión de los no arios de la iglesia nacional (el llamado «párrafo ario» y uno de los principales principios «cristianos alemanes») -un paso que sus anfitriones le habían instado a dar-, aunque, según la misma fuente, «volvió a aclamarlo con entusiasmo» en Alemania¹⁶. La explicación más reciente de su conducta es que había recibido «instrucciones directas de explicar a todas las personas oficiales, especialmente a los obispos británicos, pero también a la embajada alemana y quizá a otras reuniones eclesiásticas, que la política oficial del gobierno de la iglesia alemana no era imponer el “párrafo ario” en la iglesia evangélica»¹⁷. Irónicamente, un mes después de su regreso se vio obligado, por razones internas de la iglesia, a renunciar a todos sus cargos y volver a la vida parroquial.

Aunque Buchman se sintió decepcionado por la visita del obispo, el informe de Hossenfelder desde Londres tuvo el efecto de frustrar el intento del Dr. Jager de prohibir el Grupo de Oxford en Alemania*. Buchman recibió una serie de invitaciones del Reichsbischof Müller, una de las cuales, en noviembre, fue aceptada con dos horas de antelación. Otra llevó a Buchman a pasar la mayor parte de dos semanas en casa de Müller. Buchman trabajaba sin vergüenza por el cambio en Müller y, a través de él, en Hitler. En privado, no se andaba con rodeos con Müller. «Müller podría haber cambiado a Hitler», diría más tarde, «pero fracasó»**. También admitiría más tarde a Hans Stroh, uno de los líderes del Grupo en Alemania y durante algún tiempo asistente de Fezer en Tubinga, que Müller era el hombre equivocado en quien confiar, a pesar de que parecía la única vía disponible.

Bonhoeffer y sus amigos, que trabajaban infructuosamente por una ruptura total entre la iglesia y Hitler, desaprobaban estos y otros intentos de llegar a Hitler: «Hemos intentado a menudo - demasiado a menudo - que Hitler se diera cuenta de lo que está ocurriendo», escribió el 11 de septiembre de 1934. «Tal vez no lo hayamos hecho bien, pero Barth tampoco lo hará bien. Hitler no debe ni puede escuchar. Él es obstinado y es él quien debe obligarnos a escuchar - es así. El Grupo de Oxford ha sido lo suficientemente ingenuo como para intentar convertir a Hider - un ridículo fracaso a la hora de entender lo que está pasando - somos nosotros los que debemos convertirnos, no Hitler»¹⁸. Entre Bonhoeffer y sus amigos se preparó el escenario para la heroica acción de retaguardia, una serie de protestas, borradores, uniones y escisiones de acciones que finalmente, en el caso de Bonhoeffer, condujeron a la conspiración activa, la participación en el atentado contra la vida de Hitler y una muerte de mártir.

* No se trataba del Dr. August Jäger, comisario de Estado de la Iglesia en Prusia, sino de un clérigo de Hesse relacionado con el jefe de los cristianos alemanes de Francfort. En octubre atacó al Grupo de Oxford en una conferencia eclesiástica, diciendo que «no podía dejar de traer confusión y división al trabajo de reconstrucción de la iglesia nacional. Seguiré combatiéndolo en otros lugares y por otros medios». (*Deutsche Allgemeine Zeitung*, 21 de octubre de 1933).

** Müller fijó una entrevista con Hitler para Buchman, el profesor Fezer y él mismo para el 2 de octubre de 1933. Se canceló porque Alemania iba a abandonar la Sociedad de Naciones tres días después.

Buchman, a pesar de muchas decepciones, seguía sintiendo que su tarea era apuntar directamente al hombre que estaba en la cima, porque sólo él podía dar marcha atrás a las leyes malignas y evitar la guerra. Así que sus discursos y emisiones de esta época estaban en parte redactados pensando en Hitler. Mientras Hitler exigía el «principio de liderazgo» y la «dictadura del Partido», Buchman pedía el «control divino» y la «dictadura del Espíritu vivo de Dios».

Muchos de sus amigos intentaron disuadirle de sus esfuerzos, alegando que estaba poniendo en peligro su reputación y la de su trabajo. Entre ellos estaba el profesor Emil Brunner, de Zúrich, probablemente el teólogo más influyente del mundo germanohablante, aparte de Karl Barth. Brunner, que había reconocido con frecuencia su deuda con Buchman y había visto en el Grupo de Oxford una gran esperanza para revitalizar las iglesias de todo el mundo*, escribió acusando a Buchman de querer «mediar en la lucha de la iglesia alemana» y deplorando su contacto con Hossenfelder¹⁹. Buchman respondió escuetamente desde Alemania: «Tu peligro es que sigues siendo el profesor que truena desde el púlpito y quieres lo teológicamente perfecto. Pero la crisis de la iglesia alemana nunca se resolverá así. Piensa en tu frase: “Desgraciadamente, este tipo sin esperanza, Hossenfelder, ha dañado la reputación de los Grupos”, me suena a asociarse con “publicanos y pecadores”».

«Conserva tu sentido del humor y lee el Nuevo Testamento. En ese sentido, los Grupos no tienen reputación y yo no tengo nada que perder. Creo que dice algo al respecto en el segundo capítulo de Filipenses. Estaría orgulloso de que Hossenfelder estuviera en contacto con un cristianismo tan real que algún día dijera: “Bueno, como joven de treinta y dos años he cometido muchos errores, pero he visto un modelo de cristianismo real”. No se trata del pasado de este hombre, sino de su futuro. ¿Qué podría significar para el pueblo de Alemania, si por la gracia de Dios pudiera ver en ti un mensaje máximo de Cristo encarnado, y tú pudieras ser el instrumento humano

* Hamilton recuerda que a principios de los años treinta, en una ‘house-party’ en Bad Homburg, Brunner describió a un vendedor de bocadillos que anunciaba un restaurante con aspecto de no haber comido nada en semanas, y añadió: «Yo he sido ese vendedor de bocadillos. Anunciaba una buena comida, pero yo mismo no la había probado hasta que conocí al Grupo de Oxford».

para efectuar ese poderoso cambio?... Nuestro objetivo nunca es mediar, sino cambiar vidas y unir las por haberlas cambiado: construir un frente cristiano unido»²⁰.

Con este fin, Buchman se mantuvo en contacto con aquellos a los que podía llegar en todos los sectores de la iglesia, sin olvidar a von Bodelschwingh. En enero de 1934, el *Morning Post*²¹ informó de que la Liga de Emergencia de Pastores, fundada por el valiente pastor Niemöller, estaba a punto de solicitar la ayuda de Buchman, pero no llegó a concretarse nada. El propio Buchman planeaba una 'house party' en Stuttgart para la primera semana de enero, aunque finalmente no estuvo presente en esta ocasión, que resultó ser la más grande desde 1931.

Los amigos suizos de Buchman desempeñaron un papel importante, y un participante escribió: «Brunner dio una excelente conferencia y mantuvo un buen contacto con el Landesbischof Wurm (de Württemberg), que vino varias veces. Asistieron casi cincuenta estudiantes, la mayoría de Tubinga»²². Según Stroh, el obispo Wurm estaba especialmente interesado en debatir la responsabilidad de la iglesia en un Estado totalitario, una situación que, según él, no se había dado en mil años.

En marzo, Buchman visitó Stuttgart para reunirse con los más tocados por el suceso de enero. Frau Wurm describe una tarde, en el diario que ella y el obispo llevaban conjuntamente y en el que siempre se refería a su marido como 'Padre': "«3 de marzo: Caminamos a la sombra... y volvimos a casa por Rudolph-Sophien-Stift para reunirnos con los Grupos. Fue espléndido. Frank Buchman también vino, habló largo y tendido, saludó calurosamente al Padre. Y al final el Padre habló también y cerró con una breve oración. Padre recibió un fuerte impulso para hacer algo abiertamente por la iglesia. Le quedó muy claro lo que tenía que hacer. Se va con Meiser (el obispo de Baviera) a Berlín»²³.

A partir de entonces, los obispos Wurm y Meiser adoptaron una postura firme contra un mayor control estatal de la iglesia. Mientras tanto, en mayo, en el Sínodo de Barmen, los representantes libres y legales de todas las iglesias regionales

alemanas proclamaron una «confesión de las verdades fundamentales del evangelio» en oposición a las «falsas doctrinas» del gobierno cristiano alemán y, al hacerlo, se separaron de la 'Iglesia Brown'. Ahora se veían a sí mismos como la única 'iglesia de la Confesión' de Alemania, y en octubre, en el Sínodo Confesional de Dahlem, establecieron su propio gobierno eclesiástico de emergencia. A la tardía consagración de Müller como obispo nacional, que tuvo lugar en la catedral de Berlín el 23 de septiembre, no asistieron representantes del movimiento ecuménico.

August Jäger, el presidente del Consejo Supremo de la Iglesia nombrado por los nazis, eligió este momento para aplicar por primera vez la centralización obligatoria a las iglesias regionales del sur de Alemania. En las primeras semanas de octubre puso bajo arresto domiciliario primero a Warm y después a Meiser. Esto provocó manifestaciones espontáneas de apoyo a los dos obispos en las calles de Stuttgart y Munich. El clamor general, junto con la sorprendente unanimidad en Dahlem, llegó incluso hasta Hitler. El 26 de octubre, Jäger presentó su renuncia. Los dos obispos fueron liberados y, junto con el obispo Mahrrens de Hannover, fueron recibidos por Hitler. Hitler se desvinculó entonces públicamente de la iglesia del *Reich*. Durante un tiempo pareció que se había conseguido una victoria. Pero al cabo de unas semanas volvieron a aparecer grietas en la Iglesia de Confesión: «Se había asustado de su propio atrevimiento», escribe Bethge, «y cada vez había más críticas a la resolución de Dahlem»²⁴. Como resultado, Hitler no tuvo que hacer caso de las organizaciones de emergencia creadas por el Sínodo. Sin embargo, no se volvió a intentar someter a las regiones del sur y Hannover al control central.

En las reuniones de Stuttgart, en enero de 1934, Buchman y sus amigos recibieron el primer indicio de que sus reuniones estaban siendo vigiladas por la Gestapo. En una de las primeras reuniones se dieron cuenta de que había un informante entre ellos, y los que dirigían la 'house-party' decidieron hablar con este hombre en mente - para darle la información más completa de lo que Dios podía hacer en la vida de una persona. Se dice que informó a su jefe: «¡Esa gente tiene un Dios extraño que realmente puede ayudarles!». En abril, el Dr. Alois Münch, que había empezado a celebrar reuniones de grupo en su casa

de Munich, fue interrogado durante dos horas y media por la policía política, probablemente porque asistían algunos judíos²⁵. Cuando algunos alemanes acudieron a una 'house-party' en Thun, Suiza, en agosto del mismo año, la Gestapo supo de sus declaraciones a los pocos días. Frau von Cramon supo, a través de su fuente de las SS en Silesia, que la Gestapo estaba a punto de tomar medidas contra el Grupo de Oxford como red internacional de espionaje. Preparó un memorándum que fue enviado al cuartel general por el oficial de las SS de Silesia. Esto, por el momento, evitó el peligro de supresión. El informe original, sin embargo, quedó archivado.

«NORUEGA EN LLAMAS - DINAMARCA CONMOCIONADA»

Cuando Buchman regresó de Canadá en junio de 1934, con Hitler en el poder y su propio trabajo en Alemania creciendo con demasiada lentitud como para influir en los acontecimientos, buscaba una forma de ejercer influencia espiritual sobre Alemania -así como sobre Gran Bretaña- desde el exterior. Sabía que los países escandinavos poseían un prestigio nórdico especial en Alemania y eran respetados en Gran Bretaña. Las noticias de una revolución cristiana allí podrían tener más peso en ambos países que noticias similares de otros lugares. «La política de huelga en Escandinavia el año pasado», escribió a Sir Lynden Macassey en mayo de 1935, «fue con la esperanza de que todo el continente europeo se pusiera en marcha y encontrara una verdadera respuesta a través de la dictadura del Espíritu vivo de Dios»^{1*}.

Queda abierta la cuestión de si se trataba de un plan totalmente deliberado, como se da a entender en la carta a Macassey, o de un plan que evolucionó aprovechando acontecimientos inesperados en determinadas personas y que luego se percibió en retrospectiva, o de una combinación de ambas cosas.

Una noche de la primavera de 1931, Buchman cenó con la Sra. Alexander Whyte, la anciana viuda de un famoso predicador de

* A la Gestapo le pareció una buena estrategia: «Todo lo escandinavo tiene buena fama en Alemania», decía su informe de 1936, «si Oxford (es decir, el Grupo de Oxford) viene con escandinavos altos y rubios de la misma educación luterana, el movimiento entrará más fácilmente en los países vecinos del sur». (Leitheft *Die Oxfordoder Gruppenbewegung* herausgegeben vom Sicherheitshauptamt, November 1936, Geheim, Numeriertes Exemplar No. 1, Documents Centre, Berlin, p. 10, citando de *Nordschleswig'sche Korrespondenz*, 19 November 1935).

Edimburgo. Buchman le preguntó cuál era su mayor preocupación.

«Me estoy preparando para morir», respondió ella.

«¿Por qué no te preparas para vivir?», sugirió él.

Hablaron del caos en el mundo. Ella le contó que había oído hablar de su trabajo en Shanghai y luego en Sudáfrica. Luego habló de sus esperanzas en la Sociedad de Naciones, donde su hijo. Sir Frederick Whyte, era un experto economista.

Unos meses más tarde, en la ‘*house party*’ de Oxford, la Sra. Whyte se puso en pie y dijo que alguien debía llevar un equipo a Ginebra. Cuando insistió por segunda vez, Buchman le dijo, en una frase característica: «¡Bien, hazlo tú!». Ella entonces reservó cien habitaciones en Ginebra y Buchman se puso manos a la obra para reunir un equipo adecuado. En enero de 1932 permanecieron diez días en Ginebra y conocieron a varios delegados y funcionarios, lo que dio lugar a una invitación para dirigirse a un almuerzo de personalidades de la Liga en septiembre de 1933.

C. J. Hambro, presidente del Parlamento noruego y líder del Partido Conservador, era uno de los principales delegados de la Liga. Tenía por costumbre aprovechar el largo viaje de Oslo a Ginebra para traducir libros, y había comprado un ejemplar de *For Sinners Only* / Sólo para Pecadores, en un puesto de libros de la estación. El libro le interesó, y cuando a su llegada se enteró de que Buchman iba a pronunciar un discurso en Ginebra ese mes de septiembre, se aseguró de participar*. Al final del almuerzo, se levantó y declaró, improvisadamente, que lo que acababa de oír le parecía más importante que la mayoría de los temas del orden del día de la Liga.

En diciembre, Buchman invitó a Hambro a Inglaterra para hablar ante los parlamentarios británicos en la reunión de Sir Francis Fremantle, quien concluyó su discurso con la invitación a Buchman de llevar el Grupo de Oxford a Noruega. Buchman

* Según la biografía de su hijo Johan, el interés inicial de Hambro por el Grupo de Oxford se despertó por las entusiastas cartas de otro hijo, Cato, que los había conocido en Londres (Johan Hambro: C. F. Hambro, Aschehoug, 1984, p. 174).

aceptó, llevando a Hambro a través de una confusa atmósfera a una *'house party'* de fin de semana en una casa de Eastbourne, para que comprendiera en lo que se estaba metiendo. Así fue como, siguiendo una serie de oportunidades imprevistas, Buchman y su equipo llegaron a Noruega en octubre de 1934.

Noruega era un país inesperado para lanzar una revolución cristiana. La mayoría de las autoridades coinciden en que en aquella época el clima intelectual era allí más nihilista que en la mayoría de los países europeos. Esto se debió en gran medida al liderazgo de estudiantes e intelectuales influidos por Erling Falk, que se había convertido al comunismo en Estados Unidos y había regresado a Oslo para fundar el periódico *Mot Dag*, de línea comunista. El relativismo moral formaba parte de la ideología de Falk².

Carl Hambro se oponía a estas tendencias. Fue, quizá, el estadista noruego más importante de los años de entreguerras, una especie de figura eclesiástica. Como los conservadores eran un partido minoritario, nunca tuvo la oportunidad de formar gobierno, pero fue reelegido varias veces presidente del Parlamento y dos veces presidente de la Asamblea de la Sociedad de Naciones. Su sucesor como presidente del Parlamento, Oscar Torp, ex primer ministro laborista, describió a Hambro en el momento de su jubilación como «quizá el mayor parlamentario que hemos tenido en la historia reciente de Noruega», cuyo «nombre y contribución perdurarán en las páginas de la historia»³.

La invitación de Hambro a Buchman -a principios de los años treinta- surgió de su constatación de que las medidas políticas y económicas no bastaban para contrarrestar el nihilismo y la fe totalitaria. Sin embargo, sabía que cualquier intento de reorientar el pensamiento nacional encontraría resistencia, ante la que naturalmente se arredraba. También temía el coste económico de tal operación.

En agosto de 1934, Buchman le escribió: «En toda nuestra planificación debemos pensar en toda Noruega y los países nórdicos y en el papel que deben desempeñar en la reconstrucción mundial. No creo que debamos temer a la

opinión pública. Estás acostumbrado a una oposición y, después de todo, es una oposición que puede ganarse, porque a menos que vean la necesidad de un frente espiritual mundial, ellos mismos pueden tener a sus puertas un movimiento anti-Dios que será mucho más sutil y devastador; mientras que esto lleva la respuesta constructiva, como bien lo sabes, a los problemas del mundo moderno. Te ruego que no te preocupes por las finanzas y no necesitamos decidir ahora sobre los números. Nos veremos las caras a medida que se desarrollen las cosas, pero “no pienses en qué comeremos ni qué beberemos”. Nuestro Padre Celestial se ocupará de estas cosas por nosotros»⁴.

Hambro invitó -a principios de octubre- a 120 de sus amigos y treinta compañeros para reunirse con Buchman en el Hotel Turístico de Hosbjor.

«¿Qué va a pasar allí?» preguntó Fredrik Ramm -un conocido editor que había sido el único periodista que acompañó a Amundsen en su vuelo sobre el Polo Norte-, a Reginald Holme, mientras viajaban juntos.

«Milagros... y tú serás uno de ellos», respondió Holme.

A los noruegos les gusta hablar claro, y la predicción de Holme resultó ser cierta.

«En Hosbjor, Dios extinguió todo odio y todo miedo en mis relaciones con otras personas, clases y naciones», escribió Ramm más tarde⁵.

Ronald Fangen, el novelista, trajo dos botellas de whisky y una caja de libros, esperando aburrirse. No tuvo tiempo de abrir ninguna de las dos. Su cambio fue inmediatamente visible y recordado durante mucho tiempo. El poeta lírico Alf Larsen, veinte años después, hablaba de la «ingenuidad sin remedio» de la filosofía del Grupo en comparación con su propia antroposofía. Sin embargo, había transformado por completo a Fangen, que hasta entonces, en su opinión, había sido el hombre más desagradable de Noruega⁶.

Acudieron ochenta periodistas, y a medida que difundían la noticia de lo que estaba ocurriendo en Hosbjor, cada vez acudía más gente, hasta que se llenaron todas las camas en kilómetros a la redonda y algunos incluso durmieron en sus coches. Para el segundo fin de semana, el número de huéspedes había aumentado a 1.200.

«No sé cuándo Frank, o cualquiera de nosotros, se ha reído tanto», escribió Loudon Hamilton a su esposa. «Hambro es una fuente inagotable de historias de primera». Cuatro días más tarde añadió: «Una característica notable ha sido la forma en que se han reconciliado los individuos y los grupos. Las divisiones eclesiásticas son muy profundas en Noruega. Pero aquí se han unido. Dos destacados teólogos se detestaban. Los pusieron en la misma habitación y ahora son amigos. Dos líderes de partido (el propio Hambro y Johann Mellbye, presidente del Partido de los Agricultores), que eran enemigos bien conocidos, se reconciliaron. Ronald Fangen, de 1,90 Mts. y antiguo presidente de la Asociación de Escritores, ha perdido muchos enemigos y se ha hecho muchos amigos. Frank dice que es como asar castañas antes de Navidad. Nunca sabes quién será el siguiente en saltar»⁷.

Al final de la *'house party'*, Halvor Mustad, hijo de un hombre de negocios que había hecho fortuna vendiendo clavos de herradura a ambos bandos durante la Primera Guerra Mundial, se ofreció a llevar a Fredrik Ramm de vuelta a Oslo. Deslizándose a gran velocidad por la carretera de montaña cubierta de nieve, se amontonó en un montón de nieve. Ramm dijo: «Qué excelente oportunidad para celebrar una 'reunión de Oxford' mientras esperamos a otro vehículo», y convocó a los lugareños para que escucharan «los milagros de Hosbjor»⁸.

«El Grupo de Oxford conquista Oslo: El presidente Hambro, Ronald Fangen, el editor Ramm y varios otros hombres conocidos dan testimonio de su conversión» era un titular típico⁹ sobre la primera de las tres reuniones que tuvieron lugar en una de las salas más grandes de Oslo, inmediatamente después de Hosbjor. Catorce mil personas acudieron a ellas, y miles más fueron rechazadas. Tres mil estudiantes asistieron a

una reunión en la universidad, y se celebraron reuniones informales con ferroviarios, enfermeras y médicos, profesores, funcionarios y grupos empresariales y profesionales. El Club Militar y Naval invitó a diez ex oficiales que viajaban con Buchman a dirigirse a ellos, con la presencia del príncipe heredero. Entre bastidores se producía un flujo incesante de entrevistas personales, que se estimaban informalmente en 500 al día.

A principios de diciembre, el equipo visitante, reforzado por noruegos, se trasladó a Bergen. De nuevo las mismas multitudes. «Oxford conquista Bergen», decía uno de los titulares, mientras los subeditores empezaban a suprimir la palabra 'grupo' en aras del espacio¹⁰. Se extendió la idea de que un hombre 'Oxford' era aquel que había pasado por una experiencia espiritual transformadora, para la vergüenza de un ilustre profesor de Oxford.

Helge Wellejus, un periodista danés cuyos artículos aparecían regularmente en una veintena de periódicos escandinavos, describió a Buchman en acción en una de estas reuniones de Bergen:

«... Con Buchman en la tribuna, las preguntas se extienden por todo el auditorio. Describe una situación. Breve y concisa. Luego una pregunta. Se repite. Incómodamente agresiva. Pero siempre algo que concierne a todos.

Él alienta una respuesta. Pero la toma en el aire. La gira con la velocidad del rayo. Y la bala se aloja en la corteza de tu cerebro. Nunca apela a las emociones. A menudo la gente que viene de fuera se conmueve. Entonces los de Oxford se ponen en guardia. Aprovechan la primera oportunidad para un comentario humorístico. La sala se llena de risas... Sientes la conexión. Freud es un mero colegial comparado con esto. Pero todo esto no tiene nada de místico ni de psicoanalítico. Todo es brillantemente natural. Porque el público es forzado todo el tiempo a la participación creativa...»¹¹.

En Bergen, uno de los visitantes se alojó con el bibliotecario de la ciudad, un ateo muy respetado llamado Smith, cuya esposa

había llegado recientemente al final de una larga búsqueda de la fe mediante el encuentro con el Grupo de Oxford. El visitante era un profesor de filosofía moral ex ateo, y la Sra. Smith pensó que sería el hombre adecuado para convertir a su marido. La conversión no se produjo. Sin embargo, la indomable Sra. Smith -uno de sus hijos la describe como alguien que de buena gana se habría dejado despedazar por los leones en el coliseo, pero a quien las tareas domésticas le resultaban insufribles- llegó a ser tan diferente que los cuatro hijos Smith encontraron la misma fe. El hijo mayor, que aunque compartía habitación con su hermano llevaba dos años sin hablarle, le pidió perdón. Los cuatro viajaron más tarde con Buchman por diversas tierras, Victor -el hermano menor y artista- dejó una vez el pincel durante dos años para dedicarse a ello. «Fue en una pequeña sala, donde apenas cabían unas pocas personas, donde, siendo un chico de diecisiete años, pronuncié las palabras “Entrego mi vida a Dios”. La reunión estaba dirigida por un joven ingeniero llamado Viggo Ullman, padre de la actriz Liv Ullman, que apenas debía haber nacido en aquella época. Pero el joven ingeniero era típico de esa tropa de gente moderna y progresista, sin antecedentes eclesiásticos, que de repente se habían convertido en líderes de un desarrollo religioso dinámico»^{*12}.

En Navidad estaba claro que estaba ocurriendo algo fuera de lo común. Mientras el *London Times*¹³ en su “Restrospectiva del Año” señalaba el «asombroso éxito popular del Grupo en Noruega», el diario de Oslo *Tidens Tegn* comentaba en su número de Navidad¹⁴, «Un puñado de extranjeros que no sabían nuestro idioma, ni entendían nuestros usos y costumbres, llegaron al país. Pocos días después, todo el país hablaba de Dios, y dos meses después de la llegada de los treinta extranjeros, la mentalidad de todo el país ha cambiado definitivamente».

El resumen de prensa de dos páginas de Ronald Fangen sobre los últimos veinticinco años en Noruega, publicado en mayo, se titulaba “Hacia el nihilismo y de nuevo fuera”. Escribía: «La

* A los 50 años, Victor Smith adoptó el apellido materno de Sparre. Más tarde se convirtió en uno de los principales contactos occidentales de los disidentes rusos, y Solzhenitsyn viajó a Noruega para reunirse con él poco después de su deportación de la Unión Soviética. Véase su autobiografía *The Flame in the Darkness* / La Llama en la Oscuridad (Grosvenor, 1979), publicada por primera vez como *Stenene skal rope* (*Tiden Norsk Forlag*, 1974).

importancia decisiva del Grupo de Oxford es que nos ha devuelto un cristianismo tan sencillo y claro, tan rico en victorias y nueva comunión como lo fue en la primera era cristiana. Su poderosa misión y su poder son, en mi opinión, la única esperanza en una época de nihilismo. No se puede expulsar a los demonios con demonios. Sólo una gran experiencia del poder cristiano puede convencer a los hombres de que la vida tiene un sentido, de que las circunstancias son un todo y una unidad, y de que existen leyes y valores eternos que no pueden quebrantarse impunemente. Esto es lo que está ocurriendo ahora»¹⁵.

Después de la Navidad, esta cuestión se puso a prueba en la Escuela Técnica Superior de Trondheim, donde se formaron la mayoría de los ingenieros y arquitectos noruegos. Al igual que en la universidad de Oslo, el elemento más ruidoso y estratégico era el nihilista: «En una reunión en la sala de estudiantes estaban presentes prácticamente los 900 alumnos», recuerda Svend Major, que entonces estudiaba allí. «Escuchamos a algunos estudiantes de Oxford, a Elizabeth Morris, una chica vivaz de Estados Unidos, y a Randulf Haslund que, aunque oficialmente era un estudiante de teología fundamentalista, unas semanas antes había protagonizado la mayor borrachera del curso. Entonces Hamilton dijo que quien quisiera podía quedarse y conocer a los oradores. Prácticamente nadie se marchó. Al día siguiente y durante muchos días el Grupo de Oxford fue el principal tema de conversación». Uno de los que recuperaron la fe en Trondheim fue un hijo del obispo Berggrav de Tromsø.

El escritor Carl Fredrik Engelstad, entonces estudiante y más tarde director del Teatro Nacional de Oslo, dice de este periodo: «Experimenté un cambio radical en el ambiente estudiantil. Esto no significaba que el Grupo de Oxford fuera aceptado por todos, al contrario. Pero empezó a ser posible debatir cuestiones religiosas con seriedad y sobre una base amplia». Describió la irrupción del Grupo de Oxford en la vida cultural de Noruega en los años treinta, «con un viento de avivamiento, un desafío fuerte y directo, normas absolutas y,

al mismo tiempo, visión, esperanza y una confianza cristiana en la fe - una revolución cristiana mundial»^{16*}.

Los efectos sociales más amplios de la visita del Grupo de Oxford se convirtieron en objeto de observación y debate. El Corresponsal Especial del *London Spectator* declaró que «los “conversos” afirman que la religión se ha convertido en una parte tan importante de la vida cotidiana de la gente que los impuestos se pagan con mayor rapidez y los deudores son más honestos a la hora de pagar las facturas de los comerciantes. La situación política, dicen, es menos tensa; la guerra de clases, menos preocupante; se está abriendo paso un nuevo idealismo». El corresponsal consideraba “exageradas” tales afirmaciones, pero concluía: «Si los Grupos consiguen impartir nuevos valores o nuevos ideales a la vida política y social del país -y es en esto en lo que parecen concentrarse los “conversos”- se habrá ganado mucho»¹⁷. Dos semanas más tarde, un artículo de fondo de “Un corresponsal de Bergen” añadía: «En ocho semanas ha surgido un despertar nacional en un país en el que, según uno de los obispos, el 90% de la gente no acude a las iglesias. Ha llegado a través de un desafío a la mente para que piense y a la voluntad para que actúe. Ha revelado en abundancia que la regeneración social es fruto del cambio de vida»¹⁸.

Los departamentos noruegos de impuestos sobre la renta y aduanas empezaron a recibir un número sin precedentes de pagos atrasados e inesperados. El abogado del Tribunal Supremo Erling Wikborg** declaró en diciembre de 1936: «Se sabe extraoficialmente que las cantidades pagadas al Gobierno entre 1934 y 1936 ascienden a siete cifras en coronas y el proceso continúa»^{19***}.

* Todo esto no se produjo sin polémica. El periódico *Dagbladet* mantuvo siempre una postura contraria, al igual que escritores como Helge Krogh y Heiberg, y más tarde diez escritores noruegos y suecos publicaron conjuntamente un libro en desacuerdo con el Grupo de Oxford, titulado *Oxford and Ourselves / Oxford y Nosotros Mismos*.

** Wikborg fue uno de los fundadores del Partido Demócrata Cristiano noruego y ocupó brevemente el cargo de ministro de Asuntos Exteriores en 1963.

*** En enero de 1939, la prensa noruega anunció la devolución de medio millón de coronas por parte de un individuo, y en 1939 Wikborg escribió a un amigo: «Desde que me introdujiste en una nueva vida a través del Grupo de Oxford, en 1935, no ha pasado una sola semana sin que haya tenido al menos un caso entre manos para hacer los trámites legales necesarios para ayudar a alguien a pagar los impuestos evadidos». (Erling Wikborg a Basil Yates, sin fecha, 1939).

Hambro parece haberse convertido cada vez más en un constructor de puentes en la política. Ya en diciembre de 1933, el *Drammens Tidende* afirmaba que su viaje a Londres había «elevado a Hambro de las filas de los políticos a la posición de un verdadero estadista». La ocasión era una reunión de los líderes del Partido Conservador, que Hambro «había dirigido «con su extraordinaria habilidad habitual». Y sin embargo. .. había una nueva atmósfera en toda la reunión. En lugar de un amargo y tormentoso *post-mortem* sobre los resultados electorales, se trataba de una tranquila consideración de la situación y de lo que sería más útil para la nación. Fue como si los ‘trucos de partido’ hubieran desaparecido: sin arrebatos contra otros partidos, sin intrigas tácticas, sin reproches. Era la política en un plano superior. Se había producido un ‘cambio’. Y esto parecía volver a conectar con otro ‘cambio’ del que se había tenido noticia recientemente. El líder de la reunión acababa de hablar en el edificio de la Cámara de los Comunes de Londres en una gran reunión religiosa de algo conocido como el ‘Grupo de Oxford’»²⁰.

En enero de 1935, en un importante discurso, Hambro hizo hincapié en los valores absolutos: «algo que trasciende a los partidos», «deja a un lado las luchas inútiles» y «nos permite unirnos tranquila y modestamente» para que «el país avance hacia mejores condiciones de trabajo y un entendimiento más amplio entre las personas, más allá de las viejas divisiones partidistas que ahora se están desmoronando»²¹. Además, Hambro se negó a devolver el golpe cuando, poco después, el líder del Partido Laborista, Johan Nygaardsvold, se burló del Grupo de Oxford; y cuando, en marzo, Nygaardsvold se convirtió en primer ministro, comentó que «gran parte de lo que el Sr. Hambro ha dicho hoy es un ramo de flores para el nuevo gobierno laborista, aunque haya algunas espinas, que intentaré que no me pinchen, entre las flores»²².

El Rey Haakon recibió a Buchman y le agradeció lo que había hecho por los estudiantes, además de, según Buchman, expresar su sorpresa por la reconciliación entre Mellbye y Hambro. El rey también le dijo al deán Fjellbu de la catedral de Trondheim -la abadía de Westminster de Noruega- que estaba encantado con la nueva nota de autoridad en la predicación en

las iglesias y en la radio^{233*}. Cuatro profesores de la Universidad de Oslo escribieron al Grupo de Oxford: «Su visita será un factor decisivo para la historia de Noruega. Han llegado en el momento estratégico con la respuesta adecuada»²⁴.

En marzo de 1935, el interés generalizado entre los agricultores y los trabajadores industriales dio lugar a otras grandes reuniones en los mayores salones de Oslo. En la municipalidad, Buchman se dirigió a uno de ellos: «Hace cinco meses empezamos en esta sala. Piensen en el poder maravilloso de Dios en esos cinco meses... Antes de aterrizar en Noruega, me venía a la mente constantemente en mis momentos de silencio: “Noruega está ardiendo por Cristo”» Luego habló de las dos etapas que aún les quedaban por delante: la revolución espiritual y el renacimiento: «Creo que Noruega llevará este mensaje a otros países. Creo que la revolución será un renacimiento», concluyó²⁵.

Ciertamente, algo muy parecido a un renacimiento iba a tener lugar en la iglesia noruega en los años siguientes. Durante un cuarto de siglo había estado profundamente dividida entre liberales y conservadores, que tendían hacia una teología fundamentalista. «El conflicto se volvió personal y amargo»²⁶, escribe Einar Molland, historiador de la iglesia noruega. La tensión entre las alas conservadora y liberal alcanzó su punto álgido a finales de los años veinte y principios de los treinta, y el tono general de la discusión teológica se hizo, si cabe, aún más amargo. En una ocasión, cuando el obispo Berggrav, como obispo de Tromsø, convocó una reunión de todo su clero, se armó tal alboroto que intentó restablecer el orden gritando: «¡Alto!... ¡aquí somos todos hermanos!» ¡No! ¡No! ¡No!... gritó la mitad de su clero²⁷. El líder de los conservadores, el profesor Hallesby, a veces prácticamente prohibía a sus seguidores cualquier contacto con la facción contraria y, cuando Berggrav fue nombrado obispo de Oslo, Hallesby «escribió en la prensa que no podía darle la bienvenida hasta que abandonara su pasado liberal»²⁸.

* El rey Haakon dijo al decano que había dado las gracias a Buchman, pero le sugirió que instara a sus seguidores a ser «cuidadosos en las confesiones que se hagan en público». El Rey visitó dos veces la sede del Grupo de Oxford en Londres durante la Segunda Guerra Mundial.

Mientras tanto, allí donde los argumentos no habían logrado la unidad, el cambio en los individuos estaba teniendo algún efecto. Los comienzos señalados por Hamilton en Hosbjor continuaron a todos los niveles. El profesor Mowinckel, el principal erudito noruego del Antiguo Testamento de la época, era considerado por los conservadores como la encarnación misma del diablo, y sus libros siempre agravaban las disensiones en el seno de la iglesia. Vio esa fe en acción en la gente de Hosbjor y decidió que quería la ‘perla preciosa’. Con la honestidad que le caracterizaba, se dio cuenta de que no la encontraría a menos que estuviera dispuesto a renunciar a todo por ella; y tenía dos grandes amores, su nueva casa de campo y el libro que, tras años de trabajo, acababa de terminar. Al final le dijo a Dios que estaba dispuesto a renunciar a ellos si Dios se lo pedía. Inmediatamente le vino la idea: “Quédate con la casa, quema el libro”. Así lo hizo. Nadie sabe exactamente qué contenía el libro porque, al tener órdenes de destruirlo, pensó que no debía hablar de ello: pero no cabe duda de que habría aumentado la desunión de la iglesia²⁹. A partir de ese momento, los fundamentalistas cambiaron su actitud hacia Mowinckel.

En una reunión del Grupo de Oxford celebrada en Copenhague el 31 de marzo de 1935, el obispo Berggrav explicó: «Debo admitir que al principio no aprobaba del todo los métodos del Grupo de Oxford, pero cuando vi cómo Dios lo había utilizado en Noruega, especialmente en la vida de mi propia familia, tuve que cambiar toda mi actitud. Lo que está ocurriendo ahora en Noruega es el mayor movimiento espiritual desde la Reforma»*.

Al año siguiente Berggrav, en un largo artículo en *Kirke og Kultur*, señaló algunos “hechos evidentes” sobre los cambios en la vida noruega durante el año anterior: «1. Ha nacido una nueva atmósfera, un cambio en toda la situación de la vida espiritual del país. No sólo hay más espacio para lo eterno, sino que también hay un mayor anhelo de ello... 2. El nombre de Dios es mencionado no de una manera nueva, sino por personas nuevas... Ahora personas inesperadas han

* *Kristeligt Dagbladet*, 2 de abril de 1935. La última frase se omite en la reseña que hace el periódico del discurso del obispo en la sesión de la mañana, pero se encuentra en mecanografiados contemporáneos de su discurso y fue mencionada durante una reunión celebrada más tarde ese mismo día por el presidente, Kenaston Twitchell, de la que se informa en el mismo artículo.

comenzado a proclamar el poder de Dios en sus vidas. Dios ha cobrado vida. 3. El tema ha pasado de ser secreto e impersonal a ser abierto y personal. Ha habido un “período Nicodemo” con respecto a las cuestiones interiores más profundas. Ahora se discuten en la calle...* .

«Nuestra vida cristiana y eclesiástica» -añadió Berggrav- «ha sido una vida de desconfianza en todas direcciones. Pero ahora creo que hemos aprendido algo nuevo sobre la confianza entre nosotros. Creo que el Grupo de Oxford me ha ayudado a comprenderlo». Hablar abiertamente debería ser un vehículo y una expresión de confianza»³⁰.

Era necesario seguir avanzando, y fue el día en que estalló la guerra en Europa, el 1 de septiembre de 1939, cuando Berggrav recibió un pensamiento contundente: «Hay guerra en Europa. También hay guerra entre tú y Hallesby. Ve a verle». No sabía cómo empezar, pero su mujer le sugirió que llamara por teléfono. «Te estaba esperando», respondió Hallesby, y se encontraron³¹. No se sabe exactamente lo que pasó entre ellos, pero fue como resultado de esta reunión que los dos hombres cooperaron en el manifiesto, *God's Call to Us Now / Dios nos Llama Ahora*, que fue impreso en todos los periódicos. Describiendo estos acontecimientos. El profesor Karl Wisloff, en su historia de la Iglesia noruega, escribió: «Muchos se asombraron al ver esos dos nombres juntos. Hallesby siempre se había negado a participar en cualquier declaración pública con un hombre conocido como teólogo liberal». Wisloff también describe una reunión más amplia en casa de Berggrav el 25 de octubre de 1940, en la que Hallesby y algunos de sus colegas se unieron a los líderes del ala liberal para crear el *Kristent Samrad* (Consejo Cristiano de Colaboración)³². Éste se convertiría en «el estado mayor de la lucha de la iglesia, que colaboró de forma excelente durante toda la guerra»³³.

Antes de que Buchman abandonara Noruega -en marzo de 1935-, Hambro le escribió calificando el impacto en el país de

* En *Kirke og Kullur* (7 de agosto de 1984), sobre el Grupo de Oxford en retrospectiva después de 50 años, Stephan Tschudi, antiguo rector del Seminario Teológico Práctico de la Universidad de Oslo, recordaba: «Muchos de los que se conmovieron tenían muy poco conocimiento del cristianismo. Pero se reconocían en los relatos evangélicos de hombres y mujeres que seguían al Maestro, sin dogma alguno. Y miraban con asombro a personas que parecían saberlo todo sobre el cristianismo sin que éste tuviera ningún efecto visible en sus vidas».

«milagro» y de «retorno a la salud mental»³⁴. Recibió una respuesta característica. «Si el ritmo actual continúa, y no parece que vaya a disminuir, no podrás retrasar mucho más la decisión que, bajo Dios, no sólo puede cambiar la historia de Noruega, sino también la de Europa», escribió Buchman. «Sé que ningún asunto secundario puede acaparar tu atención, Dios exige lo máximo»³⁵. Durante toda la campaña, Buchman había desafiado a Hambro a una entrega más completa de su vida y sus planes a Dios, una entrega que Hambro parece haber eludido en varias ocasiones.

Los vecinos de Noruega, mientras tanto, habían seguido de cerca los acontecimientos. El interés de los daneses había aumentado, en enero de 1935, con la visita de Fredrik Ramm, bien conocido por ellos por su apasionado antagonismo hacia su país. Ramm había luchado amargamente a través de su periódico para proteger los derechos de pesca noruegos en torno a Groenlandia, y cuando, tras una prolongada disputa, el Tribunal Internacional de La Haya se pronunció a favor de Dinamarca, ello no hizo sino aumentar su enemistad. Pero en Hosbjo, como escribió, «el hielo se derritió en mi corazón y empezó a crecer un sentimiento nuevo y desconocido, un amor por la gente que no se veía limitado por lo que pudieran darme»³⁶. Luego, decía en la radio danesa: «Lo principal que vengo a decirles es que mi mayor defecto ha sido odiar a los daneses. Mi mente estaba envenenada con ese odio... Ahora estoy aquí para poner las cosas en su sitio»³⁷. El diario de Copenhague *Dagens Nyheder* tituló su noticia: «El Grupo de Oxford borra el odio noruego-danés»³⁸.

Mientras que la atmósfera intelectual noruega estaba teñida por el marxismo, el confortable estilo de vida danés - «bien untado», como lo llamaba Buchman, estaba aderezado por el liberalismo escéptico y librepensador de Georg Brandes, catedrático de Esteticismo en las universidades de Hamburgo y Copenhague sucesivamente. Brandes había muerto ocho años antes, tras publicar su último libro, *The Jesus Myth / El Mito de Jesús*, en 1925, a la edad de ochenta y tres años. Los profundos cimientos cristianos de Dinamarca se habían visto reforzados por un renacimiento a mediados del siglo XIX, pero la iglesia admitía -ahora libremente- que había perdido la confianza de los intelectuales y los trabajadores. Lo que estaba ocurriendo

en Noruega era un tema fructífero de discusión y ocurrencias, pero se daba por sentado que no podía ocurrir en Dinamarca.

Buchman visitó Dinamarca en enero de 1935, al mismo tiempo que Ramm. Encontró un gran interés, y hubo fuertes peticiones para que llevara a un equipo. Pero era consciente de que el modelo noruego no podía repetirse. «Las fuerzas locales no son lo bastante inteligentes para manejar la situación», escribió Buchman a Kenaston Twitchell, «así que les he pedido que, por el momento, se abstengan de hacer nada que pueda llamar la atención del público». Todo había sido maravillosamente preparado, el obispo favorable, cuando algunos cristianos chapados a la antigua iniciaron una 'house-party' a la antigua usanza, no supieron cómo manejar a la prensa. Celebraron una reunión de oración para los periodistas y así les dieron una espléndida oportunidad de conseguir una primicia. «No podremos empezar con una 'house-party', debido al estilo equivocado que han estado aplicando».

Y continuó diciendo: «No difundan el hecho de que Dinamarca puede empezar a mediados de marzo, porque el mismo grupo de gente que conocimos en Princeton está sin duda en Copenhague. Esa multitud se trasladó al norte desde Berlín y ya estamos sintiendo su oposición». No está claro si aquí Buchman se refería a la oposición selectiva de individuos o grupos concretos, o a la confrontación general con quienes estaban comprometidos con el relativismo moral. En aquella época, Berlín era sin duda el centro de una decadencia que se extendía por toda Europa, y el trabajo de Buchman estaba abocado a entrar en colisión con esta fuerza en situaciones en las que ambos eran activos. En cualquier caso, la conciencia de un posible enfrentamiento con el mal organizado nunca estuvo lejos de la mente de Buchman, debido en parte a su propio espíritu militante y en parte a sus experiencias. Su carta continuaba: «Lo que tienen aquí es el resultado de una deformación espiritual que lleva un largo periodo. Piensen en unos *gnomos* que se arrastran en la oscuridad de una cueva. De repente se ilumina y las cosas se aclaran. Pero, a menos que hagamos algo rápidamente, esta nación estará podrida y las fuerzas cristianas sensacionalizarán a los Grupos y la gente no tendrá la oportunidad de saber cuál es el verdadero mensaje»³⁹.

El pensamiento que había tenido era: «Dinamarca será sacudida».

Buchman decidió «recurrir al tribunal de la opinión pública», como él mismo dijo, en grandes reuniones públicas. «Me han dicho confidencialmente que algunos estudiantes están intentando organizar un debate en la universidad para poner en ridículo el trabajo del Grupo», escribió. «Una de las mejores maneras de acabar con algo en Dinamarca es hacer que la gente se ría de ello»⁴⁰. Mientras tanto, opositores de otros países hacían circular libros como el del obispo de Durham.

En marzo de 1935, sin embargo, todo estaba listo. Buchman reunió a un grupo internacional de 300 personas en Copenhague para impartirles tres días de formación, durante los cuales les instruyó en todos los aspectos, desde la política de los cinco diarios nacionales hasta la necesidad de mantener los intestinos abiertos a pesar del abundante desayuno danés que, según él, podía culminar con un rico pastel de hojaldre.

En su opinión, todo dependía de la primera reunión, que se emitiría por la radio nacional y en la que se esperaba la presencia de muchos trabajadores e intelectuales, incluidos algunos miembros del gabinete socialista. En consecuencia, decidió que predominaran los oradores de procedencia laborista, como George Light y Jimmie Watt. Todas las entradas estaban agotadas, y apenas se veían clérigos, salvo una fila vestida de negro, todos los cuales parecían estar tomando notas. Buchman dio en el blanco. Muchos de los obreros y ateos intelectuales se quedaron para hablar con los oradores, y algunos decidieron experimentar allí mismo con las ideas que habían escuchado. Uno de ellos era un conocido abogado del Tribunal Supremo, Valdemar Hvidt, que se enzarzó en una discusión con un recién licenciado de Oxford. El abogado le explicó que no creía en Dios, pero, al ver en la habitación a un joven hombre de negocios con su mujer, que había acudido a él esa semana para iniciar un proceso de divorcio, añadió: «Si les pasara algo a esa pareja, tal vez me lo pensaría mejor». Al día siguiente, la pareja llamó a su despacho y le dijo que querían anular el divorcio. Los tres, la pareja y el abogado, acabaron trabajando con Buchman de por vida.

Al día siguiente, el obispo de Copenhague, el Dr. F. Fuglsang-Damgaard, que ya había anunciado públicamente que el Grupo de Oxford le había enseñado a escuchar a Dios, llamó a Buchman. Dijo que la fila de clérigos informó que el nombre de Cristo sólo había sido mencionado diez veces en la reunión. ¿Por qué fue así?

«Estuve en su casa tomando el té la semana pasada», Obispo -respondió Buchman-, «y usted no mencionó que amaba a su esposa».

Se hizo el silencio. El obispo se dio cuenta de lo que quería decir Buchman. Más tarde, el obispo declaró: «El Grupo de Oxford nos está enseñando a hablar de forma diferente a paganos y ateos, escépticos, críticos y agnósticos. Mi concepción del Grupo de Oxford es la de un nuevo camino hacia el antiguo Evangelio. Se mueve de la circunferencia al centro. Se sitúa dentro de la iglesia y no a su lado»^{41*}.

Más de treinta mil personas asistieron a las reuniones en los seis primeros días en Copenhague. La difusión nacional había suscitado una rápida respuesta del campo y las islas, así como de la población danesa al otro lado de la frontera de Schleswig. Cuando se celebró una reunión contra el Grupo de Oxford en la universidad, se informó de que había sido un “fiasco colosal”. La reunión, planeada por un estudiante de teología convertido en marxista y apoyado por un brillante grupo de académicos brandescos, fue invadida por militantes obreros. «Ocurrió algo que nunca antes había sucedido en Copenhague», informó el *Dagens Nyheder*. «Los obreros se levantaron uno tras otro y dieron testimonio del cristianismo en una sala que estaba formada principalmente por fanáticos contrarios a toda religión»⁴².

La prensa no se mostró entusiasta al principio. El *Social-Demokraten*⁴³ publicó un informe muy positivo de la primera reunión, y el *Kristeligt Dagbladet*, el diario cristiano, comentó con indulgencia: «No se puede esperar que los

* Casi veinte años más tarde, el obispo dijo en el Consejo Mundial de Iglesias en Evanston, EE.UU., en agosto de 1954: «La visita de Frank Buchman a Dinamarca en 1935 fue una experiencia histórica en la historia de la Iglesia danesa. Quedará escrita con letras de oro en la historia de la iglesia y de la nación. Siempre que visito al Dr. Buchman, hablamos de la Cruz de Cristo, que es el centro de su corazón, de su alma y de su fe».

estadounidenses lo hagan bien la primera noche»⁴⁴. Emil Blytgen-Petersen, reportero del *Dagens Nyheder* asignado al Grupo, volvió a su periódico diciendo que no había podido entrevistar a Buchman. Carl Henrik Clemmensen, redactor jefe y editor asociado del periódico, fue a intentarlo personalmente. El resultado fue una charla de tres horas, en la que ambos hombres hicieron preguntas y se mostraron igualmente francos.

Clemmensen escribió un poco más tarde:

«No puedo entender cómo un hombre de iglesia puede pensar que no importa lo que millones de hombres y mujeres hacen de la vida. No puedo entender ninguna forma de cristianismo que tenga otro objetivo que una revolución del mundo anticristiano en el que vivimos. Y eso, por supuesto, implica una revolución, un cambio profundo y drástico de la vida del individuo.

Puedo entender al Grupo de Oxford. Puedo entender a ese grupo de hombres y mujeres que, de una forma u otra, se han encontrado reunidos en un trabajo común, con el objeto de producir el tipo de revolución cristiana que he descrito. Puedo entender los Cuatro Absolutos. Quizá ninguno de nosotros logre cumplirlos del todo, pero siempre serán un patrón que mida la calidad de nuestras vidas y marque hasta dónde llega cada uno de nosotros. Comprendo a la gente que se niega a quedarse de brazos cruzados viendo cómo el mundo se arruina, pero que está convencida de que en su trabajo para salvar el mundo recibirá inspiración diaria de la única fuente de la que podemos esperar inspiración, si nos convertimos en lo que un autor danés ha llamado gente “abierta” en lugar de gente “cerrada”...

Me hablaron en una longitud de onda completamente nueva. Me hablaron en un idioma que podía entender. No me asustaron con terminología teológica. No me hicieron temer ni sospechar con el despliegue de un vasto aparato místico».

Y sobre Buchman escribió:

«Tranquilo y sonriente es el hombre que puso en marcha todo el Grupo de Oxford... Tiene fuerza. Es un psicólogo excepcional. Trata a las personas como individuos. Nunca trata a dos personas de la misma manera. Sabe todo sobre ti cuando has hablado con él unos minutos. Es un hombre ambicioso, pero tengo la viva convicción de que sólo es ambicioso para que triunfe lo que es bueno. Podría fácilmente nombrar al menos a cinco eminentes líderes eclesiásticos que harían bien con un equipo considerablemente mayor de ese tipo de ambición. Es positivo. Nunca le he oído decir una sola frase negativa. Nunca responde a los ataques. Nunca le he visto esbozar una sonrisa artificial. Yo le llamo “el apóstol risueño”. En todo el mundo he conocido a muy pocas personas tan completamente armoniosas y naturales en sus placeres ordinarios y en su felicidad»⁴⁵.

Mientras tanto, dos de los periódicos fundados por Brandes, *Politiken* y *Extrabladet*, habían empezado a tratar a los visitantes con seriedad, a veces con un humor socarrón, pero a veces con respeto y una extensión considerable.

Además de las reuniones públicas, Buchman celebraba cada mañana reuniones de su equipo a las que acudían cada vez más daneses. Además del obispo y el decano Brodersen de Copenhague, acudía una asombrosa representación de la población. A menudo, estas reuniones estaban llenas del humo de los cigarros daneses. En una de ellas, Buchman pidió un tiempo para escuchar a Dios. Luego se rió y dijo: «Hasta ahora nunca ha habido reglas en el Grupo de Oxford, pero creo que tendremos que establecer la primera aquí en Dinamarca. ¡Consistirá en que todas las damas deberán dejar sus cigarrillos cuando decidamos pasar un tiempo en silencio juntos!».

Desde Copenhague, Buchman fue a pasar la Pascua a Haslev, con todos los que quisieron sumarse, en un centro educativo situado a unos cincuenta kilómetros. Todas las escuelas estaban llenas hasta los topes -los adultos dormían a menudo en las camas de los niños*- y, como los granjeros, los desempleados y pueblos enteros acudían en masa, la gente

* La Sra. Fog-Petersen, esposa del decano de Odense, tenía un catre. Cuando Buchman le preguntó si había dormido bien, respondió amablemente: «Gracias, dormí muchas veces».

dormía en coches e incluso en la prisión local. «El viernes pasado», escribió Buchman, «tuvieron que salir al campo en un pueblo porque ya no había sitio en la iglesia»⁴⁶.

El *Berlingske Tidende* envió a una joven llamada Gudrun Egebjerg a cubrir el acontecimiento. Ahora recuerda sus primeras impresiones sobre Buchman:

«Desde luego, no era un “líder espiritual”, lo que quiera que fuera eso. Un hombre tranquilo, bien vestido, con una nariz larga y puntiaguda en una cara redonda, una incongruencia. (Años más tarde, cuando alguien lo mencionó, me di cuenta de que no le gustaba eso -me sorprendió-. En aquel momento pensé que estaba muy por encima de la vanidad humana; pero de alguna manera me gustaba por ello...). Pero lo que sentías, en primer lugar, de inmediato, era que se interesaba por la persona que conocía, en este caso yo, de forma amistosa y abierta. Un periodista está tan acostumbrado a ser recibido con cautela, ‘Ahora ten cuidado con lo que dices’ - pero no era el caso del Dr. Buchman. Sabía lo que quería decir y cómo, y además tenía ese maravilloso sentido del humor y esa forma sabia, amable y tranquila de mirarte. También sentí, sin registrarlo conscientemente, una autoridad natural en él».

Después de Haslev, el equipo de Buchman se extendió por Sjælland y Fyn. La ocasión más notable fue un encuentro en Odense, capital de Fionia y lugar de nacimiento de Hans Andersen. Tuvo lugar el día nacional de Noruega, y el último orador fue Fredrik Ramm. Describió cómo se había curado de su odio a Dinamarca, y luego pidió al público que cantara el himno nacional danés. Se hizo el silencio, y entonces, sin mediar palabra, 3.000 daneses rompieron a cantar el himno noruego, de modo que las paredes y la sala vibraron con el sonido. Ramm se echó a llorar, viendo nacer la unidad donde él había causado la división.

Ahora que en Noruega y Dinamarca habían surgido pruebas de cambio a escala nacional, Buchman deseaba llevarlas al continente, y especialmente a Alemania. Ideó una gran manifestación escandinava, que tuvo lugar el domingo de

Pentecostés en Kronborg (popularmente conocido como ‘el castillo de Hamlet’), en Elsinor. El patio del castillo se llenó con diez mil personas, y otros miles escucharon a través de altavoces en las murallas del exterior cubiertas de césped. Aquella noche, Clemmensen escribió sobre la interminable afluencia de gente, el subir y bajar de la música, la gente de la política y de la iglesia en el estrado y los jóvenes, los campesinos y los trabajadores que hablaban de escuchar la voz del Dios vivo y obedecer. Esbozó la vida de Buchman, y continuó: «Nunca he oído hablar de nada parecido en nuestra época. Este hombre tenía la visión decidida de la conquista del mundo. Llegó como un soldado desconocido de una de las trincheras de primera línea de la cristiandad, y se presentó hoy en este castillo danés como el líder de una cruzada moderna que se extiende por todo el mundo»⁴⁷.

Poco después de esta manifestación, Buchman regresó a Gran Bretaña para asistir a una ‘*house party*’ en Oxford, a la que acudieron cientos de escandinavos. En septiembre regresó a la provincia danesa de Jutlandia con un equipo de casi 1.000 personas que, según Emil Blytgen-Petersen, «barrió la península como una tormenta de arena»⁴⁸ y visitó prácticamente todas las ciudades y pueblos.

Alfred Nielsen, director de un aserradero en Schleswig del Norte, cerca de la frontera alemana, vivía con el temor constante de lo que la crisis pudiera hacer a su negocio y a su industria. «Seguí a Buchman por toda Jutlandia como un perro, porque quería la respuesta que vi en él», dice. «Lo que me dio me salvó de un colapso mental. Me abrió los ojos ante mi orgullo egoísta hacia mi mujer, mis trabajadores y mis colegas, y hacia los alemanes que vivían con nosotros en Schleswig del Norte»⁴⁹. Uno de los resultados, según *Scandinavian Review*, fue que Nielsen, ‘propietario de la mayor serrería de Jutlandia’, que antes ‘se había negado a conceder a sus empleados un aumento salarial... alegando que las finanzas de su empresa no lo soportarían, dijo honestamente a sus hombres en 1937 que la verdadera razón era que su bolsillo personal se habría resentido. Examinó todas las finanzas de la empresa con sus hombres y acordaron una provisión adecuada para todos’⁵⁰.

A finales de 1935, el Grupo de Oxford trabajaba en Dinamarca bajo las órdenes de los dirigentes daneses. El 18 de octubre de 1935, menos de siete meses después de la llegada de Buchman a Copenhague, 25.000 personas se reunieron en el Forum de esa ciudad y en dos salas desbordantes. Paul Brodersen, decano de Copenhague, dirigió la manifestación, en la que intervinieron un carpintero, una enfermera, un tratante de caballos de una isla periférica, el director de una refinería de petróleo y dos de sus empleados, el principal director de banda de Copenhague, el director del Instituto Tecnológico Nacional y quince estudiantes encabezados por el presidente del Consejo Estudiantil de la Universidad de Copenhague. El público, escribió *Berlingske Tidende*, «no era de ninguna clase, tipo o edad, sino todo el censo electoral de la A a la Z»⁵¹.

En el primer aniversario de la llegada de Buchman a Dinamarca, pronunció un discurso en un mitin de fin de semana que congregó a unas 20.000 personas en Ollerup, en la región de Fionia: «El Grupo de Oxford sigue su camino victorioso», comentaba *Extrabladet* en un editorial, «y no podemos sino estar agradecidos por la contribución que ha hecho a la mejora moral de la vida de muchas personas». Si hay algo que necesitamos es convertirnos en mejores personas, más honestas, más rectas de lo que somos y con un pensamiento más puro y un corazón más cálido de lo que tenemos»⁵².

El efecto de esta nueva vida fue preparar a muchos escandinavos, tanto en Dinamarca como en Noruega, para los peligros de la ocupación. En Dinamarca, Clemmensen fue asesinado por los nazis daneses - individuos, por cierto, que se habían opuesto a Buchman durante su visita -, mientras que otros, como el coronel H. A. V. Hansen, realizaron actos de extraordinario valor en la resistencia y vivieron para contarlo⁵³. El obispo Fuglsang-Damgaard fue enviado a un campo de concentración. Antes de ser encarcelado, envió de contrabando un mensaje a Buchman en el que le decía que a través del Grupo de Oxford había encontrado un espíritu que los nazis no podían quebrantar y que él iba sin miedo⁵⁴.

En Noruega, Fangen fue el primero de los colegas de Buchman en ser detenido⁵⁵, al tiempo que se prohibía el Grupo de Oxford. En los años anteriores a la guerra, Fangen y Ramm

habían viajado por toda Escandinavia, desde las islas Lofoten hasta Helsinki, tejiendo una red de personas moral y espiritualmente seguras. Cuando Noruega fue ocupada, Ramm mantuvo el contacto con ellos por carta y mediante artículos en su periódico que, bajo el inocente título de «Qué hacer en el apagón», trazaban paralelismos históricos llenos de significado oculto para los patriotas noruegos.

Cuando los nazis descubrieron lo que Ramm quería decir, lo detuvieron. Un mes después fue puesto en libertad con una advertencia, porque su influencia «amenazaba con desmoralizar a toda la prisión». Volvió a la lucha, fue detenido de nuevo y deportado a Hamburgo, donde, incluso en régimen de aislamiento, el resplandor de su fe impregnaba la prisión. Al único amigo que vio en sus dos años de confinamiento le dijo: «Dile a Eva [su esposa] que mis cartas expresan toda la verdad de mi experiencia. Aunque estoy solo, no me siento solo. Todo lo que hemos aprendido en el Grupo de Oxford es verdad. Sostengo: “Prefiero en la cárcel con Dios, que fuera sin Él”».

Ramm contrajo tuberculosis. Incluso ahora rechazaba la oferta de mejores alimentos y condiciones a cambio de hacer productos para los alemanes. Cada vez más débil, fue liberado por un acto de compasión del director de la prisión, que había llegado a respetarle. La ambulancia danesa que enviaron a buscarlo cruzó la frontera justo antes de que una orden nazi prohibiera su liberación, y llegó a Odense. Allí murió, con una bandera noruega en la mano colocada por un amigo danés. Cuando el cuerpo de Ramm llegó a Oslo, la multitud se agolpó en la plaza de la catedral, ignorando todos los intentos de dispersarla, y cuando el gobierno noruego en el exilio en Londres recibió la noticia, el ministro de Asuntos Exteriores Koht dijo: «Cuando se escriba la historia de estos tiempos, el nombre de Fredrik Ramm figurará como uno de los mayores héroes de Noruega»⁵⁶.

La resistencia activa de la iglesia en noruega fue desencadenada por Fjellbu, ya obispo. El 1 de febrero de 1942, el día en que Quisling asumió el cargo de primer ministro, se encontró con que la catedral de Trondheim estaba cerrada en su contra cuando fue a celebrar la Santa Comunión. Los

soldados nazis decían a los fieles que se fueran a casa, pero no lo hicieron. Fjellbu se coló por una pequeña puerta lateral, se vistió y comenzó el servicio desde el altar mayor. Los soldados no se atrevieron a detenerlo allí, y el coro, una vez en posición, empezó a cantar '*A Mighty Fortress is Our God*'. Pronto la congregación, de pie en la nieve del exterior, empezó a cantar también. Por su trabajo de aquella mañana, Fjellbu fue destituido. Inmediatamente, todos los obispos noruegos, encabezados por Berggrav y seguidos por el clero, abandonaron los deberes seculares que normalmente se les prescribían como parte de la iglesia estatal. El día de Pascua, todos los pastores noruegos siguieron su ejemplo y, al mismo tiempo, el obispo Berggrav fue arrestado. Se esperaba que fuera juzgado y condenado, porque había visitado Inglaterra en 1940; pero de repente fue trasladado de la cárcel al refugio de montaña donde pasó tres años en solitario arresto domiciliario. Berlín había intervenido.

La intervención fue iniciada por la Abwehr, y los dos emisarios enviados por el almirante Canaris, que trabajó en secreto contra Hitler y fue ejecutado en última instancia por él, eran Bonhoeffer y el amigo de Bonhoeffer, von Moltke. Así, Bonhoeffer vio en acción en Noruega el mismo tipo de resistencia que había defendido ante la iglesia en Alemania, diez años antes⁵⁷. La comparación entre las dos situaciones es imposible, ya que una cosa era lograr una resistencia unida en un país ocupado y otra crearla en Alemania, una vez que Hitler se había establecido. Sin embargo, esa unidad en Noruega se logró a pesar de los grandes riesgos, y habría sido imposible sin la sanación de las amargas divisiones que se habían producido allí a partir de 1934.

El 22 de abril de 1945, el obispo Fjellbu predicó en la iglesia de *St. Martin-in-the-Fields* de Londres: «Deseo declarar públicamente» -dijo- «que la labor del Grupo de Oxford sentó las bases de la resistencia unida de los eclesiásticos noruegos al nazismo»⁵⁸. En una entrevista de prensa, el obispo añadió: «La llegada del Grupo de Oxford a Noruega fue una intervención de la Providencia en la historia, como Dunkerque y la Batalla de Inglaterra. Ayudaron a tender puentes entre la religión y el pueblo, y por haberla hecho realidad cada día. Hemos estado luchando contra algo más que un ejército

armado. Hemos estado luchando contra el materialismo ateo. El Grupo de Oxford nos dio hombres que nos ayudaron a luchar por una ideología cristiana»⁵⁹.

El año anterior, Hambro escribió:

«Mis pensamientos se remontan a aquella primera “*house-party*” en Noruega en 1934... a Frank Buchman, el catalizador que hizo posible el frente eclesiástico unido en Noruega en esta guerra....

Los alemanes decretaron en Noruega que el Grupo de Oxford formaba parte del servicio de inteligencia británico y que debía ser duramente reprimido -un cumplido de lo más halagador y ligeramente ridículo para el servicio de inteligencia británico. La Gestapo temía y odiaba al Grupo de Oxford como nunca podría temer y odiar al servicio de inteligencia británico. Los odiaban como los hombres odian y temen los ideales que han perdido y prostituido, la fe que han traicionado. Les temían porque instintivamente sabían que el Grupo de Oxford formaba parte del servicio de inteligencia de Dios que preparaba el camino para la derrota definitiva de los principios del mal»⁶⁰.

«HITLER Y LA REPRESIÓN DE LA GESTAPO»

A principios de 1934, Buchman ya sabía que en Alemania no podía trabajar como en otros lugares. Se espiaba a los partidos políticos y no era posible organizar grandes manifestaciones públicas como las de los países democráticos. Contaba con que tales acontecimientos en otros países tuvieran algún efecto sobre los dirigentes alemanes, y se aseguró de que las noticias de los mismos llegaran a las más altas instancias de Berlín. También confiaba en la palabra escrita -se publicaron dieciséis libros y folletos en Alemania a principios de los años treinta- y en sus discursos. Al mismo tiempo, no había renunciado a la esperanza de llegar personalmente a los dirigentes alemanes.

En septiembre de 1934, Moni von Cramon fue invitada por Himmler al mitin del Partido Nazi en Nuremberg, y se encargó de que Buchman y algunos miembros de su equipo también fueran invitados. Unos meses antes, se había encontrado sentada una noche -inesperadamente- junto a Himmler en una cena, y las preguntas de Himmler habían sido una vez más sobre cómo la orientación de Dios actuaba en su vida. Sintiendo que «Dios sólo da una oportunidad como esta una vez», ella le había contado en detalle el drástico cambio que había supuesto para ella en su forma de vivir y de pensar, y había subrayado «la importancia que tendría para los individuos, las naciones y el mundo entero, si se cumpliera el plan de Dios». Él había escuchado en silencio. Ahora, en Nuremberg, ella y Buchman se sentaron junto a Himmler en un almuerzo informal. Su conversación versó una vez más sobre la búsqueda de la orientación de Dios, y Buchman habló de las condiciones

morales y espirituales necesarias. A mitad de la comida, Frau von Cramon fue llamada por teléfono. Era su hijo para comunicarle la muerte de su exmarido. Volvió a la mesa muy afligida porque, aunque su exmarido había sido legalmente el culpable, ya se había dado cuenta del papel que su justicia propia había desempeñado en la ruptura del matrimonio. Se lo dijo a Himmler. «Si pudieras odiar a este hombre que rompió la lealtad contigo, no sufrirías tanto», le dijo él.

«Esto nos hizo volver a hablar de las exigencias absolutas de Dios», recordó Frau von Cramon. Entonces se interrumpió el almuerzo. El comentario de Buchman en ese momento fue: «Deberíamos tener un compromiso mayor que el de estos compañeros».

Moni von Cramon informo de la profunda conmoción que había supuesto para Buchman la ‘noche de los cuchillos largos’ de junio de 1934, cuando los líderes de las tropas de asalto y muchos de sus oponentes no nazis fueron eliminados por Hider: «Hizo falta mucho para que recuperara la esperanza en Alemania», le dijo a Hans Stroh. En las ‘*house parties*’ de Oxford, Buchman no alentaba los discursos a favor o en contra de Alemania. Algo que Stroh apreciaba. «Nos sorprendió encontrar cristianos en el extranjero que no condenaban automáticamente a todos los alemanes», recuerda, «el diagnóstico era el mismo, pero su actitud era diferente. Pero nuestro problema en Alemania seguía existiendo, y yo ya era consciente de ello mucho antes de conocer a Buchman: cómo estar llenos de fe y a la vez ser sobrios y realistas, cómo mantener la distinción entre la fe en el destino de una Alemania transformada y un diagnóstico sobrio de la realidad moral y política de la situación».

Al año siguiente, 1935, Himmler telegrafió a Frau von Cramon desde Berlín: «La espero el martes a las diez».

«Mamá estaba muy enferma», recuerda su hija, Rosie Haver, «había estado con Buchman en Noruega y luego en un hospital de Dinamarca, donde pensaron, equivocadamente, que tenía un tumor cerebral. Acababan de traerla a casa cuando recibió el telegrama de Himmler. Decidió que no tenía más remedio que marcharse, y cedió la responsabilidad de nosotros -sus

hijos- a su hermano. Antes de irse hizo su testamento. No pensó que volvería algún día».

«Mi hermano quería que me negara a ir», escribió Frau von Cramon. «Temía lo que pudiera ocurrir, pero recordé el encargo que Dios me había hecho de llevar un mensaje a los dirigentes de Alemania».

En el cuartel general de las SS en Prinz Albrechtstrasse, la tuvieron esperando sola en una habitación iluminada sólo por una ventana cerca del techo desde las diez de la mañana hasta las siete de la noche. Pensó que le esperaba el campo de concentración o la muerte. Entonces, a las siete, Himmler entró con su ayudante, el *SS-Obergruppenführer* Karl Wolff.

«¿Van a arrestarme? ¿Voy a ir a un campo de concentración?», Preguntó ella.

«Mi ayudante la llevará en mi coche. El conductor sabe dónde», respondió Himmler.

«¿Adónde me llevan?», preguntó Frau von Cramon a Wolff en el coche.

«No estoy autorizado a decírselo», respondió.

En la oscuridad, el coche se detuvo delante de una casa custodiada por hombres de las SS. Bajó una mujer desconocida.

«Soy Frau von Cramon. ¿Quién es usted?».

«Soy Frau Himmler. ¿No se lo dijo mi marido? Serás nuestra invitada por unos días».

Era Pentecostés. Los dos primeros días transcurrieron como si se tratara de una visita ordinaria, incluyendo juegos de fiesta por la noche. Al tercer día, Himmler le dijo a Frau von Cramon: «Quería ponerte a prueba», y le ofreció el trabajo de iniciar una labor de bienestar social entre sus mujeres y niños.

Frau von Cramon lo rechazó, diciendo que, a los ojos de Himmler, ella era tres cosas imperdonables: no era miembro

del Partido Nacional Socialista, era aristócrata y era cristiana. Himmler hizo caso omiso de estas objeciones. Finalmente dijo: «No puedo darle una respuesta definitiva todavía, porque estoy trabajando con el equipo de Buchman, y no daría ningún paso sin hacérselo saber».

Himmler se quedó perplejo: «¿Tan ligada estás a ese extranjero y a su grupo?».

Ella respondió: «Sí. He aceptado la total demanda de Dios sobre mi vida, y fueron estas personas las que me mostraron el camino».

«Bien», dijo Himmler, «en lo que a mi concierne, puedes preguntarles».

Durante estas conversaciones, Himmler, que había sido educado como católico, le dijo: «Dime, ¿quién es Cristo?» Él sostenía que era 'judío' trasladar a otros la responsabilidad de los propios pecados. «Yo no necesito a Cristo», dijo.

Ella le preguntó: «¿Qué vas a hacer con tus pecados, aquellos que nadie puede quitarte y que tú no puedes corregir?». Él respondió: «Como ario, debo tener el valor de asumir la responsabilidad de mis pecados por mí mismo».

Ella dijo: «No puedes hacerlo, porque tu desobediencia a Dios está robando a Alemania el plan que Él tiene para ella».

Él concluyó: «Puedo prescindir de Cristo, porque Cristo es la iglesia y mi iglesia me ha excomulgado».

A Moni von Cramon no le gustó la oferta de Himmler. Ella y toda su familia desconfiaban de Hitler. Pero seguía creyendo que era su deber mantener el contacto con los dirigentes de Alemania para que tal vez algunos de ellos cambiaran, como había cambiado ella. Pensaba que esa era la única esperanza de evitar el desastre.

Tras consultar con Buchman, Frau von Cramon aceptó hacer lo que pudiera por las mujeres alemanas, estipulando que en ningún caso comprometería las convicciones básicas de su fe

ni su libertad de actuación. Se le concedió, pero fue rápidamente neutralizada por otros miembros de la organización. Funcionó de nombre durante dieciocho meses, de hecho -debido a una enfermedad- durante cinco meses, y ejerció cierta influencia para contener a los exaltados, pero fue destituida cuando sus enemigos descubrieron que había avisado a un amigo del Grupo de Oxford que estaba ayudando a judíos en Berlín. Después de eso nunca volvió a ver a Himmler. Finalmente fue destituida cuando, durante una investigación de Frau Scholz-Klink, la jefa nacional de las mujeres nazis, se negó a prestar juramento de obediencia total al Partido.

Buchman aprovechó el breve respiro que le proporcionó el hecho de que la Gestapo supiera que tenía un amigo en la corte de Himmler para expresar su mensaje mediante reuniones locales, celebradas bajo la mirada de agentes de policía, y a través de la palabra impresa. El 20 de mayo de 1937, el cuartel general noroccidental de la Gestapo informaba de que «el Grupo está empezando a extenderse eficazmente por Alemania y está intentando, al parecer con éxito, ganar influencia en los círculos del Partido» y afirmaba que «el Mariscal de Campo de las SS ha ordenado que se mantenga la más estricta observación del movimiento»¹.

Buchman se estaba jugando el trabajo de su vida y su reputación en un intento de presentar a Alemania una alternativa al nazismo. Hizo de ello el tema de su mensaje a Europa desde Kronborg (Dinamarca), un mensaje que pronunció ese mismo Pentecostés, cuando Frau von Cramon se encontraba, medio invitada, medio prisionera, en casa de los Himmler: «Debe llegar una dinámica espiritual que cambie la naturaleza humana y reconstruya a los hombres y a las naciones. Debe llegar una autoridad espiritual que sea aceptada en todas partes por todos. Sólo así saldrá el orden del caos en los asuntos nacionales e internacionales... Alguna nación debe producir un nuevo liderazgo, libre de la esclavitud del miedo, elevándose por encima de la ambición y flexible a la dirección del Espíritu Santo de Dios. Tal nación estará en paz dentro de sí misma, y será un pacificador en la familia internacional. ¿Será tu nación?».

Este discurso fue retransmitido en varios países, pero rechazado por el Ministerio de Propaganda alemán. Buchman sabía que tendría que encontrar otras formas de conseguir que le escucharan en Alemania.

Durante la *'house party'* celebrada en Oxford en el verano de 1935, Buchman parecía inseguro sobre qué hacer en Alemania. Le dijo a Hans Stroh que «temía que Himmler hubiera cerrado su corazón». Si el corazón de Himmler había estado abierto alguna vez -o si, como fue ciertamente el caso más tarde, simplemente quería utilizar a Buchman y a sus colegas para sus propios fines- era más difícil de evaluar entonces qué suponer ahora. Buchman sabía que Himmler era un católico caduco -en su juventud había sido monaguillo- y esperaba que aún le quedara algún resto de inquietud por la fe perdida. El 19 de noviembre de 1935, el *Berlingske Tidende* de Copenhague publicó la fotografía de Himmler con el titular «Nazi confiesa su fe en el Dios vivo», y otros periódicos informaron de que Frau Himmler había sido influenciada por el Grupo de Oxford. «Frank siempre se dio cuenta de lo que significaría para el mundo que Himmler cambiara», escribe Frau von Cramon; y Buchman dijo después: «La gente dirá que soy pro nazi si sigo con esto, pero no me preocupa».

En agosto de 1933 fue invitado de nuevo a Nuremberg por Frau von Cramon. Llevó consigo al teólogo de Oxford, el Dr. B.H. Streeter.

Fue el primer mitin de Nuremberg en el que participaron destacamentos del ejército alemán, y Buchman y Streeter quedaron impresionados, como todos los visitantes, por la movilización masiva que representaba. «Frank Buchman», dijo Frau von Cramon, «me hablaba constantemente de su creciente preocupación por el desarrollo militar. Dijo varias veces que sentía que Himmler, a medida que crecía su poder, había perdido todo interés en el mensaje del Grupo». También sentía una atmósfera más tensa en torno a su propio trabajo. Salió a la luz que una chica holandesa que había asistido a algunas reuniones del Grupo de Oxford se había enamorado de un oficial de las SS y había hecho acusaciones que apoyaban a aquellos de la Gestapo que veían al Grupo de Oxford como una red de espionaje supersutil de las democracias. Esto hizo que

Buchman temiera por su equipo alemán, además de dificultar su propia tarea.

En 1936, el año de la ocupación de la región del Rin y de los Juegos Olímpicos de Berlín, empezaron a aparecer críticas al trabajo de Buchman en publicaciones nazis. En febrero, el periódico extremista ario del general Ludendorf calificó al Grupo de Oxford como una de las «siniestras fuerzas internacionales que libran una constante guerra clandestina contra Alemania»². El *Berlingske Aftenavis* de Copenhague añadía: «Su último número (de Ludendorf) contenía las más terribles maldiciones contra el movimiento. Había descubierto que el Grupo de Oxford, junto con los judíos, los masones, el Papa y la Sociedad de Naciones, constituye un poder sobrenatural que quiere matar el espíritu alemán»³. En febrero, también, el principal artículo del periódico confidencial publicado por el ideólogo del Partido Nazi, Alfred Rosenberg, era una acusación contra el Movimiento de los Grupos en Alemania⁴, y el 21 de julio la Policía Política de Baviera ordenó a todas las autoridades policiales que enviaran informes sobre la fuerza y la composición de los Grupos en sus distritos en el plazo de dos semanas⁵. Más tarde, Rosenberg describió el movimiento como «una segunda masonería mundial»⁶. Obviamente, el tiempo se agotaba.

En abril de 1936, la condesa Ursula Bentinck escribió a Buchman a su regreso de Estados Unidos: «Quiero que sepa que yo y otros pensamos que ya es hora de que vaya a ver a Hitler... . No puedo escribir más»⁷. En el reverso de la carta, Buchman escribió: «Hay suficiente poder en la Cruz para resolver los problemas del mundo, pero los cristianos no lo hemos utilizado. Una experiencia vital respaldada por la acción nacional e internacional sorprendería al mundo, no con viejos moldes, sino con un nuevo pensamiento».

Personas influyentes de Gran Bretaña y Estados Unidos también le instaron -algunos en broma, otros en serio- a ver a Hitler. Con algunos la actitud era: 'No nos molestes. Estamos bien. Es a Hitler a quien tienes que cambiar'. Otros, aunque veían las dificultades, pensaban sinceramente que podría conseguir algo.

Buchman fue a los Juegos Olímpicos en agosto. Cuando llegó a Berlín, Moni von Cramon le invitó a un almuerzo con Himmler en el que los anfitriones eran un diplomático alemán y su esposa. El objetivo de Buchman era conseguir una entrevista en la que pudiera hablar más directamente con Himmler y a través de él llegar a Hitler. Consiguió su cita para un par de días más tarde.

Por casualidad, un testigo independiente del propósito y el resultado de esta reunión se presentó veintiséis años después. Un periodista danés en Berlín, Jacob Kronika*, escribió en el periódico que entonces editaba, el *Flensborg Avis*;

«Durante los años de Hitler, Frank Buchman se alojó en el Hotel Esplanade de Berlín. Un día almorzamos juntos. Por la tarde iba a tener una conversación con Himmler, el jefe de las SS, que había invitado al Dr. Buchman a venir a verle.

La conversación, por supuesto, se convirtió en un completo fiasco. Himmler no pudo, como pretendía, explotar la ‘obediencia absoluta’ de las personas del RM** hacia Dios en beneficio de los obedientes esclavos de las SS y de los nazis.

Frank Buchman estaba muy afectado por la evolución de Alemania bajo el régimen de Hitler, pues sentía un profundo apego por esta tierra y este pueblo.

Dijo durante la comida en la Esplanade de Berlín: “Alemania ha caído bajo el dominio de una terrible fuerza demoníaca. Es urgente contraatacar. Debemos pedir a Dios orientación y fuerza para iniciar una contra-acción anti-demoníaca bajo el signo de la Cruz de Cristo en los países democráticos fronterizos con Alemania, especialmente en los pequeños países vecinos”.

* Kronika fue corresponsal en Berlín del *Nationaltidende*, de Copenhague, y del *Svenska Dagbladet*, de Estocolmo, y presidente de la Asociación de Periodistas Extranjeros en Berlín durante la guerra. También fue portavoz de la minoría danesa de Schleswig del Sur ante el gobierno alemán (véase su libro *Berlins Untergang* (H. Hagerup)).

** Abreviatura de *Rearme Moral*, nombre con el que se conoció el trabajo de Buchman a partir de 1938.

Pero el demonismo hitleriano tenía que gastar su furia. Ni Frank Buchman ni ninguna otra persona podía impedirlo»⁸.

Esta versión ha sido confirmada por varios colegas más jóvenes que acompañaron a Buchman en la entrevista. Según ellos, Himmler entró con algunos de sus secuaces, hizo una exposición propagandística del nazismo y se marchó, sin dar a Buchman ni a sus amigos la oportunidad de hablar. El comentario inmediato de Buchman fue: «Aquí actúan fuerzas diabólicas. No podemos hacer nada aquí». De hecho, nunca se reunió con Hitler, ni intentó hacerlo después.

A los tres meses de la entrevista de Buchman con Himmler, en noviembre de 1936, la Oficina Central de Seguridad de la Gestapo elaboró el primer documento oficial advirtiendo a su red contra el Grupo de Oxford como «un nuevo y peligroso oponente del nacionalsocialismo». La parte dispositiva del documento ordenaba al servicio de inteligencia prestar la máxima atención al trabajo, la tendencia y la influencia del movimiento y, en particular, infiltrarse en todas las encuestas y reuniones de equipo, vigilar la producción de *Leopold Klotz Verlag de Gotha* -una empresa que había publicado libros y folletos del Grupo de Oxford-, determinar quién recibía la literatura de la empresa y averiguar qué hombres y mujeres de la vida pública estaban interesados en las ideas del Grupo de Oxford⁹.

Buchman se embarcó hacia los Estados Unidos el 19 de agosto. A su llegada a Nueva York celebró una conferencia de prensa en *Calvary House*, desde donde varios periodistas enviaron artículos de rutina. El reportero del periódico de la tarde, el *New York World-Telegram*, llegó tarde y solicitó una entrevista especial. Con varios de sus colegas en la sala, Buchman respondió a las preguntas del reportero. La tarde siguiente, los presentes se sorprendieron al leer el titular de la portada y los párrafos principales de la historia en el periódico¹⁰:

«HITLER O CUALQUIER LIDER FASCISTA CONTROLADO POR DIOS PODRIA CURAR TODOS LOS MALES DEL MUNDO, CREE BUCHMAN».

«Para el Dr. Frank Nathan Daniel Buchman, vigoroso y franco líder de 58 años del Grupo de Oxford, la dictadura fascista de Europa sugiere infinitas posibilidades para reconstruir el mundo y ponerlo bajo el “control de Dios”».

«“Doy gracias al cielo por un hombre como Adolf Hitler, que construyó una primera línea de defensa contra el anticristo del comunismo», dijo hoy en su despacho forrado de libros en el anexo de la Iglesia del Calvario, en la Cuarta Avenida con la calle 21».

«“Mi barbero de Londres me dijo que Hitler salvó a Europa del comunismo. Eso es lo que él sentía. Por supuesto, no apruebo todo lo que hacen los nazis. ¿Antisemitismo? Malo, naturalmente. Supongo que Hitler ve un Karl Marx en cada judío”».

«“Pero piensen en lo que significaría para el mundo que Hitler se rindiera al control de Dios”».

El resto de la entrevista, que se extendía a otros veintidós párrafos, contenía un esbozo de lo que Buchman consideraba que podría ser un país controlado por Dios y su afirmación de que Dios podía hacer saber Su voluntad a cualquier hombre. «El mundo no escuchará a Dios, pero Dios tiene un plan para cada persona, para cada nación. El ingenio humano no basta. Por eso los ‘ismos se enfrentan entre sí y corre la sangre’».

Por último, dirigiéndose directamente al periodista -pues su objetivo en una entrevista de prensa era siempre ofrecerle su experiencia más profunda del cambio, además de responder a sus preguntas-, dedicó gran parte del tiempo a contar su propia experiencia de la Cruz de Cristo, un Poder lo bastante fuerte como para eliminar el odio de su propia vida y, por tanto, según él, para cambiar a cualquiera y controlar incluso a un dictador.

La leyenda de esta entrevista que ha sobrevivido -y ha sido citada una y otra vez- es que Buchman dijo: «Gracias a Dios por Hitler». Esta frase no era de Buchman ni estaba impresa en el artículo, ni, según los presentes, representaba el tenor de la entrevista. Por ejemplo, Garrett Stearly afirma: «Estuve presente en la entrevista. Me quedé asombrado cuando se

publicó la historia. Desentonaba tanto con la entrevista dada. Ésta había comenzado con un relato del trabajo del Grupo de Oxford en Europa. A Buchman le preguntaron qué pasaba con Alemania. Dijo que Alemania necesitaba un nuevo espíritu cristiano, pero había que tener en cuenta que Hitler había sido un baluarte contra el comunismo allí, y al menos se podía dar gracias al cielo por ello. Fue una frase desechable. Ningún elogio de Hitler en absoluto».

Llegué a Nueva York procedente de Europa al día siguiente, cuando el periódico estaba en la calle, y almorcé con el reportero, William Birnie, al día siguiente. Birnie estaba contento, como era natural en cualquier joven periodista recién llegado de una pequeña ciudad rural que encontraba su historia en la portada del periódico, pero parecía bastante sorprendido por el tratamiento editorial que se le había dado. Treinta años más tarde, cuando Birnie era redactor jefe del *Reader's Digest*, le dijo a un visitante que siempre estaba «orgulloso de su entrevistado» por no haber regateado la entrevista tal y como se había impreso, cosa que esperaba que hiciera. “Mi recuerdo de nuestra charla es que él no apoyaba ni condenaba a Hitler”, dijo¹¹.

Las declaraciones de Buchman probablemente fueron condensadas o resaltadas en el proceso editorial. Sin embargo, está claro que Buchman dijo algo en el sentido de que podíamos estar agradecidos de que Hitler hubiera hecho retroceder al comunismo en Alemania. Stroh recuerda: «En el verano de 1934, en la ‘house party’ de Oxford, Buchman reunió a todos los alemanes presentes y nos dijo que el mayor peligro para el mundo era que el materialismo estaba socavando la sociedad. El nacionalsocialismo había levantado un muro provisional contra el comunismo, pero eso no bastaba. El verdadero problema era que la gente no se dejaba guiar por Dios. Los alemanes debían cambiar si querían inspirar al mundo».

Buchman se negó, tanto entonces como más tarde, a hacer más comentarios públicos, ya que creía que sólo darían lugar a más controversias periodísticas y pondrían en peligro a sus amigos, que ya se enfrentaban a dificultades en Alemania. Tampoco cedió nunca a las frecuentes peticiones de que denunciara a

Hitler. De hecho, nunca denunció a nadie en público, ni siquiera a sus difamadores personales más acérrimos.

A unos pocos amigos les hizo un comentario en 1937: «He sido muy criticado porque dije: “Un dictador controlado por Dios podría cambiar la posición de un país de la noche a la mañana”. Eso no significa en ningún sentido que, al haber hecho esa afirmación, me identifique con ese dictador y lo apruebe. No puedo negar la posibilidad de cambio en ningún hombre».

Además, el 7 de marzo de 1940, el secretario de Buchman anotó en su diario que Buchman dijo a un grupo de amigos: «Hitler me engañó, pensé que sería un baluarte contra el comunismo»¹².

Este reconocimiento está muy lejos de justificar las acusaciones de pronazismo que con tanta frecuencia se han vertido contra él. El mismo mes de la entrevista de prensa de Buchman, Lloyd George describió a Hitler como "el George Washington de Alemania"¹³, y más de dos años después Winston Churchill escribió: «Siempre he dicho que si Gran Bretaña fuera derrotada en la guerra, espero encontrásemos a un Hitler que nos devolviera al lugar que nos corresponde entre las naciones»¹⁴.

Ningún demócrata de los años veinte y treinta, si es que pensaba en ello, quería ver a toda Europa, desde los Urales hasta el Rin, unida bajo la ideología totalitaria única del comunismo, que era, hasta el momento en que Hitler tomó el poder, un escenario probable. Buchman, como muchos otros, temía que esto ocurriera, y en los primeros años de Hitler consideraba que el comunismo, abiertamente basado en el ateísmo y la supresión de la religión, era la fuerza más peligrosa. En años posteriores, también consideró que el comunismo, con su poder para captar la lealtad de la gente en todos los países, era la amenaza más universal y a largo plazo. Esperaba que Hitler fuera un baluarte temporal; pero sabía que la necesidad fundamental de Hitler era transformarse mediante una experiencia de Jesucristo, y esto había intentado conseguirlo con fe inquebrantable, optimismo, ingenuidad... llámenlo como quieran.

A raíz del documento difundido desde el cuartel general de Himmler -en noviembre de 1936-, la red que rodeaba al Grupo de Oxford en Alemania se estrechó sistemáticamente. En julio de 1937, la Gestapo del suroeste de Alemania hizo oficiales las medidas de vigilancia hacia el Grupo de Oxford, sus contactos, teléfonos y viajes¹⁵. Al mismo tiempo, Himmler informó al conde John Bentinck de que tenía pruebas definitivas de que el Grupo de Oxford formaba parte de una organización de espionaje. Exigió que los alemanes del movimiento cortaran todo vínculo con Buchman, pero dio permiso a Bentinck para viajar a Utrecht, donde Buchman celebraba una reunión en Holanda, para informarle personalmente. Bentinck se quedó sólo dos días, para demostrar a Himmler que había obedecido.

Stroh, que había viajado a Utrecht con Buchman, lo encontró profundamente preocupado por sus amigos en Alemania. Buchman le dijo a Stroh que sentía que ahora los alemanes debían encontrar su propio camino sin ayuda. «Nos dejó completamente libres, negándose a aconsejarnos qué hacer. Me dio algunos papeles para los obispos Wurm y Meiser, y algunos bocadillos para el viaje. No volvimos a verle hasta 1946».

Buchman había tenido muy poco contacto con Moni von Cramon durante este periodo. Pero a principios de 1938 le preguntó si podía ir a Esbjerg (Dinamarca). Su hija la acompañó y describe así la ocasión: «Conocimos a Frank en el barco que zarpaba hacia Inglaterra. Nos dijo: “Se acerca la guerra y no nos veremos en mucho tiempo. Vivirán momentos difíciles, pero nunca olviden que no estamos solos”. Nos arrodillamos y rezamos, luego volvimos al muelle y el barco zarpó, y Frank se quedó en cubierta y se persignó por nosotros y por Europa, y ésa fue la última vez que lo vimos». El hijo de Frau von Cramon nunca regresó de Stalingrado, y su yerno, Carl Ernst Rahtgens, sobrino del mariscal de campo von Kluge, fue ejecutado por orden de Hitler tras el «complot de los generales».

Durante la guerra, el movimiento en Alemania se dividió en tres partes: algunos, como Bentinck, se sometieron a las exigencias de Himmler; la mayoría, bajo otro nombre,

Arbeitsgemeinschaft für Seelsorge^{*}, continuó con su trabajo de cambiar a la gente, sin implicarse en política y siempre sometidos a vigilancia; un tercer grupo no podía aceptar ninguna de las dos alternativas. Algunos de ellos se unieron a la oposición activa.

Buchman siguió visitando Alemania en privado durante 1937 y la primavera de 1938, centrándose en lugares como Freudenstadt y Garmisch-Partenkirchen. Durante este periodo hizo especial uso de la edición alemana de la revista pictórica mundial. *Rising Tide / Steigende Flut*, que había sido prohibida por el Ministerio de Propaganda¹⁶ pero que se introducía de contrabando, principalmente en automóvil. Escribió a unos amigos que un dirigente del Partido se había hecho con cincuenta ejemplares, un cartero la estaba distribuyendo y otro amigo había encargado sesenta y seis. Bentinck escribió protestando que su «acción con *Steigende Flut* ha hecho un gran daño»¹⁷, pero Buchman no parecía impresionado. «Gracias a Dios por R.T.», contestó. «Qué cantidad de bien ha liberado. Encuentras su influencia en todas partes»¹⁸.

En 1939, la Gestapo compiló el informe de 126 páginas, *Die Oxfordgruppenbervegung*, en el que afirmaban que el Grupo de Oxford era «el que marcaba el ritmo de la diplomacia estadounidense». «El Grupo en su conjunto», afirmaba el documento, «constituye un ataque contra el nacionalismo del Estado y exige la máxima vigilancia por parte del Estado. Predica la revolución contra el Estado nacional y es evidente que se ha convertido en su adversario cristiano». Reprodujo precisamente los argumentos contra los conceptos cristianos de pecado y perdón que Himmler había utilizado en sus conversaciones con Frau von Cramon. Este informe fue distribuido por el cuartel general de la Gestapo en 1942 para su uso oficial¹⁹. También en este año, el ejército alemán prohibió a todos los oficiales tener algo que ver con el Grupo de Oxford bajo cualquier nombre²⁰. Los que persistieron fueron restringidos a unidades de primera línea. Muchos civiles que habían trabajado con el Grupo de Oxford fueron enviados a campos de concentración.

^{*} Equipo de Trabajo para el Cuidado de las Almas.

En una investigación sobre el trabajo del Grupo de Oxford en Alemania, el jefe de seguridad de Württemberg del Norte, Reinhold Bässler, dijo a algunos de sus miembros: «No le tememos a las iglesias. Les quitamos a los jóvenes y los dejamos que se extingan. Pero ustedes están cambiando a nuestros mejores jóvenes. No cometen abusos, pero se ganan a los idealistas. Eso los hace los enemigos más peligrosos del Estado»²¹.

Un capítulo del documento de 1942 sobre el trabajo del Grupo de Oxford en Alemania dice que ha estado trabajando allí desde 1933, pero con la mayor cautela: «Por razones tácticas, se han evitado grandes reuniones del tipo de las que han tenido lugar en otros países. El trabajo se ha llevado a cabo en consciente secreto, y el debate público se ha evitado en la medida de lo posible. Incluso se han evitado los servicios postales a la hora de enviar mensajes o invitaciones. Se han utilizado cartas cifradas»²².

El documento añade: «El Grupo de Oxford predica la igualdad de todos los hombres... Ningún otro movimiento cristiano ha subrayado tanto el carácter supranacional e independiente de toda barrera racial del cristianismo... Trata fanáticamente de convertir a todos los hombres en hermanos»²³.

Si Hitler hubiera tenido éxito en su invasión de Gran Bretaña, sus instrucciones eran que la sede del Grupo de Oxford en Londres fuera tomada «por ser utilizada por el Servicio de Inteligencia Británico». Ordenes secretas a este efecto fueron descubiertas en Berlín y reportadas por la Asociación de Prensa y la BBC en septiembre de 1945. «Rearme Moral», decían las ordenes, «era usado por políticos ingleses para propaganda anti-alemana. Con ello el Movimiento del Grupo de Oxford demostró más claramente que nunca ser un poder político y el instrumento de la diplomacia inglesa»²⁴.

Cuando los nazis holandeses vinieron a suprimir el Grupo de Oxford en Holanda, mostraron claramente que habían comprendido y que se oponían totalmente al mensaje y a la estrategia de Buchman para Europa: «Después de 1933, cuando se hizo cada vez más evidente que la revolución nacionalsocialista de Adolf Hitler estaba destinada a abrirse

camino más allá de sus fronteras y a capturar a todos los pueblos germánicos, se infundió en esos pueblos germánicos un movimiento destinado a frustrar por adelantado la revolución alemana, al tiempo que se fomentaba un espíritu universal antialemán de amor a la humanidad. Se trataba del Grupo de Oxford, fundado y dirigido por el judío inglés Frank N. D. Buchman. Todos recordamos la repugnante demostración antigermánica de Oxford que tuvo lugar en nuestro país hace unos años*. Es un hecho elocuente que todos los dirigentes mundiales anti nacionalsocialistas y contrarios a todos los alemanes se han adherido al Grupo de Oxford y lo han apoyado»²⁵. La exageración es considerable, pero la hostilidad indudable.

* Ver pp. 257-8

«EL DESPERTAR DE LAS DEMOCRACIAS»

Aunque cada vez era más consciente de los peligros que se desarrollaban, en y desde Alemania, a mediados y finales de la década de 1930, Buchman creía, con Solzhenitsyn -cincuenta años más tarde¹, «que la causa básica del desastre que se avecinaba era que 'nos hemos olvidado de Dios». Algunos países estaban construyendo todo su sistema sobre la negación de Dios y sobre un relativismo moral total, y millones de personas en los llamados países cristianos habían adoptado la misma base para sus vidas personales. Sus dirigentes se habían convertido a menudo en ateos prácticos en los asuntos públicos, cualquiera que fuera su profesión en el ámbito personal». De la Liga de las Naciones, Buchman comentó: «Está fracasando porque no está dirigida por Dios»; y de ciertos líderes de la iglesia dijo tristemente: «¿Dónde está la estrategia del Espíritu Santo?».

Buchman pasó la mayor parte de su tiempo en los países democráticos del entorno de Alemania, en Gran Bretaña y en Estados Unidos, lo que supuso muchas travesías del Canal de la Mancha y del Atlántico. Se esforzaba, sin prisas pero con urgencia, por convencer tanto a la gente como a sus líderes de que la obediencia a la voluntad de Dios era la única base adecuada para ordenar la sociedad. Creía -con demasiado optimismo- que el peligro incitaría a cambiar a un número suficiente de demócratas, y que los totalitarios se darían cuenta y cambiarían de actitud.

En septiembre de 1935, Buchman fue invitado a su país por unos suizos que habían trabajado con él en Escandinavia. El campechano presidente de Suiza, Rudolf Minger, le dio la bienvenida a él y a sus 250 acompañantes. Se preguntó él mismo, dijo Minger, si había alguna salida al «dilema del mundo». «La respuesta», prosiguió, «es un valiente “sí”. Lo que se necesita es cambiar las vidas mediante un nuevo poder espiritual tan fuerte que reconcilie las fuerzas en conflicto y produzca fraternidad y solidaridad. El Grupo de Oxford ve su tarea en la consecución de este objetivo»².

Las reuniones, grandes y pequeñas, fueron de lo más variado. En Ginebra hubo desde reuniones de médicos, desempleados, profesores universitarios y hoteleros, hasta una noche en la que la catedral de Calvino y una de las salas más grandes de la ciudad se llenaron. La respuesta fue muy parecida en todas las ciudades.

El profesor Theophil Spoerri, catedrático de Literatura Francesa e Italiana en la Universidad de Zurich, escribe: «Es difícil medir todos los resultados de estos grandes encuentros y de los innumerables contactos personales, pero no cabe duda de que para muchos fue un punto de inflexión en sus vidas. Podría describirse como un cambio de clima. Era casi como si algo nuevo penetrara entre los resquicios de las persianas. Un hombre de negocios, a solas en su despacho, sentía una leve sensación de malestar si planeaba engañar a sus conciudadanos. La conciencia pública se hizo más sensible. El Director de Finanzas de un cantón informó que después del día nacional de acción de gracias y arrepentimiento, se registraron 6.000 pagos de impuestos, algo que nunca había ocurrido en la historia financiera de la República»³.

El aspecto más comentado por la prensa suiza fue el efecto de la campaña en la situación política. Fue un periodo de tensión entre partidos y grupos raciales de población, en el que se habló de una secesión. El presidente Minger, junto con otros miembros del Consejo Federal Suizo, recibió en dos ocasiones a colegas de Buchman. El *Der Bund* tituló el informe de una reunión «La hora de la franqueza en el Parlamento»⁴, mientras que *La Suisse*, medio en broma, medio en serio, comparó la llegada del Grupo con la histórica comparecencia de Nicolas

von Fliie en la Dieta de Stans, que evitó la guerra civil en Suiza en el siglo XV⁵.

Quince meses más tarde, en su revista de 1937, el *Neue Zürcher Zeitung* escribía: «Dos ideas han estado especialmente en la mente de la gente. La primera es... la constitucionalidad estricta. La otra es quizás el deseo de llegar a un entendimiento común. La gente ha intentado llegar a los demás y explorar. El “oxfordismo” se ha introducido en la política. Y ha habido resultados. Están ocurriendo cosas. La tendencia a la división y la fragmentación de 1933 y 1934 ha dado paso a una tendencia opuesta»⁶.

Para responder al interés suscitado entre los delegados de la Liga de Naciones, su presidente, el primer ministro Eduard Benes, de Checoslovaquia, invitó a Buchman y a sus colegas a pronunciar un discurso en un almuerzo el 23 de septiembre de 1935. «Dos primeros ministros, treinta y dos ministros plenipotenciarios y muchos otros representantes de la sabiduría política del mundo», informó un observador en *The Spectator*, «se sentaron con un grupo de voluntarios que reinvidican la sabiduría que Dios proporciona a aquellos que la escuchan»⁷. Según el *Berlingske Aftenavis*, este almuerzo «llenó de rabia a Ludendorff», especialmente porque fue ofrecido por el primer ministro checoslovaco⁸.

La Liga se enfrentaba a una grave crisis. Estados Unidos y la Unión Soviética nunca habían participado y Alemania acababa de retirarse. Italia, que invadió Abisinia trece días después, se preparaba para seguirla. Gran Bretaña y Francia mostraban poca intención de dar alas a la Liga. Muchos políticos buscaban esperanza en otra parte.

Escucharon con asombro el relato de Hambro sobre el impacto del Grupo de Oxford en Noruega. Luego añadió: «A la mayoría de los políticos les llega un día en que se ven obligados a contrastar el resultado de su trabajo con la visión de su juventud, a contrastar las cosas que anhelaban hacer con las cosas que pensaban que tenían que hacer. Me entenderán cuando digo que ningún hombre que haya estado en contacto con el Grupo volverá a su trabajo internacional con el mismo

espíritu que antes. Se ha vuelto imposible que se deje dominar por el odio o los prejuicios»⁹.

En el almuerzo, Hambro le dijo a Buchman que iba a Estados Unidos a dirigirse a las comunidades escandinavas de allá. Buchman vio otras posibilidades. «Algunos creen», escribió a Hambro con sus habituales grandes expectativas, «que tienes en tus manos la posibilidad de dar forma al destino espiritual de Estados Unidos, y que harás un servicio que realzará todos tus importantes planes anteriores Sabes que Roosevelt ha enviado un cuestionario a todo el clero de Estados Unidos, y me temo que las respuestas no han sido satisfactorias. El *Time*₁₀ publica en su último número una foto de Minger, el presidente de Suiza. Debajo de ella, hablando de la visita del Grupo de Oxford, aparece la frase: “Elogió la convicción de sus interlocutores”. Recuerda su afirmación de que “ustedes están mostrando al mundo el camino para salir de la crisis actual”. Eso es lo que Roosevelt quiere saber. Estados Unidos no le ha dado la respuesta. ¿Puede Carl Hambro, con los antecedentes del último año, darle la respuesta?»¹¹».

Hambro aceptó la sugerencia de Buchman. Habló en muchas ciudades, terminando con un poderoso discurso en el *Metropolitan Opera House* de Nueva York. En todas partes dejó clara su firme oposición a la Alemania nazi y su irritación por la falta de urgencia en las democracias ante su amenaza; en todas partes, también, llevó la noticia de lo que había visto ocurrir a través del Grupo de Oxford. «Las políticas», dijo, «deben ser un esfuerzo para hacer posible mañana lo que hoy es imposible... . El Grupo de Oxford está trabajando para ampliar los límites de lo posible, fijando la mirada en horizontes más amplios, estableciendo la clara paz de las exigencias absolutas de Cristo frente a la inquietud de lo relativo, eliminando las barreras entre hombre y hombre, entre nación y nación»^{12*}. Hambro no se entrevistó con el presidente, pero mantuvo largas consultas con el secretario de Estado, Cordell Hull, y otros políticos. Sus declaraciones y entrevistas dieron a muchos una nueva perspectiva del Grupo de Oxford y

* El *Jewish Advocate* del 1 de noviembre de 1935 comentó editorialmente: «La contribución del Movimiento de Oxford (sic) es una visión de lo que podría ser, una visión de la regeneración social a través del cultivo del idealismo de la mente y el espíritu. Más poder para el Grupo de Oxford, que crece a pasos agigantados y cuyo objetivo es ... traducir los Diez Mandamientos a las realidades de la vida cotidiana».

prepararon el camino para los siguientes movimientos de Buchman en su propio país.

La convicción de Buchman de que la guerra en Europa era inminente se había manifestado en su insistencia, en diciembre de 1935, en que se incluyera una «cláusula de guerra» en el contrato con los colegios universitarios de Oxford para la 'house-party' del verano siguiente. En mayo de 1936 convocó una asamblea en Stockbridge, Massachusetts, titulada «Despierta Estados Unidos», a la que acudieron cinco mil personas. Fue noticia en todo el país. El corresponsal especial del *New York Times* escribió una columna por día durante casi dos semanas¹³, las compañías cinematográficas calcularon que sus noticiarios llegaron a 40 millones de personas, y la CBS retransmitió - de costa a costa - el discurso de un delegado.

Inmediatamente después, el 19 de mayo, Buchman fue convocado a Reading, Pennsylvania, para una ocasión personalmente dolorosa. Allí fue citado ante el Sínodo regional de la Iglesia Luterana por no haber asistido a un número suficiente de las reuniones periódicas de su ministerio local. Habiendo estado a menudo en el extranjero en la época de las reuniones anuales, a las que por estatuto estaba obligado a asistir, siempre había sido meticuloso al escribir una disculpa por su ausencia y una relación de sus actividades, sin pecar de subestimación. Esto pudo haber agravado, más que apaciguado, a su principal acusador, el Dr. Ernst P. Pfatteicher, presidente del Ministerio de Pensilvania y Estados Adyacentes. Anteriormente había atacado a Buchman en una conferencia titulada «El hombre de Oxford» por, entre otras cosas, «viajar por el mundo en lugar de servir en una parroquia de Pensilvania»¹⁴.

A Pfatteicher se le opuso el Dr. Paul Strodach, editor de la *United Lutheran Publication House*. El asunto se devolvió para que se volviera a estudiar y se olvidó. Buchman no se pronunció y, como tuvo que marcharse inmediatamente después de su acusación, no supo hasta pasados unos días que varios ministros habían hablado en su nombre. «Tu silencio fue tu mejor defensa, si es que se necesitabas alguna», escribió el reverendo Edward Horn; «el desafortunado y deshonesto procedimiento fue controlado», añadió C. P. Harry, del Consejo

de Educación de la Iglesia Luterana¹⁵. Buchman se sintió aún más herido en esta ocasión porque fue 'expuesto ante toda la conferencia' junto a un ministro acusado de cometer adulterio, una acusación muy grave en una reunión de este tipo. En su opinión, fue como «una crucifixión». Al día siguiente, sin embargo, llevó a sus visitantes europeos a hablar ante senadores y congresistas en el Capitolio y también a conocer a Cordell Hull.

Ese año, Buchman se dirigió a los delegados de la Convención Nacional Republicana en Cleveland. El director de un periódico de Ohio escribió: «Tanto si ganan las elecciones los demócratas como los republicanos, vino a decir Buchman a Cleveland, el resultado será igual de malo a menos que mande su candidato. El candidato de Buchman para gobernar los Estados Unidos es Dios... Él no planea que Dios gobierne según instrucciones terrenales. Él quiere que los hombres gobiernen bajo instrucciones de Dios tan claramente dadas y entendidas como si vinieran por telegrama»¹⁶.

Desde Filadelfia, donde estaban reunidos los demócratas, transmitió a nivel nacional, hablando del enorme esfuerzo que se necesitaría para que las democracias igualaran la marcha de los dictadores:

«Pocas personas parecen tener hoy algún plan definido o alguna idea de lo que costará la recuperación moral y espiritual. No parecen haber pensado en la acción disciplinada y unida, bajo el control de Dios, necesaria para llevarla a cabo... Este es el verdadero patriotismo, porque el verdadero patriota da su vida por la resurrección de su país»¹⁷.

Buchman regresó a Gran Bretaña a finales de junio de 1936. Era la Gran Bretaña de la que Baldwin no se preocupó al principio, ni se atrevió después, a decir la verdad sobre la Alemania de Hitler; una Gran Bretaña que perdió la oportunidad de rearmarse porque le resultaba más cómodo negarse incluso a prever una amenaza para sí misma.

Buchman se esforzaba por despertar a Gran Bretaña a lo que él consideraba, en el fondo, una necesidad moral y espiritual. Un

año antes, Oxford se había quedado demasiado pequeño para albergar la 'house-party' anual. Así que, en 1936, se organizaron simultáneamente 'house-parties' durante el mes de julio en Oxford, Cambridge, Exeter y Harrogate, así como campamentos para mujeres jóvenes en Hinksey Hill, a las afueras de Oxford, y para jóvenes varones cerca de Birmingham.

La respuesta en Harrogate fue bastante típica. Según el *Leeds Mercury*, la primera reunión en el *Royal Hall* se llenó hasta los topes, con 2.000 personas, tres cuartos de hora antes de la hora prevista para su comienzo y, cuando el excedente se dirigió a los *Winter Gardens* / Jardines de Invierno, sus 1.000 asientos se llenaron en diez minutos y otras 500 personas tuvieron que ser enviadas al Hydro para una segunda reunión¹⁸. El Dr. Maxwell Telling, distinguido psiquiatra, dijo de los oradores: «Es la primera vez que veo a gente sin ningún miedo».

El 7 de julio, los oradores de los distintos partidos se reunieron en el *Albert Hall* y, a finales de mes, se realizó una reunión de tres días en la Feria de Industrias Británicas de Castle Bromwich (Birmingham), de la que se decía que era el mayor pabellón cubierto de Europa. A esta reunión acudieron 21 trenes especiales con un total de 25.000 personas procedentes de toda Gran Bretaña.

El 9 de agosto, Buchman hizo una transmisión - de costa a costa - a Estados Unidos, desde Londres, antes de hacer visitas de una semana a Alemania y de un mes a Estados Unidos. Se llevó a Estados Unidos a treinta personas, y fue a su llegada a Nueva York cuando concedió la entrevista al *New York World-Telegram*. Durante su estancia en Nueva York, llevó a un grupo a pasar un fin de semana con Henry Ford, donde conoció por primera vez al contralmirante Richard E. Byrd, que acababa de regresar de pasar el invierno solo en la Antártida.

Ford admiraba la energía con la que Buchman trabajaba: «Dejen a Buchman en un bosque y empezará a cambiar los árboles», decía. A veces recibía a Buchman y a sus amigos en el *Dearborn Inn*, cerca de su casa, pero no donaba dinero al trabajo de Buchman. De hecho, en veinte años, los Ford sólo hicieron dos

donaciones a Buchman o a su obra: una del Sr. Ford por valor de 1.000 dólares y otra de la Sra. Ford por valor de 2.000 dólares. Sin embargo, recurrió a Buchman para cuestiones personales. Le consultó sobre su testamento (del que no se beneficiaron ni Buchman ni su obra); y cuando fue sometido a una operación le pidió que cuidara de la señora Ford mientras ésta se realizaba.

El 29 de septiembre, Buchman se embarcó hacia Gran Bretaña para participar en una *'house party'* de fin de semana ofrecida por Lord Salisbury, hijo del primer ministro victoriano y antiguo ministro del gabinete y presidente de la Cámara de los Lores, en *Hatfield House*. Salisbury había entrado en contacto con el Grupo de Oxford a través de un conocido llamado Andrew Charles, que le había escrito varias veces sugiriéndole que lo conociera. Finalmente asistió a la *'house party'* de Oxford en 1935 y a otra en enero de 1936 en Bournemouth. En marzo de 1936, expuso la esencia del mensaje de Buchman en un debate económico en la Cámara de los Lores: «La causa del estado del mundo», dijo en aquella ocasión, «no es económica; la causa es moral. Es la falta de la religión que deberíamos poseer. Si se me permite usar una frase que es común en un gran movimiento que está teniendo lugar en este país y en otros lugares, lo que ustedes quieren son personalidades guiadas por Dios, que hagan naciones guiadas por Dios, para hacer un mundo nuevo. Todas las demás ideas de ajuste económico son realmente demasiado pequeñas para tocar el centro del mal¹⁹».

Cuando unos prestigiosos amigos le preguntaron por qué se interesaba por el Grupo de Oxford, respondió: «Vi el espíritu moviéndose sobre las aguas, y no me atreví a mantenerme al margen²⁰». A su sobrina, Lady Hardinge de Penshurst, le había dicho: «Estas personas tienen un gran conocimiento y fuerza espiritual. Acude a ellos y te ayudarán²¹». Después invitó a varios de sus amigos a reunirse con Buchman y una docena de sus colegas en *Hatfield House*. Hablaron en la biblioteca y pasearon juntos bajo los árboles centenarios. Lord Lytton, contento de reencontrarse con Buchman tras sus conversaciones en la India diez años antes, le habló de la muerte de su hijo Anthony en un accidente de aviación y le regaló un ejemplar de su libro sobre él con la inscripción «En recuerdo de nuestra conversación en Hatfield». El propio

Buchman consideraba sus conversaciones con Lytton como el punto culminante del fin de semana.

El resumen de Salisbury del fin de semana, de siete páginas, empezaba con una lista de los asistentes*, y continuaba: «Creo que puede decirse, en términos generales, que los líderes del grupo causaron una profunda impresión a los que vinieron a reunirse con ellos, y la conclusión general parecía ser que se había revelado una gran fuerza con la que, sin duda, había que contar. No creo que haya nada en las notas tomadas después de la ‘*House party*’ de Bournemouth** que parezca necesitar corrección, pero hay que señalar los siguientes puntos que se desprenden especialmente de la conferencia. Los oradores del grupo dieron abundantes testimonios sobre los resultados que la enseñanza del grupo había tenido en sus propias vidas: paz, felicidad y vigor. Asimismo, al describir la experiencia de otras personas que se habían sometido a la influencia del grupo, mostraron cómo se habían suavizado o eliminado las fricciones en la vida doméstica, el malestar entre el empleador y el empleado, y el antagonismo violento en la política. Por último, la impresión que quedó en el auditorio de la conferencia fue que un gran número de personas en todos los países están esperando, casi sin aliento, una dirección en las cosas espirituales como la única esperanza para que la sociedad pueda hacer frente a la degeneración moral y social de la época».

Se habló de la “enseñanza en grupo”, de las dificultades y las críticas relativas a la orientación, el compartir, el sentido del cambio y la relación con la religión institucional. «Pero estas críticas», concluyó Salisbury, «no parecen tocar la esencia del Movimiento: un mensaje a hombres y mujeres, incluyendo a la mayoría de los que profesan ser cristianos, para un cambio vital, incluso revolucionario, en sus vidas, concretamente, la

* «Los miembros del Grupo de Oxford eran: Lady Gowers, el reverendo Cuthbert Bardsley, el Dr. Frank Buchman, Sir Philip Dundas, el Sr. Loudon Hamilton, el Sr. Kenaston Twitchell, el reverendo Jack Winslow, el Sr. Faure de Francia, el Sr. J. Roots, el Sr. Wilson y otros dos que vinieron a pasar el primer día. Caroline, Lady Bridgeman, Lady Gwendolen Cecil, la Sra. Alfred Lyttelton, el diputado R. H. Bernays, Sir John Cadman, el diputado capitán V. A. Cazalet, Lord Cecil, el diputado Sir John Davidson, el diputado Sir Francis Fremande, Lord Goschen, Lord Grey, Lord Halifax, Lord Lytton, el diputado Lord Eustace Percy, el Sr. Francis Rodd, Lord Sankey, el diputado Lord Wolmer, además de Lord y Lady Salisbury, se reunieron con ellos».

** Un resumen exhaustivo y apreciativo de los principios del Grupo de Oxford que había escrito después de su asistencia allí, del que tengo una copia.

aceptación en pensamiento, palabra y acción de la guía inmediata de Dios revelada en Cristo y el reconocimiento del deber de compartir la experiencia religiosa para ayudar a otros a la misma aceptación»²². En una nota de presentación dirigida al arzobispo de Canterbury, concluye: «Ciertamente, no he exagerado en el caso de muchos que nos han impresionado profundamente -quizá a todos ellos»²³.

Después del fin de semana, Buchman escribió a su anfitrión:
«Debes tener la sensación de “Bien hecho, buen y fiel servidor”. Ciertamente las horas en Hatfield fueron controladas por Dios. No sé cuándo me he sentido tan absolutamente rodeado por la presencia de Cristo, invisible y siempre presente.

Estoy convencido de que la influencia de ese fin de semana irá mucho más allá de nuestras posibilidades. Con tantas cosas sucediendo en treinta y seis horas, se puede entender fácilmente el impacto que debe haber tenido en Noruega, donde nos reunimos durante diez días. En nuestro contacto con estos hombres debemos tener siempre presente que estamos sólo al principio.

Creo que también debemos decir esto: nunca estaremos lo suficientemente agradecidos al buen Dios que te llevó a planificar como lo hiciste a hombres cuya perspicacia y capacidad creativa pueden hacer una Inglaterra controlada por Dios. *Laus Deo!*²⁴

A lo que Salisbury respondió:
«Acabo de recibir tu carta. Te agradezco mucho todo lo que organizaste y llevaste a cabo aquí durante el fin de semana. He leído con profunda reverencia las palabras que ha empleado en cuanto a la impresión que ha dejado en su mente lo que ha pasado y, por supuesto, siento que debemos esperar el futuro del Movimiento con esperanza y fe. No diré nada más por el momento»²⁵.

Lord Robert Cecil dijo durante el fin de semana de Hatfield que «todos los problemas de la Europa de hoy pueden ser atribuidos a la incapacidad del cristianismo para influir en los gobiernos de las naciones»²⁶. Según Kenneth Rose en *The Later*

Cecils, «felicité al Grupo por haber “dotado al antiguo y sencillo evangelio de Cristo de una nueva viveza particularmente eficaz con personas que lo han perdido o que nunca lo conocieron”. Pero en la última sesión se sintió molesto por la aparente disposición de Buchman a aprobar la conducta del régimen de Hider: “Protesté calurosamente”, dijo Bob a su esposa, “y me explicó que estaba lejos de aprobar cosas como la persecución de los judíos”»²⁷.

Es probable que Buchman se expresara enérgicamente sobre Alemania en una reunión en la que algunos parecían asumir que Alemania era totalmente culpable y que Gran Bretaña no había cometido ningún error. «A Buchman siempre le resultó muy difícil soportar la arrogancia de algunos de nosotros, los británicos, que creíamos que el Imperio Británico era mejor que cualquier otra cosa en cualquier lugar», señaló en una ocasión Loudon Hamilton, «Era muy sensible a la superioridad nacional en nosotros. Si criticábamos a otros países, no lo permitía. Luchaba por la cura y parte de la cura era que teníamos que empezar por nosotros mismos».

El resumen de la discusión sobre Alemania de Salisbury dice: «Ninguno de los deslumbrantes resultados escandinavos fueron replicados en Alemania, de cualquier manera, se describieron muchos éxitos en ciertas localidades y entre ciertos individuos - incluso individuos altos en la vida pública del país. Creo que, en general, se pensaba que era muy difícil conciliar la práctica reciente del gobierno alemán con las enseñanzas del Nuevo Testamento y los principios del Grupo, y obviamente cualquier tendencia a condonar el mal, incluso por un objetivo tan insignificante como entrar en contacto con el gobierno alemán, sería totalmente indigna. No hace falta decir que se negó rotundamente cualquier justificativa de ‘hacer el mal para que venga el bien’»²⁸.

Salisbury fue uno de los críticos más severos de la política de apaciguamiento del gobierno. En febrero había abierto un debate sobre la defensa nacional en la Cámara de los Lores y en julio iba a encabezar, junto con Winston Churchill, una delegación de consejeros privados que imploró al Primer Ministro Baldwin que se enfrentara al hecho del rearme alemán. Kenneth Rose considera extraordinario que enviara las

invitaciones a su fin de semana en Hatfield entre estos dos acontecimientos y que llevara a Buchman y a sus colegas a reunirse con sus amigos allí seis semanas después de la entrevista con el *New York World-Telegram*²⁹. Habría sido extraño que Salisbury lo hubiera hecho -y aún más extraño que hubiera apoyado al Grupo sistemáticamente durante toda la guerra- si creyera que Buchman era en lo más mínimo pro-nazi. Pero Buchman le había contado lo que intentaba hacer en Alemania, incluidos sus contactos con Himmler, en la 'house-party' de Oxford un año antes, y la conducta de Salisbury demuestra que comprendía los motivos que había detrás de las iniciativas de Buchman.

Rose también se pregunta por qué Salisbury, que «sólo mostraba claridad de pensamiento y firmeza de voluntad en todas las demás actividades privadas y públicas», se mostró «tandócil en manos del Grupo de Oxford»³⁰. El hecho es que, lejos de ser dócil, Salisbury, en su trabajo con el Grupo de Oxford, fue siempre un hombre independiente. Algunas de sus iniciativas le fueron sugeridas por alguno de sus amigos del Grupo de Oxford, a quienes, como a su secretario, Roland Wilson, había instado a «no dudar nunca en acudir a mí cuando se sintieran impulsados por el Espíritu»³¹. Pero las cartas y notas que obran en mi poder* -muchas de su puño y letra- muestran que reflexionaba profundamente sobre cualquier sugerencia y decidía por sí mismo si actuar o no. En otras ocasiones -sus intervenciones en la Cámara de los Lores en 1936 y 1941, por ejemplo- actuó, y lo primero que supieron sus amigos del Grupo de Oxford fue a través de informes en la prensa o anuncios en el orden del día de la Cámara.

De vez en cuando, Salisbury tenía sus dudas o *advertencias* sobre determinados métodos del Grupo de Oxford, y las expresaba libre y cortésmente. Una carta a Twitchell, por ejemplo, sugiere que, por el bien de los amigos de Salisbury, tal vez podría formarse «un organismo asociado profundamente convencido de los principios fundamentales del Grupo, pero no comprometido con sus métodos». Adjuntaba una lista de *advertencias*: que «la enseñanza del

* No he podido examinar los documentos pertinentes de los archivos de Cecil en Hatfield, ya que la familia los tiene embargados desde hace cincuenta años. El bibliotecario y archivero del marqués de Salisbury me informa de que este embargo sólo se ha levantado dos veces, en el caso de Kenneth Rose y de otra persona.

Grupo es un verdadero camino hacia Dios», pero no el único; que aunque uno «debe pedir y recibir la guía de Dios, no se obtiene necesariamente a petición»; que no es cierto que cuando las personas se convierten en cristianos convencidos «de acuerdo con los métodos del Grupo o cualquier otro método... la feroz guerra del alma cristiana ha terminado»; y que es «una obligación cristiana compartir aquellas experiencias espirituales que son una ayuda para los demás», pero no tratar todas esas experiencias como propiedad pública. Y añadió otra *advertencia*: «El hecho es que un optimismo indebido e inseguro entraña un peligro considerable. Tarde o temprano habrá una reacción, peligrosa para el individuo que la experimenta, y puede ser desastrosa para la hermandad y la enseñanza que se considere responsable de ella³².

Tales advertencias no interrumpieron en modo alguno la cooperación de Salisbury con sus amigos del Grupo. Dos días después de esta carta vio a Lord Halifax, y le pidió que firmara una carta de apoyo al Grupo de Oxford³³ que él estaba reuniendo y que apareció en *The Times* ocho días más tarde³⁴. Halifax se sintió incapaz de hacerlo; pero dos años más tarde, cuando era ministro de Asuntos Exteriores, envió un mensaje público de apoyo a Buchman y a sus amigos en Estados Unidos³⁵.

Salisbury aceptó a Buchman -y más particularmente a sus colegas británicos más jóvenes- como amigos comprometidos en una batalla cristiana en la que deseaba tomar parte. Cuando, en 1942, Buchman sufrió un derrame cerebral, le pidió a Roland Wilson que le dijera «al Dr. Buchman que mis pensamientos están a diario con él durante estos angustiosos momentos por los que está pasando y con preocupación y oración por el gran movimiento del que es responsable»³⁶.

* En la primavera de 1939, escribe Rose (pp. 100, 101), Salisbury empezó a organizar otra '*house-party*' en Hatfield «para considerar pasos prácticos para la promoción del *Rearme Moral* en este país». «El arzobispo de Canterbury aceptó participar... Otros hombres eminentes... enviaron sus disculpas... La lista de invitados se redujo hasta convertirse en mediocre. Como si se tratara de una orden, los secuaces de Buchman se volvieron rencorosamente contra Salisbury». Rose cita a continuación dos cartas, una de un futuro obispo, la otra del hijo de un obispo. «Salisbury respondió a estas impertinencias con mansedumbre cristiana», concluye. Uno deplora tanto el tono como el contenido de estas cartas, al tiempo que admira la gracia del destinatario. Sin embargo, descartan la inferencia de Rose de que los líderes del Grupo de Oxford llegarían casi a cualquier extremo para conseguir un patrocinador influyente.

También asistió a la boda de Wilson en 1946, aunque tenía 85 años, y le telefoneó un día antes de su muerte, al año siguiente.

Lord Grey estuvo más cerca que Rose de expresar las esperanzas que tanto Salisbury como Buchman tenían puestas en el fin de semana de Hatfield cuando escribió sobre él al arzobispo de Canterbury: «Estuve en la *'house party'* de Jem el fin de semana pasado y, como todo el mundo, creo que quedé muy impresionado por lo que oí», escribió. «Tú sabes mucho más de lo que él piensa que yo, pero me imagino que se siente atraído principalmente por lo que podría ocurrir si pudiéramos conseguir una gran movilización de fuerzas espirituales en Europa en los próximos dos o tres años, una movilización que no podría esperarse que se consiguiera a través de los canales ordinarios»³⁷.

La esperanza de Buchman era precisamente esa movilización de la energía espiritual en Europa, no sólo porque podría evitar la catástrofe sino, lo que es más importante, por su propio bien. Esto queda claro por el comentario de Salisbury de que Buchman -en Hatfield- pidió «un cambio vital, incluso revolucionario» en las vidas de los presentes, ya fueran «cristianos profesos» o no. Buchman sentía que tal liberación de energía espiritual requeriría el mismo tipo de respuesta nacional en Gran Bretaña que había visto en Noruega y Dinamarca, y estaba buscando figuras públicas dispuestas a asumir el mismo liderazgo de todo corazón que Hambro y otros habían tomado en Noruega y el obispo Fuglsang-Damgaard y el rector Brodersen en Dinamarca.

Pero, por la razón que fuera, Buchman no creía que la mayoría de los de Hatfield hubieran aceptado este punto. De ahí la nostálgica referencia en su carta a Salisbury a los diez días de la *'house-party'* de la campaña noruega, en contraste con las treinta y seis horas de Hatfield, y su insistencia en que «deberíamos tener siempre presente que sólo estamos al principio». A Twitchell, en Londres, le escribió a mediados de noviembre: «No creo que cuente demasiado exclusivamente con los mayores como la salvación de Gran Bretaña, porque tienen demasiados asuntos entre manos. Han envejecido y se han endurecido en sus procesos y formas de hacer las cosas y, aunque uno debe estar agradecido por su aprobación del

trabajo, con unas pocas excepciones, dudo que tengamos mucha acción»³⁸.

Escribía desde Budapest, donde había encontrado veinte Grupos funcionando. Allí, al igual que en Viena, se había reunido con el canciller del país y con miembros del gabinete: «Hemos fallado», señalaba entonces, «en la articulación para que el alcance sea el adecuado para desafiar a todos los hombres de Estado... el pecado de no poner un mensaje que sea comprensible para todos». Y de nuevo: «Los acontecimientos se precipitan y la balanza se inclina entre la guerra y la no guerra en los próximos tres años. ¿Podemos ser el factor decisivo? Todo el tiempo viene en estas horas de silencio el pensamiento: “Serás utilizado para cambiar el mundo”. A veces me parece demasiado creer que el Grupo de Oxford pueda ser utilizado para cambiar el mundo, pero a menos que trabajemos con ese objeto, más nos valdría cruzarnos de brazos y descansar».

Buchman regresó a Londres pocos días antes de la abdicación de Eduardo VIII. En el punto álgido de la crisis, a las cuatro de la mañana, recibió una llamada telefónica desde la casa del Interventor de la Casa del Rey. Era de un amigo íntimo del Rey, uno de los que habían estado en el barco a Sudamérica en 1931, rogándole que hiciera algo para ayudar. «Todo lo que pude decir», le dijo a un amigo a la mañana siguiente, «es que no hay nada que pueda hacer ahora». Justa o injustamente, él sentía que aquellos cercanos al Rey, particularmente sus consejeros espirituales, habían fallado en ayudarlo a encontrar una base estable para su vida. «La razón es que no son archirrevolucionarios», escribió a un amigo suizo al día siguiente de la abdicación. «Apoyan un sistema arcaico, y nadie puede leer la historia de Rusia, donde la iglesia fue despojada del Cristo que pretendía traer, sin ver su significado». Del primer ministro, Stanley Baldwin, escribió: «Humanamente ha hecho un buen trabajo. Pero es ciertamente el plan de Dios, en situaciones como esta, que un primer ministro haya sido capaz de cambiar al rey y ponerlo bajo la guía de Dios»³⁹.

Una semana después tuvo la oportunidad de hablar con Baldwin. Había sido organizada por la mano derecha del primer ministro, Sir John Davidson, que había estado presente en el

fin de semana de Hatfield. Baldwin había oído hablar a menudo del Grupo a su prima, Mrs. W. Mackail, y la Sra. Baldwin había asistido a almuerzos del Grupo. Cuando Buchman celebró una reunión en el *Albert Hall* -en julio de 1936-, el primer ministro había reservado un palco, pero lo canceló cuando un periódico dominical le preguntó si se había 'unido' al Grupo.

En Chequers, Baldwin dijo a Buchman que su trabajo había terminado y que pensaba dimitir tras la coronación de Jorge VI. Buchman replicó que la reciente crisis había demostrado que tenía una voz autorizada para unir al imperio en un gran asunto. Ahora estaba en juego algo aún mayor: «convertirse en la voz autorizada para el renacimiento espiritual del imperio». Baldwin respondió: «Sí, sé que debo hacerlo. Pero me temo que no puedo».

Muchas de estas personas conocieron a Buchman en la casa de Chelsea de la condesa viuda de Antrim, antigua dama de compañía de la reina Victoria y la reina Alexandra, que le ofrecía un almuerzo semanal cuando estaba en la ciudad. Fue a finales de la década de 1930 cuando ella y su hermana Lady Minto, hicieron con Buchman el viaje de dos meses por los Balcanes y Oriente Medio, el que Michael Barrett había considerado tan exigente. «Dondequiera que nos deteníamos», escribió en su diario, «el Dr. Buchman era recibido no sólo por pequeños y vigorosos equipos locales, sino por gobernantes, políticos y hombres de negocios. En todas partes exigían entrevistas y pedían consejo, pareciendo darse cuenta de que sólo un mundo controlado por Dios puede superar las dificultades a las que nos enfrentamos».

En la última anotación de este diario, escribió: «Me preguntaron si me gustaba el Dr. Buchman. Me pareció una pregunta innecesaria, porque en él vi sobre todo la realización de una fuerza que hace avanzar el Amor de Dios, y esto me mostró cómo la personalidad humana se pierde de vista en el poder espiritual»*.

Otro de los que trabajaron estrechamente con Buchman en estos años fue el Dr. B. H. Streeter. Había volado tres veces a

*

Dinamarca para ayudar en esa campaña y comunicó sus conclusiones en una carta a *The Times*⁴⁰. Desde que se había unido al Grupo de Oxford -en 1934- había empezado a interesarse más por la gente y Buchman le enviaba con frecuencia a personas que necesitaban ayuda. En una ocasión escribió a Buchman sobre una charla con un editor que había venido a interrogarle a Oxford: «Le di mi autobiografía espiritual. Hice hincapié en el punto de Gamaliel: que Gamaliel hizo algún bien protegiendo a los apóstoles, pero que si hubiera ido más allá y se hubiera identificado con ellos, podría haber llevado al cristianismo al mejor elemento de los fariseos, y entonces no se habría producido la guerra judía ni la destrucción de Jerusalén... . Gamaliel debe llevarse el crédito no sólo por el bien que hizo, sino por el bien que dejó de hacer, la calamidad que no pudo evitar»⁴¹.

En septiembre de 1937, Buchman se enteró -conmocionado- de la muerte de Streeter y su esposa, Irene, en un accidente de aviación en la cima de una montaña cerca de Basilea. El viaje había sido una segunda luna de miel con su esposa, que durante años se había sentido distanciada por su inteligencia y su avanzada teología, por la que tenía poca simpatía. La fe nunca le resultó fácil, pero sus años con Buchman pusieron una base de experiencia bajo la fina estructura de su pensamiento. «Estoy seguro de que he aprendido mucho sobre los métodos de presentación», le había escrito a Buchman, «si no hubiera conocido al Grupo, podría haber muerto como un distinguido teólogo»⁴².

Buchman, que se enteró de la noticia mientras visitaba a Ramsay Macdonald en Lossiemouth, voló inmediatamente a Suiza para asistir al funeral. Allí le entregaron una declaración que Streeter había estado preparando para utilizarla a su regreso: «Me sentí atraído por el Grupo de Oxford no en primer lugar por no haber podido resolver mis problemas personales y familiares, sino por mi desesperación ante la situación mundial», había escrito Streeter. Cuanto más veía la tendencia de las cosas, menos motivos encontraba para la esperanza.... Vi cómo se desmovilizaban las energías morales del cristianismo, en parte por las diferencias de opinión sobre puntos de doctrina o de organización eclesial, pero aún más por la incapacidad de realizar en la vida real los ideales

religiosos y morales que los cristianos profesan unánimemente. El Grupo de Oxford recuerda a las iglesias la tarea que les corresponde de salvar las almas de las naciones y de los individuos».

Después de describir lo que había visto en Dinamarca, Streeter continuó:

«La historia demuestra que en caso de guerras, revoluciones, huelgas y otros conflictos importantes, un peso relativamente pequeño de la opinión pública en uno u otro bando, o la presencia o ausencia de perspicacia moral y valor en unos pocos individuos en posiciones de influencia, a menudo ha inclinado la balanza entre un acuerdo razonable y una lucha hasta el final. La civilización moderna sólo puede salvarse mediante un renacimiento moral. Pero para ello bastaría con que cada décima o centésima persona cambiara. Porque cada una de esas personas eleva el nivel de aquellos a quienes toca en el hogar, en los negocios y en los asuntos públicos.

Lo que vi suceder en Dinamarca puede suceder en Gran Bretaña. Ocurrirá si los que dirigen Gran Bretaña aprenden a encontrar en Dios su inspiración y dirección. Y Gran Bretaña, así dirigida, salvaría al mundo. Pero la oportunidad debe ser aprovechada durante el período de intranquilo recuento de la gran calamidad que en este momento parece avecinarse»⁴³.

Buchman extrañaba mucho a Streeter. Se habían hecho amigos por primera vez a través de un interés mutuo en el místico indio Sadhu Sundar Singh, y Buchman había escrito en 1922 que Streeter le había consultado sobre uno de sus libros. Buchman contaba con Streeter para que expresara con palabras que el mundo intelectual pudiera leer y comprender las intuiciones que sentía que Dios les estaba dando. Sobre su amistad, Julian Thornton-Duesbery, cuando era director del *St Peter's College* de Oxford, escribiría más tarde: «La mente de Buchman no era académica, sino de una rapidez y un alcance extraordinarios, y tenía la cualidad de penetrar inmediatamente en el meollo de la cuestión. Esto fue lo que atrajo hacia él a las grandes mentes académicas,

junto con su capacidad, que envidiaban, de comunicar sus ideas en términos sencillos y directos a la gente corriente»⁴⁴.

A principios de 1937, Buchman realizó varias visitas a los Países Bajos. Sus amigos holandeses le presionaban para que llevara un equipo a su país. Su propio pensamiento, cuando finalmente se reunió con ellos en abril, fue: «No toleren ninguna actividad que no tenga un significado nacional». «Han hecho un espléndido trabajo individual», les dijo, «han tenido buenas *'house-parties'*. Ahora necesitan una nueva actividad relacionada con los problemas internacionales».

Los holandeses respondieron, lentamente al principio, pero con creciente entusiasmo, y decidieron que debían realizar una manifestación nacional. El único problema era que Buchman insistía en que la manifestación tuviera lugar en Utrecht. Los holandeses sostenían que no era la ciudad adecuada: para empezar, allí no había un gran auditorio. «Hay algo en Utrecht o cerca que puede albergar a miles de personas», insistió Buchman. Una mujer indomable, la Sra. Charlotte van Beuningen, recorrió la ciudad y finalmente dio con el gran mercado de verduras. Había una norma absoluta que prohibía alquilarlo, pero tras entrevistarse con cada uno de los trece miembros de la junta que lo administraba, consiguió el permiso. Se importaron cuatro mil sillas y se colocaron miles de cajas de embalaje en filas detrás de ellas.

En Pentecostés, 100.000 personas asistieron a las reuniones. «A las diez de la noche, con 10.000 asistentes, la gente seguía abalanzándose sobre cualquier silla libre que encontrara», escribió Buchman a Bill Pickle. «Cientos de personas fueron transformadas, y organizamos entrevistas como en los viejos tiempos en *Penn State*»⁴⁵.

«La mayor sorpresa de estos dos días de Pentecostés fue sin duda la aparición del Dr. J. Patijn, nuestro embajador en Bruselas», informó el periódico socialista *Het Volk*⁴⁶. «Sólo aquellos que lo conocen como el burgomaestre de La Haya, un hombre sensato pero inaccesible y reacio a

cualquier espectáculo público, podrán apreciar plenamente lo que debe haberle costado a este cortante zelandés hablar de su yo más íntimo ante muchos miles de personas en este mercado de verduras. No fue un discurso largo... “No es para todos”, dijo, “hablar en público de su fe, y no es fácil para mí hacerlo. Todo hombre, sin embargo, debe tener el valor de sus convicciones, y sería ingrato por mi parte no reconocer que a través de lo que he experimentado en el Grupo de Oxford he aprendido a ver a mis semejantes, al mundo y a mi vida entera desde una nueva perspectiva”».

No todos los periódicos fueron tan positivos. El *Nieuwe Rotterdamsche Courant* dijo que la gran reunión era «poco holandesa». «La cuestión no es si no es holandesa o estadounidense», escribió Buchman al director de la Agencia de Noticias de las Indias Holandesas, Herman Salomonson. «La cuestión es, ¿es cristiana?». Parece tan absurdo. Ves a 65.000 hombres en un partido de fútbol. «Seguramente los brazos extendidos de Cristo son para todos», y añadió que «ojalá fuera estadounidense, pero desgraciadamente no lo es».

La otra voz de queja fue la del líder nazi holandés Mussert. Había planeado un gran mitin en Utrecht para esos mismos días. Fue un completo fracaso, con muy poca gente asistiendo. Cuatro años más tarde, después de la ocupación alemana, prohibió el trabajo de Buchman en Holanda.

1937 se presentó propicio para Buchman en Gran Bretaña*. En abril, Beverley Baxter, que escribía como ‘Atticus’ en el *Sunday Times*, fue a verle con ‘comprensible curiosidad’. «Su voz es agradable, sin artificios, sus orejas grandes y rectas, y su nariz larga e elegante...» informó. «Es fácil ridiculizar al Grupo de Oxford, y muchos ingeniosos lo han hecho... La evidencia

* El 4 de marzo, el *Daily Mirror* organizó un concurso en el que los lectores proponían su «gabinete perfecto». Uno de los participantes propuso a Buchman como Primer Ministro, con Winston Churchill y George Bernard Shaw entre su gabinete, propuesta que el periódico publicó con fotografías de los candidatos.

de que el movimiento se está extendiendo por el mundo es innegable. Tampoco sería amable ni veraz negar que cuando dejé al doctor Buchman me llevé el recuerdo de un hombre cuyo espíritu es noble y cuyo porte es modesto y sincero»⁴⁸.

Londres, en general, parecía estar abriendo sus puertas. Lady Antrim continuó con sus almuerzos semanales en los que Buchman se reunía con miembros del Gabinete. Fue agasajado por el comandante en jefe de Portsmouth; asistió a la fiesta de jardín del Duque de Norfolk; se dirigió a multitudes desbordadas en las municipalidades de *West Ham* y Canning, en el este de Londres; y habló ante una gran reunión de miembros del Parlamento en la Cámara de los Comunes.

Pero no se libró de una atención menos halagadora. La Srta. Christina Foyle pidió al Grupo de Oxford que presentara su mensaje en el *Foyle's Literary Lunch* del 8 de julio de 1937. Diecisiete oradores fueron designados, y aceptados por la señorita Foyle, para hacerlo. El interés fue tan grande que, tras vender 2.500 entradas y llenar tanto el salón como la sala de baile de *Grosvenor House*, los organizadores tuvieron que rechazar más solicitudes.

La noche anterior, Ivan Menzies, la estrella de Gilbert y Sullivan, avisó a Buchman de que se estaba preparando una trampa para él en el almuerzo. La ocasión había sido organizada por algunos jóvenes de Oxford, y Buchman tenía dudas al respecto, pero pensó que, por el bien de esos jóvenes, debía dejar que lo planificado siguiera adelante. Él no iba a hablar. Cuando llegó a *Grosvenor House*, descubrió que se había añadido a los oradores una decimoctava invitada de honor, la actriz Margaret Rawlings. Estaba sentada al otro lado del presidente, junto a Loudon Hamilton.

Justo antes de que empezara la charla, un empleado del hotel llamó a Hamilton para que contestara el teléfono. La operadora le dijo que se trataba de una falsa alarma y, a su regreso, descubrió que su lugar junto a la señorita Rawlings había sido ocupado en su ausencia por Tom

Driberg, entonces columnista de “William Hickey” en el *Daily Express*. La Srta. Rawlings habló en último lugar, leyendo un texto preparado y limitándose a un tema. La exposición del alma a través de la confesión pública era, dijo, tan escandalosa como desnudarse en Piccadilly. Al día siguiente, la prensa ignoró a los otros diecisiete oradores, entre los que se encontraban un obispo y un líder de los desempleados del este de Londres, y aclamó el mensaje de la señorita Rawlings en los titulares de primera página. La BBC sólo informó de su discurso. Driberg dedicó toda su columna al acontecimiento, admitiendo en ella que estaba allí para «dar apoyo moral a la Srta. Rawlings»⁴⁹. - o, como escribió su amigo, Hannen Swaffer, «la animó»⁵⁰. Un periódico adornó la historia con una foto de la Srta. Rawlings, tal como apareció en su programa, en el más breve de los trajes de baño de 1937 bajo el titular «¿Indecencia?»⁵¹.

La vieja historia de la indecente «confesión pública», tal y como la había publicado Driberg nueve años antes, se grabó de nuevo en la mente del público. La señorita Rawlings, tal vez temiendo una demanda por calumnia, escribió al *Daily Sketch* que estaba «asombrada» por la publicidad y pidió al periódico que corrigiera la impresión de que se había referido o criticado a cualquiera de los otros oradores⁵², y la señorita Foyle emitió una declaración de que «los comentarios de la señorita Rawlings no tenían ninguna relación posible con lo que se dijo en el almuerzo, que fue una presentación razonable y objetiva de los argumentos a favor de la renovación moral y espiritual en un momento de crisis»⁵³. La Srta. Foyle envió una copia a «William Hickey» pidiendo el mismo espacio para una descripción autorizada de los otros oradores, petición que no fue atendida.

Bunny Austin, tenista, asistió a la comida, aunque entonces no estaba asociado al Grupo de Oxford: «Me acerqué a saludar al Dr. Buchman cuando salía de la sala», escribió, «y en ese momento le admiré enormemente. Mientras me devolvía alegremente el saludo, no dio muestras de ser un hombre que acababa de recibir un violento golpe por debajo del cinturón»⁵⁴. Sin duda,

Buchman se dio cuenta del daño que se había hecho. Pero su preocupación inmediata era por los otros oradores. «Esos buenos hombres defendiendo sus creencias en este país y sometidos a eso. Sin embargo, la OP (Orden de Persecución) puede ser mejor que la OM (Orden de Mérito)». También sabía que ahuyentaría a muchas de las personas en las que confiaba para levantar al país. Habló más personalmente de su peluquero, a quien había invitado para que su hija lo conociera y que canceló la cita: «Eso es lo que más me duele», dijo. «Pasará algún tiempo antes de que vuelvan»^{*}.

Fredrik Ramm escribió una carta al *Morning Post* sobre el trabajo del Grupo de Oxford en Escandinavia, en la que comentaba:

«He participado en cientos de reuniones a las que han asistido miles de personas y nunca he oído confesar nada en público que no se pudiera haber dicho en Piccadilly Circus»⁵⁵.

El reverendo Wilson Carlile, fundador del Ejército de la Iglesia y que por entonces tenía más de noventa años, envió a Buchman una serie de mensajes de apoyo durante este periodo:

«Doy gracias a Dios por su persistencia profética... Siga adelante. Nos ayuda mucho a nosotros y al Reino de los Cielos... Usted está ampliando mi visión. El perro de arriba es más pegadizo que nuestro perro de abajo. Miles de vidas perezosas, si sienten que nuestro Bendito Señor las quiere y puede usarlas, se animarían y serían una bendición para el mundo»⁵⁶.

Muchas personas de mentalidad conservadora, como algunos de los de Hatfield, se apartaron de Buchman a raíz de la publicidad tras el almuerzo de Foyle. Lord Salisbury no estaba entre ellos. El 7 de agosto de 1937, se unió al ministro de Trabajo, Ernest Brown, a Lord Davidson y al reciente presidente de la Academia Británica, el profesor J. W. Mackail, en una carta a *The Times* que decía en parte:

^{*} A. P. Herbert consideró la intervención de la Srta. Rawlings como un asunto de importancia. Le telegrafió: «Si alguien escribe una historia del 'Grupo de Oxford', tendrá un período anterior y posterior a Rawlings». (Reginald Pound: *A. P. Herbert: Una Biografía* (Michael Joseph, 1976), p. 155.)

«El Grupo de Oxford se destaca como un desafío a las iglesias de hoy para que se pongan en marcha. El motivo dominante que anima estos esfuerzos, ya sea en el Grupo o en cualquier otro lugar, es una promesa de lealtad para aplicar, bajo la orientación de Dios, el espíritu y los principios de Cristo a la conducta individual y a cada sector de la vida social, nacional y supranacional.

Escribimos esta carta para insistir en la imperiosa necesidad que tiene la humanidad de que este principio fundamental sea enfatizado y aplicado con insistencia en todo el mundo. Lo que las naciones requieren imperativamente es el desarrollo de un sentido de responsabilidad personal para llevar a los hombres y mujeres de todas las administraciones y gobiernos al espíritu de lealtad a Dios. Sólo esto puede unir a un mundo caótico»⁵⁷.

«REARME MORAL Y ESPIRITUAL»

Buchman entró al año 1938 con un renovado sentido de urgencia: «Estoy tratando de encontrar un enfoque que transmita el mensaje de forma más inteligente a una época que lo necesita, pero que lo teme desesperadamente», escribió en aquel momento. Buscaba una idea lo bastante sencilla para que millones de personas la comprendieran y lo bastante realista para que los dirigentes nacionales la propusieran. También quería sacudir a aquellos que, habiendo encontrado una rica experiencia personal de fe a través del Grupo de Oxford, la estaban abrazando para sí mismos, y persuadirles de que entraran en la lucha para dar respuesta a los problemas del mundo en general.

Su inquietud le estaba llevando a otra ruptura similar a las que le habían hecho extenderse más allá del ministerio local en Pensilvania, más allá del cuidado de los estudiantes en los colegios estadounidenses y más allá del campo misionero estándar. No era un nuevo ángulo de relaciones públicas lo que buscaba, sino un nuevo y mayor compromiso para sí mismo y para cualquiera que le acompañase.

La semilla que buscaba le llegó de un autor socialista sueco, Harry Blomberg. El Partido Laborista sueco había sido el más exitoso de Europa. En un periodo de paz prolongada, había traído prosperidad y bienestar a todas las clases sociales. Con ello había llegado un sentimiento de autosuficiencia y un rechazo general, en los círculos intelectuales, de cualquier necesidad de Dios. Al mismo tiempo, algunos líderes obreros eran conscientes de que la prosperidad por sí sola no había

traído la felicidad, mientras que el auge del comunismo y el nazismo les obligaba a reconsiderar si podían permanecer para siempre al margen de los conflictos de otros lugares. Así, el Dr. Alf Ahlberg, director de la escuela de formación sindical de Brunnsvik, había escrito recientemente: «Me tomarían por loco si dijera a los llamados políticos prácticos: “Ustedes hablan de rescatar la democracia. Excelente. Pero la fe en la democracia requiere fe en Dios». Sin embargo, estoy convencido de que soy más político práctico en esta afirmación de lo que cualquiera de esos señores se da cuenta. La historia lo confirma y me temo que lo va a confirmar de un modo aún más espantoso»¹.

Harry Blomberg era uno de los alumnos de Ahlberg. Había llevado la filosofía del Grupo de Oxford, que le había llegado a través de sus colegas autores de Noruega, a los trabajadores del acero entre los que vivía en Borlange. Su libro *Vi mdste borja om / Debemos Empezar de Nuevo*², ilustraba el dilema que Ahlberg esbozaba. Su tema era: «Había llegado a un callejón sin salida, de la misma manera en que la democracia había llegado a un callejón sin salida. El libro fue un éxito de ventas inmediato. El corresponsal en Oslo del *New York Times Book Review*, en su estudio sobre el panorama literario en Escandinavia, escribió:

«La supremacía del psicoanalista, que extraía sus deducciones en gran medida de las observaciones de los enfermos de cuerpo y alma, parece estar debilitándose. Se está imponiendo la saludable contratendencia, un desafío a la humanidad para que resista a los llamamientos masivos irreflexivos (de la dictadura) y desarrolle el individualismo que puede contrarrestar las tendencias actuales»³.

Cuando se le pidió un tema para la página sobre Suecia de la revista pictórica *Rising Tide / Marea Creciente* -publicada esa primavera-, Blomberg pensó en el acero sueco que iba a todas las naciones de Europa para su armamento y escribió: «Suecia, la reconciliadora de las naciones. Debemos rearmarnos moralmente».

Buchman recibió la edición sueca de *Rising Tide / Marea Creciente* mientras pasaba unos días tranquilamente en el

Bosque Negro de Freudenstadt. Paseando una tarde por el bosque y preparándose para sus próximos movimientos en Gran Bretaña, el pensamiento de Blomberg volvió repetidamente a él, y con una fuerza inusitada:

«Rearme moral y espiritual. Rearme Moral y espiritual. El próximo gran movimiento en el mundo será un movimiento de rearme moral para todas las naciones».

Buchman tenía que haber dado un discurso en *East Ham Town Hall* en Londres unos días más tarde. El trabajo de Bill Jaeger en el este de Londres había ido creciendo y penetrando en la vida cívica de la zona, hasta el punto de convertirse en un factor de estabilidad en los distritos donde los fascistas y sus oponentes se enfrentaban en las calles. La actitud de un miembro del Consejo hizo que se le conociera en su distrito como «el concejal con la cara cambiada». Pidió disculpas al alcalde, con el que no se hablaba desde hacía veinte años por rencores originados en diferencias políticas. Poco después, quince concejales de distintos partidos emitieron un comunicado en el que afirmaban:

«Hemos adquirido un espíritu de cooperación totalmente nuevo en nuestro trabajo como administración local. El resultado ha sido un considerable ahorro de tiempo en la toma de decisiones»⁴.

El efecto del Grupo de Oxford en el este de Londres llamó la atención de algunos líderes sindicales nacionales. Un grupo de ellos se había reunido varias veces para escucharlo bajo la presidencia de H. H. Elvin, presidente del Congreso de Sindicatos en 1937-1988. En una de esas ocasiones, el vicepresidente de la Cámara de los Comunes preguntó: «¿Por qué no tengo yo el poder de cambiar a gente como ésta? Varios alcaldes de la zona organizaron una reunión de 3.000 personas para escuchar a Buchman, que aprovechó la ocasión para lanzar el Rearme Moral.

«La situación del mundo», comenzó, «no puede sino causar inquietud y ansiedad. La hostilidad se amontona entre nación y nación, trabajo y capital, clase y clase. El coste de la amargura y el miedo aumenta cada día. La fricción y la frustración están minando nuestros hogares.

¿Existe un remedio que cure al individuo y a la nación y dé la esperanza de una recuperación rápida y satisfactoria?

El remedio puede estar en volver a esas sencillas verdades del hogar que algunos aprendimos de las rodillas de nuestras madres y que muchos hemos olvidado y descuidado: honestidad, pureza, altruismo y amor.

La crisis es fundamentalmente moral. Las naciones deben rearmarse moralmente...

Podemos, debemos y generaremos una fuerza moral y espiritual lo suficientemente poderosa como para reconstruir el mundo»⁵.

Poco después de esta reunión, Tod Sloan, un conocido militante del este de Londres que de niño había hecho campaña por Keir Hardie cuando se presentó al Parlamento por *East Ham*, y en cuya casa se reunían a veces Ben Tillett, Tom Mann y el comité de huelga de los estibadores de 1899, vio un cartel en el exterior de *Canning Hall*. Preguntaba «¿Qué es el Rearme Moral?» y respondía:

No es una institución.
No es un punto de vista.
Es el comienzo de una revolución.
¡Iniciando una dentro de ti!

Acudió a la reunión y, como dijo más tarde, «entendí». Se dio cuenta de que sus acciones en favor de los desempleados y los sin techo, sus luchas por la comida y las botas de los niños de la escuela, actividades esenciales que a veces le habían llevado a la cárcel, habían tomado inadvertidamente un camino equivocado: «Siempre había dicho que amaba a mi clase y a mi familia. Pero vi que lo principal que había hecho era enseñarles a odiar. Decía que era un idealista, pero los había convertido en materialistas». Una de las primeras cosas que decidió arreglar fue la relación con su esposa⁶. Mas tarde escribió a Buchman:

«Las palabras. Rearme Moral, son propiedad de Dios acuñadas para Su servicio y esto es lo que encierran: no habrá más negociaciones inmorales, ni injusticia social, ni conflictos. No puede haber caos si trabajamos, vivimos y practicamos el Rearme Moral. Es una disposición real, viva, amorosa y obediente a restaurar el liderazgo de Dios»⁷.

Pocos días después de hablar en *East Ham*, Buchman visitó Suecia. A su llegada a Estocolmo declaró a la prensa que su visión era que Suecia se convirtiera en «un reconciliador de las naciones», un gran paso adelante, en su opinión, desde la mera neutralidad. Participó en las celebraciones del octogésimo cumpleaños del rey Gustav y, con su habitual e insaciable interés por las ocasiones públicas y el carácter de los hombres públicos, estuvo presente en la llegada, en barco o en tren, de la mayoría de los principales invitados. La visita fue en realidad un reconocimiento por su parte, ya que durante tres años se había resistido a las invitaciones de muchas partes a llevar un equipo a ese país. Cuando, por ejemplo, el yerno del arzobispo Soderblom, el profesor Runestam, que había asistido a la ‘house party’ de Hambro en Hosbjor, le había presionado para que acudiera a ese país en 1935, él había respondido:

«¿Tiene claro lo que quiere conseguir? Creo que los que quieren patrocinar el trabajo están acosados por... impresiones erróneas de su verdadero carácter»⁸.

Había escrito a otro amigo:

«Lo que tanto temo de Suecia es que lo que quieren es algo que sólo sea un “estimulante” para la iglesia... en lugar del renacimiento de todo en la iglesia. Hombres como estos ... obispos y clero no están dispuestos a pasar por el dolor del renacimiento»⁹.

Ahora que Blomberg y los trabajadores del acero estaban dando la cara, Buchman se sentía más confiado. Sven Stolpe, colega literario de Blomberg, se quedó “horrorizado” cuando se conocieron. Había oído hablar de Buchman por primera vez en Noruega «a través de ese maravilloso equipo de hombres brillantes, Fangen, Wikborg, Skard, Mowinckel», y esperaba quedar profundamente impresionado por este hombre al que todos declaraban deber tanto. Pero Stolpe lo encontró «cien por

cien estadounidense, feo y tan poco intelectual»; «No pensaba con lógica y lo que decía a menudo me parecía ingenuo e incoherente. Reía y reía y sonreía todo el día. Nunca fue solemne, y los suecos siempre somos muy solemnes con las cosas sagradas».

Sin embargo, para su asombro, Buchman le pidió que le sirviera de intérprete cuando regresó en agosto para celebrar la primera Asamblea de Rearme Moral en Visby, en la isla báltica de Gotland*.

Stolpe protestó: «Nunca he estado en Inglaterra, ni he hablado inglés, ni he conocido a ningún inglés».

«Oh, Dios ayudará», respondió Buchman, y Stolpe accedió a hacerlo. En Visby, la afluencia de público fue aún mayor porque la visita se había retrasado tanto. Se amontonaron hasta que no hubo edificio lo bastante grande para albergarlos, salvo las ruinas de la antigua iglesia de San Nikolai. El *Stockholms-Tidningen*, entonces el mayor diario sueco, enviaba cada día su avión para tomar fotografías e informar. Sin embargo, Buchman creía que sería difícil luchar contra la complacencia de la sociedad sueca y el cinismo de sus intelectuales. Stolpe se mostró de acuerdo: «Nunca había sentido tanto odio hacia Buchman por parte de algunos de los presentes y de algunos de los que los habían enviado. ¡Este estadounidense que viene a enseñar el cristianismo a los viejos suecos!».

El propio Stolpe, mientras tanto, empezaba a reevaluar a Buchman. Quedó inmediatamente impresionado por la gente que le acompañaba. «Buchman tenía decenas de las mejores personas que puedes haber visto. Esos chicos y chicas. ¡Increíbles! ¡Absolutamente convincentes! Sentías bondad, pureza, un aire absolutamente limpio a su alrededor. Pensaban en los demás todo el tiempo y no tenían nada que ocultar. Nunca te acorralaban. Tenían una especie de lealtad absoluta a Dios, una convicción ardiente, pero riéndose todo el tiempo», recordaba Stolpe cuarenta años después.

* La esposa del obispo de la isla de Gotland, Torsten Ysander, consultó a Buchman sobre los asientos de una cena. La Sra. Ysander le preguntó: «¿Dónde me siento yo?». «A mi lado, por supuesto», respondió Buchman. «Y los dos nos reímos a carcajadas», añadió la Sra. Ysander. (Frank Buchman *-Eighty*, p. 192.)

Luego se fijó en la actitud de Buchman hacia los trabajadores que Blomberg y él habían traído consigo: «Le interesaban mucho más que los señores jóvenes. Hizo que los dos sectores se conocieran y se apreciaran, torpedeando el concepto anticlasista del siglo XX».

¿Qué decía todo esto sobre Buchman?. Después de un rato, Stolpe elaboró su propia explicación: «Vi que era un hombre inspirado, una especie de poeta. No un encantador, sino alguien guiado por Dios. ¿Por qué? No podía entenderlo. Entonces recordé que el poeta finlandés Runeberg decía que si Dios quiere tocar una bella melodía, no importa que lo haga con un instrumento pobre. Buchman me parecía el instrumento más extraño que había conocido, pero Dios lo había elegido».

La interpretación salió bien. «Nunca oí a nadie dirigir una reunión como él. Siempre terminaba con la nota más alta. Era muy serio, sólo hacía una cosa, y tenía que hacerla. Tu impresión era: “He aquí un hombre, un genio. Hay diez mil personas más dotadas en Europa, pero él es suficiente para que Dios reconstruya el mundo”»¹⁰.

La asamblea empezó bien. Muchas personas encontraron profundas experiencias espirituales personales, y hubo una buena cobertura de prensa de los discursos públicos. Pero Buchman estaba inquieto. Durante casi toda una noche estuvo despierto, rezando y escuchando la dirección de Dios. El discurso que pronunció a la mañana siguiente, sacado directamente de sus notas de la noche anterior, echó por tierra el aparente éxito del acto y planteó un incómodo dilema a sus oyentes, de mente estrecha y complaciente.

«No me interesa, ni me parece adecuado», dijo, «que vayamos sólo a iniciar otro despertar. Cualquier estadista reflexivo con el que hablen les dirá que todos los países necesitan un despertar moral y espiritual. Eso es lo absolutamente esencial. Pero el despertar es sólo un nivel de pensamiento. Detenerse ahí es un pensamiento inferior.

El siguiente paso es la revolución. Es incómodo... A muchos cristianos no les gusta la palabra. Les asusta. Les

pone la piel de gallina. De ahí vienen algunos de tus críticos, cristianos de piel de gallina con un cristianismo de sofá. Lo que el Grupo de Oxford le dará a esta y a todas las naciones es una revolución espiritual».

«El punto es este», continuó Buchman. ¿Van a construir los cristianos una filosofía cristiana que mueva a Europa? ¿Son ustedes el tipo de cristianos que pueden construir esa revolución? Si no van a ir a ese frente de batalla, les deseo lo mejor. No voy a discutir con ustedes ni a criticarles. Hagan lo que quieran y como quieran. Esa es su idea de la democracia. No digo que sea la verdadera democracia, pero es la práctica popular de la democracia... En algún lugar del frente de batalla tendremos a los verdaderos revolucionarios».

«Más allá del despertar y de la revolución», prosigue, «hay una tercera etapa, el renacimiento. El renacimiento de un pueblo, de los individuos y el renacimiento de una nación... A algunos no les gusta la idea del renacimiento de las naciones, o de llegar a los millones. Se burlan de tal programa llamándolo “publicidad”... Toda la publicidad debe ser para la destrucción, o no. El Evangelio debe significar “buenas noticias”, noticias de portada. Pero la gente se opone si sale en la portada».

Uno de los acontecimientos que había generado esta arremetida fue un artículo del importante diario de Estocolmo, *Dagens Nyheter*, que mencionaba «los métodos de propaganda vociferantes del movimiento» y «la publicidad sobre el renacimiento mundial»¹¹. Buchman pensó que muchos de los presentes, incluidos algunos que habían encontrado ayuda personal a través del Grupo de Oxford, se refugiaban tras las críticas en su deseo de tener un movimiento seguro y restringido que evitara el ridículo público; y que algunos también buscaban un movimiento que les tranquilizara sus almas, al tiempo que permitiera que el patrón de sus vidas continuara más o menos como antes.

«Voy a prometerles una cosa» -concluyó-: «no voy a dar marcha atrás. No voy a dar marcha atrás, lo haga quien lo haga, cueste lo que cueste. Si se unen a esta gran cruzada, tendrán el camino de la Cruz. No les voy a atraer con esperanzas de éxito material. No les voy a atraer diciéndoles que van a ser héroes.

No voy a persuadirlos, aunque creo que estas tierras pueden dar un modelo de cómo vivir. Es una experiencia personal de la Cruz. No soy yo, sino Cristo. No soy yo quien está a la cabeza, sino Cristo quien guía».

Luego sugirió que la gente no asistiera a más reuniones, sino que lo pensara a solas:

«Lo que tienen que decidir es entre ustedes y Dios. Háganlo solos. Escribanlo si quieren. Es una escritura, como el traspaso de una propiedad - así que entrega tu vida a Dios, para que te dirija plena y completamente como compañero revolucionario»¹².

A raíz de este discurso, algunos decidieron dejar de trabajar con Buchman. Algunos incluso decidieron acabar con su trabajo si podían. Nils Gosta Ekman, que más tarde fue redactor del *Svenska Dagbladet*, cuenta que algunos reaccionaron contra el desafío de Buchman «como un insulto personal o un espionaje de sus secretos de defensa privados»¹³.

Sin embargo, un gran número de suecos aceptaron su desafío a sí mismos y a su país. Eran una muestra representativa de la nación: profesores, agricultores, trabajadores del acero, clérigos, estudiantes, escritores y artistas. Waldemar Lorentzon, del conocido grupo de pintores de Halmstad, experimentó una reconciliación con su mujer y llegó a creer que «el arte puede ser un poderoso portavoz de una nueva moral»¹⁴. Varios estudiantes de la Academia de Música, entre ellos algunos que se convertirían en destacados compositores e iniciadores de nuevas tendencias musicales, se reunían a diario para aprender a poner en práctica lo que habían decidido en Visby. A partir de entonces, los grupos florecieron durante algunos años en cada una de las cuatro universidades suecas. Su conferencia en Undersaker -en 1939- fue un acontecimiento nacional y proporcionó el núcleo de los colegas suecos a tiempo completo de Buchman para el futuro. Al año siguiente, 10.000 profesores presentaron a la nación una petición al rearme moral. Las ideas resumidas en su libro, *Ikke for skolam utam for livet / No para la escuela sino para la vida*¹⁵, adquirieron una amplia influencia y fueron apoyadas por el ministro de Educación de la época. Las iglesias también se vieron profundamente afectadas. Anders Frostenson, el

principal compositor de himnos de Suecia, afirma que el lenguaje utilizado en los sermones cambió por completo tras la llegada del Grupo de Oxford*.

Las personas que regresaron a otros países también empezaron a abordar problemas prácticos en sus naciones. Los finlandeses que habían estado en Visby organizaron una asamblea nacional en Aulanko -en enero de 1939-. Veinte años antes, Finlandia se había visto desgarrada por una guerra civil entre blancos y rojos, y los que habían perdido familiares en la contienda o habían sido confinados en campos de detención por uno u otro bando seguían viviendo con gran amargura. A la asamblea de Aulanko asistieron dirigentes de ambos bandos. El obispo de Tampere, Eelis Gulin, declaró en repetidas ocasiones que las reconciliaciones que allí se produjeron fueron un factor importante para unir a la nación en los meses inmediatamente anteriores a la invasión soviética de finales de ese año. Años más tarde, en Australia, dijo: «Dios nos concedió un milagro; muchos de nosotros damos gracias a Dios por Frank Buchman, uno de los que utilizó como Su instrumento»¹⁶.

En Dinamarca, algunos de los que fueron ayudados por el Grupo de Oxford -tres años antes- buscaban una forma de resolver el problema social más grave del país: una tasa de desempleo superior al 20%. Alfred Nielsen, empresario de la industria maderera de Silkeborg, recuerda que Buchman preguntó a los daneses en Visby si era voluntad de Dios que una quinta parte de la mano de obra estuviera en paro.

«No», le contestaron.

«Entonces vuelvan a sus casas y háganlo», dijo Buchman. Éste fue también uno de los temas principales de su discurso en Copenhague a finales de agosto, de camino de Suecia a Suiza¹⁷. Ya se habían hecho algunos experimentos, y Valdemar Hvidt escribió sobre ellos en *Politiken*¹⁸ mientras la asamblea de Visby aún estaba en marcha. El resultado fue una campaña nacional. Comenzó, según la *Scandinavian Review*, cuando «los

* Seis obispos nórdicos resumieron el efecto continuado de esta infusión en un mensaje a Buchman el 10 de enero de 1951: «Con su fe realista en Dios, su radicalismo ético, su compañerismo y su espíritu conquistador, el Rearme Moral ha hecho que los elementos cristianos originales de la fe cobren vida en medio de nuestro moderno entorno secularizado».

ciudadanos de muchas ciudades, despertados a la responsabilidad cívica a través del Grupo de Oxford, comenzaron a abordar el problema de los 100.000 desempleados de Dinamarca mediante el sacrificio espontáneo»¹⁹. El periódico relata cómo el primer ministro socialista, Thorvald Stauning, «expresó su gratitud -y la de la nación- por la oleada de esfuerzo voluntario» y ayudó a los iniciadores a reunir una Asociación Nacional para Combatir el Desempleo compuesta por quince destacados agricultores, empresarios y líderes sindicales, con Hvidt como presidente y Nielsen como miembro ejecutivo. «Cada éxito en la lucha contra el desempleo», añade *Review*, «ha sido el resultado de un nuevo espíritu. La acción conjunta de los quince es otro ejemplo del abandono de los fines privados y partidistas en favor del servicio nacional. La tarea principal, por lo tanto, es trabajar constantemente por ese cambio en el individuo en todo el país que exige nuevas cualidades de servicio nacional desinteresado»*.

Mientras tanto, en el ámbito internacional, algunos de los políticos que habían sido influidos por Buchman se encontraban entre los que crearon una organización llamada “los Estados de Oslo”. Se trataba de un intento de los países más pequeños de Europa de unirse para evitar la guerra. El creador del plan fue el antiguo primer ministro noruego, J. L. Mowinckel, que se había reconciliado con Hambro durante la campaña noruega de Buchman. Otro participante fue el ministro de Asuntos Exteriores finlandés, Rudolf Holsti, quien, en julio de 1938, había declarado a la prensa estadounidense que Buchman y el Grupo de Oxford «habían sido capaces de penetrar en los más altos círculos políticos y económicos, uniendo a la gente»²⁰. Otro, J. A. E. Patijn, ministro holandés de Asuntos Exteriores, que había intervenido en la manifestación de Utrecht, había ido con Buchman a Suecia para preparar la asamblea de Visby.

El director de *The Spectator*, Wilson Harris, señaló en su columna personal que la cooperación de Hambro y Holsti en la Sociedad de Naciones se debía a su asociación en el Grupo de Oxford. Harris escribió: «Por lo demás, los delegados noruego

* Los métodos utilizados en esta campaña y sus efectos sociales se describen a partir de documentos oficiales al final de este capítulo.

y finlandés son muy diferentes en su relación con el Dr. Buchman Pero ambos son hombres transparentemente honestos»²¹.

Unas semanas después de la asamblea de Visby, los ministros de Asuntos Exteriores de los siete «Estados de Oslo» se reunieron en Copenhague. Decidieron trabajar por un concepto de neutralidad más activo que, por ejemplo, Suiza, y esperaban poder enfrentarse a Hitler con una voz unida. Esto fue acompañado de un rápido rearme en Suecia; pero los Estados de Oslo se vieron sumidos en la confusión por el pacto soviético-nazi y no consiguieron mantener su unidad ante las presiones de la guerra.

Algunos grupos, así como individuos, dejaron de trabajar activamente con Buchman a raíz del lanzamiento de Rearme Moral. En Noruega, por ejemplo, algunos de los que habían llegado a depender -para su consuelo espiritual personal- de una reunión de grupo semanal, se separaron, llamándose a sí mismos *The Old Oxford Group* / El Antiguo Grupo de Oxford. Lo mismo ocurrió en otros países, a veces a gran escala. Algunos sostuvieron que la atención de Buchman a asuntos no puramente personales implicaba un cambio de principios. Su propia explicación era que si el Rearme Moral era el coche, el Grupo Oxford era el motor, y que el cambio individual era la base de ambos.

Otros se desvincularon porque pensaban que Buchman «se metía en política». Para Buchman, sin embargo, el Rearme Moral no era más que la realización del objetivo que había enunciado a sus estudiantes en Penn State y Hartford, y que redefinió en 1921 como «un programa de vida que desemboca en un cambio personal, social, racial, nacional y supranacional»²². «El Grupo de Oxford», había dicho a menudo, «no tiene nada que ver con la política, pero tiene todo que ver con la política, porque conduce al cambio en los políticos»²³.

La retirada individual que Buchman más lamentó fue la de su viejo amigo y compañero de viaje, Sherwood Day, que había trabajado estrechamente con él durante veintidós años.

Durante el invierno de 1936-7, Day sufrió una pleuresía seguida de neumonía. Durante su lenta recuperación, reaccionaba cada vez peor ante algunos de sus colegas, ante algunas actitudes, ante algunas frases. ¿Era correcto considerar que los alcohólicos ya no formaban parte de su responsabilidad? ¿Era engañosa la palabra “moral” en “Rearme moral”: implicaba autoesfuerzo y un fin en sí mismo? ¿Se estaba convirtiendo la hermandad en una institución? Con el tiempo, Day regresó a Estados Unidos, se convirtió en ministro de una iglesia presbiteriana y se dedicó a una vida de servicio constante a los individuos, dejando de lado conscientemente cualquier intento de aplicación más amplia de las creencias espirituales. Buchman echó de menos a Day personalmente, pero nunca cuestionó su derecho a tomar un camino diferente.

Hubo, por supuesto, personas que habían encontrado una experiencia transformadora a través del Grupo de Oxford y que sintieron una llamada específica a un trabajo distinto del emprendido por Buchman. Uno de ellos es Paul Tournier, psiquiatra suizo y autor de *best-sellers**.

«Se lo debo todo», dijo en 1982: «toda la aventura espiritual que ha habido en mi vida... mi propia transformación, la transformación de nuestro hogar, de nuestra vida matrimonial y familiar... Le debo toda mi carrera, toda la nueva orientación en la comprensión de la medicina y en nuestro pensamiento médico que he podido desarrollar»²⁴.

Entrevistado en 1978, Tournier dijo que Buchman era el hombre «que más me había influido en toda mi vida». En 1932 era médico generalista, huérfano, un hombre muy cerrado, al que le resultaba prácticamente imposible establecer contacto personal con cualquier persona. El encuentro con el Grupo de Oxford en Suiza había eliminado este problema y le había liberado, junto con su esposa, para ayudar espiritualmente a la gente.

«En 1937 fui por primera vez a Oxford, a una *'house party'*», continuó Tournier. «Frank estaba interesado en que aplicáramos nuestra experiencia personal a nuestra

* Desde 1938 ha escrito dieciocho libros de los que se han vendido dos millones de ejemplares.

vida profesional. Yo tenía una experiencia considerable en este campo, pero era más como un experimento de laboratorio: había empezado a provocar cambios en los pacientes sin ver las consecuencias para el futuro de la medicina. Tuve la clara convicción de que Dios quería que dedicara el resto de mi vida a mostrar el efecto de la vida espiritual en la salud de las personas».

A su regreso de Oxford, Tournier envió una carta impresa a todos sus pacientes en la que decía que ya no ejercería como médico ordinario, sino que estaría disponible para ayudar espiritualmente a cualquier persona. «Perdí prácticamente a todos mis pacientes. En 1938 empecé a escribir *Medecine de la Personne / La Medicina de la Persona*²⁵, que dediqué a Buchman». Tournier estaba tan convencido de esta dedicatoria que retrasó su publicación en Gran Bretaña durante quince años en lugar de omitirla, como deseaba su editor.

«Mi propio camino fue diferente, pero siempre me he sentido parte integrante de la revolución espiritual que Frank trajo al mundo. Cuando Frank lanzó el *Rearme Moral*, admiré su valentía al ocuparse de los políticos y de los asuntos espinosos que tienen que tratar. Creo que los historiadores verán en él al hombre que lanzó todo un desarrollo espiritual de la humanidad, más que al fundador del movimiento del *Rearme Moral*. Creo que fue un profeta. Lo comparo con Wesley y San Francisco. En el Occidente puramente racional, restauró el valor de las relaciones humanas irracionales. ¿Por qué se le opusieron? Por la misma razón que a Jesús y sus discípulos se le opusieron».

Malcolm Muggeridge escribe que durante mucho tiempo estuvo desconcertado por «la extraordinaria hostilidad que el evangelismo cristiano de Buchman causó» en Gran Bretaña. «Sí, es estadounidense», dice, «pero también lo es Billy Graham, por ejemplo, y nunca he oído a la gente denigrar a Billy en términos tan crueles como lo hicieron con Buchman y el RM».

«Una experiencia que tuve hace unos años me aclaró el enigma. Había sido elegido por los estudiantes de la Universidad de Edimburgo para ser su rector, y cuando fui

a Edimburgo para mi toma de posesión tuve una acogida maravillosa. Unos meses más tarde, el Sindicato de Estudiantes me pidió que presentara una solicitud al órgano de gobierno de la universidad para que la Unidad Médica de la universidad facilitara gratuitamente anticonceptivos. Me negué a hacerlo, por lo que fui objeto de insultos, hasta el punto de que me vi obligado a dimitir. En un sermón de despedida en la catedral de *St. Giles*, expliqué por qué había hecho lo que había hecho, y recibí algunos agradecimientos privados, pero ninguno público. La conclusión a la que llegué fue que en una sociedad libertina cualquier ataque al libertinaje es una condena... Tom Driberg era un enemigo empedernido del RM; los lectores de su autobiografía póstuma verán por qué»²⁶.

Apéndice del capítulo 23:

La Campaña Danesa contra el Desempleo

El relato oficial de los orígenes de lo que se convertiría en una campaña nacional afirma: «Durante 1938, las personas en contacto con el Grupo de Oxford se reunieron y consideraron si era posible activar la iniciativa privada para complementar los esfuerzos públicos²⁷». La idea, en esencia, era que era responsabilidad de todos encontrar trabajo para los demás. «Cuando una piedra es demasiado pesada para moverla», decía el abogado Valdemar Hvidt, «rómpe-la en trozos pequeños y haz que muchos la carguen». El desempleo era una cuestión de conciencia para todos, y cada ciudad y pueblo tomaría medidas para encontrar trabajo a sus propios desempleados.

El primer experimento lo inició Knud Oldenburg, del Departamento de Bosques y Energía. Oldenburg, por ejemplo, había formado un cuerpo volante de personas de los pueblos de Jutlandia que antes se consideraban inempleables. Ralearon los bosques que una generación anterior había plantado a lo largo de la costa de Jutlandia para recuperar la tierra, un trabajo que ahora se había convertido en esencial pero que los

campesinos propietarios no tenían capital para asumir. Esta empresa, que recuperaba hombres, tierra y lo que en la guerra resultaría ser un valioso combustible, se financió al principio voluntariamente, pero muy pronto el Ministerio de Asuntos Sociales, con el acuerdo de los sindicatos, garantizó a los hombres un pequeño salario hasta que el trabajo se hizo autosuficiente. Oldenburg, que había sido un hombre de gran ambición *personal*, aprendió a transformar esta energía en servicio *nacional* después de su contacto con el Grupo de Oxford»²⁸.

En diciembre de 1938, Hvidt, Nielsen y sus amigos consiguieron una entrevista con el primer ministro socialista, Thorvald Stauning: «Hemos conseguido mucho en el terreno social y esperaba que los cambios sociales hicieran a la gente responsable», dijo, «Lo que hace falta es el cambio de actitud que ustedes han vivido». Sugirió personas -líderes agrícolas, empresarios y dirigentes sindicales- que, si trabajaban juntos, podrían aportar una solución. El 1 de agosto de 1939 se fundó la Asociación Nacional de Lucha contra el Desempleo (LAB), presidida por Hvidt y con Nielsen como miembro ejecutivo. En la reunión inaugural, celebrada en Copenhague, el primer ministro «expresó su gratitud y la de la nación por la oleada de esfuerzos voluntarios que había culminado en la Asociación y que había puesto a trabajar juntos a hombres de todos los campos y clases a los que antes les resultaba muy difícil cooperar en cualquier cosa»²⁹.

La invasión alemana del 9 de abril de 1940 estimuló a la Asociación a realizar mayores esfuerzos. Cada danés empleado significaba uno menos que podía ser transportado a trabajar en las industrias de guerra alemanas. Se tomaron muchas iniciativas. En la ciudad de Vejle, por ejemplo, la gente había estado posponiendo la pintura de sus casas, mientras había veinticinco pintores sin empleo. Todos ellos fueron contratados, y la demanda de carpinteros y ebanistas era tan grande que los trajeron de otras ciudades³⁰. En 1944, en preparación para la paz, se visitaron 100.000 granjas para ver qué reparaciones y mejoras del terreno eran necesarias, lo que dio lugar a un registro de 30.000 puestos de trabajo adicionales³¹. La LAB siguió funcionando, bajo la misma dirección, hasta 1965, cuando, gracias a la mejora de la

economía y a otros factores, la cifra de desempleo había descendido del 20,1% en el momento de su creación al 3,7%³².

Después de la guerra, el economista Finn Friis escribió: «Hay que utilizar las palabras “cambio de mentalidad” en relación con este trabajo. Aportó una nueva comprensión del valor del trabajador y está dejando huellas permanentes en nuestra economía de posguerra»³³.

«EL REARME MORAL SE HACE PÚBLICO»

De Visby, Buchman se trasladó a Interlaken (Suiza), donde había convocado una asamblea internacional para el Rearme Moral. Oxford era ahora no sólo demasiado pequeño, sino también demasiado alejado del centro de los acontecimientos. La asamblea abarcó los doce primeros días de septiembre de 1938, cuando Europa parecía estar al borde de la guerra tras las amenazas de Hitler a Checoslovaquia. «Nos hemos impuesto la difícil tarea de intentar liquidar el coste de la amargura y el miedo, que aumentan día a día», dijo Buchman al principio, «las probabilidades parecen estar en nuestra contra, pero al igual que los individuos son liberados de sus prisiones de duda y derrota, también es posible que las naciones sean liberadas de sus prisiones de miedo, resentimiento, celos y depresión»¹...

En cada reunión se esforzaba por demostrarlo con ejemplos vivos. Un día, japoneses y chinos hablaban lado a lado; otro, franceses y alemanes, o sudetes y checos, conservadores y marxistas, blancos y negros. Todos describieron, a partir de su propia experiencia, cómo superar el miedo y la codicia o salvar los abismos del odio nacional y racial. El propio Buchman, en contra de su costumbre, habló día tras día. Mientras que normalmente sólo había pronunciado uno o dos discursos importantes al año, a mediados de 1938 pronunció doce en seis meses.

El más controvertido y citado -o mal citado- de ellos se titulaba «Orientación o armas»*: «El mundo se encuentra en una encrucijada», comenzaba diciendo. Debemos escuchar la orientación o escucharemos las armas».

«Cada hombre en cada país debe escuchar la orientación. En la industria, en el taller, en la vida de la nación, en el parlamento, lo normal es escuchar a Dios. Cada nación lo expresa a su manera, pero todo controlado y dirigido por Dios. Así, con Dios guiando, todos se entenderán. Aquí, en esta filosofía, está la paz duradera, y sólo aquí»².

Un joven suizo le preguntó si sería posible evitar que estallara la guerra. «No lo sé», respondió, «pero si hay cincuenta hombres en cada país que se entreguen por completo, saldremos adelante»³.

A medida que la crisis se agravaba, los delegados de la asamblea fueron llamados a las fuerzas armadas de sus diferentes naciones. El discurso de clausura de Buchman se refirió a la movilización moral masiva necesaria para «responder al hambre de paz y de un mundo nuevo de la humanidad»⁴. Después, otros delegados volvieron a casa. Mientras Gudrun Egebjerg, periodista danesa, almorzaba en la estación de ferrocarril justo antes de que saliera su tren para cruzar Alemania con destino a Dinamarca, se acercó un coche: «Buchman se dirigió directamente a nuestra mesa» -recordó más tarde- «y me dijo: “Esta mañana parecías muy triste. Sólo quiero dejarte esto: ‘Todo lo puedo en Cristo que me fortalece’. Adiós”, y se fue».

«Nunca había visto esa faceta de Frank» -añadió la señorita Egebjerg- «El líder, el estadista que yo conocía. La risa alegre y cálida, la agudeza y el desafío; pero nunca antes esta compasión profunda y sencilla, tomándose el tiempo en un día muy ajetreado de atravesar la ciudad para decir una última palabra, sólo porque se acordaba de una cara sombría». Fue uno de los muchos incidentes de este tipo. Otro participante en la asamblea, el General C. R. P. Winser, señaló: «Lejos de

* Algunos críticos titularon erróneamente «Orientación, no armas», dando a entender que Buchman estaba en contra del rearme de las democracias; véase el encabezamiento del capítulo 5 de la obra de Driberg *The Mystery of Moral Re-Armament* / El Misterio de Rearme Moral.

estar obsesionado por la crisis, Buchman pensaba en todos y para todos».

Buchman llevó un equipo a Ginebra para un almuerzo por invitación de los delegados de la Liga, que Hambro había entregado personalmente en Interlaken. El almuerzo se celebró el 15 de septiembre de 1938, el día en que Chamberlain volaba para reunirse con Hitler en Berchtesgaden. Los anfitriones de Buchman eran cuatro destacados delegados políticos de la Liga*, y asistieron diplomáticos de cincuenta y tres países. Hambro presentó a Buchman y sus colegas a sus colegas diplomáticos: «Donde nosotros no hemos conseguido cambiar la política, ellos han conseguido cambiar vidas y dar a hombres y mujeres una nueva forma de vivir»⁵.

Patijn, ahora ministro neerlandés de Asuntos Exteriores, relató cómo había crecido la tensión entre su país y Bélgica, mientras él era embajador en ese país. El Tribunal Internacional de La Haya había fallado en contra de los Países Bajos en un caso vital, y él mismo se había sentido molesto por la forma en que ciertos periódicos belgas informaron del asunto, por haber puesto en ridículo a los Países Bajos. «En aquel momento», continuó, «tuve que intervenir en una importante cena en Bruselas. Me sugirieron que hablara del caso. Me negué rotundamente. Pero justo antes de responder al brindis, tuve la convicción de que debía referirme al litigio. Felicité a mis anfitriones por su éxito y dije que en el futuro seríamos mejores amigos. A partir de ese día cesaron todos los comentarios amargos contra mi país». «El hecho de haber podido pronunciar semejante discurso» -añadió Patijn- «se debió únicamente a mi profunda convicción de que estaba mucho más de acuerdo con la voluntad de Dios que el discurso que había querido pronunciar anteriormente»⁶.

El *Journal de Geneve* publicó un suplemento de cuatro páginas con este motivo y su director, Jean Martin, lo envió a sus colegas de muchos países. «Pase lo que pase en Europa», les escribió, «el Rearme Moral sigue siendo la única respuesta a las crisis recurrentes y la única base para una paz permanente»⁷.

* C. J. Hambro, J. A. E. Patijn, N. W. Jordan de Nueva Zelanda y V. V. Pella de Rumania.

Munich, con su intento de contener el empuje de Hitler apaciguándolo, llegó y se fue. Buchman se sintió aliviado, como la mayoría de la gente, por la desaparición de la amenaza inmediata de guerra, pero no creía que se hubiera conseguido nada fundamental. Lo consideraba un respiro en el que el rearme moral y espiritual debía seguir adelante en paralelo con un mayor rearme material.

Mientras tanto, el discurso de Buchman en *East Ham* había suscitado una serie de cartas en *The Times*. La primera era de treinta y tres diputados de todos los partidos, que señalaban que «la cruzada del Grupo de Oxford por el Rearme Moral» era «urgentemente necesaria»⁸.

El 10 de septiembre, cuando la diplomacia se volvía cada vez más frenética, a esta carta le siguió otra titulada «Rearme Moral: la necesidad del momento», firmada por diecisiete personalidades públicas, entre ellas el ex primer ministro Lord Baldwin, dos mariscales de campo, un almirante de la flota y Lord Trenchard, creador de la *Royal Air Force*:

«La fuerza de una nación consiste en la vitalidad de sus principios. La política, tanto exterior como interior, está determinada en última instancia por el carácter de su pueblo y la inspiración de sus líderes; por la aceptación en sus vidas y en su política de la honestidad, la fe y el amor como los cimientos sobre los que puede construirse un mundo nuevo. Sin estas cualidades, los armamentos más fuertes, los pactos más elaborados, sólo posponen la hora de la destrucción...

El Espíritu Vivo de Dios llama a cada nación, como a cada individuo, a su destino más elevado, y rompe las barreras del miedo y la codicia, de la sospecha y el odio. Este mismo Espíritu puede trascender los sistemas políticos en conflicto, puede reconciliar el orden y la libertad, puede reavivar el verdadero patriotismo, puede unir a todos los ciudadanos al servicio de la nación, y a todas las naciones al servicio de la humanidad. "Hágase tu Voluntad en la tierra" no es sólo una oración de orientación, sino una llamada a la acción. Porque Su voluntad es nuestra paz»⁹.

Lord Salisbury, que firmó la carta y participó en su redacción, esperaba que «los dirigentes alemanes la leyeran»¹⁰. No sólo se enviaron copias a Lord Stamp, uno de los firmantes que se encontraba en Alemania en ese momento, sino que el general Winser telefoneó a Lord Redesdale, invitado de Hitler en Berlín, quien prometió leérsela a su anfitrión. La carta se imprimió en todo el mundo y fue comentada favorablemente en algunos periódicos austriacos e italianos.

Los líderes nacionales suizos¹¹ y holandeses instigaron sus propias campañas a favor del rearme moral. El llamado holandés fue firmado por el comandante en jefe del ejército, el jefe del estado mayor naval, el presidente del Tribunal Supremo y varios ministros y gobernadores de las Indias Orientales Holandesas¹². La reina Guillermina describió esta petición a su ministro de Asuntos Exteriores como «una campaña contra el derrotismo»¹³. Tres semanas más tarde, la reina dirigió un mensaje personal a la nación en el que subrayaba que «nuestra civilización, a pesar de estar respaldada por el refuerzo de nuestra fuerza militar», no podría evitar la destrucción sin «la convicción expresada en este llamado al rearme moral y espiritual»^{14*}. Cuando el rey Leopoldo de Bélgica realizó una visita de Estado a Holanda, habló del «acercamiento y la cooperación de nuestras dos naciones», que se estaban desarrollando y ganando solidaridad y fuerza «al servicio de este ideal»¹⁵.

El apoyo público al Rearme Moral en Gran Bretaña iba en aumento. Diecisiete líderes sindicales nacionales, entre ellos el actual presidente del Congreso de Sindicatos y tres ex presidentes, escribieron que «representaba el espíritu dinámico de los mejores de los primeros líderes laboristas y debe ser recreado»¹⁶. A ellos siguieron grupos de líderes cívicos y periodistas, y treinta y siete deportistas de élite. Catorce prominentes escoceses¹⁷ y los líderes de ciudades como Liverpool¹⁸ se unieron. El Día del Armisticio, el conde de Athlone y otros seis** escribieron sobre la disposición de Gran Bretaña a lo largo de su historia «para hacer frente a las crisis

* No está claro si la reina se dio cuenta de que toda esta campaña se había originado en el discurso de Buchman en East Ham.

** El almirante de la flota Sir Osman Brock, el vizconde FitzAlan de Derwent, el escritor Ian Hay, Lord Howard de Penrith, el general de división Sir Frederick Maurice y Lord Rennell de Rodd.

recurrentes con el valor que cada una exigía». «La nación y el imperio deben permanecer o caer por nuestra respuesta a esa llamada. La elección es el rearme moral o la decadencia nacional»¹⁹. El llamado fue asumido por el gobernador general de Australia, Lord Gowrie²⁰, y por los líderes nacionales y la prensa en muchas partes de la Mancomunidad. En octubre, Buchman escribió al rey Jorge de Grecia: «El Rearme Moral se está convirtiendo en un punto de encuentro para que las democracias respondan a la insinuación de los dictadores de que las democracias no tienen un plan»²¹.

La idea del Rearme Moral, de hecho, había captado la imaginación de muchos líderes, que veían en ella la expresión de un requisito esencial para la preservación de la paz. La urgencia de la situación impulsó a muchas personas, conocidas y desconocidas para Buchman, a entrar en acción. Él no tuvo nada que ver con las cartas en sí, y Patijn, entre otros, le agradeció su disposición a permanecer en un segundo plano.

En Gran Bretaña, Buchman, tras una prolongada presión pública, había sido invitado a hablar -por primera vez- a través de la BBC*, aunque el director de Religión, F. A. Iremonger, intentó mantener cierto control y desaprobó el uso de la palabra “cambio”²², en vano. Lord Salisbury había encabezado la solicitud, alentado por el arzobispo Lang, que se alegraba de que estuviera intentando que la BBC «hiciera algún tipo de reparación por el agravio bastante grave que hizo al Movimiento con su grabación de aquel desafortunado almuerzo de Foyle»²³. Buchman envió a Salisbury el borrador de la charla, que tituló «El caos contra Dios», para que diera su opinión. «Admiré mucho tu discurso», escribió Salisbury. «Puedo decir que creo que has puesto el orden del despertar espiritual de la manera correcta - primero el individuo, luego la sociedad y por último la relación internacional Creo que la frase, “La dictadura del Espíritu Santo”, es una frase muy notable que persistirá. En conjunto, se trata de una expresión muy llamativa»²⁴.

* En una serie sobre «La validez de la experiencia religiosa», emitida el 27 de noviembre de 1938.



33- Fredrik Ramm,
editor del *Oslo
Morgenbladet*.



34. Ronald Fangen,
novelista noruego.

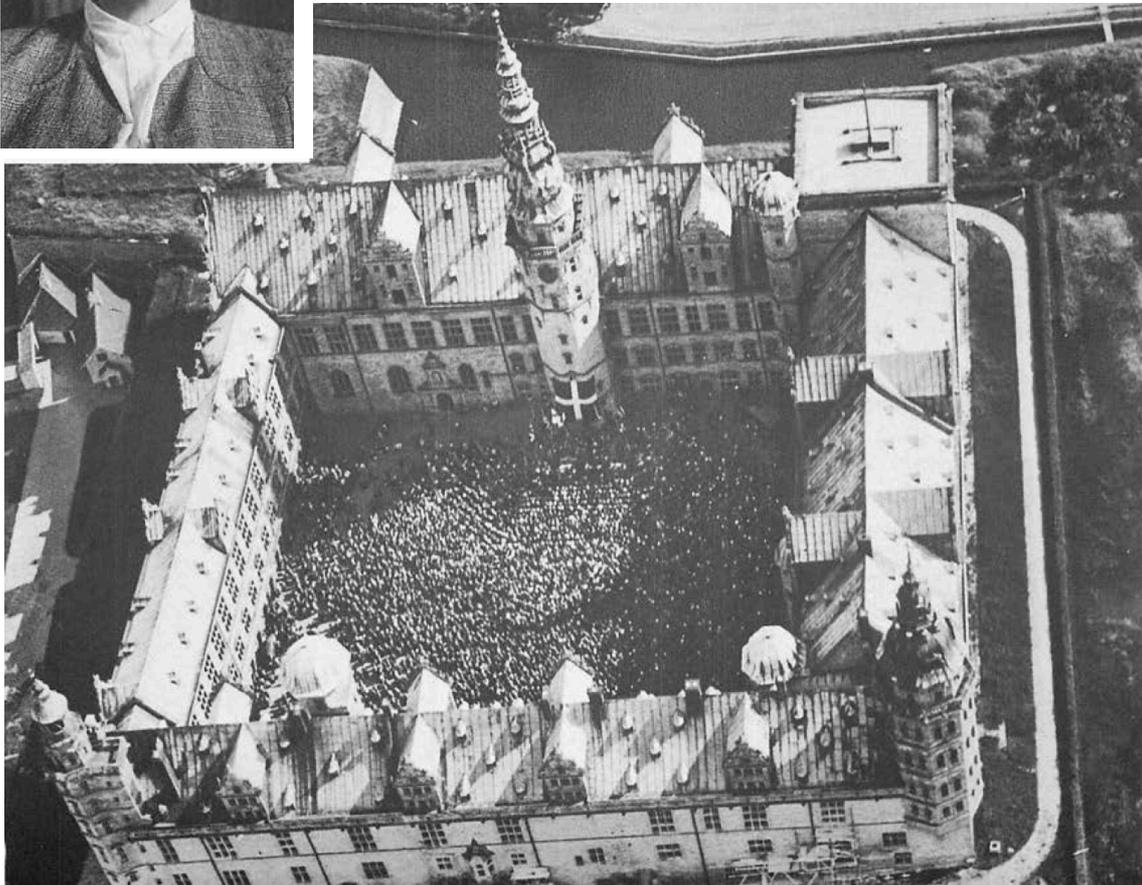


35. Carl Hambro,
presidente del Parlamento
noruego, invitó a
Buchman a Noruega.



36. *a la izquierda* - Fran Moni von Cramon, pionera del trabajo
de Buchman en Alemania en los años treinta.

37. *abajo* - 10.000 personas llenan el patio del castillo de
Kronborg en Elsinore, Dinamarca. El trabajo de Buchman se
extendió rápidamente por el Norte.



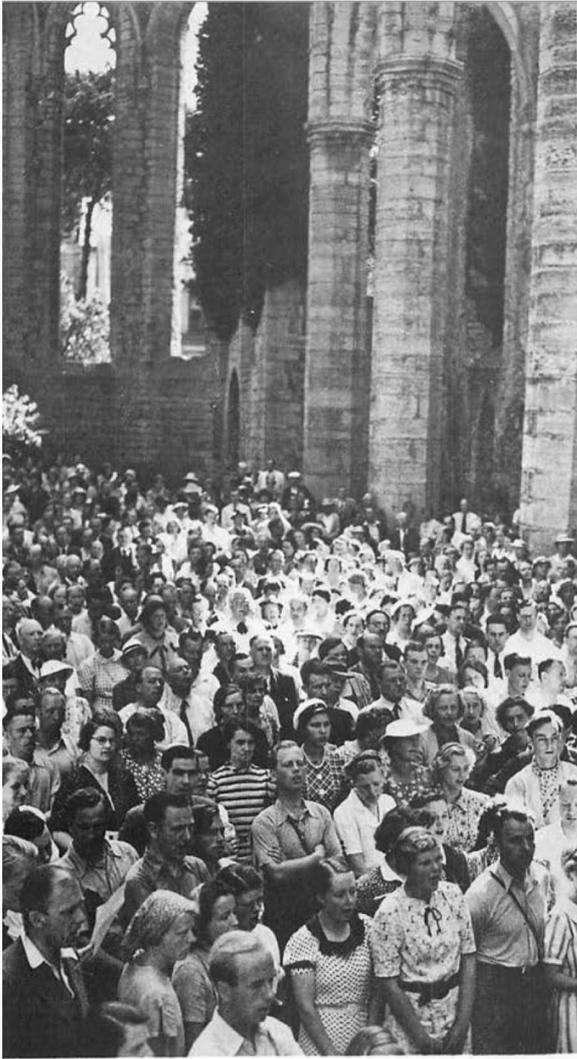


38. *Recuadro* - Buchman hablando en una manifestacion masiva en el edificio de la Feria de Industrias Britanicas, Castle Bromwich, Birmingham, en 1936.

39. *Arriba* - Parte de la multitud procedente de toda Gran Bretaña y del extranjero.

40. *Abajo*: Harry Blomberg, autor socialista sueco, con Buchman. El libro de Blomberg *We Must Begin Again / Debemos Empezar de Nuevo*, pedía una base moral para la democracia para hacer frente a la amenaza de las ideologías totalitarias. Cuando Buchman le pidió un mensaje de esperanza, respondió: «Debemos rearmarnos moralmente». Esto dio a Buchman la idea clave para hacer un llamado mundial al *Rearme Moral*.



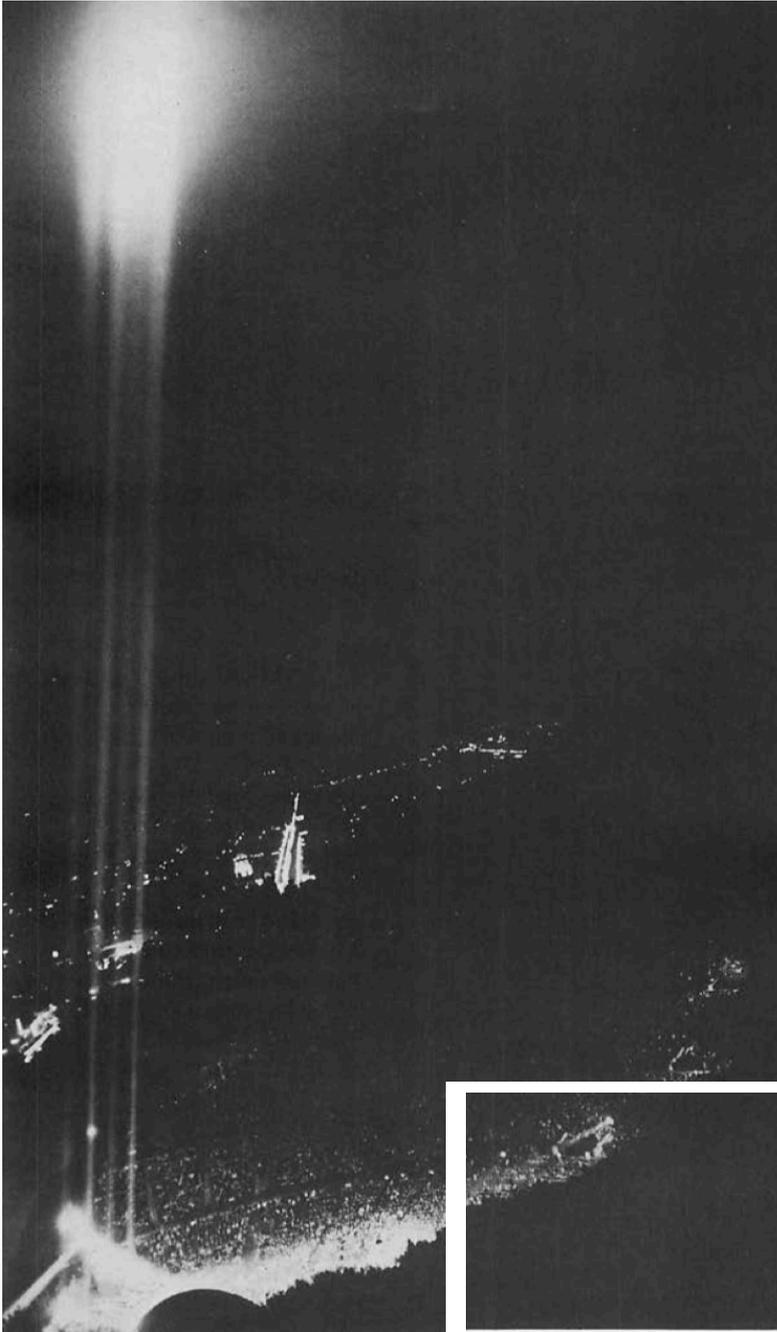


41. *Izquierda* - El *Rearme Moral* en Suecia se puso en marcha en la antigua ciudad de Visby.

42. *Arriba* - Buchman hablando en Visby, traducido por el autor sueco Sven Stolpe.

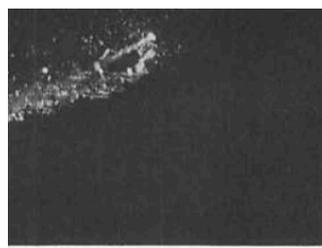
43. *Abajo* - El ministro de Asuntos Exteriores de Holanda habla a los delegados de la Sociedad de Naciones. *Extremo derecho* - Buchman y Carl Hambro.





44- *Izquierda* - Cuatro reflectores que representan las normas absolutas de honestidad, pureza, altruismo y amor, iluminan el cielo sobre una concurrida asamblea para el Rearme Moral en el Hollywood Bowl, California. En 1939 y 1940 se celebraron varias asambleas del RM en Estados Unidos.

46. *Abajo* - A pesar de la demanda pública, Buchman se retiró a Tahoe, en las montañas de Sierra Nevada, en septiembre de 1940, con colegas cercanos, para buscar los próximos movimientos y encontrar un compromiso más profundo.



45. *Arriba* - H. W. 'Bunny' Austin y su esposa con Buchman en Estados Unidos, julio de 1939.





47. *Arriba* - Isla Mackinac, Michigan, donde en 1941 se creó un centro de formación en apoyo de la campaña nacional desarrollada en Tahoe.



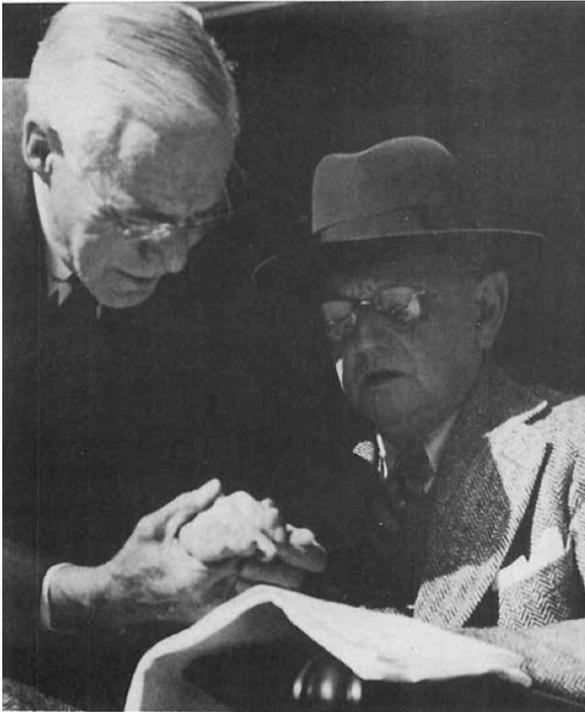
48. *Izquierda* - Buchman (centro) con el Sr. y la Sra. Henry Ford. Buchman les preguntó dónde podría instalarse una cadena de montaje de ideas para satisfacer las necesidades del mundo. La Sra. Ford sugirió la isla de Mackinac.

49. *Izquierda abajo* - Buchman con Ray Purdy (centro) y el explorador contralmirante Richard E. Byrd.



50. *Abajo* - John Riffe, organizador de los trabajadores del acero del CIO, con la Sra. Thomas Edison, viuda del inventor, ambos amigos de Buchman.





51. *Arriba* - Buchman (derecha), que sufrió un derrame cerebral en 1941, es examinado por un viejo amigo, el Dr. Loring Swaim.



52. *Arriba* - Partidarios incondicionales: El senador Harry S. Truman y el congresista Wadsworth (derecha).

53. *Abajo* - Cuando el general Marshall ordenó la liberación anticipada de las fuerzas armadas de algunos de los principales trabajadores de Buchman, éste acudió al aeropuerto para recibirlos.



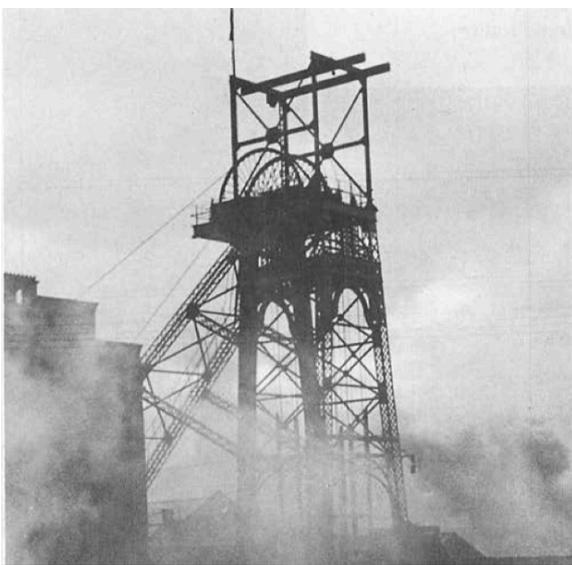


54. *Izquierda* - Buchman entrando en el 45 de Berkeley Square, 30 de abril de 1946. Esta casa londinense fue cedida en 1938 como centro para su trabajo en Gran Bretaña.



55. *Arriba* - De regreso a Gran Bretaña en 1946, Buchman es recibido por el Comandante de Ala Edward Howell, OBE, DEC en Southampton.

56. *Abajo* - La primera gran misión de Buchman en Gran Bretaña fue a los yacimientos de carbón. 57. *Derecha* - Buchman abandona la casa de campo de Reg e Ivy Adams, mineros de Yorkshire.





58. *Arriba* - Mountain House / La Casa de la Montaña, Caux, Suiza. Parte del centro de conferencias abierto por amigos suizos como base para el trabajo de posguerra de Buchman en Europa. Rápidamente se convirtió en un centro mundial.

60. *Abajo a la derecha* - A su llegada a Caux, Buchman apreció muchas cosas, pero preguntó: «¿Dónde están los alemanes? Nunca podrán reconstruir Europa sin los alemanes».

59. *Abajo* - Cientos de alemanes y franceses llegaron a Caux en los años siguientes. De izquierda a derecha: Dr. Artur Strater (Alemania), Buchman, Madame Irene Laure (Francia).



El arzobispo Lang había enviado, en junio, un mensaje de felicitación a Buchman con motivo de su cumpleaños sesenta: «por el gran trabajo que ha sido capaz de realizar al poner bajo el Poder transformador de Cristo a multitudes de vidas humanas en todas las partes del mundo»²⁵. A principios de octubre, el arzobispo hizo un llamado al arrepentimiento nacional y al retorno a la voluntad de Dios, en el que se refirió a las declaraciones que pedían el rearme moral: «Todos, de un modo u otro, insisten en que lo que más se necesita en nuestra vida personal, civil, industrial e internacional es, por citar la carta de los miembros del parlamento, “una re-dedicación de nuestro pueblo a esas virtudes elementales de honestidad, desinterés y amor que muchos de nosotros hemos permitido que ocupen un lugar secundario; la sujeción, como nos recordó una vez el ministro de Asuntos Exteriores, de cada parte de nuestro ser al servicio de Dios”... Los lugares comunes del púlpito pueden empezar a dar fruto si se convierten en las convicciones de los hombres en el parlamento, en la oficina y en la fábrica del ‘hombre de la calle’. Compañías de hombres y mujeres unidos en tal lealtad al liderazgo de Cristo en medio de la nación ... gradualmente leudarían toda la masa. He aquí la forma más elevada y profunda de servicio nacional»²⁶.

En noviembre, Buchman pronunció un discurso en un almuerzo del *National Trade Union Club* / Club Nacional de Sindicatos, del que George Light era ahora presidente. Se sentó entre Ben Tillett y Tom Mann, los legendarios líderes de la huelga portuaria de Londres de 1889. Ambos se convirtieron en firmes amigos suyos, y Tillett entró más tarde en las listas cuando Buchman fue criticado en el *Daily Telegraph*²⁷. Dijo de él: «Me gusta Frank Buchman... Es un gran hombre porque ama a sus semejantes» y, durante su última enfermedad, envió a Buchman un mensaje verbal: «Dile que siga luchando. Dale recuerdos y dile que le deseo mucha suerte. Díselo: Tienes un gran movimiento internacional. Utilízalo. Es la esperanza del mañana. Tu movimiento devolverá la cordura al mundo»²⁸.

Cuando la Asociación de la Prensa le pidió un mensaje de Año Nuevo, Buchman trató de expresarlo en términos comprensibles para todo el mundo en aquel momento. Las siglas ARP (*Air Raid Precautions* / Precauciones Contra Ataques Aéreos) eran ya familiares para todos en Gran Bretaña, ya que

se cavaban trincheras y se instalaban refugios en parques y jardines traseros. Alguien había sugerido que el Rearme Moral y Espiritual era engorroso, y que podría abreviarse como RM. Buchman aceptó inmediatamente esta idea, al igual que había tomado la frase original de Blomberg: «El RM», comenzaba así su mensaje de Año Nuevo, «es la respuesta a los oscuros presentimientos y temores para 1939. El RM es tan esencial como el ARP, y elimina el miedo. El RM es un bien para todos los hogares... Es propiedad de Dios ... Significa Dios en control personal y nacional. Significa el conocimiento y la información exacta que trae la orientación de Dios»²⁹.

El RM también estaba siendo promovido en Gran Bretaña por Bunny Austin, el ídolo del tenis británico del momento*. Austin había conocido a Buchman seis años antes, mientras jugaba al tenis en el sur de Francia. Se convenció de que las ideas de Buchman eran la mejor esperanza para mantener la paz en Europa, algo que le había preocupado mucho, aunque sin poder encontrar ninguna forma práctica de acción. Sin embargo, cuando regresó a Londres, se encontró con la firme resistencia de su esposa, la actriz Phyllis Konstam. Para mantener la paz en casa, había cedido y, aparte de su encuentro en el almuerzo de Foyle, había visto poco a Buchman y sus amigos. Sin embargo, había seguido creyendo en el enfoque de Buchman y, cuando estalló la crisis de Munich, decidió que debía seguir su conciencia, pasara lo que pasara, y unirse a ellos.

«El 11 de septiembre de 1938, un celador nos llamó con máscaras antigás», escribió más tarde. «Dijo que nuestro bebé tendría que tener una tienda a prueba de gas. De repente me di cuenta de que mis presentimientos de hacía seis años se habían hecho realidad. ¿Y qué había hecho al respecto? Había estado en contacto con una respuesta, y me había apartado, traicionando lo mejor de mí mismo, traicionando a mi mujer y traicionando a mis semejantes. Porque creo que si los innumerables ingleses como yo, que habían conocido al Grupo a principios de los años treinta, hubieran aceptado de todo corazón su desafío, se habría producido tal endurecimiento de la moral que

* Y sigue siendo, mientras escribo, el último inglés que ha llegado a la final masculina de Wimbledon.

Hitler nunca habría dudado de nuestra voluntad de luchar. Tal como estaban las cosas, en Gran Bretaña habíamos ido a la deriva hacia la guerra sin estar dispuestos a enfrentarnos a lo que Alemania estaba haciendo, a pesar de que estaba explicado para nosotros en “Mein Kampf”».

El primer pensamiento de Austin fue movilizar a los deportistas en favor del Rearme Moral. De ahí su carta a *The Times*. Con George Eyston, el motorista de carreras, se dirigió a 58.000 espectadores en el descanso del partido entre el Arsenal y el Chelsea, presentado por el entrenador del Arsenal, George Allison. En otros lugares del país se llevaron a cabo acciones similares. A continuación, Austin publicó un libro con los llamados al Rearme Moral en varios países, junto con vívidas historias personales de él mismo, del líder de los desempleados, Bill Rowell, y de otros. Austin empezó a trabajar en el libro el 1 de diciembre; se imprimió y se puso a la venta el 14. «Estaba acostumbrado a moverme a toda velocidad en una pista de tenis», comenta Austin; «¡no estaba acostumbrado a moverme a esta velocidad! El libro se vendió rápidamente. Se anunciaba en diez mil carteles por todo el país, donados por las agencias de publicidad. La primera edición, de 250.000 ejemplares, se agotó rápidamente. Se imprimió el segundo cuarto de millón»³¹. Para anunciar el libro, se imprimió el símbolo del RM en millones de tapones de botellas de leche.

Rearme Moral, dijo el arzobispo Lang en su discurso de Año Nuevo, había «tomado fuerza en toda Gran Bretaña». Pero no sin dificultades. Bill Jaeger informó desde el este de Londres: «Will Jacob (un agente del Partido Laborista), el concejal George Morcara y la concejala Sra. Brignell fueron llevados ante el comité de su distrito por una moción de que no podían estar en el Partido Laborista y en el Grupo de Oxford al mismo tiempo. La moción fue rechazada por ocho votos contra seis. Tod Sloan fue emboscado recientemente a la puerta de su casa por tres dirigentes del Partido Comunista y le dijeron lo que pensaban de él durante hora y media»³².

Según Buchman, el Rearme Moral también encontró «una oposición persistente por parte de ciertas personas religiosas convencionales». La oposición se centraba en la «fraseología», con la objeción de que las cartas publicadas en la prensa no

mencionaban suficientemente el nombre de Cristo. A un viejo amigo que planteó estas críticas, Buchman le escribió: «Me temo que tus informadores no han comprendido la verdad que se esconde tras el RM...». Fíjate en el final de la carta de Baldwin: ¿A quién se refiere “Su Voluntad” sino a Cristo? Después de todo, ¿quién nos rearma? Debemos recordar, sin embargo, que si queremos llegar a los hombres de Estado, tenemos que poner nuestra verdad en el lenguaje de los hombres de Estado. Las normas cristianas de honestidad, pureza, altruismo y amor son los cimientos del Estado... Ahora bien, que un hombre sea honesto no es todo el Evangelio -eso es cierto-, pero es un punto de partida para ciertas personas y para ciertas naciones si quieren desafiar al pensamiento del mundo»³³.

A medida que la campaña se fortalecía y pasaban las semanas, la prensa estadounidense se interesaba cada vez más. «En Estados Unidos se empieza a reconocer la necesidad del rearme moral», escribió David Lawrence, editor de *United States News**, «pero en Gran Bretaña el movimiento ha alcanzado proporciones verdaderamente sensacionales»³⁴. Las invitaciones para lanzar el Rearme Moral más ampliamente en Estados Unidos llegaron de muchas fuentes. Un grupo de congresistas envió un telegrama: «Washington responde al Rearme Moral. Crece aquí el interés por la experiencia británica con el RM...»³⁵. Más tarde, un redactor del *Saturday Evening Post* llegó a escribir que era «probablemente cierto que, tanto como cualquier otra agencia, el Rearme Moral había hecho avanzar el programa de preparación militar de Inglaterra en el aspecto no militar. A él se debe una parte importante del mérito de que, desde Munich, la moral británica haya mejorado al menos tan rápido como la maquinaria de combate de Gran Bretaña»³⁶.

Durante estos meses en Gran Bretaña, la atención de Buchman se centró también en dos asuntos domésticos. El primero era la necesidad de encontrar una nueva sede para su trabajo. Cuando en 1937, año de la coronación del rey Jorge VI, el hotel *Brown's* dejó de ofrecer las tarifas reducidas negociadas durante la Depresión, Buchman tuvo que alquilar unas oficinas

* Luego conocido como *US News and World Report*.

provisionales y un apartamento cercano. Fue hasta 1938 que se resolvió el problema con la compra del número 45 de *Berkeley Square** como centro de hostelería y administración. La casa había sido el hogar de Lord Clive de la India y sus salas de recepción, diseñadas por Sir William Kent y Sir William Chambers, eran ideales para reuniones y entretenimientos a gran escala. El conde de Powys, Lord Clive, accedió a que se utilizara el nombre de "*Clive House*", aunque lamentó que, por lo que él sabía, la tradición de que el fantasma de Lord Clive aparecía de vez en cuando carecía de fundamento.

Cuando Buchman cumplió sesenta años, en junio de 1938, aún sin muebles ni alfombras en la casa y sin nada más que arpillera en las paredes, se celebró allí una cena para 200 comensales. Fue una ocasión que reflejaba sus años en Gran Bretaña. Tod Sloan, un cockney de pelo blanco, se sentó junto a Lady Antrim. Sloan fue uno de los pocos oradores. «En *Tidal Basin*», dijo, «la gente está realmente hambrienta de este nuevo liderazgo. Hay muchos hogares en *West Ham, East Ham, Barking, Ilford* y *Dagenham* donde familias enteras viven esta calidad de vida. Debemos asegurarnos de que su significado se mantenga intacto, que siga siendo una voluntad viva, amorosa y obediente de devolver a Dios el liderazgo y no meras palabras para usar como eslogan».

Buchman recordó sus primeros días en Cambridge, cuando sintió que Dios le había prometido un renacimiento de la vida cristiana en Gran Bretaña en un plazo de diez años. «En aquel entonces no había *Brown's*; sólo mis rodillas», dijo. Ahora estaba deseando utilizar esta nueva casa como una «embajada espiritual» en medio de Londres.

El otro asunto práctico también se remontaba a 1937, cuando un viejo amigo había dejado un legado de 500 libras al Grupo de Oxford. Los legados anteriores se habían pagado sin problemas, pero esta vez los parientes impugnaron el pago y, cuando llegó a los tribunales, el juez Bennett dictaminó que el legado no era válido porque no existía ningún organismo que pudiera definirse legalmente como «Grupo de Oxford». Hasta entonces todo se había desarrollado de manera informal. Los

* La casa, arrendada por 99 años, se compró por £35.000 y era propiedad del Grupo de Oxford. La suma fue donada por decenas de personas de todas partes de Gran Bretaña y más allá.

vínculos personales eran la base de las relaciones comerciales del Grupo, las cuentas las llevaban personas responsables y Hacienda había reconocido la condición de trabajadores voluntarios. Ahora estaba claro que había que crear una entidad jurídica.

Buchman lamentó la necesidad. Cuando dos años más tarde se planteó el mismo problema en Estados Unidos, comentó: «Parece que tendremos que constituirnos en sociedad. Siempre hemos tenido la alegría de que nos dieran dinero y poder dárselo a quien necesitara exactamente esa ayuda. Pero quizá ya no se pueda hacer así». Parece que con este espíritu aceptó la necesidad de constituirse legalmente en Gran Bretaña, sin cambiar nada esencial de su forma de trabajar. Los trabajadores a tiempo completo continuaron, como él mismo, sin recibir salario, sino que se presentaban y funcionaban con sus propios recursos, si los tenían, y con su fe y oración. Siguió sin aceptar jerarquías, membresías ni sectarismos; la única membresía era en la iglesia que cada persona eligiera, y no en el Grupo de Oxford ni en el Rearme Moral.

Una vez decidida la forma más sencilla de constituir una sociedad benéfica sin ánimo de lucro, se planteó la cuestión del nombre. Diez años de uso público del nombre «Grupo de Oxford» lo convirtieron, para Buchman, en el único candidato, por lo que se envió una solicitud de constitución con ese nombre a la Junta de Comercio. A. P. Herbert, como representante principal de la Universidad de Oxford en el parlamento, presentó una moción oficial del órgano rector de la Universidad, el Consejo Hebdomadal, oponiéndose al uso de ese nombre. Herbert también contó con otros apoyos. Le llegó una carta en nombre del Sindicato de Oxford, firmada por su presidente, Edward Heath, mientras que el director del *New College*, H. A. L. Fisher, pensaba que era «intolerable que Oxford tuviera que cargar con la responsabilidad de este Ejército de Salvación para *esnobs*»³⁷.

Herbert sostenía que no tenía nada en contra del Grupo, salvo el uso que hacía de la palabra 'Oxford': «No digo nada en contra del Grupo de Oxford: puede que sea lo mejor del mundo. Pero, en el verdadero sentido de la palabra, no procede de Oxford»³⁸. Llevó el asunto a las columnas de

correspondencia de *The Times*, apoyado por el obispo Henson, A. L. Rowse y otros. Sin embargo, Lord Hugh Cecil, hermano menor de Lord Salisbury y predecesor de Herbert como miembro del parlamento por la Universidad, adoptó una postura contraria: «El Grupo quiere un nombre», escribió, «lo quieren con fines puramente prácticos...». De hecho, el nombre 'Oxford' es de uso coloquial y popular; por lo tanto, también debería ser de uso legal... En cuanto a los sentimientos oxonianos del Sr. Herbert y otros, no puedo tomarlos muy en serio, aunque he estado relacionado con Oxford desde que era estudiante y fui *Burgess* durante no recuerdo cuántos años. ¿Se ofenden los sentimientos del Sr. Herbert cuando su zapatero habla de 'zapatos Oxford'?...»³⁹.

El Concejo de Comercio indicó que sería útil contar con la opinión de los miembros de la Universidad favorables al uso del nombre. Buchman agradeció la oportunidad, considerando la controversia, como de costumbre, como una oportunidad para dar a conocer más ampliamente el trabajo que intentaba realizar. Fue a Oxford con algunos de sus trabajadores a tiempo completo formados en Oxford y dirigió una campaña, utilizando los temas acordados entre él y Sir Michael Sadler cuatro años antes. Lord Hugh Cecil fue uno de los primeros firmantes*, a los que siguieron miembros de veinte facultades, catorce obispos, el orador público y otros cien hombres de Oxford destacados en la vida de la nación. Un miembro de alto rango del Consejo Hebdomadal retiró su nombre de la moción de Herbert, alegando que «no había sido informado adecuadamente», y cuatro directores de universidades pidieron que se reconsiderara. El profesor J. W. Mackail respondió a una queja por unirse a la lista de Buchman: «Su carta ha sido recibida. ¿Puedo pedirle que lea las Actas de los Apóstoles?». No obstante, el Concejo Hebdomadal mantuvo su oposición y, sin duda, llevó consigo a la mayoría de los altos cargos de Oxford.

El 17 de marzo de 1939, Herbert llevó la contienda a la Cámara de los Comunes, pero sólo obtuvo cincuenta nombres para su

* Sus acciones suscitan dudas sobre la afirmación de Kenneth Rose (*The Later Cecils*, p.95) porque Lord Hugh declinó una invitación a una 'house-party', «sospechaba» del Grupo de Oxford. Sin embargo, como los papeles de Hatfield no están disponibles para la investigación, no puedo llegar a una conclusión definitiva.

moción en el Orden del Día, frente a los ochenta y cuatro que firmaron la moción contraria de Sir Cooper Rawson. Doscientos treinta y dos diputados enviaron entonces una petición al ministro en apoyo del Grupo de Oxford. El 4 de junio, tras la partida de Buchman a Estados Unidos, el presidente de la Junta de Comercio, Oliver Stanley, se pronunció a favor del Grupo*.

Herbert se lanzó entonces a lo que más tarde describió como su «larga, solitaria y -hay que confesarlo- perdedora batalla contra los buchmanitas»⁴⁰. Atacó a Buchman en la prensa llamándolo «un loco predicador estadounidense» y «un extranjero al que habría que prohibir la entrada en Gran Bretaña por ser una patraña»⁴¹. Cuando, en la Cámara de los Comunes, llamó a Buchman y a sus colegas «charlatanes», fue reprendido por el presidente de la Cámara⁴². Entonces anunció que «perseguiría a los piratas hasta que arriaran la noble bandera que habían robado»⁴³, una promesa que le llevaría a acusaciones cada vez más amplias en los años siguientes. Hasta qué punto el humorista dio paso al activista queda ilustrado por una historia contada por su colega de Punch, Anthony Armstrong y recogida en la biografía de Reginald Pound: «A. P. H. y A. A. habían viajado una tarde a un club de *Covent Garden* muy frecuentado por periodistas. A los pocos minutos de su llegada al club, un hombre de modales suaves que estaba en un taburete de la barra mencionó a Buchman. A. P. H. paralizó la vida del local enfureciéndose con el hombre como si se tratara de un alborotador ofensivo en una reunión pública. El pobre hombre fue completamente sometido por la embestida que, según Armstrong, se prolongó durante «unos veinte minutos, momento en el que me marché», defraudado de su esperanza de un interludio agradable con un admirado contemporáneo»⁴⁴.

En Gran Bretaña, la denominación ‘Grupo de Oxford’ sigue siendo el nombre oficial del organismo constituido. Pero, como Sir Michael Sadler había previsto, el crecimiento ya empezaba

* Como entidad sin ánimo de lucro con fines benéficos, se le autorizó a omitir la palabra «*Limited*» de su denominación social. Los estatutos se redactaron siguiendo el modelo habitual para las organizaciones benéficas cristianas, pero su redacción fue cuestionada por la Agencia Tributaria en 1949, en lo que se convirtió en un caso de prueba. El estatus de organización benéfica fue concedido tras un ligero cambio de redacción, y cientos de otras organizaciones benéficas, muchas de las cuales habían funcionado durante décadas con la redacción original, siguieron su ejemplo. En los años siguientes, el trabajo de Buchman se incorporó en muchos países.

a hacer que el nombre resultara demasiado limitado. En los casi dos años transcurridos entre la solicitud de incorporación y su confirmación por la Junta de Comercio, la campaña del Grupo en favor del Rearme Moral se había hecho tan conocida en todo el mundo que la nueva expresión se utilizaba cada vez más en los asuntos cotidianos.

Cuando la Junta de Comercio tomó su decisión, Buchman llevaba tres meses en Estados Unidos. El 4 de marzo de 1939 zarpó hacia Nueva York con veinte colegas británicos y otros del continente. «Amo a Inglaterra y estoy rodeado de amigos fieles», escribió entonces, «pero también estoy ansioso por obedecer el llamado de Estados Unidos, una Estados Unidos que conocerá su verdadera libertad y democracia. Mi espíritu sigue siendo joven, aunque sesenta y más años se han apoderado de mí. Sigo ansioso por la lucha»⁴⁵.

Planeaba volver en tres meses, pero pasaron siete años antes de que volviera a pisar Gran Bretaña.

«ESTADOS UNIDOS NO TIENE SENTIDO DEL PELIGRO»

Buchman estaba conmocionado por Nueva York: «Estados Unidos no tiene sentido del peligro», decía a sus amigos. «No sabe lo que significa tener la línea del frente en su propio patio trasero. Londres sí. Está justo en *St James's Park*, una masa de trincheras. Hablan de paz, pero es una paz egoísta, no una batalla para despertar al país». Pensó que había que hacer algo dramático para despertar a una nación tan vasta y tan complaciente, y decidió celebrar multitudinarias reuniones en Nueva York, Washington y Los Ángeles.

El alcalde de Nueva York declaró la «Semana del RM» del 7 al 14 de mayo de 1939, y la mayor sala de la ciudad, el *Madison Square Gardens*, se ocupó el 14 de mayo. Esa noche, 14.000 personas aclamaron la procesión de oradores, encabezada por gaiteros escoceses con faldas escocesas. Como en la mayoría de las reuniones públicas que celebraba, Buchman había elegido a una persona que iba a venir y planificó toda la ocasión como si fuera la única persona que iba a estar presente. Pensó que si esa persona se veía impactada, todos lo estarían. Aquella noche su objetivo era el comisario de alcantarillado de la ciudad, con quien había hablado el día anterior. Pensó que doce jóvenes escoceses -trabajadores, astilleros desempleados y estudiantes- serían especialmente eficaces para él. «Para mí, el RM significa dejar de sentarme en mi máquina cuando el jefe no mira y dejar de conducir su coche como un camión de bomberos», dijo uno de ellos. Bunny Austin, que había conseguido el apoyo de deportistas estadounidenses como 'Babe' Ruth y Gene Tunney, fue recibido calurosamente, y Lord Salisbury, Tod Sloan y tres generaciones de la familia Antrim

hablaron por teléfono directamente desde Londres. Los periódicos dieron a la ocasión un tratamiento de primera plana, pero tendieron a pasar por alto el punto de vista de Buchman al llamarla, de buena fe, una «reunión de paz». «Hay que tener sentido de la batalla», dijo después a su gente. No se sabe qué efecto tuvo la reunión en el comisario de alcantarillado.

Tres semanas más tarde tuvo lugar una segunda movilización en el marco más solemne del *Constitution Hall* de Washington. Doscientos cuarenta parlamentarios británicos habían enviado un mensaje que decía en parte: «La democracia sólo podrá cumplir su promesa a la humanidad y desempeñar el papel que le corresponde en la creación de la confianza mutua entre las naciones si se basa en el rearme moral y espiritual...»*.

Buchman habló brevemente. «Estados Unidos tiene problemas en los negocios, en el hogar, en la industria, en la vida cívica y en el gobierno», dijo. «Necesitamos que nuestro pueblo vuelva a dedicarse a las virtudes elementales de la honradez, el altruismo y el amor; y debemos volver a tener la voluntad de encontrar lo que une a la gente en lugar de lo que la divide... El futuro depende no sólo de lo que unos pocos hombres decidan hacer en Europa, sino de lo que un millón de hombres decidan ser en Estados Unidos»¹.

Harry Truman, ya senador, leyó un mensaje del presidente Roosevelt: «La fuerza subyacente del mundo debe consistir en la fibra moral de sus ciudadanos. Un programa de rearme moral, para ser más eficaz, debe recibir apoyo a escala mundial». Todos los periódicos de Washington informaron de la reunión en primera página, con el titular «El primer aniversario revela que el Rearme Moral es una fuerza mundial»².

Al día siguiente, Truman leyó un informe de la reunión y los mensajes de diez parlamentos en las Actas del Congreso, añadiendo: «Es raro encontrar en estos días algo que una a hombres y naciones en un plano por encima de los conflictos de partido, clase y filosofía política». Mientras Buchman estaba sentado en la tribuna del Senado escuchando a Truman, le llegó

* El *Daily Telegraph* (26 de junio de 1939) tituló su informe sobre la reunión de parlamentarios británicos «Comunidad de ideales: Washington y Westminster».

la noticia de que el Concejo Británico de Comercio había concedido la incorporación de su trabajo bajo el nombre de «Grupo de Oxford». Eufórico por estos dos acontecimientos, era consciente de que debía mantener los pies en el suelo: «Cuando tienes un día como éste», comentó aquella noche, «tienes que vivir en medio del mundo y mantener la dirección».

Roosevelt tenía varios viejos amigos que trabajaban con Buchman, pero una razón más inmediata de su interés quizá residiera en la reciente actuación de uno de sus críticos de prensa más severos. Conmovido por su contacto con Rearme Moral, durante un almuerzo privado en el estudio de Roosevelt, se disculpó por la amargura y parcialidad de sus escritos. La disculpa fue aceptada. El escritor siguió siendo un crítico independiente de la Administración, pero escribió de forma más constructiva, apreciando las muchas dificultades del presidente. Roosevelt, a título personal, prestó un discreto apoyo al Rearme Moral. «Aunque en un momento dado algunos se rieron del RM», dijo a Austin, «hoy inspira un gran respeto»³.

En las semanas siguientes, Buchman pronunció un discurso en el Club Nacional de Prensa de Washington; recibió su segundo doctorado *honoris causa*, esta vez en Derecho por la Universidad Oglethorpe de Georgia; habló con profunda emoción en el funeral de Bill Pickle en Pensilvania; y organizó una sesión de formación de una semana para unos cientos de personas en Stockbridge, Massachusetts. Después viajó, vía Detroit, Chicago y Minneapolis, a Los Ángeles, donde propinó su tercer golpe, el más publicitado, en una reunión celebrada en el *Hollywood Bowl* el 19 de julio.

Quince mil personas fueron rechazadas después de que 30.000 abarrotaran el estadio. El escenario era espectacular, con cuatro grandes rayos de luz, que representaban las cuatro normas morales, atravesando el cielo aterciopelado detrás del Bowl. El tema de Buchman fue «Un anticipo de un nuevo mundo». El diario *Los Angeles Times* informó: «Llegaron en limusinas. Llegaron en cacharros que apenas avanzaban por las carreteras atestadas de tráfico que conducen al *Hollywood Bowl*. Llegaron a pie, en sillas de ruedas, en autobuses, en taxis. Todos y cada uno llegaron maravillados. El encuentro del *Bowl* reunió a toda la fuerza del vasto movimiento -líderes de

Birmania, Londres, África Oriental, Australia, China y Japón- y mostró a 30.000 personas cómo podía funcionar»⁴. A mitad de la reunión, veinte fornidos hombres de prensa y cámaras se abrieron paso a codazos hasta los asientos de la prensa, ya abarrotados, porque William Randolph Hearst, al leer a la multitud en su teletipo de San Simeón, había visto que sus publicaciones se estaban perdiendo una gran noticia.

Louis B. Mayer, que la semana anterior había ofrecido un almuerzo para Buchman, envió una nota preguntando si podía hablar en nombre de la industria cinematográfica. Una maestra de un pequeño pueblo de Nebraska, que nunca antes se había dirigido a un público mayor que el de los alumnos de su escuela de una sola aula, describió cómo un nuevo espíritu se había apoderado de su zona duramente golpeada y cómo la honestidad acerca de los cheques de ayuda agrícola había creado una nueva atmósfera en la comunidad. Su historia sirvió de base para la película *Meet John Doe / Conoce a John Doe*, con Gary Cooper.

Al final del mitin, Buchman anunció la siguiente fase de su estrategia: una movilización, durante los días 2 y 3 de diciembre, de «cien millones de personas que escuchan», dispuestas a enfrentarse a problemas personales, nacionales e internacionales a la luz de la voluntad de Dios para el mundo. Preveía oradores de distintos países conectados por una red mundial de radio. La sugerencia partió de Manny Straus, el relaciones públicas de los grandes almacenes *Macy's*, que dijo: «Todo el mundo tiene algo de RM, aunque sólo sea el 1%. La cuestión es aumentar ese porcentaje».

Pero cuando llegó diciembre, Europa estaba en guerra. El pacto nazi-soviético de agosto de 1939 sorprendió a Buchman: «Los comunistas son los estrategas», exclamó, «Miren a Francia. La serpiente del comunismo se ha enroscado tanto tiempo en su pecho, y los comunistas han dado la vuelta a la tortilla estrechando la mano de Hitler. ¿Dónde esté el futuro de Francia ahora?». Justo antes de que estallara la guerra, expresó su

* Nikolai Tolstói escribe en *Stalin's Secret War / La Guerra Secreta de Stalin* (Jonathan Cape, 1981, p. 114): «Por asombroso que parezca, la campaña antipatriótica del Partido Comunista Francés fue dirigida por el propio Hitler... El apoyo de los comunistas franceses al aliado de Stalin desempeñó un papel importante y tal vez crucial en la destrucción de la voluntad de resistencia francesa». Anthony Cave

angustia. «La guerra significa el suicidio de las naciones. Todo el mundo pierde. No existe el vencedor de una guerra. En cuanto a Hitler, si la empieza, se arrepentirá cuando le dé la gana».

A medida que la crisis crecía, Buchman se preocupaba especialmente por sus colegas británicos. El 1 de septiembre les envió un telegrama: «Todos ustedes están en nuestros pensamientos constantes, cariñosos y de oración. Cuídense de peligros innecesarios. Aseguren a Tod Liz Sloan el máximo cuidado en su casa fuera de Londres. Recuerden que en tiempos de dificultad y peligro la tentación siempre es tomar el camino menos importante y hacer lo menos importante. Consideren su trabajo como un servicio esencial».

Cuando finalmente se supo que se había declarado la guerra, Buchman y otros estaban sentados con el propietario de un hotel de Los Ángeles en sus apartamentos privados. Al principio Buchman se quedó atónito. Un británico rompió a llorar. Sus años de esfuerzos para evitar el conflicto habían terminado y sólo veían las ciudades de Europa en ruinas.

Después de un rato, Buchman levantó la vista y dijo: «Alguien, algún día, tendrá que ganar la paz».

Ahora que la guerra había llegado, Buchman no tenía ninguna duda de que había que luchar y ganarla. No había comparación entre la «fuerza demoníaca», que él había intentado exorcizar, y las democracias, por muy carentes de la gracia de Dios que estuvieran. Siempre había considerado que el patriotismo y el nacionalismo eran tan diferentes como la salud y la fiebre. Pero creía que el patriotismo debía tener una dimensión adicional: «Un verdadero patriota», en su opinión, «da su vida para poner a su nación bajo el control de Dios»⁵. Creía que una fuerza de

Brown y Charles Macdonald, en *The Communist International and the Coming of World War II / La Internacional Comunista y la Llegada de la Segunda Guerra Mundial* (Putnam, 1981, pp. 528-9 y 536), afirman que la propaganda de la Internacional Comunista fue uno de los factores que redujeron al ejército francés en la primavera de 1940 a «un cuerpo sin nervio ni alma, un castillo hecho de naipes». Escriben que esto fue particularmente cierto en el caso del 9º Ejército, procedente principalmente del «Cinturón Rojo» de París, y que este ejército fue colocado en un sector aparentemente no crucial de la línea del frente, precisamente donde las divisiones panzer alemanas eligieron por haber realizado su mayor ataque.

personas así tenía un papel tan particular que desempeñar en la guerra como en la paz, y también sería necesaria para lograr la reconciliación una vez finalizada la lucha.

Cientos de hombres y mujeres del RM se enlistaron; algunos morirían pronto. Pero, por el momento siguió la «guerra falsa», cuando no cayeron bombas sobre Europa Occidental, y los estadounidenses dedujeron que se estaba exagerando el miedo a la guerra. Aquellos meses reforzaron el aislamiento tradicional de Estados Unidos: la política de Jefferson de «amistad con todas las naciones, pero sin alianzas con ninguna». Roosevelt tuvo en cuenta esta tradición, pues sabía que solo podría ser reelegido en 1940 como «el presidente que nos mantuvo fuera de la guerra». Ni la invasión de Francia, los Países Bajos y Escandinavia, ni Dunkerque, ni la Batalla de Inglaterra, alteraron el hecho básico de que Estados Unidos -en su conjunto- estaba firmemente en contra de implicarse en la guerra de Europa.

La campaña anunciada por Buchman para los días 1, 2 y 3 de diciembre de 1939 tuvo lugar en estas nuevas circunstancias y volvió a hacer hincapié en la unidad entre Gran Bretaña y Estados Unidos. Las cadenas de radio que cubrían grandes zonas del mundo transmitieron las voces del presidente de la Cámara de Representantes, el demócrata W. B. Bankhead, que declaró que «el Rearme Moral debe convertirse en el motor de nuestra vida nacional y en la piedra de base de la política interior y exterior»; y del senador republicano Arthur Capper, del estado separatista de Kansas, que instó a Estados Unidos a «leer la letra en la pared y poner toda la energía e influencia que poseemos detrás de esta causa».

A través de la *BBC Home and Commonwealth Services*, el conde de Athlone respondió desde Londres en un discurso que fue retransmitido por todos los Estados Unidos. Lord Athlone citó el «Llamado a nuestros ciudadanos» publicado recientemente por 550 alcaldes británicos y, tras esbozar los principios del Rearme Moral, continuó: «En la aceptación fresca y sincera de los mismos reside ahora nuestra fuerza moral para estos días oscuros, la respuesta a nuestros miedos y a nuestras penas, nuestra única esperanza segura para un mundo nuevo».

Lord Athlone había expresado exactamente la opinión de Buchman. Buchman estaba decidido a que, si Estados Unidos entraba en guerra, lo hiciera con las manos lo más limpias posible y que, cuando llegara la paz, utilizara su poder para crear un mundo mejor. Pero esto implicaba trabajar por una nueva calidad en toda la vida estadounidense.

Al principio, los extremos de izquierda y derecha de Estados Unidos tenían una causa común. Como Rusia seguía siendo aliada de los nazis, el Partido Comunista estadounidense se oponía a que Estados Unidos entrara en la guerra, por lo que recibió el fuerte, aunque involuntario, apoyo de los separatistas de derechas que pretendían mantenerse al margen de la guerra por razones muy distintas. El programa inmediato de los comunistas consistía en obstaculizar la producción en las industrias de guerra mediante huelgas, especialmente en el arsenal aeronáutico de Estados Unidos, la costa oeste.

Buchman ya tenía vínculos con los trabajadores de la zona a través de las reuniones multitudinarias que había celebrado, y la recomendación del senador Truman le había abierto nuevas puertas en la industria. Unos hombres de negocios de Seattle se ofrecieron organizar un almuerzo para Buchman, presidido por un importante banquero, y le preguntaron si quería invitar a alguien. Buchman respondió inmediatamente: «Sí, Dave Beck y los demás líderes sindicales». Beck, una figura controvertida, entonces jefe del sindicato de camioneros de la costa oeste, no solía ser invitado a almorzar por banqueros. Pero él y sus colegas fueron invitados y acudieron.

El 29 de diciembre de 1939, el *Seattle Star*, en un editorial a toda página, invitó a Buchman a celebrar una mesa redonda en la que se reunieran todos los elementos de su ciudad que, según escribía, había «salido de los años treinta con un ojo morado»: «El *Star* se disculpa públicamente por los errores que ha cometido en el pasado... y tiende la mano a sus competidores y a todos los demás que desean honrada y conscientemente ayudar a construir un nuevo Seattle», añadía el periódico. La *Boeing Aircraft Company*, la principal industria de Seattle, que se preparaba entonces para producir el bombardero *B17 Flying Fortress*, estaba en plena ebullición, debido en parte a una expansión vertiginosa y en parte a la

confusión ideológica difundida por la dirección comunista de la rama local del sindicato de maquinistas. En la mesa redonda iniciada por *The Star*, Buchman conoció al presidente de distrito del sindicato, Garry Cotton, que le invitó a hablar ante 5.000 de sus afiliados. La reunión estaba abarrotada, como Cotton aseguró a su invitado que sería, ya que según las normas del sindicato había una multa de cinco dólares para los ausentes. Buchman presentó a trabajadores de los astilleros y fábricas británicas, así como de otras plantas aeronáuticas estadounidenses. A partir de ahí se desarrolló un programa de formación para la sección de Boeing y poco después, el liderazgo de Cotton impidió una huelga en Boeing que habría paralizado la producción de aviones en toda la costa oeste⁶. En la *Lockheed Company* de Los Ángeles se puso en marcha un programa similar de formación del Rearme Moral en la sección local del sindicato más grande del país, con 35.000 afiliados⁷.

La influencia de Buchman en estos sindicatos aeronáuticos desafió los planes comunistas de desaceleración industrial. Los comunistas le denunciaron por cooperar con su mayor enemigo, los fabricantes de armamento. Esto continuó hasta que Hitler invadió Rusia. Entonces, para los comunistas, las industrias de guerra y los fabricantes de armamento se convirtieron de la noche a la mañana en los salvadores de la democracia y ‘el Churchill fascista’ en el amigo heroico de los soviéticos. Su descripción del Rearme Moral también cambió, aunque no de forma tan beneficiosa. De ser una «red de espionaje militarista pro-británica», pasó a ser una «organización pacifista y antisindical» que se dedicaba a interferir en la industria bélica estadounidense y a fomentar misteriosos movimientos pacifistas.

Mientras tanto, la gente de Buchman fue trasladada de una industria a otra por todo Estados Unidos, y se encontró con una gran demanda en las plantas aeronáuticas y siderúrgicas, y más tarde en los astilleros. Su mano de obra estaba siempre a pleno rendimiento, y sin los que había traído de Gran Bretaña poco habría podido emprender.

Sin embargo, el estallido de la guerra planteó la cuestión de cuál era el deber de los británicos, lo que les supuso un dilema. ¿Debían regresar a Gran Bretaña y alistarse en las fuerzas

armadas? ¿O debían quedarse en Estados Unidos haciendo su trabajo? En septiembre de 1939 buscaron la opinión oficial sobre los súbditos británicos en Estados Unidos y parece que el cónsul general británico en San Francisco, Paul Butler, y el cónsul en Seattle, C. G. Hope-Gill, les aconsejaron que permanecieran en Estados Unidos⁸. En mayo de 1940 se repitió este consejo para los británicos en general en Estados Unidos*, pero para entonces Butler y Hope-Gill habían reevaluado la posición del RM y estaban recomendando firmemente a la embajada en Washington que los colegas británicos de Buchman fueran llamados a casa. Sus razones, según los archivos del ministerio de Asuntos Exteriores publicados recientemente, eran una mezcla de declaraciones que les habían llegado de fuentes "locales" y algunos fantásticos errores de identidad^{9**}. Está claro que, después de muchas actas en el ministerio de Asuntos Exteriores, los cónsules fueron desautorizados por el ministro de Asuntos Exteriores, Lord Halifax, aunque los funcionarios tomaron medidas para ocultar que él había intervenido^{***}.

Sin embargo, al margen de la opinión oficial, cada individuo tenía que decidir por sí mismo dónde estaba su deber: « Les apoyo decidan lo que decidan», dijo Buchman. Para muchos de ellos fue la decisión más difícil de sus vidas. Por un lado estaba el deseo natural de volver a la familia, al hogar y a la patria, y la certeza de ser comprendidos. Por otro, estaban convencidos de que el resultado de la guerra dependería de Estados Unidos, donde tenían que hacer un trabajo para el que habían sido formados como pocas personas.

Reginald Hale, el antiguo dibujante de Isis, un oficial territorial británico con cuatro años de experiencia y un soldado apasionado, escribe que por inclinación y entrenamiento

* *New York Times*, mayo de 1940: «Gran Bretaña da una misión a sus nacionales en EE.UU. - Rechaza la oferta de servicio pero les pide que cultiven la buena voluntad».

** Por ejemplo, Hope-Gill alegó que la holandesa Charlotte van Beuningen, que fue posteriormente condecorada por la reina Guillermina por su heroísmo en la Resistencia, era una «agente nazi». «También se ha señalado», añadió, «que Dinamarca, Noruega, Bélgica y Holanda eran los países más "rearmados moralmente" de Europa y que la líder del Movimiento es probablemente de origen alemán» (A 4219, 21/8/1940).

*** *A 3942/26/45 Public Record Office*. En agosto de 1940, Williamjaeger solicita la renovación de su pasaporte. Se le concedió alegando que (a) el esfuerzo bélico no requería su regreso; (b) denegar la renovación sería discriminatorio e involucraría al ministerio de Asuntos Exteriores en una controversia en Gran Bretaña y Estados Unidos. Esto parece haber sido la ocasión del memo de Lord Halifax, y un caso adicional referido desde Seattle fue decidido en este precedente.(A 4219, 17/9/1940.)

anhelaba volver a unirse a los colores tan pronto como pudiera, pero que llegó a la conclusión de que «como cristiano, como inglés y como soldado» su deber era permanecer con Buchman a toda costa. «No podía esperar que todos mis amigos lo entendieran y no les culpaba cuando me escribían con dureza. Pero para mí, mi rumbo estaba claro»¹⁰.

La mayoría de los demás tomaron la misma decisión. El gobierno británico de la época parecía estar de acuerdo con ellos. Bunny Austin, que había regresado a Gran Bretaña antes de que empezara la guerra, y William Jaeger se embarcaron para unirse a Buchman en diciembre, tras consultar a los ministerios de Trabajo, Defensa y Asuntos Exteriores. Se les concedieron permisos de salida y nunca se les pidió que regresaran. Sin embargo, ellos, como los que ya estaban con Buchman, serían perseguidos por los periodistas y denunciados en algunos sectores de la prensa británica durante muchos años.*

Ciertamente, no tenían nada material que ganar quedándose. Trabajaban muchas horas sin cobrar, y el dinero, incluso para sobrevivir, solía escasear. De un periodo en Seattle, Hale escribe: «Una mañana desayuné con Buchman y pidió un desayuno, dividiendo conmigo a la mitad el huevo escalfado y la tostada. Otra mañana, cinco ingleses hicimos un fondo común y descubrimos que teníamos quince centavos. Ordenamos tres tazas de café y pedimos dos tazas extra. Ese fue el desayuno. Vivíamos a cinco kilómetros de donde se celebraba la reunión matinal. Los otros cuatro pidieron un aventón, pero yo opté por caminar, me perdí y llegué tarde. El responsable de la reunión me preguntó por qué. Estaba cansado, hambriento y harto: “Llego tarde porque no tengo dinero para el autobús”. Alrededor de trescientos pares de ojos me miraron fijamente. El organizador de la reunión recorrió a los cincuenta extranjeros y nos preguntó cuánto dinero teníamos. Entre todos no habríamos reunido ni 20 dólares. Desde entonces, nuestros amigos de Seattle sabían que el RM se financiaba con la fe y la oración. Hasta entonces era una teoría»¹¹.

* El ataque contra Austin continuó mucho después de que terminara la guerra, a pesar de su posterior servicio en las Fuerzas Aéreas estadounidenses. Tuvo que esperar hasta 1984 para volver a ser miembro del *All-England Lawn Tennis Club* de Wimbledon.

Estas dolorosas decisiones tomadas por la mayoría de los colegas británicos de Buchman, y unos pocos de Escandinavia y otros lugares, permitieron a Buchman continuar su programa nacional en Estados Unidos. Pero, ¿qué tipo de programa entusiasmaría a los estadounidenses? ¿Y cómo podría presentarse de forma que les hiciera estar dispuestos y ansiosos por escuchar?

Estas preguntas atormentaron a Buchman durante los primeros meses de 1940, en constante movimiento entre Nueva York, Washington, Florida, Los Ángeles y San Francisco. En cada lugar pasaba tiempo con sus equipos residentes y se reunía con gente a todas horas del día y de la noche. Su secretario, el Dr. Morris Martin, lo describe como «muy cansado». El 9 de enero anotó: «Son días excepcionalmente pesados, pasados con un equipo que al principio no responde. Además, cada comida y cena con alguien consume mucha energía». Siempre le costaba ver qué hacer a continuación: «Me siento como si estuviera en un bosque espeso», le dijo un día a un amigo, «no veo la salida»¹².

Buchman también se sentía insatisfecho con el progreso espiritual de muchos de sus compañeros más cercanos: «Creo que Mike tiene gafas», dijo una vez a un grupo de ellos con una franqueza típica, aunque exasperante. «Me gustaría que las tirara al mar y sacudiera la nación». «John es maravilloso, pero no tiene futuro si tiene que cambiar los pañales de los niños. Ha nacido para alimentarse de ambrosía». «El adorable Jimmy... tiene miedos, un montón de miedos». «Ken sigue siendo demasiado suave - vamos a tener el lado áspero de la nuez moscada». «Ojalá tuvieras quince hijos», le dijo a otro. «Te haría menos pedante».

En ocasiones, su actitud era aún más áspera. Después de un día en que algunas cartas no llegaron a su destino, su secretaria señala: «Frank nos reprendió a Mike y a mí con dureza. Fue una de esas ocasiones en las que todo lo que se presentó como prueba es injusto, incorrecto e irrelevante, pero la acusación es correcta y totalmente merecida. Hay una cualidad gigantesca y olímpica en la ira de F que es algo que hay que experimentar para creer. Sin duda produce cambios.

Cuando más se enfada es con gente que, según él, debería saber más. Soporta a los tontos con una alegría asombrosa, pero es intolerante con la dejadez de quienes lo rodean»¹³.

Poco a poco, Buchman se fue convenciendo de que sólo se podría llevar a cabo un plan adecuado para su trabajo en Estados Unidos si su equipo encontraba raíces espirituales más profundas. Así que, en julio de 1940, abandonó todas las diversas actividades en las que estaban involucrados y los reunió en un grupo de cabañas y barracas de vacaciones junto al lago Tahoe, en las montañas de Sierra Nevada. Todo empezó, como era habitual, cuando le ofrecieron una cabaña de cinco habitaciones para descansar unos días. En diez días tenía cincuenta personas con él y, a medida que los vecinos lo iban conociendo y veían que el número aumentaba, le ofrecieron más cabañas, camarotes y camas. Un antiguo comerciante de calzado llamado Globin prestó su casino en desuso para reuniones y, más tarde, un piso entero de su hotel casi vacío. Los marineros que no estaban de servicio se encontraban en hamacas colgadas entre los árboles y las damas de Boston y Nueva York dormían en catres, a veces cinco por garaje. Finalmente, se convirtió en un ejercicio de entrenamiento de tres meses para varios cientos de personas.

Buchman se propuso deliberadamente convertir a estas personas ya comprometidas en una fuerza unida. La perspectiva de la guerra en Europa agudizó su pensamiento y su dedicación. Alan Thornhill, por ejemplo, aunque era clérigo y había experimentado un gran enriquecimiento de su experiencia espiritual durante diez años con el Grupo de Oxford, nunca había estudiado sistemáticamente su vida para permitir que Dios limpiara hasta el último rincón: «Tenía un buen amigo, un escocés llamado George Marjoribanks, y sentí que debía contarle todos los detalles turbios. No habrían hecho un libro escabroso, pero fue muy duro para mi orgullo, y resultó ser muy importante para mí. Fue doloroso, me sentí muy mal y se lo dije a George. Fue la muerte del yo. Aunque había valorado lo que había aprendido de Buchman, hasta entonces nunca me había sentido totalmente comprometido con Dios y con el trabajo al lado de Buchman. Dios lo enfocó en torno a mi anhelo de regresar a Gran Bretaña. La decisión

de quedarme en Estados Unidos fue la más difícil de mi vida, pero sabía que era la voluntad de Dios».

«No puedo hablar por los demás», añade Thornhill, «pero para mí existe una relación muy clara entre la pureza personal y la creatividad. Sentí una gran sensación de paz y claridad». En pocas semanas había escrito una obra de teatro -terminada en treinta y seis horas, aunque nunca antes había escrito una- titulada *The Forgotten Factor* / El Factor Olvidado. La obra trataba de las relaciones entre y dentro de las familias de un industrial y un líder obrero en un momento de crisis industrial y sugería la importancia de un cambio de actitud de 'quién tiene razón' a 'qué es lo correcto'. Se representó ante más de un millón de personas en decenas de países, y a menudo contribuyó a resolver conflictos de diversa índole.

Buchman organizaba una reunión cada mañana. Eran totalmente impredecibles. Un día llegó con un melocotón en una mano.

«Todas las mujeres deberían ser así», dijo. «Pero algunas de ustedes son así», y abrió la otra mano para mostrar una ciruela pasa. Sentía que algunas de las mujeres de su equipo se habían vuelto secas de espíritu porque no habían dado a Dios el control incondicional de sus vidas y, por tanto, no eran personalidades libres. «Significaba enfrentarse sin miedo a algunas mujeres estadounidenses dominantes», dijo una de ellas más tarde, «pero lo hizo con tanta delicadeza, con tanta esperanza».

En ocasiones, el método de Buchman distaba mucho de ser delicado. Phyllis Konstam, la actriz esposa de Bunny Austin, había acudido al *Hollywood Bowl* y había encontrado una forma de cambio personal durante esa visita. Volvió a casa y más tarde regresó a Canadá en un barco de evacuados con la hija de ambos. Desde allí acudió brevemente a Tahoe:

«Llegué en un estado de ánimo beligerante, furiosa porque Bunny no había cruzado el país para recibirme a mi llegada. El hombre en que enfocaba mi furia era Frank Buchman. Estaba acostumbrada a salirme con la mía. Si no lo conseguía con temperamento y rabietas, lo conseguía con encanto o lágrimas. Nada de eso surtía efecto en Buchman y eso aumentaba mi ira. Odiaba todo

sobre Tahoe y todo el mundo en esa ciudad. Acostumbrada a pasearme entre ropa glamurosa y restaurantes caros, mi furia aumentó cuando me pusieron en un equipo de limpieza y descubrí que parte de mi trabajo consistía en limpiar los sanitarios.

Un día, incapaz de contenerme por más tiempo, fui a buscar a Buchman para decirle lo que pensaba de él. Me vio llegar, me dio la espalda y se marchó. Nunca en mi vida me habían tratado así. Despotricé y reprendí a Bunny.

Una tarde Buchman me mandó llamar y me dijo lo que pensaba de las mujeres mimadas, egoístas y malhumoradas y del efecto que tenían en sus maridos e hijos. Me miró fijamente a los ojos y me dijo: “Esto es amor y está pasando”. Aquella tarde salí a pasear con Bunny... Estábamos cruzando un campo. Bunny, cansado de mi insistencia, se tumbó en un tablón de madera y extendió los brazos. Le miré y de repente tomé aliento. El tablón era un viejo trozo de vallado. Tenía un travesaño clavado en la parte superior. Bunny estaba tendido sobre una cruz.

Me di cuenta por primera vez de cómo le crucifiqué con mi egoísmo. Empecé a darme cuenta del valor de un hombre como Buchman, que se preocupó lo suficiente como para decirme la verdad y curar las cosas de mi naturaleza que me eran tan difícil de aceptar en mí misma. Cuando dijo que era amor, era precisamente lo que era»¹⁴.

Su marido escribió sobre otro aspecto del enfoque de Buchman: «Como un verdadero cirujano, Frank sabía la necesidad de curar. Yo también había sido mimado y egoísta. Un día, un amigo me hizo ver la necesidad de cambiar. Yo merecía el correctivo, pero la curación no se había producido. Seguía siendo infeliz. Frank me mandó llamar. Me miró con compasión y pronunció tres palabras: «No sigas sangrando». Luego rezó. Ojalá pudiera recordar aquella oración. Sólo recuerdo la sensación de curación y paz que invadió mi corazón. Salí de la habitación como un hombre diferente»¹⁵.

Durante el tiempo que pasó en Tahoe, Buchman sacó a menudo a relucir en la reunión matinal los defectos personales que había observado en sus colegas. Bremer Hofmeyr, el antiguo becario Rhodes de Sudáfrica, había tomado prestado un martillo de un residente local y no se lo había devuelto. Buchman pasó gran parte de la mañana subrayando la dejadez de algunos de las personas y lo que tal negligencia haría a la confianza de la comunidad. Alan Thornhill, cuando le tocó hacer de bombero por la noche, pensó vagamente que su trabajo consistía en evitar incendios -y a la mañana siguiente no se encendió fuego alguno para cocinar la avena del desayuno-. Esto apenas suscitó comentarios*. La cocinera de lo que resultó ser una desastrosa cena para un invitado especial apenas se atrevió a aparecer a la mañana siguiente. Para su asombro, todo lo que Buchman pudo decir fue: «¡Esa sopa!», y se deshizo en carcajadas. Pero a menudo Buchman pensaba que esos pequeños errores necesitaban un debate serio, porque podían ser la clave para convertir a individuos inteligentes pero poco prácticos en personas íntegras. Era el viejo principio evangélico de «quien es fiel en lo poco, es fiel en lo mucho».

Hofmeyr, a quien ese trato le resultaba especialmente doloroso, me explicó por qué creía que Buchman trataba a veces con tanta rudeza a sus amigos íntimos: «Se ocupaba de formar a doscientas personas. Todos recibían el impacto, todos aprendían la lección. Cuando arremetía contra alguien, sentías que podías ser tú».

Pero Buchman, ahora como siempre, era impredecible. Un día tembló de rabia porque una cocinera había vuelto a hacer una carne dura. Al día siguiente apareció en la puerta de la cocina con una pequeña flor silvestre para ella.

«Aquí tienes», dijo. «Esto es 'autocuración'».

* El comentario del propio Thomhill fue:

Oh, hijo de las torres soñadoras de Oxford,
Realmente eres un listo.
Pensaste que tu trabajo era detener incendios,
¡cuando estabas destinado a iniciar uno!

La mayoría de las lecciones de aquellos días se extrajeron de cosas sencillas. Buchman inspeccionó una casa de campo que iba a ser devuelta a su propietario y encontró un persistente borde alrededor de una bañera. «Estaba así cuando llegamos», respondió el culpable.

«Deja siempre las cosas mejor de lo que las encontraste», replicó Buchman, que se arrodilló y limpió él mismo la bañera.

De hecho, aparte de las necesidades espirituales, el equipo que le acompañaba -muchos de ellos universitarios y universitarias, 'señoras' que habían hecho pocas tareas domésticas por sí mismas y hombres que no habían hecho ninguna- necesitaba un curso completo de administración y economía domésticas. Un camión bajaba a las ciudades para comprar en los mercados más baratos, y se cuidaba hasta el último céntimo.

El resultado final de la estancia en Tahoe, según Reginald Hale, fue «una fuerza en sí misma, como un ejército regular, capaz de luchar en cualquier lugar y en cualquier momento». «La mayoría de nosotros», explica, «habíamos experimentado el poder de Dios para cambiar nuestras vidas. Pero en Tahoe tuvimos una experiencia colectiva de Cristo. Juntos aceptamos la finalidad de Su victoria en la Cruz para romper el poder del mal en nuestras vidas y en el mundo. Al comprometernos irrevocablemente con Él, descubrimos que nuestras pequeñas divisiones de nacionalidad, clase, idioma y puntos de vista desaparecían. Comprometidos con Él, nos comprometimos también los unos con los otros»¹⁶.

Los trabajadores de las industrias bélicas de la costa oeste conducían toda la noche para pasar el día con Buchman y sus amigos en Tahoe. Entre ellos estaba John Riffe, un dirigente de la industria siderúrgica de San Francisco que pesaba 250 libras y a quien el presidente de su sindicato llamaba "el hombre más rudo y duro de la industria siderúrgica". Buchman le había conocido por primera vez en una mesa redonda de fin de semana en junio, un mes antes de ir a Tahoe. En aquella ocasión, Riffe había argumentado acaloradamente con Buchman que no necesitaba cambios. «Está bien», le había respondido Buchman, «quizá haya alguien más a quien te gustaría ver diferente». A Riffe le vinieron inmediatamente a la

mente varios nombres, entre ellos el de un empresario siderúrgico con el que se habían roto las negociaciones, colegas de su propio sindicato y su mujer, Rose. «De eso se trata», había añadido Buchman, «de aprender a cambiar a tus enemigos y convertirlos en amigos». Pasaron el resto de la velada juntos, y Riffe se fue a la cama con el pensamiento final de que si escuchaba a Dios podría descubrir cómo hacer que la gente fuera diferente.

A la mañana siguiente, temprano, llamaron a la puerta de casa de los Riff y Buchman apareció con una cafetera humeante. «Pensé que te gustaría esto antes de empezar tu tiempo de silencio», había dicho con una sonrisa. 'Tiempo de silencio' era un término nuevo para Riffe y había pedido una explicación: «Un tiempo para dejar que Dios te diga lo que tienes que hacer». Riffe volvió a su habitación, pero no a dormir. No dejaba de pensar en aquel ejecutivo de acero y en el punto muerto en que se encontraban. «Toma la iniciativa con él. Bájate del caballo. Sabes que tiene las manos atadas. Sé sincero. Hazle una oferta decente y discúlpate». Esa misma semana lo había intentado, y en cuarenta y ocho horas se había llegado a un generoso e inesperado acuerdo.

Luego los Riffe llegaron a Tahoe, seguían sintiendo curiosidad. En la cena les sirvieron dos chicas: «¿Quiénes son?», preguntó la Sra. Riffe. Cuando Buchman respondió que eran las hijas de Will Manning, propietario de la cadena de restaurantes Manning's en la costa oeste, John Riffe estalló: «¡Dios mío! Mi sindicato está planeando hacer un piquete en ese lugar».

La Sra. Riffe añadió: «Yo nunca serviría como lo están haciendo».

«Nadie se lo ha pedido», replicó Buchman.

Riffe volvió a preguntarse si había caído en un complot antiobrero, pero al día siguiente, al amanecer, el hijo de Manning lo llevó a pescar. Los dos hombres volvieron con tres pececillos y una comprensión mutua de sus problemas. El fin de semana siguiente, Riffe regresó con seis miembros de su comité ejecutivo, entre ellos James Thimmes, que más tarde sería vicepresidente de la Unión de Trabajadores Siderúrgicos

de Estados Unidos y, junto con Riffe, desempeñó un papel importante en la resolución de la huelga nacional del acero de 1952¹⁷.

El 23 de agosto, Buchman dijo a sus amigos que creía necesario un nuevo 'manual'. Un doctor en Filosofía de Oxford redactó un primer borrador de este nuevo libro. A continuación, el texto fue revisado por un grupo variado para eliminar todas las palabras innecesarias. «Tiene que ser sencillo e ilustrado para captar Estados Unidos», dijo Buchman, «tiene que ser casi como el abecedario». En él se pedía «hogares sanos, trabajo en equipo en la industria, una nación unida» y que Estados Unidos se convirtiera en una nación gobernada por Dios. El libro se tituló *You Can Defend America / Tú Puedes Defender Estados Unidos*. El producto final, de sólo 32 páginas, fue ilustrado por Hale de forma sencilla pero vívida.

Le siguió una revista musical basada en el libro y que llevaba el mismo nombre. Como ocurre a menudo en la compañía de Buchman, se desarrolló casi accidentalmente, a partir de una serie de bosquejos presentados en una fiesta de cumpleaños. Un poco más tarde, Globin, el ex contrabandista, también cumplía años y Buchman le invitó a venir con sus amigos: «Los clubes nocturnos son su mundo», dijo Buchman, «hagamos de esto un espectáculo con mesas alrededor en círculo».

Marion Clayton, que había actuado en la película *Mutiny on the Bounty / El Motín de la Bounty*, y Cece Broadhurst, la cantante de radio canadiense, dieron forma al material de la fiesta de cumpleaños original. Globin llevó a su mujer y a un grupo de amigos, entre ellos el alcalde de *Carson City*, la capital de Nevada. La Sra. Globin se rió tanto, dijo, que le dolían músculos de la cara que hacía años que no utilizaba.

Al final de la velada, el alcalde dijo a Buchman: «Así es como se transmite el patriotismo a nuestra gente. Debes traer el espectáculo a *Carson City*».

«Bien. ¿Cuándo vamos?», dijo Buchman.

«El viernes», dijo el alcalde.

«Ahí estaremos», dijo Buchman. Eso fue el martes.

El concierto se celebró el viernes en *Carson City* a sala llena. Al final, Hale fue al mejor bar de la ciudad a por un telegrama: «De repente», recuerda, «las puertas del bar se abrieron de golpe e irrumpió un gran minero irlandés: “Chicos, ¿han estado en la calle?”, exclamó mientras los bancos del bar giraban: “No sé de qué se trata, ¡pero es fantástico! INCREÍBLE”».

Desde *Carson City* el espectáculo fue invitado a Reno. Esto supondría enfrentarse a un público más sofisticado, pero Buchman, para quien todo el mundo era un libretista, músico, actor o productor en potencia, no vio dificultades. Así que, despojándose de las referencias locales, la revista se lanzó a una carrera que en los años siguientes la llevó de un lado a otro del país, llegando a públicos a los que quizá no se podía llegar por ningún otro medio.

En noviembre de 1941, *Tú Puedes Defender Estados Unidos* se proyectó en las dos convenciones sindicales rivales de Estados Unidos: el Congreso de Organizaciones Industriales de *Atlantic City* y la Federación Estadounidense del Trabajo de Nueva Orleans, lo que supuso un fuerte impulso para la industria estadounidense. Los Concejos de Defensa Civil de estados y ciudades la patrocinaron, primero en la costa oeste y luego en una extensa gira -en 194- desde Maine hasta Florida. El elenco recorrió 36.000 millas a través de 21 estados y actuó ante más de un cuarto de millón de personas. El general de los ejércitos, John J. Pershing, escribió un prólogo* en el que decía: «Ningún ciudadano patriota puede leerlo sin sentir su inspiración. Nadie puede dejar de apoyar su objetivo final: la preservación de nuestra preciosa herencia». Las bases del Ejército y el Ejército del Aire y los astilleros navales solicitaron funciones de la revista y distribuyeron miles de ejemplares del manual.

El 6 de diciembre de 1941, el conocido ciudadano de Filadelfia J. B. Kelly, padre de la actriz y futura princesa Grace de Mónaco, vio la obra en la Academia de Música de Filadelfia, patrocinada por la municipalidad y las autoridades de Defensa Civil. Su comentario posterior fue típico de muchos: «Pensaba que tenía todo el patriotismo que necesitaba, pero mientras veía la obra

* El general George C. Marshall le propuso escribirlo. Al acceder, Pershing, que había sido Comandante en Jefe estadounidense en la Primera Guerra Mundial, dijo que había roto la costumbre de toda una vida al hacerlo.

sentí que había un grupo de personas que casi miraban por encima de mi hombro y leían mi mente y daban la respuesta que sentía que Estados Unidos necesitaba»¹⁸.

A primera hora de la mañana siguiente, los japoneses atacaron *Pearl Harbor*. Estados Unidos estaba en guerra.

«DEBATE SOBRE EL TRABAJO EN GUERRA»

Las primeras víctimas de la guerra suelen ser los valores espirituales. Buchman creía que éstos eran la base de la libertad, y él y su equipo habían sido capaces de llevarlos a personas y situaciones a las que las iglesias rara vez llegaban. Por lo tanto, sentía profundamente la importancia de mantener intacta su fuerza entrenada y dedicada a tiempo completo.

Muchos líderes estadounidenses apoyaban esta opinión. El hijo de Thomas Edison, Charles, que era secretario de la Marina, señaló que en la defensa nacional «el Rearme Moral tiene la misma importancia que el rearme material... Sin carácter y sin un rearme moral profundamente arraigado en la fibra de nuestros ciudadanos... poco valdrá la pena defender»¹.

Los dos principales organismos encargados de garantizar la asignación de mano de obra estadounidense en tiempo de guerra -el Departamento de Justicia y el Servicio Selectivo- coincidieron en que el programa de Rearme Moral tenía una especial relevancia para el esfuerzo bélico. En octubre de 1940, el Departamento de Justicia aprobó la permanencia de 28 trabajadores británicos del RM en el país por considerar que prestaban un servicio esencial, y el Servicio Selectivo aplazó la llamada a filas de los estadounidenses, y más tarde de los británicos, que trabajaban en el Rearme Moral como elemento esencial del programa de defensa nacional. Durante 1941, algunos de los trabajadores estadounidenses de Buchman fueron clasificados como disponibles para el servicio militar

por las juntas locales de reclutamiento, pero en cada caso intervino la Junta Presidencial de Apelación y les concedió la prórroga.

Poco después del ataque a *Pearl Harbor*, el presidente de la Junta Presidencial de Apelaciones, el coronel John Langston, escribió a Buchman:

«Estoy firmemente convencido de que, a medida que nuestra situación de emergencia se agrave, aumentará la necesidad de fortalecer la resistencia moral de nuestro pueblo. Las debilidades de Francia no se mostraron tan pronunciadamente al principio. Me asusta la petulante complacencia de muchos de nuestros conciudadanos, que se han ablandado hasta el punto de creer ver lo recto cuando no es más que un espejismo. Hará falta toda la moral que tú y otros que dan su vida por este trabajo puedan aportar para mantenernos en equilibrio. Ya veo esfuerzos por desestabilizar y confundir a la Defensa Civil. Es difícil determinar si se trata de esfuerzos naturales, equivocados y de pensamientos confusos de patriotas, o del trabajo inspirado de grupos subversivos.

El Rearme Moral ha demostrado su valor para la defensa nacional. El presidente así lo ha sostenido. Pero el trabajador individual necesita hacer su conexión necesaria clara y segura en cuanto a la calidad y tipo de su entrenamiento y las cosas reales que él está haciendo, porque hay necesidad no sólo de tener su estatus probado sino de satisfacer al público de que está justificado y así sostener la moral del servicio selectivo»².

El problema al que Buchman empezaba a enfrentarse en Estados Unidos ya se había convertido en objeto de controversia en Gran Bretaña. En el verano de 1940, doce trabajadores a tiempo completo y 240 de los trabajadores a tiempo parcial más experimentados del RM se habían enrolado voluntariamente en el ejército, por lo que sólo quedaban veintinueve hombres en edad militar disponibles para continuar. Estos veintinueve hombres dirigían una campaña a escala nacional patrocinada por 360 alcaldes y gobernadores, concentrándose especialmente en las zonas más bombardeadas. Sus esfuerzos habían sido muy bien acogidos³,

excepto por una parte de la prensa londinense. En tres semanas de agosto, el periódico comunista *Daily Worker* les atacó en ocho ocasiones y Tom Driberg -en el *Daily Express*- lo hizo en otras seis⁴. Su queja era que la campaña del RM mezclaba cristianismo con moral, mientras que Hannen Swaffer en el *Daily Herald* resucitó la supuesta declaración de Buchman de 1936 para deducir que el RM era pro-nazi.

Peter Howard, también del *Express Newspapers*, a quien muchos consideraban el columnista más duro de todos, decidió investigar personalmente al Rearme Moral. Para su sorpresa, descubrió que las acusaciones de sus colegas tenían menos fundamento, y cuando el director del *Express* se negó a publicar su respuesta a las acusaciones de Driberg, escribió un libro, *Innocent Men*⁵/ Hombres inocentes, en el que exponía los hechos del Rearme Moral tal y como él los veía y describía el inesperado cambio que estaba produciendo en su propia vida. El libro vendió 155.000 ejemplares y le llevó a renunciar a su trabajo tan bien pagado, ya que Dick Plummer, el subdirector, en ausencia de Lord Beaverbrook y del director general del periódico, E. J. Robertson, le prohibió publicarlo.

La personalidad y la misión de Buchman se convirtieron, desde el principio, en el centro de la controversia. Poco después de que Howard se asociara al Rearme Moral, su editor, John Gordon, y Brendan Bracken, entonces ministro de Información, le invitaron a almorzar y le dijeron categóricamente que Buchman sería arrestado en cuanto Estados Unidos entrara en guerra. Howard les pidió sus evidencias. «Imposible decírtelo, Peter», le dijeron, «viene de una fuente demasiado alta y secreta». Sabiendo el apoyo que Roosevelt y otros habían dado a sus nuevos amigos en Estados Unidos, Howard descartó su afirmación: «Vuelvan cuando puedan mostrarme pruebas reales», les dijo.

Mientras tanto, la novelista Daphne du Maurier había publicado *Come Wind, Come Weather / Ven Viento, Ven Tiempo*⁶, en el que contaba historias de cómo personas comunes, influidas por el Rearme Moral, se enfrentaban a las condiciones de los tiempos de guerra. Dedicó el libro a «un estadounidense, el Dr.

* El título recordaba a *Guilty Men / Hombres Culpables*, el libro que había escrito el año anterior con Michael Foot y Frank Owen bajo el seudónimo de 'Cato'.

Frank N. D. Buchman, cuya visión inicial hizo posible el trabajo de los personajes vivos de estas historias», y añadió: «Lo que están haciendo por todo el país ayudando a hombres y mujeres a resolver sus problemas y preparándoles para lo que les espera, demostrará ser de importancia nacional en los días venideros». Su libro vendió -solo en Gran Bretaña- 650.000 ejemplares.

En medio de la guerra de palabras sobre Buchman, Ernest Bevin, secretario general de los Trabajadores Generales y del Transporte, se convirtió en ministro de Trabajo*. Según su biógrafo, el profesor Alan Bullock, a su llegada se le caracterizó como «un mal conciliador, un buen opositor, respetado por todos». «Su capacidad, su fuerza de carácter y su determinación eran evidentes», escribe Bullock, pero «su inusual confianza se combinaba con una marcada sensibilidad a las críticas, que siempre tendía a tomar como un ataque personal, y con una fuerte desconfianza que, una vez despertada, ponía un muro de ladrillos de desconfianza entre él y cualquiera que se pusiera en su contra»⁷. En la calamitosa situación de 1940 ninguna de estas características parecía importar en comparación con el hecho de que tuviera las cualidades de dureza y valor necesarias para hacer frente a la crisis, pero iban a tener un profundo efecto en el destino de los trabajadores de Buchman.

Al asumir el cargo, Bevin descubrió que su predecesor, Ernest Brown, había introducido en la Ley de Reclutamiento una cláusula que concedía el aplazamiento ocupacional a los 'evangelistas laicos', categoría en la que incluía a los trabajadores del RM, cuyo trabajo conocía y valoraba. Brown era un hombre de fe, mientras que Bevin era un ateo sincero que descartaba cualquier factor espiritual en el esfuerzo bélico. En diciembre de 1940 escribió al Grupo de Oxford diciendo que se estaba revisando la posición de sus trabajadores y solicitando comentarios. Se le envió toda la documentación y, en febrero de 1941, una delegación de parlamentarios presentó el caso de Rearme Moral al adjunto de Bevin en materia de mano de obra. Sir William Beveridge.

* En mayo de 1940, cuando se formó el Gobierno de Churchill. Pasó a formar parte del Gabinete de Guerra en septiembre.

A. P. Herbert consideró que era el momento adecuado para presentar una moción en el orden del día de la Cámara de los Comunes el 27 de febrero pidiendo al nuevo presidente de la Junta de Comercio, Oliver Lyttelton, que privara al Grupo de Oxford del nombre y los privilegios que les había concedido Stanley, basándose en que Buchman nunca había denunciado a Hitler, que su trabajo era «perjudicial para la causa británica» y que «estaba ocupando en Estados Unidos a jóvenes ciudadanos británicos que podrían estar mejor empleados en su propio país». La moción de Herbert reunió cuarenta y nueve apoyos, mientras que la contramoción de Sir Robert Gower, presentada el mismo día, fue firmada por setenta y seis diputados.

El 14 de marzo, antes de que el Grupo de Oxford recibiera respuesta alguna de Bevin, el corresponsal de trabajo del *Daily Express* anunció en exclusiva que los veintinueve trabajadores del Grupo de Oxford podrían ser llamados a filas en breve. Esto provocó una protesta pública inmediata. Los arzobispos de Canterbury y York, el moderador de la Iglesia de Escocia y los jefes de todas las iglesias libres escribieron a Bevin afirmando que los hombres del RM eran de hecho «evangelistas laicos» y, por tanto, estaban protegidos en su trabajo por la Ley de Reclutamiento. Recibieron el apoyo de una petición firmada por más de 2.500 clérigos y ministros, así como por dirigentes cívicos, industriales y sindicales. Bevin, fiel a la caracterización de su biógrafo, se tomó esta oposición como una afrenta personal y expresó su resentimiento ante lo que denominó «presiones»⁸.

El 19 de marzo, Oliver Lyttelton convocó al secretario del Grupo de Oxford, Roland Wilson, a su despacho. «Lyttelton dijo que habían investigado a fondo el trabajo del Grupo y que lo consideraban valioso para el país», dice Wilson. «Dijo que estaba autorizado a ofrecernos el pleno apoyo del gobierno si desautorizábamos a Buchman “sólo durante el periodo de la guerra”, ya que “habían surgido dudas sobre su actitud hacia la Alemania nazi”. “Después de la guerra”, añadió, “podría restablecerse el vínculo”. Cuando le dije que la respuesta era “No”, Lyttelton replicó que ésa era la respuesta que había esperado». Poco después, Lyttelton asistió a la representación actual del RM y felicitó al elenco por su trabajo.

El 11 de septiembre, en respuesta a una pregunta de A. P. Herbert, Bevin confirmó oficialmente en los Comunes su intención de llamar a filas. Ciento setenta y cuatro diputados presentaron entonces una moción oponiéndose a ello, y su portavoz, George Mathers, exigió un debate sobre el tema, que tuvo lugar el 7 de octubre. Unos días antes del debate, Herbert hizo una larga declaración a la prensa en la que reiteraba su convicción de que «Buchman no es amigo de Gran Bretaña» y anunciaba que había enviado una «carta secreta» a Bevin con pruebas condenatorias. El ministro, mientras tanto, hizo saber que renunciaría al gobierno si no ganaba su punto de vista⁹, y el gobierno, consciente de la gran importancia de Bevin para el esfuerzo de guerra, puso un látigo de tres líneas sobre sus partidarios, obligándoles a asistir y votar con él. De hecho, esta medida era innecesaria, ya que Mathers y sus colegas habían anunciado que no pedirían una votación, sino que confiaban en que el ministro reconociera la justicia de su caso, una práctica tradicional en los «debates aplazados», categoría en la que entraba este debate.

Esa noche, todo el mundo esperaba que Herbert presentara su «carta secreta».

De hecho, sólo presentó tres cartas de personas anónimas que afirmaban que otras personas anónimas a las que habían conocido estaban relacionadas con el Grupo de Oxford y habían hecho comentarios no desfavorables a Hitler. El debate fue escabroso y enérgico. Cuestiones triviales impidieron cualquier discusión inteligente sobre las cuestiones básicas de si un grupo de cristianos debe ser tratado de forma diferente a todos los demás y qué es, de hecho, el «servicio nacional». Bevin capeó el temporal, dando a entender, entre otras cosas, que todos esos hombres eran objetores de conciencia. De hecho, ninguno lo era.

En su biografía de Herbert, Reginald Pound escribe: «APH fue consolado en su oposición por una carta marcada “Secreto” de un departamento de inteligencia en Whitehall: “Le interesará saber que todas las personas que he visto y que han tenido la oportunidad de observar a Buchman, en este país, en el continente y en los Estados Unidos, opinan que trabaja para Alemania. Algunos creen que ha sido subvencionado por el Dr.

Goebbels. Por el momento faltan pruebas”»¹⁰. Esta puede haber sido la ‘carta secreta’ que Herbert envió a Bevin. También podría haber sido la fuente de las sospechas de Bracken y la sugerencia de Lyttelton en nombre del gobierno. Puede o no ser relevante que Driberg estuviera en ese momento trabajando en el suministro de información sobre personas y movimientos para una rama del MI5*.

El debate del día siguiente en la Cámara de los Lores, iniciado por Lord Salisbury, fue más tranquilo. Se expresó la preocupación de que los trabajadores del Rearme Moral habían sido tratados de forma apenas menos arbitraria de lo que lo habrían sido en un estado totalitario. Todos los oradores, excepto el portavoz del gobierno y otro más, deploraron la decisión de Bevin. *The Times* declaró en su editorial de la mañana siguiente: «Es imposible pensar que el ministro haya manejado con sabiduría o prudencia un caso que, rechazado de plano, estaba destinado a despertar sentimientos profundos y sinceros que iban mucho más allá de sus límites inmediatos»¹¹.

Sin embargo, la decisión de Bevin no fue revocada. Los hombres que quedaban fueron reclutados por las fuerzas armadas, aunque debido a la necesidad de bomberos durante el bombardeo algunos pudieron optar por el Servicio Nacional de Bomberos de Londres, lo que les permitió continuar su trabajo del RM en sus horas libres.

Las ráfagas de la tormenta parlamentaria cruzaron el Atlántico y epítetos como «pro-nazi», utilizados en el debate de los

* Chapman Pincher afirma que Driberg fue alistado por el MI5 cuando era un colegial y recibió instrucciones de infiltrarse en el Partido Comunista, del que fue expulsado en 1941 cuando Harry Pollitt, secretario general del partido, descubrió su duplicidad. Sin embargo, tras su elección como diputado por Maldon, Essex, en 1942, Pollitt le propuso trabajar para la KGB. Durante el resto de su vida trabajó para ambas organizaciones, con el conocimiento de ambas. Su trabajo consistía, en cada caso, en proporcionar información y desinformación, y en informar sobre la vida privada de los principales políticos, incluidos sus amigos íntimos, y de cualquier otra persona de interés. Las investigaciones tras su muerte, escribe Pincher, «convencieron al MI5 de que había sido controlado principalmente por la KGB desde el final de la guerra». Fue, según Pincher, la «larga relación de Driberg con el MI» lo que «resuelve el misterio de por qué un homosexual tan notorio, que fue repetidamente sorprendido en el acto públicamente por la policía, nunca fue procesado con éxito». (*Their Trade is Treachery* / Su Oficio es la Traición, Sidgwick and Jackson, 1981, pp). Véase también el Diccionario de Espionaje de Christopher Dobson y Ronald Payne (Harrap, 1985, p. 40), donde se le describe como «un agente doble que trabajaba tanto para el MI5 como para la KGB». «La KGB», añaden, «siempre se reservaba la posibilidad de producir imágenes de sus aventuras homosexuales... y amenazaba con destruir su carrera pública si no cumplía sus órdenes». Véase también *The Man Who Was M* / El Hombre que Era M, de Anthony Masters (Blackwell, 1984), pp. 168-79.

Comunes, hacían ahora su aparición en aquel país. También lo hizo Driberg, que pasó seis meses de ese verano y otoño recorriendo Estados Unidos, durante los cuales prosiguió su campaña contra Buchman con los editores de periódicos que eran sus anfitriones. Una nueva ola de rumores se extendió por todo el país. En particular, una hoja informativa de tirada nacional, *In Fact* / En Efecto, reprodujo muchos ataques contra el Rearme Moral y los difundió entre los principales periódicos estadounidenses.

El cuartel general del Servicio Selectivo preguntó qué había detrás de estos rumores. Un memorándum presentado por el Rearme Moral en respuesta decía en parte: «Hace tiempo que sabemos que se estaba intentando influir negativamente en altos funcionarios de Washington. En noviembre (de 1941) se nos dijo que un periodista británico que nos era hostil desde hacía mucho tiempo había estado en este país y estaba ganándose el oído de importantes funcionarios para perjudicarlos en contra del Rearme Moral. Nuestro informante nos dijo que, si bien él personalmente había podido contrarrestar con éxito los esfuerzos de este hombre en el caso de un funcionario importante, la estrategia del periodista era llegar a oídos del presidente, pero que, por lo que él sabía, sólo llegó hasta el secretario de prensa del presidente, Stephen Early»¹².

Early había recibido un telegrama del director del *Bangor Daily News*, en el que le preguntaba si Roosevelt había «respaldado específicamente» al Rearme Moral, a lo que él había respondido que no había habido ningún «respaldo específico». Cuando se enteró del uso que el periódico había hecho de este telegrama. Early volvió a telegrafiar al editor: «Lamento enormemente que este telegrama haya sido utilizado para impugnar los motivos de los asociados con el Grupo de Oxford para el Rearme Moral. Si hubiera creído que mi telegrama iba a ser utilizado de esta manera, ciertamente no habría respondido a la pregunta telegráfica que recibí de usted y a la que mi mensaje acusaba recibo»¹³. Del mismo modo, un funcionario del Servicio Selectivo de Nueva York fue reprendido por Washington cuando transmitió a la prensa estadounidense, en su capacidad oficial, declaraciones procedentes del *Daily Mirror* de Londres que habían empezado a acusar a los británicos que trabajaban con

el Rearme Moral en Estados Unidos de ser «evasores de la obligación de servicio militar».

De hecho, la Embajada británica había reafirmado una vez más - el 1 de mayo de 1941 - que todos estos trabajadores británicos se encontraban en Estados Unidos con el conocimiento y permiso del gobierno británico. Después de *Pearl Harbor*, el embajador británico ordenó que ningún miembro del personal de la embajada volviera a hacer declaraciones ya que, por acuerdo entre los socios aliados, la situación de todos los ciudadanos británicos en Estados Unidos era ahora un asunto estadounidense. La administración estadounidense continuó con su política de apoyo a los trabajadores del Rearme Moral después de esta fecha¹⁴.

Elementos de la prensa, sin embargo, reiteraron acusaciones de un lado a otro del Atlántico. Las negaciones fueron ignoradas. Cuando Rudolf Hess, el segundo de Hitler, hizo una visita sorpresa en paracaídas a Gran Bretaña, la prensa estadounidense y canadiense informó de un «anuncio confidencial» de William Hillman, editor europeo de *Collier's*, de que Hess era seguidor de Buchman y había volado a Inglaterra para ponerse en contacto con el Grupo de Oxford con el fin de negociar la paz¹⁵. Buchman estaba tan sorprendido de leer esto como cualquier otro. Sólo el diario *Allentown Morning Call* publicó su declaración de que ni siquiera sabía quién era Hess¹⁶.

En medio de estas batallas se produjo una declaración pública de Sam Shoemaker, cuya gran casa parroquial, anexa a la Iglesia del Calvario de Nueva York, había sido durante quince años el hogar y la oficina del trabajo de Buchman en Estados Unidos. Shoemaker anunció a la prensa estadounidense¹⁷ y británica que había decidido poner fin a su asociación con Buchman «porque han surgido ciertas políticas y puntos de vista en el desarrollo del rearme moral sobre los que hemos tenido crecientes recelos». Según el *Daily Telegraph*, no quiso decir cuáles eran esas «políticas y puntos de vista», pero añadió: «Cuando el Grupo de Oxford era, según su propia definición, “un movimiento de religión personal vital que trabaja dentro de las iglesias para hacer que los principios del Nuevo Testamento sean prácticos como fuerza de trabajo en la

actualidad”, nos identificamos plenamente con él»¹⁸. Shoemaker concluyó pidiendo a Buchman que retirara de *Calvary House* todo el material personal y del Grupo de Oxford.

Logan Roots, el ya retirado obispo primado de China, que ahora trabaja a tiempo completo con Buchman, dio su propia explicación de esta evolución. «La simple cuestión», dijo, «es que Shoemaker ha iniciado una nueva política parroquial en la que considera que la parroquia es el objetivo primordial. Buchman, fiel a su definición de hace veinte años del Grupo de Oxford como un programa de vida que produce cambios personales, sociales, raciales, nacionales y supranacionales, pensó que el trabajo no podía limitarse a los confines de una parroquia, sino que debía entregarse a sí mismo y a su trabajo a todas las parroquias y a todas las denominaciones, y que si la parroquia lo veía correctamente, la iglesia podía ser realmente un centro de referencia para salvar el mundo»¹⁹.

Hoy parece que ninguna de las dos afirmaciones reflejaba toda la verdad. Buchman no había cambiado sus objetivos, ni Shoemaker deseaba confinar su influencia a una sola parroquia. Pero Shoemaker, ya en 1925, había decidido trabajar dentro de un marco eclesiástico tradicional, mientras que Buchman estaba convencido de que él mismo, y también la iglesia, debían llegar a todos los rincones de la vida, y que eso exigiría una actitud nueva y revolucionaria. El mismo problema había surgido entre ellos cada vez que Buchman daba un paso nuevo y que rompía los esquemas.

Detrás de estas diferencias estaban el carácter y los objetivos de los dos hombres. La amistad entre ellos había sido duradera y genuina, y Buchman apreciaba la habilidad de Shoemaker para ayudar a las personas. Pero ambos tenían personalidades fuertes y, aunque Shoemaker era bastante más joven que Buchman, nunca había aceptado de buen grado la tutela, y parece que a veces optaba por interpretar la franqueza de Buchman en asuntos personales como un intento de dominación.

Para Buchman la ruptura supuso una tristeza personal. La había visto venir, ya que durante la primavera habían empezado a surgir recriminaciones personales contra él dentro de la

comunidad de *Calvary House*. Estas dificultades hicieron que su salud se deteriorara, y su médico hizo que lo trasladaran de *Calvary House* al campo. «Su gran preocupación», escribe el médico, «no era su salud, sino su amigo... lo que le causaba una gran agonía de espíritu, pero sin ninguna palabra de amargura o resentimiento. Un día lo encontré relajado, y su rostro resplandecía. Era evidente que algo formidable le había sucedido. Dijo que había rezado toda la noche por su amigo... “Viviré en unidad”, me dijo. “Díselo a todo el mundo”»²⁰.

Cuando llegó la declaración pública, lo comentó por primera y última vez con algunos amigos: «Dicen que ha habido una ruptura entre nosotros. No una división, pero siempre ha habido una astilla... No puedo levantar ningún sentimiento contra él. Mi temperatura no sube ni un milímetro». A un amigo de la iglesia del Calvario que le escribió preguntándole si debía cortar su asociación con Shoemaker, Buchman le contestó que ciertamente no debía hacerlo, ya que Shoemaker necesitaría su apoyo más que nunca²¹. De hecho, la calma y amabilidad de Buchman son evidentes en cada mención de Shoemaker en este periodo. También parece haber sentido que parte de la culpa era suya. «Yo había hecho del Calvario un ídolo», dijo, «y fue un error»²².

Se encontraron varias soluciones al problema práctico de dónde llevarían sus pertenencias Buchman y sus amigos. En realidad, esta evolución había sido inevitable: era difícil dirigir una acción mundial desde una casa parroquial, y difícil dirigir una parroquia desde lo que se había convertido en un centro mundial.

El acontecimiento fue utilizado por algunos de los críticos de Buchman para tratar de abrir una brecha entre él y su considerable apoyo en la iglesia - y, en algunos casos, esto tuvo éxito. También proporcionó a los que encontraban difícil de soportar la actual campaña de prensa contra Buchman una forma fácil de abandonar su relación con él, aunque esa no fuera la intención de Shoemaker. No alteró en absoluto la relación del propio Buchman con la iglesia. «Creo con todo mi corazón en la iglesia, una iglesia en llamas, en llamas de revolución», dijo dos años después²³.

Las batallas libradas en torno a Buchman y al Rearme Moral avergonzaron pero no impidieron el progreso del programa/obra *Puedes Defender Estados Unidos* por toda la nación. La obra había hecho una larga gira por el sur y por el medio oeste hasta Detroit, pasando por Cleveland, Ohio, donde se proyectó para la Convención Anual de los Trabajadores del Acero de Estados Unidos. Philip Murray, el dirigente escocés del CIO, habló tras la representación: «Ejemplifica el espíritu y el tipo de unidad que busca Estados Unidos»²⁴.

En Detroit se actuó ante 5.000 personas cada noche. La primera oleada de respuesta patriótica tras *Pearl Harbor*, que se tradujo en un aumento de la producción industrial, se estaba extinguiendo. El peso de la guerra recaía sobre la industria, dividida por profundas disputas ideológicas. Casi todas las reuniones sindicales importantes eran una batalla campal entre los comunistas, que exigían un segundo frente en Europa de inmediato y trataban así de obtener el control del sindicato, y los socialistas, que trataban de impedirlo y restringir los debates a cuestiones industriales.

Buchman creía que «la victoria total significa que debemos ganar la guerra de las armas y también la guerra de las ideas». «Ambas», señaló, «se están librando aquí mismo, en Detroit. La guerra puede perderse o ganarse en Detroit». Henry Ford fue su anfitrión en la ciudad durante el cumpleaños de Buchman en junio. Buchman y algunos de sus colegas se alojaron en el *Dearborn Inn*, y él y la Sra. Ford asistieron a un gran almuerzo de cumpleaños en el Museo Ford de *Greenfield Village* y vieron varias veces *Puedes Defender Estados Unidos*. Tras decidirse finalmente a dedicarse a la producción de aviones, Ford estaba construyendo su inmensa planta de *Willow Run*. Buchman se preguntó cómo un genio de la organización podría ser igualmente eficaz en la guerra de ideas. «¿Cómo podemos establecer una cadena de montaje para producir hombres que sepan trabajar juntos, que puedan curar el rencor, aumentar la producción y suministrar la imaginación para que nazca un nuevo mundo?», escribió a Ford. «¿Dónde podemos encontrar el lugar para construir la *Willow Run* para producir las ideas que darán respuesta a los 'ismos'? Hemos reequipado nuestras industrias para hacer frente a una emergencia nacional. Con la misma rapidez y

minuciosidad debemos reajustar nuestra forma de pensar y de vivir para hacer frente a un mundo cambiante»²⁵.

La pista que condujo finalmente al lugar que Buchman buscaba no vino de Henry Ford, sino de su esposa. En la fiesta de cumpleaños había comentado que Buchman tenía mal aspecto y que debía descansar. El calor era agobiante y ella le habló del clima fresco de la isla Mackinac, en los Grandes Lagos, donde confluyen los lagos Hurón y Michigan. Buchman ya se había enterado de que las restricciones de la guerra habían dejado vacía la isla, y fue a hacer un breve reconocimiento. La Sra. Ford se puso en contacto con el propietario del *Grand Hotel*, Stewart Woodfill, y cuando un miembro de la Comisión de Parques de la isla le ofreció el uso de un hotel histórico pero en ruinas, el *Island House*, por un dólar durante un año, Buchman sintió que había encontrado su equivalente de *Willow Run*. El *Island House* estaba en un estado de suciedad difícilmente descriptible -con comida de dos años aún en las ollas de la estufa de leña-, pero, según observó, había un granero detrás del edificio principal, donde se podían organizar reuniones y representar obras de teatro.

Inmediatamente se envió una brigada para hacer habitable *Island House*. Hale era uno de ellos: «Francamente, el lugar estaba tan destrozado que pensé que nos habían cobrado de más», escribe. «Cuando me desperté la primera mañana, encontré 79 picaduras de chinches salpicando mi cuerpo. Fregamos y fregamos y, poco a poco, desinsectamos, desodorizamos y limpiamos la casa. Pero aún quedaba mucho por hacer cuando llegó el contingente principal de Detroit. No obstante, el 9 de julio se inauguró *Island House* como primer centro de formación para el Rearme Moral.

Mientras tanto, Buchman y la mayor parte de su equipo habían permanecido en la zona de Detroit, lo que había irritado a Ford, de 78 años. Se quejó a Charles Lindbergh, que le ayudaba a poner en marcha *Willow Run*, de que los hombres de Buchman habían abusado de su hospitalidad y también de que le habían invitado a una fiesta nocturna y le habían tenido despierto demasiado tiempo²⁷. En efecto, Buchman y él se vieron pocas veces después de aquello. Sin embargo, James Newton y Eleanor Forde, ya casados, eran siempre bienvenidos, y cuando

la madre de Bill Jaeger, Annie, contrajo cáncer y pasó un año en el Hospital Henry Ford, la Sra. Ford, que se desvivía por ella, pagó las cuentas.

La isla Mackinac, situada cerca de la frontera entre Estados Unidos y Canadá, a corta distancia en avión de Chicago y Detroit -pero prohibida a todo tráfico motorizado-, se acostumbró poco a poco a recibir delegaciones, primero de las industrias del centro-oeste y más tarde de todo el mundo. Stewart Woodfill, que tenía el *Grand Hotel*, una enorme estructura de madera del siglo pasado que parecía un transatlántico varado en una verde colina, se había movido íntimamente entre los magnates industriales de los últimos cuarenta años. Más tarde describió su primer encuentro con Buchman: «Sentía curiosidad por lo que ocurría en *Island House*. Mientras me explicaba las cosas, me impresionó su dedicación a objetivos muy ambiciosos, pero mi mente empresarial no podía comprender cómo una organización de este tipo podía funcionar con éxito sin cuotas de sus miembros, sin ingresos fijos y aparentemente sin capital circulante. Invité al Dr. Buchman a mi hotel. Fue el comienzo de una asombrosa documentación sobre el Rearme Moral, a la que se añadía algo cada año que le conocía»²⁸.

Durante el fin de semana del Día del Trabajo -a principios de septiembre-, este año y en 1943, el centro de formación Mackinac recibió la visita de trabajadores y directivos de muchas partes de Estados Unidos. Uno de los dirigentes sindicales era William Schaffer, de la *Cramp Shipbuilding Company* de Filadelfia, donde el año anterior se había proyectado 'Puedes Defender Estados Unidos'. Tenía veintinueve años y su mujer, "Dynamite", y él ya habían acordado el divorcio, lo que significaba la separación de sus dos hijas. Conoció a Buchman. Mi primera impresión fue: «¿Qué quiere este pájaro de mí?. Para mi sorpresa, descubrí que no quería nada. A su manera tranquila, sin decir mucho al respecto, me hizo sentir que había algo mal dentro de mí»²⁹. Schaffer dejó Mackinac al cabo de cuatro días, muy pensativo. Se había sorprendido al ver a Henry Sanger, banquero de Ford, barriendo el porche en camisa de manga-larga; y en su viaje de regreso descubrió que un antiguo presidente de la Cámara de Comercio de Los Ángeles, George Eastman, a quien había

mirado con profunda sospecha en la conferencia simplemente por el cargo que ocupaba, había viajado sentado en el tren toda la noche para que él pudiera tener una litera para recostarse y dormir. «En aquel momento supe, dijeran lo que dijeran, que era la mayor revolución que existía», dijo Schaffer³⁰. Más tarde, cuando se presentó 'El Factor Olvidado' en su astillero, se dio cuenta de que Buchman tenía «la única respuesta que iba a salvar mi hogar, mi sindicato y la *Cramp Shipbuilding Company*». En 1958 escribió: «La familia Schaffer siempre le estará agradecida»³¹.

Denis Foss, un joven oficial de la marina mercante británica que había sido torpedeado dos veces en veinticuatro horas -y ahora descansaba entre viaje y viaje-, visitó Mackinac ese año y observó el principio del cambio en otro líder sindical:

«Había unos cien niños allí con sus padres. Justo cuando empezaba la sesión del domingo, Buchman pasó de la parte trasera del granero-teatro a la plataforma. Se sentó y esperó a que todo el mundo se acomodara. Una niña se acercó y se subió en su regazo. Buchman le preguntó si quería decirle algo a multitud de la reunión. “No”, respondió ella, “sólo quiero estar contigo”. Casi de inmediato, otros dos niños subieron al andén y, a continuación, los adultos se retiraron discretamente mientras otros veinte les seguían. “Bien, niños”, dijo Buchman, “esta es una reunión de trabajo. ¿Qué vamos a decir a estas personas?”. Uno a uno, algunos de los niños nos contaron lo que habían aprendido en Mackinac. Frente a mí estaba sentado un hombre llamado Nick Dragon con su mujer. Era Director Regional del Sindicato de Trabajadores del Automóvil - CIO, en Detroit. Me di cuenta de que las lágrimas le corrían lentamente por las mejillas y le oí decir a su mujer: “Yo intento controlar a miles de trabajadores y no puedo controlar a mis propios hijos. Míralos con Buchman. ¿Qué tiene él que no tengamos nosotros?”».

Foss también describe cómo Buchman le ayudó a mejorar su propio trabajo. Sentados en dos cómodas sillas a la orilla del lago, le entregó el *New York Herald Tribune* del día: «Supongo que usted es como yo», le dijo, «y tiene la costumbre de hacer dos cosas a la vez. Mientras hablamos de Inglaterra, usted lee

el *Herald Tribune* y yo leeré el *New York Times*. Dígame si ve algo que deba saber y yo haré lo mismo por usted».

Entonces Buchman dijo: «Ahora, Denis, quiero que me digas en qué nos estamos equivocando aquí». Foss, avergonzado, respondió que le llamaban la atención tres cosas: un vestíbulo extremadamente desordenado, la ausencia de gente de uniforme y una cierta rigidez entre los hombres y las mujeres. En los días siguientes, Foss fue abordado primero por un grupo de mujeres que le informaron de que Buchman había dicho que tenía algunas ideas revolucionarias sobre el mantenimiento de la casa y que debían preguntárselas; y después por un grupo de periodistas acompañados por un caricaturista y una secretaria, que le pedían consejo sobre cómo llevar a Mackinac a algunos de sus colegas de servicio. Foss, que no tenía ningún consejo que ofrecer sobre ninguno de los dos asuntos, sugirió escuchar a Dios, y los resultados fueron un *sketch* escrito por las amas de llaves que produjo una transformación de los hábitos de vida en todo el edificio, y un periódico duplicado, con caricaturas, que contaba la propia experiencia de Foss sobre la guía de Dios en condiciones de batalla, que se envió por miles y llevó a un grupo de militares a Mackinac. Sobre el tema de las relaciones, el único comentario de Buchman fue: «A veces me entristece no haber sido guiado por Dios para casarme; podría haber sido capaz de ayudar más»³².

A pesar de las crecientes tensiones sobre la convocatoria, Buchman dijo en ese momento: «Vivo en una zona de calma». Pero los acontecimientos le estaban pasando factura físicamente, y su salud distaba mucho de ser buena. El verano no le había dado descanso. No obstante, el 16 de septiembre decidió ir a California «para hacer el discurso de mi vida», y ese mismo día abandonó Mackinac. Llegó a Los Ángeles con fatiga y dolor de garganta, pero empezó su primer día allí con una llamada telefónica a las 4 de la madrugada, y lo terminó con una reprimenda a su equipo, ocupado en la representación de 'Puedes Defender Estados Unidos', por «vender un espectáculo en lugar de la filosofía» y, en consecuencia, no hablar de forma convincente desde el escenario, ni vender libros al público después.

Tras una semana en Los Ángeles, pensó que debía ir a San Francisco, luego a Seattle y de nuevo a Mackinac. Una vez más, partió el mismo día en que se tomó la decisión. Esos días fueron una mezcla de fatiga, pequeños dolores, viajes y visitas a muchas personas, tanto individuales como en grupo. Una vez de vuelta en Mackinac, se reunió con su equipo; les animó a cocinar mejor, a escribir mejor, a «hablar bien y con precisión», a «tomarse tiempo para ser santos»; hizo planes para sus próximos movimientos; siguió la batalla en Washington sobre la convocatoria de sus colegas más jóvenes; llevó a Victor Reuther, hermano de Walter Reuther y, como él, líder del Sindicato de Trabajadores del Automóvil, a ver *The Forgotten Factor* / El Factor Olvidado, paseó por la isla y vio arándanos que se recogieron para el almuerzo del día siguiente; envió libros a Woodfill al *Grand Hotel*; y luchó contra el dolor y la fatiga. Un día dijo a un médico: «No puedo pensar. No es bueno. Nunca pensé que mis sesenta años me tratarían así. ¿Crees que estaré así hasta el final?».

Todavía quedaba pendiente el tema urgente de la mano de obra. Con el aumento de la demanda de los servicios de sus hombres entrenados, todavía no podía planificar con mucha antelación hasta saber si estarían disponibles. La Administración del Servicio Selectivo continuó aplazándolos cada seis meses, pero ahora se estaba convirtiendo en una decisión política y administrativa muy explosiva. En Washington, como en Westminster, había quienes creían que lo que estos hombres estaban haciendo era de vital importancia. En abril de 1942, un grupo de personalidades encabezado por el senador Truman* escribió al presidente Roosevelt una carta en la que decían: «Creemos que sería una contradicción del espíritu de la Ley del Servicio Selectivo que estos hombres fueran asignados a otro tipo de servicio de guerra que no fuera aquel en el que hasta ahora han sido tan útiles»³³.

La respuesta oficial del Presidente Roosevelt fue acusar recibo de la carta y remitirla al Director del Servicio Selectivo para su consideración. Su convicción personal quedó reflejada en una

* Truman, demócrata, era ahora el presidente del Comité «perro guardián» del Congreso sobre Contratos de Guerra. Sus cofirmantes eran el congresista republicano Wadsworth, que había presentado el proyecto de ley por el que se creaba la Administración del Servicio Selectivo, y los presidentes de las dos organizaciones sindicales nacionales, William Green, de la AFL, y Philip Murray, del CIO.

carta escrita a su antiguo director, el Dr. Endicott Peabody, que había quedado impresionado por 'Puedes Defender Estados Unidos', obra de teatro y libro. El Presidente escribió: «Necesitamos más cosas así para mantener y fortalecer la moral nacional. Desde todos los puntos de vista, están haciendo una espléndida contribución al patriotismo y espero que un gran número de comunidades tengan el beneficio de presenciar una presentación»³⁴.

Pero las convicciones personales y las presiones políticas no siempre coinciden. La cuestión se estaba volviendo tan candente para los legisladores en Washington como lo había sido en Westminster, y fue avivada hasta arder por un sector de la prensa.

Los comienzos en Mackinac habían sido fructíferos, pero para Buchman había sido un verano duro. Como tantas otras veces, estaba insatisfecho, sentía la necesidad de una nueva profundidad de experiencia espiritual y una nueva forma de llegar a la mente del país. «Necesitamos un médium que dé una vida espiritual más rica a Estados Unidos», dijo. «Quiero irme y encontrar una visión totalmente nueva, una expresión de lo que necesitamos aportar a la nación».

Decidió ir a descansar unos días a un pequeño hotel de *Saratoga Springs*, en el estado de Nueva York, un lugar donde había pasado unas vacaciones en sus años de estudiante. Llegó como un hombre cansado, sin una idea clara de lo que debía hacer ni de los recursos que le quedaban por desplegar. «No sé lo que me depara el futuro», dijo en voz baja a unos amigos. «Tengo la sensación de que me van a atacar físicamente. No tengo miedo, pero quiero que sepan lo que creo que puede ocurrir».

«CERCA DE LA MUERTE»

Buchman llegó a *Saratoga Springs* a finales de noviembre de 1942. El 20 de noviembre recibió la noticia de la muerte de dos amigos, uno hijo del hombre de negocios londinense Austin Reed, muerto en combate, y el otro una notable sufragista y gran dama, la Sra. Charles Sumner Bird, que con su nieta, Ann, había desempeñado un papel importante en la organización de 'Puedes Defender Estados Unidos' en Boston -en agosto de 1941-. Buchman sentía devoción por ellas y acababa de escribir a la nieta animándola a conocer a las mujeres líderes del Sindicato de Trabajadores de la Confección de su ciudad:

«Creo que este desarrollo es similar al que llegó a tu abuela a través del movimiento sufragista. Aquí hay gente que se muere de hambre porque su único objetivo parece ser el final de un cigarrillo y el próximo cóctel. Tú estás haciendo verdaderamente lo que ocurrió en el Nuevo Testamento. Recuerdo algunas líneas de cuando era niño:

Atrévete a ser un Daniel, atrévete a estar solo.
Atrévete a tener un verdadero propósito, ¡y atrévete a darlo a conocer!

Donde dice Daniel basta con poner el nombre 'Ann'. Hay gente que no lo entenderá, pero prefiero tener el aprecio de esos cuatrocientos trabajadores de la confección que toda la cháchara moderna que todos tenemos que escuchar, pero con la que no siempre estamos de acuerdo»¹.

Aquella noche en *Saratoga Springs*, en un estado de ánimo relajado y radiante que trajo a la sala el sentido de la eternidad, habló con algunos amigos de los dos que habían muerto: «¡La memoria de los hombres justos hecha perfecta!». Muchos funerales son tan poco naturales e inadecuados. Deberían insuflar lo necesario a la siguiente generación. Qué alegría contar con personas que te ofrezcan un sentido en tu fallecimiento que haga que otros se levanten y continúen tu trabajo».

Pronunció la bendición que más le gustaba: «El Señor te bendiga y te guarde; el Señor haga resplandecer su rostro sobre ti y tenga de ti misericordia; el Señor alce sobre ti la luz de su rostro y te dé la paz». Luego se fue a su habitación. «Estaba», dijo su secretario, «sumamente feliz con un profundo sentido del triunfo de la muerte en Cristo».

Al día siguiente, caminando por el pasillo del hotel para salir, sufrió un repentino colapso. El médico local, el Dr. Carl Comstock, llegó en diez minutos y descubrió que había sufrido un derrame cerebral que le había impedido hablar y le había paralizado el lado derecho del cuerpo. Sin embargo, media hora después Buchman ya hablaba un poco. Poco después, se incorporó y, con sus colegas más jóvenes demasiado asombrados para impedirselo, se levantó, caminó hasta el cuarto de baño y volvió a la cama sin ayuda. Comstock, a quien se lo contaron más tarde, dijo que nunca había oído nada parecido. Pero el pronóstico era malo, y con las enfermeras locales lejos en la guerra y una epidemia de gripe en la ciudad, la enfermería sería difícil.

Sin saber nada de la emergencia, una doctora neoyorquina amiga de Buchman, Irene Gates, había sentido una fuerte compulsión interior por visitarle aquel día. Unas horas después de su derrame cerebral, ella entró. Paul Campbell, un joven y prometedor médico del Hospital Henry Ford de Detroit que había renunciado a su puesto para trabajar con Buchman, llegó para reunirse con ella. En los días siguientes, él y la Dra. Gates atendieron a su paciente en sucesivas crisis, apoyados por las oraciones de miles de personas a las que la prensa había llevado la noticia. En varias ocasiones el pulso de Buchman desapareció casi por completo, mientras sus amigos lo

observaban hora tras hora. Varias veces el pulso de Buchman desapareció casi por completo, mientras sus amigos lo vigilaban hora tras hora. Cada vez que rezaban junto a su cama o en una habitación contigua, Buchman se recuperaba.

Tres días después del derrame, Buchman mandó llamar a los amigos que habían venido a estar más cerca. El diario de Campbell dice: «11pm 24 Martes: Evidencia de colapso circulatorio. Frank sintió que se acercaba la muerte. Pidió un servicio de comunión. Hizo entrar a todos. Dijo, “John, John... él siempre está conmigo”. “¿Te refieres a Mike?”, “¡Mike! Sí, Mike, Mike, Mike”. Mike entró. Frank lo miró, le dijo en voz baja: “Siéntate un rato”, y se echó a llorar. “¿Cuánto tiempo, cuatro años?”. Mike contestó: “Ocho años, ocho buenos años”. Frank le pidió la cartera. La revisó con Mike, distribuyó el dinero y pidió que devolvieran algunos cheques. Luego nos llamó a todos. De pie alrededor de la cama en este orden - Ken, John, Grace, Enid, Garrett, Elsa, yo, Mike, Ray, Irene, Ellie, Laura, Morris. “Siento una dosis de muerte”. “Funeral Allentown, domingo o lunes”. Ken: “Seguiremos luchando”. Frank se puso a llorar otra vez. Luego miró a Garrett y le dijo: “Reza”. Garrett nos dirigió a todos en el Padre Nuestro...».

Otro de los presentes recuerda que, después de que terminaran el Padre Nuestro, Buchman «repitió lentamente y con dificultad: “Tuyo es el reino, el poder y la gloria”. “Quiero despedirme. Pero odio dejarlos”. Pidió que entraran las dos camareras del hotel que cuidaban la habitación para darles las gracias. Luego se durmió».

Algunos de sus amigos pasaron la noche rezando. Otros trabajaron toda la noche atendiendo a las preguntas de la prensa y reflexionando sobre decisiones urgentes. A la mañana siguiente se encontraba en su punto más débil y sentía que se iba. «Tengo sesenta y cuatro años. Estoy preparado, pero quizá el Señor no me lleve todavía. Pero ustedes deben ponerse a trabajar».

Al día siguiente era el día de Acción de Gracias. De nuevo pidió a sus amigos que vinieran, y rezó: «Oh, dulce Jesús, ¿nos usarás, nos bendecirás y nos aceptarás?» Hizo una pausa entre cada frase y luego abrió los ojos: «Vi los brazos extendidos.

Fue maravilloso. Llevo mucho tiempo esperando esto. Estoy preparado».

Más tarde, sin embargo, se sintió un poco más fuerte y pudo recibir noticias de amigos que habían preguntado por él. Cuando se enteró de que Henry Ford había telefoneado, le volvió un brillo: «A él no le gusta usar el teléfono». El ex contrabandista de Tahoe había estado preguntando por él, y habían llegado telegramas de William Temple, que se había convertido en Arzobispo de Canterbury ese año, y de Lord Lang de Lambeth. Los amigos de Gran Bretaña habían hecho una cadena de oraciones continuas por todo el país. «Quizá Dios me conceda unos diez días más», pensó aquella noche. Pero desde aquel día de Acción de Gracias empezó a mejorar muy lentamente.

Algún tiempo después habló de esta experiencia:

«El viejo doctor estaba allí. Esperaba que me fuera, pero tuve la experiencia de una victoria gloriosa. Vi la gloria del otro mundo. Vi los brazos extendidos de Cristo y eran maravillosos. Fue mejor que cualquier cosa que haya visto, la visión de la vida más allá ... Me voy a quedar con esa visión. Las insondables riquezas de Cristo. Fue la gloria. Yo sabía que estaba en las rocas allí en Saratoga. Pero después de un tiempo se hizo evidente, “El tiempo no ha llegado todavía. Tu trabajo no ha terminado. Tienes otras cosas que hacer”. Me alegro de haberme quedado».

Un día, Buchman le dijo a Ray Purdy:

«Vi a Jesús. Me mostró dónde me estaba equivocando. He estado organizando un movimiento. Pero un movimiento debe ser el resultado de vidas cambiadas, no el medio para cambiarlas. A partir de ahora voy a pedirle a Dios que me haga un gran cambiador de vidas».

Este dilema en la vida de Buchman se cristalizó para él con su enfermedad; pero era perpetuo e inherente a la empresa de realizar un trabajo personal con individuos a la mayor escala posible. También es posible que la tentación del movimientismo le resultara más evidente en sus colegas que en él mismo.

Poco a poco, ante el asombro del Dr. Comstock, Buchman volvió a la convalecencia, incapacitado sólo en la mano y la pierna derechas. El 2 de diciembre se sentó por primera vez en una silla. El 9 de febrero visitó por primera vez el cuarto de baño. El 11 de marzo bajó las escaleras por primera vez y el 18 de marzo partió en coche y en tren hacia Nueva York y, al día siguiente, hacia Washington para despedir a cinco de sus colegas que se alistaban en el ejército. «Mientras le llevaban, su aspecto era frágil como el papel, pero sus ojos eran combativos»².

Cuando el Dr. Comstock vino a despedirse le dijo a Buchman que verle durante aquellas semanas le había devuelto la fe que había abandonado hacía tiempo. Se negó a hacer cuentas, sino que se limitó a decir: «Soy su deudor». Más tarde, durante la guerra, cuando su propio hijo resultó gravemente herido, escribió a Buchman que, sin esta fe recuperada, en aquel momento habría desesperado de vivir³.

La recuperación de Buchman se vio ralentizada por una afección cardíaca de larga duración, de la que había sido advertido por primera vez por un médico alemán a finales de la década de 1930. Las anotaciones de Campbell del verano anterior al derrame muestran a veces que su pulso se disparó hasta 130 ó 140. También sufría dolores crónicos y a menudo agudos de hemorroides. Todos estos síntomas persistirían durante los siguientes veinte años y Campbell cuidó de él casi todo el tiempo, sólo tomándose un descanso cuando se le necesitaba para el trabajo del RM en otro lugar y cuando otro médico podía ocupar su lugar. Cree que este ataque salvó la vida de Buchman, pues de lo contrario se habría matado por exceso de trabajo.

Para sus amigos, Buchman no era un paciente fácil. Siempre había sostenido que había una forma correcta y otra incorrecta de hacer las cosas, una creencia en parte heredada de su madre. Ahora, lo que había aplicado durante años a sus actividades en todo el mundo parecía concentrarse en su única habitación. Las cortinas tenían que estar bien y todos los detalles debían ser correctos. Sus amigos se daban cuenta de que quería o sentía algo intensamente; pero a menudo no sabía hablar o sólo utilizaba el alemán de Pensilvania. Le decían:

«¿Comida? No era eso. ¿Bebida? No». «Uno tenía que anhelar encontrar lo correcto, lo que parecía tan obvio para él», recordó uno de ellos.

Sin embargo, Campbell afirma que, durante su larga convalecencia, que supuso un cambio tan traumático con respecto a las ajetreadas actividades de su vida anterior, Buchman no mostró ningún signo de frustración. Una vez, al principio, cuando descubrió que Campbell había estado conversando con el Dr. Comstock si la 'ansiedad' estaba agravando su situación, Buchman le dijo: «Aún no me entiendes, ¿verdad?». Comstock escribió más tarde sobre su «actitud tranquila e imperturbable, sin muestras de temor por el futuro, ni aquí ni allí, por así decirlo»⁴.

Sus oraciones eran breves y sencillas. «Cúrame», rezó el 30 de marzo, «y prometo ser un buen chico», y el 17 de abril, «Tú sabes que estoy lejos de estar bien. Concédeme sabiduría para la visión que necesito hoy, mañana y pasado mañana. No soy más que un pobre, débil e indefenso hijo tuyo que acude a Ti en busca de ayuda». Pero la mayor parte de sus oraciones eran por los demás, y especialmente por los que eran llamados a los cuerpos militares.

Para el Año Nuevo de 1943, apenas cinco semanas después de su derrame, Buchman dictó un mensaje para los amigos y colegas que continuaban su trabajo en Estados Unidos, que revela algo de su estilo de liderazgo. En parte dice así:

«El llamado de Dios es al liderazgo espiritual, el bien más raro, más precioso y más urgentemente necesitado en el mundo. Su necesidad es universal, sus posibilidades infinitas... y sigue siendo inexistente. Nuestra tarea como comunidad es proporcionar ese liderazgo...

El Año Nuevo es el momento de hacer balance. No se lo pierdan. Que el llamado de Dios tenga prioridad sobre cualquier otro llamado. ... Todo el mundo anhela en su corazón desempeñar algún papel, por humilde que sea, en la reconstrucción de nuestro mundo. Responderán cuando se les dé la oportunidad de ver cómo... Construyan de todas las maneras posibles, y construyan en cada situación, en cada hogar, en cada persona, todo

lo que puedan de este espíritu dador de vida. Nunca duden, nunca se sientan inferiores...

No dejen que los fracasos de 1942 los depriman, aprendan de ellos y sigan adelante. No se dejen guiar por ellos, sino por el llamado de Dios y el poder de Dios. Estos nunca fallan. Recuerden esto especialmente bajo ataque. No hay poder en la tierra que pueda detenerles, o incluso dividirles, si viven en humilde dependencia de Dios Todopoderoso, en simple obediencia a Su Espíritu Santo, en comunión con Él y unos con otros.

Siempre estén listos para cambiar, de cualquier manera que se les muestre. Nunca sean orgullosos u obstinados, pero den todo lo que tengan. Si los sentimientos dominan la orientación, tengan por seguro que hay egoísmo en alguna parte. Dejen todo eso de una vez. Sólo Dios puede satisfacer... »

Durante las primeras semanas de su enfermedad, se llevó a cabo una feroz campaña contra Buchman en algunos periódicos de Nueva York, donde las decisiones sobre sus compañeros a tiempo completo en el extranjero las tenía que tomar la Junta de Reclutamiento local, ya que había sido su puerto de entrada. Estas decisiones a veces llegaban a oídos de los periodistas curiosos incluso antes de que se hubieran tomado oficialmente, o de que se hubiera entrevistado a la persona en cuestión. Un periódico británico publicó por la mañana las decisiones de una reunión que se celebraría en Nueva York doce horas más tarde⁵. El General Hershey, Director Nacional del Servicio de Reclutamiento, condenó públicamente tales prácticas como «injustas», y fue atacado por ejercer influencia desde Washington.

El 4 de enero de 1943, el *New York World-Telegram* publicó un titular en toda su portada acusando a Washington de «proteger a los evasores del servicio militar». Fue el golpe más duro hasta entonces y, con Buchman todavía gravemente enfermo en *Saratoga Springs*, sus amigos dudaron al principio en enseñarle el periódico. Cuando lo hicieron, lo miró y comentó:

«Bueno, esta vez sí que hemos salido en primera plana». Junto a la noticia vio las fotos de los hombres de Washington acusados de ejercer «influencia», entre ellos el congresista Wadsworth, el almirante Byrd y los senadores Truman, Thomas y Capper. «Ese es un equipo del que estaría orgulloso en cualquier parte», dijo. «Gracias a Dios por ellos. La verdad de Dios sigue marchando». Y dejó el periódico a un lado.

Los aliados de Buchman en Washington se mantuvieron firmes. El almirante Byrd dijo a la prensa: «Estos hombres están trabajando largas horas -sin paga- en un esfuerzo por mostrar a toda la gente que cada uno tiene que hacer su parte para ganar la guerra»⁶. El congresista Wadsworth escribió: «El Rearme Moral no sólo nos está ayudando inmensamente en el esfuerzo de guerra, sino que lo necesitaremos tanto en el período posterior a esta guerra como durante la propia lucha»⁷.

La prensa británica se hizo eco de los ataques estadounidenses, pero no de estas respuestas, lo que estimuló más ataques en Gran Bretaña que, a su vez, recibieron amplia publicidad en Nueva York y Washington. Hale, que estaba en Nueva York, afirma que «durante cinco semanas estuvimos todos los días en las portadas de los periódicos más sensacionalistas»⁸. Esto dejó al Director del Servicio de Selección del Estado de Nueva York, cuya decisión sobre los últimos veintidós hombres de Buchman era definitiva, enfrentado a un problema político más que administrativo. El 12 de enero decidió prohibir cualquier apelación del Rearme Moral a Washington, como estaba autorizado a hacer por ley. Buchman recibió la decisión tumbado, todavía muy débil, en su habitación de Saratoga. «Sería un tonto si no reconociera lo que esto significa. Pero no puedo sacarlo del ámbito del Todopoderoso. Odio como el pecado perder a estos hombres, pero ahora otros deben quitarse la camisa. Probablemente he cometido un error o dos en estos casos, pero no creo ser un político. Tengamos orientación». Con la mano izquierda, por primera vez desde su apoplejía, escribió: «¡Cambio, unidad, lucha! Probablemente mi batalla ha terminado, al menos durante seis meses». —Significará una maduración para ustedes», añadió. «Ahora asuman».

Luego, mirando por la ventana, añadió: «Es precioso. Es todo lo que tengo, unas tres o cuatro millas. Pero lo acepto. Venga lo que venga, tempestad o paz, hay que aceptarlo. Es un mundo desgarrado y va a estar más desgarrado todavía». Se volvió hacia el pequeño grupo de hombres destinados a las fuerzas armadas y rezó: «Padre, estos hombres van a salir al mundo. Que sean capaces de unir a un grupo de hombres de ideas afines. Mantén unido a este viejo país. Tú tienes una idea mejor que la nuestra. Guíanos, guárdanos y guárdanos a todos del peligro de cuerpo y alma, por Cristo nuestro Señor». Su despedida fue: «Ojalá pudiera ir con ustedes. Es una gran batalla».

Buchman se quedó con los que superaban la edad militar, varios que fueron rechazados por motivos médicos y algunos que eran ministros religiosos. El intento de la Junta de Nueva York de admitir a estos últimos fue declarado ilegal por Washington. La pérdida de personal clave significó, entre otras cosas, que ya no era posible mostrar 'Puedes Defender Estados Unidos' en Estados Unidos, aunque el programa de seguimiento en la industria y en otros lugares continuó a buen ritmo.

En junio de 1943, William Jaeger escribió a Buchman: «Ahora tenemos unos 1.500 aliados obreros en este país.... Nos hemos alojado en casa de muchos de ellos». En septiembre escribió que ochenta y seis líderes sindicales y sus esposas habían estado en Mackinac ese verano. En enero de 1944, estimaba en casi dos mil el número de 'aliados obreros'. Se estaba realizando un trabajo similar con la gerencia.

Durante la primavera y principios del verano, Buchman fue recuperando fuerzas, alojándose con diferentes amigos en los estados más cálidos del este. Aunque a partir de entonces no volvió a estar robusto físicamente, mental y espiritualmente se mantuvo tan activo como siempre. Seguía con gran interés las actividades de sus colegas, que incluían adaptaciones de 'Puedes Defender Estados Unidos' en Canadá, Gran Bretaña y Australia. En Australia, el primer ministro, John Curtin, levantó la sesión del Parlamento antes de tiempo para que la revista *Battle for Australia* / Batalla por Australia pudiera verse en el comedor de los diputados, convertido en teatro para la

ocasión. El ministro de Marina y Municiones envió un telegrama a Buchman: «Su visión aporta una nueva luz al Parlamento»⁹.

A Buchman le interesaron especialmente las conclusiones de un análisis de inteligencia para la Administración del Servicio de Reclutamiento. En él se señalaba que el Rearme Moral atraía por igual a nazis y comunistas, a la extrema derecha y a la extrema izquierda política, a ateos agresivos y a eclesiásticos conservadores. Los radicales lo acusan de militarista y los belicistas de pacifista. Algunos sectores obreros lo tacharon de antisindicalista; algunos sectores patronales, de pro-sindicalista.

En Gran Bretaña, continuaba el informe, el RM fue acusado por algunos de ser una tapadera brillantemente inteligente del fascismo; en Alemania y Japón, de ser un brazo superinteligente de los servicios secretos británicos y estadounidenses. Un día, una sección de la prensa anunciaba que el RM había desaparecido y, al día siguiente, que contaba con casi todos los miembros del gabinete británico en la época de Munich y que era responsable de preparar el ataque de Hitler contra Rusia.

«Nada», concluía este análisis, «salvo una reforma moral y espiritual potencialmente vasta, de proporciones globales, podría verse honrada por antagonismos de carácter tan venenoso y contradictorio, y de alcance tan mundial»¹⁰.

Mientras tanto, Buchman agradecía tener tiempo para pensar en el significado de su lucha y en la vida misma. Carl Hambro y su esposa -Gudrun- estaban ahora en Estados Unidos, y él le escribió a ella desde Florida:

«Hemos venido al sur a recuperarnos. El cálido bálsamo del verano se ha apoderado de nosotros y estamos disfrutando de la abundancia de madre selvas, laureles, lirios, cornejos y rosas, y es un país tan auténtico como tu propia Noruega. Nos acerca a la verdad eterna, lo que importa. Hay tantas verdades reales que queremos aprender para las que parece que nunca tenemos tiempo. Desde esta enfermedad uno tiene más tiempo.

Tú, oh Cristo, eres todo lo que quiero;

Más que todo lo encuentro en Ti;
Levanta a los caídos, anima a los débiles.
Cura a los enfermos y guía a los ciegos.
Justo y santo es Tu nombre,
Yo soy toda la injusticia;
Falso y lleno de pecado estoy.
Tú estás lleno de verdad y de gracia.

Estas líneas vienen acompañadas de una gran experiencia vital. Recuerdo todos los buenos momentos que hemos pasado juntos en la vida. ¿Volverán alguna vez? El día en Interlaken contigo, con Carl y con tu hija; y en Ginebra, y todo lo que tú y Carl hicieron posible.

Ahora has venido por misericordia protegida y tu vida ha sido milagrosamente perdonada para que sigas adelante con tu buen trabajo. Ten por seguro que te sigo a ti y a los tuyos en el amoroso cuidado y custodia de Dios»¹¹.

En julio llegó la noticia de su repentina muerte. «Gudrun te quería mucho», escribió Carl Hambro, «y a menudo te tenía en sus pensamientos. Te estaba muy agradecida por todo lo que le habías dado, y por todo lo que nos habías dado. Yo también. Así que te envío su cariño»¹².

Para entonces, Buchman estaba de vuelta en Mackinac con su equipo. De camino desde el Sur, se había detenido en la tranquila campiña de Carolina del Norte, en Tryon, donde asistió a la boda de George West, obispo anglicano de Rangún, con su antigua secretaria, Grace Hay. Percibiendo cierta agitación porque los directores llegaban un poco tarde, comentó: «Piensen en la boda de Caná. No fueron sólo diez minutos y se acabó. Cristo la convirtió en algo más grande. Lo importante de una boda no es si es a las cinco o a las cinco y un minuto, sino si Dios está allí».

También en Tryon celebró su sesenta y cinco cumpleaños. «Ha sido un año increíble», dijo en aquella ocasión. «Siento que Dios tiene un gran plan para el futuro. Avanzo con seguridad porque creo que se acerca algo más grande. Tenemos que prepararnos. Mi trabajo es no preocuparme por nada. Me acuesto por la noche. Me voy a dormir. Me despierto por la

mañana. Esta mañana me desperté a las tres y media, la hora en que nací. Desde la primera semana de mi enfermedad ciertas cosas se han vuelto fijas. Nuevas cosas se han vuelto importantes. Cosas que antes me parecían importantes ya no lo son. El Señor me provocó una trombosis porque no aprendí a ir más despacio. Le doy gracias por estos seis meses y por los próximos. Sería maravilloso volver a estar bien, pero quizá, si vuelvo a trabajar, cambie algo más. Si volviera a tener una vida qué vivir, sólo haría las cosas que realmente importan».

«IDIOLOGÍA»

Durante su periodo de convalecencia en 1943, el año de las conferencias de Casablanca, Quebec, El Cairo y Teherán sobre el futuro de Europa, Buchman tuvo tiempo para pensar y reflexionar sobre lo que le esperaba al mundo y a su trabajo. La Unión Soviética, le parecía, tenía una creencia agresiva sobre cómo debía gobernarse la tierra, una fe que había demostrado ser capaz de ganar adeptos en todos los países. También Estados Unidos fue originalmente una nación fundada en una fe con un atractivo universal. Sin embargo, esa fe rara vez se relacionaba con asuntos prácticos o políticos, y parecía improbable que ocupara un lugar prominente en la mente del público cuando se tratara de dar forma al mundo después de la guerra. ¿Cómo se podría hacer llegar este factor a los estadounidenses y qué se debería hacer al respecto?

Michael Hutchinson, un ex alumno de treinta años del *Balliol College* de Oxford que trabajaba con Buchman en Estados Unidos, le habló de 'ideología'. «No creo que usaría esa palabra», respondió Buchman. «Preferiría decir 'una gran idea'». De hecho, hasta ese momento, Buchman sólo había utilizado la palabra «ideología» en un contexto negativo, como algo que había que combatir o superar. Pero cuanto más reflexionaba sobre el asunto, más claro le parecía que cualquier idea con una perspectiva y un programa de alcance mundial, y que por haber exigiera de una persona una exigencia total, podía llamarse propiamente ideología. El cristianismo, tal como lo predicó Cristo, era una idea de ese tipo. En lo que difería de las ideologías materialistas de la

época era en que prescribía una obediencia total, no a cualquier persona, sino a Dios.

La palabra 'ideología', de hecho, era neutra. Había adquirido mala fama porque estaba siendo utilizada casi exclusivamente por esas ramas materialistas que, en la práctica, significaban tiranía. Sin embargo, la palabra implicaba un grado y una amplitud de compromiso que la palabra 'religión', por la tibieza de muchos religiosos, había perdido. ¿Por qué no iban los Estados Unidos a desarrollar su fe original con tanto ardor y rigor que ofreciera una alternativa atractiva y universalmente reconocida a las ideologías materialistas?

Con estas ideas en la cabeza, Buchman llegó a Mackinac a finales de junio. Cuando subió al barco para la travesía estaba, según uno de los que estaban con él, cansado pero alegre. «Buchman cantaba lo que imaginaba que era la "Canción del Mackinac" y miraba larga y cariñosamente a través de las aguas tranquilas a medida que la isla se acercaba. Fue un esfuerzo bajar del barco y subir al carruaje que lo llevó a *Island House*¹.

El 18 de julio, todavía con aspecto frágil, habló informalmente a varios cientos de personas en la asamblea sobre los pensamientos que había ido madurando. «Hoy», comenzó, «quiero hablar de las grandes fuerzas que actúan en el mundo». Habló de Karl Marx y de cómo, gradualmente, el comunismo se había convertido en «una fuerza tremenda». Luego habló de Mussolini y Hitler y de cómo sus ideas habían traído, al principio, «un orden aparente». «Así que tenemos comunismo y fascismo, dos fuerzas mundiales», continuó, «¿de dónde vienen? Del materialismo, que es la madre de todos los 'ismos'. Es el espíritu del anticristo que engendra la corrupción, la anarquía y la revolución. Socava nuestros hogares, enfrenta clase contra clase, divide a la nación. El materialismo es el mayor enemigo de la democracia».

Luego habló del concepto de Rearme Moral como una ideología con un origen diferente «donde lo moral y lo espiritual tendrían el énfasis»:

«El comunismo y el fascismo se construyen sobre algo *negativo*, sobre el materialismo divisivo y la confusión. Dondequiera que vaya el Rearme Moral, surge un mensaje

positivo. Su objetivo es restaurar el liderazgo de Dios como la fuerza que dirige la vida de la nación... Estados Unidos debe descubrir la ideología que le corresponde. Brota de su herencia cristiana, y es su única respuesta adecuada en la batalla contra el materialismo y todos los demás 'ismos'...

La gente se confunde entre si se trata de ser de derecha o de izquierda. Pero lo que realmente necesitamos es ser guiados por el Espíritu Santo de Dios. Esa es la Fuerza que debemos estudiar... El Espíritu Santo nos enseñará cómo pensar y vivir, y nos proporcionará una base de trabajo para nuestro servicio nacional...

La verdadera línea de batalla en el mundo de hoy no es entre clase y clase, ni entre raza y raza. La batalla es entre Cristo y el anticristo. «Escoged hoy a quién serviréis»².

La joven artista noruega Signe Lund³ estaba allí: «Estaba fascinada», recordó más tarde. «El discurso le salió de las entrañas. Sabía que, al lanzarse como ideología, nos enviaba a nosotros -y a sí mismo- a un mundo peligroso». Fue una aclaración más del pensamiento que había estado buscando en Visby, la comprensión del papel particular de su trabajo en una etapa concreta de la historia del mundo y de la dirección en la que debía estar dispuesto a avanzar. Era la comprensión de que en el futuro la guerra por el mundo no se libraría entre países, economías o ejércitos, sino entre conjuntos de ideas; que la división básica era entre las ideas materialistas de derecha e izquierda, por un lado, y las ideas morales y espirituales en el corazón de las grandes religiones del mundo, por otro. Era una visión de la batalla entre el bien y el mal dentro del alma individual que se reflejaba en los asuntos del mundo, y la aceptación de que él y su pequeño grupo de colegas tenían un papel particular que desempeñar en esa batalla.

Este paso adelante no iba a hacer que él o sus ideas fueran más populares entre los complacientes o los moralistas relativos; pero iba a dar un impulso a su pensamiento y a sus operaciones durante los años siguientes. La aceptación consciente por parte de un grupo de personas del papel de una 'ideología'

conllevaba tentaciones de prepotencia y autosuficiencia. Para Buchman seguía siendo sencillo: «El evangelio de Jesucristo completo, esa es su ideología». Pero tendría que llevar con él a un grupo de personas de las que no todas conocían todavía la experiencia fundamental de esta ideología, una empresa que exigía un valor y una sabiduría nada ordinarios y cuyo alcance podía o no haber comprendido durante aquellos días de verano entre sus amigos.

El día anterior había dirigido su primera reunión desde que estaba enfermo. Pero, aunque pasó mucho tiempo hablando con individuos y pequeños grupos, apenas participó públicamente en la asamblea de ese año, que duró todo el verano. El 13 de septiembre salió por primera vez de la isla, para una cita con el dentista, durante la cual «caminó mucho y subió escaleras». A la mañana siguiente, llamó a dos amigos para que le escribieran los pensamientos que le venían a la mente, «por primera vez desde hacía varias semanas y fluyeron como en los viejos tiempos». «Le vinieron pensamientos sobre los pasos a seguir en la lucha», dijo uno de ellos. «Volvió a sentir que se enfrentaba al problema. Odia -más que nada- sentir que no hay un lugar donde podamos pasar a la acción»⁴.

Buchman pasó el invierno tranquilamente en Sarasota, Florida, huésped de un hotelero que había estado en el Mackinac y que puso a su disposición un pequeño hotel cerca del Golfo de México a medida que, como de costumbre, aumentaba el número de personas que le rodeaban. Aquí cultivó muchas amistades, viejas y nuevas. Artur Rodzinski, recién nombrado director de la Orquesta Filarmónica de Nueva York, y su esposa Halina pasaron la Navidad con él. Cissie Patterson, propietaria del *Washington Times-Herald*, organizaba veladas en las que invitaba a Adlai Stevenson, al compositor de Chicago John Alden Carpenter y a sus editores a conocerle. También se hizo amigo de muchos de los miembros de la famosa compañía del circo Ringling, que tenía su cuartel general de invierno en Sarasota, y quedó impresionado por la vida familiar, la integridad y la valentía de la gente del circo*. Pero se negó a hacer nada público en la comunidad. Esto desconcertaba a algunos de los que le rodeaban.

* Al preguntarle si prefería ver a los famosos caballos del Sr. Ringling o a la Mujer Gorda, optó inmediatamente por lo segundo.

Un día les sorprendió aún más anunciando que iba a llevar a todo su grupo, unos veinte, al teatro local. La obra empezaba a las 8:30, pero, por alguna razón inexplicable, insistió en que todos estuvieran allí a las 7:30. Fue recibido por un director angustiado. El segundo protagonista, le dijo a Buchman, había sufrido un ataque al corazón. No tenía suplente. La obra no podía continuar.

«Oh, no se preocupe», dijo Buchman con confianza. Mi amigo Cecil Broadhurst estará encantado de tocar para usted».

A un sorprendido Broadhurst le llevaron rápidamente entre bastidores y le dieron un guión. Ensayaron rápidamente una o dos escenas y Broadhurst, un actor de talento, superó la representación con el guión en la mano. El director estaba encantado y dijo que esperaba que Broadhurst pudiera actuar el resto de la semana. Broadhurst lo lamentó, pero al día siguiente tenía que ir a Nueva York a ver a su comité de reclutamiento. Una vez más, el director se desesperó.

«Oh, no se preocupe», volvió a decir Buchman, «mi amigo Robert Anderson estará encantado de actuar para usted».

La semana transcurrió triunfalmente, y todo Sarasota se enteró de ello. De hecho, se dijo que la ocasión había cerrado una brecha entre el teatro y el periódico local, que por primera vez en meses había publicado una noticia sobre el teatro.

Arthur Strong, el fotógrafo inglés, que había llegado a Sarasota un poco antes que el grupo del teatro, había quedado muy desconcertado no sólo por la inactividad de Buchman, sino por su insistencia en que todo el grupo descansara y no tomara ninguna iniciativa local. «La mayoría de las noches, Buchman invitaba a todo el grupo a cenar y nos quedábamos sentados en la mesa durante horas, mientras hacía nos hacía reflexionar y compartir, uno por uno», dice Strong. «Era la primera vez que estaba con él desde su derrame cerebral y note un verdadero cambio. Más escucha y espera. Menos acciones. Mucho más sentido del humor. Creo que quería mostrarnos que Dios tenía una forma mejor de acercarse a Sarasota que nuestro activismo».

«Quizá el derrame cerebral le quitó algo de autoestima», comentó Barrett en una ocasión.

Alan Thornhill añade: «Frank en Sarasota fue realmente extraordinario. Parecía pasar de la debilidad y la enfermedad extremas, a menudo hablando sólo en su alemán, de las sorprendentes proezas con la gente. Creo que el hecho de que su vida cambiara en ese momento debió de ser el resultado directo de su oración por ser un gran transformador de vidas. En todo el tiempo que pasé con Frank, nunca le conocí tan apacible, tan sensible como entonces».

A principios de 1944, algunos periódicos estadounidenses rumoreaban que Buchman se encontraba en Alemania, en prisión en Inglaterra o escondido en Estados Unidos. En esa época apareció en los quioscos estadounidenses una publicación nacional titulada *Cross and Doublecross*. En ella se acusaba a Buchman de buscar una «paz blanda», y se afirmaba que había sido responsable, entre otras cosas, de la abdicación del rey Eduardo VIII y del Pacto de Munich; que había estado en el centro del «Cliveden Set», orientado hacia el apaciguamiento, en Gran Bretaña antes de la guerra; que, durante la guerra, había intentado conseguir la paz organizando la huida de Hess a Escocia; y, por último, que había sido responsable de volver la guerra contra Rusia induciendo a Hitler a atacar a los soviéticos.

Buchman se mantuvo en contacto con sus amigos de Washington. Truman, en su calidad de presidente del Comité del Senado que investigaba los contratos de guerra, había exigido y obtenido dur ante los últimos cuatro años un alto nivel de honradez que había ahorrado a la nación miles de millones de dólares. En 1943, él, el almirante Byrd, el congresista Wadsworth y otras personalidades políticas, empresariales y sindicales firmaron el prólogo de un informe sobre el trabajo industrial del *Rearme Moral**. Truman declaró en una conferencia de prensa en Washington: «Las sospechas,

* *The Fight to Serve / El Combate por el Servicio*, (Rearme Moral, 1943). Otros firmantes fueron el vicepresidente de *Cramp Shipbuilding*, los vicepresidentes de la AFL y el GIG, y el presidente del año anterior de la Sociedad Estadounidense de Editores de Periódicos.

las rivalidades, la apatía, la codicia están detrás de la mayoría de los cuellos de botella... estos problemas, para los que el programa de Rearme Moral está encontrando una solución eficaz, son los más urgentes de todo nuestro panorama productivo... Lo que necesitamos ahora es una fe combativa que dure veinticuatro horas al día, siete días a la semana y cincuenta y dos semanas al año... Aquí es donde entra el grupo Rearme Moral. Donde otros se han quedado de brazos cruzados y han criticado, ellos se han arremangado y se han puesto manos a la obra. Ya han conseguido resultados notables al introducir el trabajo en equipo en la industria, sobre los principios no de 'quién tiene razón', sino de 'qué es lo correcto'»⁵.

Truman, con el congresista Wadsworth, asistió a una presentación de *The Forgotten Factor* / El Factor Olvidado en Filadelfia -en abril de 1944-. Allí añadió: «Si Estados Unidos no toma este espíritu, tendremos suerte si ganamos la guerra y estaremos seguros de perder la paz. Con él no hay límite a lo que podemos hacer por Estados Unidos y Estados Unidos por el mundo»⁶.

Truman y Wadsworth habían enviado mil cartas personales invitando a los dirigentes políticos y militares de Estados Unidos a una presentación de 'El Factor Olvidado' en el Teatro Nacional de Washington el 14 de mayo. Tras la presentación en Filadelfia, Buchman se trasladó a Washington. Ahora se concentraba en perfeccionar todos los preparativos para esta ocasión, incluida la obra en sí, cada uno de cuyos detalles le interesaba. La tarde de la representación, mientras presenciaba un ensayo a última hora, le informaron de que el padre de uno de los miembros del equipo de bastidores, el escocés Jim Cooper, había fallecido. Inmediatamente se reunió con Cooper en una sala del teatro y le comunicó la noticia. Le preguntó cómo se las arreglaría su madre económicamente y le habló de la muerte de su propio padre y de la certeza de la vida después de la muerte que le había confirmado. A continuación, abandonó el tan esperado acto público, llevó a Cooper a cenar a casa y pasó la velada con él.

Truman tampoco se presentó. Poco antes de la presentación había dicho a dos colegas de Buchman: «Están intentando que

acepte ser nombrado vicepresidente, pero creo que podría hacer más permaneciendo en el Senado. Por favor, háganme saber lo que piensan». Cuando volvieron al día siguiente, Truman había aceptado el nombramiento, una de cuyas condiciones era que abandonara toda relación con cualquier otro grupo, por valiosa que fuera. Les dijeron que Truman estaba «en conferencia», y un hombre corpulento, desconocido para ellos, añadió: «A partir de ahora, estamos organizando los nombramientos y la estrategia para el Sr. Truman. No tendrá oportunidad de verles en el futuro». Esto resultó ser cierto. Sin embargo, no hay pruebas de que Truman cambiara su opinión sobre Buchman y su trabajo, y durante su presidencia algunos de los colegas de Buchman mantuvieron un estrecho contacto con su principal negociador laboral, John Steelman, director del Servicio de Conciliación de Estados Unidos.

Ese año, Buchman pasó su cumpleaños con Charles y Margery Haines en su histórica casa de Wyck en Germantown, Filadelfia, y al día siguiente acompañó a una gran fiesta en Pennsburg y Allentown, haciendo comentarios durante todo el trayecto. Allí solía pescar con Daddy Shiep; allí estaba enterrado su antiguo director; allí llevó a doce chicas a un baile. Cincuenta y seis personas almorzaron en su antigua casa de Allentown y, con la visita de los vecinos, fueron ochenta y cinco a la hora del té. Uno de ellos era Arthur Keller, con quien había ido a Montreal cuando tenían dieciséis años. Buchman se quedó a pasar la noche. Al día siguiente, sólo once personas se sentaron a almorzar chuletas, puré de papas, hojas de diente de león y pastel.

Buchman estaba en su momento más relajado cuando regresaba al entorno de su infancia, entreteniéndolo a la gente en su propia casa, visitando a sus viejos amigos en las suyas, sin mencionar nunca su trabajo a menos que se lo preguntara -«un viejo amigo con una vieja chaqueta de tweed»-. Le encantaba volver allí y mostrar su hermoso paisaje a sus amigos extranjeros. Pero no era más que su cuna. Alan Thornhill le dijo una vez: «No sé cómo has podido alejarte de este lugar». Buchman respondió: «No podía esperar ni un minuto más para irme».

De Allentown, Buchman se trasladó a Nueva York y luego a Boston, donde visitó a su vieja amiga la Sra. Tjader. En aquella época solo podía caminar distancias cortas, y llegó a su casa en silla de ruedas. La Sra. Tjader salió por la puerta principal y le miró desde una altura de veinte escalones de piedra: «¡Oh, Frank, estás enfermo!». Buchman replicó: «¡Enfermo!», se levantó de la silla de ruedas y subió sin ayuda los veinte escalones.

De Boston regresó a Mackinac vía Detroit. «¡Brevedad, sinceridad, diversión! Con ese espíritu vamos a conocernos esta mañana», fue su introducción a una de las dos únicas reuniones que dirigió en la asamblea, que duró tres meses aquel verano. Al término de Mackinac decidió pasar el otoño y el invierno tranquilamente en el sur de California, para participar en primavera en un programa de acción a gran escala en la costa oeste con *The Forgotten Factor* y otras obras. Fue invitado a pasar los meses de invierno en la casa de Lucy Clark, en Los Ángeles, que equipó con cocineros formados por Mackinac para atender a una docena de personas y a muchos visitantes. Mientras tanto, los teatros de toda la costa se reservaban para la campaña de primavera.

Durante el resto de 1944 y la primera mitad de 1945, Buchman parece haber dejado la mayoría de las cosas en manos de sus lugartenientes, y estar muy satisfecho de ello. «El trabajo está en manos competentes», comentó el 3 de abril. Y más tarde ese mismo mes: «Una noche absolutamente perfecta y no tuve que hacer absolutamente nada». Su salud mejoraba constantemente, aunque en el diario de su secretaria se mencionan ocasiones en las que podía pasar un día entero sin descansar, y a veces pasaba todo el día en cama. «El Señor me ha dado una paz maravillosa», dijo en enero, y en junio escribió a un amigo: «Te interesará saber que vuelvo a ser el mismo de antes. Ayer, en una recepción, un periodista que me entrevistó hace quince años en Seattle se acercó y me dijo: “No parece usted ni un día más viejo”. Así que he recuperado el rubor de la juventud y estoy acumulando grandes cantidades de energía para algunas visitas que espero hacer muy pronto»⁷.

Esa carta fue escrita desde San Francisco, donde se estaba celebrando la conferencia de las Naciones Unidas sobre

Organización Internacional. El 12 de marzo, en la Conferencia de Yalta, Roosevelt, Stalin y Churchill habían decidido celebrar la Conferencia de San Francisco en abril, precisamente cuando Buchman tenía reservado un teatro en esa ciudad. «Parece como si hubieras sido guiado a la parte correcta del mundo tres o cuatro meses antes de que Churchill, Roosevelt y Stalin supieran algo al respecto», escribió un miembro de la delegación británica⁸.

Buchman ya había reflexionado sobre la calidad necesaria en cualquier nueva organización internacional. El verano anterior, en Mackinac, cuando llegaron los primeros delegados de Europa, les dijo: «Esta mañana temprano he tenido una visión de sus ciudades - Estocolmo, Copenhague, Berna y Londres - en la que sus gobernantes aprendían a dejarse guiar por Dios. Así habría menos pensamientos confusos. Cualquier nueva Sociedad de Naciones debe tener esa atmósfera. Pero entonces la tarea todavía estará por delante: construir hombres que vivan de tal manera en los consejos de las naciones donde “Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo” sea un propósito práctico, no una esperanza religiosa”.

La Conferencia de Yalta había sido aclamada oficialmente en Estados Unidos como un triunfo de la cooperación entre aliados de guerra que ahora se unían por la paz, que esta nueva organización internacional salvaguardaría. Los objetivos de Rusia no habían quedado claros para un Roosevelt envejecido, que pensaba que podía manejar fácilmente a Stalin. La división de grandes zonas de Europa que siguió a Yalta no estaba prevista. Uno de los principales ayudantes de Roosevelt, el almirante Leahy, escribió más tarde en sus memorias: «Apenas se había secado la tinta del Protocolo de Yalta cuando surgieron serias dificultades de interpretación»⁹.

La muerte del presidente Roosevelt se produjo el 12 de abril de 1945, pocos días antes de la inauguración de la Conferencia de San Francisco. El presidente Truman tomó el relevo. El 25 de abril, Buchman asistió a la ceremonia de apertura de la Conferencia, que Truman inició diciendo: «No dejemos pasar esta oportunidad suprema de establecer un gobierno mundial de la razón, de crear una paz duradera bajo la orientación de Dios».

Seis días después llegó el final de la guerra en Europa. Buchman escuchó a primera hora de la mañana los anuncios por radio emitidos por Truman en Washington y Churchill en Londres. El alivio por el cese del conflicto se vio matizado por el sufrimiento y la destrucción que había dejado tras de sí, y por el hecho de que aún quedaba por alcanzar una paz verdadera.

La Conferencia de San Francisco tropezó con dificultades antes de empezar. Molotov no asistiría hasta que Occidente hubiera dado a la Unión Soviética su posición sobre Polonia. Cuando llegó, Halifax lo describió como «granito sonriente». Y la inmovilidad de Gromyko hizo que Halifax perdiera los estribos, algo poco frecuente. Poco a poco, sin embargo, la Carta de las Naciones Unidas fue evolucionando penosamente, con concesiones perjudiciales. La cuestión central era el alcance del veto de las grandes potencias. Las potencias más pequeñas desconfiaban totalmente de él, mientras que los soviéticos deseaban que les permitiera impedir que cualquier asunto se discutiera siquiera en el Consejo de Seguridad. Al final se llegó a un compromiso. Otra cuestión importante fue el destino de los territorios no autónomos, para los que se elaboró, no sin muchos conflictos, la teoría de la ‘administración fiduciaria’. Al final, el mariscal de campo Smuts* «pensó que el mundo entero podía esperar razonablemente una era de seguridad frente a la guerra, en la medida en que las tres grandes potencias fueran, en términos generales, potencias conformes»¹⁰.

Dos amigos de Buchman se ofrecieron a recibir a los delegados que quisieran reunirse con él. Durante los almuerzos y cenas en su casa, o en el Hotel Fairmont, donde observaba y se reunía con los delegados, Buchman escuchó cómo se ventilaban muchas opiniones contradictorias. Un día almorzó con el obispo Bell de Chichester y John Foster Dulles, quien le dijo que los rusos sólo habían dejado de lado temporalmente el concepto de revolución mundial. Esa noche, durante la cena, oyó que un importante diplomático británico estaba igualmente convencido de que los rusos no volverían a la revolución mundial, sino que querían trabajar lealmente a través de cualquier organización que creara la Conferencia,

* Primer ministro de Sudáfrica y miembro del Gabinete de Guerra británico.

opinión que Halifax compartía¹¹. Sentado en el hotel Fairmont, observó a Molotov con su escolta de ocho hombres moverse con unidad de cuerpo por el recibidor; también vio a los diplomáticos para quienes los contactos sociales y los cazadores de autógrafos ejercían la mayor atracción.

Un grupo de delegados -en una cena privada- solicitó una representación especial de *The Forgotten Factor*. Un comité formado por representantes de diez países pidió que se incluyera en el programa oficial, y así se hizo el 3 de junio.

El general Carlos Rómulo, de Filipinas, presidente de la delegación de su país, que durante semanas había sido una espina clavada en el costado de la delegación británica por su actitud respecto al fideicomiso, encabezó el comité junto con el diplomático británico A. R. K. Mackenzie. Al presentar la obra al público, el general Rómulo dijo: «Veo a muchos de mis compañeros delegados aquí, y eso me llena de alegría porque lo que verán esta noche en el escenario es algo que puede trasladarse a nuestras salas de conferencias». Muchos estuvieron de acuerdo con él. Adlai Stevenson contó a uno de los amigos de Buchman que ‘Scotty’ Reston, del *New York Times*, le había dicho después: «Esto es lo que necesita tu vieja conferencia. Le vendría bien un poco de esto en el “Penthouse”» (donde el secretario de Estado Stettinius, Eden, Molotov y otros se reunían para sesiones privadas de negociación)¹².

El propio Rómulo fue fiel a su palabra. Después de ver *The Forgotten Factor* / El Factor Olvidado en su primera proyección, cambió por completo el tono de su siguiente discurso sobre el fideicomiso. Cuando terminó de hablar, pasó una nota a Mackenzie con las palabras: «El factor olvidado?». Alistair Cooke informó de que, a medida que se alargaba la conferencia, los periodistas habían ido enumerando las cuestiones sin resolver que les impedían volver a casa: «La lista de anoche era formidable, pero ahora, para asombro de los delegados y de la prensa por igual, parece que el Dr. Evatt* ha sufrido un cambio de personalidad y el general Rómulo se ha enamorado inexplicablemente de los británicos»¹³.

* Ministro australiano de Asuntos Exteriores.

De las amistades hechas durante los tres meses en San Francisco surgieron invitaciones para que Buchman visitara Arabia Saudí, Siria, Líbano, Irak e India. Sin embargo, el mariscal de campo Smuts se había enterado de un rumor en Londres y advirtió a su secretario, Henry Cooper, un viejo amigo de Buchman, «que no se metiera demasiado, ya que le habían dicho que el RM tenía inclinaciones fascistas». Cooper, imperturbable, llevó la información a su jefe.

Cuando Buchman celebró su sexagésimo séptimo cumpleaños en el *Century Club* -a principios de junio-, acudieron a saludarle delegados indios, chinos, de Oriente Medio, sudamericanos, griegos, yugoslavos, británicos y franceses. Carl Hambro había partido para acompañar a su rey de regreso a Noruega, pero Rudolf Holsti, de nuevo ministro de Asuntos Exteriores de Finlandia, acababa de llegar y estaba presente. El contralmirante Sir Edward Cochrane se comprometió, en nombre de mil militares, a recaudar en los próximos seis meses 50.000 dólares para Buchman «en memoria de los que han dado su vida» en muchos frentes de batalla. Su mensaje a Buchman decía en parte: «En la guerra de las armas, su visión del Rearme Moral nos ha mostrado por qué estamos luchando. En la guerra de las ideas, el RM ha encabezado la batalla para restaurar las normas morales y la orientación de Dios a los hombres y las naciones. En las playas de Dunkerque y Normandía, en las montañas barridas por los proyectiles de Italia, en las costas coralinas de las islas del Pacífico, en el suelo devastado por la guerra de Asia, a través de mares tormentosos y cielos llenos de antiaéreos, vuestra promesa de no retroceder nos ha dado el temple para avanzar hacia la victoria». Buchman se emocionó hasta las lágrimas.

La Conferencia de San Francisco llega a su fin. Después de ser recibido calurosamente por el presidente Truman en la recepción de la sesión final, el 26 de junio, Buchman partió hacia Mackinac.

En el camino, él y su grupo visitaron a ‘Poppa’ Globin, el ex contrabandista que les había prestado su casino en *Lake Tahoe* cinco años antes. «‘Poppa’ lloró cuando vio a Frank», dijo uno de los miembros del grupo, «y luego nos ofreció una gran cena

a base de filetes». «¡Todo un detalle!» insistió Buchman al contar la historia.

Cuando subieron al tren, siguieron otras aventuras. Buchman había enviado un telegrama a la abuela de un amigo para que se reuniera con ellos durante su parada en Omaha, Nebraska, si a ella le apetecía: «Frank y yo nos aventuramos a subir al andén», señala Martin. «Su política consistía en enviarme a todas las señoras de más de setenta años que parecieran a su amiga, y luego a todas las señoras de más de setenta años. Al no encontrar ninguna, redujo la edad a sesenta años y me envió de nuevo a hacer la ronda. Había que ver para creer la expresión de algunos de los maridos cuando les ignoré y pregunté si sus esposas eran la Sra. Thomas Hunter. Finalmente, Frank señaló a una señora más, pero al acercarme la reconocí como alguien con quien ya habíamos intentado. Sólo entonces Frank se dio por satisfecho y nos retiramos de nuevo al tren»¹⁴.

Al día siguiente, en Chicago, continúa Martin, Buchman emprendió «una de sus gigantescas juergas de compra de pañuelos»: «Una vez cada dos años, más o menos, los compra al por mayor para los regalos de cumpleaños del equipo. Empieza pidiendo unos cuantos pañuelos, y va rechazando todas las existencias hasta que encuentra uno que le gusta. Entonces pregunta: “¿Cuántos tiene de estos?”. La respuesta es siempre: “¿Cuántos puede utilizar?”. A lo que él responde: “Oh, unas diez o doce docenas”. El dependiente se desmaya o hace negocio. El precio baja, los obsequios aumentan y Frank se marcha, generalmente con dos paquetes de pañuelos. “¿Para qué necesita tantos?”, preguntó hoy la chica. “Oh, tengo un montón de gente pobre a la que se los regalo”, responde Frank con suavidad y precisión»¹⁵.

«EN EL MUNDO DE LA POSGUERRA»

La asamblea de Mackinac de 1945 duró desde el 1 de julio hasta el final de la primera semana de noviembre. A su llegada, Buchman fue recibido por una gran compañía de adolescentes que regresaban de una gira por todo el país con dos obras de teatro que habían escrito y producido. Quiso que Artur Rodzinski, que estaba allí con su esposa Halina, los conociera, ya que se dio cuenta de que probablemente podrían conectar con él cuando nadie más podía hacerlo. Rodzinski se mostró reticente porque, como contó más tarde a todos los presentes, a pesar de las decisiones tomadas en el momento en que Halina y su hijo se habían «salvado milagrosamente» en el parto, se había «confundido con las cuatro normas». Dos jóvenes le invitaron a su obra. Les dijo que se encontraba mal. «Popski, estás bien. Tenemos tu número», le dijo uno de ellos.

«Tenían razón», dijo Rodzinski a la asamblea a la mañana siguiente. «Tenían mi número. Me daba vergüenza no ir. La disposición de aquellos jóvenes a llevar una vida guiada por Dios, a prescindir de lo que los mayores llaman el condimento de la vida. Yo la había tenido, así que los admiraba. Esta mañana tuve una orientación clara. Mi desobediencia. Dios me habla todo el tiempo, pero no obedezco. Tuvimos un tiempo de silencio después del desayuno. Frank entró justo cuando terminábamos. Sonrió, y yo sabía que él sabía todo lo que había sucedido»¹.

Fue también durante la estancia de los Rodzinski en Mackinac cuando los recién creados *Mackinac Singers* / Los Cantantes de

Mackinac ofrecieron su primera actuación. Los comentarios de Rodzinski animaron a Buchman a hacer un amplio uso de este coro, que cantaba sus propias canciones, como parte de la creciente gama de producciones y publicaciones que estaba llevando a cabo su equipo.

Varios oficiales aliados se encontraron ahora con que sus obligaciones pasaban de alguna manera por Mackinac. Uno de ellos era Edward Howell, comandante de ala de la *Royal Air Force*. Tras ser gravemente herido en Creta, había sido encarcelado en Atenas y, aunque gravemente enfermo y sin poder utilizar ninguno de sus brazos, había escapado por encima de las murallas y recorrido Grecia a pie. Este plan de fuga había comenzado en el hospital, cuando recordó la creencia de su hermano David de que la gente podía ser guiada por Dios y experimentó con la escucha. A su regreso a Londres, Churchill le invitó a cenar para oírle hablar de ello y le contó cómo fue guiado de un punto a otro, en un momento dado siguiendo una estrella. «Así fue como escapé de los bóers», comentó el primer ministro. Howell contó su historia en Mackinac, donde se reunió con Buchman por primera vez*.

Durante una cena de cumpleaños de Bernard Hallward, el canadiense que había devuelto 12.000 dólares a la aduana en 1932, se informó por radio del fin de las hostilidades en el Pacífico. Buchman, con voz temblorosa, anunció simplemente: «La guerra ha terminado», y todos los comensales rezaron juntos el Padrenuestro. Por la noche se reunieron en el granero: «Ahora sólo queda una guerra: la guerra de las ideas contra el materialismo», dijo Buchman, «Ahora pidamos a Dios que nos muestre juntos cuál es nuestro papel en la reconstrucción del mundo». Luego rezó: «Rezamos por el mundo entero, especialmente por Japón. Sostenlos en el hueco de Tu mano, y dales Tu paz y libertad. Que los años futuros no se apaguen en el Espíritu Santo de Dios en Alemania. Dale la respuesta de hogares sanos, trabajo en equipo en la industria y una nación unida. Para los aliados oramos para que sean mantenidos por Tu Santo Espíritu puros e inmaculados en la victoria. Que el Señor los bendiga y los guarde a todos, y a todos ustedes, y les dé Su paz, ahora y siempre».

* Howell cuenta su historia en *Escape to Live / Escapar para Vivir* (Longmans, 1947, Grosvenor, 1981).

Empezaron a llegar cada vez más amigos y colegas de Europa. Suizos y franceses fueron los primeros, seguidos de holandeses, daneses y noruegos. Traían noticias de heroísmo bajo la ocupación nazi y en la Resistencia. Buchman también deseaba ver a algunos de sus amigos británicos, pero los viajes desde allí seguían estando estrictamente controlados por el gobierno. El 21 de julio, un telegrama remitido por el ministerio de Asuntos Exteriores a la embajada de Washington informaba de que un miembro del Parlamento, Sir George Courthope, había solicitado que un grupo se reuniera con Buchman en Estados Unidos: «En vista del conocido interés del presidente Truman por su trabajo, ¿considera el embajador que hay alguna razón para que no vengan? Lord Halifax, ahora embajador en Washington, respondió por telegrama que no había ninguna objeción por parte de los estadounidenses y que se había concedido el permiso. Las actas del ministerio de Asuntos Exteriores disponibles en la actualidad muestran que esta fue la conclusión de una acción dilatoria bastante tortuosa en algunas secciones del ministerio de Asuntos Exteriores. Halifax, de hecho, había apoyado firmemente una petición similar hecha por Lord Salisbury a Anthony Eden el año anterior. Eden había escrito a través de la carta de Salisbury en tinta roja, «Seguro que se trata de gente deplorable?... y es asombroso que Lord S les desee lo mejor». Un acta del 3 de agosto de 1944 que recogía la opinión de Eden añadía que, dado que se habían mitigado las restricciones de viaje, «los delegados probablemente obtendrían permisos de salida si los solicitaran», pero «no hay necesidad de informar de ello a Lord Salisbury». El permiso había sido denegado². Esta vez el peso de la opinión favorable estadounidense evidentemente determinó al ministerio de Asuntos Exteriores a conceder permisos para una delegación de cinco³.

Llegaron al Mackinac el 13 de septiembre. Eran Roland Wilson, quien, a los 32 años, había quedado como secretario del Grupo de Oxford en Gran Bretaña cuando Buchman se fue a Estados Unidos seis años antes; el viejo amigo de Buchman Arthur Baker, jefe del personal parlamentario de *The Times*; Peter Howard, a quien nunca había conocido; George Light; y Andrew Strang, un trabajador a tiempo completo del RM que había sido capturado por los ejércitos alemanes en Escandinavia y había

pasado la guerra en un campo de detención. Buchman estaba preparado con una hora de antelación para ir a reunirse con ellos. En el muelle, sentado en su destartado carruaje con Brookes, el chófer negro de un amigo, a su lado, esperó pacientemente, una figura curiosamente sin pretensiones. Cuando por fin llegaron los británicos, Buchman presentó a cada uno de ellos al jefe del servicio local de transbordadores antes de saludarlos él mismo con lágrimas en los ojos. El día siguiente se convirtió en una reunión combinada y una gran fiesta familiar.

Otro visitante europeo fue un sacerdote católico holandés, enviado por su arzobispo para «observar» el trabajo de Buchman. En su viaje, se había dejado engañar por un reportero para hacer algunas declaraciones bastante radicales sobre el Rearme Moral, y algunos de los que estaban en Mackinac le miraban con velada desconfianza. Cuando llevaba allí una semana, Buchman llamó a algunos de sus amigos y les dijo que creía que el padre Frits debía dirigir la reunión de la mañana. Todos pusieron objeciones. ¿Querría él hablar? ¿Qué diría? ¿Quién le acompañaría? Pero Buchman se mantuvo firme en su idea, y al final varios de sus colegas se reunieron con el padre Frits y le propusieron que hablara.

«Sí», dijo el padre, «tengo cosas que me gustaría decir».

«Pensamos que usted podría dirigir la reunión», añadieron.

«Bueno, eso no lo sé, pero podemos pedírselo a Dios».

Así que, tras una canción de los *Mackinac Singers*, el padre Frits empezó:

«He pensado decir cosas de corazón, cosas muy sencillas. Mi corazón me dice que lo haga y mi razón me dice que no lo haga. Como estoy entrenado para dejar que prevalezca la razón, me resulta difícil.

Cuando el obispo habla, obedecemos. Le aseguro que no fue con muy buen espíritu que acepté venir. La primera vez que vine intenté ser un espectador católico honesto. Aquí no se puede mirar. Pronto me sentí totalmente

humilde y avergonzado. Porque mi impresión es que ésta es una gran escuela de amor. No se puede resistir. Lo primero que hice al confesarme el domingo fue tomar la resolución de imitar la calidad de vida que había visto.

Estoy convencido de que personas como ustedes pueden desempeñar un papel inmenso en la unificación de todos los cristianos. La caridad siempre une. Nunca lo he visto más claro que en este lugar. Esperaba, tal vez, no oír mencionar el nombre de Cristo como es debido. Pero no ha sido así. Aquí encontré la verdadera vivencia del misterio de Cristo»^{4*}.

Los suizos que habían venido tomaron la decisión que quizá fuera la más trascendental de todas. Su estancia en el Mackinac cristalizó en sus mentes la idea de que Europa necesitaba un centro similar donde curar algunas de las heridas del continente. ¿Y dónde mejor que en Suiza? Esta idea había surgido, el año anterior, de Philippe Mottu, que trabajaba en el ministerio suizo de Asuntos Exteriores. Resonó plenamente en dos jóvenes ingenieros, Robert Hahnloser y Erich Peyer, que acompañaron a Mottu en ésta, su segunda visita. Los tres regresaron a Suiza para empezar a convertir el sueño en realidad.

Desde Mackinac, Buchman y otras doscientas personas, muchas de ellas europeas, regresaron a Seattle a través de Minnesota. De camino, Buchman llevó a sus amigos a ver la casa y la tumba de su tío, Aaron Greenwalt, muerto en la Guerra Civil. Luego obtuvo un permiso especial para llevarlos a través del Parque de Yellowstone en invierno, donde vieron alces, ciervos, búfalos y ovejas de montaña. Buchman era, como siempre, un ávido observador, y divisó las ovejas antes que el guarda forestal con el que circulaba.

En Seattle, el hecho de que Buchman se sintiera impaciente ante lo que le parecía una planificación inadecuada y poco imaginativa fue probablemente un signo de la recuperación de sus fuerzas. Es cierto que Dave Beck, de los *Teamsters*, iba a alojar a Buchman y a otros miembros del grupo en el Hotel

* El padre Frits, Frederic van der Meer, dedicó más tarde su libro *Augustine the Bishop / Agustín el Obispo* (Sheed and Ward, 1961) a Bernard Hallward.

Olympic*, pero no había planes para ver a Beck ni para «personalizar» la ciudad. «Fue uno de esos días en que todo salía mal o parecía que salía mal», dice el diario de su secretaria, «Uno a uno fuimos acribillados por su ira.... Frank se movía en silencio como una nube vengadora entre los fieles». Al día siguiente, «Aparecieron algunas grietas en las nubes de ayer, pero pasaron rápidamente y Frank quedó muy insatisfecho. Todos caminábamos, como Agag, con delicadeza. ...La lucha por reunirse con el gobernador, el alcalde y Dave Beck empezó a llevarse a buen puerto. El alcalde accedió a ver a veinte del equipo mañana, pero Frank señaló enérgicamente que eran 200 y que debía verlos a todos»⁵.

Buchman trabajaba ahora con seis obras, haciendo los cambios a su antojo. Gracias a la participación de profesionales, convertidos ahora en trabajadores a tiempo completo, como Phyllis Konstam, Marion Clayton y su marido Bob Anderson, Cece Broadhurst, Howard Reynolds y otros, habían alcanzado un alto nivel de interpretación. Les acompañaban los *Mackinac Singers*, dirigidos por el músico de Edimburgo George Fraser. Peter Howard solía presentar las obras, y algunas veces había oradores después. En una ciudad, bajo la supervisión personal de Buchman, hablaron veintisiete personas en veintidós minutos.

Así pues, una fuerza versátil y entrenada pasó por Detroit, St Paul, Seattle, Vancouver, Victoria, Salem, San Francisco y llegó a Los Ángeles para Navidad. Mientras tanto, había llegado la noticia de que el general George Marshall había decidido liberar inmediatamente de las fuerzas armadas a todos los hombres a tiempo completo del RMR para que pudieran reanudar el trabajo de su vida. El 26 de diciembre, los seis primeros llegaron juntos al aeropuerto de Los Ángeles. Buchman, entre lágrimas, les saludó en silencio. Luego se volvió hacia los vehículos diciendo: «Bueno, ya están en casa. Y ahora vamos a la lucha».

Según Reginald Hale, Buchman les dijo con tristeza que nunca podría volver a Europa: «Se acercaba a los setenta años, su

* Beck había pedido al director del hotel diez habitaciones dobles. «Muy difícil, señor Beck», respondió el gerente. «No se lo pediría personalmente a menos que fuera muy difícil; si fuera fácil, se lo pediría a otro», dijo Beck. Y lo consiguió.

salud era frágil y su mano derecha estaba paralizada. «Pero no fue eso lo que le hizo dudar», escribe. «Veía con demasiada claridad la inmensa tarea de volver a despertar la fe en una Europa fragmentada por el odio... Entonces los combatientes volvieron a casa con historias de los puntos clave de apoyo que los soldados entrenados por el RM habían construido en los países liberados. En menos de una semana ya estaba planeando trasladarse a Europa»⁶.

Otro elemento que influyó en él fue la publicación de los puntos más destacados del informe de la Gestapo de 1942, *Die Oxford-Gruppenbewegung*, en la prensa británica. Una carta publicada en *The Times* en diciembre por un distinguido grupo multipartidista* daba detalles del informe y comentaba: «El informe en su conjunto arroja una luz interesante sobre la mentalidad nazi, además de disipar por fin las tergiversaciones generalizadas que han circulado sobre este movimiento cristiano». La carta concluía diciendo: «Es vital que comprendamos los fundamentos espirituales de la democracia tan claramente como lo hicieron nuestros enemigos, y que sostengamos con todas nuestras fuerzas lo que ellos temían y esperaban destruir»⁷. DeWitt Mackenzie, el principal columnista de asuntos exteriores de *Associated Press*, había estado en Londres en diciembre, había visto el informe original y había escrito una columna similar que se difundió ampliamente en Norteamérica⁸.

Para muchas personas razonables esto disponía de una tergiversación que había seguido a Buchman y su gente a ambos lados del Atlántico. Pero la mentira no murió fácilmente. Se supo que copias del documento de la Gestapo habían estado en manos de la inteligencia británica por lo menos un año antes de que apareciera la carta del *The Times*. Un informe de los servicios de inteligencia, fechado el 7 de enero de 1945, salió a la luz en el que el redactor afirmaba que sería mejor que el informe de la Gestapo no cayera en manos del Rearme Moral, ya que destruiría las acusaciones vertidas contra ellos. Sin embargo, se encontró una copia del informe en las oficinas de

* Lord Ammon, vicepresidente de la Cámara de los Comunes; Harold E. Clay, presidente del Partido Laborista de Londres; Lord Courthope, presidente de la Unión Nacional de Asociaciones Conservadoras; el obispo de Lichfield; Sir Lynden Macassey, presidente de Reuters; Sir Cyril Norwood, presidente del *St John's College* de Oxford; Sir David Ross, preboste del *Oriel College* de Oxford.

las obras hidroeléctricas de Haut-Rhin, que habían sido utilizadas por oficiales de la Gestapo entre 1940 y 1944, y fue enviada por un ingeniero de la empresa, Pierre Koechlin, a París y finalmente a la sede del RM en Londres. De ahí la carta aparecida en *The Times*.

Ya en febrero de 1947 el *Times* ponía en duda la autenticidad del documento. En ese momento llevé la copia que había llegado a Londres a través de Alsacia al teniente general Sir Frederick Browning, entonces secretario militar del ministerio de la Guerra, y le pedí que comprobara su fiabilidad. Prometió transmitirla al general Templar, entonces jefe de la Inteligencia Militar, y pocos días después recibí la respuesta oficial de Browning.

«El documento adjunto es auténtico» -escribió-. «Sólo llega, en su estudio histórico, hasta 1939. Fue publicado por la Agencia del Servicio Secreto Alemán, responsable de las publicaciones de las SS. Puedes estar seguro de que no hay nada falso en este documento»⁹.

Durante el mes de marzo, Buchman y su equipo pasaron tiempo juntos preparando el regreso a Europa. Un día, en el rancho rural de un amigo cerca de Los Ángeles, entre naranjos y con las lejanas nieves del monte Baldy como telón de fondo, hablaron juntos de las necesidades y los retos de aquel continente devastado al que muchos de ellos llamaban hogar. Los siete años que habían pasado juntos en Estados Unidos les habían cambiado. Todos, estadounidenses y europeos, eran más maduros. Habían pasado por momentos de prueba personal y habían visto cómo se afrontaban muchas situaciones difíciles. Ahora estaban decididos, con la ayuda de Dios, a hacer todo lo posible para evitar que el mundo de la posguerra se viera arrastrado al ciclo de caos y venganza que había seguido a la Primera Guerra Mundial. Buchman depositó en ellos sus mayores esperanzas: «Ustedes han cruzado la línea divisoria. Van a volver para cambiar la política de los gobiernos con los hombres de Estado. Darán un vuelco a la filosofía del gobierno con un mensaje práctico aplicado con sencillez». Debían pensar en términos de nación: ésa es la responsabilidad

de los hombres de Estado, y las iglesias aún no han dado ese paso.

No podía ver muy lejos en el futuro, dijo, pero de una cosa estaba seguro: «El trabajo dirigido por Dios debe dirigir el mundo, de lo contrario el materialismo de Marx se hará con el poder», y luego añadió: «Pero el marxismo puede capturar el espíritu de Cristo. Algunos de ustedes podrían trabajar en Moscú algún día. Debemos estar preparados».

Buchman decidió embarcarse hacia Southampton en el *Queen Maty* a finales de abril de 1946. Era muy difícil conseguir pasajes, pero en marzo le dijo a John Vickers, quien se encargaba de organizar los viajes del Rearme Moral hacia los Estados Unidos durante toda la guerra, que fuera a Nueva York y consiguiera 100 plazas. «De momento sólo tengo seis plazas», dijo Buchman, «y quiero ver a quién puedo invitar». A su llegada a Nueva York, Vickers se dirigió a la compañía naviera con esta escandalosa petición. «Por supuesto», respondió el representante de la compañía, «el barco ha sido liberado esta mañana».

Al final, ciento diez personas zarparon el 24 de abril. Los billetes los pagó un corredor de bolsa de Nueva York, que no era millonario, y que dijo que quería intentar igualar el sacrificio de aquellos que tanto habían contribuido a los Estados Unidos durante la guerra. A ellos y a los que habían venido a despedirles a Nueva York, Buchman les dijo: «Hemos aprendido mucho. Estamos en un esfuerzo global para ganar al mundo para nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Ahí está su ideología. Es todo el mensaje del Evangelio de Jesucristo. Ese mensaje en su totalidad es la esperanza única y última».

Luego pronunció las líneas que tanto significaban para él:

Oh, Tú, el mejor Regalo del Cielo,
Tú que te has dado a Ti mismo.
Porque Tú has muerto:
Esto has hecho por mí...
¿Qué he hecho yo por Ti,
¿Tú Crucificado?

«¿DÓNDE ESTÁN LOS ALEMANES?»

Buchman regresaba a una Gran Bretaña muy alterada tanto por la guerra como por las secuelas de la austeridad. Las circunstancias de su propio trabajo en ese país también habían cambiado. Ahora llegaba a una sede en la que tanto la administración como el entretenimiento corrían a cargo de sus colegas a tiempo completo. La tarde del 30 de abril de 1946 pisó por primera vez el número 45 de *Berkeley Square*, una casa completamente amueblada. En los años de la guerra, sus sótanos se habían utilizado como refugios antiaéreos, su salón de baile se había convertido en un pequeño teatro y el resto de la casa estaba escasamente amueblada. En el último mes habían llegado regalos y préstamos de alfombras, cuadros y muebles de todo el país. A su llegada, Buchman se sentó en el vestíbulo bajo el hueco de la escalera, mientras los amigos que no le habían visto en siete años abarrotaban el vestíbulo, las escaleras y los descansillos hasta el cuarto piso.

A algunos les chocó su aspecto -había llegado caminando con bastón, en lugar de con su vigoroso paso de antaño-, pero ni entonces ni en las semanas siguientes se comportó como un inválido. Aquella tarde, durante dos horas, saludó a la gente individualmente y luego habló con todos los que se habían reunido para conocerle. Al día siguiente almorzó con Lord Hardinge, tomó el té con los Courthopes y cenó con Henry Martin, editor de la *Press Association* / Asociación de Prensa. En los días siguientes vio a Percy Cudlipp, editor del *Daily Herald*, Lord Lytton, Tod Sloan y Lady Antrim, asistió a una fiesta en el este de Londres, almorzó dos veces con grupos de

miembros del Parlamento y agasajó con una cena al equipo indio de cricket.

El primer fin de semana lo pasó en la granja de Peter Howard, en Suffolk. Disfrutó mucho de su visita a este «lugar sano», e insistió en visitar a algunos amigos de Howard y trabajadores de la granja en sus casas de Lavenham. Para asistir a siete bodas entre sus colegas a tiempo completo viajó a los Cotswolds, Cheshire, Edimburgo, Glasgow y Worcester, y en una ocasión aceptó encargarse de todo el culto, después de haber dicho incautamente a la pareja que haría lo que quisieran. El culto metodista no le era familiar, por lo que la feliz pareja tuvo que preguntarle las preguntas que debía hacerles, pero él respondió con fuerza con las palabras: «Que nadie separe a los que Dios ha unido». En la recepción, les dijo: «Esto es lo que pasa por pedirle a un viejo que te case». Cuando la nueva esposa telefoneó esa noche y le dijo que la vida era «maravillosa», su respuesta terrenal fue: «Mira, que siga siendo maravillosa». Durante su estancia en Glasgow visitó la tumba de Henry Drummond en Stirling. Toda esta actividad, sin embargo, estaba salpicada de días de descanso, y las sesiones de planificación tenían lugar a menudo alrededor de su cama.

Antes de partir para una campaña en Irlanda del Norte con la obra *The Forgotten Factor* / El Factor Olvidado, Buchman también visitó Cambridge y Oxford, donde oyó al rector de *St Peter's Hall* decir en el sermón de la universidad: «Durante los últimos veinticinco años, de Oxford ha salido no sólo una ideología cristiana, sino hombres y mujeres encendidos con la idea de reconstruir el mundo»¹. La revista estudiantil *Isis* ya había publicado un editorial con motivo del vigésimo quinto aniversario de la primera visita de Buchman a Oxford: «Nuestro interés por el Grupo de Oxford se ha despertado», decía, «porque creemos que sus oponentes, tan acérrimos y a la vez tan imprecisos, han tenido la palabra demasiado tiempo y no han podido fundamentar sus acusaciones... Ciertamente, Oxford no tiene por qué avergonzarse de ninguna cruzada espiritual real que promueva, ya que ha alimentado muchas en su tiempo y, de hecho, ¿qué podría ser más apropiado para una Universidad con el lema *Dominus Illuminatio Mea?*»².

Los antiguos oponentes, Tom Driberg y A. P. (ahora Sir Alan) Herbert, no tardaron en salir a escena. Dos días después de la llegada de Buchman, Driberg, hablando en la Cámara de los Comunes, criticó al ministro del Interior, Chuter Ede, por permitir la entrada en el país de «este hombre, que nunca ha repudiado su admiración expresa por Hitler y ha engañado al público poniendo datos falsos en *Who's Who*»*. El ministro del Interior rechazó la petición con las siguientes palabras: «El viento sopla donde sopla; no estoy dispuesto a poner ningún obstáculo en el camino». Driberg notificó entonces que plantearía el tema «en el próximo debate de ampliación»³.

El debate de ampliación, estrictamente limitado en el tiempo, tuvo lugar dos meses después, el 5 de julio. Driberg se extendió tanto en su argumentación que sólo quedaron unos minutos para otros comentarios. En ese tiempo, Herbert expuso brevemente su acusación de que Buchman había falsificado sus declaraciones en *Who's Who*, mientras que Quintin Hogg (más tarde Lord Hailsham) ridiculizó tanto los argumentos de Driberg como los de Herbert calificándolos de «chismorreos que no harían honor a la sala común de una escuela femenina». El ministro del Interior se mantuvo firme y censuró a Driberg por «tardar tanto en desarrollar su caso que fue imposible que otros diputados intervinieran»⁴.

Este fue el último ataque público que Herbert hizo a Buchman. Reconociendo su falta de éxito, comentó en su autobiografía: «Como el señor Churchill, no puedo mantener mis odios para siempre»⁵. Driberg, por su parte, continuó sus embestidas hasta la muerte de Buchman y después.

En sus primeras semanas de regreso a Gran Bretaña, Buchman tuvo especial interés en hablar con dos trabajadores del RM

* La supuesta falsa información por parte de Buchman para la revista *Who's Who* se examina en detalle en *The Open Secret of MRA / El Secreto a Voces del RM*, de J. P. Thomson Duesbery, pp. 82-3. La acusación principal era que Buchman había declarado que estudió en la Universidad de Cambridge, 1921-22, y que esto era inexacto, porque el *Westminster College*, donde Buchman fue recibido en ese momento como invitado en la *Senior Common Room / Sala Común Senior*, no era técnicamente parte de la Universidad, sino un colegio teológico presbiteriano independiente. «Aún así», declaró Driberg más tarde, «la entrada podría haber estado justificada si Buchman hubiera asistido a las clases de la Universidad»: (Driberg: *The Mystery of Moral Re-Arrangement / El Misterio del Rearme Moral*, p. 51.) Esto fue, por supuesto, porque Buchman fue invitado personalmente por el profesor Oman a asistir a sus conferencias a petición del director del Seminario de Hartford, Mackenzie. Buchman sí asistió a las conferencias de Oman (véase p. 91).

que, durante la guerra, se habían enlistado para servir en las minas de carbón. Durante su estancia en Estados Unidos tuvo noticias de otro antiguo minero. Will Locke, que le había recibido en 1937 -cuando era alcalde de Newcastle upon Tyne. Locke había pasado los meses anteriores viajando por las cuencas mineras en autobús y a pie, y había escrito: «La industria no se encuentra en un estado saludable. Existe un descontento que el hombre no puede alterar, pero debemos intentar llegar a las bases lo mejor que podamos. El espíritu del RM es necesario. Hay grandes promesas en la zona de Doncaster, donde un grupo de seis minas, cada una con 1.500-2.000 trabajadores, han abordado el tema de forma bastante correcta, y los trabajadores de la mina y los funcionarios están trabajando muy bien juntos. Estamos en forma y seguimos luchando: no nos oxidamos. ¿Y qué hay de ti, hombre? Esperamos que tu salud esté a la altura de la lucha que debe continuar...».

Gran Bretaña tenía muchos problemas: un tercio de sus viviendas destruidas o dañadas; las instalaciones industriales agotadas y los activos en el extranjero -de cuatro mil millones de libras de crédito en 1939- transformados en una deuda de casi tres mil millones; la imposibilidad de aumentar rápidamente las exportaciones hasta el necesario setenta y cinco por ciento por encima de antes de la guerra; la necesidad, a medida que se hacía evidente la postura de la Unión Soviética, de mantener a un millón y medio de personas armadas. Sin embargo, el pensamiento de Buchman, tras recibir la carta de Locke, fue: «El carbón es la clave».

Aquí, inconscientemente, estaba en sintonía con Ernest Bevin, el ministro de Asuntos Exteriores del nuevo gobierno laborista, que dijo a los mineros: «Denme treinta millones de toneladas de carbón para exportar y les daré una política exterior». Los líderes nacionales de los mineros también apelaban al aumento de la producción. Pero la exhortación no saca carbón. El absentismo, por ejemplo, había pasado del 6,4% en 1939 al 16,3% en 1945. «Es mi deber advertir a la Cámara», dijo el ministro de Combustible y Energía, Emmanuel Shinwell, en los Comunes en enero, «que la situación actual contiene los elementos del desastre industrial»⁷.

Buchman creía tener, en la obra *El Factor Olvidado*, un arma que podría ser útil en esta situación. El 13 de mayo la representó en la *City* londinense, en el teatro Cripplegate, que permanecía intacto entre las ruinas de la catedral de San Pablo. A ella acudieron mineros de varias cuencas carboníferas, entre ellos cuatro de la zona de Doncaster. Estos hombres convencieron a sus colegas para que invitaran a la obra al pueblo minero de Carcroft, donde seis semanas después acudieron a verla dos mil personas relacionadas con la industria.

Un minero de Doncaster escribió a Buchman: «Esta obra ha sido el principal tema de conversación en nuestra mina esta semana, a pesar de que el viernes y el sábado hubo carreras en Doncaster», y añadió: «Los mineros de nuestra mina... están de acuerdo en que si se pone en práctica el espíritu de la obra, el trabajo en equipo en las minas de Doncaster se convertirá en el modelo a seguir en el país. Por lo tanto, si puede hacer que los mineros más duros se sientan así, debería mostrarse a todos los mineros del país, tanto a los directivos como a los trabajadores»⁸. Otro minero y su mujer escribieron para agradecer a Buchman su visita a su casa⁹.

El periódico *Doncaster Free Press* comentó: «La semana pasada alguien arrojó una piedra en el estanque de la Inglaterra industrial, y las ondas llegarán lejos»¹⁰. La semana siguiente, una de las mayores minas informó de que la producción había aumentado de 10.000 a 16.000 toneladas. El secreto, al parecer, era el cambio de un director dictatorial, comúnmente llamado ‘el bolsillo impenetrable’, que se había disculpado ante los trabajadores después de ver *El Factor Olvidado*. El agente de la mina de *Brodsworth Main*, que mostró a Buchman las instalaciones durante una hora, comentó: «La obra ha despertado los mejores sentimientos en todas las áreas»¹¹.

Buchman pensó que *El Factor Olvidado* debía representarse en Londres, donde el *Westminster Theatre*, un elegante edificio de 600 localidades, había sido durante algún tiempo propiedad de una fundación del Reino Moral. Se había comprado por £132.500 como monumento en memoria de los hombres y mujeres del Reino Moral que habían muerto en la guerra. En

abril, cuando Buchman aún estaba en Estados Unidos, Roland Wilson le escribió: «El teatro es nuestro y está pagado, salvo una suma muy pequeña. Un soldado vino ayer desde Gales. Su padre, minero, había ahorrado 200 libras para enviar a su hijo a la universidad. El soldado preguntó si podía donarlas al fondo para comprar el teatro. Varios militares han dado sus indemnizaciones, y han llegado regalos de todo tipo de personas, incluidos dirigentes sindicales, estibadores y mineros»¹². En total, contribuyeron 2.857 personas. El teatro iba a estar disponible en octubre, momento en el que, en opinión de Buchman, habría que invitar a gente de todos los sectores de la industria del carbón.

En Suiza, al mismo tiempo, se estaba comprando otro edificio que iba a desempeñar un papel aún más importante en la vida y la planificación de Buchman. Fieles a su idea del verano anterior, Philippe Mottu y Robert Hahnloser, con su colega Erich Peyer y otros, habían estado buscando un lugar donde la gente de los países divididos de Europa pudieran reunirse en un ambiente similar al de Mackinac. Tras una larga búsqueda, dieron con el casi abandonado hotel *Caux Palace*, a 1.000 metros sobre Montreux, que Buchman había visitado durante su viaje a Europa cuarenta años antes. Ahora ya no era rentable y estaba a punto de ser demolido. Unas sesenta familias suizas se reunieron para asesorarse y, en un notable acto de fe, decidieron comprar el hotel -cuya construcción había costado seis millones de francos suizos- por 1.050.000 francos (entonces unas £130.000), pagando el primer plazo de 450.000 francos en cuestión de semanas. Con prodigiosos sacrificios -algunos vendieron sus casas, otros pusieron todos sus ahorros- lograron cumplir el plazo. Buchman partió de Londres hacia Caux el 15 de julio.

En los primeros diecinueve días de julio, un centenar de suizos, apoyados por voluntarios internacionales, se pusieron manos a la obra para restaurar el edificio, con su capacidad para 500 camas y sus magníficos salones de recepción. Durante la guerra, el hotel había estado habitado en un principio por personal de la Real Fuerza Aérea y otros aliados que habían escapado a Suiza, y más tarde por familias de refugiados. Las cocinas estaban llenas de humo, los ascensores atascados de

basura y la mayoría de las cerraduras rotas. Había que lavar todas las paredes.

Un ejemplo típico del esfuerzo voluntario fue el de un cerrajero jubilado. Al cabo de diez días, anunció al equipo de reconstrucción de Hahnloser que había reparado 640 cerraduras, pero que aún quedaban 1.220. «Es imposible. No puedo hacerlo en el tiempo que tengo».

«Lo único que podemos hacer», dijo Hahnloser, «es escuchar a Dios y dejar que nos muestre la salida». Tras unos minutos de silencio, el viejo cerrajero dijo de repente: «Llévame a un teléfono». Llamó a su casa, y sus hijos y nietos cerraron el negocio familiar durante quince días, vinieron a Caux y terminaron el trabajo.

Cuando Buchman entró en el vestíbulo, éste brillaba con parte de la belleza prístina que recordaba. Le acompañaba un grupo de británicos y estadounidenses. En el vestíbulo estaban reunidos viejos amigos de Francia, Escandinavia, Holanda, Italia y Suiza, muchos de los cuales habían luchado contra los alemanes o habían perdido familiares a manos de éstos.

Buchman se quedó en la puerta mirando de cara a cara en el círculo de bienvenida, profundamente conmovido. Luego dijo: «¿Dónde están los alemanes? Nunca podrán reconstruir Europa sin los alemanes».

«El efecto fue impresionante», escribe Reginald Hale. «Muchas caras mostraban conmoción, indignación e ira. Frank se marchó a su habitación dejando atrás la consternación. La cena de aquella noche fue una comida apagada y muchos guardaron un extraño silencio»¹³.

La gente se había enfrentado cara a cara con el mandamiento de Cristo: «Amad a vuestros enemigos». Muchos encontraron el poder para hacerlo. Luego hubo que afrontar y superar las dificultades técnicas. A ningún alemán se le permitía salir de su país sin el permiso de los Aliados, y pocos, si es que había alguno, tenían los medios para hacerlo si se les permitía. Inmediatamente se inició el trabajo con las autoridades aliadas, y dieciséis alemanes, entre ellos Moni von Cramon y las viudas

de dos hombres ejecutados por participar en el complot para matar a Hitler, llegaron ese primer año.

Las dificultades inherentes a esta operación se pusieron de manifiesto incluso en la actitud de algunos de los amigos no alemanes de Moni von Cramon de los años anteriores a la guerra, que llegaron a pedir a Buchman que la echara de Caux porque «ya no era de fiar». En lugar de eso, se la llevó con él a Locarno cuando fue hasta allí -desde Caux- para descansar, como siempre, con un grupo de colegas. «Allí», según la hija de Fran von Cramon, «todo estalló. Frank lo escuchó todo y se quedó callado. Luego dijo: “Aliméntala, vístela, ámala”. Y un amigo suizo se la llevó a casa y cuidó de ella».

Todas las habitaciones de Caux permanecieron ocupadas durante dos meses, ya que muchos de los visitantes eran trabajadores y sus líderes, la mayoría de ellos mineros británicos que habían creado un fondo especial para este fin.

El 22 de octubre se estrenó *El Factor Olvidado* en el teatro Westminster. Para empezar, Buchman se sentaba en un palco cada noche, no mirando la obra sino al público. Llegaron autobuses llenos de mineros de varias cuencas carboníferas, así como directivos y, tras la nacionalización de las minas a principios de 1947, también llegaron funcionarios de la Junta del Carbón. Ese invierno en Gran Bretaña fue el más frío de los últimos sesenta años y se necesitaron 8.000.000 toneladas de carbón adicionales. Los reconocimientos del efecto de la obra comenzaron a llegar. Tom Collier, responsable de trabajo de la Junta del Carbón para el norte de Staffordshire, dijo -el 11 de mayo- en una reunión en el teatro Westminster: «Si la Junta del Carbón enviara esta obra por todo el país, sus problemas se acabarían. Hace una semana dije a nuestra gente que con la ayuda del espíritu de esta obra la semana de cinco días* tendría éxito... Ahora, en cinco días, ha salido más carbón de los pozos que en cualquier otra semana en muchos años»**. Junto a Collier habló Harold Heath, miembro del Comité Sindical del pozo *Chatterley Whitfield*, el quinto más grande de Gran Bretaña: «Alcanzamos nuestro objetivo de seis días en cuatro

* Una sustitución experimental de la semana de seis días.

** cf. *El Birmingham Post*, 12 de mayo de 1947: «La semana de cinco días aporta más carbón en cuatro zonas; los pozos del norte de Staffordshire lideran las cuencas carboníferas».

días y medio. Mil de nuestros hombres vieron El Factor Olvidado la semana pasada».

La campaña subsiguiente en las cuencas mineras, iniciada tanto por la dirección como por los sindicalistas, centrada en las presentaciones de El Factor Olvidado, continuaría durante los cuatro años siguientes. Las evaluaciones independientes de su efecto fueron numerosas. Por ejemplo, el director de *The Speaator* escribió en su columna: «Hay que rendir homenaje donde se debe rendir homenaje. Esta semana he oído hablar de un sorprendente impulso a la producción de carbón... Unos 300 mineros de una mina fueron a Londres a ver El Factor Olvidado. El resultado, me aseguran, es que la mina supera regularmente la producción de su región. La historia no procede del RM, sino de alguien que conoce muy bien la mina y a los mineros»¹⁴.

Al cabo de un año, el diario *Birmingham Post*, escribiendo sobre las Midlands Occidentales, declaraba que «el nuevo espíritu se está manifestando de tal manera en el aumento de la producción que, según un cálculo basado en cifras recientes, si se obtuvieran los mismos resultados en todas las cuencas carboníferas de Gran Bretaña, el objetivo de 200.000.000 toneladas anuales se superaría en 30.000.000 toneladas»¹⁵. Tom Beecham, director de producción de la zona de Rhondda, donde 15.000 mineros vieron la obra, declaró en abril de 1949: «La producción en esta zona aumentó un siete por ciento, mientras que en toda la cuenca carbonífera de Gales aumentó un dos por ciento. Ha tenido un efecto real en las relaciones, que se está manifestando en las negociaciones entre la Junta y el Sindicato. Ya no existe la aspereza de antes. Los hombres ven con buenos ojos cualquier cambio en la gestión»¹⁶.

Buchman valoraba los cambios prácticos resultantes por sí mismos, por el aumento de los salarios de los mineros y la disminución de las penurias del país en general. Pero, como insistía a su equipo, «Recuerden, haga lo que haga, mi objetivo es enseñar al alma». Con ello quería decir que consideraba fundamental la maduración del individuo, primero por sí mismo y luego como materia prima esencial de mejoras mayores. Se dio cuenta de que, a menudo, era en tiempos de crisis cuando las personas estaban dispuestas a abrir sus

corazones al Espíritu Santo y, también, que las personalidades públicas ocupadas a menudo sólo prestaban suficiente atención a la posibilidad de un cambio en sí mismas cuando veían resultados de tipo práctico en sus propias esferas de interés. El Factor Olvidado dio lugar a muchas conversaciones personales cruciales. En el guión no se mencionaba a Cristo, pero el Dr. Edward Woods, obispo de Lichfield, comentó después de una actuación: «Vi a Cristo en el escenario y gracias a Dios nadie tuvo que mencionarlo»¹⁷.

Tras los dos primeros meses en Westminster, Buchman, por consejo médico, emprendió viaje hacia el sur en busca de un clima más cálido. El 16 de diciembre, en Folkestone, fue recibido por un funcionario del muelle con una silla de ruedas. Buchman la hizo a un lado, insistiendo en que el inválido era John Caulfeild, un robusto excapitán de la Fuerza Aérea de EE.UU., de modo que el desafortunado Caulfeild fue empujado en la silla hasta el funcionario de pasaportes, a través de la aduana, y hasta el muelle. El viaje fue duro, y aunque Buchman, con su terquedad de holandés de Pensilvania, insistió en sentarse erguido en una silla, obviamente se alegró cuando terminó.

En Suiza, donde pasó la Navidad, conoció a Philippe Etter, que iba a ser el próximo presidente y ministro del Interior. Etter prometió visitar Caux oficialmente el verano siguiente. «Europa ha perdido su alma», dijo, «y fue su alma la que le dio el liderazgo entre las naciones. Caux va a ser un gran centro de fuerza espiritual».

La Navidad transcurrió apaciblemente en Berna. En el salón de su hotel había un árbol apenas decorado, iluminado con velas, y él y sus amigos se sentaban tranquilamente alrededor de él por las tardes. «Uno de mis primeros recuerdos -debía de tener uno o dos años- es cuando me llevaban a una habitación en la que había un árbol iluminado», cuenta Buchman. En la noche de Navidad, los pensamientos de Buchman, mientras buscaban juntos orientación, eran: «El año que viene se te hablará con toda claridad; Caux un milagro de primer orden; Alemania llegará a su fin; Ve a Ganda con una presencia más ligera. Abriremos camino lenta y gradualmente».

A pesar del mal tiempo, Buchman no llegaría al soleado sur. Había aceptado la invitación de Eugene von Teuber y sus ancianos padres para pasar los próximos meses en su castillo medieval, Castel Ganda, en Appiano, cerca de Bolzano. Gene, un personaje exuberante cuya familia tenía profundas raíces en Austria e Italia, había emigrado a Estados Unidos -veinticinco años antes- y allí se había convertido en colega a tiempo completo de Buchman. Sus padres acababan de ser liberados de un campo de prisioneros comunista en Checoslovaquia, y abrieron su antigua casa para la ocasión. La campiña tirolense, que Buchman conocía y amaba desde hacía mucho tiempo, estaba nevada cuando él y su grupo llegaron, y así permaneció durante muchos meses. Su médico y sus amigos estaban preocupados por su salud, pero Buchman se conservó bien y permaneció en Ganda, aparte de dos visitas a Roma, hasta principios de mayo. El mayor de los von Teuber describió estas semanas como «salir del infierno para entrar en el cielo»¹⁸.

El Tirol estaba amargamente dividido entre austriacos e italianos, una amargura endémica desde que el Tratado de Versalles transfirió el territorio de Austria a Italia. Más recientemente, se había producido la ocupación alemana en tiempos de guerra, y algunos soldados alemanes seguían escondidos en las montañas. Las autoridades militares italianas seguían contando con oficiales británicos de enlace. La zona era un campo minado de sentimientos delicados. En particular, las antiguas familias austriacas y los oficiales y militares italianos apenas se hablaban.

Sin embargo, todas las partes acudieron a ver a Buchman, empezando por las familias austriacas, que naturalmente visitaron a los von Teuber, y luego el alcalde italiano y el comandante regional. El general Negroni, que resultó tener en su Estado Mayor a un mayor británico -que había visto El Factor Olvidado en Londres- y a un sargento mayor -que había participado en el viaje de Buchman a Amman con Lady Minto en 1938-. Inevitablemente, llegó el día en que todas las partes fueron invitadas a una fiesta conjunta. Se creó una atmósfera en la que Buchman pudo contar cómo, cuarenta años antes, había pasado por aquel país, con el corazón consumido por la amargura contra el comité directivo del albergue de Filadelfia y cómo, tras atravesar el Simplón en un coche de caballos y

llegar a Inglaterra, en Keswick se había liberado de sus odios. El alcalde nunca lo olvidó y, cuando más tarde vino a Caux, dijo que atribuía la nueva amabilidad de la zona a ese día.

La primera visita de Buchman a Roma desde Ganda comenzó a mediados de enero. Su idea, una vez más, era moverse con tranquilidad: «Deja que la gente venga a ti. Ningún atisbo de presión o sugerencia a nadie. No es el momento de ver al Papa». Sí quiso ver, entre otros, al conde Lovera di Castiglione, chambelán papal que había escrito artículos comprensivos sobre su trabajo antes de la guerra, y al ministro de Asuntos Exteriores, conde Sforza. El conde Lovera fue uno de los primeros en verle, y durante la conversación habló del Rearme Moral como «la puerta de entrada al hombre moderno». Una mañana, Buchman pasó una hora con Giuseppe Saragat, vicepresidente del Parlamento y más tarde presidente de Italia, que describió su conversación como «la más importante que he tenido en mi vida, porque trató de lo fundamental». «La suya, es la verdadera lucha por Europa: dar a la democracia una fe que sobreviva a las ideologías», añadió el dirigente socialista. La familia de Saragat mantuvo el contacto con Buchman hasta su muerte.

Randolfo Paccardi, líder del partido al que pertenecía Sforza, preguntó a Buchman qué podía hacer por él. Buchman no le hizo ninguna sugerencia. Paccardi le propuso que se reuniera con Sforza, y así ocurrió. Buchman había leído el reciente libro de Sforza en el que se hacía referencia a la «democracia cristiana», y la conversación giró en torno a cómo ésta podría crearse en Europa.

Varios católicos del grupo de Buchman, que ya eran treinta, fueron recibidos por el Papa Pío XII. Le mencionaron su trabajo e informaron con entusiasmo a Buchman de que el Papa lo había bendecido. Esto complació a Buchman, que creyó erróneamente que si suficientes católicos leales le decían al Papa que trabajaban con él, influiría favorablemente en la actitud de la iglesia. Sin embargo, él mismo rechazó educadamente las sugerencias de varias personas bien situadas que querían organizarle una visita al Santo Padre. El *Manchester Guardian*¹⁹ y el *Daily Worker*²⁰ informaron desde Roma que Buchman estaba celebrando una convención allí y

que estaba intentando ver al Papa. Pero lo más parecido a que Buchman entró en los aposentos papales fue, de hecho, su sombrero de copa, en manos de Gene von Teuber, cuyo sombrero trilby marrón Buchman consideraba inadecuado para la ocasión.

Hizo bien en moverse con cautela. Es cierto que siempre había mantenido buenas relaciones con los sacerdotes católicos con los que había estado en contacto. Lejos de alejar a alguien de la iglesia católica, había ayudado a muchos a volver a ella. En los años anteriores a la guerra, su trabajo se desarrolló principalmente en países protestantes, y Roma veía con simpatía sus actividades allí. Los grandes países católicos sólo se vieron afectados de forma marginal, y se dejó que los obispos decidieran su actitud en función de cómo les pareciera su situación local. Algunos reaccionaron negativamente, pero la mayoría se mostraron neutrales o ligeramente favorables. *L'Osservatore Romano*, el órgano del Vaticano, al informar sobre una reunión de Rearme Moral celebrada en Lausana en 1937, había subrayado el valor de la escucha silenciosa de la voluntad de Dios y la importancia de que las personas de todas las clases pusieran en práctica su fe unidas²¹. En el primer aniversario del lanzamiento del Rearme Moral, tituló su informe «La supremacía de los valores espirituales y morales para la paz del mundo»²².

Ahora, sin embargo, estaba a punto de producirse una nueva situación. A medida que, desde el nuevo centro de Caux, Buchman dedicaba sus energías a la reconciliación de Europa, y ese trío de estadistas católicos -Schuman de Francia, Adenauer de Alemania y de Gasperi de Italia, junto con su mentor, el sacerdote italiano Don Sturzo- veían cada vez más en el Rearme Moral una idea que podía complementar sus esfuerzos, la jerarquía de Roma empezó a sentir la necesidad de adoptar una actitud definida. El hecho de que un luterano atrajera a los fieles a Caux despertó sospechas -o al menos cautela- en el Santo Oficio, la institución que velaba por la integridad de la fe. En los años siguientes, llegarían a conclusiones que desconcertarían a muchos católicos que habían encontrado en Caux un nuevo impulso a su fe, conclusiones que tardarían casi dos décadas en revertirse.

La siguiente visita de Buchman a Roma, cinco semanas después de su regreso a Ganda, fue invitado por monseñor François Charrière, obispo de Friburgo, Lausana y Ginebra, en cuya diócesis se encontraba Caux. Llevaba a Roma a 8.000 suizos para asistir a la canonización del santo suizo Nicolás von Fliie, e invitó a Buchman y a un grupo de sus colegas. Fueron ubicados en excelentes asientos cerca del altar mayor de San Pedro, y Buchman quedó fascinado por la historia del santo y por el colorido de la ceremonia. En junio, en la radio suiza, habló del significado de la ocasión, recordando cómo San Nicolás se había convertido en «el árbitro más solicitado en asuntos de Estado» y había salvado a Suiza «cuando las amargas disputas de los cantones llevaron a su país al borde de la guerra civil». «Verdaderamente es un santo para nuestro tiempo, un modelo para las Naciones Unidas», comentó Buchman²³.

Todo el año había sido una revelación -para su equipo europeo- de la diferencia entre este periodo de posguerra y los días del físicamente ágil Buchman que habían conocido. En aquellos días, Buchman dirigía todas las campañas, pasando de una situación a otra y de un país a otro «con un vigor compacto, silenciosamente como un tren expreso», como comentó uno de sus colegas más jóvenes. Ahora, a menudo era él quien iniciaba alguna idea -como el trabajo entre los mineros del carbón en Gran Bretaña o la lucha por sacar de nuevo al mundo a la nación alemana-, pero dejaba su ejecución a otros. Siempre había afirmado que era más importante enseñar a diez personas a hacer su trabajo que intentar hacer el trabajo de diez personas uno mismo. Ahora más que nunca tenía que aprender a practicarlo, pues su trabajo, sin restricciones por la guerra, estaba irrumpiendo en países de todo el mundo.

Su equipo entrenado se dispersó para trabajar en Japón, Sudáfrica, Oriente Medio, y aunque se mantenían en contacto por carta, cada uno iba por su lado y él rara vez intervenía. Él mismo nunca se desplazó sin un equipo; pero era una de las muchas unidades móviles de todo el mundo, que se reunían, anualmente o con más frecuencia, en asambleas en Caux, Mackinac o cualquier otro lugar.

«RECONCILIACIÓN EN CAUX»

Cinco mil personas de unos cincuenta países acudieron a Caux para la asamblea de verano de 1947. El presidente Etter de Suiza cumplió su promesa de hacer una visita oficial, y el general Guisan, comandante del ejército suizo en tiempos de guerra, acudió tres veces. También acudieron los primeros ministros de Dinamarca e Indonesia, el conde Bernadotte de Suecia, el Comité Smith-Mundt del Congreso de los Estados Unidos y dos centenares de italianos, entre ellos veintiséis diputados y ocho altos cargos de la administración, en representación de los principales partidos democráticos.

La afluencia de público era tal que hubo que comprar otro gran hotel, el *Grand Hotel*, para alojarlos. El inusual patrón de trabajo en Caux atrajo tanta atención de la prensa como la cantidad de gente. Se animaba a los invitados a colaborar en el funcionamiento de la asamblea, y ministros y trabajadores podían acabar preparando las verduras o fregando los platos juntos. Los caricaturistas y los fotógrafos se divirtieron de lo lindo, pero el superior del monasterio de Kremsmiinster lo encontró natural: «Nosotros, los benedictinos, sabemos que trabajar juntos es la mejor manera de cultivar las mentes de los demás». Un anarquista francés declaró con entusiasmo: «¡He visto la anarquía realmente vivida aquí!».

Entre los visitantes asiáticos se encontraban G. L. Nanda, ministro de Trabajo del estado de Bombay y, más tarde, dos veces primer ministro provisional de la India, y U Tin Tut, primer ministro de Asuntos Exteriores de la Birmania independiente. Nanda fue de Caux a las cuencas mineras

británicas para comprobar lo que había oído decir a los mineros, y quedó muy impresionado por lo que encontró.

Sin embargo, el país que más preocupaba a Buchman en aquel verano de 1947 era Alemania. ¿Cuál iba a ser su futuro? ¿Cómo podría conseguirse un futuro digno?

Estas preguntas habían sido durante mucho tiempo objeto de urgentes, y a menudo ásperas, discusiones entre los estadistas aliados. En septiembre de 1944, Churchill se sorprendió, a su llegada a la Conferencia de Quebec, al ver que el presidente Roosevelt no estaba acompañado por su secretario de Estado, sino por el secretario del Tesoro, Henry Morgenthau, y que la cuestión principal en sus mentes era cómo tratar a Alemania después de la victoria¹.

Resultó que Morgenthau se había indignado por el trato «blando» propuesto para Alemania en un documento del Departamento de Guerra estadounidense enviado al general Eisenhower en agosto, y se había ganado el apoyo del presidente para su llamado «Plan Morgenthau», por el que Alemania sería reducida a una nación pastoril, con la eliminación de su industria, la reducción de su nivel de vida y el traslado de segmentos de su población a otras partes del país. Churchill lo desaprobó, pero dejó pasar el asunto por el momento. Al final, prevalecieron los consejos menos extremos, pero el temor a la «mentalidad Morgenthau» siguió afectando a las relaciones alemanas con Estados Unidos durante algunos años.

El periodo de luna de miel que siguió a la Conferencia de Yalta de las grandes potencias -en febrero de 1945- había durado menos de dos meses. Ya el 2 de abril, el secretario de Estado norteamericano advertía de un «grave deterioro» de las relaciones con la Unión Soviética. En la Conferencia de Potsdam se confirmó la división de Alemania en cuatro zonas y se hizo cada vez más patente el deseo soviético de hacerse con el control del poderío industrial alemán.

James Forrestal, secretario de Marina de los EE.UU., señaló en su diario del 14 de mayo que los comunistas tenían una gran ventaja, una filosofía bien definida «que equivale casi a una

religión en la que creen que está la única solución para el gobierno de los hombres. Es inútil que nos engañemos sobre la profundidad o la amplitud del problema», añadió. «No tengo respuestas, pero es mejor que intentemos obtenerlas»².

Este diagnóstico coincidía con el de Buchman dos años antes en Mackinac. Desde entonces, él y sus colegas habían hecho un esfuerzo consciente por expresar sus creencias en términos de «una ideología para la democracia» que pudiera dar contenido moral y espiritual a la libertad del llamado mundo libre. Habían visto cómo se aplicaba en diversas situaciones en los Estados Unidos en tiempos de guerra y, desde entonces, en las cuencas mineras británicas. Entonces, Buchman pensaba que la prueba crucial era si esta filosofía sería adecuada para satisfacer las necesidades de la Alemania de posguerra. El vacío existente en Alemania tras el colapso de la ideología nazi y su propio fracaso a la hora de contrarrestar esa ideología antes de la guerra le hacían estar aún más ansioso.

Los preparativos para llevar un número significativo de alemanes a Caux habían estado avanzando desde el comentario de Buchman a su llegada a Caux el año anterior. En la misma semana en que el general Marshall, ahora secretario de Estado, hizo sus propuestas para la rehabilitación económica de Europa, el senador Alexander Smith había concertado una entrevista con su yerno, Kenaston Twitched. Esta entrevista, en la que Twitchell y sus colegas expusieron el plan de Buchman para llevar a Caux a los futuros dirigentes de Alemania, dio lugar a otra entrevista con Robert Patterson, el secretario de Guerra. Patterson prometió eliminar los numerosos obstáculos a los alemanes que querían viajar al extranjero y envió a sus visitantes a ver al general Lucius Clay, comandante de la zona estadounidense de Alemania, y a su asesor político, Robert Murphy. Mientras tanto, en Londres, *Lord* Pakenham, ministro encargado de la zona británica, también dio su bendición. «Junto con la comida», dijo, «el tipo de trabajo que ustedes están haciendo es lo único que hará algún bien en Alemania ahora»⁴. Se empezó a examinar una lista de cincuenta y cinco alemanes en la zona británica, y Pakenham telefoneó posteriormente al general *Sir* Brian Robertson, Comandante de la zona británica, para pedirle que diera todas las facilidades al *Rearme* Moral.

El general Clay se mostró igualmente receptivo y organizó una reunión en Stuttgart en la que Twitchell y sus colegas pudieron conocer a los líderes políticos de los estados de la zona estadounidense. Clay no les dio ninguna pista de lo que les esperaba, y la invitación a Caux como invitados, con sus esposas e hijos, fue completamente inesperada. La mayoría de ellos no había salido de Alemania desde 1933, y muchos habían estado en la cárcel. «Su desconcierto se fue convirtiendo en sorpresa y agradecimiento al ver la oportunidad de visitar un país libre, con buena comida y amigos dispuestos a recibirles», dice Twitchell⁵, señalando que el ministro de Trabajo de Renania del Norte-Westfalia se las había arreglado con «dos estrechas rebanadas de pan duro para desayunar y unas pocas patatas y repollo podrido para comer». Uno de los colegas suizos de Buchman, que realizó gran parte del trabajo pionero en Alemania, le dijo que, según el ministro de Educación de Hesse, la mortalidad infantil había aumentado al 20%, el 10% de los jóvenes tenía tuberculosis, el 52% tenía un par de zapatos, mientras que el 11% no tenía ninguno, el 23% no tenía cama propia y la producción por trabajador había descendido a la mitad del nivel de antes de la guerra⁶.

De hecho, 150 alemanes acudieron a Caux ese año, y casi 4.000 más entre 1948 y 1951.*

Su llegada a Caux dejó una huella indeleble en aquellos primeros alemanes. Uno de ellos, Peter Petersen, que había sido adoctrinado en una escuela nazi especial desde los doce años y había salido del ejército con un espíritu cínico y amargado, describió sus reacciones: «Nos recibió un coro francés con una canción alemana... Ya éramos expertos en defendernos cuando nos atacaban. Pero aquí nos abrieron las puertas de par en par y nos desarmaron por completo»⁷. «Los invitados alemanes estuvieron de acuerdo sobre todo en un punto», escribió el diario berlinés *Tagespiegel*, «En la

* El Dr. Gabriele Müller-List, historiador alemán, da las siguientes cifras: 150 en 1947, 414 en 1948, 1.364 en 1949, 1.111 en 1950 y 941 en 1951 («Eine neue Moral für Deutschland. Die Bewegung für Moralische Aufrüstung und ihre Bedeutung beim Wiederaufbau 1947-52»). *Die Bewegung für Moralische Aufrüstung und ihre Bedeutung beim Wiederaufbau 1947-52*. En *Das Parlament*, (31 de octubre de 1981). David J. Price, cuya tesis doctoral en la Universidad de Londres es quizá el estudio académico más completo sobre el tema en inglés, afirma que «la mayoría de los ministros presidentes y líderes de la industria y la educación» asistieron durante esos años. (El Movimiento de Rearme Moral y la Reconstrucción Europea de Posguerra, p. 29).

actualidad, en ningún lugar del mundo los alemanes encontrarían una bienvenida tan calurosa como en Caux»⁸.

Buchman insistió en que en Caux se debía hacer hincapié en el futuro de Alemania más que en su pasado, en su potencial más que en su culpabilidad. Tanto si se trataba de un individuo como de una nación, sólo estaba interesado en revisar los errores del pasado como base para descubrir un nuevo camino a seguir. Simplemente trataba a los alemanes exactamente igual que a los demás.

Esto permitió a los alemanes considerar el pasado y el futuro como nunca antes lo habían hecho. «Durante años, los alemanes alabamos, apoyamos y defendimos una ilusión», escribió el Dr. Erwin Stein, ministro de Educación de Hesse, a su regreso de Caux. «Como resultado, muchas naciones de Europa y del mundo han sufrido sin fin por culpa de Alemania. Nuestra tarea, como alemanes responsables, es construir de una vez por todas una democracia inspirada por Dios. Sólo sobre esta base perdurará, y el Rearme Moral nos muestra claramente cómo hacerlo»⁹.

Otro de los primeros visitantes de Caux fue el barón Hans Herwarth von Bittenfeld, entonces director de la cancillería bávara y más tarde el primer embajador alemán de posguerra en Londres, que ha escrito sobre su participación en la resistencia a Hitler en su libro, *Against Two Evils / Contra dos Males 1931-45*¹⁰. «Una cosa es luchar contra una ideología», escribió en aquella época. «La verdadera respuesta es una ideología superior. En Caux encontramos la democracia en acción y, a la luz de lo que vimos, nos enfrentamos a nosotros mismos y a nuestra nación. Fue un arrepentimiento personal y nacional. Muchos de los alemanes que éramos antinazis cometimos el error de echar toda la culpa a Hitler. En Caux aprendimos que nosotros también éramos responsables. Nuestra falta de una ideología positiva contribuyó al ascenso de Hitler»¹¹.

Reinhold Maier, ministro presidente de *Wuerttemberg-Baden*, también estuvo en Caux en 1947. Una noche vio una obra sobre el heroico periodista noruego Frederik Ramm, titulada *And Still They Fight / Y Aún Así Pelean*. Se escapó del teatro y

se tiró en la cama «completamente destrozado» por la vergüenza de lo que había hecho su país. «Fue una presentación sin odio ni queja y, por tanto, su efecto no pudo ser más poderoso», escribió¹².

No todos los invitados alemanes respondieron como Stein, Herwarth y Maier. El corresponsal del *Neue Ziircher Zeitung* escribió que algunos estaban desconcertados por la «terrible simplificación» de la ética cristiana¹³, mientras que Terence Prittie, entonces hombre del *Manchester Guardian* en Alemania, escribió en 1979: «Para ser sincero, creo que algunos políticos se subieron al carro para conseguir un viaje gratis a Suiza y ser tratados como seres humanos comunes y corrientes»¹⁴. Pero según el profesor Carlo Schmid, un destacado socialista, «aunque algunos se sintieron decepcionados y se quejaron de demasiada actividad, casi todos volvieron a casa sintiéndose realizados e incluso antiguos nazis hicieron verdaderos cambios interiores»¹⁵.

Muchos de los líderes alemanes, cuya experiencia de la democracia antes de la guerra había sido tan decepcionante, se sintieron muy atraídos por el concepto de “democracia inspirada” de Buchman. Hans Peters, catedrático de Derecho Constitucional de la Universidad de Berlín, no sólo habló mucho de ella en Caux ese año, sino que publicó un libro en 1948¹⁶ en el que analizaba los distintos tipos de democracia a través de los tiempos y describía la “democracia inspirada”, tal y como la concebía Buchman, como la mejor forma de responder a los fracasos del siglo XX¹⁷.

El propio Buchman rara vez dirigió las sesiones plenarias durante este periodo. A veces se escabullía por detrás o se sentaba en una silla a la izquierda de la tribuna de oradores, desde donde podía observar al público. Pero pasaba la mayor parte del tiempo en sus dos habitaciones -un dormitorio y una sala de estar-, situadas en la misma planta que la sala de reuniones. Allí participaba con frecuencia en la preparación de las reuniones y veía en privado a un gran número de personas y pequeños grupos.

Uno de sus contactos más fructíferos ese año fue con Irène Laure, secretaria general de la organización nacional de

mujeres socialistas y reciente diputada por Marsella. Amiga y discípula de Leon Blum, Irène Laure había intentado entablar amistad con la Alemania anterior a Hitler. Después se desilusionó, y la experiencia de la Ocupación, cuando era dirigente de la Resistencia en Marsella y su hijo fue maltratado por la Gestapo, convirtió esta desilusión en odio. Después de la guerra fue testigo de la apertura de una fosa común con los cuerpos mutilados de algunos de sus camaradas.

Irène Laure llegó a Caux esperando una trampa capitalista, y su recelo se convirtió en repulsión cuando descubrió que había alemanes presentes. Que algunas fueran viudas de hombres ejecutados por Hitler tras el complot de julio no supuso ninguna diferencia: cada vez que hablaba un alemán, ella abandonaba la sala. En una de esas ocasiones se encontró con Buchman en el pasillo: «¿Qué tipo de unidad quieres para Europa?» le preguntó Buchman. La pregunta la atormentó y, aunque ya había hecho las maletas para marcharse, decidió quedarse. Pasó noches en vela luchando contra su odio. Finalmente, decidió que debía renunciar a él. Pidió la palabra en una reunión.

La preparación de la reunión de la mañana siguiente difícilmente podría haber sido menos propicia. Iba a ser una sesión de habla alemana, y Buchman, desde su cama, alrededor de la cual estaban reunidos los posibles oradores, sugirió que hablara un ministro austriaco. Éste se negó. «Estuve cuatro años en un campo de concentración. No puedo hablar con alemanes», dijo. Un joven alemán dijo que si los alemanes eran culpables, los austriacos no lo eran menos. Se inició una acalorada discusión. «El joven tiene razón», interrumpió Buchman. La reunión preparatoria se interrumpió con cierta confusión, y los que esperaban dirigir la sesión pública se dirigieron inseguros hacia la sala de reuniones. Justo cuando estaban a punto de empezar, Buchman, ya vestido, subió a la tribuna de oradores y tomó la palabra.

Al cabo de un rato, *Madame* Laure, una mujer menuda y discretamente vestida cuyo dinamismo pasó desapercibido hasta que habló, se acercó al frente. Peter Petersen sabía de su historia y había estado esperando con algunos compatriotas dispuesto, si ella denunciaba a Alemania, a replicar con

historias de «atrocidades» francesas en la Selva Negra. En lugar de eso, Irène Laure dijo: «He odiado tanto a Alemania que quería verla borrada del mapa de Europa. Pero aquí he visto que mi odio estaba equivocado. Quiero pedir perdón a todos los alemanes presentes»¹⁸.

El efecto en los alemanes fue impactante. «Me quedé estupefacto», dijo Petersen más tarde. «Durante varias noches me fue imposible dormir. Todo mi pasado se rebeló contra el valor de la mujer. Pero mis amigos y yo sabíamos que ella nos había mostrado el único camino abierto a Alemania si queríamos participar en la reconstrucción de Europa»¹⁹.

El momento clave, me dijo *madame* Laure en 1982, fue la pregunta de Buchman en el pasillo. «Si en ese momento él se hubiera compadecido de mí o hubiera simpatizado conmigo, me habría ido. Me lanzó un desafío en el amor. Fue la cualidad que tenía que me cautivó, sobre todo la mirada tranquila en sus ojos. Uno sentía que su vida correspondía exactamente a sus creencias. Te transmitía la sensación de certeza de que, si aceptabas el cambio, podías participar en la transformación del mundo».

«No me interesaba el Grupo de Oxford tal y como me lo habían presentado anteriormente», explicó ella. «La ideología que vi en Caux implicaba dar mente, corazón y cuerpo. En cierto modo, como el marxismo, pero esto era superior porque el motor era el amor»*.

Era la misma filosofía de todo-inclusivo que atrajo a los alemanes, y mientras estaban en Caux destilaron su esencia en un folleto titulado *Es Muss Alles Anders Werden / Todo Debería Ser Diferente*, que decidieron difundir por toda Alemania. Pero, ¿de dónde sacarían el papel en la Europa de la posguerra? Un fabricante de papel sueco en Caux proporcionó suficiente para una edición de un millón y medio de copias, y el folleto se distribuyó en las cuatro zonas de Alemania, incluyendo 450.000 en la zona soviética. La policía soviética confiscó el

* A su regreso de Caux, Irène Laure visitó a Léon Blum, que había estado preso en Dachau durante la guerra. «Me dijo que había conocido a Frank Buchman en un barco a Estados Unidos», recuerda. «Le tenía un gran respeto». Blum prometió ayudar a *madame* Laure a liberarse de sus responsabilidades oficiales para que pudiera trabajar plenamente con el *Rearme Moral*.

stock de un librero de Eisenach, principalmente, al parecer, porque leyeron un significado ideológico en una imagen de lobos que venían, pensaron, del Este; pero más tarde le devolvieron las existencias. En Leipzig, también, fue retirado de los puestos de libros por un tiempo, pero luego regresó. La apreciación de *Lord Pakenham* fue: «Aplaudo el espíritu de cooperación cristiana que ha producido el folleto. Muestra el tipo de espíritu que Alemania, y de hecho todas las naciones, requieren... en estos tiempos difíciles»²⁰; mientras que el general Clay escribió: «Me complació mucho ver a los representantes alemanes... regresar a Alemania renovados y vigorizados en espíritu. Me impresionó igualmente un folleto que ahora están publicando en Alemania estos visitantes alemanes de Caux, que explica la democracia en términos sencillos y conmovedores»²¹.

Otros en el ministerio de Asuntos Exteriores y en la Comisión Británica de Control en Alemania adoptaron una postura opuesta. En diciembre de 1947, un miembro de la División Política en Alemania fue transferido a otro trabajo debido a su apoyo al Rearme Moral. Su superior le informó: «La actitud del gobierno de Su Majestad hacia el Rearme Moral en Alemania es estrictamente negativa... y no es realmente posible para usted mantener esa actitud distante (llámela cínica si quiere) que es tan importante para medir y tratar con zorros viejos como Adenauer». El destinatario protestó ante el general Robertson, quien le aseguró que «es un error decir que la política del gobierno de Su Majestad es negativa; no lo es». La misma división es evidente en los archivos del ministerio de Asuntos Exteriores. Los funcionarios con sede en Londres adoptaron con frecuencia una línea de duda, o incluso hostil, pero estas fueron contrarrestadas en memorandos por Lord Pakenham y otro subsecretario de Estado, Christopher Mayhew²².

Buchman zarpó hacia Nueva York el 10 de octubre de 1947, diez días después de que terminara la asamblea de Caux, dejando equipos fuertes para hacer un seguimiento en Alemania, en las cuencas mineras británicas y en el norte industrial francés, donde Irène Laure y los industriales que había conocido en Caux organizaron una asamblea industrial para mil personas en *Le Touquet*. Se le había aconsejado de

nuevo que buscara un clima más cálido para el invierno, pero de hecho no llegó a California hasta el 16 de enero.

Buchman quería volver a Estados Unidos para animar a sus compatriotas a tomar conciencia de que la ayuda práctica que proporcionaba el Plan Marshall sería inadecuada sin una infraestructura moral y espiritual. También quería ofrecer a los congresistas y senadores información de primera mano, poco común en aquella época, sobre la situación europea. En Mackinac, durante su ausencia, el equipo teatral que se había formado durante la guerra había estado trabajando. Habían escrito un espectáculo musical que, combinado con los pensamientos y talentos de los jóvenes europeos que Buchman trajo consigo, se conoció como *The Good Road / El Camino Beno*. Dramatizaba la herencia espiritual de Occidente, remontando sus raíces cristianas a personalidades de la historia europea y estadounidense, aplicando sus principios a las circunstancias del mundo de la posguerra. Este musical se presentó en Nueva York, Boston, Montreal, Ottawa y Washington, donde lo vio un tercio de todos los senadores y congresistas.

Mientras tanto, Buchman y sus colegas veían a muchos amigos y figuras públicas en los estados del este de Estados Unidos. Las noticias de lo que había estado sucediendo a través de su trabajo en Europa ya habían llegado a muchos de ellos. «El movimiento *Rearme Moral*, como resultado de la experiencia durante su conferencia de verano en Caux, ofrece al mundo y a los propios alemanes una nueva esperanza para la regeneración moral y espiritual del pueblo alemán», había escrito el corresponsal del *New York Times*²³.

Buchman pasó el final del invierno y la primavera en California. Allí decidió conmemorar su septuagésimo cumpleaños, el 4 de junio de 1948, que también era el décimo aniversario del lanzamiento del *Rearme Moral*, para lo cual organizó una asamblea a gran escala para articular la necesidad de una ideología para la democracia en Estados Unidos. También durante ese invierno se compró un antiguo club residencial en Los Ángeles como base de operaciones en la costa oeste. La asamblea propiamente dicha se celebró en Riverside, a unos ochenta kilómetros de la ciudad.

Ochenta y un senadores y congresistas firmaron la invitación a la asamblea, y un grupo de empresarios holandeses fletó un avión de KLM para transportar a los delegados europeos. De Italia, Francia y Austria y de varias provincias alemanas llegaron políticos del gobierno y de la oposición que habían estado en Caux. Entre otros, se encontraban el primer ministro de Dinamarca en 1947, otro británico, el presidente de un sindicato regional de mineros en Gran Bretaña y un chambelán papal. Del continente asiático llegaron distinguidos indios, un erudito budista y el ex embajador japonés en Estados Unidos, Kensuke Horinouchi, destituido antes de la guerra por estar en desacuerdo con el partido de la guerra en su país, pero ahora restablecido como presidente del Instituto de Formación Exterior, que estaba creando el nuevo servicio diplomático de Japón.

Los visitantes fueron recibidos con un mensaje de apoyo de Paul Hoffman, el administrador del Plan Marshall, que declaró: «Ustedes le están dando al mundo la contraparte ideológica del Plan Marshall»²⁴. Después de la asamblea, los delegados europeos almorzaron -en Washington- con el secretario de Estado, el Sr. Marshall, y Paul Hoffman. El Sr. Marshall dijo a los invitados que, si bien el trabajo de Hoffman se refería a cosas materiales y era una necesidad obvia, una regeneración espiritual en todo el mundo era absolutamente vital²⁵.

Buchman se quedó en California después de la asamblea y luego viajó de regreso a Europa. En París, el 6 de agosto, entre trenes, conoció por primera vez a Robert Schuman, quien había sido primer ministro hasta el mes anterior. En esta ocasión, Schuman dijo: «Desafortunadamente, no tuve suficiente tiempo con el Dr. Buchman, apenas veinte minutos, pero es una personalidad que me causó una profunda impresión».

Un industrial de Lille, Louis Boucquey, fue el primero en despertar el interés de Schuman por el Rearme Moral. Había conocido al entonces primer ministro durante un viaje en tren y le había dicho que la industria en el norte de Francia estaba funcionando mejor, con relaciones más estrechas entre los trabajadores y la dirección, una mejora que atribuyó al cambio en Caux en Irène Laure y Robert Tilge, el secretario de los empresarios regionales, y a la asamblea de Rearme Moral que

habían celebrado en *Le Touquet* el otoño anterior. Al final del viaje, Schuman dijo: «Quiero mantenerme en contacto. Me gustaría conocer a este Dr. Buchman».

Cuando conoció a Buchman, Schuman era ministro de Asuntos Exteriores y estaba inmerso en una situación europea extremadamente tensa. En protesta contra la reforma de la moneda alemana, Rusia había bloqueado Berlín. Los aliados occidentales respondieron con un puente aéreo de alimentos, combustible y todos los suministros necesarios, una demostración de su determinación conjunta de llevar a cabo la rehabilitación económica de Alemania, que duró casi diez meses. Durante los primeros días del bloqueo, Buchman escribió a Schuman: «El país está a salvo en sus manos. Deseo de verdad la oportunidad de que venga a vernos a Caux»²⁶.

En lugar de Schuman, el 11 de septiembre llegó a Caux un hombre aún relativamente desconocido fuera de Alemania, el Dr. Konrad Adenauer, que acababa de convertirse en presidente del Consejo Parlamentario de las tres zonas occidentales. Invitado por uno de sus colegas del partido demócrata cristiano que había estado en Caux en 1947, Adenauer llegó con la mayor parte de su familia y dos secretarios. Escuchó, se reunió con muchos delegados y vio la obra *The Forgotten Factor / El Factor Olvidado*. Después de la obra habló ante un público que incluía al presidente de Suiza, Enrico Celio:

«He estado aquí dos días. He asistido a reuniones. He hablado con la gente. He observado con mucha atención y he reflexionado sobre mis impresiones», dijo. «Reconozco que vine con cierto escepticismo, pero ahora admito con gusto que, después de dos días y tras considerar mis impresiones, estoy completamente convencido del gran valor de Caux. Considero que es un acto notable en una época en la que el mal gobierna tan abiertamente el mundo, que la gente tenga el valor de defender el bien, a Dios, y que cada uno comience por sí mismo. Creo, como todos los que han venido aquí desde Alemania, y es mi más sincero deseo, que las ideas de Caux darán frutos abundantes multiplicados por mil»²⁷.

Adenauer instó en privado a que las dos obras El Factor Olvidado y El Camino Bueno fueran a Alemania, al igual que el general de división Bishop, el comisionado británico para Renania del Norte-Westfalia, incluida la zona industrial del Ruhr, que estaba en Caux ese mes. Al mismo tiempo, llegaron invitaciones para El Camino Bueno de los gabinetes de Renania del Norte-Westfalia y Wurtemberg-Baden, encabezados por los ministros-presidentes Karl Arnold y Reinhold Maier, y del ministro-presidente Ehard de Baviera. Las administraciones británicas, estadounidenses y francesas ofrecieron las facilidades que estaban disponibles, con el resultado de que comenzó lo que se describió como «una invasión muy bienvenida», la mayor operación no militar en Alemania desde la guerra²⁸.

«REGRESO A ALEMANIA»

El 9 de octubre de 1948, a las 7:30 de la mañana, Buchman y un equipo de 260 personas partieron de Zúrich hacia Múnich en una caravana de coches y autobuses. Cuando entraron en Ulm unas horas más tarde, las campanas de la catedral les dieron la bienvenida para su primera recepción oficial. Llegaron a Múnich esa noche y dos días después ofrecieron la primera representación de *The Good Road* / El Camino Bueno en la dañada Ópera. Aquí, como en el resto de la gira, tuvieron que ofrecer varias representaciones al día para dar cabida a todos los que querían asistir. Para muchos alemanes fue, como dijo uno, «la reapertura de nuestras ventanas al mundo». Incluso cuando no se entendían las palabras de la obra, que se representaba en inglés y el suministro de auriculares para la traducción simultánea era limitado, el efecto simbólico fue significativo. Bergrat Knepper, un director de mina que no hablaba inglés, calificó la obra como «la gran experiencia de mi vida» porque «significaba que la comunidad internacional nos había aceptado de nuevo».

Buchman estaba feliz. En 1937 había dicho: «Este no es el momento en Alemania, pero ese momento llegará». Ahora, aunque entristecido por la devastación en todas partes, sentía que por primera vez entraba en Alemania con un equipo adecuadamente capacitado, con las herramientas apropiadas en las obras y con libertad para trabajar. Lo que más le alegraba eran los reencuentros con viejos amigos. De camino de Múnich a Stuttgart, todo el grupo se desvió a Freudenstadt, el lugar donde la idea del Rearme Moral le había sobrecogido en mayo de 1938. La pequeña ciudad había sufrido mucho por los

bombardeos, y el Hotel Waldlust, en el que se había alojado a menudo, acababa de dejar de utilizarse como hospital y tenía un aspecto lúgubre. Pero los propietarios, la familia Luz, habían regresado y la anciana madre, su hijo y sus hijas y Rosa, la cocinera, habían trabajado gran parte de la noche horneando con sus últimas provisiones. Hubo canciones, recuerdos y promesas para el futuro. Rosa se fue a dar un paseo con Buchman por el valle. «He hecho café para miles de personas en este hotel, para reyes, príncipes y mucha gente famosa. Ninguno de ellos me dio las gracias. Pero hoy», dijo, «puedo sentarme en el mejor asiento y conducir este coche con este caballero». Antes de irse, Buchman reabasteció la tienda de café y harina de los Luz, como hizo cuando visitó a la princesa Margarita de Hesse unos días después en las tres habitaciones mal calefaccionadas que las fuerzas de ocupación le habían permitido. Llevaba meses enviándole paquetes de comida y, como recuerda su colega John Cotton Wood, «sus visitas tenían un aire tierno, como si estuviera visitando a una tía anciana».

La cabalgata continuó y El Camino Bueno se representó ante salas abarrotadas en Stuttgart, Fráncfort, Düsseldorf y Essen. Veinte mil alemanes entraron para ver la obra, y muchos más hablaron con los viajeros fuera del teatro y en las calles. Se realizaron muchas reuniones, incluida una en la que «nos dirigimos a 1500 hombres que dirigían toda la industria del carbón aquí»¹. En cada lugar, las autoridades alemanas y aliadas trabajaron juntas para superar las tremendas dificultades de recibir a un grupo tan grande de personas, y el *London News Chronicle* citó a un funcionario del gobierno militar diciendo: «Ustedes (Rearme Moral) han hecho más en dos días para interpretar la democracia al pueblo alemán de lo que nosotros hemos sido capaces de hacer en tres años»².

Cuando, el 26 de octubre, llegó el momento de que El Camino Bueno se trasladara a La Haya, el ministro presidente de Renania del Norte-Westfalia, Karl Arnold, y sus ministros, Heinrich Liibke, August Halbfell y Walter Menzel, suplicaron a Buchman que continuara una acción importante en el Ruhr, donde se encontraba el ochenta por ciento de la industria pesada alemana. «En boca de todos», dijo Halbfell, el ministro de Trabajo, «está la cuestión de si las ideas de Washington o Moscú dominarán esta región». Un documento del *Kominform*.

El Protocolo M, publicado en enero, había declarado: «Los centros de lucha de masas en Alemania serán (i) el Ruhr y su capacidad industrial, y (ii) los medios de transporte en el oeste y el norte de Alemania». «El próximo invierno», añadía, «será el período decisivo en la historia de la clase trabajadora alemana»^{3*}.

Halbfell no quería que dominaran las ideas rusas o estadounidenses. Había empezado a vislumbrar una tercera vía: «El Rearme Moral», dijo, «es nuestra gran esperanza»⁴.

Buchman estaba preparado. A petición de Halbfell, El Factor Olvidado se había traducido al alemán en Caux. Un reparto había ensayado bajo la dirección de Phyllis Austin. Sus parientes franceses habían sido asesinados en las cámaras de gas nazis, y cuando le pidieron que dirigiera la obra «se sintió físicamente enferma». Pero decidió hacerlo, y más tarde escribió que al hacerlo «nació en mí un profundo amor por Alemania»⁵. Buchman estaba dispuesto a dejar esta producción y un equipo de cincuenta personas en el Ruhr mientras él seguía hacia La Haya.

Durante una cena ofrecida por el gobierno de Renania del Norte-Westfalia, Buchman fue abordado por el Dr. Heinrich Kost, jefe de la Junta Alemana del Carbón y presidente de la junta directiva de una empresa minera con sede en Moers: «Dr. Buchman, su idea es acertada. La necesitamos urgentemente. ¿Qué hacemos ahora? Cuando Hitler estaba cerca, nos dijo qué hacer. Si los rusos vienen, ellos nos dirán qué hacer. ¿Qué dice usted que debemos hacer?».

«No puedo decirte lo que tienes que hacer, ni sería correcto que lo hiciera» -respondió Buchman-, «pero puedo decirte cómo averiguarlo por ti mismo». Le dijo a Kost que Dios hablaría a cualquiera que se comprometiera a encontrar y seguir Su plan.

* James Byrnes, el secretario de Estado de EE. UU., describió cómo había tomado unas copas una noche con Molotov durante la conferencia de Potsdam. Después del tercer combinado, le preguntó a Molotov: «Me gustaría saber qué es lo que realmente te gustaría en Europa». La respuesta de Molotov fue que estaría dispuesto a renunciar a casi cualquier cosa para obtener representación rusa en el Consejo de Control del Ruhr. (Diarios de Forrestal, p. 347).

Al día siguiente, Buchman y Kost pasaron cuatro horas juntos. Hablaron más sobre la orientación de Dios y escucharon juntos. Kost tuvo un pensamiento: «Invitar a un reparto alemán de El Factor Olvidado a las minas de carbón de Moers». Preguntó cómo se financiaba el Rearme Moral, y se sorprendió al descubrir que no había subvenciones gubernamentales ni grandes patrocinadores industriales. Todo era cuestión de valor y sacrificio individual, explicó Buchman. A Kost le impresionó especialmente que un médico estadounidense de Virginia hubiera cobrado sus pólizas de seguro y enviado 40.000 dólares para la gira de El Camino Bueno en Alemania, y que militares aliados hubieran dado sus gratificaciones de desmovilización para ayudar a sus antiguos enemigos.

La primera función de El Factor Olvidado tuvo lugar el 23 de noviembre a la sombra de las ruinas de la fábrica de Krupps en Essen y fue presentada por el alcalde, Dr. Gustav Heinemann*, y el ministro-presidente Arnold. El gobierno de Arnold había aportado 60.000 marcos (unas 3.000 libras esterlinas) al proyecto, pero pronto se agotaron, y la obra sólo pudo llevarse a cabo de un lugar a otro, ya que cada ciudad proporcionó transporte, alojamiento y un comité de invitación formado por trabajadores y directivos. Muchas personas contribuyeron generosamente, y no sólo con dinero. La esposa de uno de los ministros del gabinete de Arnold cantó en el coro que acompañaba la obra. Una docena de jóvenes alemanes, algunos como Petersen nuevos en el Rearme Moral y otros hijos de personas que habían conocido a Buchman en los años treinta, participaron como actores, escenógrafos y visitando a los mineros en sus casas. Un hombre que había escapado por los pelos de la muerte en el Frente Oriental dijo que nada en el ejército o en los campos de prisioneros de guerra aliados había sido tan duro como sus primeros meses con El Factor Olvidado en aquel gélido invierno de 1948. Mientras tanto, el Dr. Kost cursó su invitación a Moers para finales de enero de 1949, junto con los representantes de su comité de empresa, la mayoría de los cuales eran comunistas.

En sus dos primeros años, 120.000 personas, en su mayoría de las industrias del carbón y el acero, vieron la obra en el Ruhr.

* Presidente de la República Federal Alemana de 1969 a 1974.

Buchman sólo estuvo en Alemania ocasionalmente durante esos años, pero estaba en contacto permanente, a menudo diario, con lo que ocurría. Mientras que antes de la guerra había estado presente en todas las campañas, ahora tenía que concentrarse en pensar estratégicamente sobre el trabajo que se realizaba en muchos países simultáneamente. Intentó enviar a cada zona a las personas mejor preparadas por su formación y experiencia. Al Ruhr, por ejemplo, fue un relevo de mineros británicos y de capitalistas cuyos motivos y prácticas habían cambiado. Irène Laure y su marido Victor, un marino mercante que había sido marxista durante cuarenta y siete años, se dirigieron a doscientas reuniones en Alemania en once semanas, incluidos diez de los once parlamentos estatales. Con ellos iban dos franceses, uno de los cuales había perdido quince familiares y el otro veintidós en campos de concentración nazis.

Gran parte de su trabajo fue realizado por dos jóvenes noruegos, uno de los mineros de carbón británicos de la guerra y un graduado de Oxford de clase alta. A veces vivían con los mineros en sus casas. En total, Buchman mantuvo durante varios años en el Ruhr a un equipo de más de cien personas, en su mayoría menores de treinta años, que trabajaban sin remuneración, generalmente dieciséis horas al día y vivían de la comida y en condiciones muy inferiores a las que podían obtener en sus propios países. Los contactos de Buchman con obreros e industriales alemanes se produjeron principalmente durante las largas asambleas de verano en Caux.

La batalla por el Ruhr fue, desde el principio, candente. No sólo los comunistas, sino también muchos socialistas desconfiaban. Una periodista danesa que viajaba con Buchman le escribió: «Saludos muy cordiales de sus amigos los ministros-presidentes Arnold y Maier, que resolvieron rápidamente una crisis ministerial entre ellos, como dijo Maier, “en el espíritu de Caux”. Nos contó que la Ejecutiva del SPD (Partido Socialista) había aprobado una resolución advirtiéndole a sus miembros contra el Rearme Moral: El miembro de la Junta que la propuso nos dijo que muchos miembros habían protestado contra la resolución», continuó, «pero él mismo es actualmente un enemigo.... Fue un emigrante político desde 1933, primero en Praga y, durante la guerra, en Londres. Dijo que su fuerte

antipatía contra el RM le venía de “los círculos políticos de Londres que odiaban al Grupo de Oxford durante la guerra”»⁶.

Cada vez más socialistas buscan la opinión del Dr. Hans Bockler, presidente de la nueva Federación Sindical Alemana unificada. Los informes de los que regresaron de Caux en 1947 le habían convencido lo suficiente como para unirse al ministro-presidente Arnold y a otros en el envío de *Es Muss Alles Anders Werden* a más de mil dirigentes de Renania del Norte-Westfalia, con la petición de que pensarán «cómo y dónde se puede utilizar esta arma en los círculos sindicales, con la dirección y en los distritos urbanos y rurales». Pero cuando la polémica se avivó con la gira de El Factor Olvidado, decidió que debía investigar el asunto más a fondo.

En la primavera de 1949, Kost convocó una reunión de 190 importantes industriales para escuchar a un grupo de oradores del Rearme Moral en el hotel Kaiserhof de Essen. Bockler y un conferenciante marxista de Düsseldorf llamado Heinz Grohs decidieron asistir. Cuando llegaron y vieron a tantos capitalistas juntos, Grohs decidió que no podía soportar el espectáculo y se fue a tomar una copa. Pero volvió, y Bockler les dijo a los ponentes después de la reunión: «Lo que nos impresiona es que ustedes dicen las mismas cosas y plantean los mismos retos a la dirección que ustedes a nosotros». También les impresionaron las palabras iniciales de Kost a sus colegas industriales. «No se trata de si cambiamos o no, sino de cómo cambiamos. No debemos esperar a que cambien los laboristas. El cambio se nos exige a nosotros»⁷.

Bockler pidió otra charla en su casa, de la que un trabajador de los astilleros de Clydeside, que ahora trabajaba a tiempo completo con el Rearme Moral, escribió a Buchman:

«Recién salido de la reunión de Kost y de la forma en que la nueva dirección abordó con nosotros a los barones del Ruhr, Bockler habló con el corazón. Habló de los sacrificios de la gente que dejaba sus trabajos y sus hogares. “Algunos sostienen la doctrina de que hay que cambiar el sistema para cambiar la sociedad. Eso es cierto, por supuesto, pero es sólo una verdad a medias. La gente debe cambiar drásticamente, como esos hombres que nos hablaron en la reunión de Kost. Hay que

hacer ambas cosas, y tú luchas por ambas, estoy convencido de ello”. Y añadió: “Quiero hacer una declaración que pueda servir”»⁸.

En Caux, unos meses más tarde, Böckler conoció a Buchman y se hicieron amigos. Fue entonces cuando elaboró su declaración, cuidadosamente sopesada:

«Si los hombres han de liberarse de lo viejo y lo anticuado, esto sólo podrá ocurrir cuando se fijen nuevos objetivos y sitúen a la humanidad y los valores morales en primer plano. Creo que el Rearme Moral puede suponer una mejora definitiva para la humanidad en muchos ámbitos de la vida. Cuando los hombres cambian, cambia la estructura de la sociedad, y cuando cambia la estructura de la sociedad, cambian los hombres. Ambas cosas van juntas y ambas son necesarias. El objetivo que persigue el Rearme Moral es el mismo por el que yo lucho como sindicalista»^{9*}.

Cuando años más tarde Böckler se vio obligado a retirarse por un derrame cerebral, Buchman le visitó en su casa de las afueras de Colonia y le encontró deprimido y preocupado por su discapacidad. Buchman le habló de sus propios meses de inactividad y de cómo había aprendido a no preocuparse y a ir a un ritmo más lento. Böckler negó con la cabeza: «Pero usted tiene a todos sus amigos a su alrededor que siguen con su trabajo, así que puede tomarse su tiempo para venir a verme. Nuestra gente no es tan amistosa».

El intenso trabajo del equipo de Rearme Moral en el Ruhr parece haber contribuido a un duro revés para los planes comunistas allí. Ya en enero de 1948, en virtud del Protocolo M, los comunistas habían decidido que su esperada toma del Ruhr no se lograría en el Parlamento, sino en las fábricas y en las minas. La exclusión de los rusos de la Autoridad Internacional para la zona, creada en diciembre siguiente, les había confirmado en esta estrategia. Se concentraron en la elección de los comités de empresa de cada mina y, antes de

* Otros líderes sindicales alemanes que viajaron a Caux en esa época fueron Lorenz Hagen y Gustav Schiefer, presidente y vicepresidente de los sindicatos bávaros; Otto Franke, secretario de los sindicatos de la zona francesa; Ernst Scharnowski, presidente de la Organización de Sindicatos Libres del Gran Berlín; Erich Galle, presidente de los trabajadores del metal; y Hans Frenz, presidente de los trabajadores de correos.

la llegada de El Factor Olvidado, se decía que ocupaban el 72% de los puestos en los comités de empresa de las industrias del carbón y del acero. Las autoridades británicas reconocieron la situación. «El aspecto más grave -más que la posibilidad de sabotaje- es la penetración comunista en los comités de empresa y los sindicatos», concluye un acta basada en un informe secreto del ministerio de Asuntos Exteriores de la época¹⁰. Sin embargo, en 1950, el porcentaje de representación comunista había descendido del 72% al 25% y, según Hubert Stein, miembro ejecutivo del sindicato alemán de mineros, este descenso se debía «en gran medida al Rearme Moral»¹¹. El ministro de Economía de Renania del Norte-Westfalia, Artur Striiter, declaró en una reunión pública en el edificio del Parlamento: «Estamos luchando con grandes dificultades en la producción de carbón. No es exagerado decir que gracias a esta ideología de Caux se ha roto un gran cuello de botella»¹².

Es imposible determinar con exactitud en qué medida la mejora de las relaciones laborales y el declive de la influencia comunista en el Ruhr deben atribuirse al Rearme Moral. Otras influencias obvias fueron la mejora de la situación material de los trabajadores tras el Plan Marshall y la reforma monetaria, la introducción de nuevas tecnologías, las noticias sobre las condiciones en el Este traídas por los prisioneros de guerra y los millones de refugiados, y el progreso de otros partidos políticos a medida que reconstruían su maquinaria. Pero es difícil ignorar el factor que tanto Stein como Strater destacan.

A muchos de los trabajadores no les interesaba tanto El Factor Olvidado como las reuniones que se celebraban, en aquellos primeros años, en los salones de los mineros, en las reuniones sindicales y en las cervecerías, donde se desarrollaban largas, y a veces encarnizadas, discusiones entre los trabajadores y los visitantes del RM. Estos visitantes no presentaban ningún punto de vista político o económico en particular. Daban testimonio de una experiencia que, creían, podía liberar a los individuos de sus dificultades personales y unir a hogares, sindicatos e industrias para reconstruir el país. En Moers se dio una ocasión típica.

Una fría noche de febrero de 1949, Max Bladeck, presidente del comité de empresa que representa a 2.500 mineros de la mina

nº 2 de la *Rheinpreussen Coal Company*, convocó una reunión en la taberna Heier, en las afueras de Moers. Miembro del Partido Comunista desde hacía veinticuatro años, era un hombre pequeño, muy luchador, de mirada penetrante, frente intelectual y pecho atormentado por la silicosis. Había traído consigo a algunos de los más agudos polemistas del Partido. «Su objetivo», escribe Leif Hovelsen¹³, que formaba parte de un pequeño equipo de Rearme Moral en la reunión, «era hundirnos con todas las manos, y seis de ellos abrieron fuego, uno tras otro. Su tema básico era: “Los países de Europa Occidental se están preparando para una nueva guerra. Todo capitalista es fascista en el fondo. Hay que cambiar el sistema. Durante 2.000 años el cristianismo ha intentado construir un mundo nuevo y ha fracasado. No hay ideología por encima de la clase”. El ‘bombardeo’ duró una hora».

«Entonces», continúa Hovelsen, «llegó nuestro turno. Un trabajador naval de Clydeside, un hombre pequeño, de complexión sólida y enérgico, se levantó: “La clase obrera nunca ha sido tan poderosa como hoy, pero nunca ha estado tan dividida”, dijo. “Hemos aprendido a dividir el átomo, pero no hemos aprendido a unir a los hombres. Hay que cambiar a la gente en todo el mundo. Sólo así llegará una sociedad sin clases. Pero no tenemos que esperarla hasta estar en la tumba”».

«Un trabajador del este de Londres siguió. “Si los británicos hubiéramos estado a la altura de lo que dijimos después de la Primera Guerra Mundial, ustedes se habrían ahorrado el sufrimiento que han padecido”, dijo. “Que Dios ayude al partido o a la nación que no cambie estas condiciones. Pero necesitamos una dimensión completa de cambio: nuevas relaciones sociales, nuevas relaciones económicas, nuevas relaciones internacionales, todo ello basado en el cambio personal. Ser menos reaccionario”».

«El siguiente orador», prosigue Hovelsen, «fue un empresario canadiense (Bernard Hallward): “Lo que ha creado injusticias en el mundo occidental es el egoísmo y el compromiso moral de hombres como yo”, dijo. “Veo cómo el materialismo duro de la derecha se refleja en la amargura de la izquierda”. Mientras el alto y delgado empresario, con muchos toques de humor,

contaba la historia de su propio cambio, de sus dos fábricas, de sus trabajadores y sus esperanzas, de su mujer y sus dos hijos, llevaba a todos consigo. La reunión duró cuatro horas; cuando se disolvió todos quedaron en volver a reunirse. Los alemanes vinieron a ver El Factor Olvidado y nos dimos cuenta de que sus ideas les cautivaron».

Al terminar la reunión de la taberna Heier, Bladeck dijo: «El capitalismo es la tesis. El comunismo es la antítesis; lo que ustedes han traído puede ser la síntesis». Después de ver El Factor Olvidado, empezó a darse cuenta de las implicaciones para sí mismo. El proceso se precipitó cuando su hija le señaló que, aunque hablaba mucho de libertad y democracia desde los estrados, en casa era un dictador. Poco tiempo después, le pidió a un joven noruego del RM que se quedara en su casa. En el verano de 1949 fue a Caux, acompañado por su amigo Paul Kurowski, quien, con veinticinco años de experiencia en el Partido Comunista, dirigía la formación de funcionarios del Partido en el distrito. En Caux mantuvieron muchas conversaciones con Buchman.

«El ambiente que rodeaba a este hombre era algo completamente nuevo para mí», recordaba Kurowski más tarde. «Fue como una revelación. Había paz, amor, cariño y una gran humildad. No había conocido a un hombre así antes. Hablamos de las grandes fuerzas que se movían en el mundo y él escuchó con mucha paciencia mis ideas. Nunca trató de convertirme. Nunca trató de responder a mis puntos de vista antirreligiosos. Simplemente tenía fe en lo mejor de mí»¹⁵. Lo que más impresionó a Bladeck fue la libertad de Buchman respecto a sí mismo. «Sentí que aquí había un hombre que realmente sometía su voluntad a una Autoridad superior... Si Lenin estuviera vivo, habría encontrado la respuesta a una pregunta que una vez le hizo a un obispo: “¡Tráeme un hombre en toda la cristiandad que viva hoy como vivió Pablo, y tendré fe!”»¹⁶.

Los rumores sobre el cambio en Bladeck y Kurowski llegaron a la jerarquía del Partido en el Ruhr, que envió a Willy Benedens, secretario del Partido en Moers, a Caux para traerlos de vuelta. Él también quedó convencido por lo que vio. Los tres se hicieron eco del veredicto de Kurowski: «Durante veintiséis

años he cantado la Internacional con todo mi corazón, pero esta es la primera vez que la he visto vivida»¹⁷.

Cuando Bladeck, Kurowski y Benedens regresaron juntos al Ruhr, fueron llamados a la sede del Partido Comunista de Renania del Norte-Westfalia. Allí recomendaron que el Partido se familiarizara con la «idea revolucionaria mundial del Rearme Moral». Respaldaron su argumento con citas de Marx y Engels y dejaron claro que habían decidido vivir una nueva vida «por razones lógicas y realistas». No querían dejar el Partido; querían que el Partido diera el siguiente paso en su desarrollo, enfrentándose a los estándares morales absolutos de honestidad, pureza, generosidad y amor. Su enfoque fue rechazado y fueron expulsados del Partido en una reunión a la que asistió el presidente del ejecutivo de Renania del Norte-Westfalia, Hugo Paul.

El 6 de octubre de 1949, *Freies Volk*, el periódico comunista de Düsseldorf, publicó un artículo de Paul titulado «Desarme inmoral» que afirmaba: «Las peligrosas actividades de los apóstoles del RM han sido subestimadas hasta ahora por los ejecutivos del distrito, sí, incluso por nuestro ejecutivo provincial del Partido... El trabajo del RM ha creado incertidumbre ideológica y confusión en algunas unidades del Partido, por ejemplo en el distrito de Meerbeck-Moers, en los grupos de minas de Rheinpreussen y en la planta de Ford en Colonia». El artículo describía el caso contra Bladeck y sus amigos, y se quejaba de que cuando los funcionarios razonaban con ellos, solo seguían intentando transmitir esta «nueva ideología». Finalmente, Paul declaró: «Se resuelve que todos los camaradas que busquen contacto con estos hombres serán expulsados del Partido y desenmascarados como traidores a los intereses de los trabajadores».

El artículo de Hugo Paul formaba parte de un intento desesperado por mantener la influencia comunista en las próximas elecciones del comité de empresa. El 31 de octubre, Bladeck escribió a Buchman describiendo la campaña e informando de los resultados de las elecciones en las minas de Rheinpreussen.

«Mi más profundo agradecimiento por todo», escribió.
«Nuestras bodas de plata salieron bien y tuvimos la

agradable sorpresa de un regalo de Caux. Luego vino la batalla con el Partido Comunista y en el momento de las elecciones sindicales en la mina se distribuyó el panfleto contra nosotros y contra el *Generaldirektor* Kost. Nos difamó a nosotros y al RM de la manera más sucia. Así que colgué un comunicado en la boca de la mina en el que explicaba por qué fui a Caux y lo que Caux pretendía. Lo importante es que, a pesar de la amarga campaña en mi contra, obtuve el mayor número de votos en las elecciones.

En las otras minas donde Benedens, Burckhardt y Kurowski son dirigentes sindicales, ellos también aumentaron sus mayorías y todos han sido reelegidos dirigentes del sindicato a pesar de toda la propaganda en su contra. La ideología del RM ha triunfado en las minas de Rheinpreussen... Me han encomendado que te transmita un cordial saludo de parte del *Generaldirektor* Kost, querido amigo fraternal. Me dijo que, en su opinión, esta ideología es la forma más eficaz de romper todas las barreras que generan infelicidad nacional e internacional en la actualidad»¹⁸.

En otras partes de la cuenca del Ruhr se estaban produciendo acontecimientos similares en torno a los hombres. En Alten-Essen, por ejemplo, el presidente comunista de las minas de carbón de Hoesch comenzó a trabajar con *Rearme Moral* después de ver *El Factor Olvidado* en 1948, lo que le llevó a entrar en conflicto con el presidente del Partido de la ciudad, Johann Holzhauser. En 1948, sin embargo, el propio Holzhauser fue a Caux y experimentó el mismo cambio que Bladeck y Kurowski. A través de él, el cambio se extendió a un miembro del ejecutivo provincial del partido, Hermann Stoffmehl, que era secretario municipal de Alten-Essen. Stoffmehl anunció que ahora creía que el *Rearme Moral* era la ideología unificadora que necesitaba el mundo. Si el partido no lo aceptaba, no solo dejaría el partido, sino que se llevaría consigo a un tercio de los miembros locales.

Cuando, dos semanas después, el tema del *Rearme Moral* se planteó en una reunión presidida por el vicepresidente del Partido Comunista de Alemania Occidental, Heinz Renner, Paul

y Stoffmehl se enfrentaron. Cada uno propuso una moción diametralmente opuesta a la del otro. Cuando Renner sometió ambas a votación, Stoffmehl obtuvo 400 votos y Paul 407. Finalmente, el 8 de enero de 1950, en una conferencia especial en Dusseldorf, el ejecutivo de Alemania Occidental del Partido decidió reorganizar todo el ejecutivo y la secretaría en el Ruhr porque estaba «contaminado con una ideología hostil al Partido». El *Manchester Guardian*, bajo el titular «Una nueva herejía comunista: Rearme Moral», describió la purga que se había llevado a cabo en el Partido de Renania del Norte-Westfalia y citó al nuevo presidente del Partido provincial, José Ledwohn, diciendo que «uno de los síntomas más peligrosos eran las conexiones entre los miembros del Partido y el Rearme Moral»¹⁹. Pero la reorganización del ejecutivo del Partido no detuvo la propagación del espíritu del Rearme Moral por el Ruhr.

Durante el Pentecostés de 1950, los mineros y la dirección de la industria del carbón decidieron organizar una manifestación del RM en la *Casa Hans Sachs* de Gelsenkirchen para que coincidiera con el Festival Mundial de la Juventud en Berlín Oriental. Karl Arnold escribió a Buchman pidiéndole que estuviera allí y Adenauer, ahora Canciller de la República Federal, también le escribió. Su mensaje manuscrito comenzaba: «Empiece por usted mismo, esa es la esencia de su mensaje», y luego se refería al «gran éxito que el equipo de Rearme Moral había logrado en el Ruhr». Añadió: «El Rearme Moral se ha convertido en una palabra familiar en Alemania. Creo que, en vista de la ofensiva de las ideas totalitarias en el este de Alemania, la República Federal y, dentro de ella, el Ruhr es la plataforma adecuada para una demostración de la idea del Rearme Moral»²⁰. Buchman aceptó estas invitaciones y se fue a vivir con Hans Diitting, el director de la Compañía Minera de Carbón de Gelsenkirchen.

Su discurso en Gelsenkirchen fue retransmitido por toda Alemania, llegando más allá de las fronteras hacia el Este. «Los marxistas están encontrando un nuevo pensamiento en un día de crisis», declaró. «La lucha de clases está siendo superada. La dirección y los trabajadores están empezando a vivir la alternativa positiva a la guerra de clases... ¿Es el cambio para todos la base de la unidad para todos? ¿Pueden los marxistas

allanar el camino para una ideología superior? ¿Por qué no? Siempre han estado abiertos a cosas nuevas. Han sido precursores. Ellos irán a la cárcel por sus creencias. Ellos morirán por sus creencias. ¿Por qué no deberían ser ellos los que vivan por este pensamiento superior?²¹

Fueron palabras notables de un estadounidense de 72 años y fueron autenticadas para la audiencia de tres mil personas por la presencia en la plataforma de Bladeck, Kurowski, Benedens, Stoffmehl y una docena de sus amigos*. Pocos se dieron cuenta de que la visión de los marxistas como pioneros de un nuevo pensamiento había llegado a Buchman por primera vez entre los naranjos de California antes de que regresara a Europa después de la guerra. Su relevancia inmediata fue tomada por el diario *Essener Allgemeine Zeitung*, que encabezó sus historias de las manifestaciones del día: «Berlín, un fiasco» y «El Rearme Moral, el remedio final»²².

Sin embargo, la batalla no se ganó con titulares. Cada semana, cada día, se requería mucho trabajo personal y una amistad sostenida. En el invierno de 1951, por ejemplo, cuando Buchman estaba de nuevo en California, los excolegas de Bladeck fueron tras él. Sabían que tenía debilidad por el alcohol y una noche consiguieron que bebiera. Luego lo sentaron junto a una mujer en particular en un autobús de camino a casa y él la abrazó públicamente. Enseguida, en todo el Ruhr, el partido dijo: «Vean qué hipócritas son estos hombres de Caux». Amenazaron con hacer público el incidente si Bladeck no abandonaba el Rearme Moral. Estaba tan amargado y avergonzado que escribió a Buchman pidiéndole que ninguno de sus amigos volviera a visitarlo. «Te he traicionado», dijo.

Buchman respondió:

Es propio del hombre caer en el pecado;
es propio del demonio morar en él;
es propio de Cristo levantarse del pecado.

«"La sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado". El mayor pecador puede convertirse en el mayor santo. Tengo fe en el nuevo Max. Atentamente, Frank».

* También en la plataforma estaban el vicescanciller de Alemania, Franz Blücher, y los hijos del canciller Adenauer y del ministro-presidente Arnold.

«Esperaba cualquier cosa, pero no eso», dijo Max a sus amigos más tarde. «Me sentí avergonzado, pero me dio fuerza interior. Sentí la fe de Frank en mi cambio, y también el desafío para mí. También sentí en la frase que me envió, “La sangre de Jesucristo, el Hijo de Dios, nos limpia de todo pecado”, el mensaje más profundo del cristianismo, y llegó en el momento adecuado»²³.

Hasta ese momento, Bladeck había experimentado un cambio moral. Su forma de pensar había cambiado y en ocasiones había sentido la dirección de una autoridad superior en su vida. Pero se había resistido a entregar su voluntad a Dios. Había pensado que podía cambiar su propia vida por sí mismo; comenzó a descubrir que necesitaba a Cristo.

Cuando llegaron las siguientes elecciones a los comités de empresa, Heinz Renner, ahora presidente del Partido de Alemania Occidental, le dijo a un antiguo camarada -que había abandonado el partido para trabajar con el RM-: «Estamos decididos a destruir el poder del Rearme Moral en los comités de empresa y reducirlo a una secta y nada más»²⁴. De hecho, Bladeck y sus amigos en las minas de todo el Ruhr volvieron con mayorías crecientes. En 1951, Walther Ulbricht, el jefe del Partido de Alemania Oriental, reprendió al Partido de Alemania Occidental en la Conferencia del Partido en Weimar por las pérdidas en las elecciones, especialmente en el área de Gelsenkirchen. Sin embargo, en 1953, el patrón se repitió de manera aún más dramática en Nordstern, la mina cuyos mineros solían decir: «Cuando Stalin está resfriado, todos estornudamos». De los ocho hombres nombrados en los panfletos comunistas como miembros del RM, siete fueron elegidos, y la representación comunista cayó de once de trece en 1951 a tres de veinte en 1953. Ese año, el comité de empresa envió un telegrama de cumpleaños no a Stalin, sino a Buchman.

En los años siguientes, cientos de comunistas abandonaron el partido. Decenas de marxistas descubrieron, según sus propias palabras, «una ideología superior», y muchos que habían estado sin fe encontraron una. Estos mineros, «hombres llenos de canciones, sueños y poesía, y con un profundo anhelo de un

mundo en el que la hermandad y la paz se hicieran realidad en la vida cotidiana», como los describe Hovelsen, salieron de las galerías de las minas para llevar sus nuevos descubrimientos a sus compañeros de trabajo en las fábricas de Italia, las minas del norte de Suecia, las fábricas del ‘cinturón rojo’ en París, los muelles de Londres y Rotterdam, a Chipre, India, África, Japón, Australia y Estados Unidos; y desafiar a los responsables políticos de Washington y a los banqueros de *Wall Street* a abrir sus mentes y sus corazones a las necesidades del mundo entero. Esta era la nueva Alemania de los sueños de Buchman.

La batalla por el Ruhr continuó año tras año, pero cada vez estaba más claro que el Partido Comunista había perdido. En julio de 1959, el director general de la mina Nordstern, Fritz-Giinter von Velsen, pudo decir: «Tras la formación y el cambio de opinión que muchos de nosotros encontramos en el Rearme Moral, la influencia comunista ha disminuido y el poder del partido a gran escala se ha roto. En mi propia mina, donde los hombres elegían anteriormente a representantes comunistas en un 90 por ciento, el ambiente ha cambiado tanto que la gente viene de muchos países para ver lo que ha sucedido»²⁵.

Una vez más, hay que destacar que en 1959 ya habían entrado en funcionamiento muchos factores además del Rearme Moral, pero la visión de Buchman y el trabajo de sus equipos fueron lo suficientemente importantes como para que Adenauer repitiera entonces, como tantas veces antes, que para él el «gran éxito» de ese trabajo en el Ruhr fue «la prueba de la eficacia del RM»²⁶.

Los cambios en muchos de los cientos de industriales que acudieron a Caux entre 1947 y 1952 desempeñaron un papel importante, ya que revelaron una alternativa a la lucha de clases y a la visión marxista de que ningún capitalista podía elevarse por encima de su propio interés material. Von Velsen fue un buen ejemplo. Prusiano, con cicatrices de duelos en la cara de sus encuentros estudiantiles, era un maestro duro. Después de una charla con Buchman en Caux, decidió echar un vistazo objetivo a su vida. Recordó a un joven ejecutivo que no le gustaba y cuya destitución había tramado yendo a espaldas de la oficina central. Se disculpó con este hombre, lo trajo de vuelta y se convirtieron en colegas de confianza. Von Velsen le

dijo a su secretaria: «Si me ves o me oyes haciendo algo que ofenda los estándares absolutos de honestidad, pureza, altruismo y amor, por favor, dímelo». El cambio en él fue un factor importante en la creación de la nueva atmósfera en Nordstern.

De manera similar, la alteración en el propio Kost había afectado a muchos, entre ellos a sus empleados en Moers. Cuando presentó allí la primera proyección de El Factor Olvidado, Bladeck y los demás se sorprendieron al oírle decir: «Necesitamos poner a las personas en primer lugar en nuestro negocio y luego construir el negocio en torno a ellas. De esta manera podemos unirnos como seres humanos para que algo suceda no solo en el negocio, sino en la comunidad y en la nación... Si, además, dejamos que el factor olvidado de Dios brille en nuestra planta y gobierne allí, entonces veremos que no es la pluma del contable, ni la máquina de sumar, ni la razón por sí sola, la que gobierna la empresa, sino que los corazones de los hombres deben latir el uno por el otro»²⁷.

Hans Dütting, director de la empresa minera de carbón de Gelsenkirchen, con quien Buchman se alojó para las reuniones de la Hans Sachs House, empleaba a 27 000 hombres. Había ido a Caux en 1949 con la idea de tomarse unas vacaciones y hacer algo de montañismo, pero cuando regresó cambió por completo sus métodos de negocio: «Empezamos a llevar a cabo nuestras operaciones de tal manera que ya no teníamos nada que ocultar. Comenzamos espontáneamente a dar más información a los representantes de nuestros trabajadores. El resultado fue un extraordinario crecimiento de la confianza entre la fuerza de trabajo y la dirección. Todos los meses tengo una reunión especial con todos los presidentes de los comités de empresa, unos veinticinco en total. Prevalece la honestidad absoluta. Cada parte sabe que nadie en esa reunión está diciendo una mentira»²⁸. «Quizás yo mismo di el impulso más fuerte hacia un cambio en nuestras actitudes mutuas cuando hablé abiertamente sobre una decisión equivocada que había tomado, que luego rectifiqué con la ayuda de los consejeros de empresa», añadió Dütting²⁹.

Paul Dikus, presidente del comité de empresa de los 27 000 trabajadores de Dütting, confirmó el cambio ya en 1950: «Hace

un año, creo que ambos nos habríamos dicho locos si yo hubiera dicho que el director de la mina Dütting y yo hablaríamos juntos en la misma plataforma». Luego se refirió a una reunión en la que Dütting les contó a los consejeros de la empresa las cifras completas de la situación financiera de la empresa y se los contó con total confianza. «Esa fue la reunión de mi vida», dijo Dikus. «Dütting nos dijo cosas que siempre hemos querido saber. Puso todas sus cartas sobre la mesa. Fue algo completamente nuevo. Y mira todas las otras cosas que han sucedido: todas las casas que se están construyendo, todas las nuevas comodidades sociales para los trabajadores. Te digo que es la aplicación práctica del Rearme Moral»³⁰.

El primer empresario de la cuenca del Ruhr que propuso formalmente que el presidente del comité de empresa de su compañía «formara parte del consejo como miembro con plenos e iguales derechos» fue Ernst Kuss, director de la *Duisburger Kupferhütte*. Según Müller-List, tomó esta medida «bajo la influencia de Buchman» tras su visita a Caux en 1949. Su ejemplo inspiró al Dr. Peter Wilhelm Haurand, que había asistido a Caux en 1948, a formular una resolución crucial a favor de la codeterminación que presentó ante el Congreso Anual de la Iglesia Católica en Alemania en Bochum en septiembre de 1949*. Esta resolución fue aceptada por el Congreso después de algunas «aclaraciones» del cardenal Frings, lo que fortaleció la posición de Adenauer, ya que los católicos eran muy influyentes en su partido.

En ese momento, Adenauer y su antiguo colega en consejo municipal de Colonia, Hans Böckler, debatían sobre si los sindicatos estarían dispuestos a renunciar a la propiedad pública en favor de la *Mitbestimmung* (cooperación) o la codeterminación entre el trabajo y el capital en la industria. Böckler y sus colegas estuvieron de acuerdo. Hubo mucha controversia sobre la legislación resultante que, entre otras cosas, daría a los trabajadores igual representación en los consejos de supervisión de todas las grandes empresas³¹. Esto resultó ser una de las pruebas más serias no solo para la coalición gubernamental, sino para la recién nacida República en su conjunto³². En el lado de la dirección había muchos

* Confirmado por Herbert J. Spire en su tratado autorizado *The Politics of German Co-determination / La Política de la Co-determinación Alemana* (Harvard University Press, 1958, p. 59)

‘barones del Ruhr’, empleadores dictatoriales que habían conservado sus puestos a lo largo de todos los cambios de régimen. En el otro lado estaban los representantes de los trabajadores que habían sufrido mucho bajo los nazis o que se habían pasado al comunismo. Ambos grupos se oponían a la *Mitbestimmung*.

Hombres como Dütting y Dikus, en su nueva relación, vieron la codeterminación como un desarrollo natural. «Descubrimos que, sobre la base de la misma ideología, nos entendemos cada vez mejor», dijo Dütting. «Como resultado, no nos preocupa la aplicación de la... ley... Un empleador que realmente aplica las cuatro demandas básicas absolutas les da a sus trabajadores más de lo que cualquier ley podría exigir»³³. «No tenemos que tener miedo de la lucha por la ley de coparticipación», añadió Dikus³⁴.

Y así resultó. «Cuando recientemente hubo que elegir un nuevo director laborista para la Compañía Minera de Carbón de Gelsenkirchen en virtud de la nueva ley de codeterminación»*, le informó Sydney Cook, uno de los experimentados colegas de Buchman en Alemania, «los representantes de los hombres, por iniciativa propia, acudieron a Dütting y le pidieron que eligiera al candidato conjuntamente con ellos. Cuando esto se hizo, presentaron su propuesta conjunta a August Schmidt, el presidente nacional de los mineros, quien la aceptó de inmediato. Cuando el nuevo director de Trabajo, un trabajador, se enteró de la noticia, le dijo a Dütting: “Lo primero que quiero hacer es ir a Caux. Y en segundo lugar, quiero que me ayudes a elegir a los subordinados adecuados”»³⁵. Max Bladeck, entonces vicepresidente de los comités de empresa de las minas de Rheinpreussen, también afirmó que mucho antes de que se introdujera la nueva ley “ya la habíamos introducido parcialmente en Rheinpreussen”³⁶.

Por lo tanto, tanto en la flexibilización de las relaciones entre la dirección y los trabajadores como en la preparación de las personas para asumir el liderazgo hacia la codeterminación, se puede decir que Buchman ha desempeñado un papel en la

* La Ley de codeterminación para las industrias minera, siderúrgica y del acero se aprobó el 21 de mayo de 1951 y el 11 de octubre de 1952 se promulgaron disposiciones similares para la mayoría de las demás industrias, excepto las empresas familiares con menos de 500 trabajadores.

creación de las condiciones previas para el ‘milagro económico’ de Alemania.

En otro ámbito, Buchman también participó en la reanudación de la representación de obra la Pasión de Oberammergau tras la guerra. A principios de 1949, recibió una carta del presidente del Parlamento de Baviera, el Dr. Michael Horlacher, que había estado en Caux, pidiéndole que presidiera un Comité Internacional de Amigos de la Pasión de Oberammergau para su nuevo comienzo en 1950. Había asistido a la primera representación de la obra después de la Primera Guerra Mundial, llevando consigo a varios estudiantes de Oxford y Cambridge, y le había impresionado mucho. El Comité Estatal de Turismo de Baviera había oído rumores de que Buchman, como estadounidense, disponía de grandes recursos financieros. Cuando se reunió con el comité local en una habitación llena de humo en una pintoresca posada de Oberammergau, la cuestión parecía ser si aportaría un millón de dólares o dos.

Buchman miró a su alrededor, a esta sala llena de aldeanos robustos que bebían cerveza. Les dijo lo importante que creía que era su obra. Luego soltó su bomba. «La plata y el oro no tienen valor, pero yo os doy lo que tengo», citó, y continuó preguntando: «¿Ha hecho este pueblo un juramento para representar esta obra?».

Estuvieron de acuerdo.

«¿Sigue vigente ese juramento?». «Sí», respondieron.

«Entonces, ¿es la voluntad de Dios que lo repitan?». Con menos entusiasmo, volvieron a estar de acuerdo.

«Entonces, deben hacerlo. Si confían en el dinero, Oberammergau será otro puesto de avanzada del materialismo. Si confían en su juramento y en su valor y disposición para trabajar juntos, tendrán éxito».

El productor de la obra, Georg Lang, estaba allí junto con su hijo, un arquitecto de Múnich que había estado en Caux. Hubo un largo silencio cuando Buchman terminó de hablar. Entonces

el joven Lang dijo: «Eso es cierto. Lo vi en Caux. Lo he visto funcionar en casa. Debemos ser fieles a nuestro juramento y confiar en Dios».

Al día siguiente, el alcalde fue a ver a Buchman. «Siento que hayamos dedicado tanto tiempo a la parte comercial de la obra», dijo. «Estoy convencido de que lo que necesitamos es una vigésima parte del espíritu de Caux y tendremos éxito».

Se pusieron manos a la obra. El productor le dijo más tarde a Buchman: «Desde la guerra, muchos jóvenes han regresado desilusionados y sin ganas de participar en la obra, porque exige mucho de ellos espiritual y moralmente para que se haga bien. Te debemos mucho. Estuvimos a punto de vender nuestro derecho de nacimiento». Cuando se estrenó la obra, Buchman y nueve amigos estaban entre los invitados de honor³⁷.

Quizás el mayor servicio de Buchman a Alemania durante estos años fue estimular a personas responsables en muchos ámbitos a asumir el liderazgo y representar una nueva Alemania ante el mundo. Esto hizo que personas de carácter regresaran a la vida pública y devolvió la fe al alemán medio en el futuro del país, además de convencer gradualmente a los vecinos de Alemania de que este futuro podría beneficiar a Europa en su conjunto.

Como, según el Dr. Hermann Katzenberger, secretario del Bundesrat, la mitad del Gabinete alemán en 1951 eran «firmes creyentes del RM»³⁸, el efecto se dejó sentir en muchas áreas. El Dr. Hans Lukaschek, ministro de Refugiados, por ejemplo, declaró que sus visitas a Caux le habían animado a tener fe en el futuro y a considerar a todas las personas que venían del Este, no como otra boca que alimentar, sino como un activo para la reconstrucción de Alemania. En consecuencia, no estableció campamentos permanentes para refugiados, sino que integró a los millones de refugiados del Este lo más rápidamente posible en la comunidad. El Dr. Alfred Hartman, primer director de Finanzas de las zonas anglo-estadounidenses y más tarde secretario de Estado en el ministerio de Finanzas, también habló en Caux de esta necesidad y de la inspiración que habían recibido para abordarla³⁹. Otros líderes importantes también lo hicieron.

«Nos enfrentamos a la tarea de resolver la cuestión del «reparto de la carga» para que se haga justicia a todos, y debe hacerse de tal manera que ejerza un poderoso poder magnético sobre los alemanes del Este», dijo Thomas Wimmer, el alcalde socialista de Múnich⁴⁰, mientras que Wolfgangjaenicke, secretario de Estado para los Refugiados de Baviera, declaró: «Me voy de aquí con la firme convicción de difundir las ideas de Caux entre la población residente y las personas desplazadas»⁴¹.

El trabajo de estos hombres y muchos otros, bajo el liderazgo de Lukaschek, que fue ministro de 1948 a 1951, y su sucesor, que también visitó Caux con frecuencia, condujo a la «ley de igualación de cargas» (*Lastenausgleichsgesetz*), aprobada en su forma definitiva el 14 de agosto de 1952. Esto establecía que aquellos en Alemania Occidental que aún tuvieran capital o propiedades pagaran un impuesto especial que ascendía a la mitad de su riqueza, después de un mínimo libre de impuestos, para que los refugiados pudieran recibir pagos regulares, así como alguna compensación. Una redistribución de riqueza tan masiva, como Joseph Beyerle, ministro de Justicia en Baden-Württemberg, había enfatizado en Caux, «exige altos estándares morales de nuestra población»⁴². También había requerido un grupo de líderes lo suficientemente valientes para proponerlo y hacerlo cumplir.

El Dr. Otto Schmidt, ministro de Reconstrucción de Renania del Norte-Westfalia, que se enfrentaba a «la construcción de viviendas, las políticas de construcción, la planificación urbana, los proyectos de realojamiento, etc., todos los cuales entran dentro de mi cartera», encontró «el objeto divino de su tarea» en «lo que Buchman dice y practica una y otra vez sobre la solución de los problemas sociales: que “cuando todos se preocupan lo suficiente y todos comparten lo suficiente, todos tienen suficiente”». «No podemos evaluar en detalle lo que significa que desde 1947 947 miles de personas de la vida pública han estado en Caux», añadió. «Si miro hacia atrás y pienso en mis experiencias personales de reorientación y en la nueva visión de toda la vida pública que he encontrado aquí, creo que puedo decir que una gran fuerza ha estado trabajando en muchas personas para dar forma positiva a las condiciones de las naciones libres»⁴³.



«SCHUMAN Y ADENAUER»

Seis semanas después de que los gabinetes francés y alemán acordaran, en sus dramáticas reuniones del 9 de mayo de 1950, los aspectos esenciales del Plan Schuman para poner en común las industrias del carbón y el acero de Francia y Alemania, Buchman fue nombrado Caballero de la Legión de Honor por su «contribución a un mejor entendimiento entre Francia y Alemania»¹. Dos años más tarde, el gobierno alemán le concedió la Gran Cruz de la Orden del Mérito «en reconocimiento a su importante trabajo por la paz y el entendimiento entre naciones»².

Desde el primer momento esto dio lugar a especulaciones en la prensa británica. Robert Schuman, debido al vínculo especial de la condecoración con Alemania, organizó que la senadora francesa, *Madame Eugenie Eboue*, la entregara en Gelsenkirchen durante la visita de Buchman para la marcha del Rearme Moral a principios de junio, una semana antes de que se publicara oficialmente. El 10 de junio, el *Evening Standard* se preguntaba, de forma bastante razonable, si el honor se había concedido realmente³. Sin embargo, seguía afirmando que Buchman nunca se había reunido con Schuman. Mientras tanto, el *New Statesman* atribuía el Plan Schuman en su conjunto al «piadoso antisocialismo de Buchman»⁴. Ninguno de los dos informes era muy preciso. Tampoco lo fueron las afirmaciones hechas por algunos entusiastas en años posteriores de que Buchman había sido casi el único responsable de la reconciliación franco-alemana tras la guerra. ¿Cuál fue, de hecho, su parte?

Obviamente, Buchman no tuvo nada que ver con los detalles del Plan para reunir a las industrias del carbón y del acero de Europa bajo una autoridad única. Ese había sido el trabajo, durante un largo periodo, de Jean Monnet y un pequeño equipo de expertos dedicados que no lo presentaron al propio Schuman hasta abril de 1950. Buchman tampoco había sido responsable de que Schuman o Adenauer pensaran en una mayor unidad europea. Schuman creía en la necesidad de unir a Francia y Alemania de alguna manera desde la década de 1920⁵, mientras que Adenauer ya consideraba la posibilidad de unir las industrias siderúrgicas de ambos países en 1923⁶.

Tampoco sería exacto deducir, como algunos han hecho, que Buchman fuera en modo alguno responsable de sembrar en Schuman o Adenauer la preocupación por reconstruir Europa sobre una base cristiana. Ambos eran católicos devotos y habían abrigado esa esperanza durante mucho tiempo.

Schuman pensó seriamente en el sacerdocio, pero, según sus propias palabras, «prefirió ayudar a los ateos a vivir antes que a los cristianos a morir»⁷. Algunos de sus amigos le consideraban un «santo con chaqueta», pero él se veía a sí mismo como «un instrumento muy imperfecto de una Providencia que se sirve de nosotros para realizar designios que van mucho más allá de nosotros mismos»⁸. Creía en la dirección individual de Dios. «A menudo daba rodeos, aplazaba una decisión, trataba de esquivar la llamada que se hacía oír en el fondo de su conciencia», escribió su estrecho colaborador, el líder socialista André Philip, «pero cuando estaba seguro de lo que le pedía su voz interior, tomaba la iniciativa más audaz y la llevaba a buen puerto, tan ajeno a los ataques como a las amenazas»⁹.

Adenauer también estaba profundamente arraigado en su fe. Cuando Hitler lo expulsó de su cargo de alcalde de Colonia en 1933, buscó refugio en el monasterio de Maria Laach, presidido por un viejo amigo del colegio, Ildefons Herwegen; y cuando Hitler fue derrocado, estaba convencido, como Schuman, de que Alemania y Europa sólo podían reconstruirse sobre cimientos cristianos. Consideraba la unificación de Europa «no sólo un objetivo político y económico por el que merecía la pena luchar, sino una verdadera obligación cristiana»¹⁰.

También él buscaba la dirección de Dios en sus asuntos, a menudo, según un biógrafo, mientras se afeitaba.

La realización del Plan Schuman fue posible por haber existido una presión de acontecimientos externos (la determinación de evitar otra guerra entre Francia y Alemania, y el surgimiento de una agresiva Unión Soviética) y por la convergencia de un grupo inusual de hombres que eran «almas gemelas». El profesor Henri Rieben, director del Instituto Jean Monnet de Lausana, utilizó esa frase para describir a Monnet y Buchman, que nunca se conocieron. Buchman, dijo, tenía «diagnóstico geopolítico más inspiración», e hizo a nivel espiritual lo que Monnet hizo a nivel político¹¹. La misma frase puede utilizarse con mayor certeza para describir a Buchman, Schuman y Adenauer¹², a pesar de que los dos últimos a veces dudaron el uno del otro. Cada uno desempeñó un papel esencial, a veces juntos, a menudo de forma independiente. En lo que respecta a Buchman, una vez más se había puesto en contacto con personas a las que podía ayudar, con palabras y acciones, por haber hecho realidad sus mayores esperanzas.

Adenauer se sintió atraído en primer lugar por la acogida sincera de Buchman a los alemanes en Caux que, en palabras de Reinhold Maier, «puso fin a la marginación moral de Alemania»¹³. En el mismo Caux, Adenauer quedó impresionado de que «la gente tenga el valor de defender el bien y a Dios, y que cada uno comience por sí mismo»¹⁴, un punto que reiteraría. Finalmente, «el gran éxito» del trabajo de Buchman en el Ruhr fue convencerlo de la eficacia del Rearme Moral. Ese trabajo también fue un requisito previo para el acercamiento franco-alemán. Como escribió el *Neue Zürcher Zeitung* en 1959: «El Ruhr, en lugar de ser la manzana de la discordia para Europa, se ha convertido en el punto de crecimiento del acuerdo internacional... Sin el Ruhr, no hay Alta Autoridad*; sin la Alta Autoridad, no hay Mercado Común ni plan de largo alcance para la integración europea»¹⁵.

En marzo de 1949, en Berna, en uno de sus primeros discursos políticos fuera de Alemania, mencionó la actitud prometedora de algunos líderes franceses y las nuevas perspectivas en los

* El órgano rector creado en virtud del Plan Schuman.

países del Benelux. Concluyó: «En amplios sectores de la opinión pública alemana existe la profunda convicción de que solo una unión de los países de Europa Occidental puede salvar a este viejo continente. Si Francia se comporta con sabiduría y generosidad hacia Alemania, prestará un servicio histórico a Europa»¹⁶.

Ese mismo mes, Robert Schuman, ahora ministro de Asuntos Exteriores de Francia, cenó con Louis Boucquey y dos de los colaboradores más cercanos de Buchman, Philippe Mottu y John Caulfeild. Según sus informes, Schuman habló largo y tendido sobre el Pacto Atlántico, que estaba a punto de firmarse, describiéndolo como un instrumento diplomático defectuoso si se limitaba a las esferas política y militar: «Debemos llegar a las masas para que el Pacto se sustente no solo en la bomba atómica, sino en un cambio en la forma de vida del mundo occidental. En el campo económico tenemos el Plan Marshall; en el campo político y militar, el Pacto Atlántico. Ahora necesitamos dar un nuevo contenido ideológico a la vida de millones de europeos». Luego añadió: «Los alemanes necesitan mucho valor para trabajar con los franceses. No sirve de nada ser sentimental con estas cosas. Todos necesitamos alcanzar un profundo cambio interior para encontrar las soluciones a nuestros principales problemas»¹⁷.

Esto coincidió tan estrechamente con el propio pensamiento de Buchman que Boucquey le preguntó a Schuman si escribiría un prólogo para la edición francesa de los discursos de Buchman, que habían aparecido en inglés bajo el título *Remaking the World / Reconstruyendo el mundo*. Schuman aceptó, aunque comentó: «Aún no he cruzado el Rubicón»^{18*}. La oportunidad de escribir el prólogo se presentó cuando un leve ataque de gripe le dio un breve respiro en febrero de 1950. Para entonces, había vuelto a encontrarse con Buchman, y más tarde diría que la lectura del libro le había dado «una idea del significado de la vida de Frank Buchman, pasada y presente»¹⁹. Ciertamente, su prólogo expresaba los objetivos y métodos de Buchman durante estos años con extraordinaria precisión. Tras afirmar

* La frase «cruzar el Rubicón» es un modismo que significa «pasar un punto sin retorno». Su significado proviene de la alusión al cruce del río Rubicón desde el norte por Julio César a principios de enero del año 49 a. C. Se desconoce la fecha exacta.

que «hasta ahora, los estadistas solo han tenido un éxito moderado en “reconstruir el mundo”», escribió que si Buchman hubiera presentado algún plan nuevo para el bienestar público o simplemente otra teoría, habría seguido siendo escéptico, pero que, por el contrario, «lo que nos aporta el Rearme Moral es una filosofía de vida aplicada en la acción». Luego, en tres frases sucintas, esbozó el programa de Buchman: «Empezar por crear un clima moral en el que pueda florecer la verdadera unidad fraternal, superando todo lo que hoy desgarrar al mundo: ese es el objetivo inmediato. La adquisición de sabiduría sobre los hombres y los asuntos reuniendo a las personas en asambleas y encuentros públicos: ese es el medio empleado. Proporcionar equipos de personas capacitadas, listas para el servicio del Estado, apóstoles de la reconciliación y constructores de un mundo nuevo: ese es el comienzo de una transformación de gran alcance de la sociedad en la que, durante quince años devastados por la guerra, ya se han dado los primeros pasos».

«No se trata de un cambio de política: se trata de cambiar a la gente», añadió Schuman. «La democracia y sus libertades solo pueden salvarse por la calidad de las personas que hablan en su nombre»²⁰.

Schuman escribió estas palabras en un momento en el que sus esfuerzos por alcanzar un acuerdo franco-alemán parecían estar abocados al fracaso. «Tuve una especie de intuición que me llegó a través de ese libro», recordaba tres años después. «Vi que se abrían nuevas perspectivas ante mí»²¹.

La defensa occidental, por tanto, se había asegurado con la firma del Pacto Atlántico en abril de 1949. La tarea más importante, tal y como la veía Schuman, de «dar contenido ideológico a las vidas de las masas», seguía pendiente. Buchman se había propuesto este tema principal en Caux en el verano de 1949 y, con el acuerdo de Schuman, imprimió en la invitación la esencia de lo que Schuman había dicho en la cena de Boucquey. También pidió a Schuman y a Adenauer que fueran a Caux y le ayudaran. Schuman aceptó y sugirió fechas en junio que convenían a Adenauer. «Tu deseo de dedicar una semana en Caux es de gran importancia para los acuciantes problemas de Francia y Alemania»²², respondió Buchman.

También escribió al ministro-presidente Arnold que si los líderes podían «reunirse y tener una mente común bajo la orientación de Dios, entonces Él puede dar la respuesta a los problemas extremadamente difíciles y aparentemente insolubles que se presentan»²³.

En el caso, Schuman estuvo atado durante todo junio en la infructuosa reunión de París sobre la reunificación alemana y pidió a Georges Villiers, presidente de la Federación de Empleadores de Francia, que lo representara en Caux. También Adénauer escribió: «Lamento muchísimo que, contrariamente a mis intenciones originales, no haya podido llegar a Caux la semana pasada. Ahora que hemos decidido sobre las elecciones y la elección del gobierno, he estado completamente ocupado con los preparativos, pero espero venir más tarde a Caux y tener el placer de volver a verlos. Me gustaría expresarles una vez más mi agradecimiento por la ayuda que nos han brindado a los alemanes por haber hecho posible que nos reunamos de nuevo con personas de otros países y así salvar la brecha que, por desgracia, todavía nos separa del resto del mundo»²⁴.

Sin embargo, más de 1 300 alemanes acudieron a Caux ese año, entre ellos Alfred Hartman, director financiero de las zonas británicas y estadounidenses, Hans Bockler, jefe de los sindicatos alemanes, y muchas otras figuras clave, entre ellas doce ministros del gabinete estatal. Por ejemplo, de Renania del Norte-Westfalia llegaron diecisiete políticos, once editores de periódicos, cincuenta y nueve industriales y ochenta y un miembros de comités de empresa. «El problema de las relaciones franco-alemanas se trató con franqueza y valentía», según *L'Aube*, el periódico del partido MRP de Schuman²⁵.

